

UN LUGAR ESCONDIDO

KATHERINE
WEBB

NOVELA

lóveda



UN LUGAR
ESCONDIDO



KATHERINE
WEBB

bóveda

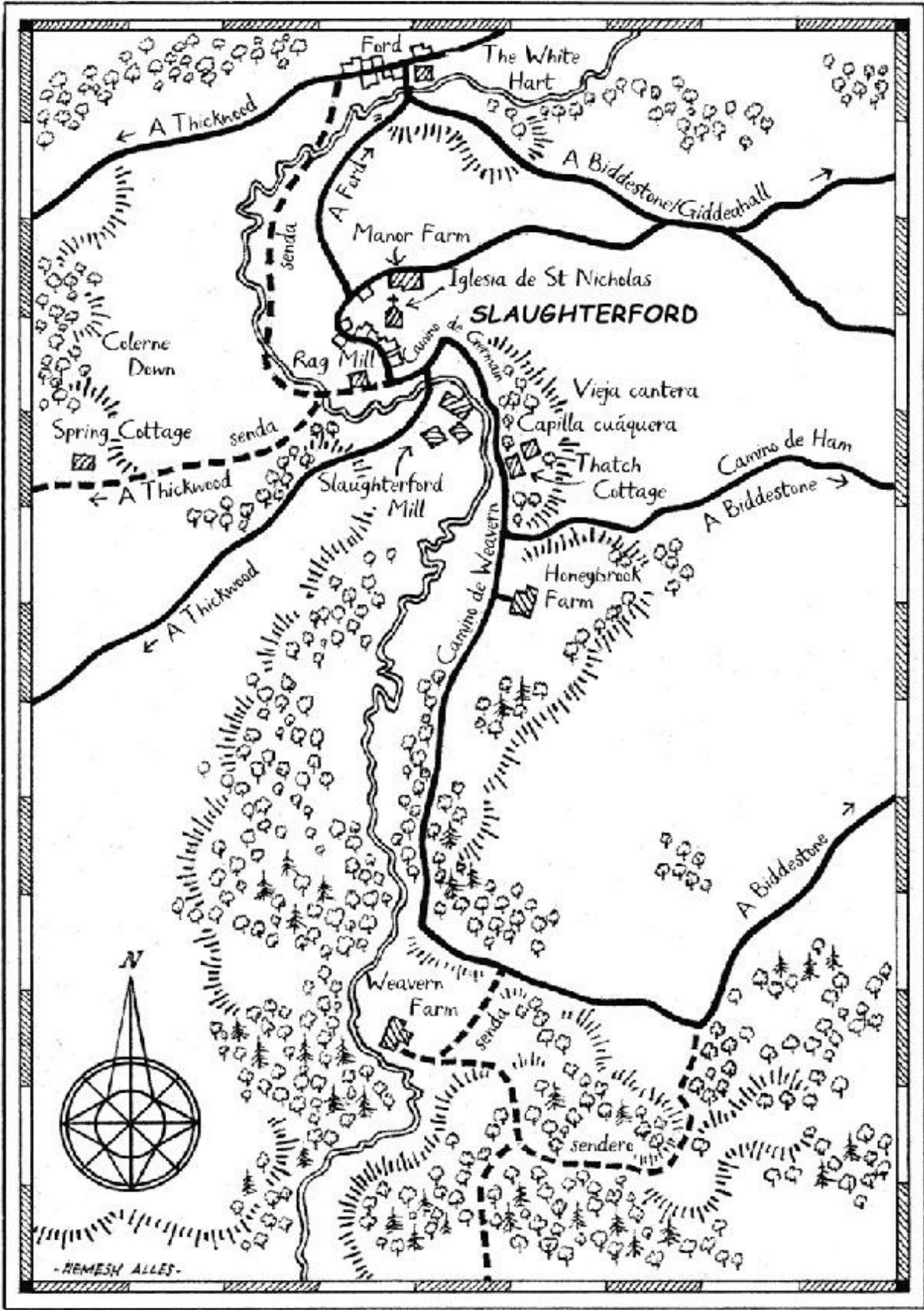
Índice

LO PRIMERO

1. TRES CHICAS
2. LAMUÑECA
3. HIJA DE LA NATURALEZA
4. TOCADA
5. EL CAMBIO
6. ALIADAS
7. LAS RAÍCES DE LAS COSAS
8. MÁS HONDO AÚN
9. CALLEJONES SIN SALIDA
10. DOS CONFESIONES
11. LOS COMIENZOS

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

CREDITOS



SLAUGHTERFORD

- RAMESH ALLES -

LO PRIMERO

El día del crimen el cielo de Slaughterford bajó —casi hasta las copas de los árboles— y se deshizo en lluvia. Una abundante y torrencial lluvia de verano, la primera que caía en semanas. Todos los del pueblo afirmaba que, al despertar y encontrarse con aquel tiempo, ya supieron que algo muy malo ocurría. Era gente supersticiosa, inclinada a ver señales y portentos en todas partes, y a sospechar lo peor de todo el mundo. Sid Hancock, que se encontraba en Honeybrook Farm, juraba haber visto que el By Brook corría rojo. Muchas cabezas asentían, pesarosas, aunque el asesinato no ocurrió tan cerca de la orilla como para que la sangre llegara hasta el agua. Woolly Tom, que tenía un rebaño de ovejas en un pequeño terreno de la cumbre de la colina, decía que había sabido que se avecinaba una muerte cuando una de sus ovejas parió un cordero de dos cabezas por primavera. Desde entonces llevaba consigo a todos lados una pata de conejo seca por si la sombra de la mala suerte intentaba alcanzarlo. La muerte era algo bastante corriente en Slaughterford. Pero no esta clase de muerte.

Lo que más inquietaba a la gente era la absoluta *inocencia* de la víctima. A nadie se le ocurría una sola cosa mala que decir de ella y nadie recordaba que hubiera hecho nada cruel o vergonzoso. Había en aquello una *injusticia* que los desconcertaba. Una enfermedad grave podía ocurrir en cualquier momento, igual que un accidente mortal. Precisamente el año anterior Ann Gibbs, de seis años, se había subido a las piedras amontonadas —que estaban puestas justo para que nadie se subiese— y se había caído al pozo del final del camino de Ford. Se ahogó porque su hermano le había contado que dentro vivían las hadas. Los síncope, la gripe y las apoplejías se cobraban su cuota anual de seres queridos, pero si llegaba tu hora no había más que hablar. Abundaban la tragedia y la mala suerte, pero que a uno de ellos lo mataran con tal ensañamiento, sin motivo alguno... eso no era natural, la verdad. Era gente que trabajaba la tierra y les costaba aceptar lo que no fuera natural. Dirigían la conmoción del asesinato a las rocas que tenían bajo los pies, como si fueran

pararrayos. Y todos se preguntaban si semejante acto de violencia no acabaría, necesariamente, en otro.

TRES CHICAS

La víspera del día en que todo comenzó Pudding se detuvo un momento junto a la pequeña ventana de lo alto de la escalera y vio a su madre fuera, en el césped. Louise Cartwright estaba cerca de la tapia de atrás, mirando los empapados montecillos de hierba del pastizal que bajaba en pendiente por el valle, y jugueteaba con algo que tenía en las manos y que Pudding no veía. Era temprano, el sol aún no había rebasado el horizonte; el cielo lucía una pálida e inmaculada claridad, y parecía que aquélla iba a ser otra jornada calurosa. Pudding sintió el pequeño golpetazo de pavor que empezaba a conocer muy bien. Esperó un instante pero, al ver que su madre no se volvía ni se movía, siguió bajando la escalera, más despacio ya. Un suave ronquido salía de la oscuridad del cuarto de sus padres, donde su padre dormía aún. En otros tiempos él era el primero en levantarse por las mañanas. En otros tiempos habría echado carbón a la hornilla y puesto agua a hervir, y estaría afeitado y con el chaleco puesto antes de que Pudding y Donald bajaran dando traspiés a la cocina, frotándose los ojos para despejarse el sueño. Ahora por lo general Pudding tenía que entrar a despertarlo, sintiéndose culpable cada vez que lo hacía. El sueño de su padre era como un letargo.

En la cocina de Spring Cottage reinaba más desaliño que antes: los cuencos de las repisas ya no estaban apilados por riguroso orden de tamaño; la guirnalda de lúpulo tenía un aspecto polvoriento; las migas que se habían quedado en las rendijas y las salpicaduras de grasa hacían que el olor a comida rancia flotara por todas partes. Donald esperaba sentado a la mesa de la cocina. No leyendo, ni reparando nada, ni haciendo una lista. Sólo sentado, esperando. Podía pasarse así el día entero si alguien no lo sacaba de su ensimismamiento y lo ponía en marcha. Al pasar por detrás Pudding le achuchó el hombro y vio que subía de las insondables profundidades de su interior para sonreírle. Le encantaba ver esa sonrisa: era una de las cosas de

él que no había variado en absoluto. Pudding llevaba una cuenta en la cabeza: cosas de Donald que seguían igual; cosas de él que habían cambiado para siempre. Lo de *para siempre* era lo que más le costaba aceptar. Seguía confiando en que Donny se quitara aquello de encima, en que se levantara de la mesa con su antigua rudeza, lleno de energía, y le dijera algo como: «¿No quieres pan tostado con la mermelada, Pudding?». Desde que él volvió se habían pasado los dos primeros años observando, esperando a ver qué recuperaba. El primer año fueron unas cuantas cosas: el amor a la música; el amor a Aoife Moore; la fascinación por los mecanismos; el apetito... aunque a veces le costara trabajo tragar y terminara tosiendo. Pero en todo el año anterior no había aparecido nada más. Su pelo oscuro era idéntico: suave, brillante, rebelde. Absolutamente precioso. Y también estaba igual aquella curva irónica de su boca, aunque la ironía era una de las cosas que había perdido.

—Buenas, Donny —dijo Pudding—. Voy a ver un momento qué hace mamá y después desayunaremos un poco, ¿eh?

Le dio una palmadita en el hombro y estaba ya en la puerta trasera cuando él logró contestar.

—Buenos días, Puddy.

Sonó tan normal, tan parecido a su hermano mayor, que Pudding tuvo que inspirar hondo, hasta las mismas tripas, para mantenerse serena.

Cerró la puerta al salir y buscó con la mirada a Louise, con aquel terco optimismo que no podía contener. Confió en que su madre se hubiera movido, confió en que sólo hubiera estado cogiendo perejil para los huevos revueltos, confió en que estuviera volviendo del excusado y se hubiera parado a ver las liebres boxeando en el campo. Pero su madre seguía igual que antes, así que Pudding se distrajo fijándose en otras cosas. En que los pantalones de montar empezaban a quedarle pequeños otra vez, porque la cinturilla se le bajaba en la espalda de modo que los tirantes se le clavaban en los hombros; en que uno de los calcetines se le caía y se le apelonaba, hasta sacarla de quicio, en el talón del zapato; en que la camisa le apretaba debajo de los brazos porque el pecho parecía crecerle por días, por mucho que ella no quisiera. Era como si la ropa le hubiera declarado la guerra, como si realizara comentarios continuos y superfluos sobre su desagradable expansión, hacia arriba y hacia fuera. El aire era de un frío cristalino, limpio y verde. Las pisadas que Louise había dejado por el rocío resaltaban, verde oscuro en lo plateado. Pudding acertó la zancada y fue pisando exactamente encima de ellas.

—¿Mamá? —dijo.

Había pensado hacer un comentario jovial para ignorar lo extraño de la escena pero no se le ocurrió nada. Louise volvió la cabeza bruscamente, sobresaltada. Por un momento su rostro no la reconoció. Aquel gesto inexpresivo, teñido de inquietud, iba convirtiéndose en lo que Pudding más temía. Le pareció que casi no podía respirar. Pero entonces Louise sonrió y su sonrisa era sólo un poco vaga, un poco hueca.

—¿Pudding! Estás ahí, cariño. He estado buscándote —aseguró, y en sus ojos se apreciaba el esfuerzo por comprender, por intentar adivinar la verdad de sus palabras.

Pudding vio que no tenía nada en las manos. El continuo jugueteo era con el último botón de la rebeca amarilla. Su madre siempre empezaba por el de abajo pero esa mañana no había llegado a abrocharse ninguno más.

—¿Ah, sí, mamá? —repuso Pudding, obligando a su cerrada garganta a tragar saliva.

—Sí. ¿Dónde estabas?

—En ningún lado, arriba en mi cuarto. No te he oído llamarme. Venga —se apresuró a añadir antes de que esta invención tuviera tiempo de confundir a su madre—. Vamos adentro y pondremos a hervir el agua, ¿eh? ¿Hacemos una buena tetera?

—Sí. Eso es lo que necesitamos.

Louise dejó escapar un pequeño suspiro y dio media vuelta para volver junto a su hija. Las dos borraron sus huellas anteriores y las salpicaduras del rocío mojaron los calcetines de Pudding por los tobillos. Sin embargo, ella sintió una irresistible oleada de alegría cuando un escuadrón de vencejos atravesó veloz el cielo, expresando a gritos su contento, y al otro lado del valle las vacas lecheras de Manor Farm mugieron mientras las soltaban después del ordeño.

—¿Has visto liebres en el campo, mamá? —preguntó, temeraria.

—¿Qué? ¿Cuándo? —respondió Louise, y enseguida Pudding retiró la pregunta.

—Ah, nada. No importa.

Cogió el brazo de su madre y le dio un achuchón, y Louise le respondió con unas palmaditas en la mano.

Los dientes de león invadían el escalón de la puerta de atrás y había que vaciar el cubo de la ceniza; las grosellas negras se echaban a perder sin que las recogiera nadie más que los mirlos, que luego dejaban cagadas moradas en

el sendero y por las ventanas. Cuando entraron en la cocina allí estaba el padre de Pudding, el doctor Cartwright, atizando el fuego y el cacharro del agua silbaba sobre el hornillo; se había peinado y vestido, aunque aún no se hubiera afeitado y todavía tuviera los ojos un poco soñolientos.

—Dos rosas, frescas de rocío y recién cogidas del jardín —dijo como saludo.

—Buenas, papá. ¿Has dormido bien?

Pudding puso el plato de la mantequilla sobre la mesa; abrió con estrépito un cajón para coger los cuchillos; sacó de la panera de loza el pan del día anterior.

—¡Demasiado bien! Deberías haberme despertado antes.

El médico frotó los brazos de su esposa al tiempo que le sonreía. Le apartó un mechón de pelo sin cepillar de la frente y le dio un beso allí, y Pudding desvió la mirada, avergonzada, feliz.

—¿Pan tostado, Donny? —preguntó Louise.

Pudding se fijó en que se había abrochado la rebeca, cada botón en su ojal correcto.

—Sí, por favor, mamá —contestó Donald.

Y mientras se organizaba el desayuno se movieron por la cocina, quizá no justo como siempre, pero sí en una versión de la antigua costumbre que resultaba totalmente familiar. Pudding pensó que su familia se extraviaba durante la noche. Se dispersaban como semillas de cardo, llevados aquí y allá por unas corrientes que ella no notaba, y que no entendía. Aunque comprendía que era tarea suya reunirlos de nuevo por la mañana. Y al tiempo que cortaba rebanadas de pan cantó un trocito de «Morning Has Broken» con la peor voz posible para hacerlos sonreír.

Cuando Irene oyó el traqueteo de la bicicleta de Keith Glover el corazón le dio un vuelco y se le empotró de golpe en las costillas, y tuvo cuidado de no levantar la vista ni crisparse; en realidad, tanto procuró no manifestar la mínima reacción que se preguntó si su extraordinaria quietud no la delataría. Le parecía tener escrita su culpabilidad por toda la cara, con letras de un rojo vivo, para que Nancy la leyera; Nancy, con sus ojos de águila, que no se molestaba en ocultar su desconfianza respecto a cuanto Irene dijera e hiciera. Estaba frente a Irene en la mesa del desayuno, untando apenas una viruta de

mantequilla en su tostada y mirando, ceñuda, cualquier trozo demasiado grande de piel que hubiera en la mermelada de naranja amarga. El sol sacaba los mismos reflejos de su pelo blanco, peinado hacia atrás y recogido en su habitual moño, que de la mesa de palisandro. Era menuda, delgada, dura como el hierro y tenía los diminutos pies cruzados a la altura de los tobillos. Sacudió la página del diario para estirla, leyó un momento y luego soltó un gruñido de mofa. Irene ya había dejado de esperar que aclarase nada, pero Alistair levantó la mirada, expectante. Cada vez que su tía soltaba aquel sonido él le echaba una ojeada, con una media sonrisa en la cara, esperando una explicación. Su optimismo parecía infinito y a Irene eso la llenaba de asombro. Su optimismo hacía que le brillaran los ojos por encima de las leves bolsas en que se asentaban y daba un aire más juvenil a su mediana edad; más juvenil incluso que los veinticuatro años de Irene, aunque él le llevaba casi quince. A ella le parecía haber envejecido un decenio en las seis semanas que llevaba en Slaughterford.

En el patio sonaron los tacones de unas botas; la tapa de latón del buzón chirrió. Irene clavó la vista en sus dedos, que sujetaban el asa de la taza de café, y los obligó a no temblar. El diamante de su anillo de compromiso y el oro amarillo de la alianza le devolvieron la mirada. Como de costumbre, tras la culpabilidad llegó el enfado: consigo misma, con Fin, con el intachable Alistair. Una oleada de intenso y ardiente enfado con la situación en que se encontraba, y con quienes la habían puesto allí, ella misma sobre todo. Rechazaba de plano su nuevo papel, aunque lo representara lo mejor que podía. El enfado se apagó tan rápido como había brotado y la desesperación apareció justo detrás. La desesperación como un pozo en el que se ahogaría si no había algo que la salvara, algo a lo que agarrarse. La boya salvavidas de una palabra, una señal, un detalle. Una prueba de que, aun cuando su infelicidad no terminara, al menos, no estaba sola. No tenía ni idea de lo que haría si llegaba a ver la letra de Fin en un sobre. Entonces no podría quedarse quieta... era probable que volara hecha pedazos. El estómago se le retorció, como si se le anudara. Irene permaneció absolutamente inmóvil.

—Bueno, parece que hace otro día precioso —dijo Alistair de pronto.

Irene le echó una ojeada sorprendida y vio que él le sonreía. Procuró que su cara respondiera y no supo si se movía o no.

—Sí —repuso.

Zas, zas, zas, corrieron los ojos de Nancy: de Alistair a Irene y vuelta a Alistair.

—¿Qué planes tienes, cariño? —le preguntó Alistair. Puso la mano sobre la de ella en la mesa y la taza de café de Irene repiqueteó cuando sus rígidos dedos la soltaron.

—Oh, no... no lo había pensado.

Irene oyó que Florence se acercaba por el pasillo hacia la habitación del desayuno: sus pasos leves, como pidiendo disculpas, en el suelo de madera. La chica tenía los ojos pequeños y vivos, y la nariz puntiaguda de un ratón, algo que se ajustaba bien a su personalidad. El corazón de Irene se zafó de su control y, de un salto, se le encajó en la garganta.

Florence llamó bajito a la puerta, entró con las cartas en una bandeja, las puso en la mesa junto al codo de Alistair e hizo una torpe reverencia antes de marcharse. Alistair las repasó rápidamente: cuatro sobres. Irene estaba sin respiración. Luego las cogió, las igualó y se las metió en el bolsillo de la chaqueta al tiempo que se levantaba.

—Pues bueno, que disfrutéis las dos del día. Volveré a la hora del almuerzo... Si hace tan bueno como ayer, deberíamos tomarlo fuera en la terraza.

Apartó la silla con cuidado y volvió a sonreír a Irene. Parecía tener una reserva inagotable de sonrisas, igual que de optimismo, mientras que Irene creía que a ella ambas cosas se le habían agotado. Todo el rostro de Alistair estaba dispuesto para sonreír: aquella ternura de sus ojos, y la curva ascendente de sus labios y mejillas. Sin la sonrisa, a su cara le faltaba algo.

—Podrías visitar a la señora Cartwright, a ver cómo está.

—¿La señora Cartwright?

—Sí, la esposa del médico. Ya sabes. La madre de Pudding y Donald.

—Sí, desde luego.

Irene sabía que debería estar aprendiéndose todos esos nombres y relacionándolos con rostros: el carretero, el herrero, la esposa del párroco, la mujer que regentaba la tienda y su hijo, que traía el correo. Sabía que en un pueblo tan pequeño como Slaughterford era imperdonable no saberlo. Daba la impresión de que había hecho muchas cosas imperdonables últimamente pero, en aquel preciso instante, no se veía capaz de hacer una visita a la esposa del médico: una absoluta desconocida y, según recordaba vagamente que le habían contado, inválida. No tenía la menor idea de qué debía decirle. Pero entonces Alistair se marchó e Irene se quedó de nuevo sola con Nancy. El largo día se abría como un bostezo ante ella, un vacío que había que llenar. Alzó la vista hacia la tía de su marido sabiendo que Nancy estaría observándola, juzgándola

sin disimulo, ahora que Alistair no la contenía. En efecto allí estaban la mirada astuta, las cejas arqueadas, la media sonrisa burlona. Nancy era una parte especialmente cruel de la penitencia de Irene. Ya había cumplido los setenta pero estaba delgada y bien conservada; las arrugas de su cara eran finas, suaves, elegantes. Cuando Alistair le contó a Irene que su tía vivía con él en Manor Farm ella se imaginó una casita aparte, y a una simpática bruja que ocupaba el tiempo haciendo arreglos florales para la iglesia y dando almuerzos de caridad. Al menos, un ala independiente de la casa. No este continuo filo cortante en todas partes adonde iba, aguardando para herirla. Cuando le hizo a Alistair un comentario sobre aquello, sobre ella, a él pareció dolerle.

—Mi madre murió el día que yo nací, Irene. Nancy me crio como si fuera suyo, es lo más parecido a una madre que tengo. No sé cómo se las habría arreglado mi padre si no hubiera estado aquí con él. En fin, no se las habría arreglado.

Irene volvió a coger la taza de café, aunque no tenía la menor intención de beberse el contenido. Estaba helado y con una telilla encima. Finalmente Nancy dobló el periódico y se puso de pie.

—De verdad, Irene, querida, debes comer algo —dijo en tono despreocupado—. Tal vez en Londres haga furor dar la impresión de que se está a las puertas de la muerte, pero aquí vas a hacerte notar muchísimo. Cualquiera pensaría que no eres feliz... algo inconcebible en una recién casada, por supuesto.

Siguió mirándola fijamente unos instantes más, aunque Irene sabía que no esperaba respuesta. Inconcebible, imperdonable... Muchas palabras nuevas para describirse a sí misma y para que los demás la describieran.

—Ahora eres una Hadleigh, jovencita. Y los Hadleigh marcan la norma aquí —declaró Nancy, dando media vuelta para marcharse.

Sólo cuando hubo cerrado la puerta al salir bajó Irene la barbilla y dejó que sus manos cayeran, inermes, en su regazo. El silencio de la habitación del desayuno era ensordecedor.

Martín pescador, lavandera, herrerillo, escribano. Clemmie tenía en la cabeza una lista de pájaros que casi se convertía en un sonsonete al andar, siguiendo el ritmo con los pasos y resollando, mientras subía. «Martín pescador,

lavandera, herrerillo, escribano». El sol del amanecer era una llamarada magnífica en sus ojos y el sudor le picaba por debajo del pelo: los alborotados rizos casi blancos, muy parecidos a los de su madre, que desafiaban cualquier intento de orden. Subía por el estrecho sendero que atajaba entre los setos del prado de Weavern Farm hasta el camino que bajaba a Slaughterford. Por la mañana temprano el sendero resultaba tolerable. Por la tarde retenía el sol, y era un hervidero de mosquitos y tábanos, así que volvía bordeando el río: el camino más largo y sinuoso, pero el más fresco. Los setos ya estaban llenos de escaramujos, cargados de flores y crías de pajarillos; las vacas de su padre arrancaban la hierba a ambos lados. Clemmie las oía, y olía su agradable y verde hedor. «Martín pescador, lavandera, herrerillo, escribano». Las botellas de leche y los quesos de las cestas que llevaba colgadas de los hombros sonaban al balancearse. El balancín era casi demasiado ancho para el sendero; el perejil de monte le daba en los brazos, y las dedaleras, que se mecían cabeceando con el peso de las abejas, y las clemátides silvestres.

Sus padres ya no se molestaban en encargarle que volviera de los recados sin entretenerse; Clemmie regresaba cuando regresaba, más pronto o más tarde según el tiempo que pasara con Alistair Hadleigh, o mirando el río, o perdida en sus fantasías. Por lo general intentaba apresurarse: sabía que siempre había trabajo que hacer. Pero, aunque echara a andar rápido, tendía a ir más despacio junto al agua, o en el bosque. A veces veía cosas que la detenían y la dejaban ensimismada, y ni siquiera se daba cuenta... ni siquiera se daba cuenta de que había pasado el tiempo hasta que se fijaba en la altura del sol en el cielo, o en cómo sus hermanas hacían visajes cuando por fin llegaba a la casa y la saludaban con diversos grados de rencor, dependiendo de la hora, y diciendo: «Aquí está nuestra bobita bonita», si no la habían necesitado, o «Vaya facha que traes», en caso contrario. Pero Clemmie paseaba. Tenía que pasear. De modo que le encargaron llevar la leche a la cantina del molino, aunque sabían que quizá la perderían de vista durante horas. Como los otros rebaños lecheros de la zona, más grandes, Manor Farm, que poseía también el molino papelero, vendía la leche por galones a las fábricas de mantequilla y leche condensada, y del suministro local se encargaba el rebaño más pequeño de Weavern.

—Por lo menos ese mandato lo hace —decía su padre con tristeza. Dos veces por semana él salía en el carro al amanecer para llevar el grueso de la leche, el queso, la mantequilla y los huevos al mercado de Chippenham.

Las moscas describían círculos a la sombra del camino de Germain a pesar de lo temprano de la hora; en el aire flotaba el denso hedor de los ajos de oso podridos y el almizclado follaje de las anémonas silvestres. El camino de tierra blanca bajaba por la boscosa ladera noroeste de la colina que Clemmie acababa de subir y salía del hundido rincón que cobijaba a Weavern Farm, evitando varios grandes meandros del río By Brook. Clemmie echó hacia atrás la cabeza para mirar los desgarrados fragmentos de cielo, intensamente azul, que asomaban más allá de las ramas. Una forma oscura rondaba por allí; añadió «águila ratonera» a la lista matinal y luego, «ardilla» cuando una saltó entre los árboles en lo alto: un ágil relámpago de pelaje rojo vivo. Hayas y robles y olmos; un frondoso dosel nuevo que había provocado que las flores de primavera se secaran. Sólo quedaba la madreselva, trepando por un joven olmo y florida entre las ramas más elevadas. Cuando siguió andando en sus ojos quedaron impresos retazos de cielo radiante que medio la cegaban.

Clemmie había recorrido este camino, y cargado el pesado balancín sobre los hombros, más veces de las que podía contar, pero cuando Slaughterford Mill aparecía al fondo de la cuesta siempre la obligaba a pararse y mirar. Un conjunto de edificios y cobertizos acurrucados junto al río; la alta y humeante chimenea; el monótono ruido de la máquina de hacer papel: un golpe sordo que se metía en el suelo y le subía después por los pies. Al atravesar la pequeña pasarela sobre el río oyó el estruendo de la noria de alimentación, escondida en su foso bajo tierra. El súbito olor a metal y a vapor y a grasa, a hombres y a ladrillo y a trabajo, tan distinto a cualquier otra cosa del mundo. Y también había un motivo nuevo que hacía que le hormigearan los sentidos ante el molino. El muchacho. A lo mejor doblaba una esquina y lo divisaba, y Clemmie sabía que en ese momento sus pensamientos se dispersarían y, a la vez, se concentrarían; en él, excluyendo todo lo demás. No podía olvidar lo que había hecho y quería verlo tanto como no quería, así que, confusa, se detuvo un momento a escuchar la rueda, inclinando la frente sobre el muro para sentir su continuo redoble y el estrépito del agua vibrando dentro del cráneo. Seguía allí cuando el capataz pasó por casualidad y la interpeló.

—Despierta, zagala, y quita esa leche del sol.

Sonrió amable bajo los anchos bigotes, más rojos que el resto del pelo y tupidos como el hopo de un zorro. Clemmie se fiaba de este hombre. Nunca se le acercaba demasiado, ni intentaba tocarla. Hizo lo que le decía y entró en el patio, pero aquello la turbaba: aquel estar pendiente, aquel observar; aquella esperanza de encontrar. Era la primera vez que lo hacía; lo que le gustaba era

ver, sencillamente, no mirar.

Sólo unas pocas mujeres trabajaban en el molino, en la cantina y en la sala de los sacos, un edificio largo y bajo situado cerca de la orilla. Dentro estaba impecable, aunque helado en invierno: tablas de olmo limpias en el suelo y bancos de nogal encerado; ni una sola gota de aceite de máquina o de tinta por ningún sitio que pudiera estropear el papel, ya terminado, mientras lo cosían y encolaban hasta convertirlo en fuertes bolsas para el azúcar, la harina, el sebo. En verano olía maravillosamente a cera de abejas, algodón y madera, pero la verdad es que a Clemmie no la dejaban entrar, y menos con los pies mugrientos y el bajo de la falda lleno de barro. Dos operarias iban a empezar a trabajar cuando ella pasó y una la saludó con la mano: la morena Delilah Cooper, presente en los recuerdos de Clemmie por las largas horas compartidas en la escuela de amiga de Slaughterford, cuando apenas tenían edad para andar. Una vieja de cara avinagrada las custodiaba en su casa a cambio de un estipendio; las tenía recogidas para que no molestaran durante la jornada laboral e incluso les enseñaba lo más básico del alfabeto, algunas canciones y rezos. El rostro de Delilah evocaba el olor de diez niños pequeños, metidos todo el día en una habitación; olor a gachas de avena aguadas y a manchas de tizne y al frío suelo de piedra. La otra la miró detenida y descaradamente con aire receloso, pero a Clemmie no le importó. Le gustaban el ruido de arrastrar y el matraqueo que hacían los zuecos de las mujeres en el patio, y el golpe seco cuando se los quitaban de un puntapié junto a la puerta y seguían andando con las botas o los zapatos. Cerró los ojos para escuchar.

—Ésa no anda muy buena de la cabeza —dijo la del ceño fruncido.

Clemmie llevó la leche a la cantina y luego cruzó hacia la antigua alquería, una sólida casa de piedra a cuyo alrededor el molino papelerero había crecido y prevalecido como las ortigas sin atajar. Pocos recordaban ya Chapps Farm antes de la fábrica, y la alquería en que había nacido la tía abuela de Clemmie, Susan —de pronto, una mañana, en una estera de paja delante del fogón—, ahora albergaba las oficinas del molino, donde el capataz y su escribiente tenían sus mesas, y también Alistair Hadleigh, de Manor Farm, que era el dueño de todo. Era un hombre amable; a Clemmie le gustaba su cara, siempre lista para sonreír, y cómo saludaba con una inclinación de cabeza a los trabajadores y les hablaba cuando inspeccionaba su trabajo. Como si los respetara, aunque para Clemmie su riqueza hacía que pareciera un ser de categoría completamente diferente. El limpio rubor de su cara la fascinaba; era

como si respirara un aire distinto. A veces ella seguía andando, cruzaba el patio y salía por el otro lado. Esa mañana subió la escalera de la vieja alquería y llamó a la puerta del despacho de Alistair. Él levantó la vista del escritorio, la frente marcada con arrugas de preocupación.

—Ah, Clemmie. Me pillas por sorpresa. ¿Habíamos quedado en dar clase? —preguntó, con aire vagamente aturdido.

Clemmie dio media vuelta para marcharse.

—No, no, pasa. Quince minutos no van a cambiar nada hoy.

Se levantó para cerrar la puerta. A Clemmie le llegó un poco del olor de su fijador y el perfume muy masculino que desprendía su chaqueta. Nadie más en Slaughterford tenía unas manos tan limpias como las suyas. La superficie del enorme escritorio quedaba oculta bajo montones y montones de papeles: algunos, muestras que hacía el molino, otros más finos y mecanografiados. Clemmie no habría sabido leer las palabras ni aunque hubiera estado dispuesta a intentarlo. Fue a su sitio de siempre junto a la ventana y se puso de espaldas al cristal. Le gustaba estar a contraluz, sabiendo que así no se le vería del todo la cara.

—Y bien —dijo Alistair, sentándose en el filo de la mesa—. ¿Has estado practicando?

Sin alterarse, Clemmie levantó un hombro para contestarle que no. Alistair ni se inmutó.

—Bueno, no importa. ¿Empezamos con los ejercicios de respiración que te enseñé?

La clase no salió bien. Clemmie balanceaba el peso del cuerpo de un pie a otro y deseaba no haberse tomado la molestia siquiera. No era buen momento; no se concentraba y se cansó pronto. Con gesto derrotado, Alistair le dio una palmadita en el hombro cuando se iba.

—Da igual —le comentó—. A su debido tiempo lo conseguiremos, Clemmie. Estoy seguro.

Nancy Hadleigh subía la escalera cuando Clemmie bajaba. De forma instintiva, ésta hurtó un poco el cuerpo, apretando los brazos a los costados, y evitó su mirada. Nancy era difícil y severa. Tenía una mirada como hecha de clavos de hierro y siempre hablaba cuando Clemmie ya había pasado, nunca le hablaba a ella.

—De verdad, Alistair, ¿qué esperas conseguir?—preguntó Nancy a la puerta del despacho.

—No hay razón alguna por la que esa muchacha no pueda hablar —contestó

él en voz baja—. Sólo hay que enseñarle.

—No entiendo por qué tienes que ser tú el que lo haga.

—Porque nadie más quiere hacerlo, Nancy.

—Pues debes comprender que la gente anda diciendo que no sólo le enseñas a hablar, encerrados aquí juntos en tu despacho. Es poco prudente ponerte en el centro de tales rumores. Y menos ahora.

—Pero bueno, Nancy... Estoy seguro de que nadie piensa algo así.

—Dudo de que a tu flor de invernadero le pareciera bien, si lo supiera.

—Haces que parezca una inmoralidad, Nancy, cuando no es nada de eso.

—Bueno, sólo espero que no estés dándole ideas a esa muchacha, nada más.

Las voces se desvanecieron cuando se cerró la puerta y Clemmie, despreocupada, siguió bajando la escalera.

Se acercó a la tienda a recoger las cartas que hubiera para Weavern Farm; por lo común llegaban poquísimas. La tendera le daba algo —golosinas o queso o una manzana— por ahorrarle a su hijo la larga caminata hasta Weavern para llevarlas, y ese día Clemmie masticaba un caramelo cuando prosiguió su camino. Pero el muchacho... El muchacho... Se llamaba Eli y su familia era mala: los Tanner. Lo peor que comía pan sobre la Tierra, había dicho en cierta ocasión su padre, William Matlock, cuando les prohibió a todas sus hijas tontear con ninguno de aquellos muchachos. Un año llamaron a un Tanner para que los ayudara a segar el heno. Hizo varios intentos de arrinconar a una hermana de Clemmie, Josie, que por entonces tenía doce años y que al final acabó con una herida en el labio; cuando le dijeron que se fuera se marchó llevándose dos gallinas. Ahora a William se le agriaba la cara peligrosamente sólo con oír hablar de un Tanner. Pero Clemmie no podía evitar pensar en lo que había visto hacer al muchacho... lo que había hecho por ella; no podía evitar imaginarse su rostro, tan en desacuerdo consigo mismo que ella no acababa de entenderlo todavía. Su instinto, que por lo general la dirigía bastante bien, ahora se quedaba ciego y no le servía de nada. El muchacho tenía sangre bajo las uñas y profundos arañazos en las manos. Olía a cerveza y a sudor, a algo duro y mineral, pero por debajo de aquello olía a algo mejor. Le había dicho su nombre, desafiante como si ella lo retara: «Soy Eli». Y luego ni una palabra más. El silencio había sido un clamor.

Pero el muchacho no aparecía por ninguna parte; si aquel día se encontraba allí, ya estaba dentro. A veces trabajaba en Rag Mill, el molino más pequeño, a poca distancia río arriba, donde se reducía a pulpa los trapos para la fábrica

de papel. Clemmie recordaba haberlo visto con el peludo poni que llevaba el carro de pasta lodosa de un molino al otro. Dando tirones de la brida mientras el animal protestaba y torcía la cabeza; con la cara arrugada en un gesto de ira. Había muchísima ira en el muchacho... y eso se contradecía con lo que había hecho por ella. Clemmie miró hacia Rag Mill pero no tenía motivo para ir más arriba por el río. El olor a malta de la fábrica de cerveza Little & Sons, uno de sus preferidos, llegó hasta ella, pero abandonó el patio preocupada. La vuelta la haría por el lado occidental del río, entre los árboles. Allí no había sendero, pero conocía el camino. Clemmie se sintió observada cuando se marchaba; estaba acostumbrada a esa sensación y la reconocía enseguida: el peso de los ojos. Sin embargo, esta vez echó un vistazo a su alrededor e intentó ver quién la miraba; intentó ver si era el muchacho. *Eli* .

LA MUÑECA

Pudding hizo todo lo posible por parecer inteligente. La nueva señora Hadleigh iba —al fin— a ir a las caballerizas a ver el caballo que el señor Hadleigh le había comprado con la esperanza de que se aficionara a montar. Irene Hadleigh ya llevaba en Manor Farm casi seis semanas mientras la primavera, henchida, se transformaba en verano, y el que pocos del pueblo la hubieran visto o conocido levantaba murmuraciones. El rumor más amable decía que tenía alguna clase de invalidez. Ya se había montado bastante lío cuando se casaron allá en Londres tras un noviazgo brevísimo en vez de en la iglesia de St Nicholas, achaparrada y solitaria en un prado en mitad del pueblo. Cuando el viejo señor Hadleigh se casó había invitado al pueblo entero a una fiesta en el huerto de Manor Farm, con cerveza, banderitas y juegos de coger la manzana. No es que Pudding estuviera viva para verlo, pero se lo habían contado; y hacía poco había oído sin querer a la señora Glover, la de la tiendecita, quejarse a Dolores Pole de que no hubiera celebración. Ya antes de llegar y, por lo visto, de rehuirlos, los del pueblo se habían sentido defraudados con la nueva señora Hadleigh. A Pudding, sin embargo, le gustaba la idea de aquella boda repentina: se imaginaba una pasión demasiado urgente como para esperar, la necesidad de poseer y ser poseído, y eso le causaba una sensación de deseo. Anhelaba anhelar a alguien y que la anhelaran; un rompecabezas de sentimientos que aún no sabía descifrar. Sin duda, semejante pasión debía de haber dejado huella en Irene Hadleigh. Algo parecido a un brillo que surgiera de su interior, quizá. Y como Pudding sólo la había entrevisto fugazmente —sentada en la terraza de atrás con la cabeza baja, o borrosa, mirando por una ventana de la casa—, Irene Hadleigh se había convertido en una especie de figura lejana, magnífica y casi mítica. Al pensar que de verdad iba a conocerla el corazón de Pudding emprendía un disparatado galope.

Manor Farm tenía cinco cuadras individuales y una caballeriza más grande que llamaban la casa de la jaca —hogar de la calesa de dos plazas y de la fuerte jaca de cortas patas que tiraba de ella—, dispuestas en torno a un pequeño patio situado al oeste de la alquería. Todo estaba construido con la misma caliza dorada que el resto de Slaughterford, extraída en un siglo anterior de la ladera que quedaba por encima de la fábrica. En este patio estaban los caballos de montar y era el territorio de Pudding. Los tres pares de caballos de tiro de la granja —seis potentes percherones, puro músculo y plumeros de pelo en las patas— los tenían juntos en las cuadras de detrás del establo principal, y de ellos cuidaba un hombre bajo, enjuto y fuerte llamado Hilarius. Vestía el mismo largo guardapolvo de lona todos los días, lloviera o hiciera sol; nadie sabía qué edad tenía, pero era viejísimo y llevaba en la granja desde niño, mucho más tiempo que ninguno. En origen sus padres habían llegado de algún lugar de Europa; sus ojos observaban el mundo metidos en una red de arrugas y no es que hablara mucho, precisamente. En verano dormía sobre un colchón de paja en un entresuelo del tenebroso establo grande; en invierno se trasladaba al altillo que había encima de la casa de la jaca. Cada día se encargaba de tener antes de las siete de la mañana los pares de tiro con sus arreos puestos, listos para que los carreteros se los llevaran; y también, de almohazarlos, echarles de comer y sacarlos al pasto al final de la jornada cuando volvían de arar o sembrar o lo que fuera. Con inclinaciones de cabeza, gestos y ejemplos prácticos, Hilarius había enseñado a Pudding mucho de lo que ella sabía sobre el trabajo de las caballerizas, y lo demás lo había aprendido sola en un libro que se llamaba *El buen manejo del caballo*, que había sacado de la biblioteca de Chippenham.

El heno se traía de lo alto de la colina, donde se apilaba en almiares y se cubría de paja sobre plataformas de piedra para mantenerlo seco. Uno de los muchos pequeños cobertizos de la granja se usaba como cuarto de los arreos; estaba equipado con una panzuda estufa con el fin de que el cuero no criara hongos y sobre ella Pudding hervía agua para prepararse el té. Fuera había un antiquísimo abrevadero de piedra que hacía las veces de práctico escalón para montar. Pudding mantenía el cuarto de los arreos igual de impecable que el patio, tan impecable que un día la lavandera bromeó diciendo que los gorriones no tendrían ni una brizna de paja con que hacer sus nidos. En adelante todas las mañanas la chica empezó a esparcir un poco de heno viejo sobre el estercolero, aunque sólo durante la época de cría. En las portillas de los campos había mucho lodo para las golondrinas y los aviones. Habían

llegado hacía unas semanas y se habían puesto a arreglar sus nidos en los aleros de las caballerizas, y eran tan monos que ni siquiera le molestaba cuando se le ensuciaban en el pelo. Pudding tenía cinco pupilos: Baron, el imponente caballo de caza castaño del señor Hadleigh; el poni que éste había tenido de niño, Tufty, ya inverosímilmente combado y reviejo; el caballo de silla de Nancy Hadleigh, Bally Girl, aunque con lo de su cadera Nancy montaba cada vez más de tarde en tarde; Dundee, la jaca que tiraba del cabriolé cuando alguien quería ir a la ciudad, y ahora Robin, el caballo castrado para la señora Hadleigh. Era poco mayor que un poni y de lo más tranquilo, aunque no lento ni de paso pesado. Hasta el color lo tenía suave: castaño claro como la miel. Seguro que a Irene Hadleigh le gustaba.

Pudding lo sacó al patio justo antes de las once y le dio un último retoque. Y un empujoncito para enderezarlo cuando adoptó una postura indolente, ladeando un casco trasero, pues quería que exhibiera su mejor aspecto. Después de todo, Robin era un reflejo de su trabajo y por encima de cualquier otra cosa Pudding deseaba ser la mejor moza de cuadra posible. Bueno, más que *cualquier* otra cosa no. Pensó en Donny y en su madre también; y en el misterio aquel del anhelar. Pero aparte de eso, era lo que más deseaba. Su padre seguía queriendo que fuera a una escuela de secretariado, o tal vez incluso a la universidad, como planeaba hacer Donny en otro tiempo. Donny debía haber sido ingeniero —tenía un talento natural para esas cosas y entendía de todo tipo de mecanismos—, pero la Gran Guerra lo había cambiado todo. El doctor Cartwright llamaba a este verano una *prueba* de ser moza de cuadra, aunque, con quince años, Pudding sabía exactamente lo que quería. Iba a destacar. Iba a hacerse indispensable para los Hadleigh e iba a quedarse en Slaughterford con su familia. Durante unos momentos se preguntó con quién diantres se casaría, allí en Slaughterford, pero en ese momento se le soltó de golpe la presilla de uno de los tirantes cuando se agachó a coger la pata de Robin, y se ruborizó, aunque no había nadie que lo viera, y se recordó que el matrimonio era la menor de sus preocupaciones. Entonces oyó pasos y voces procedentes de la casa, y, aturdida, volvió a ajustarse la presilla y se sacudió el pelo de caballo de las mangas lo mejor que pudo.

Manor Farm era la casa que quedaba más al norte de Slaughterford, en el empinado camino que llevaba a Ford, el pueblo más próximo siguiendo el By Brook hacia el norte. Desde la granja había una vista amplia y magnífica del ondulado valle, de un verde veraniego casi increíble, con la iglesia a un lado, los molinos abajo en el agua y las casitas en medio. El valle tenía demasiada

pendiente para los cultivos: era todo bosque y pasto, y los prados del otro lado estaban salpicados de ovejas y vacas color bronce. Las riberas del sur estaban tan tupidas de árboles que el agua sólo se veía allá junto al puente, donde se juntaban tres caminos: el de Germain, que unía el camino de Ham con Biddestone; el camino de Ford, al norte, y el que se dirigía hacia Thickwood, al oeste. Todos eran estrechos y de caliza triturada, y quien viajaba por ellos levantaba una nube de polvo blanco. Hacía un tiempo caluroso y soleado pero por las noches llovía, de modo que las portillas de los campos y los abrevaderos se hundían en barro batido. El aire era un poco húmedo, el By Brook corría rápido y había insectos por todas partes. Con este magnífico telón de fondo, Nancy e Irene Hadleigh cruzaron hacia el patio desde la casa. Durante un instante a Pudding le pareció, absurdamente, que debía ponerse firmes y se le olvidó por completo qué tenía que decir. Por suerte, justo cuando las mujeres llegaban a la altura de Robin, éste se ventoseó bien fuerte y Pudding no pudo evitar reírse.

Irene Hadleigh retrocedió y se mantuvo a distancia, mirando a Robin como si medio esperara que fuera a abalanzarse sobre ella, todo dientes y furor. Eso le dio a Pudding la oportunidad de echarle un buen vistazo. La señora Hadleigh era de estatura mediana y delgada como un palillo, con aquella especie de fragilidad de elfo que tanto deseaba ella para sí. Tenía el oscuro cabello cortado a lo *garçon* en una lustrosa melena recta que le llegaba a las orejas; sus ojos eran también oscuros, con ojeras, y resaltaban en su pálido rostro. Y había tal inmovilidad en su cara, algo tan petrificado, que Pudding no se la imaginó riendo. Era como una muñeca de porcelana y bastante impenetrable, además. Vestía un immaculado traje de amazona —pantalones blancos, chaqueta de *tweed* y plastrón— y Pudding, aterrada, se devanó los sesos, pues no recordaba que debiera preparar a Robin para montar.

—Bueno, qué encantadora bienvenida —dijo Nancy, dando un paso adelante. Llevaba la camisa y los pantalones de costumbre, pulcros pero ligerísimamente descoloridos, y sus viejas y arrugadas botas; un pañuelo de seda, anudado bajo la barbilla, le cubría el pelo.

—Eso es la hierba de verano después de la lluvia, señorita H —soltó Pudding de golpe.

—Soy muy consciente de ello, Pudding. —Nancy le dio una fuerte palmada a Robin en el cuello y le echó una mirada de experta—. Un animal muy bonito. No demasiado grande. Nada de que asustarse... un poco gordo, eso sí. —Al decir esto le dirigió a Pudding una severa ojeada—. ¿Qué opinas tú, Irene?

—Pues... —contestó Irene, algo sobresaltada. Hablaba en voz baja. Juntó fuerte las manos—. Tiene buen aspecto.

Se produjo un breve silencio mientras Nancy apuñalaba a Irene con una de sus sonrisas que a Pudding le resultaban muy familiares, así que se adelantó con la mano tendida.

—Es un placer conocerla, señora Hadleigh. El señor H me comentó que no ha montado usted mucho, pero he salido con Robin unas cuantas veces ya y de verdad que es manso como un cordero. Ni siquiera se espantó cuando nos adelantó el charabán en el camino el lunes, y bien sabe Dios que forma mucho humo y mucho estruendo. Estará completamente segura montada en él, se lo garantizo.

Estrechó la mano de Irene, quizá con demasiada energía, y controló sus nervios, aunque los ojos de Irene la miraban vidriosos e inexpresivos como borrones de tinta. Por un momento Pudding se estremeció, y sintió una punzada de pesaroso desconcierto al pensar que el encantador y alegre señor Hadleigh se hubiera casado con una persona tan fría. Pero luego cayó en la cuenta de que lo que parecía era rendida. Completamente agotada.

—Pues... —dijo Irene, haciendo una breve pausa para carraspear—. En realidad, ni siquiera me he subido a un caballo. Nunca he acabado de encontrarle sentido, teniendo dos buenas piernas.

—Sí, y un coche que te lleve a todas partes —intervino Nancy—. Pero cuando llega el invierno por aquí no hay muchas cosas con ruedas que sirvan de algo.

—¡Oh, y cabalgar es divertidísimo! Y una forma de lo más estupenda de ver el mundo —aseguró Pudding.

—¿El mundo? —repitió Irene con un asomo de amargura en su tono.

—Sí. Vaya... es decir, este rincón del mundo, al menos —rectificó Pudding—. ¿Se lo ensillo? Puedo llevarla del ramal, si quiere, sólo para que se haga una idea. O incluso dar una vuelta al cercado nada más.

—¿Ahora? —preguntó Irene, alarmada.

—Sí, ¿por qué no das un salto y te subes? No hay otro modo de averiguar si a uno le gusta. Alistair se pondría contentísimo al saber que lo has intentado —afirmó Nancy, alegre, e Irene hizo un gesto de horror.

—Es que pensé... como va usted vestida para montar... —Pudding no terminó la frase.

Dos manchas rojas habían aparecido en las mejillas de Irene Hadleigh. Daba la impresión de que nada le gustaría más que salir huyendo.

—Aunque no tiene por qué hacerlo, claro —añadió Pudding.

—Tonterías. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. ¿Cómo vas a cazar al lado de Alistair si ni siquiera te subes?

—Es que... no había pensado...

Irene no encontraba las palabras, Nancy clavaba la mirada en ella con gesto malicioso y eso no la ayudaba nada, así que Pudding acudió al rescate de nuevo.

—¿Y por qué no lo monto yo en el cercado un poquito y así lo ve usted moverse?

Vio que los hombros de Irene bajaban aliviados y que, con un ruidito de mofa, Nancy se acercaba a Bally Girl para darle una zanahoria que se sacó del bolsillo.

De modo que Pudding fue con Robin describiendo grandes círculos, vueltas y ochos; al paso, al trote y al galope. Hasta dio unos cuantos saltos pequeños, y disfrutaba tanto y se concentraba tanto en hacerlo quedar bien que no se dio cuenta de en qué momento Nancy e Irene dejaron de mirar y se marcharon; Nancy, por el campo en dirección al cementerio y a la tumba de su hermano, e Irene, presumiblemente, de vuelta a la casa. Sin aliento y sudorosa, Pudding dejó que Robin volviera con la rienda suelta al patio. El caballo también resoplaba, y, preocupada, Pudding pensó que como siguiera creciendo pesaría demasiado para montarlo. Pasó la hora siguiente quitándole con una almohaza a Tufty lo que le quedaba del pelaje de invierno —nubes y más nubes de pelo grisáceo y grasiento: material para que las golondrinas forraran sus nidos— y procuró no sentirse decepcionada por aquel primer encuentro con Irene Hadleigh. Aunque sin demasiada seguridad, esperaba con ilusión tener a alguien más próximo a su edad con quien salir a montar, aunque fuera londinense y muy aristocrática. O, al menos, enterarse un poco de la vida de Londres: las fiestas y bailes continuos, los salones bohemios y las salas de baile donde tocaban *jazz*, que se figuraba que eran el eje de vivir en la ciudad. Pero, pese a estar casada con uno de los hombres más amables y mejores que había en cincuenta millas a la redonda, Irene Hadleigh le había dado la impresión de que preferiría encontrarse en cualquier lugar que no fuera Manor Farm. Una muñeca de porcelana que suspiraba por estar metida en su caja otra vez.

A la una Pudding fue a buscar a Donny para volver a casa a almorzar. Su hermano también trabajaba en Manor Farm, ayudando al jefe de jardineros, Jeremiah Welch, a quien todos conocían como Jem. Llevaba de jardinero en

Manor Farm cuarenta años; su cuerpo era una tira de huesos y músculos, más fuerte que tres raíces e igual de moreno, y criaba hurones; por lo general llevaba uno encima y, aunque no lo llevara, su olor particular perduraba en él.

—Hola, Jem, ¿está usted bien? —le gritó Pudding, saludándolo con la mano.

—Zagala —respondió Jem; su acento de Wiltshire alargó la palabra—. Tu Don está limpiando con la azada los arriates de las rosas.

—Muy bien.

La rosaleda estaba detrás de unas altas tapias de ladrillo, resguardada del viento y del frío. El perfume de las flores era tan intenso como su desenfundada profusión de colores. Donny se encontraba en el rincón del fondo, con las mangas arremangadas y un delantal marrón sobre la camisa. A Pudding siempre le sorprendía la anchura de sus hombros y su solidez en las caderas y la cintura, que indicaba su fuerza. La fuerza de un hombre. Todavía casi esperaba ver al chico larguirucho que era cuando se marchó a alistarse. Tenía la estatura suficiente, y las cejas lo bastante gruesas, como para que su mentira de que tenía dieciocho años colara, aunque sólo tenía dieciséis. Pudding recordó que aquel día ardía de admiración por él mientras que ahora apenas soportaba pensar en ello; entonces no tenía ni idea de lo que significaba ir a la guerra. Donny estaba sudando y, aunque tenía en la mano la azada, lista para usarla, permanecía absolutamente inmóvil. A veces le pasaba eso: si algo hacía que se detuviera un momento, podía quedarse quieto hasta que apareciese alguien y volviera a ponerlo en marcha. Pudding se aseguró de entrar en su campo visual antes de tocarle el brazo para despertarlo pero, aun así, él dio un respingo.

—Soy yo, Donny —dijo ella, y él sonrió al tiempo que alargaba la mano para pellizcarle la barbilla con el pulgar y el índice. El sol resaltaba la cicatriz de su cabeza; Pudding casi no podía mirarla. Un hoyo plano, del tamaño de la palma de su mano, en el lado derecho de la cabeza, casi todo escondido debajo del pelo pero que llegaba hasta la frente también, rodeado de nudoso tejido cicatricial—. Hora de almorzar.

Donny se enderezó y se llevó la azada al costado.

—Muy bien —convino.

—Parece que has estado trabajando duro esta mañana.

Pudding echó un vistazo a los pulcros arriates, y a la tierra limpia y sin hierbajos que Donny había removido entre los rosales. Luego miró los arbustos que tenía más cerca y antes de poder evitarlo exclamó: «¡Oh!».

Los dos rosales más próximos a los pies de Donny estaban hechos trizas. Arbustos ya crecidos, de más de medio metro de alto, uno blanco, el otro amarillo pálido, los colores que le gustaban a Nancy Hadleigh para la tumba de su hermano. La azada había destrozado los pétalos, las hojas y los tallos verdes. Con la punta del pie, Pudding removió aquel lamentable confeti.

—Ay, Donny, ¿qué ha pasado aquí? —dijo bajito, y al instante trató de pensar en un modo de ocultar los daños. Era imposible, por supuesto. Notó que un estremecimiento recorría el cuerpo de su hermano y lo miró, temerosa —. No importa —añadió, aunque sí importaba.

El rostro de Donny se había ensombrecido de furia: aquella ira consigo mismo, tan tremendamente destructiva por no tener adónde dirigirse; ningún objetivo más que su propia e intangible fragilidad. Movía la boca, un rubor color carmín le teñía la piel y estaba temblando. Sus manos, sobre el mango de la azada, lo agarraban tan fuerte que estaban blancas y Pudding tuvo que desoír el impulso de retroceder para ponerse fuera de su alcance. Donny nunca le haría daño. Eso lo sabía tan en lo hondo que lo tenía escrito en las entrañas. Pero, desde que había vuelto, a veces Donny dejaba de ser exactamente Donny y se perdía dentro de sí mismo. Pudding se le acercó de forma que él la viera y le frotó el antebrazo con la mano.

—Bueno, Donny, crecerán otra vez, ¿verdad? —comentó. Notaba la tensión de su hermano como las vibraciones del suelo cerca de la nave de batir en la fábrica; como notaba cuándo un caballo estaba a punto de encabritarse: aquel temblor de energía contenida que tenía que ir hacia *alguna* parte. Casi la olía —. ¿Qué te apetece para almorzar? —preguntó, negándose a mostrar la menor preocupación.

Siguió hablándole, y al cabo de un rato la respiración de Donny se hizo más lenta y la tensión desapareció, y él cerró los ojos y se los tapó con una embarrada mano, metiéndose las lágrimas entre las pestañas.

—Anda, vamos, o nos quedaremos sin comer —dijo, y él se dejó llevar.

Iría a ver a Jem y a Alistair Hadleigh para hablar del asunto después del almuerzo, cuando se asegurara de que Donny volvía a estar tranquilo. Jem se mordería el labio y se pondría a arreglar las plantas en silencio; el señor Hadleigh sonreiría con aquella sonrisa triste y compasiva que ponía cuando pasaban estas cosas, y diría algo como: «Bueno, qué le vamos a hacer», y Pudding se esforzaría por no llorar. Hasta Nancy Hadleigh era amable cuando se trataba de Donny, aunque hacía mucho que Pudding sospechaba que, por debajo de toda su aspereza, la tía de Alistair era más amable de lo que le

gustaría que se supiera. Una vez Pudding la vio retorcerle el cuello a un pato que el zorro había cogido; lo había dejado con unos grandes agujeros sanguinolentos en la pechuga, sin un ojo y con un ala retorcida, colgando hacia por detrás. Nancy lo despachó rápidamente, lo tiró al montón de la hoguera y luego se limpió las manos en un trapo, diciendo: «No tiene sentido intentar cuidarlo», pero Pudding había visto que le brillaban los ojos y el gesto entristecido de su boca.

Bajaron hasta el pueblo, cruzaron el puente de Rag Mill y tomaron el empinado sendero que, atravesando el prado, llevaba hasta su casa. Los del pueblo aún llamaban a aquel campo Bloody Meadow por la leyenda de que era allí donde, siglos atrás, el rey Alfredo había derrotado a los daneses en combate haciendo que el río corriera rojo con la sangre de los guerreros caídos. Decían que así era como Slaughterford había conseguido el nombre. Antes de irse a la guerra, cuando Pudding era pequeña, Donny le contaba la historia una y otra vez, reconstruyendo largos relatos inventados de la batalla con todos sus horribles golpes, incluidos efectos de sonido y tajos con una espada de avellano. A ella le encantaba la emoción que transmitía aquello, el esplendor y los imaginados prodigios de una época tan remota. Allí había magia, y barones, y tesoros. Estuvo a punto de pedirle a Donny que le contara aquella historia otra vez, o de contársela ella; de recordar aquel momento. Pero las batallas ya no eran tan atrayentes y ahora la muerte heroica significaba algo: significaba miedo y dolor y vidas rotas. Demasiados chicos de la escasa población de ochenta y un habitantes de Slaughterford habían partido hacia la guerra, entre ellos dos Tanner, un Matlock, dos Smith y tres Hancock. Tan sólo Donny había regresado. También Alistair Hadleigh, claro... aunque él no era un chico, ni un *Tommy*. Pero en vez de eso, mientras iban pendiente arriba y empezaban a resoplar, Pudding le habló a su hermano de Irene Hadleigh y de cómo no había querido montar. No estaba segura de que Donny la escuchara hasta que él dejó de andar, con el ceño fruncido, y dijo:

—Nunca has entendido que una persona no quiera montar, ¿verdad, Pud?

Hablaba despacio, con gran concentración, y Pudding dejó ver una amplia sonrisa.

—No, Donny. Nunca.

Spring Cottage se llamaba así por el riachuelo de agua dulce que manaba burbujeando del suelo que tenía delante, cruzaba por entre un montón de lentejas de agua, de un verde luminoso, hasta un canal de piedra y después iba por tubos para dotar a Slaughterford de agua potable. La casa era de la época

georgiana, no demasiado grande aunque de proporciones armoniosas, cuadrada y simétrica, con ventanas de guillotina y un gran llamador de latón en la puerta principal. Dentro todo estaba maravillosamente normal; Louise había hecho sopa de guisantes de la huerta y les recitó una lista, a medias orgullosa y a medias molesta, de las faenas que ella y Ruth, la asistenta, habían llevado a cabo esa mañana —poner papel nuevo y rosados polvos desinfectantes en el excusado, cambiar la ropa de todas las camas, recoger las grosellas negras y hacer jalea—, y luego llegó el doctor Cartwright, entrando con paso apresurado, tarde, como siempre, deshaciéndose en disculpas. La casa estaba en lo alto de una colina demasiado escarpada como para tener la consulta allí, de modo que alquilaba una habitación en la casa del maestro de escuela de Biddestone e iba y venía en bicicleta. Pudding echó una ojeada furtiva a su madre buscando algún indicio de contratiempo. Así era como ella y su padre llamaban a lo que le ocurría a Louise. *Contratiempos*. Un nombre falso, un horrible disfraz del que ninguno de los dos se atrevía a prescindir. Pero su madre tenía buen aspecto, aunque parecía un poco cansada. Su pelo rubio perdía color a medida que lo invadían las canas; en torno a los ojos y la boca había arrugas más profundas de lo que una mujer de cuarenta y ocho años debería tener, si bien la mayoría habían aparecido la mañana en que Donny se marchó, siete años atrás. No era un rostro hermoso, pero sí despierto y atractivo. Louise era suave y redondeada, e ideal para achuchar. La primera señal de contratiempo era cuando empezaba a mirar por la habitación con un amago de ceño fruncido, como si no recordara por qué había ido allí ni —peor aún— en qué cuarto se encontraba. Pudding siempre estaba alerta para detectar aquel gesto. No quería volver a verse tan desprevenida, tan asustada, como aquella vez que bajó para desayunar y se encontró a su madre de pie junto a la hornilla con un huevo, todavía con cáscara, humeando en una sartén seca. Louise la había mirado, le había sonreído, cortés, y había dicho: «Ay, perdone, jovencita... a lo mejor podría ayudarme. Estoy muy preocupada porque me he equivocado de dirección».

Pudding tenía presente la mesa de la cocina desde sus primeros recuerdos: rescatar migas del tiempo de Maricastaña con la uña del pulgar del fondo de las juntas cuando se aburría de aprenderse el alfabeto; el cajón de los cubiertos que se atascaba; la leve sensación pegajosa de la madera, que no había forma de quitar por mucho que se restregara. También tenían un comedor, con una mesa mucho más bonita y brillante, aunque la usaban cada vez menos. La mesa de la cocina era como las cacerolas de esmalte que

colgaban encima de la hornilla, como el delantal amarillo de su madre y la tetera marrón de tapadera pegada con cola: anclas; cosas con las que Pudding podía contar. Ruth, que se negaba a concretar su edad más de un «allá por la mitad», se sentó a almorzar con ellos y le dio al médico el habitual informe de los achaques de su extensa familia. El padre de Pudding hacía todo lo posible por asesorarla.

—Y el acné de mi Teresa es que no mejora nada —dijo Ruth, mientras hundían las cucharas en la sopa de guisantes—. La pobrecilla tiene la cara como si fuera carne agusanada. ¿Y cómo va a encontrar marido, con esa pinta?

Recurría al médico como si él pudiera hacer algo para ayudar a su hija y no lo hiciera. Louise soltó la cuchara en señal de protesta; Donny siguió sorbiendo la sopa, indiferente. El médico, afable, asintió con la cabeza.

—Una niña de carácter alegre como Teresa no debería tener problemas en ese sentido, Ruth. A menudo estas cosas, sencillamente, se quitan con la edad. Pero no debe pellizcarse y estropearse la piel.

—El mes pasado Hilarius puso una tintura de hamamelis y ceniza en la picadura de rezo que se le había infectado a Tufty —intervino Pudding—. Fue milagroso. El forúnculo era grande como una nuez y apestoso de veras, pero en tres días justos se secó.

—Oh, por Dios, Pudding, en la mesa *no* —exclamó Louise.

—Perdona, mamá.

—¿Hamamelis, dices? —preguntó Ruth.

Pudding se planteó si debía contar lo de los rosales. La última vez que había pasado algo así Donny se había metido en líos poco después. La frustración de su hermano parecía ir aumentando poco a poco, como si la lucha diaria por volver a sí mismo lo desgastara y lo abrumara, hasta que se volvía imposible de soportar. El peor incidente había sido el del White Hart de Ford, el año anterior. Manchas de sangre densa en las oscuras losas de piedra y un diente roto; el sargento de policía mandado llamar de Chippenham cuando Pete Dempsey, el guardia del pueblo, no pudo sujetar a Donny solo. Pero no había sido culpa de Donny, nada de aquello fue culpa de Donny. Él había visto a Aoife Moore esa misma tarde. Aoife, con su pelo negro y sus ojos verdes, y con el hoyuelo en la barbilla, que era con quien él debía casarse. Habían sido novios desde que tenían doce años y se prometieron antes de que él se marchara, pero, cuando Donny regresó, al cabo de diez minutos de estar con él y ver el cráter del cráneo, y cómo le costaba hablar y comer, ella escapó llorando. El mes siguiente se prometió con el musculoso hijo de un

transportista. Entonces Donny la vio comprando caramelos de menta blancos y negros para su hermana pequeña —cinco por un cuarto de penique— a la viuda que vendía golosinas por la ventana de su casa en Ford. Aoife llegaba con esfuerzo a la ventana por culpa de su vientre embarazado, tan enorme. Y luego el hombre con el que se había casado estaba en el *pub*, con otros cuantos más, y había provocado con insultos a Donny. Pudding no estaba allí, claro, aunque seguro que a Donny *debieron* de provocarlo con insultos. Pero los rosales sólo eran un error, sólo una pérdida de concentración: sus brazos, que siguieron manejando la azada aunque su mente y su mirada vagaran lejos de allí. Pudding decidió no decir nada.

Su padre la detuvo cuando ella subía a acostarse aquella noche.

—¿Habéis tenido buen día hoy, Pudding? —le preguntó en voz baja.

Arriba Louise estaba acostando a Donny. En algunos sentidos se había convertido en un niño demasiado grande, al que había que ir guiando por los rituales de la hora de irse a dormir. «Cepíllate los dientes, Donny. Ahora el pijama». Los pasos hacían crujir el suelo de madera. Pudding no quería pensar en qué sucedería si algún día su madre no llegaba a reconocer a Donny, o si olvidaba lo que le había sucedido. La idea del choque de ambas confusiones y del susto de ambos resultaba espeluznante. El doctor Cartwright era un hombre de carácter dulce, más bien menudo —más bajo que sus dos hijos—, con rostro pulcro y bigote canoso. Tras las gafas redondas sus ojos tenían una expresión triste. Cuando Donny se fugó para alistarse él se metió en su consulta de Biddestone y no salió, ni recibió a nadie, durante el resto del día. Cuando por fin regresó a casa tenía los ojos enrojecidos, abrazó fuerte a su hija y, con voz tensa, le dijo: «El chico jamás me perdonaría que mandara un telegrama con su edad de verdad, ¿no?». Y Pudding, aún deslumbrada con su hermano, le había contestado: «Va a ser un héroe, papi». Aquella conversación todavía la atormentaba. Estaba segura de que también atormentaba al médico. La esperanza que había en su voz cuando le preguntó por la jornada era penosa.

—Sí, papá —respondió Pudding—. Un buen día.

Por la noche Pudding leía. Aún tenía libros de historias de caballos para las que ya era demasiado mayor, tan gustosas como deslizarse bajo las mantas y encontrar el sitio calentito donde había estado la botella de agua caliente. O leía los cuadernillos baratos que traían historias de amor y escabrosas narraciones de crímenes auténticos. A veces Ruth le pasaba sobados números de *Weldon's Ladies' Journal* y *Woman's Weekly* para que los leyera también.

—Como tu madre no está en condiciones de enseñarte... —le dijo la primera vez que le llevó uno, y después frunció los labios y se puso colorada.

A Pudding sí que le gustaba leer sobre ropa y medias y carmín de labios, y qué labores de punto tendría que estar tejiendo, o qué debería hacerle a su cutis para que floreciera (en realidad, tenía un cutis perfecto), aunque al mismo tiempo pensaba que nada de eso le importaba de verdad. Le resultaba interesante, pero lo mismo que leer las novelas románticas o las historias de asesinatos: aquello no pertenecía a la vida real. Sin embargo, el año anterior se había cortado el pelo a lo *garçon*, imitando a la estrella de una portada de revista y para gran disgusto de su madre. Pero no se le quedó cayendo en una lustrosa línea recta como el de Irene Hadleigh, con un remate impecable y la aureola de la luz reflejada en él. Pudding tenía mucho pelo y además muy tupido, así que se le despegó por los lados de la cabeza en forma de triángulo y la hizo parecer aún más ancha. Consternada, volvió a dejárselo crecer; de todas formas, el pelo se pasaba casi toda la vida metido en una redecilla, echado hacia atrás y sujeto con horquillas, o aplastado dentro del molde de una gorra de montar y sudoroso por los bordes.

Esa noche, sin embargo, eligió *Los Asesinatos más Terribles: Relatos Verídicos de Acciones Execrables en Wiltshire*; un libro que había encontrado en una tienda de segunda mano de Marshfield. Contenía quince relatos de hechos horribles que habían sucedido en el condado a lo largo de su historia, dos de ellos en el propio Slaughterford, un detalle de lo más fascinante aunque de ambos hacía ya un montón de años: «La doncella del molino», el asesinato de una chica del pueblo, y «El hijo de la nieve», que narraba la tristísima historia de una familia de gitanos («hermosos como lo son los animales exóticos, y tan carentes como ellos de moralidad», afirmaba el libro) que había sucumbido al frío en una cruda noche de invierno después de que todos los del pueblo les negaran cobijo. Sólo había sobrevivido un pequeñín al que encontraron medio enterrado en la nieve, entre sus padres muertos que se habían acurrucado abrazándolos a él y a su hermana, intentando darles calor. Por lo general, Pudding era incapaz de leerlo sin estremecerse de compasión y dar gracias por su cama calentita, pero esa noche no pudo concentrarse. Lo leyó hasta el final, de todos modos, y luego dejó el libro y, por un instante, pensó en lo distinta que sería la vida si una fuera esbelta y guapa, y estuviera casada con Alistair Hadleigh.

Cuando era pequeña su madre le hacía una marca con la uña del pulgar en la vela de la mesita de noche, y cuando la llama llegaba allí Pudding sabía que

era hora de darle un soplido y dormirse. Ahora ella decidía cuándo girar la perilla de la lámpara de gas para apagarla y por lo general era la última que se quedaba despierta en la casa. Eso le gustaba. Su padre trabajaba tanto, y se preocupaba tanto, que estaba rendido. Y había que velar por Donny y por su madre, de manera que vaya si velaría por ellos. A veces, las noches de viento, le entraban ganas de llorar. Era una estupidez, se decía, si en realidad no había motivo para el llanto... Tenía su casa y sus padres, no como el chiquillo de «El hijo de la nieve». ¿Y los Tanner y los Smith, cuyos hijos y hermanos no habían regresado de la guerra siquiera? ¿Y Maisie Cooper, cuya madre había recibido una cox en la cabeza cuando a su poni le picó una abeja y desde entonces estaba inconsciente? Maisie ya debía de haber vuelto de la universidad para las vacaciones, pero no se había acercado a ver a Pudding. Claro, Pudding tenía mucho menos tiempo libre ahora que trabajaba y además entendía por qué algunas de sus amigas se mantenían a distancia: no todo el mundo sabía cómo hablarle a Donny ahora, ni a Louise, y eso las ponía nerviosas. Pero creyó que precisamente a Maisie no le habría importado tanto. Esas noches Pudding se negaba a llorar, porque sólo era el viento, que la hacía sentirse como el último ser humano que quedara en la Tierra.

En el círculo de luz que daba la lámpara de bronce del escritorio la mano de Irene se acalabró sobre el papel. Había estado agarrando la pluma demasiado fuerte, como si así fuera a exprimirla las palabras. «Querido Fin», había escrito. «No creo que pueda seguir mucho más tiempo sin noticias tuyas. Aunque sólo sea una maldita palabra». Después su mano se había atascado. Pretendía escribir en un tono más ligero. Algo más coloquial, como para lograr fingir una amistad. Pretendía escribir algo mordaz sobre la presencia siempre vigilante de Nancy, o sobre lo absurdo de la vida en Slaughterford — ¿qué clase de nombre era *Pudding*, por cierto?—, o que en la zona sólo parecía haber cuatro apellidos, o que al hablarle en su día Alistair de Manor Farm, ella había oído más fuerte lo de «Manor» que lo de «Farm», cuando la realidad era más bien lo contrario. Pero esas frases no le salieron. Habrían sido falsas, de todos modos. Irene cerró los ojos y él surgió al instante. Una presencia callada, cohibida, detrás de Serena, que estaba cualquier cosa menos serena. No demasiado alto, no demasiado guapo, pero con algo afable y profundamente irresistible, tanto que cuando intercambiaron una palabra y una

mirada, semanas después de conocerse, Irene sintió que las dos cosas — mirada y palabra— la recorrían toda como una ola batiendo en la arena, y después ya no quiso nada que no fuera él. Serena lo remolcaba aquí y allá tras ella, tomado de su mano como un niño. Había estado tan silencioso, tan eclipsado por ella durante los primeros tiempos que se trataron, que Irene no había oído su acento escocés ni se había dado cuenta de que Fin era la abreviatura de Finlay, un nombre que no conocía.

Serena era harina de otro costal. Toda brillo, toda vivacidad, toda sonrisas y fuertes carcajadas. Irene la había conocido en una fiesta de disfraces, vestida de pavo real: lentejuelas y bisutería centelleando por todas partes, plumas iridiscentes flotando cuando se movía, azules y verdes, turquesas y platas. Desde entonces siempre la vio así; hasta cuando llevaba puesto un vestido de lana color castaño, Serena encandilaba. Irene tardó mucho tiempo en comprender que, en realidad, se trataba de una armadura que escondía lo que pasaba dentro de ella. Serena había arrollado a Irene. Arrollaba a todo el mundo. Más que hacer amigos, suponía que cada persona que conocía ya era amiga suya... y por lo general acababa siéndolo, antes o después. Parecía imposible resistirse a Serena; tan imposible que, más tarde, cuando le preguntó a Fin por qué se había casado con ella y él no fue capaz de explicárselo, Irene lo entendió enseguida. Recordaba muy bien la primera vez que no pudo comer en presencia de Serena. Igual que no podía comer en presencia de su madre. Fue un martes cuando almorzaban en un restaurante de Piccadilly. Lenguado Véronique. Eran un grupo de siete u ocho, Irene conocía a algunos, a otros no. Fin estaba sentado frente a ella al otro extremo de la mesa. Había cruzado la mirada con él por error y apartó la vista rápidamente. «Irene tiene una pasión secreta, ¿sabéis?», proclamó Serena, sonriendo con algo feroz en los ojos, centrando la atención general en Irene aunque sabía que ella no lo soportaba. «Mirad cómo se ruboriza... ¿a que es encantador? ¡Dinos quién es o nos lo inventamos nosotros!». Cuando su plato llegó a Irene sus manos se negaron a tocar los cubiertos y su boca se negó a abrirse; igual que cuando su madre la miraba.

Parpadeó e inspiró hondo, al tiempo que echaba un vistazo a las escasas y detestables palabras de su carta y se odiaba de nuevo. La lámpara de gas siseaba e Irene pensó en todas las cosas de Londres que echaba de menos: no sólo a Fin, o los taxis automóbiles que Nancy había mencionado antes. El alumbrado eléctrico, en primer lugar, y los excusados dentro de la casa; el teatro y las películas; la música que no se limitara a una concertina, una tabla

de lavar o un violín. La reconfortante y anónima multitud de personas atareadas; lo sencillo que era comprar la ropa nueva, el camuflaje nuevo. La sensación, al salir por la puerta de la casa, de que tenía fácil acceso a una infinita diversidad de cosas que hacer, sitios donde estar y gente a la que ver. En Wiltshire más allá de la puerta no había más que barro y animales. El único vehículo automóvil que había visto intentando subir los empinados caminos de piedra era el lento charabán, que traía trabajadores de la fábrica por la mañana y llevaba a los del pueblo a Chippenham y Corsham. Ambos sitios sólo tenían algo en común: la muerte antinatural de hombres jóvenes y la vacía mirada de los que habían conseguido volver de las trincheras. Con cuidado, Irene arrancó la página que contenía su breve carta y estaba a punto de arrugarla cuando oyó los pasos de Alistair al otro lado de la puerta. Se apresuró a meter la página bajo el secante y dejó las manos en el regazo cuando él entraba. Alistair sonrió, fue hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó, solícito—. Antes nos diste un buen susto.

—Mucho mejor, gracias. En realidad no fue nada... es que la salsa era un poco pesada para mí.

Una salsa de nata y jerez, con un chorrito de aceite de nueces. Le había recubierto el interior de la boca y la garganta, y ella había notado que empezaba a insalivar en señal de protesta mientras se le nublaban la cabeza.

—Sí. Bueno... —Alistair dejó la frase sin terminar, violento—. Irene, no puedo evitar pensar... No puedo evitar preguntarme una cosa: si comieras un poco más, quizá tu organismo estaría más acostumbrado a...

Se quedó callado otra vez.

—Es que, sencillamente..., no tengo hambre, casi nunca. Nada más —respondió Irene.

Trató de decirlo en tono despreocupado, pero las palabras sonaron tan falsas como eran: el estómago vacío le daba dentelladas de la mañana a la noche. Sin embargo, la idea de comer le cerraba la garganta. Alistair se agachó junto a la butaca y le cogió las manos. Con gesto culpable, Irene se fijó en la tinta que le manchaba los dedos. Alistair tenía las manos largas, manos de pianista, con las uñas muy cuidadas. No como las de Fin, todas mordidas de frustración. Su flamante marido era, sin duda, guapo: alto y esbelto, el pelo de un rubio apagado, los ojos medio verdes, medio castaños. Y aquella expresión, siempre sonriente o a punto de sonreír.

—Pero estás muy flaca, Irene. —Alistair meneó un poco la cabeza—.

Llamaré al doctor Cartwright por la mañana y le diré que te eche una ojeada. Sólo para mayor seguridad.

—Pero si no es necesario. Estoy perfectamente bien. De veras —insistió Irene.

—Pero ¿lo estás? Prometiste decirme siempre la verdad, ¿recuerdas? No pido más que eso.

Alistair la miró con gesto suplicante, lleno de aquel amor del que ella se sentía tan indigna. ¿Cómo iba a poder cumplir esa promesa? Irene extendió un brazo, le pasó la mano por el pelo y después por el lado de la cara, notando el roce de una barba incipiente en la mandíbula. Alistair cerró los ojos y volvió el rostro hacia su caricia, le besó la palma e Irene se quedó inmóvil, sorprendida entre el deber, la gratitud y el deseo de huir. Alistair le cogió fuerte la mano y le plantó besos por la cara interna del brazo, donde unas venas azuladas se veían por debajo de la piel. Hizo una larga inspiración e Irene se esforzó por no apartarse bruscamente.

—Alistair, yo... —dijo.

Él apoyó un instante la cara en el brazo de Irene y luego se levantó, al tiempo que lo soltaba con una sonrisa forzada.

—No. Si lo entiendo, que estás pachuca, pobrecita —repuso, y al instante a Irene la invadió el alivio—. ¿Te parece que tolerarías un poco de Bovril? ¿Una tacita?

—Creo que eso podría ser justo lo que necesito, gracias.

Respiró con más comodidad cuando Alistair llegó a la puerta pero, una vez allí, él se detuvo y dio media vuelta. Miró el papel en blanco que Irene tenía delante, y la pluma dejada a un lado, y la tinta de los dedos. Abrió la boca pero las palabras tardaron un poco más en salir.

—Yo... sí que comprendo lo difícil que esto debe de ser para ti, Irene. La gente enseguida le echa la culpa a alguien pero... personalmente, pienso que *él* te trató a *ti* de un modo abominable. No espero que lo olvides todo enseguida. No. —Tragó saliva y la miró a los ojos, dolido—. Sólo te pido que lo intentes.

Cerró la puerta y volvió a dejarla sola, en el círculo de luz que surgía junto al escritorio, rodeada de oscuridad.

Por la mañana, igual que todas las mañanas, a Irene la despertaron el estruendo de las fuertes patas de los caballos en el patio, las bromas incomprensibles de los peones y carreteros cuando los tiros de caballos salieron a trabajar, los mugidos de las vacas lecheras, los gansos graznando

con un sonido como de bisagras metálicas y los perros de pastor que ladraban pidiendo comida. Se sintió rodeada de animales que hacían ruidos de todas clases. Después del desayuno bajó al que iba a ser su cuarto de escritura y se quedó rondando ante la puerta, sin anunciar su presencia enseguida. Era una habitación pequeña, medio excavada en el suelo en pendiente del lado nordeste de la casa, donde había poca luz natural y las losas del suelo estaban tan frías, incluso en verano, que parecían húmedas... y es probable que lo estuvieran. Tenía las paredes pintadas de rosa pálido: ni rastro de paneles de madera, ni rastro de molduras, ni rastro de rosetón en el techo. Una habitación de lo más anodina. Las dos vetustas ventanas batientes de hierro estaban torcidas y las cortinas eran sencillas telas de cuadros. La chimenea la habían entablado con un friso de madera en el que se veía un arreglo de flores y frutas. En términos generales, era como si nadie hubiera usado aquel cuarto desde hacía muchísimo tiempo y a Irene la atrajo al instante. En todas las demás habitaciones le parecía intentar hacerse sitio en la vida de otra persona, en la casa de otra persona... y esa *persona* era Nancy.

—Sigo sin entender por qué tiene que hacer algo tan drástico —dijo Nancy, mirando con gesto de desaprobación mientras Verney Blunt, el albañil del pueblo, y su aprendiz metían las escaleras de mano y las sábanas y las cajas metálicas de herramientas. Verney se llevó la mano al sombrero para pedirle que se apartara, al tiempo que se esforzaba por encontrar sitio donde colocarlo todo, pero Nancy hizo caso omiso de él—. ¿Y por qué este cuarto, precisamente? Total, igual podría acampar en el sótano.

—De niño a mí me encantaba este cuarto —respondió Alistair junto a la ventana, con las manos a la espada.

—No, simplón. Sólo te encantaba escaparte de él. ¿A qué niño le gusta su cuarto de estudio?

—De acuerdo, pero sí que me encantaba a veces. En particular cuando me daba clase el señor Peters. Me traía melcocha, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Salías con toda la barbilla manchada.

—Pues a Irene le gusta esta habitación, así que, por mí, se la queda. Es tranquila y acogedora. Muy adecuada para cuarto de escritura.

—¿Acogedora? Tonterías. Se quedará ciega aquí dentro: no hay luz ninguna. Y cambiará de opinión cuando llegue el invierno... esa chimenea no ha servido nunca más que para dejar que el viento se cuele rugiendo. ¿Por qué crees que se cerró, si no?

—Ya lo sé. Pero mira, tía Nancy, ella necesita hacer suya una habitación;

no es tarea fácil cuando todo lo demás de la casa lleva siglos aquí. Ha elegido ésta, así que olvidemos el asunto, ¿de acuerdo? No es que se use para ninguna otra cosa, que digamos.

—Pero ¿muebles nuevos? ¿Telas nuevas? ¿Todo nuevo?

—¿Por qué no? Ya iba siendo hora de que al menos un rincón de esta vieja casa se pusiera al día. Confío en que haga lo mismo con alguna otra habitación, a su debido tiempo. Tiene muy buen ojo para eso, ¿sabes?

—Seguro, seguro que sí. En fin... —Nancy suspiró—. Eres tan blando como lo fue mi querido y difunto hermano antes que tú, Alistair.

—Podemos permitirnos ser blandos contigo velando por nosotros —le replicó Alistair, sonriente.

Antes de entrar en el cuarto Irene echó atrás los hombros, alzó la barbilla y se negó a dejar que ni un asomo de disculpa asomara a su rostro o a su voz. Al cruzar el umbral dijo:

—Estoy agradecidísima de verdad.

—Ah, hola, cariño —contestó Alistair—. Aquí el señor Blunt aguarda tus instrucciones.

—Buenas, señora Hadleigh —la saludó Verney de mala gana. Era robusto, rubicundo y canoso.

—Hola —respondió Irene.

El operario más joven, quizá unos quince años tan sólo, la observó con curiosidad e Irene se preguntó qué opinión iría formándose sobre ella en el más amplio reino de Slaughterford. El chaval tenía el pelo oscuro y sucio, y un rostro delgado, casi de hurón. Su mirada era cautelosa, todo su cuerpo estaba listo para dar un salto hacia atrás.

—Eres uno de los del clan Tanner, ¿no? —le preguntó Nancy.

El chico hizo un gesto afirmativo y bajó la cabeza.

—Anda, ponte en marcha y vete a por las demás cosas —le ordenó Verney en tono brusco, y el chico se escabulló de la habitación.

—¿Está la plata completamente segura, señor Blunt? —comentó Nancy.

Verney Blunt hinchó el pecho pero pareció quedarse un poco molesto.

—Me da que sí, señorita Hadleigh. Es buen chaval, no tan malo como alguno de ellos. Y no le quitaré ojo de encima, tiene usted mi palabra.

—¿Qué es... un Noah? ¿Un Abraham? ¿Un Jonah?

—Un Joseph, señora.

—Una de las pequeñas bromas de Slaughterford —explicó Nancy a Irene—. Que la familia menos pía de todo el condado decida escoger nombres

exclusivamente bíblicos para su prole.

—¿Ah, sí? Pero ¿no van a la iglesia? —preguntó Irene.

—Algunos sí. Cuando no están demasiado borrachos y se mantienen en pie. —Nancy se encogió de hombros—. Bueno, os dejo aquí con vuestros esfuerzos artísticos. He de hablar con Lake sobre las nuevas vallas de Upper Break.

Salió dando zancadas de la habitación, las manos bien metidas en los bolsillos de la chaqueta.

Con ella ausente, Alistair sonrió y dio a Irene un rápido abrazo antes de que los pasos de los operarios volvieran a acercarse por el pasillo.

—¿Quién es Lake y qué es un Upper Break? —preguntó Irene.

—Ya has conocido a John Lake, ¿te acuerdas? El administrador de la granja. Un tipo enorme.

—Sí, claro.

Irene recordaba la imponente altura y los abultados hombros del administrador, que casi tapaban el cielo, aunque no se acordaba de su cara; recordaba el gruñido de bajo de su voz, pero no lo que había dicho. El acento de Wiltshire de los del pueblo le resultaba prácticamente ininteligible y las primeras semanas después de la boda Irene había sido más bien un caparazón que una persona completa. Temía volver a ver a los pocos conocidos de Alistair que le habían presentado, pues enseguida había olvidado sus nombres.

—Y Upper Break es el prado de arriba: el que va al otro lado de la colina hacia Biddestone, donde en este momento están las ovejas. Buenos pastos, muy rocoso pero desagua bien.

—Nancy es bastante indispensable por aquí, ¿verdad?

—Imagino que sí. Bueno, indispensable no pero sí que está muy volcada. La granja y Slaughterford son su vida.

—La granja, Slaughterford y tú.

—Sí, eso creo. En particular desde que perdimos a mi padre.

—Debió de tener pretendientes en sus tiempos, ¿no? He visto su retrato de debutante. Era muy guapa.

El retrato estaba en el despacho frente al de los padres de Alistair, el hermano y la cuñada de Nancy. Eran fotografías antiguas también, pálidas y fantasmales, y entre ellas había una de Nancy con el pelo largo y oscuro recogido sobre la cabeza, pómulos como los de un gato y cutis impecable. Con algo frío y amenazador en sus ojos.

—Los tuvo. Pero el que ella quería de verdad se fue y me da la impresión

de que ahí acabó la cosa para tía Nancy. Eso pasó antes de que yo naciera, por supuesto, y se pone muy irritable cuando se le pregunta por ese tema.

—Sí que me sorprendes.

—¿Te apetece bajar a la fábrica luego? Así te enseñaré en qué me ocupo el día entero.

—Siempre me habían dado a entender que la mayoría de los hombres no quieren que sus esposas sepan en qué se ocupan el día entero —contestó Irene.

—Bueno, yo no soy la mayoría de los hombres y tú no eres la mayoría de las esposas. Ahora éste es tu hogar, como ha sido el hogar de mi familia durante generaciones. Mi mayor deseo es que llegues a conocerlo y amarlo como yo, y que seas feliz aquí. Sé que hará falta algo de tiempo para que te adaptes, pero ya verás... Aquí se puede llevar una buena vida.

Le tomó la mano y se la apretó, e Irene vio cuánto deseaba que ella lo entendiera y cómo se había convertido en una criatura débil, una inválida a quien las cosas tenían que «apetecerle».

—Pues muy bien. Iré a la fábrica contigo después de almorzar.

Irene no sabía qué esperar de la fábrica pero, desde luego, no era encontrarse con algo de semejante tamaño y complejidad. Como el resto del pueblo parecía tan sereno y bucólico, medio se imaginaba que casi todo se haría a mano. En vez de eso, el vapor y la electricidad se encargaban de suministrarle la energía, y reinaban un estrépito y una confusión horrorosos. Atrajo miradas de curiosidad de los obreros mientras Alistair la llevaba de edificio en edificio, pero cuando Irene los miraba a los ojos ellos se sobresaltaban y volvían al trabajo con más afán, como si fuera una especie de dignatario haciendo una visita. Y acaso lo fuese. Alistair se la presentó al capataz, George Turner, y a su segundo en el mando, el maestro papelero. Luego le explicó el proceso cuando entraron en la inmensa sala de máquinas: se cocían los pedazos de papel y los trapos viejos; después se machacaban hasta volverlos pulpa y luego ésta se bombeaba a la máquina Fourdrinier. Aquel monstruo tenía más de treinta metros de longitud y casi cinco de ancho. La pasta —así llamaban a la pulpa— iba a un tejido de malla sin fin que le quitaba el agua antes de que llegara a los fieltros y avanzara, a paso de andadura, por una serie de enormes rodillos calentados a vapor para secarse. Al final acababa en un inmenso rollo, transformada ya en papel terminado. Irene asentía mucho con la cabeza y procuraba no sudar de forma demasiado visible con aquel pegajoso calor.

La luz entraba a raudales en la sala de máquinas por unas altas ventanas de marco metálico; había agua en el suelo, el aire era un pandemónium, y las paredes y hasta la última superficie visible estaban salpicadas de pulpa de papel. Irene se alegró de abandonarla para ir a las salas más pequeñas donde el papel se cortaba y apilaba, y a la sala de los sacos en que las mujeres, cuyo detallado examen fue más calculador, cosían y encolaban. Sencillos faroles metálicos colgaban de los techos, y en todas las paredes había grandes relojes registradores donde los trabajadores metían sus tarjetas al entrar y salir en el cambio de turno. A Irene le recordaron el reloj de la estación de King's Cross y uno de los peores días de su vida, que había vivido sólo pocos meses antes. Luchó por seguir escuchando y por seguir sonriendo. Alistair le cogió la mano y se la apretó.

—Vamos afuera, cariño —dijo—. Una bocanada de aire fresco es lo que necesitas.

—Sí —contestó Irene—. Pero muchas gracias por explicármelo todo.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó él cuando regresaron al soleado patio y se dirigían despacio hacia la antigua alquería que se utilizaba para las oficinas.

—Es muy impresionante. Mucho... más grande de lo que me imaginaba. — Dio la impresión de que Alistair se quedaba insatisfecho con esta respuesta, de modo que Irene rebuscó algo más que añadir—. Tanta maquinaria y tanto ruido y... y vapor. Parece un trabajo duro para los hombres. Y debe de ser peligroso... o sea, todo esto necesitará un meticuloso control.

—En realidad, el señor Turner hace que funcione casi tan bien como la propia Fourdrinier, por lo general. Es muy bueno; lleva años aquí, como muchos de los trabajadores de más edad. En cuanto a si es peligroso... no tanto como podría creerse. Tan sólo ha habido un accidente grave, pero fue hace bastantes años, antes de que yo naciera.

—¿Qué ocurrió?

—Fue ahí más adelante, en Rag Mill. Antes los del pueblo asaban manzanas y patatas en los carbones de debajo de la caldera. Por pura mala suerte, algunos sacaban las suyas cuando la caldera estalló. Es un hecho muy excepcional y al encargado lo despidieron al instante por no haber sustituido una válvula defectuosa.

—¿Y hubo heridos?

—Murieron tres, entre ellos, de hecho, un chiquillo de sólo diez años. La explosión lo hizo volar limpiamente hasta el otro lado del río, según contaron.

Una tragedia espantosa. Te aseguro que me tomo muy en serio la seguridad de mis obreros.

—Qué horror —dijo Irene.

—Sí, pero aparte de eso... y de un robo, también hace años, cuando a un recadero lo golpearon en la cabeza, nunca hemos tenido ningún problema. Bueno, ¿qué te enseño ahora?

—Oh, no sé —contestó Irene, esforzándose por mostrar el entusiasmo que Alistair parecía necesitar—. Elige tú.

Él inclinó la cabeza para mirarla un momento —le sacaba más de un palmo de altura— y sonrió.

—Ya sé —dijo—. Mi oficina y una taza de té.

*

Irene pasó a ver a Verney y al chico Tanner cuando volvió a la granja, pero en el antiguo cuarto de estudio no había gran cosa que ver salvo desorden y se sentía violenta, como si los vigilara, así que los dejó trabajar. Las paredes serían de un blanco luminoso; habría un marco de mármol translúcido para la chimenea; cortinas llegadas de Liberty; una mesa de laca roja de Eileen Gray; una silla dorada de Jean Dunand; la alfombra de seda persa turquesa y gris que había heredado de su abuela; su máquina de escribir Underwood negra y un montón de immaculado papel de hilo. Cosas así no se habían visto nunca en Manor Farm. Se construiría un rincón de su antigua vida al que retirarse cuando la realidad de la nueva se volviera insoportable. Quizá entonces podría empezar a escribir otra vez y tener ese consuelo también. Su columna de periódico —sólo cotilleos sociales, en realidad, aunque ella intentaba que pareciera algo más— se había acabado, desde luego, con su partida de Londres y con la forma de partir. La novela que había empezado —una novela de corte romántico— se había atascado a los cuatro capítulos. Siempre que intentaba escribir ahora se encontraba ante una página en blanco, una mente en blanco y unos sentimientos de profunda inutilidad. Vagó por las habitaciones de la alquería, obligando a Florence, la criada, y a Clara Gosling, el ama de llaves, a regatearla mientras hacían sus faenas, siempre corteses pero irradiando impaciencia. El cuerpo principal de la casa era largo y estrecho, de techos bajos y enlucido abombado. Las habitaciones se sucedían por un corredor, una tras otra, de forma ininterrumpida. El sol entraba a raudales por las ventanas y daba en las alfombras y en los muebles, todos cómodos, todos

de algún siglo anterior. Los suelos de olmo crujían bajo sus pies; el aire, pomposo, se apartaba para dejarla pasar y luego, con un remolino, recuperaba su quietud.

Irene entró en el despacho, un cuarto muy masculino de roble oscuro y libros encuadernados en cuero, y se quedó unos instantes mirando el retrato de los padres de Alistair. Éste se parecía mucho a su padre —cuyo nombre llevaba— y muy poco a su madre. Tabitha Hadleigh era baja y seria; tenía los ojos mínimamente demasiado juntos, la boca mínimamente demasiado pequeña. En su retrato de boda aparecía envuelta en un vestido muy victoriano consistente en montones de volantes fruncidos, encaje y cintas, y, sin embargo, conseguía mostrar un aire sombrío. Irene se preguntó cómo se habría sentido de haber vivido para ver crecer a su hijo y visto lo poco de ella que había en él. Alistair no era un monumento conmemorativo de Tabitha en absoluto. En una fotografía de niño —con unos siete años, ciñendo con los brazos a un terrier de pelo duro— se apreciaban, aún sin formar, los rasgos que tendría como hombre y la cálida luz de su mirada ya estaba allí. Irene pensó que Alistair *senior* debía de haber sido alegre, o que el joven Alistair debió de contar con una niñera bondadosa; seguro que ningún niño criado únicamente por Nancy tendría aquella cara tan feliz.

Desde una ventana que daba al sur vio cómo el viento ondulaba la larga hierba que crecía entre los manzanos y perales del huerto. Bajando la colina hacia el suroeste se encontraba la iglesia de St Nicholas, con su cementerio radiante de ranúnculos. Más allá se alzaban el humo y el vapor de la fábrica, que bullía en la orilla del río como una bestia colosal. Vio a la moza de cuadra, Pudding Cartwright, barriendo el patio con energía. Ninguna de las prendas de la chica parecía quedarle bien; siempre parecía como si estuviera a punto de estallarlas. Claro que ésa era la impresión general que le había dado a Irene: que estaba a punto de estallar. De palabras o de entusiasmo, o de vigor; o quizá de otra cosa. Tenía algo vehemente que resultaba casi desesperado. Ahora barría el patio como si, barriéndolo a la perfección, fueran a pasarle cosas buenas. Al detenerse un momento para recobrar el aliento Pudding volvió la cara hacia el cielo, hacia el sol y la brisa, y cerró los ojos, e Irene se dijo que ojalá ella supiera cómo estar en el exterior. Allí en el campo, rodeada de prados interminables, de hierba y árboles y agua y barro y animales. Todo aquello le era ajeno, pero como no encontrara el modo de apreciarlo Manor Farm la encerraría entre sus muros, para siempre, y no creía que fuera a sobrevivir a eso. Oyó que alguien llamaba a la puerta

principal, y la voz de Nancy saludando a una visitante y llevándola a la sala de atrás, que extraoficialmente era la de Nancy, a tomar el té. Nadie le pidió a Irene que las acompañara. Se quedó unos momentos en el corredor sin saber qué hacer, dudando si llamar y presentarse, pero entonces oyó que Nancy decía:

—La chica no vale absolutamente para nada. La verdad, no sé en qué estaba pensando mi sobrino al casarse con ella. Él siempre ha tenido debilidad por los pájaros con las alas rotas pero, por lo que he visto, éste ni siquiera *tiene* alas.

Así que Irene las dejó a lo suyo.

Un poco más tarde llegó Florence a buscarla, apoyada en el picaporte con aquel desmayo por el que Nancy siempre la regañaba, como si, a los dieciséis años, su cuerpo ya estuviera agotado.

—Perdone usía, señurita, es que Verney Blunt pregunta por usía, abajo en el cuarto de estudio —dijo—. Me da que ha encontrado algo.

Su acento hacía que las dos últimas palabras sonaran «encontradu algu».

—Gracias, Florence.

Notó que la chica la observaba mientras salía del cuarto delante de ella. Irene se daba cuenta de que todos la observaban. Acaso ellos también se preguntaran cómo diantres había llegado allí y por qué. Trató de no ponerse nerviosa por tener que hablar sola con los operarios y cuando su intento fracasó trató de que no se le notara.

—¿Qué ocurre, señor Blunt? —preguntó al entrar en la habitación, sorprendida por el gélido tono de su voz.

Habían quitado los viejos muebles; el suelo estaba tapado con sábanas para que no se manchara; el techo relucía de blanco y de húmedo, y el friso que antes cubría la chimenea ya no estaba. En el hogar, sobre otra sábana, había un montón de hollín, trozos de argamasa y restos destrozados de nidos de pájaros. A un lado y otro, con el rostro tenso y el cuerpo alerta, se encontraban Verney Blunt y el chico Tanner. Alzaron la mirada como asustados.

—Perdone, señora Hadleigh, pero es *eso* —respondió Verney.

Señaló la porquería de la chimenea como si en ella hubiera una serpiente. A Irene se le aceleró el pulso.

—¿Qué?

Siguió con la vista la dirección del dedo.

—¡*Eso*, sorita! ¡El exvoto! —exclamó el chico.

Perpleja, Irene miró fijamente el montón de desechos. Entonces la vio.

Ennegrecida, desastrada, incongruente en medio de la basura, había una muñeca. Tuviera el aspecto que tuviese en su día, ahora era un espanto; lo que usaran para dotarla de una cara se había arrugado hasta resultar irreconocible; sus canijos miembros estaban todos retorcidos y rotos. Pero, aun así, se veía que era una muñeca; tenía una toca y un tosco vestido de tela azul, cosidos con grandes y pulcras puntadas, y en la pechera alguien también había bordado un sencillo adorno de margaritas. Irene se agachó y alargó el brazo para cogerla.

—¡No la *toque*, so tía idiota! —gritó el chico Tanner, impulsivo, y a Irene se le encendieron las mejillas.

—¡Joseph, cuidado con lo que dices! —exclamó Verney—. Perdona, señora Hadleigh, pero a lo mejor lleva razón en lo de no tocarla.

—¿Por qué diantres no? No es más que la vieja muñeca de alguien —repuso Irene.

—A lo mejor sí, pero cuando van y meten muñecas por las chimeneas... bueno, por aquí, eso puede ser cosa de brujas, señorita —explicó Verney.

—¿Cosa de brujas? No hablará en serio, ¿verdad?

—Hablo muy en serio, señorita.

Hombre y muchacho volvieron a clavar la vista en la muñeca, como desafiándola a que se moviera o a que los embrujara de algún modo. Irene decidió que estaban tomándole el pelo. Burlándose de ella. Que aquello terminaría siendo un chiste que contarían en el *pub* a cuenta suya. Tragó saliva.

—Pues yo no creo en la brujería, así que imagino que no corro peligro.

Extendió el brazo y cogió la muñeca, haciendo caso omiso de una desalentada exclamación del chico.

—Anda, pues ya no tiene remedio —murmuró el chaval, en tono enigmático.

—Está asquerosa, señora Hadleigh. Va a estropearse usía su linda ropa —gruñó Verney.

Con cuidado, Irene le dio la vuelta a la muñeca entre las manos, y en los dedos se le quedaron pedazos de ramas finas y de hollín. Sólo tenía unos veinte centímetros de alto y su cabecita, que en tiempos debía de ser alguna fruta envuelta en lona, tenía pintada una cara rudimentaria: manchas por ojos y nariz; una abocetada e irregular sonrisa. Bajo el vestido el cuerpo daba la impresión de ser unos trapos apelotonados. Parecía una muñeca infantil casera hecha con lo que hubieran tenido a mano y aunque Irene deseó encontrarla encantadora, había algo allí que no lo era. Tal vez sólo fueran los hombres, que seguían mirándola fijamente, esperando que ahora ocurriera algo, pero

Irene empezó a sentirse incómoda. Observó el tizado rostro y experimentó una falla en el tiempo: aquel momento se alargaba demasiado y el silencio de la habitación resonaba en sus oídos como el eco de una campana. Sintió que algo se desplazaba, aunque no supo si era en su interior o fuera; le pareció como si hubiera rebasado algún tipo de marca y como si, en lo sucesivo, las cosas debieran cambiar. Preocupada, cobijó con cuidado entre las manos la grotesca muñequita en un gesto protector.

HIJA DE LA NATURALEZA

A veces las hermanas de Clemmie se revolvían contra ella. Tenía tres: Mary y Josie, que eran mayores, y Liz, que era un año más pequeña. Habían tenido un hermano también: Walter. Pero llevaba cinco años muerto y casi nunca hablaban de él; su hueco en la mesa era suficiente recordatorio del vacío que había dejado en todas. A ninguna había que recordarle cómo había muerto. Hecho pedazos en una explosión; apenas quedó algo que enterrar. Su cuarto seguía vacío, aunque las chicas podrían haber avanzado y ocuparlo. En lugar de eso se quedaron en su habitación del desván, como palomas, compartiendo dos inmensas camas antiguas, con sus ciclos mensuales perfectamente sincronizados y con una sola marea de flujo y reflujo en sus estados de ánimo. Pero, a veces, el que Clemmie fuera la más hermosa y la más rara, aquella a la que más a menudo se perdonaba y de la que más se hablaba, hacía que las demás alcanzaran un punto de saturación. Hasta Josie, con quien Clemmie siempre tenía una conexión especial. Rebasado ese punto, ya no aguantaban más: perdían su ser individual, como las gotitas de agua que se funden unas con otras, y se convertían en un solo ente de rivalidad fraterna que miraba con malos ojos a su hermana muda. El tiempo que aquello tardaba en pasarse variaba mucho.

Cuando ocurrió el viernes por la mañana Clemmie lo percibió enseguida: la mirada colérica de Liz, que le marcaba una arruga entre las oscuras cejas; la forma en que Mary se apresuró a apartar el cepillo del pelo cuando Clemmie alargaba el brazo para cogerlo; el modo en que Josie hizo un gesto desdenoso y la ignoró cuando ella le dio los buenos días por señas. Siempre le dolía pero Clemmie sabía que no tenía más remedio que aguantarlo; no tenía más remedio que esperar a que terminara. En el desayuno Mary puso sal en el té de Clemmie en vez de azúcar y le dio la taza con una sonrisilla de satisfacción. Liz y Josie se negaron a «oír» ninguna de sus peticiones de que le pasaran

cosas: los gestos que usaba y que toda la familia conocía. Luego Liz le arrebató del regazo su gatito negro preferido y lo echó por la ventana de la cocina dejándolo chillar, aterrado, en el patio. Ante eso Clemmie dio una palmada en el tablero de la mesa, afligida, y su padre alzó la vista bruscamente.

—¿Había un escarabajo, Clem? —preguntó Mary en tono inocente.

—Mozuelas, dejadlo ya —dijo William Matlock.

Tenía el pelo entrecano y estaba avejentado por el trabajo a la intemperie, con la piel como cuero cuarteado color de bronce en torno a una barba blanquinegra y tupida. Su mujer y madre de las chicas, Rose, iba de la hornilla a la mesa llevando huevos fritos y pan empapado en pringue, y lonchas de jamón y queso. William tenía grasa en los pelos de la barba. Antes William era duro en el exterior y blando por dentro; Clemmie recordaba sus ásperas manos bajo los brazos, subiéndosela a los hombros cuando era muy pequeña. Pero desde la muerte de Walter parecía haberse endurecido todo y daba la impresión de que sus hijas adolescentes lo importunaban como mosquitos que le zumbaran alrededor de la cabeza.

La mesa de la cocina estaba restregada y descolorida por años de sol y uso; de todas las paredes y vigas bajas de la habitación colgaban herramientas, ollas y utensilios, algunos relacionados con la tarea de cocinar, otros con las labores de la granja: coladores, embudos para purgar a los animales, rollos de alambre, hojas de guadaña, tijeras de podar, escofinas y hierros de marcar. Algunas cosas estaban tan oxidadas y eran tan antiguas que nadie se acordaba de ellas, y eran ya colonias de arañas. Al llegar el calor la puerta se dejaba abierta tan a menudo que un petirrojo había anidado encima de un viejo bote de clavos, y las gallinas entraban y salían con la esperanza de encontrar sobras. La habitación daba al suroeste —toda la granja estaba orientada al suroeste— y aún no le llegaba el sol, que a mediodía la bruñiría entera. Las manos de Clemmie olían a leche, a estiércol y a jabón de brea; las manos de todas las chicas olían así, tras el ordeño de la mañana.

La arrinconaron cuando buscaba huevos en el establo pequeño, donde las gallinas anidaban en el heno y lo ensuciaban con plumas y excrementos. Mary y Josie la tiraron al suelo por la fuerza y la sujetaron, y Clemmie luchó contra ellas inútilmente un rato, con la cara palpitante de sangre y de injusticia. Sabía que no le pasaría nada verdaderamente malo y, sin embargo, sentía rastros de desasosiego y miedo recordados: el hombre del lindero del bosque en el camino de Ford, hacía un año, agarrándole las muñecas con una mano mientras

la sobaba con la otra, diciendo: «Tienes ganas, ¿eh, muchacha? Anda, dime que me equivoco». Se preguntó si sus hermanas sabían que le recordaban aquello cuando apretaban los dientes del esfuerzo y le magullaban los brazos con los dedos. Pataleó un momento, pero ellas se mantenían fuera de su alcance y, cuando se quedó quieta, Liz, con su naricilla chata y su boquita de corazón, se arrodilló a su lado con un huevo en la mano y le dijo:

—Si no quieres que te ponga esto en el pelo, no tienes más que decirlo.

Tendría que quitárselo lavándose en un cubo de agua; tendría que pasar por el doloroso proceso de desenredar los nudos del pelo mojado otra vez, retrasarse mucho en sus tareas y arriesgarse a sentir el revés de la mano de William.

—Yo creo que sí quiere —intervino Mary.

—No tienes más que decirlo, Clem, si no quieres —la instó Josie.

—A lo mejor está aburrída de ser tan bonita —aventuró Mary.

—A lo mejor está aburrída de ser tan rara.

—O a lo mejor le encanta. A lo mejor le encanta ser la hija de la Naturaleza.

Ésa era una expresión que empleaba la maestra durante los pocos años que habían ido al colegio de Biddestone, cuando acariciaba los pálidos y apretados rizos de Clemmie y no censuraba su silencio ni su falta de atención.

—Pues si es hija de la *Naturaleza*, no es nuestra hermana, ¿verdad? —aseguró Liz.

Con un mojado crujido, el huevo se estrelló contra el cuero cabelludo. Clemmie cerró muy fuerte los ojos cuando el líquido pegajoso se deslizó hacia ellos. Fue consciente de que hacía un sonido en la garganta, un sonido entrecortado que en boca de cualquier otra persona habría tomado forma de palabra; habría sido: «Soltadme».

—Madre mía, qué desastre —dijo Liz, al tiempo que buscaba un pegote de excremento de gallina en un manojito de heno y lo añadía al huevo.

Hecho esto, las tres se quedaron quietas y calladas. Durante un rato en el establo sólo se oyó su rápida respiración y, en lo alto del montón de heno, el fastidiado alboroto de una gallina. Después soltaron a Clemmie y retrocedieron mientras ella se ponía de pie como podía. Las cuatro se lanzaron miradas feroces, y Clemmie notó el cambio de actitud de sus hermanas cuando vieron cómo temblaba y la porquería que le resbalaba por la frente: la sutil transformación de victoria e inquina en avergonzado desafío y, luego, en inevitable inicio de arrepentimiento. Josie fue la primera, como siempre. Le

tendió la mano a Clemmie con gesto resignado mientras soplaba para quitarse de la frente un rizo color ratón.

—Venga, vamos. Te ayudaré a quitártelo.

Y, como siempre, el enfado de Clemmie desapareció al instante. En ella los sentimientos eran así: surgían de pronto y ardían, y luego se iban otra vez. En su memoria quedaban rastros de la pena, pero perdonaba sin vacilar.

—¡Vaya, es que a veces te lo buscas, Clem! —le dijo desde detrás Mary, irritada todavía; sobre todo, a esas alturas, consigo misma.

Más tarde, para compensar, serían amables con ella; antes de acostarse Mary le trenzaría el pelo para que no se le enredase; Josie le susurraría secretos en la oscuridad y la haría reír; Liz la dejaría en paz.

Uno de los primeros recuerdos de Clemmie era estar en el regazo de su madre delante del rincón de la chimenea de Weavern Farm, a la saltarina luz del fuego, escuchando cómo canturreaba bajito y luego, pegada a su oído para que nadie más la oyera, cómo decía:

—Tú lloraste cuando eras bebé, ¿sabes, mi Clem? —Rose la ceñía con sus fuertes brazos, achuchándole el soñoliento cuerpo—. El día que te escurriste para afuera soltaste un chillido que oyeron en el molino por encima de la máquina del papel. Así que sé que tienes una voz dentro, diga la gente lo que diga. Y la usarás cuando a ti te venga en gana.

Clemmie recordaba haber querido contestarle y el absoluto alivio de no tener que hacerlo. Echando la vista atrás, calculó que tendría unos tres o cuatro años y que su falta de habla iba volviéndose imposible de ignorar. Recordaba hacer el intento y que a las palabras les pasaba algo cuando iban de la mente a la boca: una desconexión que la impacientaba, luego la desesperaba, después la aterrorizaba, y que iba a peor cuanto más se esforzaba ella. Y cuanto más lo intentaba, más se agrandaba la brecha entre su mente y su boca. Aquello le pegaba la lengua al dorso de los dientes y le paralizaba los labios, de manera que acababa mugiendo como una vaca, o haciendo algún otro sonido infrahumano que a sus compañeros de clase les provocaba risa, pero que llenaba de miedo el rostro de Rose. De modo que dejó de hacerlo. En el colegio no se había aficionado a las letras; su mente estaba demasiado dispuesta a distraerse y la profesora no insistía mucho con ella. Por mucho cuidado que pusiera en copiar el alfabeto, a menudo las letras iban de detrás hacia delante; cuando se juntaban en palabras se movían y cambiaban de forma, la «p» se volvía «q», la «d» se convertía en «b», y, además, se ponían a

dar saltos, negándose a mantenerse en orden. A Clemmie le asombraba la facilidad con que sus compañeros reconocían sus pautas cuando ella no veía ninguna. Así que a los doce años la mandaron de vuelta a casa diciendo que era tonta y sólo le dejaron los gestos para decirle al mundo lo que pensaba. Lo que quería; lo que no quería. Aunque a Clemmie no le importó. Quería muy pocas cosas y al mundo parecían interesarle muy poco sus pensamientos. Desde la edad de cinco años, cuando dejó de intentar hablar, hasta ahora, casi con dieciocho, a Clemmie no le había preocupado nada de aquello. Pero ahora estaba preocupada.

Una vez limpio el pelo y tras escuchar a Josie, que se puso a parlotear de Clarence Fripp, un aprendiz del albañil que la cortejaba con una especie de dulzura soez —todo guiños y risas y comentarios insinuantes cuando estaba con sus amigos; todo timidez y ramilletes de flores cuando acudía a pasear con ella hasta la iglesia los domingos—, Clemmie terminó su trabajo lo más rápido que pudo. Meter en cajas de cartón un cubo de huevos para el mercado; un turno de planchar la colada del lunes; darles la vuelta a los quesos; lavar las porciones de mantequilla y terminar de batir una parte de los diez kilos de mantequilla, de un amarillo veraniego en vez de pálida como el invierno, que batían cada semana. A una desventurada gallina vieja que había dejado de poner había que sacarle las tripas, desplumarla y despiezarla para el guiso, y retorcerle el cuello era lo único que Clemmie se negaba a hacer. Una vez, años atrás, lo había hecho, y sintió tal cuchillada de pena cuando aquella vida insignificante acabó en sus manos que rompió a llorar; desde entonces ya no quiso repetirlo. Eso fue antes de que Walter muriera, así que su padre, con aire irónico, le había dado una palmadita cariñosa bajo la barbilla y había dicho que era una consentida, y Mary la había apartado de un codazo mientras anunciaba que a ella no le daba miedo.

El trabajo nunca se acababa, por supuesto; siempre había más. Remendar, fregar, barrer, echar cosas a paletadas; poner cosas en su sitio, sacar cosas. Llevar a las vacas de un pasto a otro, atravesando el aire apestoso de sus flatulencias; regar las verduras de la huerta y arrancar con la azada las malas hierbas; amasar la masa del pan; sacar las cuajadas del suero y meter en bolsas el queso fresco para que escurriera. Y como siempre había algo que hacer, Clemmie se escapaba. El trabajo de la granja era una corriente continua que discurría sin detenerse ni un momento durante cada uno de sus días y esperar un descanso era esperar que no saliera el sol. Los descansos era preciso hacérselos; si no, había que aguardar mucho tiempo hasta que llegaran

la excursión de verano de la escuela dominical, la fiesta de la cosecha, la feria de Slaughterford.

Se levantó antes del amanecer y se escabulló en la media luz, como solía hacer más veces, cuando el curso del By Brook lo señalaba el blanco fantasma de la neblina que flotaba sobre el agua. Atravesó el río por el giboso puente situado al sur de la granja y luego fue sendero arriba hasta la cumbre. Desde allí miró hacia Weavern Farm: la achaparrada alquería de tres plantas con el piso superior metido en el tejado abuhardillado. El patio lo rodeaban por tres lados los establos y caballerizas y las pocilgas de piedra, y al sur se abría hacia los pastos salpicados de boñigas. Detrás de la casa estaban el huerto y el retrete, y después el suelo subía muy empinado hasta el camino de Weavern. Con frecuencia sus hermanas y su madre se quejaban de lo aisladas que estaban: sólo se enteraban de lo que pasaba en los pueblos de segunda o tercera mano, en la iglesia o por los vecinos de Honeybrook Farm; o cuando William iba al *pub*... y eso ocurría pocas veces. Pero a Clemmie le encantaba. Por lo general no le interesaba lo que hicieran las demás personas; le gustaba que no pasara nadie por Weavern: pocas visitas, pocos intrusos.

Había estado a punto de pisar al muchacho en el lindero del escarpado bosque cerca de la capilla cuáquera, frente al molino. Ella iba mirando al cielo; él estaba agachado detrás de un soto de jóvenes abedules con un conejito —apenas un gazapo en realidad— pataleando en la mano. Tenía dos conejos más, atados por las patas a un bramante, colgados al hombro. Un segundo y ambos se quedaron inmóviles, mirándose fijamente. Clemmie lo identificó como un Tanner por los ojos azul aciano y la cara alargada —los pómulos marcando arrugas duras e inclinadas bajo la piel—, y se preparó para echar a correr. Los Tanner eran ladrones y malhechores. Todo el mundo lo sabía. Eran borrachos y tramposos, y asesinos, y había tantos, unidos por lazos de sangre enmarañados como un zarzal, que nadie salvo los propios Tanner los conocía de verdad. La capilla no estaba lejos de Thatch Cottage, donde vivían doce miembros de una rama de la familia, así que Clemmie supuso que venía de allí. Uno de sus tíos había matado a su mujer de una paliza hacía dos años, sin más motivo que la bebida. Las palizas eran moneda corriente, pero esa vez el hombre había dado un golpe de más cuando debería haber parado. La ginebra le había descabalgado la mente, dijo en el tribunal, pero aquello mal podía considerarse una defensa y lo ahorcaron, y no es que pareciera importarle, según se contaba. A otro miembro de la familia —esta vez una mujer— la colgaron por matar a su bebé con una dosis de opio. Ella misma lo

había preparado, con las amapolas de un rosa pálido que crecían en la cumbre y temblaban a la brisa matinal. Dijo que sólo pretendía que se quedara dormido mientras ella seguía con sus faenas.

Clemmie miró el conejito. Pataleando aterrado, poniendo hasta la última pizca de sus fuerzas en cada inútil movimiento, con las orejas pegadas al cuello. Uno de los conejos que colgaba del hombro del muchacho tenía una burbuja de sangre brillando junto a la boca y una profunda herida en el cuello, pero el pequeño sólo se había quedado atrapado por la pata, de modo que el lazo no lo había matado. El puño con que el muchacho le rodeaba el cuello era mugriento y delgado, todo tendones y manchas, y había algo en él que levantó un atronador clamor de sentimientos en Clemmie: como si fuera la mano de *ella* la que estaba a punto de aplastar el brío de la vida del animal. Había visto morir bastantes animales y no le había afectado mucho, siempre que no los matara ella, pero de repente sintió el frenético latido del corazón del conejo bajo el pelaje y su pánico instintivo; la brevedad de su vida y lo innecesario de su muerte: desde luego, el carnicero no pagaría los seis peniques de costumbre por algo tan pequeño. No tenía nada que comer. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y que la boca se le abría de espanto, y no pudo correr a pesar de que él era un Tanner y ella debería haber escapado. Pero el muchacho, sin apartar la vista ni un momento, frunció un poco el ceño, y cuando pasó aquel largo instante bajó el conejo al suelo y lo soltó. El animal fue como un rayo a meterse en los matorrales, dejando una oscura perla de sangre en una hoja de bardana. Entonces el muchacho se puso de pie, y, por su estatura y por la huesuda anchura de sus hombros, ella vio que en realidad no era un muchacho, sino casi un hombre.

—Soy Eli —dijo.

Y cuando, segundos después, ella pudo moverse y se fue a toda prisa, sintió su propio nombre preparado detrás de los dientes. «Soy Clemmie». Se volvió y miró atrás antes de que los árboles lo ocultaran, y él estaba en el mismo sitio, mirándola todavía.

Hacía una semana de aquello y desde entonces no lo había visto. Pero lo había buscado y cuanto más tiempo pasaba sin verlo, más importante se volvía que lo viese. Aún no tenía ni idea de por qué, aunque a Clemmie nunca le habían preocupado mucho los porqués de la vida. Se representaba con toda claridad la mano que cogía al gazapillo: una mano hambrienta, lastimada. De una forma abstracta, se preguntó si su necesidad de verlo de nuevo se explicaría cuando lo viera. Recorrió un largo camino por terreno elevado,

alejándose del río y del largo saetín de salida del molino, hasta bajar más allá de Spring Cottage y cruzar el río al norte de Rag Mill. Éste era mucho más pequeño que Slaughterford Mill: tres edificios de tejado inclinado con paredes blanqueadas, que albergaban una gran caldera de hierro para cocer las viejas cuerdas de arpillera, los cordeles y sacos de grano viejos, y una pequeña noria para mover los mazos que los aporreaban durante días, reduciéndolos a la media pasta pulposa que luego se transformaba en envoltorios de papel de estraza. A Clemmie le gustaba mirar la rueda de radios, los mazos dando vueltas dentro de las cubas y cómo el encargado de la máquina de batir apoyaba un bastón en el árbol propulsor y se lo pegaba a la cabeza para notar por las vibraciones si la media pasta estaba lista.

Desde Rag Mill continuó hasta el molino grande y fue de edificio en edificio, siempre quedándose fuera, siempre atisbando desde un lugar protegido. Procurando encontrar al muchacho. El estómago le dio un vuelco extraño cuando vio una figura alta y delgada al pie del gran cabrestante, atando un fardo de trozos de papel viejo para que la subieran a la planta de clasificación. Pero cuando parpadeó y miró otra vez no era él. Se asomó a la sala de los sacos, y a la cantina, y a los cobertizos para las piezas de repuesto de la maquinaria, e incluso pasó un rato observando los retretes. Era imposible ver la sala de máquinas o la nave de batir sin pasar adentro y sin que la echaran con cajas destempladas. Frustrada, se escabulló hasta la trasera de la antigua alquería y se agachó bajo una ventana, en un sitio desde donde veía a los trabajadores que entraban en el patio. Cogió margaritas y las trenzó en una guirnalda mientras el día crecía y se volvía más radiante, y oyó a Alistair Hadleigh llegar a la oficina para su reunión matinal con el capataz. Hablaban de cosas que a ella no le interesaban, pero cuando la voz de Alistair empezó a sonar angustiada prestó más atención.

—Pero ¿y Douglas and Sons? ¿Todavía no han encargado el pedido de costumbre?

—Todavía no, señor. Volví a escribirles la semana pasada, pero aún no han contestado.

—Será una negociación muy reñida. —El señor Hadleigh suspiró. Se produjo un largo silencio—. Ya encontraré la manera, no se preocupe.

—No lo dudo, señor. Este molino lleva siglos funcionando sin detenerse. Seguro que funcionará un poco más.

—Bien dicho. Esperemos que esté en lo cierto.

Luego hablaron más de clientes y pedidos, del problema del tinte que se

vertía al By Brook corriente abajo y de la mala calidad del último lote de trapos de Bristol, y Clemmie dejó de escuchar. Cuando el sol empezó a quemarle el cuero cabelludo a través del pelo, se levantó y se volvió por donde había venido hasta Rag Mill. En la colina de detrás la fábrica de cerveza exhalaba su fuerte olor a levadura y al lado había un largo cobertizo descubierto, un almacén, atestado hasta el techo de trapos rotos atados en balas, preparados para la reducción a pulpa. Cuando se dirigía a los árboles que estaban aún más allá Clemmie lo vio por fin. Alto, imponente, enfadado. Salió dando zancadas del molino y encendió un cigarrillo, luego lo sujetó entre los dientes mientras sacaba a rastras un fardo y lo metía con esfuerzo en un carretón. Clemmie dio un paso adelante, luego se detuvo. Eli Tanner hizo girar el carretón y lo empujó de vuelta hacia el molino, maldiciendo por lo bajo cuando se atascaba en las duras rodadas que quedaban tras el invierno. Era larguirucho y anguloso; tenía la nariz torcida y parecía que se la habían roto más de una vez. Clemmie pensó en el padre del muchacho, que se llamaba Isaac pero al que se conocía sencillamente como Tanner: el patriarca del grupo que vivía en Thatch Cottage.

Todo el mundo sabía que era un bruto. Se evitaba cruzarse con él y ni aun así se estaba a salvo. La gente lo rehuía como las ovejas rehúyen a un perro que no conocen. A veces trabajaba de peón en alguna de las granjas; a veces en la fábrica, haciendo trabajos ínfimos: clasificando pedazos de papel o trapos, fregando las cubas de la pasta entre turnos, echando carbón a las calderas. Trabajaba donde le daban trabajo y hasta que lo echaban por pelearse, o por robar, o por beber. Una vez, por emborracharse hasta perder el sentido y dejar que el generador de vapor se apagara, algo que no debía ocurrir jamás. La señora Hancock de Honeybrook Farm juraba que la última vez que Tanner fue a la iglesia el agua bendita de la pila se puso a hervir. Decían que su mujer había dado a luz gemelos en invierno y que él había ahogado al más pequeño como a una rata en un barril, porque ya tenían demasiadas bocas que alimentar. Sólo que no se podía demostrar porque nadie había atendido el parto, ni visto a los dos bebés, así que Clemmie no tenía ni idea de cómo se supo la historia. Cuando le preguntó a su madre —cejas levantadas, la inclinación de la cabeza que indicaba una interrogación— Rose frunció los labios y contestó: «Cuando el río suena agua lleva». Clemmie no podía ni imaginarse lo que debía de ser vivir bajo la amenaza de un hombre así. Hasta su propio padre cambiaba los ánimos de Weavern Farm con una simple mirada o con una palabra, y a lo más que llegaba era a darles un revés

en la cara de vez en cuando.

Cuando Eli volvía a por otra bala de trapos la vio. Clemmie, inmóvil, se retorció las manos, no estaba segura de sí misma. No estaba segura de él. Tras echar una ojeada atrás por encima del hombro Eli se le acercó. Abrió la boca para hablar pero luego no lo hizo y en vez de eso frunció el ceño. Parecía furioso y Clemmie se preguntó por qué. Le habría dado miedo aquella ira de no ser por el conejo, y por el combate que veía en cada uno de sus movimientos y gestos, la desconfianza, la duda; de ella, de sí mismo. Se preguntó si, en cierto modo, la ira no era un medio para sobrevivir.

—Hola —dijo él por fin, mirándose los pies descalzos y luego mirándola a ella por entre los mal cortados bordes del flequillo.

Apeataba a la solución de sosa en que los trapos se cocían. Ella levantó los dedos para devolverle el saludo y le pareció ver una sombra de desilusión en su rostro. Como si él medio esperara que los rumores no fueran ciertos y no fuera muda. Clemmie le dirigió una fugaz sonrisa de disculpa y vio que él se ruborizaba, y luego, que eso lo irritaba.

—Tú eres Clemmie Matlock. De allá de Weavern —añadió, secamente, y ella asintió con la cabeza—. Ya te tengo vista. Llevando la leche. Y andando por ahí en el bosque y eso. A mí también me gusta ir por ahí. Me gusta estar por ahí a mi aire.

Se quedó receloso, con el peso del cuerpo sobre los dedos de los pies, los brazos sueltos a los costados. A ella le dio la impresión de que si hacía un movimiento demasiado repentino, él a lo mejor echaba a correr. O la emprendía a golpes. Sus manos eran tan inquietas como su mirada: nunca paraban. En el instante de silencio en que ella debería haber hablado la caldera retumbó dentro del molino, y la chimenea soltó una columna de vapor, y los mazos hicieron un ruido sordo y retumbaron. En los árboles de detrás un mirlo cantó todo lo fuerte que pudo; las abejas zumbaron en la hiedra y el sol cayó a raudales, dorado y verde. Clemmie deseó poder decir: «¿Por qué soltaste aquel conejo por mí?».

Un grito salió del interior.

—Eli, ¿dónde está esa bala?

Eli se sobresaltó y luego volvió a fruncir el ceño. A Clemmie le entraron ganas de ponerle la mano en el brazo, de tranquilizarlo. En cuanto se le ocurrió la idea, ésta tomó el mando... y echó raíces que le llegaron a las entrañas. Más que ninguna otra cosa quería tocar al muchacho y calmarlo. Él la miró de nuevo y encogió un hombro, al tiempo que cambiaba el peso del

cuerpo de un pie al otro.

—Mira que eres lo más bonito que he visto nunca, Clemmie Matlock — afirmó, e incluso entonces parecía enfadado. Como si ella se hubiera aprovechado de él, o lo hubiera insultado—. Tengo que volver allá. Pero a lo mejor te veo otra vez. Andando por ahí.

Se quitó una brizna de tabaco del labio y la tiró de un capirotazo, y entonces su mano vaciló en el aire entre ellos dos, sin caer de nuevo al costado, sin acercarse a Clemmie. Tenía las puntas de los dedos manchadas, con las uñas todas rotas, y le temblaban un poco. Casi demasiado poco para apreciarlo, pero ella lo vio.

—A lo mejor vengo por aquí cuando termine el turno —añadió con torpeza, las mejillas encendidas—. Hacia Ford; sobre el anochecer.

Antes de que él diera media vuelta para irse, Clemmie sonrió otra vez.

Una mañana, algo más adelantada la semana, Alistair Hadleigh fue a buscar a Pudding, que sintió una pequeña y familiar oleada de felicidad al verlo acercarse. Tenía una forma insegura de andar que le encantaba: nunca se aproximaba dando zancadas sin más, aunque era el dueño de aquello y, por lo general, tenía mucho que hacer. En vez de eso unía las manos a la espalda y se movía con paso acompasado, mirando a su alrededor como si viera un jardín espléndido, no el estercolero o las porquerizas, o los puerros pequeños de Jem Welch alineados en formación. Pudding suponía que, en realidad, era porque sabía que todo le pertenecía; que, sucediera lo que sucediese, esperaría a que él llegara. El padre de Pudding siempre parecía llevar prisa... menos cuando estaba con sus pacientes. El doctor Cartwright iba a la carrera de una visita a domicilio a otra, balanceando el maletín; iba a la carrera a su consulta de Biddestone, pedaleando con frenesí, resoplando mientras subía impulsando la bici por el camino de Germain. Sólo cuando estaba ante un paciente se mostraba sereno y tranquilizador, aunque no hubiera acabado de recuperar el resuello del todo.

Pudding había estado asentando a la jaca, Dundee: dándole fuerte con un paño doblado en las partes rollizas, una y otra vez, para favorecer la circulación, el tono muscular, y, como atestiguaban las grandes nubes que los rodeaban, para quitarle algo de caspa del pelo. Probablemente no hiciera falta, dado lo mucho que trabajaba el robusto animal subiendo y bajando las colinas

entre Slaughterford y Chippenham, pero era lo que le había enseñado el viejo Hilarius, de modo que eso hacía. Estaba sonrosada, bastante sudorosa y le moqueaba la nariz, pero no podía hacer mucho por evitarlo. Alistair sonrió cuando llegó junto a ella. Ésa era otra cosa que le gustaba de él. El sol le iluminaba el pelo rubio y las hombreras de su chaqueta de *tweed*. Alistair le dio a Dundee una buena palmada en el cuello.

—Buenos días, Pudding. Parece que te va a costar trabajo —dijo.

—Ya lo creo. A decir verdad, no es muy distinto de sacudir una alfombra —contestó ella.

—Desde luego. Pobre Dundee. Una comparación bastante deshonrosa.

Frotó el cuello de la jaca un rato más y Pudding reconoció su ligera vacilación. Siempre que tenía algo que decir sobre Donny mostraba aquella delicada resistencia. Para ayudarlo se apresuró a comentar:

—Donny se quedó disgustadísimo y sintió mucho lo de las rosas, señor Hadleigh. De verdad que sí.

—Claro que sí. Y, de veras, no tiene importancia. —Alistair la miró—. Mi esposa no parece sentir demasiado aprecio por los jardines. Lo más probable es que los arbustos se hayan recuperado del todo para cuando salga a verlos. Y Nancy sólo corta las rosas cada semana para la tumba de mi padre. En realidad no le gustan por sí mismas, si es que eso tiene sentido.

Parecía tan triste que Pudding buscó desesperadamente algo alentador que decir.

—Vaya, a lo mejor es sólo a las rosas a lo que la señora Hadleigh no le tiene aprecio, ¿no? Mi tía no las aguanta: hacen que le lloren los ojos. Cuando la vi el año pasado los tenía tan enrojecidos e hinchados que parecía enferma.

Luego se calló, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos con la descripción.

—¿Sí? Pobre mujer —murmuró Alistair—. Bueno, tal vez sea eso. En cualquier caso, todas se habrán estropeado en una semana o dos, así que Donny no tiene que preocuparse por... por lo que pasó, en serio, ni tú tampoco.

—Gracias, señor Hadleigh. Es... la mar de amable por su parte ser tan comprensivo.

—Como ya te he dicho, tu hermano tendrá trabajo aquí todo el tiempo que quiera —repuso Alistair con dulzura—. Conozco un poco lo que tuvo que pasar por allá. En la guerra. Yo también pasé lo mío... Que volviera con vosotros ya es suficiente milagro. No se puede esperar... que esté intacto. No

se puede esperar que no haya ningún cambio en un hombre que ha visto semejantes cosas.

—Menos mal que *usted* volvió intacto, por lo menos, señor Hadleigh —repuso Pudding, y al instante se arrepintió.

Una expresión apenada ensombreció el rostro de Alistair, que no contestó.

—O sea, ¿qué sería de Slaughterford si no hubiera vuelto usted? Con la granja y la fábrica, y todo —prosiguió ella—. O sea...

Pero no supo qué añadir, de modo que optó por guardar un silencio que deseó haber encontrado antes.

Dundee suspiró con el exagerado suspiro de un caballo aburrido que se calienta la grupa al sol de la mañana. Los gorriones daban saltitos por el canalón de la casa de la jaca, parloteando y buscando cebada; los molinos retumbaban en el valle y de pronto algo hizo que los gansos del prado de los almiarés empezaran a soltar indignados graznidos.

—Será Keith con las cartas —comentó Pudding, sin venir a qué.

—Me preguntaba si podía pedirte un favor, Pudding —dijo Alistair, casi al mismo tiempo.

Tenía un aire tímido y Pudding se ruborizó por él, al tiempo que procuraba hacer el doblez exacto del paño asentador para ocultarlo.

—Claro que sí, señor Hadleigh. Estaré encantada de ayudarlo.

—Irene..., o sea, la señora Hadleigh, ha encontrado una cosa bastante rara en la chimenea del antiguo cuarto de estudio. Parece que es una muñeca. Y es extraño, porque aquí tardó cien años en haber una niña pequeña hasta tía Nancy y ella se mantiene completamente firme en que no es suya. En fin. Verney Blunt y el chaval Tanner creen que podría ser alguna clase de exvoto.

—Un exvoto, ya entiendo... —contestó Pudding—. ¿Qué es un exvoto?

—Pues algo que se metió en la chimenea como una especie de... ofrenda, imagino. Un amuleto o un hechizo.

—¿Como los zapatos de niño que encontró usted en el viejo tejado de paja?

—Exactamente igual. Sólo que el chico Tanner dice que Irene debería llevarla a que la viera su abuela; por lo visto es una experta en estas cosas y podrá decir si la pusieron para bien o para mal, y tomar medidas contra cualquier... efecto adverso que pudiera derivarse de sacarla.

Alistair le dirigió una mirada llena de vergüenza y Pudding no supo si fingir que daba crédito a tales cosas, cuando no era así, o burlarse de ellas, algo que podría tomarse como un insulto hacia la señora Hadleigh.

—Vaya. Me han contado que Ma Tanner es a quien hay que acudir para todo

tipo de cosas. Ya sabe que cuando la gente se pone mala y no puede permitirse llamar a mi padre, van a ella: prepara remedios de todas clases con hierbas.

Tuvo cuidado de que su tono de voz no traicionara lo que opinaba en realidad, pero su padre le había contado cómo quedó Teresa Hancock después de tomar una dosis de la nueza blanca de Ma Tanner para deshacerse de un bebé inesperado. Con sólo catorce años y retorciéndose como una serpiente en las sábanas mientras sus tripas hacían todo lo posible por pasar de dentro afuera. Su niño, Micky, era ahora un robusto chiquillo que empezaba a andar, consentidísimo por todo el mundo a pesar de ser hijo de la vergüenza y demás.

—Bueno, estoy muy seguro de que todo son bobadas. Lo de las brujas, quiero decir —afirmó Alistair.

—Ah, sí. Probablemente.

—Pero... mi esposa le ha tomado bastante gusto a la idea. No a lo de que sea brujería, *per se*, sino a lo de ir a ver a la señora Tanner y preguntarle. El chico, Joseph, la tiene casi convencida. Por supuesto, ella no sabe... —Alistair le dirigió a Pudding otra cautelosa mirada—. En realidad, no sabe nada sobre los Tanner. Su reputación conflictiva. Y he estado dándole mucho la lata para que vaya a conocer a algunos vecinos, ¿sabes? Nancy se niega en redondo a tener nada que ver con el asunto y me da la impresión de que eso hace que Irene esté más decidida... En fin, estaba pensando, Pudding, si te molestaría mucho acompañarla. A casa de los Tanner, me refiero. Estoy seguro de que no será una visita larga. Cuantos más, menos peligro, ya me comprendes; y, al menos, tu cara sí que la conocen.

—¡Desde luego que sí! Estaré encantada —respondió Pudding.

Alistair pareció quedarse aliviado y ella se puso muy orgullosa por dentro.

Por supuesto, habría accedido a cualquier cosa que él le hubiera pedido, aunque fuera rodar en un charco de barro, o pasarse el resto del día saltando sobre un pie, o cambiar su nombre por... Vaya, aunque lo cierto era que no se le ocurría un nombre peor que Pudding, de modo que habría sido una bendición. La lealtad y la obediencia que le inspiraba su patrón se debían en parte a cómo se portaba con Donny, y en parte tenían que ver con que Alistair era una constante: llevaba en Manor Farm desde antes de que naciera ella como un dueño benévolo, que es lo que era, claro está; por lo menos, para los que trabajaban en la fábrica. Era una presencia segura y una sonrisa fiable, y era la imparcialidad y la moderación cuando muchas otras personas parecían ser cambiantes, inestables e impredecibles. Incluso las que ella más amaba en el mundo.

—Gracias, Pudding. Te estoy agradecidísimo —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos—. Esta tarde iré a Chippenham para hablar con el banco, así que si pudieras tener enganchado a Dundee antes de las dos, te lo agradecería mucho.

—Claro, señor Hadleigh.

—Entonces quizá tú y la señora Hadleigh vayáis de visita, después de almorzar, ¿no? —Dio media vuelta para marcharse—. Ah, sí, Pudding, tenía intención de preguntarte por tus padres... ¿Se encuentran bien?

—Oh —contestó Pudding.

Las palabras «están estupendamente» no llegaron a salir de sus labios. Era imposible mentirle a Alistair Hadleigh, más aún cuando reconocería la mentira enseguida. En Pascua Alistair había saludado a Louise Cartwright a la puerta de la iglesia como saludaba a todo el mundo: tendiéndole la mano y llamándola por su nombre. La madre de Pudding había retrocedido bruscamente, aterrada, meneando la cabeza y sin reconocerlos ni a él ni aquella situación, y sin saber qué se esperaba de ella. Durante toda la ceremonia había mostrado una expresión de perplejidad absoluta, como si el párroco hubiera oficiado en latín, y no había cantado ni un solo himno. Todo el mundo lo había visto; todo el mundo lo sabía. Aquellas cosas inapropiadas.

—Van tirando —contestó en vez de eso, procurando que su voz sonara natural.

No soportaba la compasión que se reflejaba en los ojos de Alistair; parecía dejarla sin ninguna energía y, como si se diera cuenta, él dio marcha atrás al instante.

—Magnífico —repuso con un gesto de asentimiento—. Muy bien. Bueno, Pudding, los dos tenemos que volver al trabajo. Y... si necesitas algo...

—Gracias, señor Hadleigh. En realidad, me vendría bastante bien una cabeza nueva para la escoba del patio —dijo, sabiendo que no se refería a eso en absoluto.

Antes de la guerra, cuando Pudding tenía unos cinco años, los Hadleigh habían invitado a la escuela dominical de Biddestone, a la que asistía la mayoría de los niños de Slaughterford, a celebrar su merienda campestre de verano en el establo grande de Manor Farm. Estaba claro que la racha de tiempo lluvioso y deprimente que llevaba quince días repantigada sobre Wiltshire no tenía intención de moverse. En general, al principio los niños —mayorcitos y pequeños— se desanimaron, pues la merienda campestre solía incluir un largo

paseo en ómnibus de caballos, con bancos de madera a los lados y techo de lona, bien a la estación de tren para hacer una excursión a la playa, o a alguna colina alta situada a millas de distancia, con vistas que les resultaran nuevas, donde hacer sus juegos y tomar sus bocadillos en la ondulante hierba de un prado. La gallinita ciega y Enhebra la aguja; Mandé una carta a mi amor y Doses y treses. Ahora la perspectiva se limitaba a recorrer un corto trecho carretera arriba hasta un embarrado corral que ya conocían todos, donde los gansos les bufaban y se lanzaban sobre ellos, y donde los *collies* les mordisqueaban los tobillos, intentando reunirlos. Y ni siquiera era la época en que parían las ovejas.

Los ramilletes de primulas que llevaban en sus mejores sombreros de paja se les empaparon y ensuciaron por el camino. De acuerdo, pocos de ellos habían estado nunca dentro del establo grande, pero el consenso general era que visto un establo, vistos todos. Sin embargo, los Hadleigh, y en particular Alistair, se habían esforzado al máximo por darle un aire mágico. Banderitas y farolillos de papel, y las mesas de caballete que se usaban para la feria benéfica de la iglesia cubiertas con manteles de cuadros, y nata del ordeño de aquella mañana para los bollos, y —oh, alegría que superaba la comprensión de todos— helado de la mismísima cocina de la granja, denso y salpicado de fresas. El desconsolado arrastrar de pies se había convertido en ilusionada agitación. El establo grande era muy antiguo, de una época en que un rey con el nada regio nombre de Esteban había cedido Slaughterford y sus molinos al monasterio de Farleigh Hungerford, y allí pagaban un diezmo todos los molinos y granjas. El tejado era altísimo y sus vigas de cercha se retorcían de viejas; tenía ventanas con parteluces de madera roídos por los escarabajos, y muros de piedra que se desmoronaban y, sin embargo, daban la impresión de ser inmortales e indestructibles. En un extremo había por lo menos un siglo de trastos de granja acumulados, que se había echado lo más atrás posible y cubierto con más banderitas. Las palomas descansaban en las polvorientas alambreras, arrullando y aleteando ante aquella invasión de veintitrés niños en diversos estados de limpieza, y descontrolados por todo el azúcar que habían tomado, más del que solían comer en un mes.

Pese a ser la hija del médico y, por tanto, estar bastante por encima de los niños de las granjas y los molinos, Pudding siempre era el blanco de las bromas, porque era muy gordita y muy poco agraciada. Había sentido de forma especialmente intensa la decepción de no salir de Slaughterford y se consoló recorriendo las mesas, lamiendo hasta la última pizca de helado de los

cuencos y cogiendo las migas que quedaban en los platos. Todos la querían, pues era alegre y ansiaba caer bien, y no le costaba hacer amigos; incluso hacerse amiga de la Tanner pequeña, Zillah: tan flaca que las muñecas de Pudding eran más gruesas que sus brazos a la altura del hombro, y conocida por dar patadas y morder a la mínima provocación. Uno de los niños de Ford, Pete Dempsey, también era regordete pero, en lugar de aliarse con Pudding, por lo general era el primero en empezar con las burlas... quizá para asegurarse de que no le tocara recibirlas a él.

Cuando la señorita Wharton anunció que iban a jugar al Cerdito en medio y preguntó quién sería el primer cerdito, todos se echaron a reír y señalaron a Pudding. Cuando Nancy Hadleigh los puso firmes y exigió saber quién había entrado en la cocina de atrás y había cogido medio pan de la panera de loza, todos se echaron a reír y señalaron a Pudding, aunque era mucho más probable que hubiera sido Zillah Tanner (y así era: el pan se le cayó de debajo de la falda mientras salían en tropel del establo al finalizar la tarde). Y cuando comenzaron con la caza del tesoro y Pudding se quedó atascada entre las tablas rotas de un viejo pesebre, nadie la ayudó, sino que, en vez de eso, se quedaron riéndose mientras ella forcejeaba y se magullaba y las lágrimas le inundaban el colorado rostro. Se quedaron allí y se rieron hasta que apareció Alistair Hadleigh, apartó por la fuerza las tablas para que Pudding culebreara hasta soltarse y luego la cogió en brazos y la puso de pie —no sin esfuerzo—, y le sacudió la suciedad y el forraje del vestido.

—Ea, ya está. Ya estás la mar de bonita otra vez —la consoló, aunque a Pudding le corrían los mocos por la barbilla y el pelo se le había soltado de los lazos—. Debería daros vergüenza, niños —dijo, dirigiéndose a los demás, que se pusieron a mirar al suelo, enfadados—. Tenéis que aprender a ser más amables unos con otros... sobre todo hoy, cuando todos estáis pasándolo tan bien.

Los discípulos de Pudding abrieron mucho los ojos al tiempo que asimilaban la reprimenda. Alistair Hadleigh era el hombre más importante del pueblo. Alistair Hadleigh iba limpio y era guapo y rico. De un modo u otro, Alistair Hadleigh daba trabajo prácticamente a casi todos sus padres. Alistair Hadleigh había cogido en brazos a Pudding y le había puesto bien el vestido y le había dicho bonita, y en lo sucesivo ella lo amó de forma incondicional. Los demás niños pasaron el resto del día siendo lo más ostensiblemente amables con Pudding que podían, aunque para entonces el señor Hadleigh ya no estaba por allí. El hechizo no duró y no tardaron en reírse de ella otra vez, pero daba

igual. Pudding le había entregado a Alistair su corazón.

La sacó de su ensueño el entrar en el cuarto de los arreos y encontrar dentro a Hilarius, sentado en un taburete junto a la estufa a pesar del calor, con un libro abierto en las manos. Normalmente no iba nunca al cuarto de los arreos, ya que todas las guarniciones de tiro se guardaban en el establo grande, y Pudding se preguntó si se habría quedado sin jabón para el cuero o sin paños limpios, o si necesitaba la taladradora. Entonces vio que lo que leía era su ejemplar de *Los Asesinatos más Terribles*, que ella se había llevado para leer en el descanso del té. Se avergonzó en ese preciso instante al reconocer que no imaginaba que Hilarius supiera leer.

—¡Oh! Hola, Hilarius. Me ha asustado usted —dijo. El viejo la saludó con una inclinación de cabeza y se levantó. Frunció el entrecejo, aunque no parecía molesto; más bien desconcertado por algo, o preocupado—. ¿Va todo bien?

— *Ar* —contestó Hilarius, distraído.

Su acento era único; una extraña mezcla de Wiltshire y algo más: algo extranjero, reliquia de su tierra natal. Una vez Pudding le había preguntado de dónde era, pero él la reprendió con la mirada y cambió de tema de un modo que la hizo sentirse muy descortés, así que no había vuelto a preguntarle. Ahora cerró el libro y le dio la vuelta en las manos, mirándolo ceñudo; tenía el rostro agrietado como la corteza de un roble.

—¿Qué ocurre, Hilarius?

—No tendrías que leer cosas así —respondió él, y dejó el libro en el taburete que tenía detrás.

Fue un gesto raro; Pudding esperaba que se lo hubiera devuelto. Hilarius se quedó allí plantado, entre ella y el libro, y se cruzó de brazos como si la protegiera de él.

—Cosas malas vendrán a morar en ti.

—Ah, ¿quiere decir que tendré pesadillas? Sí, mi madre dice lo mismo siempre que leo las cosas de miedo. Pero no se preocupe, a mí no me pasa eso —repuso Pudding en tono animado para tranquilizarlo.

Sonrió, pero el viejo Hilarius no cambió de expresión. Miró más allá de ella, al suelo, y se produjo un largo momento de silencio que Pudding no estaba segura de si debía romper.

—No tendrías que leer estas cosas, muchacha —repitió Hilarius; luego hizo un gesto afirmativo, dando a entender que ya había dicho lo que debía decir, y se fue.

Sintiéndose un poco culpable por la escena, aunque no había ningún motivo

para que el anciano se disgustara, Pudding escondió el libro de modo que no quedara a la vista y luego procuró recordar por qué había entrado en el cuarto de los arreos.

Irene había envuelto la frágil y sucia muñeca en una bufanda vieja, y estaba poniendo todo el cuidado posible para no romperla. A decir verdad, pese a la vehemencia con que Nancy se había mofado y al gesto de auténtica consternación del rostro de Joseph Tanner, su interés bien podría haber decaído tan pronto como surgió de no ser por la extraña intuición que tuvo sobre ella. Esa sensación le impedía olvidarla: permanecía, importuna, en el fondo de su mente como el diminuto destello de un recuerdo de primera infancia, amorfo e inalcanzable. No acababa de identificarla y tampoco sabía qué quería saber sobre la muñeca, tan sólo que quería saber *algo*. «Nuestra *ma* lo entenderá», le había dicho Joseph Tanner, bajito, cuando Nancy no podía oírlo. Como si estuviera decidido a brindarle la ayuda que estaba seguro de que iba a necesitar, a pesar de lo incorrecto del paso. Parecía un ofrecimiento que sólo se haría una vez y nunca más. Había algo irresistible en ello y también en Joseph Tanner, con su nerviosa energía y su pelo oscuro y sucio.

Nancy dio un último parecer sobre la misión cuando Irene bajó después del almuerzo llevando su ropa menos urbanita: falda beis y chaqueta larga color crudo, y sus zapatos de cuero más fuertes. Nancy vestía pantalones de montar y una camisa de lino; abotonada del todo, sin una sola arruga. Paseó la mirada por las prendas de Irene antes de hablar.

—Creo que debo advertirte, ya que mi sobrino es demasiado blando para hablar mal de nadie —dijo—, que los Tanner son mala gente. Ladrones y asesinos en su mayor parte, incluidas las mujeres. Has conseguido elegir precisamente a las personas que menos te corresponde conocer.

Alzó las cejas con aquel gesto tan suyo e Irene procuró descubrir el más leve rastro de buen humor en su cara. Nancy, con su mandíbula recta y sus ojos duros como diamantes.

—Bueno, estoy segura de que no me asesinarán por llamar a su puerta. Y además he recibido una invitación —contestó, tratando de parecer despreocupada.

Nancy replicó con una discreta burla.

—Pues podrían, ¿sabes?

De nuevo, ni el mínimo asomo de humor. El pique de Irene se reavivó.

—Pues Pudding Cartwright me protegerá. O, si es preciso, la utilizaré como barricada —replicó, y se arrepintió al instante.

La mirada de Nancy se endureció todavía más.

—Esa chica trabaja mucho, dice la verdad y lleva a toda su familia. Harías bien en emularla, Irene, en lugar de burlarte de ella.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación antes de que Irene pudiera retirar el comentario. No solía decir esas cosas. El calor le subió por el rostro y el cuello, y mientras se quedaba mirando cómo Nancy se marchaba se dio cuenta de que ya no tenía ni idea de quién era. Una sensación de lo más solitaria.

Pudding Cartwright hablaba mucho mientras caminaba zapateando al lado de Irene. *Zapateando* era la palabra que, según Irene, mejor describía el modo de andar de la chica: una especie de zancada económica, de amplia cobertura y muy espaciada; en absoluto femenina y, en cierto modo, parecida a la de los caballos que tanto adoraba. Llevaba altas botas de goma cubiertas de barro y no se tomaba la molestia de rodear los charcos o los montones de estiércol que hubiera en el camino, así que con frecuencia se adelantaba, y tenía que volverse y esperar mientras Irene llegaba a su altura.

—¿Le ha contado el señor Hadleigh de dónde viene el nombre del pueblo? —preguntó, al tiempo que Irene bajaba con cuidado el tramo más abrupto de la ruta.

No estaba acostumbrada a notar el polvo y los guijarros bajo los zapatos; no estaba acostumbrada a las cuestas que no tenían peldaños. El día era caluroso pero encapotado, el aire, húmedo y cargado de olores; Irene no recordaba que Londres oliera nunca tanto, ni siquiera cuando bajaba la marea. Aquello olía... a vivo y no necesariamente en sentido positivo. Era como si un inmenso animal te echara el aliento.

—Algo que tiene que ver con los vikingos, ¿no? —contestó, con aire distraído.

—Eso es. ¿Se lo cuento? —preguntó Pudding y, sin esperar a que respondiera, procedió a contárselo, con evidente regodeo en las partes más sangrientas del relato de la batalla.

Irene dejó de escucharla. Intentaba pensar en Fin, intentaba recordar las palabras exactas que había dicho y cómo las había dicho exactamente,

intentaba ver su cara sin que apareciera la de Serena para borrarlo: los ojos de Serena, un poco oblicuos, sus dientes brillantes y aquellas cosas secretas que aleteaban dentro de ella como llamas.

—Y entonces el río corrió rojo por la sangre de tantísimas heridas horribles y de tantísimos muertos —concluyó Pudding, y a Irene no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada—. Claro —continuó la chica— que algunos dicen también que *sleight* significa «vega» en un idioma antiguo y que ése es el origen de Slaughterford. Pero yo prefiero la historia del «río de sangre», ¿usted no? Cuánto admiro su pelo, ¿sabe, señora Hadleigh? Probé a que me lo cortaran así el año pasado, pero me quedó horroroso. Todo el mundo me lo decía. Pero el de usted es que le queda perfecto.

—Gracias —contestó Irene.

—¿Sabe?, podría estar bien que entráramos un momento aquí en casa de la señora Glover y compráramos algo para llevarles a los Tanner —sugirió Pudding, al tiempo que se detenía junto a unos empinados escalones que llevaban desde la loma hasta una torcida casita de piedra.

—¿Comprarles algo? —repitió Irene, desconcertada.

Miró la casa y vio la ventana del piso bajo abierta de par en par, y un cartel pintado a mano apoyado fuera que decía: «Comestibles». Esto era lo que se consideraba ir de compras en Slaughterford. Pudding subió pisando fuerte los escalones y metió la cabeza por la ventana.

—¡Despachar! —exclamó en voz alta, y luego volvió a mirar a Irene—. Sí, la verdad es que da igual lo que sea. Aquí tienen un poco de casi todo. ¿Jabón, quizá?

—¿No sería una falta de tacto?

—¿Usted cree? Ah, sí, ya entiendo lo que quiere decir. Pues entonces jabón no. Té, y alfeñiques para los más pequeños. ¿O galletas? Le advierto que Trish Tanner hace el mejor pan de manteca que haya probado usted nunca. Algunas veces lo vende en la feria de Biddestone; a lo mejor pillamos un trozo si tenemos suerte. Aunque la semana pasada la señora Glover tenía unas cajas preciosas de Huntley and Palmer's, con Jackie Coogan en la lata. El mes pasado papá nos llevó a todos al cine a Chippenham, a ver *El chico*. ¿La ha visto? Espero que sí... Espero que fuera al cine todo el rato en Londres, ¿verdad, señora Hadleigh? Debe de echarlo de menos muchísimo.

—Sí —respondió Irene. Por fin había algo que podía decir sintiéndolo.

—Pero lo dejó todo por el señor Hadleigh —replicó Pudding con una especie de melancolía—. Es de lo más romántico. El que él la cautivara así y

la dejara flotando.

—Sí, imagino que sí —contestó Irene, y notó la desilusión de Pudding cuando no explicó más detalles.

En realidad, el noviazgo con Alistair había sido mucho más un recogerla del suelo y volver a ponerla de pie que un dejarla flotando. La cosa empezó la primera y única vez que sus padres la habían inducido a salir con ellos cuando ya todo había pasado, cuando ya todo el mundo lo sabía. Decidieron poner buena cara, fingir indiferencia hasta que consiguieran sentirse indiferentes. Irene recordaba las miradas y las risas, los comentarios murmurados, el círculo invisible en torno a su mesa que nadie estaba dispuesto a atravesar. Recordaba las manchas de color en las inmóviles mejillas de su madre y el rubor del alcohol en las de su padre; recordaba que le faltó el aire y que el tiempo se paró en seco, y que entonces apareció Alistair, cruzando la raya y pidiéndole que bailara con él. El horror de todo aquello había resonado tan fuerte dentro de su cabeza que se vio de pie y en sus brazos antes de saber qué sucedía, antes de hablarle siquiera. Su brazo, ciñéndola, le brindó cierta protección pero, aún se sentía desnuda. E Irene comenzó a moverse con pasos rígidos y torpes.

—Usted siga bailando, querida —le dijo Alistair, mientras un murmullo de risas los perseguía por la pista—. Olvídense de ellos. La gente disfruta enseguida con las desgracias ajenas; eso no hace que tengan razón.

—Por favor —había respondido Irene, desolada—. Por favor, ¿no podría marcharme?

—Sí. Quizá no debería haber salido tan pronto pero primero debe terminar este baile. No deje que puedan con usted.

De no ser por las manos de Alistair, por sus brazos que la sujetaban, habría huido y montado otra escena.

Después él los acompañó hasta la puerta y pasó a ver a Irene el día siguiente. Eso ocurrió en marzo y en la ventana, al fin, brillaba el sol con una esperanza de primavera. Un sol que envolvió a Alistair cuando atravesó la habitación hacia ella, como si trajera consigo la luz, e Irene volvió la cara hacia el cristal porque aquello le resultó excesivo. Ella quería a Fin. Quería estar en otro lugar —en cualquier otro lugar— con él. Quería comprender. Eso era lo único que quería. Alistair se había sentado frente a ella, con los pantalones subiéndosele por encima de los tobillos y los guantes en la mano, e Irene notó su optimismo, su preocupación y su estima, mientras resplandecía allí, en el rabillo de su ojo. Irene no quería nada de eso: lo rechazó

rotundamente e hizo caso omiso de Alistair cuando le preguntó cómo se encontraba. Sin duda, cuando la mirara otra vez, vería lo despreciable que era. Lo perdida que estaba. Y en ese preciso momento su visita sin sentido, gracias a Dios, terminaría.

—Aprendí muchas cosas durante la guerra, Irene —dijo él, al cabo de un instante de silencio—. La mayoría no sirve para nada en absoluto. Pero hay una cosa que no puedo desaprender, ni aunque quisiera, y es que la vida es muy corta y muy valiosa, y que si no encontramos un modo de ser felices en el único y breve lapso de tiempo que se nos concede, la verdad es que nada de esto tiene mucho sentido. —Calló de nuevo y por fin Irene se volvió a mirarlo. Él esbozó una leve y amable sonrisa, y ella supo que Alistair vivía en un mundo distinto al suyo—. Así que voy a proponerte una cosa y no quiero que te la pienses demasiado. Nos enredamos mucho los humanos procurando planearlo todo al detalle, procurando intentar adivinar consecuencias que es del todo imposible saber. Por eso, haz el favor de escucharme. Te adoro. Cásate conmigo.

Irene creyó que no lo había oído bien, pero entonces un extraño ruido brotó de su boca, algo que acaso fuera el desfigurado comienzo de una risa: como si se riera de él, de sí misma, de las descabelladas palabras que Alistair acababa de pronunciar. Se quedó mirándolo un rato, sintiéndose a muchos kilómetros de distancia, y en ese preciso instante decidió no imponerle su presencia a aquel loco, irracional y afable, que estaba claro que no tenía ni idea de lo que decía. Cuando negó con la cabeza él volvió a sonreír con expresión triste y se miró las manos.

—No —respondió. No se le ocurrió qué más decir.

Alistair se levantó para marcharse.

—Tienes que alejarte de aquí. Tienes que empezar de nuevo. Necesitas descanso y a alguien que te cuide.

—No.

—Sólo hasta que te sientas mejor. Sólo hasta que... la conmoción se haya pasado. Porque nada de esto importa, Irene. Nada de esto *importa* de verdad, ¿no lo entiendes? Lo que diga y lo que piense la gente. Lo he visto muchísimas veces... El absurdo de todo eso. La mayoría de la gente no tiene la mínima idea de lo frágil que es todo. De lo frágiles que son *ellos*. Lo esencial es ser buena persona y amar, antes de que esto se acabe. Cásate conmigo y te lo demostraré.

—No —murmuró Irene; él la agotaba, estaba embotada para todo aquello

— Yo sí que amé. Sí que amo. Pero no lo amo a usted.

Vio que él se estremecía un poco y tragaba saliva.

—Ya sé que no. Pero acaso, al menos por ahora, sea suficiente con que te ame yo. Con que quiera ayudarte.

—Si quiere ayudarme —repuso ella, volviendo la cara otra vez—, déjeme sola.

Los Tanner vivían en la única casa con techo de paja que quedaba en Slaughterford; a las demás les habían puesto tejas de piedra cuando la paja se había podrido o, en algunos casos, las habían techado con hojalata. Carecía por completo de adornos: una casa como una caja rectangular y nada grande, además. Al estar cerca de la fábrica, el estruendo de la maquinaria era continuo. La paja del tejado estaba oscura y enmohecida, incluso ahora en verano; el sendero empedrado que rodeaba la base de las paredes lo cubría un sarro de musgo y el patio era una pista de obstáculos llena de trastos viejos: cajas y cestos, ruedas y herramientas rotas, rollos de alambre, montones de piedra y tejas. Tres niños pequeños jugaban en un sencillo columpio de cuerda que colgaba de un olmo detrás de la casa, y cuando ella y Pudding se acercaron a la puerta Irene notó que las observaban. Echó una ojeada a su alrededor y vio a un niño de unos seis años mirándolas con curiosidad desde el improvisado cubil de un cajón de té, con los ojos brillantes entre las sombras. Irene volvió a colocarse bien la cesta donde llevaba la muñeca y se sintió incómoda. No tenía ni idea de lo que iba a decir y confió en que Pudding llenara los silencios. Parecía de lo más probable que fuera así.

—Nunca he estado dentro de esta casa. En realidad, creo que debe de ser la única del pueblo en la que no he entrado en un momento o en otro —comentó Pudding con animación, como si aquello fuera lo que en Slaughterford se entendía como una aventura.

—Pero yo creía que los conocías... Y que ellos te conocían a ti —respondió Irene.

—Vaya, más o menos. —Pudding fue delante hacia la puerta y llamó sin el mínimo titubeo. Irene hizo un repaso de lo que Nancy le había contado y notó que su desasosiego aumentaba. Pudding bajó la voz—. Sobre todo, por las muchísimas historias que se oyen contar. Aquí todo el mundo se conoce, pero los Tanner no es que sean demasiado sociables que digamos. Casi toda la gente procura esquivarlos. Por lo menos deben de saber quién soy. Ah, hola —dijo, saludando a la chiquilla flaca y mugrienta que abrió la puerta—. Soy

Pudding Cartwright, la hija del médico, y traigo a la señora Hadleigh para que vea a Ma. Joseph nos invitó, así que seguro que ella nos espera. Y os traemos unas galletas.

Sin decir palabra, la chiquilla flaca, que quizá tuviera sólo unos trece años, dio un paso atrás para dejarlas pasar. A Irene empezó a palparle el corazón.

Dentro la casa parecía mayor que por fuera. Estaba dividida en dos cuartos, el primero dando al segundo; una empinada escalera llevaba del primer cuarto al piso superior y en el segundo cuarto un gran fogón de hierro ardía a toda máquina, de modo que hacía un calor sofocante. La chiquilla las condujo a aquella segunda habitación, donde un olor que no se parecía a nada que Irene hubiera conocido nunca subía con el vapor de una inmensa cazuela de barro puesta sobre la hornilla. En un rincón un hombre muy anciano las observaba desde una carriola, bien tapado con una delgada manta. Irene sólo se atrevió a echarle una mirada fugaz: una visión momentánea de mejillas y ojos sumidos, mechones de sucia barba blanca, manos de un tamaño y una fuerza que ni siquiera los años debilitaban, y una energía hostil, incongruente con su palpable fragilidad, que emanaba de él. Al menos otras ocho personas estaban dispuestas por la habitación: tres niños descalzos sentados en el suelo, que miraban en silencio; dos chicas adolescentes junto al tajo de carnicero, desollando conejos y añadiendo al aire el olor metálico de la sangre. Una mujer de más edad cerca del abuelo postrado en la cama, remendando una camisa, y la persona que Irene supuso que era Ma Tanner, ocupando en regia soledad una silla de brazos más cerca de la hornilla, con el cutis céreo y arrebolado. Pudding e Irene se acercaron vacilantes, y, analizada por tantos ojos, Pudding se puso de color rosa. Reinaba la penumbra pues las ventanas tenían cortinas de grueso fieltro, evidentemente nada fáciles de recoger, y la escasa luz que había era verdosa por el verdín del cristal. Allí dentro podía ser cualquier hora del día, cualquier estación del año, e Irene deseó con toda su alma retroceder en el tiempo y anular la estúpida decisión de venir. Hasta Pudding se había callado y miraba por la habitación con una sonrisa algo desesperada al tiempo que sus manos no dejaban de moverse y alisarse la ropa. Irene inspiró hondo y se puso delante de su acompañante. Aborrecía el miedo que le inspiraba la gente y adónde la había llevado; en aquel momento ese miedo recorría hasta el último centímetro de su cuerpo, pero lo rechazó.

—Soy Irene Dal... Hadleigh —dijo, tropezando un poco con su apellido de soltera, Dalby. Se apresuró a continuar, pero la anciana de la silla de brazos reparó en el error—. ¿Cómo está usted?

—Bastante bien —respondió Ma Tanner, con una voz mucho más melodiosa de lo que Irene esperaba y que no daba ningún miedo.

—Vengo a enseñarle una cosa que se encontró en una de las chimeneas de la granja. Su hijo Joseph creyó que podría ser importante.

—Sí, dijo que vendría usted. Recién casada, ¿no? Pero todavía no casada de verdad, ¿eh? No casada con el corazón —repuso Ma sin dejar de escudriñar a Irene, aunque de un modo que no era descortés.

Irene le devolvió la mirada sin saber qué decir. A su espalda notó que Pudding pasaba el peso de su cuerpo de un pie al otro y prácticamente sintió que la curiosidad de la chica le traspasaba la chaqueta con su ardor. La anciana gruñó y sonrió.

—No como ahí la zagala del médico.

—¿Quién, yo? —dijo Pudding, con exagerada vehemencia.

La sonrisa de Ma Tanner se hizo más amplia.

—Tal vez quiera ver lo que se encontró —intervino Irene, y oyó lo fría que sonaba.

—Sí, excelencia —respondió Ma Tanner con una risilla.

Una de las adolescentes de manos ensangrentadas miró ceñuda a Irene, pero la anciana se puso más derecha y sus manos agarraron los reposabrazos de la silla con evidente interés. Vestía un conglomerado de prendas de varias generaciones anteriores, remendadas y arregladas; capas de algodón basto, encaje y lino bajo un chal de lana verde. Irene no concebía cómo no se había muerto de calor; a ella un hilo de sudor le resbalaba por la espalda y estaba deseando quitarse la chaqueta. Pero se acercó al brillante fogón, sacó la muñeca y la desenvolvió con cuidado.

Más trozos de tierra e hilos cayeron de la muñeca cuando la anciana le dio la vuelta entre las manos. Se los sacudió del regazo y la escudriñó, frunciendo los ojos de modo que su rostro hizo lo mismo y se arrugó como el papel en una chimenea. Durante un rato sólo se oyó el ruido de arrastrar y resbalar de los cuerpos de los conejos muertos, y el aire que sonaba detrás de las costillas del viejo. Todos en la habitación estaban atentos a la anciana y a la muñeca del andrajoso vestido azul. En el fogón el fuego bullía, la olla borbotaba; unos de los niños no paraba de sorberse las narices. Pudding, que parecía hipnotizada, avanzó y se colocó al lado de Irene para ver mejor. No hablaba nadie y aquel instante se prolongaba. La anciana se mordió el labio inferior. Con aquel olor del cuarto costaba respirar; Irene fue tomando tragos superficiales del aire hasta que empezó a marearse.

—¿Sujeta arriba de la chimenea, o sólo remetida detrás del regulador del tiro? —preguntó la anciana al fin, tan de repente que todos se sobresaltaron.

—No sé. Cuando la vi estaba en el suelo entre un montón de hollín —contestó Irene.

—Mmm. Entonces probablemente sólo escondida detrás del regulador.

—¿Importa eso?

—A lo mejor.

Ma Tanner volvió a su callada contemplación y el resto volvió a su espera, y la impaciencia de Irene por marcharse aumentó cada vez más. Se esforzó por contenerla. Cuando la puerta principal volvió a abrirse de golpe todos dieron un respingo... todos menos Ma Tanner. Tres hombres entraron en el cuarto e Irene notó que Pudding intentaba empequeñecerse. Dos no eran más que chavales, quizá no tuvieran ni veinte años, pero Irene supuso que el otro era Tanner en persona, el dueño de la casa. Era alto, no fornido sino ancho de hombros, con una especie de enjuta y nudosa fuerza en el cuerpo. Su cara estaba cubierta de recelosas arrugas ceñudas y tenía algo amargo en el gesto de la boca. La nariz y las mejillas eran un mapa de venas rojas, propias de un bebedor empedernido, y en su pelo, entre lo oscuro, había mucho gris. Los chavales que lo flanqueaban eran delgados e inquietos, su mirada, atenta y amenazadora; uno tenía el labio partido, rodeado de cardenales morados y cárdenos.

—¿Ésta quién es, Trish? —preguntó Tanner, señalando con la cabeza a Irene pero dirigiéndose a la mujer de mediana edad que remendaba.

—La nueva señora Hadleigh, de allá de Manor Farm —contestó la mujer con voz carente de toda inflexión.

—Conque sí, ¿eh? —repuso él, y su expresión se volvió todavía más desagradable, con algo parecido al desprecio. Irene notó el peso de aquella mueca y se negó a amilanarse. Alzó la barbilla pero no tuvo valor de decir «¿Cómo está usted?» ante tan franca hostilidad—. ¿Y qué quiere con nosotros la nueva señora Hadleigh?

—Tranquilo, hombre, ha venido a verme a mí —intervino Ma Tanner, y él se calló, aunque dio la impresión de que eso no le gustaba. Entonces vio la muñeca que la anciana tenía en las manos y en un segundo le cambió la cara.

Fue hasta ella y alargó la mano para cogerla como si quisiera quitársela, aunque pareció cambiar de opinión. Empezó a apartarse pero, a mitad de movimiento, algo lo detuvo. No podía apartar la vista de la sucia y rota muñeca. Ma Tanner lo miró de reojo, con gesto pensativo.

—¿De dónde leches ha salido eso? —preguntó Tanner. La voz era un gruñido pero le temblaba.

—De allá de la granja —respondió Ma sin dejar de observarlo, sin parpadear—. Se ha llevado muchísimo tiempo escondido. En una chimenea.

Pudding e Irene se miraron con perplejidad ante la escena. De repente una voz dijo: «¡Garn!», y, asustada, Irene se volvió y se encontró al viejo echándole una mirada asesina desde debajo de la manta.

Se ruborizó, avergonzada por el sobresalto y también porque no lo entendía. El viejo levantó un grueso y tembloroso índice, y la señaló directamente con él.

—¡Garn y aire! —exclamó, y esta vez ella sí que lo entendió. Estaba diciéndole que se fuera.

Pudding le tiró a Irene de la manga.

—¿Nos marchamos? —preguntó Irene a Ma Tanner, pero la anciana seguía con la mirada clavada en su hijo y él seguía con la mirada clavada en la muñeca de la chimenea.

Al cabo de un instante Tanner dio por terminada su observación para lanzarles a las visitas una mirada de odio, tan feroz que ambas dieron un paso atrás.

—Tranquilo, hombre —repitió la anciana, pero le devolvió la muñeca a Irene—. Más vale que se vayan con esto, señora Hadleigh. Pudding. Cójnalo y márchense.

—Pero... ¿qué es? ¿Qué significa? —respondió Irene, desconcertada.

—No es ningún exvoto, ningún hechizo, así que no se preocupe por eso. En cuanto a lo que significa...

Volvió la vista de nuevo hacia su hijo que, inmóvil, miraba fijamente las sombras del rincón del cuarto como pasmado. Ma se echó atrás en la silla y, en tono inexpresivo, añadió:

—Significa que viene el cambio.

TOCADA

El mejor amigo de Alistair, Charles McKinley, vivía con su hermana Cora y con el anciano padre de ambos, Gerry, en Biddestone Hall, una casa Tudor grande e irregular con aguilones y parteluces y puertas chirriantes. Estaba apartada del prado comunal del pueblo de Biddestone detrás de unas verjas y de un alto muro de piedra. La puerta principal la iluminaban un par de antorchas cuando Alistair e Irene se bajaron del cabriolé, y dos lacayos McKinley aparecieron para llevarse el caballo y conducirlos adentro. Resultaba extraño vestir traje de noche. A Irene le apretaban las punteras de los zapatos de una forma que recordaba muy bien. No se había puesto la estola de zorro desde Londres; no se ponía los diamantes de su presentación en sociedad desde Londres. Desde el día de su boda, en realidad, cuando apareció ante Alistair con la sensación entumecida y culpable de que le vendía un artículo roto; algo defectuoso, que no funcionaba. El problema era que sabía que Alistair ya lo sabía. Y que la quería de todos modos.

—No estés nerviosa, Irene —le dijo él bajito cuando la puerta de Biddestone Hall se abrió. Le besó el dorso de la mano—. Son simpatiquísimos y vas a encantarles.

Un impecable mayordomo los dejó entrar, pero una mujer de unos treinta años apareció enseguida tras él; la primerísima impresión fueron unos ojos enormes y una enorme sonrisa, acaso con un leve exceso de dientes y encías. Llevaba el pelo castaño corto, ondulado; tenía cuello largo y largos brazos, y el efecto de conjunto resultaba inmediatamente atractivo.

—¡Aquí estas, Alistair! —exclamó, y lo abrazó en el escalón.

—¿Cómo te encuentras, Cora? Estás deslumbrante —dijo Alistair.

—Oh, ya sabes... aquí *derritiéndome* de calor. Menos mal que está la piscina. Y tú debes de ser Irene. —Su apretón de manos fue cordial—. Es que sé que vamos a ser buenísimas amigas —afirmó, con una convicción tan

rotunda que enseguida Irene se preguntó a quién pretendía convencer.

Alistair le había contado que Cora era viuda de guerra; se había casado con un amor de la infancia llamado Bertram, pero lo habían matado de un disparo más o menos el mismo día que llegó a Bélgica. Desde entonces no había encontrado a nadie adecuado para casarse entre los que volvieron de la guerra dando traspies. Pero a la media hora de ver cómo le sonreía a Alistair, y resplandecía siempre que él la miraba, y se reía vuelta hacia él, Irene se hizo una idea de quién podría haber centrado el interés de Cora.

El interior de Biddestone Hall era tan impresionante como el exterior: todo alfombras turcomanas, plata reluciente, espejos y criados con librea. Gerry era un ochentón callado de aspecto solemne, evidentemente bastante sordo, y Charles, tan animado como su hermana; bien parecido, aunque con cierta tendencia a la gordura. Comieron una cena inmensa, servida en un extremo de una larguísima mesa de comedor.

—La próxima vez que vengáis invitaremos a más personas —dijo Cora, inclinándose hacia Irene—. Pero esta vez os queríamos sólo para nosotros, ¿verdad, Charlie?

Irene sonrió, pero no se le ocurrió ninguna respuesta. Se preguntó si Alistair les habría dicho que era tímida, o que no se encontraba bien, o que tenía alguna otra debilidad, y se sintió pequeña. Bajó la mirada hacia su *mousse* de salmón y la mantuvo allí un rato. Pero Cora no se dejó disuadir.

—Cuéntame todo lo que pasa en Londres... ¡Lo echo tanto de menos entre temporadas! Y no es que aquí en Wiltshire no se esté divinamente, ni que nadie en su sano juicio quisiera estar en la ciudad con este tiempo. Pero al final una se siente muy aislada. ¿Has conocido ya a los St Ives, Johnny y Maria? ¡Alistair! Pero ¿qué *has* estado haciendo, encerrándola así? Su casa cerca de Malmesbury es *el* sitio para estar cuando hace este calor. Nosotros vamos a ir, de viernes a domingo, la semana que viene.

—Cora, respira, chica, y deja que Irene meta la cuchara —comentó Charles, riendo.

—Oh... ¿estoy hablando demasiado? Sí que lo hago, es cierto —repuso ella como si tal cosa.

A Irene no le importó nada dejarlos hablar y, como Gerry, intervenir poco. No es que pudiera decir mucho, pues quedó claro que estaban aleccionados para que no le preguntaran por su vida en Londres ni por su rauda partida, e Irene no conocía a ninguna de las personas o sitios de los que querían charlar. A los postres Gerry cruzó la mirada con ella y le dirigió una sonrisa

bondadosa y tolerante mientras Cora se deshacía en risas por el recuerdo compartido de una fiesta de Navidad de cuando todos eran adolescentes: Charles había bebido demasiado ponche de ron y tuvieron que esconderlo detrás de las cortinas hasta que volvió a estar algo más discreto. Después de comer los hombres se marcharon juntos a fumar y a jugar al póquer.

—Aunque con Alistair no merece la pena. Nunca consigo que tu marido apueste más de un chelín, Irene —se quejó Charles.

—Exagera —replicó Alistair—. ¿Estarás bien? —le dijo a ella en voz baja. Irene sólo pudo asentir con la cabeza.

—Claro que sí —intervino Cora, al tiempo que la cogía del brazo y le lanzaba a Alistair una mirada de complicidad. Cuando ellos se fueron bajó un poco el tono, se tumbó lánguidamente en un sofá y encendió un cigarrillo—. Bueno —añadió—. Ahora podemos conocernos como es debido.

—Sí —contestó Irene, con más frialdad de lo que pretendía.

Cora inhaló una buena bocanada de humo y lo soltó por entre los pintados labios.

—Y bien, cuéntame, ¿cómo te llevas con tía Nancy?

Indudablemente, le chispeaban los ojos, aunque Irene aún no sabía si era por Nancy o por ella.

—Nancy es... —empezó a decir y se lo pensó bien—. No creo que a Nancy le inspire demasiada simpatía aún.

Cora inclinó hacia atrás la cabeza y se echó a reír, encantada.

—¡Sin duda eso es el eufemismo del siglo! —exclamó—. Cielos, sí que te compadezco, de verdad. Estoy convencida de que a estas alturas Alistair se habría casado cinco veces si no fuera por la tía Nancy. Al menos sé de una chica a la que ella ahuyentó.

—Imagino que es como una madre para él. Y bastante quisquillosa.

—¡Es un demonio! Y no finjas lo contrario —repuso Cora, frunciendo el ceño ante la actitud reservada de Irene—. ¿Por qué, si no, tardaría tanto en encontrar esposa un cielo como Alistair? A todos nos *aterrorizaba* Nancy de niños... no me importa reconocer que a mí todavía me aterra un poco. Y en cuanto a que es como si fuera su madre —ladeó la cabeza y levantó una ceja—, no sabes la razón que llevas.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —Cora meneó la cabeza y alargó la mano para coger su coñac—. Nada más lejos de mi intención que difundir rumores calumniosos. Aunque quizá lo haga, sólo por esta vez. —Soltó una risilla—. ¿Sabes que el padre de

Alistair era el hermano mellizo de Nancy? De niños eran inseparables, según se dice, nada raro en ese sentido. Pero he oído subrayar que quizá Nancy siguió adorando a su hermano un poquito *demasiado* cuando se hicieron mayores. Únicamente lo dejó casarse porque era eso o perder el patrimonio, porque él lo había perdido casi todo en el juego y Tabitha Hadleigh aportaba su descomunal herencia de América: sus padres eran dueños de la mitad de las minas de oro de California. Y cuando Tabitha murió Nancy volvió como un rayo, y dedicó la vida entera a cuidar de su hermano y de su sobrino recién nacido. Más casi como una esposa que como una hermana.

—No pretenderás decir... —Irene dejó la frase sin acabar, horrorizada.

Cora hizo un gesto con la mano por entre la nube de humo que rodeaba su cabeza.

—Oh, nada *bíblico*, estoy segura. Pero más de una persona que acababan de conocer los tomó equivocadamente por marido y mujer hasta que les indicaron que eran hermanos. Y desde que el Alistair mayor murió tu Alistair ha sido el centro exclusivo de todas sus energías. —Irene percibió el modo un poco forzado en que Cora dijo «tu Alistair»—. De modo que no me sorprende en absoluto que no se haya encariñado contigo.

Irene se preguntó cuánto de lo sucedido en Londres sabían los McKinley y si Cora sabía que su descrédito formaba parte de la aversión que Nancy sentía hacia ella.

—No creo que se encariñe nunca —respondió, apesadumbrada.

—No —convino Cora con cierta simpatía—. Me temo que va a costarte trabajo. —Le dio unas vueltas al coñac en la enorme copa—. Pero si por algún hombre merece la pena aguantarla es por Alistair, ¿verdad? —Se levantó de un salto antes de que Irene pudiera contestar—. Vamos. ¿Por qué van a ser los chicos los únicos que se diviertan? ¿Te apetece un chapuzón?

—Yo... no tengo traje de baño.

—Yo tampoco. No te preocupes, ahí fuera está oscuro como boca de lobo. ¡Venga, será para morirse de risa!

Al final Cora se bañó e Irene se sentó en el lado de una tumbona, fumando y viendo las mariposas nocturnas darse trompadas contra los faroles, y cómo la abundancia de estrellas teñía de malva el cielo nocturno. El aire se llenó del olor a agua de piscina sobre piedra aún caliente. Era un ensueño de noche, apacible y hermosísima, pero Irene se dio cuenta de que no la conmovía y notó una especie de progresiva desesperación al pensar que nunca más iba a sentir

nada como es debido. Esperaba que Alistair estuviera achispado al final de la velada, pero parecía bastante sobrio. En el camino de vuelta le puso su chaqueta sobre los hombros, la rodeó con el brazo y cogió las riendas cómodamente en una sola mano.

—¿Ha ido bien? —preguntó—. ¿Te gustaron?

—Me parece que sería imposible que no le gustaran a alguien —respondió ella, y él sonrió.

—Me alegro.

—¿Qué tal te fue con el póquer?

—Ah, no muy bien. No se me da bien, por eso me niego a apostar mucho dinero. La verdad es que sólo juego para hacerle compañía a Charles. En ese aspecto prefiero no seguir los pasos de mi padre —explicó, e Irene recordó la observación de Cora sobre que la propiedad casi se había perdido en el juego.

—¿Le gustaban demasiado las cartas?

—Sí. No es que yo lo viera nunca: cuando yo era pequeño una mirada de Nancy bastaba para mantenerlo a raya, según recuerdo. Pero he oído contar que ella no siempre pudo refrenarlo cuando eran más jóvenes.

Continuaron sin decir nada un rato; las luces del cabriolé sólo iluminaban poco más de un metro por delante y una lechuza se lanzó en picado en lo alto con silenciosas alas.

—Me parece que Cora está enamorada de ti —comentó Irene, amparada por la oscuridad.

—Puede ser —contestó Alistair, incómodo—. Es una chica encantadora. Pero mi corazón fue tuyo nada más verte, Irene.

La atrajo hacia sí y le dio un beso en el pelo.

Cuando Alistair le hizo el amor Irene se fijó en toda clase de cosas. La raída suavidad de las sábanas y el leve picor de los ojos por el polvo de las almohadas de pluma, que no estaría de más sustituir. Los esporádicos crujidos y golpes de la casa a medida que se enfriaba con la noche, las sombras proyectadas por las sinuosas vigas que serpenteaban por el techo y la aspereza de la mejilla de Alistair pegada a la suya. Cómo el rostro de Alistair parecía desdibujarse a medida que él se dejaba llevar por los sentidos y las emociones; cómo su propia mente hacía justo lo contrario: definirlo todo de forma nítida e implacable, y concentrarlo. Deseó dejar de sentir como si estuviera traicionando a Fin, todas y cada una de las veces; y deseó dejar de esperar que, en ese mismo y preciso instante, él notara su engaño, y que lo

hiriera, dondequiera que estuviese. En la cama, supuso Irene; con Serena durmiendo a su lado. O acaso no durmiendo en absoluto. En lo más hondo sabía que con semejantes pensamientos sólo se hacía daño a sí misma y sabía que al resto del mundo eso le parecería perfectamente justo. No le molestaba el contacto de Alistair. Él no le repugnaba, era maravilloso a su manera. Le gustaba su olor, y sus labios grandes, y el ritmo de sus movimientos. El cuerpo, traidor, no hizo caso de Irene y respondió a las caricias de Alistair. Ella se preguntó si, en caso de estar sana, no llegaría a sentir por él lo que debía y a enamorarse. Se preguntó si alguna vez volvería a enamorarse. Si le quedaba algo de amor.

Después Alistair se levantó a por un vaso de agua y volvió a ponerse los pantalones del pijama. Tenía un aire juvenil, con las mejillas coloradas y despeinado. Aligerado por la felicidad. Sus brazos y piernas eran largos y tersos; ni musculosos ni blandos, sino delgados, sin excesos.

—¿Necesitas algo, cariño? —preguntó, al tiempo que se tumbaba junto a ella y se apoyaba en un codo, e Irene hizo un gesto negativo, aunque había muchas cosas que necesitaba. Casi no soportaba los esfuerzos de Alistair por agradarle y la culpabilidad que le hacían sentir—. Oh, me refería a que he oído que no corremos un riesgo inminente de que nos fulmine el vudú —añadió, al tiempo que se ponía de espaldas y le posaba una mano sobre la cintura. Su sonrisa le marcaba unas suaves arrugas en torno a los ojos y le alisaba la frente.

—¿Cómo?

—La muñeca que encontraste. Pudding me contó que Ma Tanner lo confirmó: nada de brujería.

—Ah, sí, exacto. Nada de brujería.

—Bueno, es un alivio. —Alistair sonrió de nuevo—. Me temo que no se me ocurre ninguna otra forma de averiguar a quién pertenecía, ni qué hacía aquí.

—En realidad, no importa —respondió Irene, sincera. Había estado tentada de tirar la muñeca cuando huyeron de los Tanner, pero aquella extraña sensación de que era importante no se había disipado, y al final había vuelto a envolverla y la había guardado en un cajón. Ahora toda la expedición le molestaba: el ponerse, sin tener por qué, en una situación tan incómoda. El que le gritara un viejo postrado en la cama delante de un tropel de niños descalzos. Sólo de pensarlo se acaloraba de vergüenza y tenía que repetirse sin cesar que no había sido idea de Nancy, sino suya. Un detalle más que mostraba su

facilidad para meter la pata—. Ya lo he olvidado por completo —añadió.

—Vaya, de todos modos me alegro de que salieras a conocer a algunos de los del pueblo. Aunque fuera a la vieja señora Tanner y su inicua progenie.

—Sí que parecía haber muchos.

—¿A quiénes conociste?

—Bueno, a lo mejor «conocer» es una exageración. A Ma, por supuesto, a un montón de niños y a algunas chicas mayores, y a una mujer llamada Trish, que parecía tener más de cincuenta años. Y a un viejo abuelito. Y al cabo de un rato llegó a la casa el mismísimo Tanner con dos chavales mayores, aunque no puso empeño en presentarse ni en presentarlos, así que no me enteré de cómo se llamaban.

—Bueno, Trish es la mujer de Tanner. Los chavales mayores probablemente fueran sus dos hijos mayores, Jacob y... ¿Elias? ¿Elijah? No me acuerdo.

—No importa. No creo que hubiera ido siquiera de no ser por tu tía Nancy, que no paraba de decirme que no debía ir. Y no creo que hubiera llamado a la puerta de no ser por Pudding. Es muy intrépida, ¿no?

—En muchas cosas, sí. Imagino que le viene por todo el tiempo que estuvieron burlándose de ella sus compañeros. Me figuro que ha tenido que hacerse fuerte.

—¿Cómo diantres se les ocurrió a sus padres ponerle Pudding? Digo yo que no *nacería* gorda, ¿no?

—Dios mío, no se llama así de verdad. Sólo es un apodo de infancia que se le ha quedado desde entonces. Una auténtica pena para ella. No, su nombre de verdad es... —Alistair frunció el ceño—. ¿Sabes que lo he olvidado por completo? Es algo muy de persona mayor... tal vez por eso no prendió. ¿Empieza con L? No hay manera... tendrás que preguntárselo.

—No importa.

En ese momento Irene se dio cuenta de cuántas veces había dicho «No importa» desde que se marchó de Londres. Le echó una ojeada al reloj cuando Alistair apagaba la lámpara; era poco después de medianoche. La hora de las brujas; no la llamaba así desde que era niña. En cuanto cumplió diecisiete años casi todas sus horas de las brujas las había pasado fuera, en el Embassy Club o en algún otro local nocturno; con sus padres y luego con amigas: grupos compuestos por jóvenes casadas, jóvenes aspirantes a serlo, sus primas y una o dos antiguas compañeras de colegio. Apretadas codo con codo en mesas que invadían los límites de la pista de baile, situada en medio de la inmensa sala;

comiendo a la carrera un solo plato de cena y acompañándolo con un *gin-tonic* antes de levantarse para volver a bailar el foxtrot, para ir a ver a los de otra mesa, para observar y ser observadas mientras la banda tocaba allá arriba en la galería, casi perdida en la neblina de humo. Charlando, gritando para oírse por encima del alboroto; bailando y riendo con aquella enloquecida energía, aquel frenético anhelo de goce, que se extendió por Inglaterra después de la Gran Guerra. El desempleo no afectaba a los miembros e invitados del Embassy, pero la escasez de hombres jóvenes sí. Daba a las solteras un punto de desesperación, de búsqueda continua, y hacía que los jóvenes que quedaban se sintieran perseguidos... y eso a algunos les agradaba. A algunas chicas, las más vergonzosas, les aterraba hablar siquiera con un hombre, porque inmediatamente se supondría que deseaba casarse con él.

Irene pertenecía a este último grupo. Para empezar ya era tímida. A eso se sumaba la constante manía de sus padres de que debía casarse con el primer joven que le interesara y ella decidió no mostrar interés por ninguno. La madre de Irene, que abordaba la moda como si fuera un asunto de vida o muerte, dedujo que la falta de confianza de su hija nacía de no estar lo bastante delgada para los vestidos que llegaban de París y le puso una dieta tan estricta que Irene se pasaba los días sumida en un aturdimiento de mareo e indiferencia, débil de hambre. Su madre la miraba con tanta severidad cada vez que comía que Irene no tardó en descubrir que en su presencia no podía comer nada. Muchas noches pensaba que no le quedaban recursos para tratar de vencer su timidez. Hasta el último rastro de blandura desapareció de su cuerpo, dejándole unas formas de muchacho con rodillas huesudas y brazos como limpiapipas, y un rostro sin color en el que sus ojos pintados con rímel se abrían como flores negras. Empezó a fumar; eso la ayudaba a no pensar en la comida. Cuando no tenía fuerzas para bailar se limitaba a quedarse sentada; cuando no tenía fuerzas para hablar permanecía en silencio, mirando la sala con aquel desapasionamiento que era lo único que podía mostrar, confiando en que nadie intentaría entablar conversación con ella. Y sí que lo intentaban: porque tenía el aspecto adecuado, y por quiénes eran sus padres, y porque malinterpretaban su cansancio y su miedo tomándolos por una glamurosa especie de *ennui*. De modo que se quedaba allí noche tras noche, envuelta en seda y en collares, fumando en una boquilla de carey y preguntándose cómo y cuándo acabaría todo aquello. Pero eso era la vida y aquello era lo que se consideraba disfrutar, y estar en cualquier otro sitio —estar en casa— era como apearse y dejar que el mundo entero girase sin ella. Como morirse.

La primera vez que Serena y Fin acudieron al Embassy fue invitados por Irene, en 1920, después de que se conocieran en la fiesta de disfraces: Serena de pavo real; Serena igual de reluciente sin las plumas. Irene no tenía ni idea de lo que Serena veía en ella como amiga. Si eran sus contactos sociales, o la forma en que los modelos de París se ajustaban a la perfección a su cuerpo hambriento; o si también confundía la debilidad con un envidiable desdén que estaba de moda. O acaso Irene fuera un lienzo en blanco en el que Serena podría pintar coloristas imágenes de sí misma. Remolcaba a Fin a todas partes tras de sí, tomado siempre de su mano, llevándolo de grupo en grupo, de mesa en mesa: un marido, una rareza, como un accesorio del vestido. Y entonces él tocó el brazo de Irene por primera vez, sentados uno al lado del otro en un banco tapizado, ya tarde, bien pasada la medianoche. La hora de las brujas. Varados juntos en una orilla de aquel movedizo mar de gente: el torbellino de la pista de baile, la línea de pleamar de las mesas, todas cubiertas con los despojos de una comida de cinco platos y demasiada bebida. Irene no era consciente de haber pensado nada, aparte de que resultaba de lo más agradable tenerlo allí, con la manga de su chaqueta rozándole apenas el hombro desnudo, poniéndole la carne de gallina. Sin fijarse en él de verdad, igual que, a menudo, la gente parecía no fijarse de verdad en él. Recordaba la vaga sensación de que era mejor estar acompañada; de que mientras él siguiera allí disminuía la posibilidad de que la abordaran. Más notaba la incomodidad de las lentejuelas del vestido, que se le clavaban en la piel por la parte interior de los brazos. ¿Habló antes de tocarla? Parecía probable y, asimismo, que ella no lo oyera. Su contacto fue lo que despertó su atención.

No distinguía el hilo inicial de la maraña que vino después. En su recuerdo era como si aquel roce la despertara de una pesadilla. Como si la sacara de una jaula que ella se había construido para protegerse. Cuatro dedos en el antebrazo, y a través del abismo del champán y la tensión Irene se había sentido más tranquila. Había experimentado una pequeña apertura interior. Ni siquiera recordaba exactamente qué había dicho él. ¿Fue: «No hay que hacerle caso a Serena cuando dice cosas así»? O fue: «¿Quieres bailar conmigo una noche, Irene?». ¿O fue: «Ojalá supiera lo que piensas de todo esto»? No importaba. Claro que no importaba. Se quedó tendida al lado de Alistair mientras la respiración de él se hacía más profunda, camino del sueño, y recordó que él también estaba allí esa noche. Alistair Hadleigh, llegado del campo para ver a otros antiguos alumnos de Eton; mayor —casi cuarenta años— aunque guapo. Irene recordó que se la presentaron, que después lo vio en

unas cuantas fiestas —una incluso podría haber sido en el piso de Alistair en Mayfair— y que iba por todos lados en su flamante Alvis. Un hombre alto de pelo rubio y lacio, mirada amable y mentón ligeramente poco pronunciado. Creía haber bailado con él, si no aquella primera noche que Fin la tocó, otra, poco después. Recordó haber pensado que las risueñas arrugas de expresión le daban, por el contrario, un aire algo triste. Pero el roce de Fin en el brazo. La sensación de que la despertaban y le mostraban la salida fue mucho más fuerte que el imaginario sentimiento de peligro que surgió con ella. Ése no le costó trabajo ignorarlo.

Eli Tanner deseaba tocarla, de eso Clemmie estaba segura. Se preguntaba por qué no lo hacía. Tenía completamente claro que la amaba, y creía que a él debía resultarle evidente que ella lo amaba: que ardía por su amor. La clase de amor que nacía perfectamente formado, que vivía y respiraba, fuerte, y que precisaba tanta explicación como el sol o el viento. Se veían casi todos los días andando por las vegas junto al río, subiendo hacia Ford o bajando hacia Box, llegando a Widdenham Mill, donde se había fabricado papel hasta hacía diez años pero que ahora estaba silencioso y vacío. El agua corría, afanosa, por su presa sin saber que ya no era necesaria. La hierba de verano estaba exuberante; en la ribera del By Brook, metidas hasta los tobillos en barro, las vacas la arrancaban a golosos mordiscos, sacudiéndose sin cesar las moscas que se les posaban en los costados. Eli y Clemmie siempre se detenían antes de llegar a la civilización; se quedaban por las tranquilas curvas de la orilla, a la sombra de los árboles, y por los escondidos senderos metidos entre los altos y antiquísimos terraplenes que bordeaban los campos, donde las campanillas se secaban. Subiendo angostas portillas de escalones y metiéndose por huecos de los setos vivos se aseguraban de que nadie los viera. Esto lo acordaban ambos en silencio. Clemmie no sabía si al padre de Eli no le gustaba ella en concreto, o sólo que Eli no trabajara. Que se tomara tiempo para sí mismo y se zafara de la pesada mano paterna. Sabía que a su familia no le gustaría Eli, ni su sangre Tanner. Ni a lo mejor la idea misma de que tuviera un pretendiente... Eso no lo sabía, pues no había ocurrido nunca pese a su bonito rostro. Porque no hablaba; porque la creían tocada.

Tocada. Tonta. Hija de la Naturaleza. Eso sólo significaba que a Clemmie la habían dejado a un lado toda la vida, y que habían hablado de ella, y que no

contaban con que tuviera ideas o planes propios. Se esperaba que se quedara siempre justo donde estaba. Quizá por eso Clemmie valoraba todos los demás seres vivientes, algo que muchas personas no hacían. Los pájaros y los bichos y el ganado: tampoco hablaban, también estaban llenos de vida. Como ellos, Clemmie prefería ir por su cuenta, pasar desapercibida; como a ellos, casi siempre la dejaban hacerlo. No cargaba con las expectativas que las demás personas tenían unas para otras; de vez en cuando la abordaban hombres y muchachos pero no pensaban en ella como esposa. No pensaban que pudiera ser madre de los hijos de alguien. Así que Clemmie tampoco lo pensaba y nunca había tenido que cuestionar la suposición de que no era normal.

El tocarse debería ser algo sencillo; no comprendía la indecisión de Eli. Cuando él esperaba demasiado Clemmie le tomaba las manos entre las suyas, enredaba los dedos de ambos y empujaba la palma de él contra su estómago o su muslo o su pecho. Si quería tocarla, ella deseaba que lo hiciera. Para esto no había más explicación que una confianza innata, una sensación de absoluta seguridad y entendimiento. Todo el cuerpo de Eli se estremecía, y su respiración se apresuraba, y sus ojos parecían arder. Su sabor en la boca de Clemmie era la gloria. Le daba la impresión de que le faltaba piel en el cuerpo entero para apretarse contra el de él. Deseaba pronunciar su nombre. Lo deseaba tanto que incluso ensayó en casa, cuando no había nadie, empleando los ejercicios que le había enseñado el señor Hadleigh, partiendo en trozos la palabra, dejando que su boca se acostumbrara a cada uno de ellos antes de pasar al siguiente. Era como aprender los pasos de un baile. Practicaba detrás del establo, o en la vaquería cuando todos los demás estaban fuera: escondida entre las mantequeras y los cepillos de fregar, los baldes y las cacerolas y la caja de madera para la sal. Eso le producía una tensión enorme. Sólo unos cuantos minutos la dejaban jadeando, bañada en sudor, con el corazón palpitándole como si hubiera estado corriendo. El primer sonido era sencillo. La «e» le salía. Pero el cambio de «e» a «l» hacía que todo se trabara y que su cerebro chocara contra el muro de piedra de su lengua. Llevaba tanto tiempo sin intentar hablar, sin que el señor Hadleigh la ayudara a engañarse a sí misma, que había olvidado lo horroroso que era aquello y al cabo de quince minutos más o menos paraba, exhausta. Un día echó la cabeza atrás sobre la pared de la vaquería para descansar y dijo la única parte del nombre de él que sabía pronunciar, estirándola:

—Eeeeeee...

Una suave pisada la hizo quedarse boquiabierta, y de pronto allí estaba

Josie en la puerta, con un montón de batas limpias en los brazos y los ojos como platos al oír que su hermana emitía un sonido.

—Sigue, Clem. Sigue, ya casi lo tienes —la animó, pero Clemmie negó con la cabeza, soltando lágrimas de frustración desde las pestañas.

Cuando le cogiera el tranquilo, si es que se lo cogía alguna vez, se lo susurraría a él al oído, aspirando el olor animal de su pelo sin lavar y la increíble suavidad de su piel en el nacimiento del pelo. «Eli», murmuraría, y notaría cómo la sorpresa recorría el cuerpo de él como un delicioso escalofrío. El sol en los ojos de Eli realzaba el azul: destellos de un azul vivo como el de los martines pescadores que se alejaban como flechas por la superficie del agua. Era tan tierno con ella que Clemmie no se creía nada malo de él, aunque a veces aún veía su ira en el momento de encontrarse. Una ira que no tardaba en abandonarlo, dejándolo casi aturdido, como si el alivio de verse libre de ella lo embriagara. Eli cerraba los ojos y se concentraba cuando Clemmie le metía las manos por el pelo, cuando se las posaba en el cogote, en la cara. Como si se aprendiera de memoria qué sensación producía que lo tocaran así: con ternura.

—Deberíamos casarnos, Clemmie —susurró cuando la muchacha volvió a tenderse, cuando alargó los brazos hacia él.

Un lecho de hierba y cortinas de dedaleras, perejil de monte y escrofularia; el sonido del río cercano, y el aleteo de una gran libélula verde que iba y venía, veloz, espiándolos. «Deberíamos casarnos primero». Pero al decirlo cerró los ojos, extasiado, y sus hombros taparon el sol por encima de ella y Clemmie le cerró la boca con sus besos. De haber podido, habría contestado: «¿Por qué esperar?».

El domingo por la tarde, tras un oficio matinal muy aburrido durante el cual el párroco había hablado en tono monótono sobre la constancia frente a la adversidad, el doctor Cartwright y Donny fueron a pescar, y Pudding y su madre los acompañaron sólo para sentarse en una manta al sol y tomar la merienda campestre que habían preparado: emparedados de queso y tomate, pequeñas empanadas de cerdo que Ruth había hecho el día anterior —grasientas con el calor, pero deliciosas—, manzanas y galletas escocesas de mantequilla. Extendieron la manta en el prado llano que había yendo río arriba hacia Ford, a la sombra de un espino retorcido, donde la corriente era ancha y

honda, y bajaba con liso empeño hacia los molinos. El agua tiraba de las hierbas, de un verde vivo, que crecían junto al lecho del río. De niños Pudding y Donny nadaban en aquel mismo lugar todos los veranos; posiblemente a Pudding le hubiera gustado bastante nadar ese día, pero el tener que estar a la vista en traje de baño cuando cualquiera podría pasar por allí le quitó la gracia al asunto. Mientras sacaba las cañas y el equipo de pesca, el doctor Cartwright señaló con el dedo.

—¡Mira allí! Donny, mira: la trucha más gorda que he visto nunca, ahí esperándonos. Menuda descarada... Te aseguro que la he visto guiñarme un ojo —comentó, igual que habría hecho cuando sus hijos eran mucho más pequeños.

—¿Sí, papá? —contestó Donny al cabo de un momento.

Tardó mucho más tiempo que antes en prepararse, pero su primer lanzamiento fue suave, fácil, y la mosca describió un arco por encima del agua hasta caer delicada y silenciosamente en la superficie. Su padre le había explicado a Pudding que los músculos de Donny recordaban algunas de las cosas que su cerebro había olvidado.

—¡Muy bien! —exclamó el médico—. Todo está en el codo, eso es.

Luego tuvo que desviar la mirada para que el ala del canotier le tapara el rostro. Donny podía pasarse horas pescando sin aburrirse, mirando el agua resplandeciente con los ojos entornados debajo de la gorra; ahora, incluso más tiempo que antes de marcharse a la guerra. E, igual que entonces, daba la impresión de que no le preocupaba en absoluto si pescaba o no un pez.

Louise Cartwright se sentó con las piernas elegantemente dobladas hacia un lado y dio unos golpecitos en el brazo a Pudding para corregirla cuando ésta cruzó las piernas al sentarse.

—Ya no eres una niña pequeña, Puddy —dijo—. Procura tener un poquitín más de compostura.

—Perdona, mamá —respondió Pudding, demasiado contenta al ver que su madre la reconocía y le hablaba como para que le importara el comentario.

Ellos cuatro, en ese preciso instante, eran perfectos. No había ni un detalle fuera de lugar. Si se concentraba, Pudding podía fingir que no había ningún problema. El sol les mandaba su fuego, tanto que la hierba parecía humear; las golondrinas se lanzaban en picado, un par de cisnes se deslizaban por el río y un petirrojo las miraba desde el espino, esperando que le tiraran migajas. Pudding cogió una hoja de hierba, la agarró entre los pulgares y silbó con ella. Donny recogió el sedal y lo lanzó otra vez, y el médico andaba enredando con

una carpa minúscula que había pescado, dispuesto a echarla de nuevo al agua. Pudding observó cómo una mariquita de dos lunares subía por un tallo de colleja y luego se detenía en lo alto, y su recuerdo regresó a un día de antes de la guerra —un día parecido a éste, de cielo pintado al pastel y calor lánguido— en que cogieron el tren de primera hora desde Chippenham hacia la costa de Swanage. Ella sólo tenía seis años; lo bastante robusta y redonda ya como para tener el apodo que nunca la abandonaría. Fue el año anterior al estallido de la guerra; Donny, con sus vigorosos quince años, era todo largas extremidades y fuerza floreciente. Pudding recordó su piel al sol, tan distinta de la de ella: más oscura y sin pecas, tomaba color en cuanto Donny se quitaba la camisa. Ese día había llamado la atención de muchas señoritas en la playa y por el muelle adonde habían ido a merendar; pero para entonces ya se había enamorado de Aoife Moore y apenas se dio cuenta.

Pudding observó la forma relajada con que su hermano lanzaba el sedal y recordó sus manos en las costillas, deslizándosele hacia las axilas, tensas del esfuerzo que suponía levantar a Pudding. Pero la levantaba una y otra vez, elevándola todo lo alto que podía en las olas mientras ella chillaba y se reía tanto que se le metía el agua por la nariz, y tenían que parar. Lo recordaba arrodillado en la arena delante de ella mientras tosía y farfullaba y le lloraban los ojos; lo recordaba sonriendo y diciéndole: «Que no tienes que beberte el mar, tontina Pud: que tienes que nadar en él». El sol daba a su pelo un intenso resplandor caoba; una sombra de barba le oscurecía apenas la mandíbula. Pudding se quedaba horas metida en el mar: su gordura infantil la mantenía abrigada. Oía que su madre la llamaba, pero fingía no oírla. Su padre iba con el mismo canotier de paja para que no le diese el sol en la mollera; su madre llevaba el vestido azul de cuello marinero y nunca se metía en el mar hasta más arriba de los tobillos. Aquel día le había parecido infinito y feliz; como el verano, como la vida. Por mucho que lo intentara, Pudding ya no se sentía igual, pese a la belleza del día, y a la lucidez de su madre, y al tranquilo contento de Donny, y a la merienda. La despreocupada sensación de ser una niña había escapado fuera de su alcance. Le daba la impresión de encontrarse en un delicado equilibrio entre la felicidad y el miedo.

—¿Todavía no podemos comernos la merienda? —le preguntó a su madre para evitar pensamientos sombríos. Sabía cuál sería la respuesta y tenía muchas ganas de oír aquellas palabras tan familiares, dichas en su voz de siempre.

—¡Desde luego que no! Santo cielo, Pudding, si todavía no es la una.

—Bueno, me parece que ahí tienes una, hijo —exclamó el médico—. ¿Donny? ¿Me has oído?

Por decir algo, Pudding empezó a hablarle a su madre de Irene Hadleigh y de la excursión que habían hecho para ver a Ma Tanner en Thatch Cottage. Había esperado que aquello quizá supusiera el comienzo de un deshielo en Irene Hadleigh, que saliera un poco más a hablar con ella y a montar a caballo, pero no parecía ser así. Desde que Ma Tanner dijo que se avecinaba el cambio Pudding había estado ardiendo de curiosidad. Se moría de ganas de saber qué había querido decir Ma, y cómo lo sabía, y qué tipo de cambio era. Pero cuando se lo comentó mientras volvían a la granja Irene no mostró el mínimo interés. Otro comentario de la anciana atormentaba a Pudding. Había afirmado que Irene no estaba casada «con el corazón» y Pudding se preguntaba si eso sería cierto. Le resultaba inconcebible que alguien —y muchísimo menos su esposa recién casada— pudiera no amar a Alistair si tenía ocasión. Claro que Irene sí que tenía pinta de ser un poco *desabrida*, como tal vez hubiera dicho Ruth. Por mucho que se repitiera que no era asunto suyo, parecía que no podía dejar de pensar en aquello. Pudding se había puesto muy contenta cuando Alistair se casó: contenta al pensar que había encontrado a alguien que lo adorara como se merecía. Pensar que se había casado con alguien que no lo apreciaba estaba en verdad muy *mal*, de un modo que no terminaba de precisar. También, de una forma abstracta, había esperado que el hecho de que Alistair se casara y llevara a una nueva vecina a Slaughterford a lo mejor sacaba al mundo del carril en que parecía estar y le cambiaba el rumbo, porque a Pudding no le gustaba cómo iba. La creciente certeza de que Donny ya estaba todo lo recuperado de la guerra que iba a estar. La realidad, inevitable, de que su madre no haría más que empeorar cada vez un poco más, nunca mejorar.

El lunes por la mañana Pudding salió montada en Robin, el caballo destinado a Irene Hadleigh, y tomó un camino con fuertes pendientes para que el animal se moviera y adelgazara. Pero cuando el camino subió y Robin empezó a resoplar se sintió un poco culpable; Robin estaba un poco gordo y, la verdad, probablemente ella pesara demasiado para él. La parte inferior de las piernas le colgaba sin tocar las ijadas. Pudding se sentó lo mejor que pudo, como si de algún modo eso fuera a moderar su imparable crecimiento. Tenía que pedirle a Nancy que comprara hierros de estribo más anchos para las sillas de señora, pues sus pies ya casi alcanzaban el tamaño de los de hombre. No como los

diminutos y bonitos pies de Nancy, que hasta con botas parecían finos. Estaba convencida de que cuando llegara el otoño y comenzara la temporada de caza no podría abrocharse la pechera de la única chaqueta decente que tenía.

Al volver a Manor Farm vio a Irene Hadleigh en una de las ventanas de arriba y la saludó con la mano, pero Irene pareció no verla. Por algún motivo, eso y el pensar que la chaqueta de caza le quedaba demasiado pequeña echaron a perder el precario buen humor de Pudding, y cuando apareció el chico del herrador y le preguntó dónde había estado, porque esperaban a Dundee y a Baron abajo en la herrería, la cogió por sorpresa. Normalmente nunca olvidaba algo así, y tuvo que correr para traer los caballos del prado y quitarles el barro de las patas. Baron, indignado, se negó a que lo cogiera, balanceando los cuartos traseros para golpearla y echando atrás las orejas, hasta que Pudding casi se echó a llorar de frustración e Hilarius tuvo que acudir en su ayuda.

—¿Qué tienes, muchacha? —le preguntó, mirando con ojos entornados y expresión perspicaz su cara colorada y su expresión de agobio.

—¡Oh, nada! Nada —contestó ella.

—A las bestias no se les puede mentir —repuso él encogiéndose de hombros—. Huelen la verdad en uno.

El anciano agarró a Baron sin contratiempos, murmurando cosas incomprensibles en el idioma que había aprendido de niño —siempre lo hacía tan bajito que Pudding nunca lo oía tan claro como para adivinar dónde había nacido—, y luego le pasó el ramal sin decir nada más.

—La mozuela debe de estar enamorada —comentó el herrador, oportunamente apellidado Smith, cuando por fin Pudding metió los caballos en su desvencijado cobertizo.

Por un instante le dejó vislumbrar sus dientes marrones con la muesca, perfectamente redonda, donde encajaba la boquilla de su pipa. Tenía las manos gruesas de cicatrices y cojeaba por una cox que había recibido; siempre la llamaba «mozuela», pero a ella no le importaba. Pudding esbozó una vaga sonrisa; estaba demasiado aturdida como para ruborizarse.

—¿Y estás, pues? —preguntó Ben, el aprendiz de Smith, que sólo tenía un año más que Pudding y se encontraba tan incómodo como ella con su nuevo cuerpo.

Su cara era una serie de rasgos deformados que no paraban de moverse ni acababan de encontrar aún el sitio donde por fin se asentarían; sus mejillas estaban llenas de granos y observaba el mundo con gesto huraño a través de un

alborotado flequillo, pero tenía un don con los caballos que Smith denominaba «el toque»: cualquier animal que él manejara se tranquilizaba al instante y por lo menos se mostraba dispuesto a colaborar, aunque fuera a regañadientes, mientras sus patas humeaban bajo las calientes herraduras de metal.

—¿Si estoy qué? —respondió Pudding.

—Enamorada.

La palabra tenía un eco acusador, como si el amor fuera una muestra de imbecilidad supina.

—Qué va —repuso Pudding en tono despreocupado, suponiendo que la embromaban refiriéndose a Alistair Hadleigh—. ¿Quién diantres hay por aquí para enamorarse?

Al oír esto Ben se puso como un tomate, frunció el ceño y se alejó para cubrir las brasas de la fragua con una paletada de cisco. Smith, atento al diálogo, sonrió otra vez.

—Me da a mí que la mozuela no es la única —comentó, pero Pudding no estaba escuchando.

Al final de la jornada fue a recoger a Donny para volver a casa, pero no estaba por ningún lado en el parque de Manor Farm, así que Pudding bajó al valle y siguió hasta la fábrica. Para entonces el cielo se había encapotado y el aire amenzaba tormenta. Unos diminutos escarabajos negros aparecieron de la nada para motear la ropa y la piel de Pudding, y la superficie del río estaba repleta de mosquitos. A Donny le encantaban la fábrica y toda su maquinaria, y el vapor y el humo y el estruendo. Desde que tenía unos diez años, al parecer de forma innata, entendía su funcionamiento, cuando para Pudding siempre había sido un sitio misterioso que despertaba en ella el temor a una catástrofe. No era un lugar en que se encontrara nada cómoda; sólo le gustaba la sala de los sacos, donde las mujeres cosían y encolaban con callada laboriosidad, y todo estaba impoluto. Los días de desánimo consideraba el molino papelerero una mancha cancerosa que ensuciaba la belleza del By Brook y deseaba que no existiera siquiera. Una industria moderna tan molesta estaba mal en un sitio tan atemporal y, además, parecía que no dejaba de crecer. Como el sólido edificio de ladrillo con la altísima chimenea que Alistair había construido sólo dos años antes para albergar las nuevas calderas de vapor y el generador; en la pared, orgullosa, lucía una placa de piedra con el año: 1920. Pudding apenas si podía adivinar lo que debían de haber costado el edificio y todos los nuevos aparatos que contenía, y además desentonaba muchísimo con el paisaje. Claro que eso no le preocupaba demasiado, porque era de Alistair. Y porque la

fábrica daba trabajo a hombres de todos los pueblos de alrededor y, si no, muchos se verían en la pobreza, y sus familias con ellos. Sin la fábrica Slaughterford no sería Slaughterford.

Cuando pasó por delante de las puertas el batidor la saludó desde sus dominios inclinando la cabeza y moviendo la mano. Con la máquina Fourdrinier y los mazos funcionando a toda velocidad, y los agitadores de las cubas de pasta dando vueltas, y las turbinas hidráulicas tronando, era más fácil hacer un gesto que hablar. Casi todos los obreros estaban acostumbrados a ver a Donny y a Pudding, y sabían que de vez en cuando había que esperar su presencia y tolerarla. Aun así, Pudding era consciente de que los hombres tenían trabajo que hacer y de que aquél no era un lugar seguro para estar, y se encargaba de sacar a Donny lo más rápido posible cuando él hacía una de sus visitas. El ingeniero señaló hacia la nueva nave del generador y Pudding se lo agradeció saludándolo con la mano. Encontró a Donny delante de la inmensa máquina de vapor Belliss and Morcom que —de algún modo— fabricaba electricidad para la fábrica entera. Aún estaba brillante, a pesar de todo el hollín y el humo que había en el aire, y se alzaba más de cuatro metros por encima del enlosado suelo canela y blanco. Donny estaba de pie con los brazos colgando a los costados y la máquina asomaba por encima de él como un gran animal negro. A los ojos de Pudding era toda tubos, correas y rodillos, e indicadores de presión con temblorosas agujas rojas. Se preguntó si Donny comprendía aún cómo funcionaba todo aquello o si, al igual que ella, ahora se limitaba a ver metal y desbarajuste. No sabía qué era peor; le dolía mucho pensar que estuviera allí con pleno conocimiento de su nueva y deficiente existencia. A Donny le sudaba la frente, pero Pudding no supo si debido al calor o por alguna lucha interna.

Entonces, con sobresalto, reparó en Tanner. Estaba detrás de ellos metido en una esquina cerca del montón de carbón, dormido con la gorra sobre la cara y una botella marrón cobijada tiernamente entre los brazos como si fuera un bebé. Pudding contuvo el aliento, llena de terror al pensar en que Tanner fuera a despertarse y los encontrara allí, como testigos. Tenía la ropa toda llena de hollín y oscura; la tizne se le había metido en los surcos de su rostro de manera que parecía viejísimo. Ella sabía que otras veces lo habían despedido justo por eso mismo: por beber en el trabajo, o por beber y no poder trabajar. O, en cierta ocasión, por beber y tirar al caz a un batidor auxiliar durante una pelea por un insulto imaginario, que estuvo a punto de acabar con éste ahogado. De algún modo, Alistair siempre se las arreglaba para darle otra

oportunidad, aunque la última vez, seis meses antes, cuando se dirigía a buscar a Donny, Pudding había oído sin querer a Nancy y Alistair discutiendo sobre el asunto en la oficina de la fábrica.

—Ya está bien, Alistair. Ese hombre da muchos problemas —decía Nancy con su tono más inflexible, que era cuando normalmente se salía con la suya.

—Nadie más lo contratará, Nancy.

—Y hay buenos motivos para eso.

—¿Qué me dices de su familia? ¿Todos esos jovencitos?

—Suficientes jovencitos como para mandarlos a trabajar y que compensen las ganancias que pierda él. De todos los palurdos cerrados que nos vemos obligados a contratar, la verdad es que él se lleva la palma; será su propia perdición, o la de otro. O acabará con el molino.

El posterior silencio de Alistair fue elocuente, aunque quizá hablara con Tanner, porque hacía muchos meses que la presencia de aquel hombre en Slaughterford era casi discreta; por Trish Tanner —su esposa, que rara vez pronunciaba palabra e iba penosamente por la vida con el aire de una mujer que hubiera abandonado a edad temprana las esperanzas y los sueños— la señora Glover supo que él había dejado la bebida por completo. Había vuelto a trabajar en la fábrica otra vez y ahora estaba tan borracho que había perdido el sentido en el montón del carbón. Uno de sus hijos, uno de los que Pudding e Irene habían visto en Thatch Cottage, echaba paletadas de carbón a las dos calderas. Al ver que lo miraba le dirigió una ceñuda mirada de odio y Pudding se apresuró a volver la vista hacia otro lado. Descubrieran o no a aquel hombre, no sería ella quien informara sobre él; no se le ocurriría entrometerse cuando ni siquiera debía estar allí. Sacó de su ensimismamiento a Donny poniéndole una mano en el brazo.

—Ya es hora de volver a casa, Donny.

El vapor siseaba, las calderas retumbaban. El suave día de verano que hacía fuera quedaba perdido y olvidado en aquel edificio, con su extraña maquinaria y su alto techo metálico, y de repente Pudding sintió un enorme deseo de huir de allí. Tiró del brazo de Donny pero, aunque no era precisamente menuda, le resultaba imposible moverlo hasta que él no quisiera. Donny la miró con aquel aire suyo de estar bajo el agua.

—Antes yo entendía todo esto —dijo—. ¿Verdad?

A Pudding se le cayó el alma a los pies.

—Lo entendías, Donny. Sí que lo entendías.

—Es como si todavía lo entendiera, Pud. Sólo que... no me acuerdo de lo

que sé.

—No te preocupes, Donny —respondió ella, procurando que no se notase su consternación—. Ahora tienes otro trabajo, ¿no? En el jardín.

Él hizo un gesto afirmativo y volvió a mirar la máquina de vapor. Plegó la frente al pensar... al esforzarse en pensar.

—Sí —repuso—. Pero antes yo entendía todo esto.

Pudding no supo qué decir. El chico Tanner los observaba, desconfiado, con rencor; estaba asqueroso del sudor y del carbón, y Pudding vio su fatiga a aquella hora tardía de la jornada: un estremecimiento de los músculos con cada empujón de la pala.

Cuando por fin consiguió convecer a Donny para que saliera la tarde había madurado, y por el oeste el cielo tenía un aspecto magullado y amarillo. Pudding cruzó los dedos detrás de la espalda y confió en que no hubiera tormenta. El ruido aterrorizaba a Donny, y lo dejaba agitado y en un estado lastimoso, incapaz de huir de sí mismo o del miedo. La última vez Pudding y su padre le habían puesto discos durante horas para ahogar el estruendo de los truenos, pero Donny empezó a agitar los brazos y a ir de acá para allá con estrépito mientras intentaba atrincherarse en su cuarto amontonando los muebles, y cuando Pudding lo miró a los ojos le pareció que su hermano ya no estaba allí dentro. No le gustaba recordarlo.

—Soñé que estaba otra vez metido en el barro en Francia, Pud —le había dicho Donny en voz baja la mañana siguiente—. Atascado allí cerca de los chavales de los tendedores y del olor que tenían. Y no podía escapar; no podía.

Subieron la colina hasta Spring Cottage en silencio, porque cada vez que a Pudding se le ocurría algo que decir, una ojeada al bloqueado rostro de su hermano la hacía callar. Las águilas ratoneras daban vueltas en lo alto, con sus agudos y solitarios gritos; los conejos se disperaban y se metían corriendo por la loma, y los brillantes abejorros negros chupaban el jugo de los tréboles. Entonces Pudding pensó que, decididamente, se avecinaba el cambio. Lo sentía condensarse, tomar aliento. Pero a esas alturas ya no estaba en absoluto convencida de que fuera a ser para mejor.

Por muy temprano que Irene se levantara por la mañana —y había estado levantándose cada día más temprano, con el ruido de la granja y el sol que

entraba a raudales por la rendija que quedaba entre las cortinas—, Nancy estaba de pie y vestida antes que ella. Irene se preguntaba si necesitaba dormir siquiera, o si durante toda la noche se limitaba a seguir siendo inescrutable y eficaz y absolutamente correcta. Ahora en la mesa de desayuno sólo quedaba un solo cubierto para Irene; el de Alistair y el de Nancy ya se habían usado, y retirado. En el aparador los champiñones y los riñones estaban fríos, y la casa tenía ese aire olvidado de un lugar del que se ha marchado gente atareada. Irene no esperaba en absoluto la carta que la aguardaba junto al cubierto. Reconoció al instante la letra, y se le subió la sangre a la cara al deducir que Alistair y Nancy ya debían de haberla visto y sabrían exactamente de quién era. Se quedó un buen rato mirándola, atenta por si oía acercarse a alguien, preguntándose si abrirla allí, como ansiaba hacer, o llevársela a algún sitio retirado. Algún sitio en que pudiera recrearse: su cuarto de escritura, quizá, donde la pintura de las paredes aún no se había secado del todo. Se escondería y dejaría que las palabras de él —su voz— la envolvieran. Cuando la cogió las manos le temblaban de forma incontrolable. En la carta no podía haber nada que cambiara lo sucedido, nada que deshiciera el hecho de que estaba casada con Alistair Hadleigh y viviendo en un universo distinto al que antes conocía. Nada que deshiciera el hecho de que Fin seguía casado con Serena. Y sin embargo, al ver su letra le pareció que respiraba mejor. Se la acercó a la cara e inspiró, esperando encontrar un rastro de él.

Nancy entró de forma tan silenciosa que fue como si se materializara en el aire. Vestía para ir a Chippenham, con una falda a media pierna y chaqueta a juego; sus tacones apenas habían hecho ruido en la alfombra. Se quedó con una mano en la cadera y una expresión de repugnancia en el rostro, e Irene se sintió como una niña a la que hubieran sorprendido hurgándose la nariz. O algo peor. La opinión de Nancy pesaba más que una piedra de molino e Irene tomó aliento.

—¿No puedo recibir carta de un amigo sin que se me censure? ¿Tengo que ser censurada *siempre*? —dijo, sin importarle que le temblara la voz.

Nancy enarcó una ceja.

—No me chupo el dedo, ¿sabes, querida? Si no fuera más que la carta de un amigo, créeme, nadie te censuraría. Claro que, por lo que sé, amigos te quedan bastante pocos. Siempre lo he considerado una buena forma de valorar a una persona: desde cuándo conservan sus amistades. Eso indica constancia de carácter, ¿no te parece?

—Debe de estar bien ser irreprochable en ese aspecto, Nancy.

—Sí. Sí que está bien.

El último comentario de Irene pareció divertir a Nancy, divertirla a su modo severo, y eso sólo hizo que aquella se sintiera más desdichada. Más enfadada.

—A lo mejor es más fácil lograrlo si uno no siente nada en absoluto por nadie. ¿Qué te da derecho a... a tratarme con semejante *desprecio*, Nancy? —preguntó Irene; logró pronunciar las palabras en voz que era poco más que un susurro, aterrada, pero sabiendo que no debía dejárselas en el tintero.

Nancy frunció los labios unos instantes y la observó atentamente, como si entablara la misma batalla interior. Sin embargo, cuando por fin habló en su voz no había ni rastro de duda.

—Porque, por lo que a mí se refiere, Irene, te lo mereces por completo. —En el breve silencio posterior se oyó el tictac del reloj de la repisa de la chimenea y, fuera, un caballo coceó la puerta de su casilla—. Mi sobrino es uno de los mejores hombres que vayas a conocer jamás. Uno de los mejores hombres que nadie pueda conocer. Sólo Dios sabe cómo salió tan amable y cariñoso, habiéndolo criado yo, pero así fue. Sólo Dios sabe cómo pasó por la guerra sin que acabara con él, pero así fue. Y se merece una esposa mucho mejor que una jovencuela delgaducha que se mata de hambre por estar a la moda, que sólo se ha casado con él para eludir un escándalo que ella misma montó y que no tiene la mínima idea de cómo comportarse.

Enmudecida por la sorpresa, Irene se quedó paralizada con la carta de Fin en las manos. Algo flameó en los ojos de Nancy y tal vez fuera la conciencia de lo lejos que había ido; una semilla que, en otra persona, acaso hubiera germinado en arrepentimiento. Pero Nancy era un terreno demasiado pedregoso para eso.

—Entiendo —respondió Irene, demasiado afectada como para decir nada más.

—Los Hadleigh marcamos la norma, como te dije en otra ocasión. El buen nombre de esta familia es sacrosanto y maldito si voy a dejar que nos conviertas en un hazmerreír. Si la madre de Alistair estuviera viva, aún seguirías en arresto domiciliario en Londres, ¿sabes? Tabitha era muy católica y habrías resultado absolutamente inaceptable. Quizá fuera una papista alucinada que nunca me cayó muy bien, pero en ciertas cosas estábamos de acuerdo. ¿Por qué crees que Alistair se casó contigo con tantas prisas?

—Porque... me ama.

—Quizá sí, chiquillo tonto. Aunque también sabía que, de haber podido, yo

le habría puesto fin a esto. Ya lo saqué de un compromiso inadecuado y lo habría sacado de éste también. Siempre he hecho lo que es preciso hacer aquí, aunque los demás tal vez no lo entiendan, para empezar. Desde luego, a esta familia le habría beneficiado que hubiera tenido voz y voto en vuestro... enlace. Pero aquí estás. —Dio un leve suspiro, por la nariz—. Pero esto no es un juego, ¿sabes, Irene? Ahora estás casada con Alistair, así que te aconsejo que sigas en ello. —Sus ojos fueron rápidos hacia la carta—. Sencillamente, no pienso consentir que avergüences a mi sobrino. Además, sólo una imbécil se agarraría a... las tablas que quedan después de un naufragio, cuando tiene una lancha de salvamento francamente magnífica justo al lado.

La puerta principal se cerró dando un portazo al salir Nancy e Irene se dejó caer en una silla junto a la mesa. El pulso tardó un rato en calmársele. Se preguntó cómo diantres iba a seguir viviendo bajo el mismo techo que Nancy; cómo iba a arreglárselas con aquella mujer repitiéndole a diario todo lo malo que ella ya pensaba de sí misma. Apretado en la mano, el sobre de la carta de Fin se había humedecido. Lo abrió mientras se tambaleaba con la insensata ilusión de que, fuera lo que fuese lo que le había escrito, la salvara de algún modo. Que le hiciera sentir de nuevo que el estar con él era algo perfectamente correcto... una sensación que en su día se había desbordado y abarcaba cuanto tenía alrededor. «Querida Irene», decía Fin, «espero que al recibo de ésta te encuentres bien. Nosotros dos estamos muy bien y pronto nos iremos de Londres para pasar lo que queda de verano en Francia con los padres de Serena, de modo que pensé aprovechar la oportunidad para escribirte. Serena quería hacerlo ella misma, pero la convencí para que me dejara a mí. Es que no está bien, ¿comprendes, Irene?, que sigas escribiéndome. A Serena le molesta muchísimo, cuando todo el mundo procura por todos los medios seguir con la vida tal como debe vivirse. Hace que los criados pongan sonrisas de satisfacción y ya sabes que eso no lo soporta. Y, después de todo, ahora también eres una mujer casada. Me figuro que a tu marido no le alegra saber que tú y yo seguimos manteniendo correspondencia, es decir, si es que lo sabe. Lamento escribir una carta como ésta, pero me pareció que a la larga sería para bien. Tus cartas me apenan más de lo que puedo explicar con palabras y debo terminar. Te deseo todo lo mejor, Irene. Cordiales recuerdos, F. S. Campbell».

Irene se quedó ante la mesa un buen rato. En un momento dado fue consciente de que alguien había retirado los restos del desayuno, aunque no se había dado cuenta. El sol de fuera, pálido como la mantequilla, parecía

mofarse de ella, igual que todo. Por primera vez en semanas deseó que su madre estuviera allí; pero, si bien había asistido a la boda de Irene y Alistair, su madre aún no la había perdonado tampoco. Más juicios. Más reprobaciones. Sentada, sin moverse, le pareció que estaba ahogándose: las frías aguas de la angustia se cerraban sobre su cabeza. Tenía la impresión de que todas sus esperanzas se morían; aquello era el soplo que apagaba la última y definitiva chispa que seguía ardiendo en su interior, la única que le susurraba, traicionera, que el amor la salvaría de un modo u otro. Si eso era bueno, en aquel preciso momento Irene no lo creía. Al otro lado de la ventana Pudding Cartwright pasó montada en Robin, el caballo destinado a ella. La chica parecía quedarle demasiado grande y el caballo parecía atribulado, y aquella imagen absurda le resultó tan amarga como lo demás. Se preguntó dónde estaba la lancha de salvamento que Nancy había mencionado. Se preguntó si es que estaba ciega y no la veía, o si era incapaz de alcanzarla, porque la sensación de que se ahogaba no se disipaba, seguía inmutable por mucho que se quedara quieta y no creía que nadie esperara que fuera a continuar así. No podía seguir así.

Sobre la hora del almuerzo Alistair fue a buscarla al cuarto de escritura. Irene apenas recordaba haber ido allí, pero cuando él apareció junto a su hombro y la despertó se encontró ante la máquina de escribir, con un papel en blanco puesto en el carro y la carta de Fin abierta sobre el escritorio a su lado, bien a la vista. No sabía si había pensado escribir algo y al darse cuenta de que Alistair vería la carta le dio un vuelco el corazón, pero era demasiado tarde para esconderla. Ni siquiera pudo mirar a su marido.

—Irene... —dijo Alistair finalmente, en voz baja.

—Perdona —respondió ella.

—¿Ibas a contestarle?

Su voz temblaba.

—No. No iba a contestarle —dijo ella, sinceramente.

—¿A quién, entonces?

—No. No, sólo iba... —Irene lo miró, aturdida, culpable—. La verdad, no sé qué iba a hacer.

Durante unos momentos ninguno de los dos habló. En el antiguo cuarto de estudio el aire estaba frío y húmedo; a pesar de los nuevos y caros muebles de Irene, sobre todo olía a libros mohosos, a madera vieja, a cosas olvidadas. Los sonidos del otro lado de las paredes —sonidos de animales, de trabajo, de vida— parecían venir de muy lejos. Alistair acercó una silla, se sentó junto

a Irene y le cogió la mano. Tenía una expresión abatida, cansada y triste, y de pronto la idea de ser la causante de aquello, la idea de que él perdiera la fe en ella, hizo que Irene se sintiera todavía más desgraciada.

—Sé que te sientes sola, Irene. Sé... sé que no eres feliz aquí. Sólo deseo... —Alistair meneó la cabeza, abrió la mano de ella y apoyó la frente en su palma—. Sólo desearía poder ayudarte.

—¡Y sí! Me ayudas... Alistair, me ayudas. Es que... no me parece que éste sea mi sitio.

—Ya lo sé. Y no tendremos que quedarnos siempre aquí en Wiltshire, iremos a Londres. Pero quizá sea mejor no hacerlo hasta que... haya pasado la tempestad. —Suspiró—. Creí que yo te haría feliz. Creí que el venir aquí te haría feliz.

—No, Alistair... por favor, no digas eso. Por favor. No puedo soportarlo. Me pondré mejor, lo sé. Todo irá mejor. Me... me esforzaré más.

—No, tienes razón, no debería decir eso. Y tú no tienes que *esforzarte*, Irene. Nadie se esfuerza por sentir algo: o sentimos o no sentimos. Ambos debemos tener paciencia, nada más.

—Sí —respondió Irene, esforzándose, sin embargo, por sentirse optimista. Alistair sonrió.

—Podrías... invitar a una amiga a que venga a casa. O a tu madre... —Dejó la frase sin terminar, pues no congeniaba con los padres de Irene—. O a cualquiera, en realidad. A cualquiera que te agrade. Si eso hace que estés más a gusto.

—Quizá lo haga —contestó Irene, sin querer decirle que ya había escrito a todas sus amigas, varias veces, y a sus primas, y que a todas les había pedido que fueran a verla, o que la invitaran a pasar unos días con ellas. Pocas le habían contestado, pero las que lo hicieron se disculparon profusamente, asegurando que la gente estaba ocupadísima ya con sus planes de verano.

—O a Cora... ¿por qué no la invitas aquí, o hacéis una excursión a la ciudad juntas?

—¿La ciudad?

—Sí, a Chippenham. No es que sea el West End, te lo concedo. —Volvió a sonreír—. Pero tiene cafeterías, un cine y tiendas. Y gente que tal vez haya viajado de vez en cuando más allá de los confines de Wiltshire... Imagino que sería un cambio de decorado.

Alistair se puso de pie y tiró de las manos de Irene para levantarla. Ella lo miró a la cara y su alivio al ver que el desánimo había desaparecido la

sorprendió. Relajó los hombros y notó que un poco de la tensión acumulada detrás de las costillas se aflojaba.

—¿Por qué me amas, Alistair? ¿Por qué quisiste casarte conmigo? —preguntó.

—¿Por qué? —Él meneó la cabeza—. Lo cierto es que no creo que el amor necesite un *porqué*. Algunas cosas son, sin más. Te vi, y te miré bailar y fumar... siempre con aquella expresión en tu mirada, como si estuvieras perdida, asediada, y supe que eras amable, e inteligente, y distinta... y, sencillamente, ocurrió. Surgió. Y soy muy, muy feliz de que así fuera.

Le acarició la cara y le echó hacia atrás un rizo de pelo.

—Pero ¿cómo puedes serlo? ¿Cómo, Alistair?

—Porque te veo todos los días. Y cada vez que te veo me siento mejor.

—¿Mejor con qué?

—Mejor con todo.

—Ay, Alistair... Es que me siento tan... —Irene bajó la cabeza y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, punzantes y calientes—. Es que me siento tan... *estúpida*. Y tan inútil...

—Pues no eres ninguna de las dos cosas. Irene... Sé que ahora mismo piensas que no volverás a encontrarte bien nunca, pero te encontrarás bien. Te lo aseguro. Un día te habrás olvidado de él; quizá lleve tiempo y no sucederá de repente, pero poco a poco pensarás menos en él y así disminuirá el dolor. Te lo aseguro, porque yo también me vi obligado por... las circunstancias... a separarme de una persona. Fue hace mucho ya, pero durante un tiempo también me pareció que el mundo se acababa. Pero no se había acabado, Irene. No se había acabado. Y ahora te tengo a ti y me alegro muchísimo.

La abrazó durante un buen rato mientras ella lloraba como una niña; daba la impresión de que no podía parar e Irene se preguntó cuánto tiempo llevaban acumulándose las lágrimas. Al recordar se daba cuenta de que no había llorado ni una vez desde que la tormenta estallara sobre ella. Había estado pasmada, había estado enfadada; se había desesperado y había sentido un dolor inmenso. Pero no había llorado ni una vez. Alistair se limitó a permanecer allí; con absoluta paciencia, apoyó la cara en lo alto de su cabeza y esperó a que se le pasara.

Un día de calor tan sofocante que las vacas apenas se tomaban la molestia de

pastar, y los tábanos eran legión y picaban; de tanto calor que Rose Matlock se había puesto toda colorada a mitad de faena mientras escurría las sábanas y había ido a echarse un rato, Clemmie y sus hermanas se bañaron. Justo delante de la granja el By Brook describía una perezosa curva; el agua corría más lenta cuando la tomaba y había tallado una charca de casi metro y medio de profundidad en algunos sitios. Estaba como el hielo pero, una vez pasada la impresión, era una delicia. Las chicas llenaron el aire con sus voces al zambullirse: chillidos y risas y, por parte de Mary, algunas picantes maldiciones. Clemmie inspiró hondo y se metió buceando, estremeciéndose al sentir la fría caricia en el cuero cabelludo, que el sol le había abrasado a través de la pálida melena. Se bañaban en ropa interior, adherida al pecho y a las caderas; el pelo se les alisaba y pegaba al cuello, la piel les relucía. El párroco pasó por allí con sus polainas de cordones, sus botas de montaña y su bastón de pulgar, sudando abundantemente; les dirigió una extraña y forzada sonrisa, y murmuró algo raro sobre náyades en un arroyo cristalino antes de proseguir su camino con aire apresurado. Liz se quedó mirando cómo se iba un poco más de lo debido.

—Anda ya, ¿de verdad? —dijo Mary.

—¿Qué? —replicó Liz, sonrojándose.

—¡A Liz le gusta el párroco!

—¡No! ¡Cierra la boca! —exclamó Liz abalanzándose sobre Mary, que se alejó por el agua, riendo.

—¡No te divertirías nada, Lizzie! —gritó por encima del hombro—. ¡Tendría que decir tantas oraciones antes y después de darte un revolcón que te quedarías frita!

—Ojalá Clarence me diera un revolcón a mí —intervino Josie, pensativa—. Cuando me coge la mano, os lo juro, me entran temblores por todo el cuerpo.

—Procura que padre no te oiga hablar así, o te dará una buena tunda —repuso Liz; estaba claro que agradecía el cambio de tema.

—No soy tonta —replicó Josie.

—¿Estás segura? —Mary le dirigió una amplia sonrisa y Josie le sacó la lengua—. Yo sería incapaz de decir el que a *mí* me gusta. Después de lo que pasó con Tom, pienso estarme más callada que Clemmie.

Las tres lanzaron una perezosa mirada a su hermana muda y se la encontraron sonriendo. No podía evitarlo. Eli Tanner nunca se apartaba mucho de su pensamiento y aquella conversación lo había llevado justo al primer

plano: todo el vibrante deleite de él moviéndose dentro de ella, y su sabor, y el modo en que la miraba y se derretía con sus caricias. Estaba empapada de él pero quería mucho más. Era imposible no sonreír, aun cuando percibió que una sola idea tomaba forma en sus tres hermanas y notó un hormigueo de peligro. Liz, Josie y Mary se le acercaron chapoteando, con gotas de agua cayéndoles de la barbilla, y la observaron mientras en sus rostros el gesto cambiaba de burlón a pensativo y luego a incrédulo.

—¡Clemmie Matlock! —exclamó Mary—. ¿Tienes novio?

—No puede... está tocada —dijo Liz indignada, siempre celosa.

—A los chicos les da igual lo que salga de tu boca, sólo les importa lo que entra —aseguró Mary.

—¿Tienes novio, Clem? —preguntó Josie—. ¡Dínoslo!

Se acercaron más y la rodearon; una pared móvil, ondas iluminadas por el sol en la piel.

—Dinos quién es.

—¿Cómo va a decírnoslo, so lerda? —soltó Mary—. Con todas esas lecciones que le da el señor todavía no ha soltado ni una sola vez una palabra como Dios manda.

—Pues entonces dinos que sí con la cabeza, Clemmie: ¿hay alguien?

Podría haber hecho un gesto negativo. Pensó hacerlo pero, por algún motivo, Clemmie *quería* contárselo a sus hermanas, quería compartir aquello... quería decirlo a gritos. Era demasiado grande para guardárselo dentro y, por una vez, quería estar en pie de igualdad con ellas, no ser distinta, no quedarse atrás, en cierto modo. La felicidad la mareaba y le proporcionaba una ilusión de confianza, cuando ella no la tenía, ni Eli tampoco. Pero era imposible que sus hermanas supieran o adivinaran de quién se trataba y no podían obligarla a decírselo. El sol les quemaba la piel y el agua la aliviaba, y en ese preciso momento el mundo era el lugar más benigno que pudiera imaginar. Asintió con la cabeza. Josie dio un grito ahogado al tiempo que se llevaba rápidamente los dedos a la boca y sus ojos se iluminaban de emoción; en la cara de Mary había incredulidad, también en la de Liz.

—¡Oh, es maravillosísimo, Clemmie! ¿Es guapo? —preguntó Josie.

—¿Maravilloso? ¿Estás loca? —le espetó Mary—. ¡Alguien debe de haberse aprovechado de ella! ¿Quién es, Clem?

—Déjala en paz... ¿por qué no debería amar a alguien? —dijo Josie.

—Tendremos que contárselo a padre —añadió Liz.

Tenía los dedos abiertos en el agua, cerca de la superficie, como para

mantener el equilibrio. Como para atrapar a Clemmie, si ésta intentaba huir. Una oleada de pánico invadió a Clemmie, que negó con la cabeza, abriendo la boca de miedo.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Josie, furiosa—. No te atrevas a contárselo, o le contaré yo que intentaste sonsacar al párroco para llevártelo al bosque... ¡Te juro que se lo cuento!

—¡No *te atreverás* !

Liz se quedó boquiabierta. Clemmie lloriqueó en la garganta e intentó coger las manos de Mary, implorándole en silencio: «¡No se lo cuentes, no se lo cuentes!».

—¿Está casado, Clem? —preguntó Mary.

Clemmie hizo un enérgico gesto negativo.

—¿Y es de tu edad, más o menos, no un viejo verde?

Clemmie asintió con idéntico vigor.

Mary se quedó pensando un instante más.

—No nos chivaremos de ti, Clem. Y como tú sueltes algo —Mary se revolvió contra Liz—, haremos que desees no haberlo dicho.

Aunque se repitió muchas veces que todo estaba bien y que sus hermanas cumplirían su palabra, Clemmie se inquietó. Ojalá hubiera negado con la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Ahora lo había soltado y no se podía recuperar. Un instante de querer compartir —alardear, en verdad— y su valioso secreto ahora no era más que medio secreto. Cruzó el bosque de enfrente del molino hacia Thatch Cottage deteniéndose de vez en cuando para escuchar, para mirar atrás. No la seguían, ni sus hermanas ni nadie, pero aquella insistente sensación no se iba. Un asomo de desasosiego. El sol fue bajando a medida que transcurría la tarde, pero el calor seguía siendo sofocante; entre los árboles el aire estaba estancado, casi pasado de maduro. Clemmie tenía sudor en el pelo y entre los muslos; se olía en la piel el agua del río: desagradablemente húmeda ya, vegetal. Subió a la cumbre jadeando, resbalando en la tierra suelta; esperó un poco y luego se deslizó otra vez hacia abajo mientras lo buscaba con la mirada, mientras lo esperaba. Una sombra azulona se amontonaba debajo de los árboles. Clemmie se sentó en una lápida de la capilla cuáquera, con vistas al tejado de Thatch Cottage, para quitarse las piedrecitas de los zapatos. Estaba inquieta, impaciente porque él apareciera. Entonces en la casa se oyó un fuerte estruendo y el sonido de Tanner gritando, su voz tan inmensa y llena de cólera. A Clemmie se le empotró el corazón en las costillas.

Sabía quién era el responsable de que Eli tuviera la nariz tan torcida, y de su labio partido hacía poco, cuando se quedó con ella hasta demasiado tarde y volvió a casa ya de noche; se habían quedado dormidos bajo las marchitas raíces de un árbol caído, enredados los dos, bien abrazados. De pronto le dio miedo que Eli se hubiera metido en un lío porque ella había revelado que se amaban, hasta que recordó que sus hermanas no podían adivinar quién era, ni contárselo a nadie. Asustada por Eli, indignada por él, la sangre se le aceleró en las venas. Se acercó más, regateando, pegada a los troncos de los árboles, al amparo de los arbustos; después, al de un montón de piedras rotas y, por fin, al del retrete de los Tanner, que apestaba y zumbaba de moscas. Las ventanas de la casa estaban abiertas, de modo que las voces de dentro se oían bien.

—¡Voy a sacarle las putas tripas!

Ése era Tanner: amargado, duro, siempre cargado de alcohol.

—¡Joder, pues si te ha dado muchas oportunidades, papá!

La voz irregular, recién cambiada, de un muchacho; no la de Eli. Sonó un golpe y el grito de una mujer, y ruido de muebles empujados.

—¡No le pegues al chico! ¡Él no tiene culpa de nada!

Una mujer: la madre de Eli, supuso Clemmie. Se oyeron más gritos, más porrazos.

—¡Basta! ¡Déjalo! —volvió a decir la mujer.

—¡No valéis más que para ocupar sitio, todos! ¡Debería haberos ahogado uno por uno según ella os iba pariendo!

—¿Y tú qué, papá? Borracho perdido y desmayado en el tajo otra vez, donde cualquier cabrón podía verte, ¿eh?

—¡Ven acá tú, so mierdecilla! Tú no eres hijo mío.

De golpe, la puerta principal se abrió de par en par y un muchacho flaco salió corriendo, moviendo fuerte los brazos, la cabeza gacha, esquivando los trastos del patio. Tanner iba detrás pero pisó mal y se cayó cuan largo era al suelo. Se quedó tendido un rato, con las costillas moviéndose como un fuelle, hasta que su mujer se le acercó; parecía demasiado cansada para tenerle miedo. Tanner dejó que lo ayudara a levantarse y luego la apartó de un empujón; tambaleándose, volvió a entrar.

Clemmie aún no había oído hablar a Eli, pero si no estaba dentro y no había acudido a buscarla, no sabía dónde podía estar. Durante un rato no hubo más gritos, ni más estrépito. Clemmie siguió avanzando furtiva, atenta a cada paso que daba, tan pendiente de no hacer ruido que empezó a latirle fuerte la cabeza. Se agachó debajo de la ventana trasera. Le llegó el olor a zanahorias

estofadas y caldo de huesos; un bebé lloró un momento y lo hicieron callar rápidamente; se oyó poner un plato en una mesa.

—Toma. Come algo —dijo la señora Tanner.

Durante un buen rato nadie habló. Había al menos diez o doce Tanner viviendo allí; muchos de ellos, pequeños. A Clemmie aquel silencio le resultó poco natural, siniestro. Ojalá tuviera el valor de asomarse a la ventana, sólo para ver si Eli estaba allí, pero no se atrevió.

—Entonces, ¿qué harás? —preguntó la señora Tanner, por fin.

Tanner dio un gruñido.

—Le comeré los putos hígados.

—Alistair Hadleigh siempre ha sido bueno con nosotros —repuso ella con cautela.

—Rabiaba por tener una excusa y largarme esta vez. Los ricos son todos iguales. Todos unos cabrones marrulleros; se creen mejores que la gente como nosotros.

—Puede que te deje volver, si le das un poco de tiempo...

—No pienso trabajar nunca más para ese imbécil sonriente.

—Pero... el dinero, Isaac. Nos hace falta.

—Voy a conseguir dinero.

Otro largo silencio siguió a sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Él tiene más de lo que necesita, sobre todo ahora que toca pagar todos los salarios. Me da a mí que ya es hora de que le haga una visita.

—No querrás decir que vas a robarle. —La voz de la señora Tanner sonó muy baja, asustada ya—. ¡Sería una locura, aquí mismo en el pueblo! Nos echarán de aquí, Isaac...

—Cállate ya, mujer. No pensaba dejar tarjeta de visita. Lo haremos yo y Eli y John, igual que siempre. Todavía no nos han cogido, ¿verdad? Nos ocuparemos de él y de tu puto dinero. Nadie me llama lo que él me llamó hoy y se va tan campante. ¿No es así, muchacho?

—¿Cuándo quieres hacerlo, papá?

Clemmie sintió escalofríos. Sonaba amedrentado, no parecía el mismo. Pero el que acababa de hablar era Eli.

EL CAMBIO

Pudding procuró no fijarse en cómo temblaban las manos de Irene Hadleigh al agarrar la tira de cuero que rodeaba el cuello de Robin. Estaba pálida y tenía encajada la mandíbula. Pudding se preguntó si debía hacerle algún comentario sobre que no había por qué preocuparse, o si eso sólo haría que Irene se sintiera peor. Era igual que cuando la gente le indicaba a ella que estaba ruborizándose como si pudiera ignorar la sangre caliente que le latía fuerte en las mejillas, con lo que siempre terminaba más colorada aún.

—Eso es. Vamos: no va a moverse hasta que no estemos listas para que se mueva, se lo garantizo; lo tengo agarrado.

—¿Estás segura? —preguntó Irene.

—Totalmente segura. Venga, pie izquierdo en el estribo, pierna derecha por encima del lomo y ya está montada. Así se hace.

Pudding nunca había enseñado a nadie a montar. Se sentía orgullosa, entendida y, también, bajo el peso de una tremenda responsabilidad. Ahora que por fin Irene había decidido intentarlo, Pudding supuso que sería culpa suya si no se aficionaba a la equitación.

—¿Cómoda? —preguntó, después de ajustar la longitud de los estribos.

—Ni muchísimo menos —respondió Irene.

Pudding alzó la mirada sonriente, creyendo que bromeaba, pero su gesto congelado le hizo cambiar de opinión.

—Ah. Bueno, eh... —dijo—. Sí que se tarda un poquito en acostumbrarse. —Pero ella recordaba la primera vez que se subió a un caballo, a un poni, en realidad, y su reacción había sido de alegría y emoción instantáneas. Se ocupó un rato en mostrarle a Irene cómo sujetar las riendas y dónde poner las piernas y los pies—. Por ahora agárrese del ahogadero si se nota insegura y daremos un paseíto. ¿De acuerdo? ¿Preparada?

Irene hizo una breve inspiración, volvió a precintar los labios y asintió con

la cabeza.

Iba sentada muy tiesa, balanceándose torpemente a cada paso que daba Robin, mientras que Pudding los conducía al cercado, bastante llano, donde normalmente ejercitaba a los caballos. No estaba segura de cómo proseguir la clase. No parecía justo empezar a machacar a Irene con lo de mantener los talones bajos o los pulgares hacia arriba —«Estás cogiendo tazas de té, no empujando un cochecito de bebé»— como había hecho su instructor; y menos cuando parecía concentrarse tanto en aguantar sentada, nada más, y no sucumbir al pánico. Dieron unas cuantas sosegadas vueltas al cercado hasta que Pudding ya no aguantó más aquel silencio.

—¿Qué le hizo decidirse a probar con la equitación, señora Hadleigh? —preguntó, y la miró sonriendo.

Irene le lanzó una ojeada brevísima, como si el no apartar la vista del horizonte fuera a garantizarle el éxito.

—Oh. Ya iba siendo hora, imagino —contestó con voz apagada—. O, más bien, Nancy y mi marido pensaron que ya iba siendo hora.

—Vaya, pues sí que tiene un caballo estupendo para aprender. Yo aprendí en un poni tan gordo que apenas podía montarlo a horcajadas. Aunque debemos considerarnos afortunadas de que se nos permita siquiera montar así. A muchas señoras de la edad de la señorita H les sigue pareciendo que es indecente. Y a muchos jóvenes.

—En Londres la mayoría de las señoras todavía usa la silla de amazona.

El tono de Irene dejó a Pudding sin saber si eso le parecía bien o no.

—¿Ah, sí? Vaya, a horcajadas es infinitamente mejor y más fácil. —Tras haberlo dicho Pudding se replanteó su tono perentorio—. O sea, yo creo que lo es —se corrigió, pero Irene no parecía tener una opinión muy definida sobre el asunto.

Continuaron en silencio un rato. Irene estaba tan callada que de vez en cuando Pudding le echaba una ojeada, medio esperando que se hubiera caído y estuviera sentada entre las margaritas. La silla crujía; Robin mascaba el bocado con gesto pensativo; de más abajo de la colina llegaron una maldición en voz alta y los alegres chillidos de un cerdo. Irene carraspeó con cautela.

—¿Tu familia siempre ha vivido en Slaughterford? —preguntó.

—Huy, sí. No hay sitio mejor, la verdad. —Pudding sopesó sus palabras unos instantes—. Vaya, a mí me gusta, al menos. Aunque me gustaría ver Londres, algún día. Me gustaría mucho.

—¿No has ido nunca? ¿Por qué no? —Irene parecía sorprendida.

—Ah. Bueno. Es que... vivimos aquí.

Su madre siempre había dicho que harían una excursión a Londres cuando Pudding tuviera edad suficiente para apreciarlo. Pudding creía que, decididamente, ese momento había llegado, aunque ahora, claro, su madre quizá no disfrutara de él como podría haberlo hecho antes. Y, desde luego, a Donny no le gustaría todo el ruido y toda la gente.

—Pero... habrás estado fuera alguna vez, ¿no? Fuera de Slaughterford, me refiero.

Irene parecía vagamente horrorizada.

—¡Huy, sí! Claro. —Lo cierto es que llevaba una eternidad sin ir a ninguna parte... desde que Donny había vuelto de la guerra, en realidad—. Antes íbamos a la playa todo el rato, cuando éramos pequeños. Tres o cuatro veces cada verano. Y tengo una tía en Porlock; vamos a verla bastante a menudo.

«Ah», dijo Irene, y Pudding supuso que aquello le parecía de lo más provinciano. Se sintió atrapada entre defender su pequeño rincón de Inglaterra y nombrar los muchísimos sitios que le encantaría visitar.

—Bueno, planeaba pasarme a ver a tu madre. Yo... debería haberlo hecho antes —añadió Irene—. Así que quizá podría comentárselo: que una visita a Londres es algo muy bueno para una persona joven. Es decir, si quieres que se lo diga. Seré muy sutil.

—Vaya... —contestó Pudding, al tiempo que se le caía el alma a los pies. Era evidente que nadie le había explicado a Irene la enfermedad de Louise Cartwright. Se puso a buscar palabras adecuadas para contárselo pero no tardó en rendirse—. Es muy amable por su parte, señora Hadleigh —farfulló y, para cambiar de tema totalmente, señaló una de las colinas redondeadas que se veían en el horizonte—. Eso es Cold Tump. Es probable que sea un antiguo túmulo; ¿sabía que cuando por aquí un lugar se llama *cold* -algo significa que está embrujado? O, más bien, que quien le puso el nombre creía que estaba embrujado. Lo cual suele indicar que le puso nombre algún colonizador celta o sajón supersticioso con los restos prehistóricos que quedaban: montículos de enterramiento y cosas así. Huesos viejos en tumbas viejas. Hay una Cold Harbour Farm yendo hacia Chippenham y la gente sigue diciendo que está embrujada.

Prosiguió describiendo la procesión espectral de guerreros muertos, todos con lanzas, yelmos y horrendas cuencas vacías, que se veía desfilar ante la granja las gélidas noches de luna. Continuó con el relato, aunque no estaba segura de si Irene Hadleigh la escuchaba siquiera, o de si quería enterarse de

todo aquello, porque si dejaba de hablar era como si el silencio la regañara. Algo parecido a la culpabilidad la hacía parlotear sin parar: culpabilidad por no haber dicho nada de la enfermedad de su madre, ni de cómo la herida de Donny había espaciado todavía más las excursiones; y culpabilidad por haber dado a entender, incluso a sí misma, que a lo mejor deseaba que las cosas fueran diferentes.

Irene volvía con paso rígido hacia la casa después de la clase, aliviada de que hubiera terminado, hasta que se recordó que con montar a caballo sólo una vez no iba a bastar. Tendría que probar de nuevo, y más veces, y procurar dominarlo y disfrutar. Luchó contra la sensación de ansiedad que eso le produjo y se detuvo en el patio a quitarse los guantes, dedo por dedo. Se veía movimiento en una de las ventanas de la alquería, y confió en que Nancy hubiera estado mirando y la viera encima del caballo. En ese momento el viejo mozo de cuadra, Hilarius, salió del establo grande; como el primer impulso de Irene fue apartarse, entrar en la casa y fingir que no lo había visto, se obligó a juntar valor y presentarse. Confió en que Nancy *siguiera* mirando.

—Hola. —Lo saludó, tendiéndole la mano para que Hilarius se la estrechara—. Soy Irene Hadleigh.

El anciano hizo un alto en su avance y se miró la mugrienta palma de la mano hasta que, por lo visto, optó por no coger la de Irene. Ésta bajó la mano sintiéndose estúpida y deseó que Nancy hubiera dejado de mirar.

— *Ar* —respondió Hilarius.

Irene no supo adivinar su edad. Calvo en la parte superior de la cabeza, tenía lacios mechones de pelo gris alrededor del cuello del guardapolvo; no quedaba claro de qué color eran sus ojos, apenas un centelleo en los estrechos huecos de los párpados. Se fijó en que las pestañas, aunque escasas, seguían siendo de un negro azabache.

—Usted... cuida de los caballos de tiro, ¿no es así? —se aventuró a apuntar, sin saber por dónde salir.

Se le había secado la boca y no se encontraba bien. Dentro de la cabeza tenía algo agitado y extraño que no la dejaba pensar ni ver con claridad. Parpadeó deprisa, y cada vez que lo hacía una sombra parecía tomar cuerpo en torno al anciano y retirarse cuando intentaba fijar la vista. El sol estaba alto en el cielo y su propia sombra era enana, pegada a sus pies. Pero, sin saber por

qué, le daba la impresión de que aquel hombre proyectaba una sombra enorme. Mucho más grande que él e impenetrable. Hilarius la miró con aquel remoto brillo de sus ojos e Irene se sorprendió retrocediendo.

— *Ar*, eso es —contestó él, pero Irene casi no lo oyó.

—Perdone —murmuró, nada dispuesta a mirarlo a los ojos, ni a estar cerca de él. La agitación de su interior empeoraba y tenía frío. Era como si él irradiara frío—. ¿Querrá hacerme el favor de disculparme? —susurró.

Ya en la casa, se sentó en la silla espantosamente incómoda que moraba en el vestíbulo, diseñada para que la miraran pero no para que se sentaran en ella. Inspiró hondo y tragó saliva.

—¿Va todo bien? —preguntó con frialdad Nancy, que llegaba desde su sala.

—Sí. Muy bien. Gracias.

Irene se levantó, alisándose los guantes entre los dedos. Nancy pasó por delante y subió la escalera.

—Magnífico. Disculpa.

—¿Es ésa mi señora esposa? —dijo Alistair desde la cocina.

—¡Alistair! Ya has llegado —contestó Irene, más tranquila al descubrir que no estaba sola con Nancy.

—Un poco temprano para el almuerzo, sí, pero estaba deseando enterarme de cómo te había ido. ¿Qué tal?

—Oh, no sé... tendrías que preguntarle a Pudding. Por lo menos, no me caí.

—Bueno, no está mal para empezar. —Alistair se rio—. Pero ¿qué te pareció?

—Bastante bien, creo... No estaba segura de qué iba a encontrarme. Pudding es habladora, ¿verdad? —contestó ella, para cortar cualquier pregunta sobre cuándo montaría otra vez.

—Oh, sí.

—Y bastante morbosa. Siempre parece querer contarte alguna historia sobre una batalla o un fantasma o algo así.

Al oírla Alistair soltó otra risilla.

—Sí, sí que siempre le gustaron los cuentos más espeluznantes. Una vez las sorprendí a ella y a una compañera... creo que era la pequeña Maisie Cooper, debajo de un seto, haciéndole la disección a una rata. Cada una se había llevado de casa un cuchillo de mondar para la faena. No debían de tener más de ocho o nueve años.

—¡Es horrible!

—Desde luego. En realidad, me dijeron que aquello era una *autopsia* e insistieron en que la rata la había atropellado un carro lleno de habas, así que resultó bastante humanitario.

Sonrió al ver la expresión de repugnancia de Irene. Ésta pensó en Hilarius y, al hacerlo, la agitación volvió, aunque más débil. Había decidido no decir nada cuando las palabras brotaron de todos modos, espontáneamente.

—Acabo de conocer a Hilarius, el mozo de los caballos.

—¿Ah, sí? Fuerte como una roca, ese vejestorio. En el pueblo la gente nunca habla con él; a veces se ponen muy nerviosos y muy raros ante la idea de un extranjero. Pero es buen tipo.

—Sí, por supuesto —convino Irene; no le sorprendió en absoluto oír que a aquel hombre no lo apreciaban mucho.

Irene le había escrito a Cora McKinley, ya que Alistair había mostrado tanto interés por que le escribiera a *alguien*, y se descubrió deseando esforzarse más por él. Además, el realizar todas aquellas cosas que la asustaban resultaba un buen modo de no acordarse de la última carta de Fin y de lo que decía. Seguía necesitando muchísimo no recordar eso. La carta a Cora, bastante vaga, sugería que algún día quizá pudieran ir juntas a Chippenham o a Bath, y la mañana siguiente de la clase de equitación Keith Glover trajo la respuesta. La letra de Cora era una serie de exuberantes tajos de tinta negra. «¡Tenemos que hacerlo! O, mejor aún, ¿te gusta la costa? Mi prima Amelia tiene una pequeña villa (bueno, a lo mejor más vale que la llame cuchitril, para moderar tus expectativas) en las colinas cerca de Lyme Regis. Estaba pensando abatirme sobre ella, en vista de que hace este calor tan mortal. ¡Tienes que venirte conmigo! Sin duda no hay nada como los baños de mar para estimular los ánimos. Contéstame enseguida y dime que vendrás. Seremos sólo las chicas». Alistair se mostró encantado cuando se la enseñó.

—La buena de Cora —dijo—. Te divertirás mucho, estoy seguro.

—¿Crees que debo ir?

—Sí, claro. —Alistair pareció sorprenderse—. Es decir, si te apetece. Te echaré de menos, pero si me prometes no tardar mucho en volver... —Sonrió, contento, y le dio un beso.

Irene intentó ocultar sus pocas ganas. Le había resultado muy cómodo estar con Cora: ésta era lo bastante parlanchina como para compensar su falta de conversación. Pero no estaba segura de si podría simular que estaba bien delante de la prima Amelia; no estaba segura de cómo la aceptarían, de cómo

saldría aquello. Se imaginó oír charlas en susurros y risas ahogadas a su espalda. Eso la puso nerviosísima, pero fue al cuarto de escritura, sacó un tarjetón y escribió diciendo que aceptaba. Con frecuencia su madre le había enseñado, al hacerse mayor, a fingir el sentimiento apropiado, la forma apropiada, hasta que el sentimiento apropiado surgiera. O a seguir fingiendo, si no aparecía.

Cada vez que Irene hacía una de aquellas cosas nuevas —dar un paseo a caballo, presentarse a alguien, intercambiar un comentario cortés con Nancy— Alistair se mostraba feliz. Por intentarlo, por parecer que se encontraba mejor, porque, al fin, estuviera acomodándose allí. E Irene había empezado a notar que el hacer feliz a Alistair también la hacía sentirse un poco mejor. A menudo vacilaba. Veinte veces al día se decía que no podría conseguirlo: no aceptaba que Manor Farm y su matrimonio con Alistair fueran la vida que la aguardaba. Eran su realidad presente y su único futuro, y no tenía ni idea de cómo resignarse a eso. Veinte veces al día sentía que la desesperación le bañaba peligrosamente los tobillos: una marea que crecía y amenazaba con ahogarla, si no hacía algo. Si se limitaba a quedarse quieta, viéndola subir. Así que veinte veces al día procuraba dar un paso hacia terreno más elevado, aunque no siempre quedaba claro dónde estaba ese terreno. Pero Alistair —y la facilidad con que conseguía agradarle— parecía una pasadera fiable. La mañana siguiente, cuando anunció que iba a ver a Louise Cartwright, la mujer del médico, dejó que la cálida sonrisa de aprobación de Alistair fuera su recompensa por adelantado. Eso también le impidió echarse atrás.

—Bravo, Irene —dijo él—. Siempre le encantó la limonada de frambuesa de Clara: podrías llevarle una botella de la despensa.

Siguiendo las minuciosas indicaciones de Alistair, Irene fue andando; era el mejor modo hasta sentirte lo bastante segura como para cabalgar sin compañía. El camino que subía a Spring Cottage tenía demasiada pendiente para la calesa; la única forma de llegar a él por carretera era dando una vuelta enorme por Ford. El sol caía a plomo e Irene andaba muy despacio; en apariencia, para no llegar sudando como un percherón pero, sobre todo porque ahora, en el campo y sola, estaba tremendamente nerviosa. Trató de pensar, por lo menos, en cinco temas de conversación inofensivos con que contar si se agotaba todo lo demás: el tiempo, claro; que Pudding estaba enseñándole a montar; lo ocupadísimo que debía de estar el médico; los mejores sitios para comprar en Chippenham... Por mucho que lo intentó, no se le ocurrió el quinto y le aterraba que la señora Cartwright mencionara al hermano de Pudding,

Donald. Días antes había intentado hablar con él de las flores para la casa y sus horribles cicatrices la impresionaron tanto que se había echado atrás sin poder evitarlo. Cuando se dio cuenta de que el joven era corto de entendederas se marchó, abominando de su propia ineptitud. ¿Qué podía decirse a una madre sobre un hijo al que la guerra había deteriorado de semejante manera? Rezó para que Louise no quisiera hablar de eso.

Sin embargo, una vez que la malencarada ama de llaves de los Cartwright la condujo adonde estaba la señora Cartwright, sentada como si se le hubieran escapado las fuerzas en una silla de jardín, resultó muy evidente que no querría hablar de Donald. Ni de nada. Cuando todos sus intentos por entablar una conversación fracasaron, porque no entendía las respuestas de Louise, Irene guardó un horrorizado silencio, absolutamente pillada por sorpresa. El corazón le martilleaba, y la mente, aunque bullía y pensaba a toda prisa, se le quedó en blanco por completo en cuanto a cómo debía proceder. Al final la señora Cartwright se inclinó hacia delante, meneando la cabeza, y le preguntó:

—Pero ¿usted quién es , señorita? No entiendo por qué se niega a decírmelo.

Irene repitió su nombre, pero la señora Cartwright se limitó a repetir el gesto otra vez, con aire desorientado.

—No tiene un buen día —comentó el ama de llaves cuando acompañaba a Irene a la puerta—. Inténtelo otra vez en otro momento, ¿no le parece? Qué amable por su parte venir. Se lo diré al doctor, sentirá no haberla visto a usted.

Pero Irene anduvo unos cuantos metros colina abajo hasta estar bien segura de que no la veían desde Spring Cottage y rompió a llorar. El desaliento giraba en torno a sus pies. Estaba espantada, agotada, aunque experimentaba el trémulo alivio de haber sobrevivido a una situación que la superaba por completo. Y entonces pensó en Pudding, que sabía sobrellevar a su madre, tan desorientada, y a su hermano, tan alterado, y se obligó a contener las lágrimas. No era a sí misma a quien debía compadecer. Confundida, recordó su ofrecimiento de animar a la madre de Pudding para que la llevara a Londres.

Cuando llegó a Manor Farm Irene estaba enfadada. Enfadada consigo misma por ser tan inútil y no saber qué decir; por tenerle miedo a lo desconocido, y por aumentar la perplejidad y la palpable inquietud de la señora Cartwright. Pero también estaba enfadada con los demás. Tal vez se las habría arreglado —o, al menos, se las habría arreglado mejor— si alguien le hubiera comentado que la enfermedad de la señora Cartwright no era física. Alistair podría habérselo dicho. Clara, el ama de llaves, podría habérselo

dicho. Desde luego, podría habérselo dicho Nancy... que se había limitado a sonreír fríamente cuando Irene anunció su plan de hacerle una visita. Acaso hubiera un asomo de regocijo, o de malicia, en sus ojos. Era bastante posible, ahora que recordaba. Todavía temblorosa, fue en busca de Nancy sin saber muy bien qué le diría, pero pensando en algo así como que, en el futuro, acaso le sería más fácil mantener la «norma Hadleigh» si Nancy no se dedicaba a sabotearla de manera deliberada y a hacerla quedar como una idiota. Sin duda, a Nancy le resultaría divertidísimo, pero decidió decírselo de todos modos. Se dirigió a la sala de atrás, donde Nancy tenía su mesa y sus libros, pero Nancy no se encontraba allí. En la habitación hacía muchísimo calor y el aire estaba cargado. Perpleja, Irene miró el hogar, en el que ardían unos rescoldos. Se sentó en la butaca que estaba cerca de la chimenea, cogió el atizador y meneó las cenizas. Era un misterio por qué le había parecido a Nancy que debía encender el fuego en un día tan bueno. En las cenizas había tiras de papel y restos de algo azul: un color que por un instante a Irene le resultó vagamente familiar.

Hurgó en las relucientes brasas y clavó la mirada en ellas, buscando reconocer algo, esperando entender por qué sentía que no podía marcharse sin más y olvidarse del asunto. Tenía la misma molesta impresión —de que algo iba mal, o, quizá, tan sólo de que algo le sonaba— que cuando había tocado por primera vez la muñeca del antiguo cuarto de estudio: una disonancia que era casi como un *déjà vu*. La impresión de que había algo en que fijarse, aunque no terminaba de verlo. Mientras miraba atentamente recordó el día que murió su primo Gilbert y cómo, cuando le dieron la noticia, lo que más la conmovió fue darse cuenta de que no la sorprendía. Ella lo sabía ya. Había ido a verlo el día antes con sus padres. Irene tenía doce años, Gilbert, diecisiete. Rubio y ágil, y tan engreído que a ella no le había gustado nada. Había jugado al tenis con él en el césped de la impresionante casa de sus tíos en Richmond —un partido de lo más desigual, pues Gilbert no refrenaba los golpes ni el servicio sólo porque su adversaria fuera muchísimo más pequeña y más menuda—, y cuando se dieron la mano por encima de la red tras el inevitable triunfo de él, Irene lo miró, ceñuda, y vio que algo aleteaba en los ojos de su primo. Una sombra de algo, que pasó como un jirón de nube por delante del sol; y, por el modo en que de pronto a Gilbert se le ensancharon las aletas de la nariz, aquello, fuera lo que fuese, hizo que el chico inspirara. Irene no pensó que le ocurriera nada en concreto; sólo supo que aquello era significativo. Que algo importante iba a suceder.

Cuando Gilbert murió el día siguiente, debido a lo que, según acabaron decidiendo los médicos, era un calamitoso y hasta entonces oculto defecto cardíaco, Irene se sintió rara. Pero no se sorprendió. No le comentó nada a nadie y fue sólo al crecer, y pensar más en ello, cuando empezó a hacerse preguntas. Se preguntó si a veces la parte principal de su cerebro no era consciente de que un rincón de su mente captaba más cosas de las que veían sus ojos y oían sus orejas. Si a veces ese rincón, metafóricamente hablando, no se ponía a dar saltos y a agitar las manos procurando, en vano y por todos los medios, que ella lo oyera. Así que se quedó sudando un rato más en el recalentado cuarto de Nancy y trató de identificar qué era lo que había notado sin darse cuenta. Claro que siempre existía la posibilidad de que lo de Gilbert hubiera sido una auténtica chiripa y que las sensaciones que de vez en cuando experimentaba fueran infantiles ilusiones de autobombo. Después de todo, el encontrar la vieja muñeca no había desencadenado nada en absoluto. Molesta y agotada, Irene dio a las cenizas un último meneo. Se levantó y trató de abrir una ventana para dejar entrar algo de aire pero no consiguió hacer que se moviera.

En la cocina Clara y Florence, la criada, pelaban guisantes.

—Perdonen —dijo Irene, enfadada—. Hace un tufo horrible en el cuarto de Nancy y no encuentro la llave para abrir la ventana.

Clara la miró parpadeando, luego cruzó una mirada con Florence, que se encogió de hombros.

—¿Un tufo, señora Hadleigh? ¿Qué clase de tufo es ése? —contestó Clara.

—Del que hace que cueste trabajo respirar. ¿Por qué diantres quiso que se encendiera una chimenea, con el día que hace?

—¿Una chimenea, señora Hadleigh? —Clara frunció el ceño—. No hay ninguna chimenea encendida; desde hace semanas.

—Pues estoy muy segura de que no han sido figuraciones mías, señora Gosling.

—La señorita Hadleigh nunca se encargaría de encender las chimeneas ella misma. Ni siquiera estaban con la leña preparada. Y, desde luego, nadie nos ha pedido que encendiéramos ésa. No creo que la señorita Hadleigh haya vuelto siquiera desde el almuerzo.

Clara echó una ojeada a Florence, que hizo un gesto negativo.

—Pues les aseguro que hay un fuego encendido en su sala y si ni ustedes ni ella lo encendieron, ¿quién diantres lo hizo? —dijo Irene, exasperada.

—Vaya... —respondió Clara; le dirigió a Florence una mirada que quizá

pretendiera insinuar que Irene se había vuelto rarita—. Seguro que no lo sé, señora Hadleigh.

—No importa. —Irene dio un suspiro—. ¿La ventana tiene llave?

—*Ar*. Allá mora por tras'el postigu—contestó Florence.

Irene se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Y que no me discierne usía? —preguntó la criada, con gesto incrédulo.

—Estará colgada de un clavo detrás de la contraventana, señora; igual que en todas las ventanas —tradujo Clara, despacio, como si hablara con un niño.

Al final del día Irene le contó a Alistair su difícil visita a Louise Cartwright y él pareció afligirse.

—Pero si te lo dije, cariño. Uno de los primeros días te expliqué que sufre una degradación de la mente.

—Oh.

Era muy posible. Irene casi no recordaba nada de sus primeras semanas en Slaughterford, a principios de mayo. Alistair dio un sorbo a su ginebra. Estaban fuera en la terraza, iluminada por el último sol bajo una inmensa extensión de cielo despejado.

—Yo... también te hablé de Donny. ¿Te acuerdas? Que lo hirieron en la guerra y está... bueno, algo más lento últimamente.

—Sí, me acuerdo —mintió Irene.

—¿Lo has conocido como es debido ya? A Donny, me refiero.

—Más o menos. Yo... salí a preguntarle por las flores pero no obtuve mucha respuesta.

Presintió lo que se avecinaba y estaba a punto de decir que no tenía ánimos para hacerlo, pero en ese preciso instante Nancy salió a la terraza y le dirigió una mirada enjuiciadora.

—Sí, más vale que hables con Jem de cualquier cosa que quieras que te traigan del jardín. ¿Te gustaría ver a Donny otra vez ahora? —contestó Alistair—. Está ahí al lado en los cobertizos de los tiestos, aunque imagino que no tardará en irse a su casa para cenar.

—Sí, de acuerdo —aceptó Irene.

Por suerte, con Alistair a su lado la conversación con Donald fue mucho mejor que la que había mantenido con su madre. Las cicatrices de su herida seguían siendo espantosas y al principio Irene no supo adónde mirar pero después advirtió que, de todos modos, el propio Donny no se fijaba en ello. Parecía encantador; sus lentas reacciones y la forma cautelosa en que se movía y hablaba tenían algo tierno y casi infantil. Alistair parecía encantado de que

el encuentro fuera tan bien e Irene pensó de nuevo que quizá deleitar a Alistair fuera, en realidad, una forma útil de pasar el tiempo. Cuando volvieron a los aperitivos en la terraza se dijo que, después de todo, el día no había sido un absoluto fracaso.

Por la noche ella y Alistair jugaron al *cribbage*, mientras en la radio sonaba la *Música acuática* de Haendel y Nancy leía un libro en el sofá, con las piernas cruzadas a la altura de los elegantes tobillos. Irene ganó tres veces seguidas.

—Lo mío sí que es una derrota, cariño —comentó Alistair—. Discúlpame, salgo un momento a saludar al príncipe.

Con esto se refería a ir al excusado; sólo se llegaba a él saliendo al exterior, pero por lo menos sí que tenía cisterna: una con tan estruendoso rugir y borbotear de agua que la apodaban el Royal George, como el trasatlántico. En cuanto él se marchó Irene notó que la presencia de Nancy crecía. En efecto, oyó cerrarse el libro y el crujido del sofá cuando se puso de pie.

—Te debo una disculpa, Irene —dijo Nancy al tiempo que se situaba junto a la mesa de juego. Irene se quedó sin habla—. Debería haberte explicado lo de la enfermedad de la señora Cartwright. Fue cruel por mi parte no hacerlo, con ella y contigo.

—Bien —respondió Irene, jugueteando con el tapete verde de la mesa.

Nancy dio un gruñido.

—Me da la impresión de que, más que nada, te da miedo la gente. —Su tono era ligeramente exasperado—. Se te pasará con los años, estoy segura. Pero qué le vamos a hacer. Debí habértelo avisado. No habrá sido una visita fácil para ti.

Dicho esto, volvió al sofá y al libro, e Irene cobró ánimo para proseguir la conversación.

—Nancy, ¿encendiste la chimenea de tu sala hoy? —preguntó.

Nancy la miró por encima del libro.

—¿Cómo dices?

—Te busqué en tu sala antes y encontré el fuego encendido. Hacía muchísimo calor allí dentro. Clara y Florence dicen que no fueron ellas. Me entró... curiosidad, imagino.

—Bueno, ¿por qué diantres iban a encenderlo? ¿Por qué iba a encenderlo nadie, un día tan magnífico? —repuso Nancy, volviendo a mirar el libro, e Irene aún no había decidido si continuar, ni cómo hacerlo, cuando Alistair regresó—. ¿Para qué me buscabas, de todas formas? —quiso saber Nancy.

—¿Qué? —contestó Alistair.

—Irene estaba diciendo que antes fue a buscarme.

—Oh, nada. No importa —repuso Irene, aliviadísima por no haber encontrado a Nancy y tratado de ponerla en su sitio por lo de Louise Cartwright, cuando su disculpa estaba por llegar.

—¿Subimos, cariño? No creo que resista otra paliza a las cartas esta noche.

Alistair sonrió y le tendió la mano, que Irene cogió, agradecida.

Hacía tanto que no amanecía un día oscuro y lluvioso que cuando Irene despertó la mañana siguiente creyó que aún era de noche. Alistair ya se había ido y ella no se había dado cuenta de que se levantaba; iba acostumbrándose a dormir a su lado, y a los pequeños sonidos y movimientos que hacía al salir de la cama y desaparecer en su vestidor, lo más silenciosamente posible. Se dio la vuelta y miró el reloj, y, aunque era tarde, volvió a posar la mejilla en la almohada para disfrutar de la última media hora de tranquilidad antes de tener que levantarse y enfrentarse a otro día. Para su sorpresa, descubrió que la perspectiva del día que tenía por delante no era tan mala en absoluto. Las tripas le sonaron fuerte pidiéndole comida; estiró la mano por si quedaba algo de calor entre las sábanas en el lado de Alistair y deseó haberlo visto antes de que se marchara. Había empezado a esperar con ilusión su sonrisa y la forma en que cuidaba de ella a pesar de todo... cuando parecía que no lo hacía nadie más. Se quedó tumbada un rato y pensó en eso mientras se preguntaba por qué su primer impulso era resistirse. En ese momento algo que su madre le había gritado —durante una de las muchas riñas que habían tenido cuando los descubrieron a ella y a Fin— acudió a su memoria. «¿Por qué procuras tanto destruirte, Irene? Siempre lo haces. Desde que tenías cinco años y te cortaste el pelo con las tijeras». Ni en ese instante, ni en ningún instante posterior, había podido explicarle Irene que era porque nunca había sentido que valiera lo suficiente. Pero no quería resistirse a Alistair. Justo entonces decidió no hacerlo y cerró los ojos para prometérselo.

Se levantó a mirar la lluvia: un constante aguacero que ponía una cortina delante del valle, apagando los árboles y los campos hasta dejarlos grises. Se llevaba el humo y el vapor de las chimeneas de la fábrica antes de que se alzara, y su golpeteo contra la ventana ahogaba el ruido sordo de la maquinaria. Era como despertarse en un lugar completamente distinto. Irene se vistió, comió un poco de los resecos huevos revueltos en la habitación del

desayuno y se sentó con el periódico, y al cabo de un rato empezó a darle la impresión de que tal vez pasara algo. El silencio era demasiado silencioso; la casa parecía estar conteniendo el aliento. Sin ningún motivo que Irene pudiera identificar, sentía un nervioso hormigueo en la piel del codo. Se puso de pie y fue de nuevo a la ventana, y aún estaba mirando allí cuando entró Nancy y se colocó a su lado. Irene se preparó para recibir algún comentario, pero Nancy observaba la fábrica y esa mañana parecía absorta en sus pensamientos en vez de en los defectos de ella.

—Buenos días, Nancy —dijo Irene.

—Buenos días. ¿Viste a Alistair antes de que se marchara?

—No, esta mañana no.

—Yo tampoco. Es raro.

—¿Ah, sí?

—Detesta los días lluviosos. Desde siempre, incluso cuando era niño. Yo tenía que despabilarlo y ahora que es un hombre sigue utilizándolo como excusa para quedarse tumbado en la cama.

—No sé por qué, pero no me lo imagino.

—No, bueno.

Nancy se encogió de hombros.

—¿Se desbordará el río?

—Si sigue así de alto, quizá —contestó Nancy.

Aquello era lo más parecido a una conversación tranquila y cortés que habían llegado a mantener nunca, e Irene se alegró, aunque hablaran del tiempo.

—Ni siquiera se ve el humo de las chimeneas, ni se oye la Fou... la máquina de hacer papel —añadió, y Nancy frunció el ceño.

—La Fourdrinier. No —respondió—. No se oye. Y eso *es* muy extraño.

Se quedaron una al lado de otra un rato más e Irene buscó un comentario que hacer —un comentario pertinente— pero aún no se le había ocurrido nada cuando Nancy dio media vuelta para salir de nuevo. Se detuvo un momento junto a la puerta y pareció sopesar algo.

—Voy a asomar la nariz —dijo—. ¿Vienes?

La miró fijamente con expresión acusadora, como si la desafiara a negarse, o, acaso, a aceptar. Irene asintió con la cabeza.

—Sí, de acuerdo —contestó—. Pero... no tengo gabardina.

—No te preocupes. Tengo un abrigo de hule que te irá bien, ya que no tienes ni pizca de carne.

—He tomado huevos esta mañana —afirmó Irene, y enseguida se odió por intentar agradar de una forma tan descarada.

—Ah, bueno. Pues desmelénate y almuerza también algo luego, ¿eh? Date prisa. Necesitarás un sombrero además.

Nancy salió dando zancadas por el pasillo hacia la cocina trasera, donde abrigos, botas y bastones aguardaban en fila, e Irene fue tras ella con la angustiada sensación de haber encontrado un punto de equilibrio que muy fácilmente podría perderse de nuevo.

Un torrente de agua embarrada bajaba a borbotones por el camino frente a la granja, hacia el pueblo; rápido y tan profundo como para arrastrar pequeñas piedras consigo. Pudding acababa de volver de cabalgar con Baron, el caballo de caza de Alistair, y estaba mojada y sucia como un gato empapado. Le goteaba el agua por la visera de la gorra, pero les gritó cuando pasaron.

—¡Pésimo día para pasear! —gritó.

De las ijadas del caballo salía vapor.

—No seas ridícula, muchacha —replicó Nancy—. Vamos a la fábrica. Creo que las máquinas se han parado.

—No puede ser —dijo Pudding con aire horrorizado, e Irene se preguntó qué gravedad tendría aquello en realidad, pues suponía que las máquinas podrían volver a ponerse en marcha sin más en algún momento.

—Eso parece, pero no estoy segura. Anda, entra y frota con paja ese caballo, Pudding.

Siguieron hasta el pueblo, donde no vieron un alma. Se oían los mazos de Rag Mill, y, pese a la lluvia, de la fábrica de cerveza se elevaban deshilachados gallardetes de vapor; a Nancy se le ensombreció la cara.

—¿Es tan malísimo que se paren las máquinas? —preguntó Irene, tímidamente.

Nancy dio un gruñido.

—No es cuestión de vida o muerte, no. Pero suele indicar que se ha dejado que las calderas se apaguen, y se necesita muchísimo combustible y esfuerzo para encenderlas otra vez. Eso no debería pasar nunca, y, si ha ocurrido, tendré muchísimo interés en saber por qué.

La fábrica estaba misteriosamente silenciosa. Frente a la sala de los sacos dos mujeres, sin hacer nada, sostenían un abrigo sobre sus cabezas como si fuera un paraguas. Miraron fijamente a Nancy y a Irene con ojos muy abiertos, medrosos, y aunque Nancy tomó aliento para preguntarles, las palabras no llegaron a salir de sus labios. Casi todos los demás obreros parecían haberse

reunido ante las grandes puertas correderas de la nueva nave de calderas. La lluvia les había empapado y oscurecido los hombros; de pie, encorvados, con las manos en los bolsillos, miraban al otro lado del patio, a la antigua alquería. Unos cuantos hombres más se agrupaban junto a la puerta de las oficinas. Bajo la lluvia, como si les impidieran entrar.

—Pero ¿qué demonios coronados pasa aquí? ¿Por qué no trabaja nadie? —preguntó Nancy al tiempo que se acercaba dando zancadas a la puerta de la alquería.

Irene se apresuró a seguirla, con la lluvia tamborileando fuerte en su sombrero. Uno de los hombres alargó los brazos para cortarles el paso e Irene lo reconoció como el maestro papelero a quien había sido presentada. La miraba tan serio que a Irene se le secó la garganta.

—Mejor no entrar, señorita Hadleigh, señora Hadleigh —dijo, en tono sombrío—. Mejor no.

—Apártese usted, hombre —le espetó Nancy.

—Señorita Hadleigh...

Nancy pasó por su lado dándole un empujón y, con Irene pisándole los talones, entró en la cálida sequedad de las oficinas. Y allí se detuvo.

Durante unos instantes Irene no comprendió lo que tenía ante los ojos. Algo estaba amontonado en el suelo cerca del viejo rincón de la chimenea; un líquido oscuro se había derramado y formaba un charco allí, brillante como el petróleo, y en medio había más hombres, de modo que el objeto sólo se vislumbraba por entre sus piernas. Había un olor raro, metálico pero más fresco que el metal, engrasado y caliente, del motor de vapor y las calderas. Un olor a carnicería que hizo que a Irene se le erizara el vello de los brazos y empezara a revolvérsele el estómago. Nancy se precipitó hacia delante, se arrodilló y se quedó inmóvil. Irene dio dos pasos tras ella pero notó las piernas entumecidas y endebles, y ya no confió en que la llevaran. Se detuvo y miró de hito en hito. En el fantasmagórico silencio de una habitación llena de personas que no hablaban Nancy empezó a emitir un horrible lamento. Irene sintió un escalofrío por todo el cuerpo pero no reaccionó. No tenía ni idea de cómo reaccionar mientras asimilaba lo que veía.

Aquello era Alistair, tendido en el suelo, y lo oscuro y brillante era su sangre. Su cuello era un destrozo de profundas y terribles heridas, y una había cortado la mejilla derecha también; se veía un grisblanquecino destello de hueso, un pálido colgajo de piel, pendiendo suelto. Estaba tumbado bocarriba, con los brazos extendidos y las piernas formando ángulos extraños e

incómodos. Sus ojos, abiertos, miraban la lámpara metálica del techo como hipnotizados. A Irene le pareció que tenía una expresión demasiado comedida tras ser sometido a semejante violencia. Claro que así era Alistair, se dijo. Así había sido Alistair. Tragó saliva. No había ninguna posibilidad de que aquello destrozado del suelo fuera una persona viva ya. Notó una mano en el hombro pero no pudo volver la cabeza.

—Lo encontraron poco después de que empezara el primer turno, señora Hadleigh —le dijo un hombre en voz baja—. Hemos mandado a Kenny, el recadero, a Biddestone a buscar al guardia y van a pedir más hombres a Chippenham, también, por si el guardia nos pone pegas. No pueden tardar mucho.

—¿Por qué no nos avisaron? —susurró Irene. Se imaginó tocando la cama por el lado de Alistair buscando calor; sentada a la mesa comiendo huevos revueltos—. ¿Por qué no nos avisaron enseguida?

—Nadie quería ser el que... —El hombre dejó la frase sin terminar—. Nos pareció que no se ganaba nada —añadió, abatido.

—Pero tenían que haberme avisado —insistió ella con voz encogida.

Le parecía que toda ella se encogía. Nancy seguía deshecha en llanto, arrodillada junto a su sobrino, e Irene sabía que debía acercarse y procurar consolarla. Pero eso era absurdo. Nada podría consolar a Nancy de semejante pérdida, y verla inclinada y rota en el suelo resultaba tan malo, casi tan monstruoso, como la tranquila expresión del rostro de Alistair.

Así que todos se quedaron allí un rato. Nancy lloraba, e Irene ni parpadeaba, y uno de los hombres tosía, y fuera el martilleo de la lluvia caía con un goteo musical por el canalón. Lo inverosímil de la situación le arrebató a Irene hasta la mínima idea de qué debía hacer, y por el modo en que los hombres no paraban de moverse y de mirarse, todos estaban tan estupefactos como ella.

«Alguien debería llevarse a las mujeres», murmuró uno de ellos, pero nadie se movió. La idea de obligar —o incluso sugerir— a Nancy que hiciera algo no entraba en la cabeza de ninguno. Irene estaba cobrando ánimos para ser quien lo intentara, e incluso había conseguido dar un paso, con el corazón palpitándole tan fuerte que apenas oía nada por encima de él, cuando desde detrás la arrolló la mojada y jadeante forma de Pudding Cartwright.

—Aquí están todos. ¿Lo ven? Keith se llegó a la granja a decírnoslo, pero yo sabía que no podía ser... —comentó; se calló bruscamente al ver la escena.

Irene se dio la vuelta y vio que la cara de Pudding se contraía en un gesto

de desconsuelo e incredulidad tan absolutos que ella misma los experimentó en las entrañas. Dando un gritito, Pudding pareció desinflarse y estalló en sollozos sin la menor contención, como una niña, con la barbilla hundida en el pecho y los hombros moviéndose, agitados. Tras ella aparecieron Jem Welch, el jardinero, y el viejo Hilarius, el mozo de cuadra: criados que habían conocido a Alistair desde que era un bebé. En sus arrugadas caras había tristeza y miedo, y ninguno de los dos dijo una palabra. El olor de todo aquello penetraba, poco a poco y de forma despiadada, en la nariz de Irene: olor a cuerpos mojados y a sangre y a caballo y a tierra y a pelo. Una algarabía ante la que su mente retrocedió, aturdida. Una oleada de manchas negras invadió los laterales de su campo visual y se tambaleó hacia un lado, alargando la mano para sujetarse.

—Bueno, ya es más que suficiente —intervino George Turner, el capataz, y tomó el mando por fin. Miró a los hombres—. Vosotros: llevad a estas tres señoras de vuelta a la alquería, y que la señora Gosling les prepare té con azúcar. Es una impresión tremenda y ninguna debería haberlo visto a él así. Estoy seguro de que el guardia pasará a hablar con ellas muy pronto. Y además Pudding no debería ver cómo se llevan a su hermano preso.

Inmediatamente Pudding alzó la cabeza. Tenía la cara colorada y llena de churretes.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? —preguntó con voz ahogada.

George apretó los labios hasta que el bigote casi le tapó la boca.

—Mejor que te vayas a casa, Pudding. O allá a la granja con aquí la señora Hadleigh. Hemos mandado llamar a tu padre, pero está asistiendo un parto difícil en Yatton.

—Sí... un médico. Mi padre puede ayudar... —contestó Pudding, esperanzada. Luego volvió a mirar la sangre y las heridas, y su esperanza se esfumó—. Pero ¿qué ha dicho de Donny?

—Vamos, Pudding...

—¿Él también está herido? ¡Dígamelo!

—La chica se va a enterar antes o después —intervino otro, con rudeza.

—Hable claro, hombre —le dijo Jem a George, bruscamente.

—Por lo visto... Donald fue el que atacó al señor Hadleigh.

—No. —Pudding meneó la cabeza—. Él no.

—Lo encontraron en la sala de máquinas con las manos y la camisa ensangrentadas... y en la mano tenía una pala, llena de sangre también. Una de las palas del carbón, por lo visto. Donny estaba allí quieto, de pie, y allí sigue,

y no dice nada en su defensa.

Quedó claro que a George le costaba dar la noticia. El rostro de Jem Welch pasó de la indignación y la desconfianza a una especie de resignada tristeza, pero Pudding meneó la cabeza como loca.

—Pero es que eso es lo que hace él: ¡le gusta mirar las máquinas! Eso es todo lo que hace. ¡No significa nada! No irán ustedes a *creer* que le haría daño al señor Hadleigh, ¿no?

—A lo mejor no pretendía... causarle heridas como las que le hizo pero, sin embargo...

—Él no fue —afirmó Pudding—. Yo sé que él no fue. ¡Yo se lo preguntaré y él se lo dirá a ustedes!

En ese momento el sonido de un motor llegó al patio: el subjefe de la policía de Chippenham, con el guardia de Biddestone junto a él y otros dos agentes jóvenes, en un coche humeante que resoplaba con los lados llenos de salpicaduras de barro. Una palpable oleada de alivio pareció invadir a los hombres de la habitación, que empezaron a salir en fila como una especie de lúgubre comité de bienvenida. Nancy no se había separado de Alistair; Pudding continuaba hablando atropelladamente, respirando con dificultad entre las lágrimas; Hilarius la había cogido del brazo y procuraba llevarla afuera. El subjefe entró, limpiándose la lluvia de las gafas, y enseguida comenzó a ordenarles que se apartaran del cadáver, que salieran a la lluvia. Guiada por un súbito impulso, Irene avanzó a duras penas por entre la pared móvil de hombros y pechos. Se arrodilló cerca de la cabeza de Alistair y tuvo cuidado de mirar sus ojos, que iban secándose y perdiendo el brillo, en vez de las horrendas heridas que atraían su mirada con una repulsiva e irresistible fascinación. La sangre enmarañaba su pelo rubio, lo apelmazaba. Tenía la boca relajada, los labios, levemente entreabiertos; la piel de Irene aún conservaba el recuerdo de su contacto la noche anterior. Todo resultaba tan imposible —lo que veía, lo que había sucedido— que parecía un artificio de lo más pavoroso. Alargó la mano hacia una de las de él, queriendo tomarla, fuerte, como si él aún pudiera sentirlo, pero estaba fría y extrañamente dura, y no estaba como debía en absoluto. La soltó y se echó atrás, y perdió el equilibrio, y cuando bajó la mano para estabilizarse se la manchó en el charco de su sangre, y estaba fría también. La habitación se escondió detrás del ensordecedor estruendo de su corazón y las manchas negras volvieron a aparecer en tropel. Entonces sintió manos que le sujetaban los brazos y la levantaban.

*

Pudding y su madre estaban sentadas a la mesa de la cocina con el té ya frío. Fuera había cesado la lluvia, y el cielo se había vuelto de un blanco amenazador e incandescente mientras el sol empezaba a arder a través de las nubes. Pudding se preguntó cómo se atrevía a hacer tal cosa. Cómo podía mostrar semejante falta de respeto. Louise tenía los ojos enrojecidos e hinchados; Pudding estaba segura de que los suyos estaban peor, aunque al menos daba gracias a que, cuando le contó a su madre lo que había pasado, Louise lo entendió; no tuvo que explicárselo de tres maneras distintas, cuando ella misma apenas si podía creerlo. Aquello parecía una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Rezó para que así fuera. Sólo le habían dejado ver a Donny un instante antes de llevárselo. Más que ninguna otra cosa, deseó que su padre hubiera estado allí: él los habría hecho esperar; él los habría hecho entrar en razón. De algún modo. Donny se había marchado tranquilo como un cordero; se metió, obediente, en el coche y, al parecer, no le importó que nadie contestara su pregunta sobre qué tipo de motor tenía. Pudding les había dicho que no había por qué esposarlo, pero a ella tampoco se molestaron en responderle. La lluvia había empezado a limpiar la sangre de las manos de Donny, aunque aún le manchaba la pechera de la camisa y le tiznaba las mangas. La sangre de Alistair. Eso hizo que a Pudding se le cerrara la garganta de espanto.

—Donny: tú no le hiciste daño al señor Hadleigh, ¿verdad? Cuéntaselo a ellos —le había dicho a su hermano.

Él le dirigió una mirada ausente y respondió:

—Intenté ponerlo a salvo, Puddy. Igual que intenté con el pobre Catsford.

—Pero no fuiste tú quien le hizo daño.

—Lo encontré allí. Lo encontré.

—¿Lo ven? ¡Ya han oído! ¡No fue él! —le dijo Pudding al subjefe, que era muy alto y muy flaco, de pelo negro, cara pálida y mirada fija e inquietante.

Él preguntó quién era Catsford —otro joven *Tommy*, el nuevo mejor amigo de Donny que, según les había contado él en una carta, había muerto en Francia, colgado en la alambrada de espino como si fuera ropa sucia—, y luego le ordenó a Pudding que se quitara de en medio. A su padre no lo habría tratado de forma tan displicente y si en ese momento le hubiera quedado alguna posibilidad de reaccionar, se habría puesto furiosa. Estiró el brazo por encima de la mesa, volvió a coger la mano de su madre y se la apretó.

—Todo irá bien, mamá —le aseguró, quizá por décima o undécima vez. Sabía que se lo decía sobre todo a sí misma y deseó poder creérselo—. Papá los hará entrar en razón. Y descubrirán quién mató de verdad al señor Hadleigh y...

Tuvo que parar y tragarse un nuevo torrente de lágrimas. El señor Hadleigh, muerto. Alistair, asesinado. Muerto. El dolor, cada vez que lo recordaba, era horrible. Se quedó sentada allí, temblando, absolutamente impotente.

Cuando el doctor Cartwright llegó a casa estaba sucio y exhausto. Iba despeinado y con el pelo húmedo, igual que la ropa. En su rostro había un pesaroso abatimiento que Pudding sólo había visto una vez: cuando volvió de visitar a Donny en el hospital de convalecientes donde éste pasó los dos primeros meses tras regresar del frente. Pudding se levantó de un salto para tomar su abrigo, su sombrero y su maletín, y puso agua a hervir otra vez mientras el médico se sentaba con desaliento y tomaba las manos de Louise.

—Bueno, bueno —dijo en voz baja—. Un día que nos costará olvidar, por mucho que queramos.

—¿Dónde está nuestro Donny? —preguntó Louise—. ¿No ha vuelto contigo?

El doctor Cartwright dirigió una mirada a Pudding, pero ésta sólo pudo negar con la cabeza.

—Estoy seguro de que volverá pronto, querida —contestó, sin alterar el tono, aunque al coger las manos de su esposa tenía los nudillos blancos.

Durante un buen rato no hablaron. Pudding le pasó a su padre una taza de té. Del exterior entró un aire cálido y húmedo cuando el sol salió por fin, y los pájaros empezaron a cantar. Pudding imaginó que sería media tarde, aunque eso ya no parecía importar nada; tampoco importaba qué día era, ni qué mes, ni qué año. Le pareció que debería ser de noche. Que siempre debería ser de noche a partir de entonces.

—Bueno, creo que más vale que empiece a preparar la cena —dijo Louise al tiempo que se levantaba y se sacudía la falda—. Tengo lomo de cerdo y por fin hay suficientes habas gruesas para hacer una comida. —Se calló un momento, pensando con el ceño fruncido—. ¿A Donny le gustan las habas gruesas? Se me ha ido de la cabeza por completo.

—Sí, le encantan —respondió Pudding en tono apagado.

—Claro. —Louise sonrió—. ¡Qué cosa para que se le olvide a una madre!

Tarareando una canción, se puso el delantal y se acercó al fregadero para lavarse las manos. Pudding se sentó frente a su padre.

—¿Qué han hecho con Donny, papá? ¿Dónde está? ¿Puede volver a casa?

—Está en los calabozos de la comisaría de Chippenham, Puddy; no puede volver todavía. Le han dado algo de comer y ropa seca. Les pedí la otra para traerla y lavarla pero... me dijeron que la guardarán como prueba.

—¿Prueba? ¿Quieres decir que... todavía piensan que fue él? ¿No les dijiste que no había sido?

—Claro que sí. Claro que lo intenté. —El doctor Cartwright suspiró y se frotó el mentón—. Pero siguen pensando que fue él... y debemos procurar tener paciencia con ellos. No conocen a nuestro Donny; sólo se basan en las pruebas tal como las perciben. Dicen que tenía en la mano la misma pala que se usó para matar al señor Hadleigh y que en la fábrica no vieron a nadie más que hubiera podido hacerlo.

—Pero él sólo *encontró* al señor Hadleigh así... ¡él me lo contó! Dijo que trató de ayudarlo y así debió de ser como se manchó de sangre. Y... y probablemente no hiciera más que devolver la pala a su sitio, en la nave de calderas; ya sabes cómo es con las cosas que quedan sueltas así, y...

—Vamos, calla, Pudding: ¡a mí no tienes que convencerme!

El médico cogió la mano de Pudding e intentó darle unas palmaditas, pero ella la apretó tan fuerte que su padre se estremeció.

—Pero tenemos que hacer que lo *comprendan*. Tenemos que hacer que se den cuenta de que él nunca haría semejante cosa.

—Y lo haremos. Lo haremos.

Pero, angustiada, Pudding advirtió lo cansado que parecía ya su padre; lo vencido que parecía.

—Estás agotado, papá. Debes descansar. ¿Cómo fue el parto, el que te impidió venir a la fábrica?

—No fue bien. Se perdió el niño —respondió el médico—. Un día negro de verdad.

Dio un sorbo al té, con precaución, porque le temblaba la mano.

Tanto acosaba a Pudding el deseo de ponerse a hacer cosas —alguna cosa, *cualquier* cosa— que no tardó en resultarle imposible aguantarlo ni un segundo más. Le parecía como si algo se acercara sigilosamente a sus espaldas; no sabía qué era, pero daba mucho miedo y estaba segura de que no quería dejar que la cogiera. Todo iba mal y el primer impulso de Pudding siempre era arreglar lo que no estaba bien.

—Bajo a la fábrica a hablar con el primero que encontró a Donny. Y con el primero que encontró... al pobre señor Hadleigh —dijo, poniéndose las botas.

—Pudding, no puedes. La fábrica está cerrada. La policía todavía está hablando con los obreros —repuso su padre.

Ella se detuvo un momento con una bota puesta y la otra en la mano, y de nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pobre señor Hadleigh —comentó en voz baja—. ¿Quién diantres puede haber querido hacerle daño? No lo entiendo.

—Yo tampoco, querida. Yo tampoco.

—¿Qué le ha pasado al señor Hadleigh? —preguntó Louise desde la hornilla. Su voz sonó aguda y preocupada.

—¿Te acuerdas de que te lo conté, mamá? Lo han matado.

Pudding luchó por mantener firme la voz.

—Pudding... —dijo el médico en tono de advertencia.

—¡Pero no podemos ir por ahí fingiendo que no ha ocurrido! —exclamó ella.

—¡Ay, qué *horror* ! —contestó Louise—. ¿Fue un accidente de alguna clase? ¡Pero qué horror!

Incapaz de soportar aquello un minuto más, Pudding embutió como pudo el pie en la otra bota y salió a la luz deslumbradora del sol. El manantial, de lo más bonito, vertía su agua cristalina tintineando en el canal de piedra y a Pudding le pareció que se había abierto una grieta gigantesca justo en mitad del mundo. Se quedó en el sendero y lloró, y por entre el ardor de las lágrimas vio una figura que subía despacio la colina. Era Hilarius, con sus demacradas facciones tan impenetrables como siempre.

—Hay que ocuparse de los caballos —dijo, lacónico, cuando llegó hasta ella.

Bizqueaba con el sol, los ojos prácticamente invisibles. Un brillo atento, duro como los diamantes. Pudding lo miró boquiabierto un momento.

—Pero... ¡el señor Hadleigh ha *muerto* ! —exclamó, desconsolada—. Y... ¡y se han llevado a mi hermano!

Hilarius la observó unos momentos, después asintió con la cabeza.

—Sí que es malo eso —respondió—. Desde antes de que naciera conocía yo al joven Alistair, vaya, y él hizo mucho por quitarle la oscuridad a esa casa. Pero las bestias no saben ni miaja de eso. Esperándote están para su bienestar, vaya que sí.

—Pues ahora no puedo ir... ¡no puedo! Tengo que... —Pudding trató de pensar qué era lo que tenía que hacer—. ¿No puede encargarse usted de ellos, Hilarius?

—No es cosa mía, muchacha. Es a ti a quien llaman coceando en las puertas.

La miró fijamente un poco más, se despidió con una inclinación de cabeza y dio media vuelta para bajar otra vez la colina, desgarrado sobre sus estevadas piernas. Pudding se quedó un rato viendo cómo se alejaba, frotándose la cara donde le picaba la sal. Después fue tras él y se puso a trabajar.

Las sofocantes noches de aquella semana Clemmie no podía dormir. No paraba quieta, y daba vueltas y apartaba de una patada las sábanas, hasta que Josie suspiraba y Liz la amenazaba con estrangularla como la despertara una vez más. Clemmie se levantaba sigilosamente de la cama se arrodillaba junto a la ventana abierta, baja debajo del alero. La habitación atrapaba el calor del día y lo exhalaba por la noche, y el aire de fuera sólo estaba un poco más fresco. Los murciélagos daban vueltas y revueltas a lo largo del río y por el patio, disfrutando del festín de mariposas nocturnas; un cárabo llamaba al otro lado del valle, y otro le respondía. El suave rumor del río era continuo; el cielo estaba azul oscuro, casi negro, y la luna creciente volvía gris todo lo demás. Clemmie no sabía qué hacer. Los guardias de Biddestone y Chippenham se habían quedado días en el molino, mirando detenidamente a todo el mundo con tal desconfianza y tan serios que ella, que se sentía culpable, les huía nada más verlos. Notaba sus miradas como un contacto físico y le parecía que era completamente transparente. Una de las veces que fue intentó meter la leche en la cantina como de costumbre y la hicieron volverse. Oyó a una de las mujeres que solía trabajar en la sala de los sacos quejándose de que le habían pedido que limpiara la sangre del suelo de la oficina.

—Eso no es tarea mía, ¿no? —murmuraba, con gesto cansado y distante—. ¿Cómo va a ser tarea mía hacer eso?

En otra ocasión Clemmie oyó por casualidad que alguien hablaba de Isaac Tanner.

—Tiene coartada, dicen, pero ¿no la tiene siempre? Son mala gente, todos los Tanner, y así se lo dije al guindilla cuando me lo preguntó.

En ese momento a Clemmie se le puso el corazón en la garganta y a punto estuvo de ahogarla.

Llevaba sin ver a Eli desde que había ocurrido aquello; no sabía qué haría

cuando lo viera. Estaba escindida: sabía lo que él había hecho, aunque fuera obligado por su padre, pero lo amaba incondicionalmente. Había ido a Thatch Cottage y había tardado en marcharse un rato, medio esperando que saliera él y medio esperando que no. Entonces, debajo de la ventana, oyó que uno de los hermanos de Eli, con voz temblorosa, decía:

—¿Por qué tenía que pegarle tan fuerte? No entiendo por qué... No entiendo por qué tuvo que arremeter contra él tan fuerte.

Clemmie no sabía con quién hablaba el muchacho y no escuchó la respuesta, si es que la hubo. Había cerrado los ojos, tenía frío y calor, y la invadía el miedo. Rezó para que las palabras se refirieran a Isaac y no a Eli. Pero Isaac había contagiado a todos los chicos Tanner de su cólera y de su violencia. Ella lo había visto.

Arrodillada junto a la ventana, sus pensamientos eran un continuo girar de caleidoscopio. Había oído sin querer el plan de los Tanner; no había sabido lo brutal, lo grave que sería, pero sí que algo malo se avecinaba. No pudo hablar de ello con nadie, pero, aunque hubiera tenido la posibilidad de hablar, tampoco sabía si lo hubiera hecho. Creía que nunca sería capaz de decir nada que le causara problemas a Eli. Pero se sentía culpable; le parecía que era una especie de mentirosa. Ni siquiera le había dicho a Eli que estaba enterada del plan, ni había procurado disuadirlo de que tomara parte en él; había dejado que Eli borrara aquello con sus besos y la transportara con sus caricias. Aunque también sabía que no hubiera podido detenerlo: imposible, si su padre estaba empeñado en ello. Había notado la ira de Eli, peor que nunca, y había visto la jaula en que vivía, y no había sentido más que amor, tan sólo desesperación por él. Pero ahora en el suelo de la oficina del molino había sangre que fregar y nada volvería a ser igual, y el peso de lo que ella sabía no iba a desaparecer. No haría nada por traicionar a Eli pero no podía quedarse de brazos cruzados. Se agarró grandes puñados de pelo y tiró hasta que le dolió, intentando obligar a sus pensamientos a ser más claros y a tener sentido. Su piel estaba levemente fría y húmeda como el aire nocturno, y notaba la respiración demasiado caliente en la boca. No quedaba paz en ningún sitio y, como para reafirmarlo, una raposa chilló, allá abajo a la orilla del río: un áspero sonido que resonó en las paredes de Weavern y en los oídos de Clemmie.

Al llegar la mañana estaba embotada de cansancio. Últimamente, en realidad, parecía estar cansada todo el rato: agobiada por una persistente lasitud que tiraba de sus pasos y hacía que todo le resultara más trabajoso de

lo que debería. Tenía sombras moradas bajo los ojos.

—Despabila, mi Clem —le dijo su madre, Rose, cuando Clemmie se quedó mirando de hito en hito una jarra de leche de la víspera, cortada porque se le había olvidado escaldarla antes de acostarse—. ¿Qué te ha entrado?

—Me da que anda con otras cosas en la cabeza —intervino Liz, y Mary le lanzó una mirada asesina que le borró la sonrisa de satisfacción de la cara.

Todas echaron una ojeada a su padre para ver si se había dado cuenta de algo, pero no era así. Estaba encorvado sobre su plato, comía con ritmo mecánico y no les prestaba ninguna atención. La expresión de Rose mientras miraba a su marido era triste, exasperada y un poco perdida. Clemmie se quedó por la granja esa mañana, sin saber si ir al molino otra vez o buscar a Eli. Todavía no estaba segura de qué haría si lo encontraba. Ayudó a Rose a pasar el ruibarbo por el escurridor, a sacarle el zumo para hacer vino. Trabajaron a la sombra de un lado de la casa, dejando el suelo pegajoso y rosa de zumo, el aire insoportablemente fragante. Cubrieron los tallos machacados con azúcar y los metieron en tinajas de barro para que al macerar soltaran hasta la última gota del zumo de fermentación.

—¿Pasa *algo*, Clemmie? —le preguntó Rose cuando terminaron la tarea—. No tienes por qué asustarte: no me enfadaré contigo, niña mía, sea lo que sea.

Clemmie le sostuvo la mirada un momento antes de negar con la cabeza. Por una vez, se alegró de su falta de voz: así no tendría que intentar explicarse.

El trabajo de la fábrica había tardado unos cuantos días en reanudarse, pero las granjas eran distintas. Los animales no podían esperar y los cultivos tampoco. Las granjas eran seres vivos, organismos que debían seguir respirando si no querían morir. Por todas partes, mientras caminaba por la alta cresta situada al este de Slaughterford, Clemmie veía tiros de caballos con su lustroso pelaje caoba y sus colleras de cuero, negras de grasa, dándole la vuelta a la primera siega del heno o tirando de grandes carros cargados de maderos, o de habas, o de mujeres y niños que recorrían los campos arrancando del trigo los hierbajos y la avena loca. Por lo general le gustaban el seco sonido metálico de los cascabeles en los arreos de los caballos, y el pelo que les revoloteaba en las patas, y la peste de su sudor cuando se pegaba al seto para dejarlos pasar. Pero ahora no disfrutaba de nada; por lo que había ocurrido y por lo que ella sabía de aquello. Tenía pensamientos confusos, y miedo, y echaba de menos a Eli como el aire que respiraba. Llevada por esas tres cosas, se encontró en el patio de Manor Farm. La jaca de tiro la miraba por encima de la puerta de la casilla, las gallinas torcían la cabeza y la

escudriñaban, y las golondrinas volaban veloces en lo alto. La señora Kent, una viuda, hacía la colada en grandes tinas bajo el medio pórtico de la fachada de la casa. Le hizo un pequeño saludo con la mano y se levantó con los brazos en jarras, aprovechando la oportunidad para estirar la espalda. Cuando Clemmie ni hizo ningún gesto ni se acercó, volvió al trabajo dando un suspiro y removió las sábanas con una pala de madera. Clemmie miró fijamente la puerta principal de la granja —la piedra de encima, con el año, y el llamador de hierro—, esperando.

Pero ¿qué hacer, si no podía hablar ni escribir? Siempre había dependido de que la gente le preguntara las cosas apropiadas... y era totalmente imposible que supieran las preguntas que necesitaba que le hicieran ahora. Ojalá viera a Alistair. Ojalá lo hubiera visto a tiempo. A lo mejor, de alguna forma, él le habría sacado pacientemente las palabras en el silencioso retiro de su oficina; él había estado más cerca que nadie de enseñarle cómo conseguirlo. Ella lo habría avisado del plan de Tanner para robarle en el molino, que había salido tan espantosamente mal. La culpabilidad la golpeaba como una ola y la impulsaba a actuar. Pero Alistair no estaba allí y Nancy Hadleigh era otra cosa distinta por completo. Y luego estaba la posibilidad de que detuvieran a Eli por su culpa. Atormentada por la indecisión, fue de acá para allá junto a la entrada del patio. No podía pasar por alto lo que sabía pero tampoco podía hacer nada con ello. Apretó los dientes y gimió en la garganta, y entonces, inesperadamente, como para sorprenderse a sí misma, trató de decir: «Sé lo que ha pasado». El « Sé» salió bien, pero cuando llegó a la «l» de «lo» su mente se enganchó, y el resto del mundo se le apelotonó detrás de los dientes y se atascó allí; un objeto fijo que no podía tragar ni escupir, que lo bloqueaba todo. El corazón se le aceleró, y notó que se ponía colorada del esfuerzo, y cerró los puños, y cuando por fin se rindió lo hizo dando un grito de pura frustración.

—¿Qué diablos te pasa, nena...? —gritó la señora Kent, pero en ese mismo instante la puerta de la granja se abrió y salió Nancy Hadleigh dando zancadas.

Avanzaba con tan airada determinación que Clemmie dio un involuntario paso atrás. Nancy era menuda pero de cuerpo sólido y su voluntad la rodeaba como una coraza de espinas contra la que uno chocaba sabiendo bien el riesgo que corría.

—¿Qué quieres? —preguntó, escupiendo las palabras.

Clemmie se estremeció y vaciló mientras cambiaba el peso del cuerpo, del

pie izquierdo al derecho y vuelta a empezar. Vio los ojos enrojecidos de Nancy y su pálido rostro, su cutis con manchas y sus labios mordisqueados; comprendió entonces que estaba sufriendo mucho. La tensión de aquel dolor hacía vibrar su figura enjuta y fuerte.

—Ay, ¿qué pasa? ¿Qué *quieres*? —exclamó Nancy—. Alistair decía que no hay motivo para que no hables, así que venga. ¡Habla!

Pero Clemmie no podía. Los ojos de Nancy se entornaron, su cara se crispó.

—Quizá adivine lo que quieres, en realidad. Quizá sí. —Su voz bajó al decir esto y Clemmie esperó al tiempo que despertaba su esperanza—. ¿No te basta con rondar por la fábrica y recibir tus... *clases*, te parece decente venir a molestarnos aquí también? ¿Te lo parece? —preguntó. Clemmie hizo un gesto negativo, desconcertada—. Vete. Alistair no está. ¿No comprendes, so estúpida? Se ha ido y ya es demasiado tarde. ¡No puede ser tuyo!

Las lágrimas ahogaron las palabras finales y le cerraron tanto la garganta que Nancy tuvo que esperar hasta recuperar el aliento. Clemmie la observó con cautela, aguardando a ver qué pasaba después. El malentendido era tan enorme que no tuvo valor para marcharse y dejó que continuara. Negó con la cabeza, pero Nancy estaba secándose los ojos y no lo vio, y a continuación levantó los brazos y echó de nuevo a Clemmie, dándole un empujón cuando ésta se resistió.

—Sigue tu camino ya, ¿quieres? ¡Vete! —gritó, sin mirarla, con la cara mojada y brillante.

Vencida y asustada, Clemmie se fue corriendo.

Por la tarde William Matlock le dio un revés en la cara a su hija muda después de que ella perdiera el control del rebaño entre dos prados, y las vacas se alejaron a trote corto, felices, y asaltaron los setos vivos del camino de Weavern hacia Honeybrook Farm. Setos todavía llenos de ajos de oso que les contaminaría la leche al menos durante un día, quizá dos. Clemmie intentó sin éxito adelantarse y hacerles dar la vuelta, pero sólo se volvieron por pura casualidad cuando los perros de Honeybrook ladraron y las dominó el pánico, entre muchos resoplidos y gran estrépito de pezuñas.

«¡Will!», exclamó Rose cuando aterrizó el golpe, y luego no dijo nada más mientras su marido salía dando zancadas al patio y Clemmie se quedaba con la mano pegada al palpitante rostro. Fue una buena bofetada y Clemmie notó sabor a sangre donde el labio se le había partido un poco.

—No lo hace con intención, Clem, ya sabes cómo es —le dijo su madre,

limpiándole la sangre con un paño mojado.

Clemmie asintió con la cabeza, sin importarle siquiera. El labio se le había hinchado deprisa y lo notaba raro: enorme, entumecido y dolorido al mismo tiempo. Apartó las manos de su madre y fue buscando por la cocina hasta que encontró un viejo recibo de poción purgante para el ganado y un cabo de lápiz; entonces se sentó a la mesa y se puso a dar apremiantes golpecitos en el papel con un dedo. Rose frunció un poco el ceño.

—¿Quieres apuntar una cosa? ¿Tienes algo que decirme? —preguntó. Clemmie asintió con la cabeza enérgicamente—. Pero si... ya hemos probado a que aprendas las letras, cariño, y no ha podido ser —añadió con dulzura. Clemmie dio más fuerte en el papel, con lágrimas en los ojos—. Muy bien, muy bien; no te agites. Ya veremos cómo hacemos.

Rose se sentó a su lado y, laboriosamente, empezó a anotar el alfabeto como había hecho un centenar de veces; pronunciando cada letra a medida que las escribía. Echó una ojeada a Clemmie para ver si repetía los sonidos, pero Clemmie no pensaba ponerse a intentar hablar; así sólo se formaba un lío y todo se complicaba más. Clavó la mirada en las formas que dibujaba su madre y trató de aprendérselas, trató de guardar en la mente todas las rayas y curvas ordenadas, pero sus ojos parecían apartarse de ellas, sin rumbo y sin su permiso, y cuando volvía a mirar ya no recordaba cuál había estado mirando y todas le parecían ligeramente distintas. Señaló el cielo de fuera y, con un gesto, le indicó a su madre que lo escribiera. Las letras que eligió Rose no eran en absoluto las que Clemmie esperaba. Entonces se levantó y señaló otras cosas de la habitación: la puerta, una olla, un plato, una cuchara, un cuchillo. «Kuchiyu», escribió Rose, obediente, con esmero.

Por mucho que lo intentara, Clemmie no reconocía una correspondencia entre los sonidos y los símbolos. Bajó la barbilla y se hundió la base de las manos en los ojos, exasperada.

—¡Ay, no llores, mi Clem! Sea lo que sea, no será tan malo, ¿no? —exclamó Rose—. ¿Estás en un apuro? ¿Corres algún peligro? ¿O una de tus hermanas? —preguntó, y Clemmie hizo un gesto negativo—. Pues entonces, sea lo que sea, se solucionará, estoy segura. Pero no te acalores tanto por eso, no sirve de nada. —Rose la sujetó con los brazos extendidos y pensó un instante—. ¿Todavía estás disgustada por lo que pasó en el molino? Es eso, ¿verdad?

Con cautela, Clemmie asintió.

—Sé que fue horroroso, pero tú no corres peligro, de eso estoy cierta. Hoy

me contó Libby Hancock que la policía ha detenido a un hombre y están seguros de que es el que buscaban. Lo tienen bien encerrado, así que se acabó. Ya no anda suelto; no puede hacerte daño.

Clemmie se quedó mirando a su madre mientras asimilaba la noticia.

—Le digo a Josie que lleve la leche, si quieres, ¿eh? Para que no tengas ni que acercarte a Slaughterford. De todas formas ya no darás más clases con el señor Hadleigh, ahora que no está —añadió, pero al oírlo Clemmie negó con la cabeza.

Por la noche, después de cenar, se escabulló y fue a Thatch Cottage. Las esperanzas habían brotado como flores en su pecho: la esperanza de que a Isaac Tanner lo hubieran encerrado para siempre y de que Eli se viera libre de él; libre para ser feliz. La esperanza de haberse liberado ella también de su horrible dilema. Fue acercándose, árbol a árbol, y llegó a la parte trasera del retrete procurando avanzar con cuidado, aunque demasiado deseosa de saber, demasiado deseosa de que se confirmaran sus esperanzas. Justo cuando atravesaba el trozo de terreno que había entre el retrete y la pared de la casa la puerta del retrete se abrió de golpe. Soltó un gritito ahogado y dio media vuelta, y en ese momento salió Isaac Tanner, abrochándose la bragueta. Clemmie se quedó inmóvil. Él aún no había alzado la mirada ni la había visto, pero era cuestión de segundos que lo hiciera. Clemmie disponía de unos segundos. Sabía que debía correr pero no hacia dónde; sus pies vacilaron, como si tiraran de ellos en todas direcciones a la vez. Tanner levantó la vista y se detuvo; su cara reflejó sorpresa y luego, desconfianza. Tenía unas cejas muy gruesas, una boca muy cruel, unos ojos muy fríos. Se movía como un luchador, siempre listo para reaccionar.

—¿Y bien? ¿Quién eres tú? —preguntó, en tono enérgico—. ¿Qué haces aquí otra vez? ¿Qué quieres?

No parecía borracho, ni enfadado... todavía. A Clemmie le salió el aliento en un silbido y le dio la impresión de que no podía volver a inspirar.

—¿Y bien? —volvió a decir él, más fuerte, con más dureza.

Empezó a andar directamente hacia ella, y, emitiendo un sonido ahogado, Clemmie se fue como una flecha hacia la fachada de la casa y hacia la verja que daba al camino.

—¡Eh! —gritó Tanner a sus espaldas, y ahora sí parecía enfadado—. ¡Te he hecho una pregunta, muchacha! ¡Vuelve aquí y contesta!

Clemmie corrió hasta que le pareció que iba a estallarle el corazón y que una punzada le clavaba un cuchillo en el costado izquierdo. Entonces siguió

andando, jadeando, con los dedos metidos en el dolor, intentando sofocarlo. Cuando recuperó la respiración lo bastante como para llorar, lloró un rato. Fuera quien fuese la persona que la policía tenía encerrada, no era Isaac Tanner. No comprendía cómo se habían equivocado de ese modo; creía que ellos debían de saberlo, ¿no?, debía de haber pruebas, ¿no?, que indicaran la culpabilidad de Tanner. Clemmie encontró un lugar seguro para sentarse —en las raíces levantadas de un enorme olmo junto a Cold Tump, muy por encima del pueblo— y pensó. Si no habían detenido a Isaac Tanner por el delito, sólo podía suponer que habían cogido a John o a Eli Tanner. El miedo sustituyó a todas sus esperanzas; un miedo que le secó la boca y le revolvió el estómago. «Es el que buscaban», le había dicho su madre. Así que sólo uno de ellos, no los dos. No soportaba la idea de que Eli le hiciera daño a alguien; no soportaba pensar en que esa ira saliera hirviendo de él en forma de violencia. Sabía que eso no era él de verdad: era algo que le habían hecho. Y fuera quien fuera la persona que la policía había detenido, podría acabar colgada. A Eli podrían ahorcarlo. Clemmie hundió la cara en las manos y gimió, sin palabras. Anheló poseer la facultad del habla. Se moría por ir a la policía y decirles que, aunque Tanner hubiera conseguido librarse de sospecha, todo aquello era obra suya. *Él era el origen de todo aquel dolor*. Por mucho que se las hubiera arreglado para no cargar con la culpa. Clemmie pensó en aquello. Se preguntó si su Eli podría haber hecho algo tan horrible. Darle a un hombre una paliza así. Ese pensamiento provocó más lágrimas, más náuseas.

Después fue a un sitio, a la orilla del río, donde en una ocasión ella y Eli se habían tendido juntos. Trató de encontrar el lugar exacto —trató de ver la hierba aplastada—, pero la vegetación de verano era demasiado pujante. Con las rodillas dobladas y la barbilla apoyada en ellas, se sentó y observó los mosquitos que bajaban en picado y corrían a toda velocidad por el agua, y se dio cuenta de que sin Eli se encontraba sola por primera vez en la vida. Espantosamente sola. Sólo hacía días que no lo veía, pero parecían semanas. Si se lo quitaban, si lo ahorcaban, no sabía cómo seguiría viviendo. Cerró los ojos hacia el crepúsculo y deseó que Eli la encontrara allí; lo deseó con tanta fuerza que su deseo se hizo realidad.

Cuando oyó sus pasos, silbando al cruzar la alta hierba, se puso de pie con el corazón acelerado, débil de alivio. Conocía muy bien el ritmo de sus pisadas, no tenía que abrir los ojos para saber que era él, pero ansiaba verlo. Alto, anguloso, de espaldas cargadas; tenía ojeras, y la ropa, sucia y arrugada. Parecía agotado aunque nerviosamente alerta. Irradiaba su hostilidad hacia el

mundo, tanta que cuando alargó las manos para coger a Clemmie ella estuvo a punto de dar un respingo. Por mucho que suspirara por él, sabía que Eli había tomado parte en aquello y aún ignoraba quién había asestado los golpes. Pero la policía no lo había atrapado; la policía no lo culpaba. En ese preciso instante se dio cuenta de que no importaba nada más. Quienquiera que fuese el detenido, quienquiera que pudiera acabar colgado, no era Eli. Le tendió los brazos. Un momento antes de besarla Eli se fijó en el labio partido, y ella se fijó en que algunas de las sombras y manchas de la cara de él eran magulladuras. Eli —la boca un poco abierta, los ojos preocupados— le volvió la barbilla hacia las últimas luces del cielo del oeste.

—¿Quién te pegó, Clem? —preguntó, con voz tan severa que las palabras parecieron tomar forma en el aire que había entre ellos.

Ella hizo un mínimo gesto negativo para señalar que no importaba.

—¿Quién? ¿Tu padre? —insistió, y ella se quedó quieta—. Le arrancaré la puta cabeza —susurró Eli, y Clemmie hizo un gesto negativo, con afán.

La mano de Eli apretó hasta causarle dolor y ella dio un gemido. Al instante él se relajó; sus dedos, flojos ya, siguieron sobre su piel, pero apoyados con suavidad.

—Perdona, perdona —susurró.

Clemmie levantó las manos y tocó los bultos que Eli tenía en los extremos de la mandíbula, que se movían cuando él rechinaba los dientes.

—¿Qué derecho tienen? —preguntó—. ¿Qué derecho tienen, joder?

La soltó y se apartó, al tiempo que se tapaba la cara con las manos y se ponía a andar de acá para allá. En su interior no había tranquilidad. Sofocó un fuerte grito y Clemmie emitió un murmullo de angustia.

—¡Señor, cuánto lo odio! —exclamó Eli; sus manos amortiguaron las palabras.

Clemmie lo miró ladeando la cabeza, intentó cogerle las manos. «¿A quién», preguntó sin decir nada.

—Lo odio muchísimo. A Isaac. A mi *padre*... Me entran ganas de matarlo. ¡De buena gana lo mataría, Clem!

Al decirlo tenía una expresión enloquecida en los ojos y ella lo creyó. El dolor y la ira de Eli destrozaron la callada noche, y de repente Clemmie comprendió que una parte de él estaba rota y quizá no pudiera arreglarse. Tal vez ella no sería capaz de arreglarla. No pudo evitar echarse a llorar. No estaba asustada, sólo inundada de tristeza —ahogada de tristeza— al pensar que el mundo le hubiera hecho a Eli algo así.

—Las cosas que hace; las cosas que nos obliga a hacer a *nosotros* ... — Ahora Eli empezó a hablar; no con ella ni con nadie: tan sólo hablaba porque tenía que hablar. Meneó la cabeza con energía—. A lo mejor lo mato. Eso no se lo espera, ¿eh? A mí ya me da lo mismo, pero a lo mejor a los otros no...

Clemmie lo miraba y lloraba, llena de un confuso anhelo. Tal vez fuera el anhelo de quitarle su dolor. En el silencio sus sollozos ahogados sonaban fuerte, igual que la respiración de Eli, y el nervioso carraspeo de una gallineta que habían despertado, y la suave embestida de la brisa en un sauce. Ella no podía rechazarlo; no podía darle la espalda: Eli había colmado por completo todo su corazón.

Pero cuando por fin él volvió a mirarla y luego fue hacia ella, rápido y decidido, Clemmie retrocedió. No pudo evitarlo. Nancy Hadleigh la había empujado y le había gritado; le había pegado su padre, la había ahuyentado Isaac Tanner. La torturaban sus propios pensamientos y la espantosa mancha de violencia del molino; la falta de sueño la tenía débil, aturdida y desesperada. Quizá él sólo pretendiera besarla, o cogerla en sus brazos, pero cuando ella dio un paso atrás Eli se quedó inmóvil. La incrédula sorpresa de su rostro la horrorizó.

—¿Ahora me tienes miedo, Clemmie? —preguntó en voz baja.

Ella hizo un gesto negativo y fue hacia él, y le tendió las manos, pero Eli la detuvo.

—¿Por qué iba a darte miedo yo? Si nunca he dado un paso para hacerte daño... ¿Yo, que te quiero con toda mi alma? —Le agarró las muñecas y la zarandeó—. Llevo tres noches durmiendo al raso, Clem, ¿lo sabías?

Clemmie inspiró muy hondo. Cerró los ojos para concentrarse y, como le había enseñado el señor Hadleigh, pensó en las partes de la palabra como si fueran pasaderas, sin llegar a la siguiente demasiado pronto pero avanzando con firmeza, una a una.

—Eee... l... —consiguió decir, antes de parar para recuperarse.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que sabes, Clem? —respondió él, sin reconocer el principio de su nombre.

Pero con el calor de su aliento en la cara, y el agarrón de sus manos en las muñecas, y la ira que ardía en él como una hoguera, Clemmie no podía concentrarse ni estar tranquila. Sólo podía llorar.

—¿Por qué te asustas? —repitió Eli—. Mírame, Clem.

Clemmie lo miró y ya no supo si estaba enfadado con ella, o dolido, o confuso. Sus ojos le resultaron ajenos.

—¿Por qué te asustas? ¿Qué sabes?

Y en ese instante, al ver encenderse la ira de Eli ante sus propios ojos, lo que ella deseó fue, sencillamente, poder abrirse la cabeza y el corazón, y que él mirara dentro. Pero eso no podía hacerlo.

*

Irene se levantó al oír que la puerta de la alquería se cerraba con un golpe sordo. Había estado tumbada arriba en la cama, escondiéndose de Nancy. Tras la lluvia, cuando volvió el sol, el bosque y los campos habían estallado de renovada vegetación, un frenético proceso casi visible y que a Irene le resultaba amenazador; como si pronto aquella profusión de hojas y raíces retorcidas fuera a asfixiar el mundo humano. Además, no podía evitar pensar en cómo esas raíces se hundirían en Alistair después del entierro el día siguiente, pasados nueve días de su muerte. En las cuencas de sus ojos y en el blando hueco que había entre sus nudillos; en sus orejas, nariz y boca; en todas las cavidades que no protegía el hueso. Se le revolvió el estómago en señal de protesta, pero no pudo apartar aquellos pensamientos. Para ella la peor farsa de la muerte de Alistair no era que ya no estuviera allí, sino que su cuerpo fuera a ser violado de ese modo. Era la única forma palpable de comprenderlo; no lo echaba de menos todavía, no podía llorarlo como es debido, sinceramente. No como podía llorarlo Nancy y como, de hecho, lo lloraba. Ahora el abismo entre las dos parecía insalvable; acaso, con el tiempo, Alistair lo hubiera franqueado. Irene volvía a sentirse a la deriva, sin hogar. Aunque no hubiera tenido oportunidad de enamorarse de Alistair, él se había convertido en un lugar seguro. En los momentos vulnerables, muy entrada la noche, entre islas de sueño intranquilo, el roce de su mano aparecía, como un fantasma, en la mano de ella, y a veces se incorporaba de pronto dando un grito ahogado y se pasaba los dedos por el pelo, convencida de tenerlo enmarañado y apelmazado, tieso de sangre.

Clara y Florence reaccionaron a la espeluznante muerte de su patrón trabajando en un silencio expectante que sólo servía para que la familia estuviera en continuo estado de tensión. Observaban todo el rato a Nancy y a Irene como si buscaran confirmación, o como si aguardaran una orden o un anuncio extraordinarios. Tal vez, igual que Irene, se preguntaran qué sentido tenía hacer nada de lo que antes hacían. No tenía sentido preparar comidas para una familia que no comía. No tenía sentido limpiar habitaciones que a

nadie interesaban y que no usaba nadie. Aquella falta de rumbo agotaba la paciencia de Nancy, que parecía como si estuviera en carne viva: imposible de tocar. Con frecuencia se dirigía a ellas con aspereza, cuando no estaba tan encerrada en sí misma que ni siquiera las veía. Oscilaba entre un estoicismo práctico, duro como una piedra, y un desbordar de emoción tan extraño para quienes la conocían que hacía que se dispersaran corriendo como gallinas. Más de una vez despachó a Pudding, llorosa y con la cara colorada, cuando intentó entrar a hablar con ella. Jem Welch provocó un estallido de furia al preguntar si debía cortar rosas blancas o rojas para la corona de Alistair. El anciano se marchó con paso tan seguro como había llegado, aunque en su rostro se traslucía la aflicción; una aflicción que Irene dedujo que se derivaba tanto del arresto de Donald Cartwright como de la muerte de Alistair. Nadie hacía muchos comentarios sobre el asesino, la gente parecía encontrarse en la incómoda situación de querer condenar el pecado pero no al pecador; por lo visto, el que hubiera sido Donald era una tragedia tan grande como lo sucedido en sí. Después de todo, lo habían lesionado cuando luchaba por el rey y por la patria; nadie tenía la mínima duda de que el Donald que marchó a la guerra jamás habría hecho algo semejante. Al bajar Irene se asomó por la ventana de lo alto de la escalera y vio que una figura mal vestida se alejaba por el prado hacia la iglesia, con andar huraño y vacilante, cabizbaja, los brazos cruzados muy fuerte, perseguida por una alborotada melena de pequeños y apretados rizos blancos.

Nancy se encontraba en el vestíbulo, repasando las cartas y tarjetas que habían llegado esa mañana. Estaba impecablemente vestida, con una chaqueta de punto negra abrochada sobre la camisa; su actitud habría sido del todo normal si no fuera por las lágrimas de sus mejillas y los ojos hundidos.

—¿Ha venido alguien? —preguntó Irene.

—No. Sólo era esa curiosa mujer de Weavern, que ronda por aquí, como siempre —contestó Nancy, secamente—. La despaché. No está en sus cabales, ésa.

—Ah. ¿Y cómo te encuentras esta mañana, Nancy?

Irene no había intentado ni una sola vez abrazar a la anciana; ni una sola vez había intentado cogerle las manos. Había estado observándola, lo más atentamente posible, por si veía algún indicio de que Nancy fuera a recibir bien ese gesto. Incluso en la indagatoria, que se abrió el día siguiente de la muerte de Alistair y casi al instante pronunció un veredicto de crimen ilícito, las manos de Nancy no se habían movido de su regazo, con los dedos

entrelazados. Ahora miraba a Irene con una expresión tan decididamente hostil que a Irene se le secó la boca.

—¿Esta mañana? Son las tres y media de la tarde, Irene. Ha pasado casi todo el día y, como de costumbre, tú no has aportado nada en absoluto a su discurrir. En cuanto a cómo me encuentro, yo... —Aquí le falló el rencor y por un instante se quedó tan perdida que daba pena verla. Echó una ojeada a los sobres blancos que tenía en las manos, unos cuantos orlados de negro—. Pero qué victorianos, algunos de nuestros conocidos —murmuró—. La mayoría de estos pésames vienen dirigidos a ti. Te sugiero que te pongas a contestarlos antes de que se amontonen demasiado. Después de todo, tienes un precioso cuarto de escritura nuevo, además de todos estos otros.

Con ademán brusco, le dio los sobres y se apartó.

—¿Cuáles otros? Nancy, espera —repuso Irene—. Por favor. Mira, yo... yo sé que no hemos estado demasiado de acuerdo desde que llegué aquí. Sé que no crees que me mereciera a Alistair. No sé si eso importa ya, pero de verdad que tampoco creo que me lo mereciera. Sé que no me lo merecía. Él se brindó a rescatarme de una situación espantosa, pero tal vez no me habría casado con él, a pesar de todo, si mi madre no lo hubiera convertido en mi única salida. Y sé que yo no... lo amaba como tú. Pero sólo quería decirte... sólo quería decirte...

Entonces fue cuando Irene se dio cuenta de que no sabía qué quería decir.

—¿Qué? —respondió Nancy con una sonrisa glacial—. ¿Que compartes mi dolor? ¿Que estamos unidas en nuestro pesar? ¿Que estamos *juntas en esto*?

—No. No, eso no. Perdona. Quizá sea esto: siento que lo hayas perdido y... por mucho que te cueste creerlo, siento haberlo perdido *yo* también. Es que... es que no sé qué hacer ahora.

—¿Ah, no? —Nancy dejó de sonreír. Se metió las manos en los bolsillos y alzó la barbilla—. Pues yo más bien pienso que ahora tienes el mundo a tus pies, Irene.

Irene hizo lo que Nancy le había dicho y se llevó las tarjetas al cuarto de escritura, las abrió una por una con un abrecartas y procuró identificar los nombres de los remitentes. A algunos los conocía, a la mayoría no; no había ni uno solo de sus amigos o familiares. Fumó hasta quedar envuelta en una neblina de humo y las contestó todas lo mejor que pudo, mientras notaba el frío nada veraniego que hacía en la habitación y la corriente que entraba por la chimenea, de la que Nancy ya había avisado. Clavó la mirada en el hogar, con

su nuevo marco de mármol, y volvió a pensar en la curiosa muñeca rota que se había encontrado allí. Con un escalofrío, recordó el anuncio de cambio que había hecho Ma Tanner y la extraña sensación de presciencia que ella misma había tenido. Le parecía como si llevara en Manor Farm años, decenios; como si su infelicidad hubiera atrapado el tiempo y lo hubiera vuelto más lento. Y entonces, con sobresalto, se dio cuenta de que ya era libre para marcharse. No había nada que la atara allí: a eso se refería Nancy al decir que tenía el mundo a sus pies. El deseo de marcharse apareció como un ansia repentina e irresistible, aunque llegara teñido de fracaso. Podía volver a Londres; podía irse a su casa en cuanto terminara el funeral. Sin duda, los vecinos de Slaughterford la censurarían por abandonar el hogar que Alistair le había destinado, pero no iba a empezar ahora a preocuparse por lo que pensarán de ella los de Slaughterford. No había peligro de que fuera a perder ninguna buena opinión. Por fin, una de las tarjetas que abrió era de sus padres, que probablemente se habrían enterado del asesinato por los periódicos. Irene se apresuró a responder pidiéndoles volver con ellos a Londres lo antes posible después del entierro. Escribió tan rápido que emborronó la tinta, algo que su padre detestaba; cerró el sobre y se levantó para llevarlo ella misma, dando un paseo, al buzón de la pared de la tienda, sin importarle si era decoroso o no que estuviera andando por ahí; sin importarle si el pañuelo que llevaba al cuello era color esmeralda en vez de negro.

El subjefe de policía Blackman, de la sección de Chippenham, tenía la mano levantada para coger el llamador justo cuando Irene abrió la puerta principal. Escondida en el antiguo cuarto de estudio, no había oído el traqueteo y el reverberar del coche entrando en el patio. El agente de policía Dempsey de Ford, un lozano joven de ojos verde claro, estaba justo detrás de Blackman. Asustada, cogida por sorpresa, la primera reacción de Irene fue sonreír. Como siempre le habían enseñado que hiciera. Pero el subjefe tenía tallada tan a conciencia una expresión de respetuosa gravedad en el rostro que no pudo cambiarla; el agente Dempsey sonrió instintivamente, pero enseguida volvió a ponerse serio. Irene se ruborizó y dio un paso atrás, bajando la mirada. Su frivolidad, su pañuelo verde, su ridícula sonrisa. Como había dicho Nancy en cierta ocasión, de verdad que no tenía ni idea de cómo comportarse.

—Señora Hadleigh —dijo Blackman—. Mi más sentido pésame en esta ocasión trágica para usted y para su familia.

—Sí. Gracias —contestó Irene.

—¿Vengo en mal momento? Desearía mantener a usted, y a la señorita Hadleigh, al corriente de los avances de nuestra investigación.

—¿Ah, sí? Tenía entendido que no iban a investigar mucho —repuso Irene, y enseguida deseó no haberlo dicho. Los dos policías se quedaron callados hasta que ella retrocedió para dejarlos pasar—. ¿Me hacen el favor de entrar? Le diré a Clara que traiga té.

Los llevó al salón del fondo, donde había demasiadas telas de flores: montones de cortinas y galerías, cojines, alfombras y escabeles tapizados. El aire olía a polvo, a perro, y a la fetidez del florero que estaba en la despejada chimenea, y que tenía el agua turbia. Los dos policías parecían no econtrarse a gusto en aquel escenario, con los sombreros bien agarrados en las manos, e Irene recordó que en alguna ocasión anterior Nancy los había llevado a la cocina de delante y los había sentado a la larga mesa de pino.

—Siéntense, caballeros, por favor. Iré a buscar a Nancy —dijo con torpeza, pero entonces oyó que los briosos pasos de la anciana ya se acercaban por el pasillo.

—¿Por qué diantres te has metido aquí? —preguntó Nancy desde la puerta—. Es poco apropiado. ¿Cambiamos de aires?

El joven policía se puso de pie.

—Bueno, ya que estamos instalados quizá podamos quedarnos, ¿verdad? —sugirió Irene con un temblor de desafío en la voz, y el agente le echó una ojeada a Nancy antes de volver a sentarse.

—Imagino que da lo mismo —repuso Nancy, al tiempo que iba a ponerse junto a la ventana, de espaldas a ellos.

El subjefe Blackman carraspeó.

—Como ya saben, señoras, el jurado indagatorio de la muerte de Alistair Hadleigh emitió un fallo de crimen ilícito, del que Donald Cartwright ya ha sido acusado oficialmente. No tardarán en trasladarlo de Chippenham a la cárcel de Devizes para aguardar su comparecencia ante los magistrados, donde no tengo duda de que se dictará auto de procesamiento en la próxima sesión jurídica regional, dentro de seis semanas.

El subjefe se calló un momento cuando entró en el cuarto Florence, toda encogida, con la bandeja del té. Irene lo sirvió y descubrió que le temblaban las manos. Las palabras del policía la llevaron de nuevo a la indagatoria, y al espanto de escuchar al médico —el doctor Holbrook de Chippenham— hablar del examen *post mortem* que había efectuado a Alistair, y de la violencia de sus heridas: un traumatismo en la parte posterior de la cabeza, importante

aunque no había provocado la fractura del cráneo; cinco profundas laceraciones en el cuello, que habían cortado los principales vasos sanguíneos de la zona; otra laceración en el rostro, muy probablemente hecha con el mismo instrumento, compatibles con que el arma fuera una pesada pala, usada primero de plano y luego con el borde para darle un tajo en el cuello. El ataque fue apresurado, furioso, y lo llevó a cabo un agresor de considerable fuerza física. La causa de la muerte había sido la pérdida de sangre. Al oír esas palabras Irene tuvo que tragar la caliente oleada de náuseas que la invadió. La impresión exacta de la sangre fría y resbaladiza deslizándose bajo el pulpejo de su mano volvió hasta ella con horrenda nitidez.

Blackman la observó atentamente, y con más simpatía ahora, cuando ella le pasó un tembloroso platillo con su taza.

—¿Se encuentra lo bastante bien como para que continúe, señora Hadleigh? —preguntó con suavidad; Nancy resopló y, cuando él le dirigió una mirada, le indicó con un gesto de la mano que siguiera—. El joven Cartwright se declara inocente en unos términos de lo más impreciso, pero las pruebas contra él son las más claras con que me haya topado nunca. Unas heridas tan atroces sólo pudo infligirlas un hombre bastante vigoroso y en un arrebato de cólera, algo a lo que, y muchos lo atestiguarán, el joven es proclive. Es el caso más evidente que he visto.

—Era un chaval tan dulce antes de que la guerra lo estropeará... —comentó Nancy meneando la cabeza—. Y muy inteligente. Pensaba ir a Oxford a estudiar Ingeniería.

—No lo sabía —repuso Irene, pensando en los lentos movimientos de Donald y en la expresión perdida de su mirada. Como si para él el aire fuera más denso, tan denso como el agua, y se viera obligado a nadar en vez de andar.

—Te lo habría contado cualquiera, si hubieras preguntado. —Nancy se encogió de hombros—. Destrozó unos rosales hace poco. Los hizo trizas con una azada. Sin motivo ninguno: sólo en uno de sus lapsus. No sé si Alistair habló con él del asunto, o tal vez lo regañara. Quizá Donald se ofendió.

—Quizá. Una verdadera tragedia —intervino Blackman en tono mecánico—. Pero no es menos cierto que ahora el joven ha demostrado ser un peligro para los demás. Puede que el juez sea indulgente, dadas las circunstancias de su... alteración, aunque, por otra parte, como con un perro rabioso, quizá lo más prudente y lo mejor para todos fuera...

Lo interrumpió un grito ahogado que sonó en la puerta, y allí estaba

Pudding Cartwright, con la cara afligida y la boca abierta de asombro.

—¡Demonio, Pudding! —exclamó Nancy—. ¡No puedes colarte así por las buenas, niña!

—¿Cómo permiten que diga semejantes cosas de Donny? —soltó Pudding—. Habla usted de ahorcarlo, ¿verdad? ¿Verdad? —le preguntó al subjefe, que tuvo la cortesía de parecer incómodo.

—Vamos, señorita Cartwright, es...

—¡Mi hermano *no* es un perro rabioso! ¡Ni un asesino! Dígaselo a los dos, señorita H: ¡él jamás le habría hecho daño al señor Hadleigh! ¡Pero jamás! Ha habido un tremendo error... todo esto es un tremendo error. Donny siempre ha sido dócil como un cordero y...

—Pero eso no es del todo cierto, ¿verdad, señorita Cartwright? —replicó Blackman—. Precisamente el año pasado aquí al agente Dempsey lo llamaron para actuar en un incidente en el que su hermano atacó a otro joven...

—¡Él no lo *atacó* ! Él sólo... es que... ¡lo provocaron!

—Desde luego. Un altercado por una joven, según tengo entendido.

—Aoife Moore. Donny iba a casarse con ella, pero después de la guerra... Lo provocaron con insultos sobre eso. No fue culpa suya.

—Señorita, me temo que la violencia siempre es culpa de quien la perpetra, sea cual sea la coacción a la que pueda estar sometido.

—Pero ¿qué motivo iba a tener Donny para hacerle daño al señor Hadleigh? Ya se lo he dicho: ¡ninguno en absoluto! ¡Él siempre quiso a Alistair! Y Alistair fue siempre tan bueno con él... con todo el mundo...

Gruesas lágrimas llenaban las pestañas de Pudding. El agente Dempsey se levantó, sacó el pañuelo y se lo ofreció con torpeza.

—Ahí va, Pud... señorita Cartwright —dijo, pero ella miró el pañuelo como si no supiera para qué servía.

Horrorizada por la escena, Irene cruzó fuerte los brazos y se puso en el borde de la butaca. La avergonzaba tanto el que Pudding, la moza de cuadra, estuviera visiblemente más afectada que ella misma por la muerte de Alistair que apenas soportaba verlo. Miró fijamente la descolorida alfombra y se imaginó muy lejos de allí, en Londres, con el tranquilizador zumbido del tráfico y una multitud de rostros anónimos en que poder esconderse. Sin quedar a la vista ya, sin que la observaran todo el tiempo, sin estar siempre equivocándose. En ese preciso momento reparó en que no había tenido noticias de Fin, aunque a esas alturas debía de haberse enterado de que Alistair había muerto.

—Esto es una estupidez. —La voz severa de Nancy interrumpió sus cavilaciones—. Pudding, deja ya de formar este alboroto, niña. Sé lo terrible que es todo esto, bien que lo sé, pero debes tener ánimo. Los gemidos no sirven de nada.

—¡Pero, señorita Hadleigh, no lo soporto! ¡No puedo! Donny nunca le habría hecho daño a Alistair; no tenía ningún motivo para hacerle daño. Alistair no estaba nada enfadado por las rosas... Él es inocente... ¡él mismo me lo dijo!

La voz de Pudding rebosaba sufrimiento. El agente Dempsey se quedó rondando cerca de ella, inquieto; parecía debatirse entre si debía darle unas palmaditas en el hombro o no.

—Por lo que todos me dicen, señorita Cartwright, *nadie* tenía motivo alguno para hacer ningún mal al señor Hadleigh. Lo cual, me temo, no hace sino aumentar más la probabilidad de que el ataque lo realizara alguien privado de razón —afirmó Blackman.

Por un instante Pudding se limitó a quedarse jadeando, con la respiración entrecortada en el pecho.

—¡Yo vi a Tanner desmayado de puro borracho en la fábrica! Hace sólo un par de semanas... Lo vi cuando entré a sacar a Donny de la sala del generador. ¡Tanner estaba dormido en el montón del carbón, abrazado a una botella! Apuesto a que Alistair habló con él de eso. A lo mejor hasta lo amenazó con despedirlo... ¡se había emborrachado muchas veces ya! Y todo el mundo sabe cómo es... ¡es un bruto! Él...

—Tiene una coartada, señorita Cartwright. Y la he comprobado. No es usted la única dispuesta a señalar con el dedo al señor Tanner y...

—¡Apuesto a que una coartada de algún miembro de su familia!

—De hecho, no. De Bob Walker, el dueño del White Horse de Biddestone, quien me informa de que, la noche antes del asesinato, el señor Tanner estaba tan bebido cuando llegó la hora de cerrar que el señor Walker se vio obligado a sacarlo a un cobertizo que le sirve de almacén, en la trasera de su local, y dejar que durmiera allí para que se le pasaran los vapores del alcohol, y que allí se encontraba todavía el señor Tanner cuando lo expulsó a las nueve de la mañana siguiente, hora a la cual el señor Hadleigh ya había sido asesinado.

—Pero... podría haberse marchado y vuelto otra vez, ¿no?

—Es muy improbable, dada la distancia de que se trata y el estado de incapacitación en que, según me dicen, se encontraba. Y no lo olvidemos: sencillamente, no hay ni el mínimo atisbo de prueba física que haga pensar que

estuviera implicado de algún modo.

Pudding clavó la barbilla en el pecho un momento e inspiró hondo. Luego alzó la vista, y sus ojos se posaron en Irene; en ellos había un brillo de desesperación.

—¿Qué me dicen de ella? —preguntó con energía. Se produjo un breve silencio y Pudding levantó la mano para señalar a Irene—. ¿Qué me dicen de la señora Hadleigh? ¡Ella no amaba a Alistair! Cualquiera lo veía... ¡Ma Tanner se lo dijo, en su propia cara! Y... lo hereda todo, ¿no? Manor Farm y la fábrica y todo... es todo suyo ahora, ¿no? ¡Y puede hacer lo que le dé la gana!

El aire del salón pareció solidificarse. Irene se quedó anonadada. Un rincón de su cerebro se asombró de que este asunto de la herencia no se le hubiera ocurrido antes, y reparó en que ahora quedaba mucho más clara la causa de buena parte de la constante hostilidad de Nancy y de sus atravesados comentarios. La idea de lo que había heredado cayó sobre ella con el peso de una piedra de molino. No habría ninguna huida sin consecuencias a Londres; estaba mucho más enredada en Slaughterford de lo que creía. Aunque, se dijo, la fábrica y las granjas podían venderse... o buscarles arrendatarios. Y eso dejaba a Nancy sin la casa donde llevaba viviendo toda la vida; desalojada del último lugar donde podría rodearse de los fantasmas de su familia.

—Pero... ¡yo no *quiero* nada! —exclamó Irene, como si fuera una niña.

—¿Lo ve? —dijo Pudding, y su convicción pareció crecer—. ¿Lo ve? ¡Ni siquiera niega que no lo amara!

—Pudding, basta ya. Irene estuvo aquí toda esa mañana, como pueden atestiguar las criadas. Y es tan flaca que está casi enfermiza; es imposible que hubiera podido... hacerle daño a Alistair de ese modo —intervino Nancy.

—¡Pudo haber salido a hurtadillas! Ella no lo amaba pero, por otra parte, no podía librarse de él hasta la muerte, ¿verdad?

Pudding temblaba toda, aunque Irene no sabía qué emoción en concreto la agitaba. El subjefe Blackman se puso de pie.

—Señorita Cartwright, no está bien ir por ahí lanzando acusaciones a la gente inocente —le reprochó con severidad.

—Pero... ¡pero si justo eso es lo que hace usted con Donny! —exclamó ella.

—No, desde luego que no.

—¡Por supuesto que no fui yo! ¿Cómo iba a serlo? Yo no podría hacer algo así.

Irene se había levantado de un salto y había recuperado la voz.

—Señora Hadleigh, nadie la acusa a usted de nada —la tranquilizó Blackman.

—¡Yo sí! Yo la acuso —afirmó Pudding—. Supe que algo no andaba bien en ella la primera vez que la vi. ¿Cómo podía nadie no amar a Alistair? Probablemente lo planeara desde el principio... probablemente lo planeó al casarse con él.

Dicho esto, se deshizo en incontenibles sollozos.

—¡Clara! —llamó Nancy con aspereza por el pasillo, y el ama de llaves, que era evidente que había estado merodeando al alcance del oído, apareció y se llevó a Pudding.

El agente Dempsey la vio marcharse con gesto preocupado hasta que se dio cuenta de que su superior lo observaba.

Irene se sentó de nuevo, estremeciéndose, sintiéndose desnuda; Nancy se puso frente a ella con los brazos cruzados y los dos policías se miraron.

—Tal vez ya sea suficiente por ahora —dijo Blackman—. No hace falta que nos acompañen a la puerta, señora Hadleigh, señorita Hadleigh. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto.

Dirigió una cortés inclinación de cabeza a cada una, pero Irene advirtió que, al posarse en ella, su mirada era distinta a la de antes. Buena parte de la simpatía la había abandonado y en su lugar había algo más duro. Algo inquisitivo, y vigilante, y muy parecido a la desconfianza. Irene pensó en su sonrisa al abrirles la puerta, y en el pañuelo color esmeralda que le rodeaba el cuello, y le dieron escalofríos.

ALIADAS

El calabozo de la comisaría de Chippenham era pequeño y austero, con un sucio suelo de piedra, apuñalado aquí y allá por profundos arañazos, y barrotes en la minúscula ventana. Pudding y el doctor Cartwright llegaron allí guiados por un policía del mostrador de recepción, que rezumaba rechazo hasta por la última arruga de su cara. Le brillaban los botones de latón del uniforme, olía a betún de botas y a alcanfor, y el aliento le apestaba a cebollas. Pudding se alegró de que su padre fuera con ella: no era probable que la hubieran dejado pasar sola. Con ademán exagerado, el policía comprobó a través de la ventanilla que Donny no estuviera esperando justo al otro lado de la puerta para tenderle una emboscada y luego agitó las llaves, metió una en la cerradura y descorrió con firmeza los cerrojos. Cuando Pudding y su padre estuvieron dentro volvió a cerrar con llave la puerta, y a Pudding aquel sonido le dio escalofríos. El fétido olor del orinal era fuerte. Donny estaba sentado al borde de la estrecha cama, vestido con la misma camisa y los mismos pantalones que el médico le había llevado días antes. Estaban muy arrugados y tenían un aspecto viejo, y lo primero que Pudding pensó fue que cuando volviera Donny a casa habría que frotarlo muy bien en la bañera. Seguía pareciéndole inconcebible que tal vez no regresara nunca. Se negaba a pensarlo.

—Hola, Donny —dijo.

No quería que le temblara la voz, ni sonar seria, ni demasiado alegre, así que, en realidad, no sabía cómo procurar parecer. Normal era imposible. Su hermano sonrió un instante y se levantó para acercarse a ella. Le cogió el brazo derecho con la mano izquierda y le dio un suave achuchón.

—Hola, Pud, papá —respondió, estrechando la mano de su padre como siempre había hecho. Pero esta vez el doctor Cartwright tiró de él para envolverlo en un rápido y tenso abrazo, y luego le dio una palmada en el

hombro. A Donny no le gustaba que lo abrazaran, aunque antes sí que le gustaba, antes de la guerra. Ahora, sin embargo, no se apartó bruscamente—. ¿Nos vamos a casa ya?

—Todavía no, Donald. Me temo que no. Pronto, espero —contestó el médico, y Pudding percibió cuánto aborrecía mentir—. Pero todavía podría tardar bastante. Tienes que presentarte ante un juez primero.

—¿Y el juez dirá que puedo volver a casa?

—Esperamos que sí, Donny. De verdad que esperamos que sí.

Pudding vio cómo la sonrisa de su padre se negaba a brillar, cómo asomaba una y otra vez para luego morir en sus labios. Vio el desesperado pesar de sus ojos. Donny asintió con la cabeza, despacio, y se sentó de nuevo en la cama.

—Antes me gustaba Chippenham. Pero esto no me gusta mucho —comentó.

—No —respondió el doctor Cartwright—. No creo que te guste, hijo.

Durante un buen rato no habló nadie; Donny se limitó a quedarse sentado, y Pudding y su padre se limitaron a quedarse de pie. De fuera llegaban los ruidos de la calle y a Pudding le resultó espantoso que la vida discurriera como siempre, sin más: con los granjeros llevando en carro sus productos a vender, y el ganado que iba al mercado, y los charlatanes y vendedores ambulantes que anunciaban su última cura milagrosa o el último artilugio que había que tener, y los chicos que vendían periódicos voceando los titulares, y los niños que discutían por las estampas de las cajetillas de cigarros. Chippenham seguía como de costumbre, como si no pasara nada, cuando nada era normal y nada estaba bien. Con un repentino y fuerte ruido de maquinaria y sonar de campanas, oyeron acercarse y pasar volando el coche de bomberos hacia alguna emergencia, e, instintivamente, ella y Donny miraron la ventana. Aquél era uno de sus momentos preferidos antes de la guerra: ver pasar como un rayo el grande y reluciente coche de bomberos entre aplausos y voces de ánimo, con los hombres y las escaleras de mano agarrados a los lados, gritándole a la gente que se quitara de en medio. Por entonces tiraban caballos de él, ahora lo movía un motor y eso a Donny le gustaba más todavía. Pero no podían asomarse a la diminuta y alta ventana, así que desviaron la mirada otra vez. Pudding se negó a echarse a llorar, de modo que fue a sentarse junto a Donny y le cogió la mano.

—¿Cómo es la comida, Donny? —le preguntó.

Él encogió un hombro.

—No vale mucho, Puddy. Estofado con demasiadas zanahorias, casi todos los días. No como los platos de mamá.

—Bueno, te hemos traído unas cosas para que vayas tirando: una tarta de café, y fruta.

Donny hizo un gesto afirmativo con aire ausente y Pudding se preguntó hasta qué punto comprendía de verdad su situación. La esperanza de que donde reina la ignorancia reina la dicha era tenaz, pero repetidas veces Pudding se había llevado más de una sorpresa al suponer que, sólo porque no reaccionaba, su hermano no se daba cuenta de las cosas.

—Yo no le hice daño al señor Hadleigh, Pudding —dijo él entonces.

—Ya sé que no.

—He estado pensando y pensando, y asegurándome de recordarlo bien, y sí que recuerdo. Me acerqué a las oficinas porque la puerta estaba abierta y entraba la lluvia. Y lo encontré tendido allí. No... no me acuerdo exactamente de qué pasó después. Durante un rato yo... me desorienté. Pensé en Moggy Catsford, mi amigo de Francia. Y luego yo estaba en la nave del generador, mirando las máquinas, y debí de recoger la pala, imagino, y entonces.

De pronto dejó de hablar como si, sencillamente, se hubiera quedado sin palabras.

Pudding le dirigió a su padre una elocuente ojeada y no comprendió la duda que anidaba en sus ojos. Eso le hizo pensar que debía esforzarse más, ir más rápido, insistir más.

—¿Viste a alguien más en las oficinas, Donny? ¿Viste a alguien... quizá huyendo? —preguntó.

Donny se quedó muy quieto un buen rato y luego meneó la cabeza.

—¿Viste a la señora Hadleigh?

—Pudding, ya es suficiente.

—¿A la señora Hadleigh? —La frente de Donny se frunció en un gesto de confusión—. No. O si la vi, no lo recuerdo. Creen que lo hice yo, ¿verdad?

—Ay, Donny. Por ahora sí... pero voy a hacer que eso cambie.

—Pudding...

El doctor Cartwright meneó la cabeza pero no añadió nada más.

—El señor Hadleigh siempre es amable con nosotros. Es amable con todos. Yo nunca querría hacerle ningún daño.

—Ya lo sé, Donny. Y voy a asegurarme de que lo entiendan. Voy a demostrar quién fue el que *sí* le hizo daño y entonces te dejarán volver a casa. ¿De acuerdo?

Le apretó fuerte la mano hasta que él la miró desde aquel lugar remoto y asintió.

—Vaya que sí, Pud —contestó, y Pudding creyó que el corazón iba a estallarle de emoción.

—Mira, hijo, no tardarán en llevarte a la cárcel de Devizes para que veas al juez de allí. No quiero que te preocupes por eso. Tú haz lo que ellos te digan y di siempre la verdad, e iremos a verte allí muy pronto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá. ¿Vendrá mamá la próxima vez?

—Bueno, ya lo veremos. Eso podría alterarla, ¿sabes?, y no queremos que eso pase, ¿verdad?

Donny negó con la cabeza y Pudding le sonrió lo mejor que pudo. Lo miró a los ojos, buscando, y se echó atrás al ver, allá en lo más hondo, un destello de miedo. Se levantó de prisa, porque no podía soportarlo y no sabía qué más hacer.

—Averiguaré la verdad, Donny, y pronto estarás en casa con nosotros. Te lo aseguro —afirmó, con el corazón palpitante y la sensación de que iba a desbordársele.

El hombre del alcanfor y las cebollas volvió en ese momento haciendo sonar las llaves otra vez.

«Me temo que se acabó el tiempo», dijo secamente. Así que dejaron a Donny sentado al borde de la cama como estaba cuando llegaron, y salieron de nuevo al indiferente y soleado día.

—Debes tener mucho cuidado, Pudding, cuando vayas por ahí haciendo acusaciones. Perderás el trabajo en la granja —comentó el doctor Cartwright.

Pudding no le había contado que ya había señalado a la señora Hadleigh a la policía. Y delante de la mismísima Nancy. Las tripas le dieron un retortijón al pensar en ello.

—Claro que —prosiguió su padre— tal vez eso no fuera tan horrible. Tal vez deberíamos pensar en que prosigas estudios universitarios en algún sitio. Algún sitio lejos de todo esto.

Pudding se mantuvo callada mientras regresaban andando a la estación de autobuses, sin detenerse a comer ni a ir de compras ni a observar el animado ambiente de la calle; no era esa clase de excursión. Percibió la reprensión de su padre, el miedo que sentía por ella y por su hermano, y parte de ella luchó de veras por imaginarse a Irene Hadleigh —la débil, cansada e impasible Irene Hadleigh— cogiendo una pala y atacando a Alistair. Ya le costaba mucho figurársela saliendo de la casa para ir a la fábrica. Pero prácticamente había confesado que no amaba a su difunto marido, se dijo para tranquilizarse, así que estaba claro que tenía un defecto significativo y además era la única

con algún tipo de móvil. Pudding inspiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos cuando amenazaron con desperdigarse, descontrolados. Se juró a sí misma que haría que todo se arreglara. Volvió a sentir el escalofrío de cuando la puerta del calabozo se había cerrado tras ellos, y el horrendo e inimaginable espanto de que Donny no volviera a salir más de allí. No se permitiría fracasar.

No quiso pensar en las consecuencias inmediatas que tendría su acusación. Con la sabia observación de Hilarius aún fresca en la mente, por la tarde fue a meter los caballos Hadleigh, como hacía siempre, y montó a Baron, a Robin y a Bally Girl uno detrás de otro; terminada la tarea, tenía las piernas cansadas y estaba tan sucia de sudor como los mismos animales. Los almohazó y les preparó el forraje, y luego se quedó a la bendita sombra del cuarto de los arreos limpiando todas las bridas, sin dejar de lanzar miradas furtivas a la casa, esperando ver que Nancy o Irene Hadleigh se acercaban para decirle que se marchara, definitivamente. Cada vez que se abría o se cerraba una puerta le daba un brinco el corazón. Pero no apareció ninguna de las dos y al final se preguntó si sabían siquiera que ella estaba allí, trabajando todavía. Si suponían que había dimitido después de su sensacional número. Se sentó un momento a pensar si debería anunciarles o no su presencia de algún modo, hasta que cayó en que debían de saberlo, pues estaba claro que no se habían tomado otras medidas para el cuidado de los caballos. Entonces tomó conciencia de que se habían limitado a hacer caso omiso de sus palabras, de su arrebató. De que nadie se lo había tomado en serio. De que nadie *la* tomaba en serio. Fue a limpiar la casa de la jaca y encontró un nido de golondrinas que se había caído del techo y se había estrellado contra los adoquines. Tres desnudos bebés pájaro estaban muertos en medio de los restos, y sus desproporcionados picos amarillos resultaban tan trágicamente bufonescos, y Pudding se sentía tan desvalida, que sucumbió a las lágrimas durante unos instantes.

Al final de la jornada subió con trabajo la colina hacia su casa, mirando cómo desaparecían las margaritas bajo sus grandes pies calzados con botas y sin saber si alegrarse o enfurecerse porque se limitaran a ponerse derechas otra vez cuando había pasado. Se detuvo al darse cuenta de que estaba furiosa y justo cuando procedía, deliberadamente, a aplastar una hasta hundirla en el césped un movimiento en el bosque, a su izquierda, le llamó la atención. Asustada, clavó la mirada en las moteadas sombras y los enmarañados matorrales de debajo de los árboles, y luego se relajó al ver a una mujer

vestida con basta ropa de campesina —falda larga que se le enganchaba en las zarzas, blusa sin cuello, mangas arremangadas—, y con una familiar y tupida melena de vilanos de cardo ocultándole el rostro. Pudding no se molestó en llamarla; sabía por experiencia que no obtendría respuesta. Pero algo más se movía: le llegó el sonido de una ramita partiéndose bajo un pie desde más abajo de la colina también, y cuando volvió a centrar la vista vio que un hombre iba en dirección contraria. Aunque no lo distinguió claramente, era alto y flaco, y andaba con un paso constante y resignado que indicaba fatiga. Un Tanner, quizá. Pudding esperó hasta que los dos se perdieron de vista y quedaron fuera del alcance del oído, y pensó en aquel otro mundo secreto en que ellos vivían, tan distinto del suyo. Un mundo de encuentros clandestinos en bosques estivales; un mundo donde te buscaban y donde tu hermano no estaba en la cárcel, acusado injustamente del asesinato de una de las personas que más querías del mundo entero. La envidia fue como una súbita y aguda punzada de hambre.

Se sorprendió tanto al ver el coche del subjefe de policía estacionado frente a la puerta de Spring Cottage —polvorientas ruedas con radios, faros como ojos alarmados y muy abiertos— que se detuvo y se quedó mirándolo un momento, tratando de imaginar qué significaba aquello. Los encontró a todos sentados a la mesa de la cocina, ahogados por un ambiente incómodo, con sendas tazas de té delante. El subjefe Blackman y el guardia Dempsey, y sus padres. Ruth, la asistente, se encontraba junto a la hornilla con una olla llena de picante *piccalilli*, y las orejas y los ojos casi a punto de despegársele de la cabeza. Louise Cartwright estaba lúcida y preocupada; el aspecto normal de una madre que echaba de menos a un hijo, aunque en aquel preciso momento a Pudding eso no la alegró. Cuando entró en la habitación el silencio resonaba, y al instante se puso roja como un tomate y le pareció que debía de haber infringido la ley de algún modo horroroso sin ni siquiera ser consciente de ello.

«Hola, Pudding», dijo el guardia Dempsey, y una ojeada de su superior lo hizo callar. Justo entonces Pudding se acordó de una vez que jugaron al asesino, un domingo por la tarde cuando ella tenía unos once años: un grupo de mozalbetes de Ford y de Slaughterford, de pie puestos en círculo y callados, el asesino guiñándole el ojo a la gente para «matarla», y todos los demás procurando ver cómo lo hacía y delatarlo antes de que los matara a ellos. Ella había echado una ojeada a Pete Dempsey y se lo había encontrado mirándola fijamente, y clavó la mirada en él, a su vez, y siguieron así un buen rato, cada

uno esperando que el otro guiñara, hasta que el gesto de estreñida intensidad de la cara de Pete hizo que a Pudding le diera un ataque de risa.

—Señorita Cartwright, me preguntaba si podríamos mantener usted y yo una nueva conversación sobre los recientes acontecimientos —dijo Blackman, sin más preámbulos; aquello no era una pregunta.

—Bueno. Sí —respondió Pudding con la boca seca, pensando si sería en realidad delito acusar a alguien de otro delito; pensando si las Hadleigh iban a demandarla por ello y cómo diantres salvaría a Donny, si ella misma estaba en la cárcel.

—Bien —repuso Blackman, poniéndose en pie—. ¿Hay algún otro cuarto que podamos usar?

Dirigió la pregunta al padre de Pudding, que se levantó también.

—Sí, claro. Iremos a la sala —contestó el médico, pero el subjefe levantó una mano.

—No se preocupe, doctor Cartwright. Estoy seguro de que su hija me conducirá hasta allí. Tal vez podría quedarse con su esposa por ahora.

Hizo una seña con la cabeza a Pudding para que lo precediera, y, con una preocupada mirada a su padre, y a Ruth que estaba detrás de él, Pudding obedeció.

Una vez dentro Blackman cerró la puerta de la sala y Pudding esperó a que le dijera que se sentara, aunque estaban en casa de *ella*. La actitud vigilante del policía era tan inescrutable que Pudding casi no soportaba estar a solas con él; aunque no ocultaba nada, la hacía sentirse como si, indiscutiblemente, sí que ocultara algo. El reflejo de la luz en las redondas gafas dificultaba verle bien los ojos. La loción capilar le oscurecía el pelo y tenía la piel suave; a pesar de sus aires de autoridad, Pudding se preguntó si sería mucho mayor que Alistair.

—Bueno, señorita Cartwright... —empezó a decir.

—Oh, todo el mundo me llama Pudding —soltó ella intentando sonreír, intentando calmarse.

Él la miró fijamente y Pudding decidió no volver a interrumpirlo. Blackman hablaba de forma pausada, como quien procura perder un acento regional.

—Señorita Cartwright, tengo entendido que todo este asunto la ha afectado a usted mucho. Que sigue afectándola. Es sumamente lamentable que una niña como usted haya presenciado la horrible escena de la fábrica la semana pasada. Tengo entendido que sentía usted afecto por el señor Hadleigh y que siente mucho afecto por su hermano también. Me imagino que perderlos a los

dos de ese modo le resulta aflictivo.

—No soy una niña, tengo casi dieciséis años, y no he perdido a Donny —contestó Pudding con firmeza—. Donny no mató al señor Hadleigh.

—Eso es lo que no deja de decir usted. Bueno, señorita Cartwright, necesito que escuche con mucha atención las preguntas que voy a hacerle y necesito que quede muy clara otra cosa: es fundamental que las conteste lo más sinceramente posible. Eso quiere decir con datos de los que esté segura, no con ideas que desearía que fueran ciertas. ¿Me explico con claridad?

—Sí, señor Blackman.

—Llámeme subjefe Blackman. Y bien, señorita Cartwright. ¿Qué puede decirme sobre la relación existente entre la señora Hadleigh y el hermano de usted, Donald?

—¿Su relación? ¿A qué se refiere?

—¿Estaban unidos? ¿Tenían acaso... una relación amistosa?

—Pues... no. No creo. No creo que Irene Hadleigh tenga una relación amistosa con nadie de aquí.

—Sí. Me han contado que no ha deseado relacionarse con el pueblo desde su llegada. Que no parece interesarle demasiado... convertir Slaughterford en su hogar.

—Vaya, eso es bastante cierto.

—Así que, ¿nunca vio a Irene Hadleigh y al hermano de usted juntos?

—¿Qué quiere decir con juntos?

—Hablando los dos, por ejemplo. ¿O quizá ella invitaba a Donald a la casa? ¿A tomar el té?

Pudding miró fijamente al policía, perpleja. Él le devolvió la mirada y ni se inmutó.

—No, claro que no —contestó.

—¿Está bien segura de eso?

—Ella no invitaba a nadie, y menos a Donny. La vi hablando con él una vez y estaba horrorizada... era como si le tuviera miedo. Y es una estupidez, sólo porque tenga una cicatriz en la cabeza, y... —Pudding se calló de repente; empezaba a comprender lo que Blackman insinuaba.

—¿De modo que sí que los vio hablando a los dos?

—Sólo esa única vez, pero fuera en el jardín, y creo que ella le preguntaba por unas flores para la casa.

—¿Escuchó usted la conversación?

—No, es que...

—Cíñase a los hechos, haga el favor, señorita Cartwright. —El subjefe Blackman anotó algo en un pequeño cuaderno negro—. El señor Hadleigh pasaba mucho tiempo cada día en la fábrica o en la ciudad. Nancy Hadleigh también está fuera buena parte del tiempo, por asuntos de la granja o en visitas sociales. Eso significa que a menudo dejan a Irene Hadleigh sola en la casa. ¿Se lo habría contado a usted su hermano si hubiera tenido cualquier otra clase de contacto con ella? Después de todo, es una mujer muy atractiva. Y muy elegante. ¿Le dijo Donald alguna vez que la encontraba elegante? ¿Lo vio usted alguna vez, quizá, observando a la señora Hadleigh? ¿Cree que todavía se fijaría en... algo así, después de lo de su herida?

—No. No sé —respondió Pudding, aturdida—. ¿Cómo iba a observarla? Ella no sale casi nunca. Él no me contó nada así y lo único que le gusta observar son las máquinas de la fábrica. Iba a ser ingeniero antes de que aquello ocurriera, ¿lo sabía usted? Era listísimo.

—Sí, su madre ya me lo contó. Entonces, ¿está segura del todo de que no puede decirme nada en absoluto sobre una amistad entre su hermano y la señora Irene Hadleigh?

—Donny no tiene amigos —repuso Pudding en voz baja—. Nada más que el viejo Jem Welch. Y Alistair Hadleigh. A todas las demás personas que conocía les resulta muy duro tratarlo ahora.

—Y usted, claro —añadió Blackman, mirándola fijamente de nuevo—. Una hermana de lo más cariñosa y leal.

Consiguió que sonara como si fuera algo malo.

—Una hermana cariñosa y leal no es lo mismo que un amigo.

—Desde luego.

Blackman cerró de golpe el cuaderno y se puso de pie.

—Espere... entonces, ¿cree que Irene Hadleigh está implicada? Por favor, dígame: ¿ha comprendido que no fue Donny? ¡Porque yo sé que no fue él!

—Por muy duro que resulte, señorita Cartwright, me temo que no tiene más remedio que empezar a aceptar que su hermano, aunque quizá hubiera perdido el juicio en ese momento, sí mató a Alistair Hadleigh. Todas las pruebas lo indican. Lo que me desconcierta es el móvil. Como usted dice, nadie tiene una mala palabra para el señor Hadleigh y hasta el último hombre de la fábrica asegura que el hermano de usted siempre entraba en las salas de las máquinas, nunca en las oficinas.

—¡Sí! ¿Lo ve? No puede haber sido...

—También me cuentan quienes han trabajado con Donald después de su

regreso de la guerra que rara vez se hace cargo de algo. Que tiene poca iniciativa, aunque trabaja duro y a ritmo constante en una tarea cuando alguien se la encarga.

—Exactamente, sí. Así que entiende usted... —Pero Pudding se calló de nuevo, cuando empezó a comprender—. ¿Cree que Irene Hadleigh se lo sugirió?

La incredulidad hizo que su voz sonara aguda.

—Ella ha heredado el patrimonio íntegro y sí que parece curiosamente indiferente a la prematura muerte de su marido. Y es una belleza... Me pregunto si no descubriría un modo de convencer al hermano de usted para que actuara en su nombre. —El policía cerró de golpe la boca y parpadeó rápido tres veces, como si reparara en que había hablado demasiado—. Aunque esto no es sino una teoría expresada en voz alta, señorita Cartwright, hasta ahora totalmente sin confirmar y que, desde luego, no debe estar en boca de nadie.

—Si... si es cierta, ¿soltarían a Donny? —preguntó Pudding, mientras su mente cogía carrerilla.

—Ciertamente que no. Me temo que no, señorita Cartwright. Con independencia del motivo por el que lo hiciera, no es menos cierto que ha asesinado a un hombre. De eso no cabe ninguna duda: las criadas de la señora Hadleigh confirman que ella no salió de la casa esa mañana y, de todas formas, resulta inconcebible que tuviera fuerza para infligir semejantes heridas.

—Pero... ¿y si todo fue idea suya? ¿Si ella lo obligó de alguna manera... o lo engañó?

—Supongo que tendría que contar con su confianza, o con su... admiración, para llevar a cabo ese objetivo. Y acaba de decirme, señorita Cartwright, que entre los dos no había una relación tan estrecha. Sospecho que esta teoría mía resultará carecer de fundamento por completo. Únicamente quería ver si usted le concedía algo de crédito y me ha respondido bastante bien.

Abrió la puerta y extendió el brazo para que Pudding volviera a pasar por ella, y Pudding se levantó de mala gana. No quería volver a la cocina y no salió enseguida. Se dijo que en algún punto de la conversación que acaban de mantener había un rayo de esperanza para Donny, aunque no terminaba de captarlo. Era reacia a irse por si se le olvidaba.

—Mi hermano no mató a Alistair Hadleigh, jefe Blackman —dijo, poniendo en sus palabras hasta la última brizna de convicción que tenía—. Y lo peor es que la persona que *sí* lo mató anda por ahí ahora mismo, en algún

lugar, sabiendo que va a quedar impune. Sabiendo que *ustedes* van a dejar que salga impune.

Blackman guardó silencio un momento y dejó caer el brazo otra vez. Tras las gafas, sus ojos eran totalmente impenetrables; respiraba tan bajo y tan despacio que casi no se le oía, y junto a él Pudding se sentía un ser al que le costaba respirar, tembloroso e inútil. Pero supo que él sopesaba sus palabras. Finalmente, el policía hizo un mínimo gesto negativo.

—Siempre hay que procurar encontrar el *porqué* en estas cosas, señorita Cartwright —explicó—. ¿Quién más tiene un motivo para matar al señor Hadleigh? La respuesta es: nadie. Pero su Donald, desde que sufrió la herida, no parece necesitar demasiado un porqué.

—Se equivoca en eso. Y alguien sí que tenía un motivo —contestó Pudding, y vio que el interés iluminaba los serios ojos de Blackman—. El auténtico asesino tenía un motivo —añadió, y el interés desapareció.

Blackman se apartó de ella y Pudding supo que había fracasado.

Las hermanas de Clemmie estaban tan desesperadas por conocer la identidad de su amante que, al ver el alfabeto que Rose había escrito, obligaron a Clemmie a sentarse a la mesa y de nuevo intentaron enseñarle a escribir. Clemmie no había mostrado interés alguno por las letras en la escuela y el que ahora tuviera un motivo para aprender no importaba. Las letras se peleaban con ella, igual que las palabras habladas, y desde luego no tenía intención de dejar que le sonsacaran un secreto que estaba más decidida que nunca a guardar.

—¿Qué son estas tonterías? —preguntó William al volver para almorzar y verlas allí, tres chicas apiñadas alrededor de la cuarta—. ¿No tenéis bastante tarea que hacer, zagalas?

—Ya la haremos, *pa*. Es que está mal que Clem no sepa escribir ni su nombre —repuso Mary.

—Ni el nombre de nadie más —añadió Josie.

—No lo necesita —dijo William al tiempo que le alborotaba el pelo a Clemmie y se sentaba despacio.

Todas lo miraron de hito en hito. Hacía mucho tiempo que su padre no tocaba a ninguna de ellas de forma amable o cariñosa. Él frunció el ceño al ver que lo observaban, así que Rose se apresuró a romper el silencio con

rebanadas de pan, jamón y cebollas en vinagre. Pero las chicas ya estaban de parte de Clemmie; hasta Lizzie, que le había notado un chupetón en el cuello y, para ocultarlo, le había recogido la rebelde melena en una trenza floja que caía por ese lado. Tal vez pretendieran estimular su confianza con esas demostraciones de afecto, pero ella mantuvo su firme actitud reservada. Por la noche, incorpóreos susurros atravesaban la oscuridad.

«¿Es Bobby Silcox, Clem?». Se trataba de un chico tonto de Biddestone que trabajaba en el aserradero de allí, apilando tablas cortadas, sudando todo el día.

«¿Es Jared Hinckley?». Un joven flaco y estrábico que de vez en cuando aparecía por Honeybrook Farm buscando trabajo. Clemmie no sabía si alegrarse o entristecerse porque ni una sola vez se les ocurriera sugerir a un Tanner.

Cuando se vieron junto al río por primera vez después de lo sucedido en el molino, Eli le había hecho suficientes preguntas buenas como para averiguar que Clemmie había oído el plan de robarle a Alistair Hadleigh.

—Yo no quería, Clem. Te lo juro, nunca lo habría hecho, si me dejaran que me valiera solo —le había dicho él, y Clemmie le tomó la cara entre las manos para demostrarle que lo creía—. Y encima con lo que pasó... Yo quería más que nada que los polis agarraran al viejo cabrón. Aunque entonces nos cogieran a mí y a John también... Y quería que acusaran a Isaac. Pero no se puede contar con ellos para maldita la cosa.

Tuvo que callar un momento para respirar, despacio, por entre su ira. En las dos semanas transcurridas desde entonces, y desde que Eli se había dado cuenta de que Clemmie aún lo quería y no lo traicionaría, las cosas habían cambiado. Su pasión por ella había cristalizado hasta convertirse en algo más profundo y menos infantil; algo tan intenso que a Clemmie le producía un escalofrío por la espina dorsal y también, algo parecido a un mareo, como si el suelo se inclinara.

—Nadie ha sido nunca tan bueno conmigo como tú, Clem. Nadie ha sido nunca tan fiel —le decía él, con besos tan fuertes que le magullaban los labios y se los dejaban hinchados y rojos—. Tú eres un ángel. Eres *mi* ángel.

Ella no sabía si aquel escalofrío era una advertencia o una ilusión, pero era adictivo, absolutamente adictivo. La hacía sentirse una persona distinta a la de antes: más despierta, en cierto modo. Más real. Y necesitaba el sabor salado y metálico de él en la boca como necesitaba respirar; anhelaba la inesperada suavidad de la piel de Eli en sitios que nadie más conocía; le fascinaban sus

ojos: más viejos que todo él, pero azules y preciosos mientras que el resto de su cara era pura fiereza. Y al ver que la policía no volvía para perseguir a los Tanner cuando pareció cerrarse la investigación, Clemmie empezó a pensar si no se habría equivocado. Si no habría entendido mal lo que oyó en Thatch Cottage: si no se habría suspendido el robo del molino, o si no habría ocurrido antes de lo que ella sabía y no tenía ninguna relación con aquel asalto violento. Si a lo mejor los Tanner no tenían nada que ver con aquello y la noticia de su robo se había olvidado con el escándalo del otro delito mayor, o si se lo habían achacado a quien había asestado los golpes. Ojalá pudiera preguntarle a Eli, ojalá hubiera algún modo de averiguarlo con seguridad. Cuando recordaba lo que había oído, y cómo era Tanner, y cómo había estado Eli después, le parecía evidente que había sucedido justo lo que ella se temía. Pero la idea de que Eli no hubiera tomado parte era tentadora, y la seducía, y siempre que Clemmie no le diera demasiadas vueltas al asunto, seguía siendo una posibilidad. Súbitas avalanchas de emoción la asaltaban durante todo el día provocándole extraños efectos secundarios físicos: mareos, la sensación de que se alejaba del mundo y se metía en un túnel que no iba en buena dirección; sabores en la boca que no sabía de dónde llegaban y surgían de la nada, y que tan pronto le provocaban un hambre canina como náuseas; arrolladores arranques de amor por su familia, acompañados de una tambaleante debilidad de piernas, que menguaban deprisa para convertirse en una especie de latente hostilidad que no había sentido nunca, y que, sin saber por qué, hacían que se fijara en que la ropa le quedaba demasiado estrecha y le apretaba.

A salvo con Isaac Tanner fuera de casa durante el día, o en el *pub* por la noche, Eli empezó a llevar a Clemmie a Thatch Cottage para que conociera a su madre y a sus hermanos más pequeños. Estaban nerviosos; todos tenían una actitud de vigilante desasosiego... salvo su abuela, que dormía en un sillón junto a la hornilla todo el rato que pasara allí Clemmie. Al principio pensó que no se fiaban de ella, o que les molestaba su silencio. Pasado un tiempo, comprendió que estaban asustados por Eli. Los asustaba que se encontrara allí, donde podría sorprenderlo su padre y ver que no estaba trabajando, o que metía a una intrusa en la casa. La señora Tanner alzaba la mirada bruscamente cada vez que le llegaba cualquier sonido de fuera: la tos alarmada de un faisán, una ramita al partirse, un repentino ruido de la fábrica. Tenía un pelo largo y abundante que se quedaba recogido en un moño en la nuca sin ayuda de horquillas, y una mirada cansada y sagaz. Pero sonreía con facilidad, una

sonrisa irónica más que afable. Siempre que ellos estaban allí se aseguraba de que las ventanas quedaran tapadas con los gruesos fieltros que el molino regalaba cuando se desgastaban demasiado y no podían usarse en la máquina de hacer papel. Así que para Clemmie, fuera la hora que fuera, el interior de Thatch Cottage era un lugar de sombras, con rincones oscuros y moradores ojo avizor circulando por ellos. Un lugar que había dado la espalda al resto del mundo. Lo llevaba muy mal cuando aún era de día en el exterior. Se impacientaba y no paraba de moverse, sintiendo que las paredes se cerraban en torno a ella. Pero al anochecer aquella intimidad la atraía, y la penumbra iluminada por la luz de las velas resultaba suave y encantadora, y entonces ya no le parecía que había entrado de buen grado en una cueva de ladrones.

Clemmie no ignoraba que su familia era pobre —bien sabía Dios que nunca había dinero para nada—, pero, comparada con los Tanner, comprendía que su vida era afortunada en muchos sentidos. Que en Weavern Farm tenían huevos y leche y queso, y verduras frescas, y aire limpio, y espacio, y la seguridad y el ritmo del trabajo continuo. Thatch Cottage era húmedo y oscuro en medio de los árboles, y sucio porque dentro había demasiadas personas procurando vivir, procurando respirar. El terreno de fuera estaba embarrado y le daba demasiado la sombra como para cultivar nada; apestaba al retrete y a la porqueriza, desde donde la marrana miraba fijamente, con tristeza, por entre las blancas pestañas. Nunca había bastante comida, y la comida que tomaban era poco apetitosa y monótona. Los niños tosían y moqueaban, incluso entonces, en pleno verano. Dos de los más pequeños tenían erupciones inflamadas en la piel, todas rojas y escamosas, que se rascaban continuamente. La señora Tanner les dejaba las uñas lo más cortas que podía, preparaba un unguento de hojas de té, raíz de consuelda y pringue de cerdo, y les daba fricciones, aunque ellos lloriqueaban cuando lo hacía. El más pequeño, un chiquitín llamado Jacob, al instante le tomó simpatía a Clemmie y se le encaramaba gateando al regazo siempre que estaba allí, enredándole los dedos en el pelo y chupándose el mugriento pulgar. Aún no tenía dos años y olía a tierra y a hojas, y Clemmie recordaba la historia que contaban de que Tanner había ahogado en el río a la hermana melliza de aquel bebé al nacer. Viendo cómo se portaba su madre con ellos y cómo se las ingeniaba para atenderlos, Clemmie supo que eso no era más que un rumor perverso. Eli le hizo una caricia con los nudillos en la mejilla a su hermanito mirándolo con expresión fascinada, tierna.

—Se te parece éste, *ma* —comentó.

—Para variar —respondió su madre, sonriendo. Miró a Clemmie—. Todos los otros muchachos que he tenido han sido copias de su padre: como hechos en el mismo molde. Pero si te casas con un hombre fuerte, a lo mejor es lo que debes esperar. Yo casi había perdido la esperanza de tener uno cariñoso hasta que llegó mi Jacob.

Clemmie sonrió, pero Eli volvía a tener su gesto impenetrable e iba al armario a buscar algo.

—Si este primero tuyo es un niño, a lo mejor tú también tendrás uno cariñoso, joven Clemmie —le dijo la madre en voz baja para que él no la oyera—. Mi Eli siempre ha sido tierno por debajo, aunque no pueda mostrarlo. Bebe esto, hija. —Le pasó una taza humeante—. Té de ortigas. Hará que no parezcas tan hinchada y redonda. Pero tu gente lo averiguará más pronto que tarde, igual que Eli... a él deberías contárselo.

Obediente, Clemmie tomó un sorbo y no le pareció gran cosa.

Eli volvió a la mesa con un muñeco de trapo, un chiquillo: blando, con las piernas y los brazos rellenos, el pelo de lana marrón oscuro y ojos azules bordados en punto de aguja... exactamente igual que un Tanner. Vestía chaleco y pantalones amarillos de sarga, una camisa blanca y diminutos zapatos negros, que Clemmie creía que ningún niño Tanner se había puesto nunca. Estaba sucio, aunque menos de lo que podía haber estado; el roce de la piel humana había dado un tono amarillento a la pálida tela de su cara, pero en general era como si lo hubieran guardado para ocasiones especiales.

—La mujer del párroco nos dio esto cuando yo no tenía más de un palmo de alto —dijo Eli—. Nos trajo muchas cosas: ropa y zapatos que recogían en la iglesia, y más juguetes. Papá lo tiró todo. Se cabreó muchísimo y dijo que no necesitábamos la caridad de esa gente, y que ellos pensaban que eran unos santurriones y estaban por encima de nosotros. Sólo conseguí salvarlo sentándome encima. —Metió el muñeco bajo el brazo de Jacob y el chiquillo, con los párpados cayéndosele de sueño, lo apretó fuerte contra las costillas—. ¿Por qué no deberían tener los nenes un muñeco? —murmuró Eli.

A Clemmie le entraron ganas de preguntar cómo se lo habían ocultado a su padre todo aquel tiempo y fue como si Eli oyera la pregunta.

—Lo metemos en un tarro de harina. Mi padre nunca mira allí: no se come la harina directamente del tarro, después de todo.

Sonrió un instante y eso hizo que a Clemmie se le oprimiera el corazón. Se dio cuenta de las pocas veces que había visto su sonrisa.

—Tenéis que pensar, los dos —intervino la señora Tanner con bastante

suavidad—. Cuando él te descubra, y te descubrirá, lo más probable es que te eche de esta casa, Clemmie, y lo más probable es que te alegres. Últimamente está peor que nunca, desde lo que pasó en el molino. Yo no sé qué le pasa. — La señora Tanner meneó la cabeza—. Pero algo no va bien. Tiene muchísimas pesadillas y mucho dolor, y el único modo que conoce de lidiar con eso es con los puños. Pero supongo que tu gente te echará y todo eso. Bueno. Tenéis que pensar.

La sonrisa de Eli se esfumó. Una de sus hermanas se afanaba ante la hornilla, dando con un atizador, añadiendo ramitas secas. Fuertes golpetazos llegaron del piso de arriba.

—Ve a ver lo que quiere tu abuelo —ordenó la señora Tanner a uno de los niños—. Dile que pronto cenaremos.

—Nos vamos —dijo Eli, al tiempo que se levantaba y le tendía la mano a Clemmie.

Ella la cogió y se puso en pie, y nadie les propuso que se quedaran un rato más, ni que cenaran con ellos. Salieron a la noche juntos, avanzando en silencio y confiados por el oeste de Slaughterford, cruzando los patatales de la fábrica y colina arriba hasta que no hubo ninguna posibilidad de que los vieran. Entonces se detuvieron a besarse, bien abrazados, y siguieron andando hasta que Eli se paró junto al puente de Weavern Farm, donde el rumor del río tapaba cualquier ruido que pudieran hacer.

—Anda a meterte en la cama —le dijo, dándole un suave empujoncito.

Clemmie retuvo sus manos y no se movió. Él dormiría a la intemperie para no estar bajo los pies de Tanner: un lecho de alta hierba al resguardo de un seto, en alguna parte. Despertaría antes del amanecer, empapado de rocío, helado, agotado aunque inquieto. Iba convirtiéndose en un pájaro, en un conejo, en un zorro. Asilvestrándose. Clemmie deseaba quedarse con él, y ser como él y, al mismo tiempo, quería llevárselo consigo bajo techo, a una cama de plumas y a la apetecible tranquilidad del cuarto del desván, y brindarle esa otra vida en vez de ésta.

—Anda, Clemmie —insistió él—. Pensaremos en un plan, como dijo mi madre. Pero esta noche no. Yo pensaré en un plan, te lo prometo.

*

Clemmie despertó con el sol. Le latía la cabeza y sentía el cuerpo sin fuerzas. Sus hermanas ya se movían y se obligó a incorporarse. Tenía trozos de ramitas

en el pelo y barro debajo de las uñas. Josie, a su lado, le pellizó el brazo con cariño cuando se levantó.

—Espantajo —le dijo.

Clemmie cerró los ojos y tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta que no se le iba y un regusto a hierro, o a sangre. Procuró no hacerle caso por un momento y enseguida dio un tumbo hacia el lado de la cama para intentar coger el orinal, pero fue demasiado tarde y vomitó en la esterilla, y encima de los pies de Josie.

—¡Ay, Clem! —gritó Josie, horrorizada.

—Oh, por el amor de Dios —gruñó Mary.

—¿Qué comiste, Clem? —preguntó Josie.

—¿Qué *no* comió? —terció Lizzie, siempre de malísimo humor por la mañana temprano—. No me extraña que esté engordando tanto.

Temblorosa, Clemmie se puso de pie y le dio unas palmaditas a Josie en el brazo como disculpa. Quería ir a por agua y a por un trapo con que limpiar aquello, pero no acababa de hacer que le funcionaran las piernas. Mary la observaba con la cabeza ladeada; los pensamientos desfilaban por su rostro, y la intensidad de su silencio era tal que, poco a poco, las otras tres dejaron lo que hacían y también clavaron la vista en ella.

—¡No! —exclamó Lizzie, y en su cara se pintó un gesto de estupefacción.

—¿Qué? —preguntó Josie, frunciendo el ceño.

—El mes pasado hubo menos paños que lavar, ¿verdad? —dijo Mary.

—Y está caprichosa como una yegua. Y come como un cerdo —señaló Lizzie.

En ese momento Josie cayó en la cuenta. Se llevó las manos rápidamente a la boca y, con los ojos muy abiertos, miró a Clemmie.

—Ay, no... ay, no estás, ¿verdad, Clemmie?

—Me da a mí que sí —replicó Lizzie, nerviosa.

—Pues *ese* secreto no te lo podemos guardar —comentó Mary, y agachó los hombros con desaliento—. So mema. Papá se pondrá como loco.

Iniciaron un encendido debate sobre cuándo contárselo a Rose, y cómo reaccionaría su madre, y qué había que hacer, y cómo darían con el responsable, y si William los obligaría a casarse, o si mataría a aquel hombre y después le sacaría el bebé a su hija de una paliza, y así lo solucionaría. En sus palabras, en sus voces y en sus gestos había una especie de exaltación frenética. Clemmie se vio zarandeada hacia un lado del torrente de la discusión y apartada hasta la ventana. Descorrió los visillos, se sentó en el

alféizar e inspiró una buena bocanada de aire matinal. En el establo las gallinas murmuraban pidiendo que las liberaran y el gallo preparaba su descoyuntado canto, y las vacas se apiñaban junto a la entrada del patio para que las dejaran pasar y las ordeñaran. Clemmie se puso las manos justo sobre el estómago, se quedó pensando un rato y dirigió hacia dentro su mente hasta que dio con lo que buscaba: la inconfundible sensación de una vida nueva. Polluelos y ansarinos, gazapos, chivos y lechones, y ahora, ella. Clemmie y Eli. «Hola, lechoncito», dijo en silencio, y sonrió. Dejó que el sol del amanecer le diera junto a la ventana abierta, mientras confiaba en que, por imposible que fuese, Eli lo comprendiera. A ella le parecía perfectamente correcto, y perfectamente como debía ser. Estaba segura de que todo iría bien. El lechoncito formaría parte del plan de los dos, y todo saldría bien.

Todo Slaughterford acudió al entierro de Alistair Hadleigh. Se dejó que la fábrica enmudeciera: las máquinas detuvieron su inacabable girar, golpear, revolver y secar; el siseo del vapor se apagó y quedó en nada. Hasta la labor de la granja se detuvo ese día. Nancy Hadleigh se negó a que se desarrollara trabajo alguno de ninguna clase en Manor Farm, salvo el indispensable dar de comer a los animales y ordeñarlos, y la fábrica de cerveza y las granjas más pequeñas siguieron su ejemplo. Nadie recordaba que hubiera ocurrido nunca algo así y nadie había oído jamás semejante silencio en Slaughterford. La tranquilidad pertenecía al pasado, antes de que ninguno de ellos naciera. Se bajaba la voz frente a la iglesia y, aunque quizá fuera por el respeto que les imponía la ocasión, la gente no dejaba de volver la cabeza para mirar el valle de abajo, para maravillarse ante el tenue susurro de la brisa, y el continuo canto de las alondras, y el milagroso silencio que reinaba por todas partes, sin acabar de creérselo. Escudriñaban el valle como si las vistas tuvieran que haber cambiado igual que los sonidos que les llegaban; el molino debía de haber desaparecido, la chimenea de la fábrica de cerveza debía de haberse venido abajo, las casas debía de habérselas llevado por delante una mano inmensa. Cuando la brisa amainaba incluso oían el río, abriéndose, sibilante, en torno a los pilares del puente. La calma era un hechizo mágico que los embelesaba a todos.

El cuerpo de Alistair había vuelto de Chippenham esa mañana en el carruaje de ébano de la funeraria, cuyos laterales de cristal dejaban ver el

lustroso ataúd y la multitud de flores blancas. Los caballos eran negros e iban adornados con negros penachos; las guarniciones tenían hebillas plateadas, relucientes de limpias, igual que el coche y el féretro. El triste cortejo entero era monocromo, y quedaba tan sumamente fuera de lugar con el fondo de los verdes, amarillos y rosados del cementerio, tapizado de flores, que era como si hubiera caído del cielo. O como si hubiera brotado de algún inframundo. Irene vestía de negro de pies a cabeza. Llevaba un velo tan tupido que apenas veía debajo de él y, lo más importante: era casi imposible que nadie viera a través de él; que le viera la cara. Aunque eso no impedía que lo intentaran, desde luego. Se había corrido el rumor, como corren siempre los rumores. El rumor de la acusación de Pudding y de que el subjefe de policía había ido a Spring Cottage para preguntarle sobre el asunto. El rumor de que Irene no amaba a Alistair y de que su pena era puro teatro. Una rauda difusión de palabras incrédulas que se transmitía entre los del pueblo como un contagio. Irene notaba sus miradas y notaba que especulaban. Notaba, más que nunca, que escudriñaban hasta el último de sus movimientos; sentía que sólo con que cometiera una mínima equivocación caerían sobre ella y la devorarían. Se preguntó si únicamente Nancy los detenía. Cuando transportaron el ataúd, con desesperante morosidad, desde el camino hasta la sepultura familiar, abierta ya y preparada, Nancy la tomó del brazo. Quizá sólo fuera para mantenerse en pie pero aquello dio una impresión de unidad. Fue una muestra de apoyo. Irene le apretó la mano, agradecidísima a la tía de Alistair, aunque el gesto no fuera exactamente lo que parecía.

Se sacaron sillas para Irene y Nancy, y si bien Nancy se dejó caer con cuidado en la suya, Irene estaba demasiado nerviosa para tomar asiento. Cuando pareció que la ceremonia no continuaría hasta que no estuviera sentada se posó en el borde de la silla, con el cuerpo vibrante de tensión. La multitud de dolientes parecía arracimarse y alzarse sobre ella, como una ola que fuera a romper y a arrastrarla a la tumba junto con su difunto marido. El negro féretro era como una lágrima en el mundo. Verlo le producía a Irene la misma conmoción eléctrica, en lo más hondo, que el recuerdo de las heridas de Alistair; la misma horrible sacudida de disociación de la realidad. Procuró no mirarlo, porque no podía evitar imaginárselo dentro: pálido ahora, limpiado de sangre pero aún desgarrado y roto. No podía evitar imaginarse sus sumidas mejillas rellenas con algodón, y sus párpados cosidos para que no se abrieran, y sus labios completamente exangües, y todas las cosas discretamente violentas que les habrían hecho a sus entrañas al prepararlo

para el entierro. Como si lo que quedaba en el ataúd fuera un muñeco de Alistair: un muñeco de tamaño natural, montado con sus restos en un macabro remedo del verdadero hombre que había sido. Eso le hizo sentir un hormigueo frío en el cuero cabelludo y que empezaba a insalivar, e Irene cerró los ojos y deseó con ansia que llegara el instante en que a aquello del féretro lo metieran en el suelo y lo taparan para siempre. No oyó el sermón; se concentró con todas sus fuerzas en sobrevivir al espanto de estar sentada allí, sin más. Cuando Gerry McKinley la tomó del brazo y la ayudó a levantarse, Irene no tenía ni idea de qué quería aquel anciano. Se dejó llevar por el pánico cuando él la acercó a la sepultura y trató de soltar el brazo, hasta que vio que el ataúd ya lo habían bajado y todos esperaban a que ella arrojara el primer puñado de tierra encima. Entonces tuvo que contener el impulso de arrodillarse y coger grandes brazadas de tierra, y echararla a paletadas con las manos, y seguir hasta que no quedara nada más que que echar.

Ella y Nancy condujeron a los dolientes hasta Manor Farm, donde se reunirían las personas más importantes de la zona. Los del pueblo y los obreros de la fábrica se fueron poco a poco hacia sus casas, o hacia los *pubs* —el White Hart en Ford y el White Horse en Biddestone— para hacer un brindis, o varios, por su difunto patrón; un hombre a quien, de forma distante, habían querido y respetado. Al final de la muchedumbre, cabizbajos, iban el doctor Cartwright, su esposa y Pudding. Ni rastro de Donald, desde luego. El médico, pálido y con gesto agotado; su mujer, con aire vago pero tranquilo. Pudding tenía el rostro mojado y desfigurado, y los ojos, por lo general brillantes, tan hinchados de llorar que se le habían puesto un poco porcinos y feos. Aparte de Irene, los Cartwright eran a quienes más miraba la multitud. Pudding echó un vistazo a su alrededor y vio diversas expresiones, desde curiosidad anodina a compasión, cólera y odio. Ella y su madre parecían ajenas a todo aquello, e Irene se dijo que eso estaba bien. Sólo el médico se resentía al ver cada cara, al notar cada palabra no dicha. Parecía alguien que luchara por mantenerse en pie en medio de un huracán y los tres iban muy juntos, sutil pero completamente aislados por sus vecinos, como si fueran a infectarlos con aquella situación tan mala. Irene divisó al agente Dempsey que, como la mayoría de los jóvenes de Ford y Slaughterford, conocía a los Hadleigh de toda la vida, y al verlo su corazón empezó a latir con fuerza. Pero si se encontraba allí para vigilarla a ella e informar a sus superiores, lo hacía muy mal. El joven observaba a los Cartwright con mucha más atención y, en especial, a Pudding.

Celebraron la reunión en el comedor, cuya larga mesa estaba repleta de platos fríos, pero la gente se desbordó hasta meterse en el salón y en la sala de mañana buscando sitio para sentarse. Clara Gosling y Florence contaban con más personal, que prestaban los McKinley de Biddestone Hall: dos muchachas de expresión pétrea, demasiado elegantes para la granja con sus perfectos uniformes. Sacaban copas sucias, metían las limpias, volvían a llenar las bandejas de pastas saladas y *petits fours* y se las ofrecían a los dolientes, cuyo respetuoso silencio fue haciéndose cada vez menos silencioso según fueron cayendo las primeras copas de jerez. Irene se quedó donde la pusieron y allí le dijeron cuánto lo sentían muchas personas, a casi ninguna de las cuales conocía. No comió ni bebió, y no había comido ni bebido en todo el día, y no tardó en experimentar la levedad, bien conocida, de necesitar alimento. Dejó que eso la alejara del gentío para llevarla a un lugar incierto donde no podía hacer nada con respecto a nada, y así podía esperar muy poco de sí misma. Pero en ese instante Cora McKinley apareció ante ella y la sacó bruscamente de aquel estado. El rostro casi siempre vivaz de Cora estaba macilento y marcado por severas arrugas que la avejentaban.

—¿Qué harás ahora? —preguntó, pero Irene no tenía respuesta—. Supongo que lo venderás todo... que realizarás tus deberes, diría yo. Y pasarás a tu siguiente aventura.

La voz se le quebró un poco al hablar y se cambió la copa de jerez de la mano izquierda a la derecha, y vuelta otra vez.

—No sé qué haré —contestó Irene, pero el sonido de su voz pareció enfurecer a Cora.

—Pues supongo que tienes todo el tiempo del mundo para decidirte. —Se miró los pies un instante—. Papá dice que esto sólo es una de esas cosas horribles que suceden. Pero yo no puedo evitar considerar que todo lo que ocurre es parte de una secuencia, que todo va de una cosa a la siguiente... que esta última o bien la provocó la primera, o es consecuencia lógica de ella —continuó; empezaron a brillarle los ojos mientras su hermano Charles aparecía detrás—. Alistair sobrevive a la guerra, se casa contigo y te trae aquí, y entonces lo matan. Es decir, eso sí que es casualidad, ¿no? Así que no puedo evitar preguntarme si lo último quizá no hubiera ocurrido si tampoco hubiera ocurrido lo primero. Si no estaría vivo todavía si tú no hubieras venido aquí jamás. Si él no te hubiera conocido.

—¡Cora, ya está bien! —exclamó Charles, cogiéndola del brazo.

Haciendo un gran esfuerzo, Cora se soltó y se fue como una exhalación, con

la cara entre las manos.

—Nadie piensa eso, Irene —afirmó Charles, que no parecía ser capaz de mirarla a los ojos—. Es que Cora está afectada. Todos los del Hall sentimos muchísimo tu pérdida.

—Lo piensa todo el mundo —repuso Irene, bajito. Charles la miró por fin, con expresión afligida—. Sólo dice lo que todo el mundo piensa. ¿Verdad? todo el mundo cree que, por alguna razón, la culpa es mía.

—Irene... es que la gente no lo entiende, nada más. No entienden por qué ha pasado esto y la pena los vuelve irracionales.

—Yo tampoco lo entiendo —respondió Irene—. ¡No lo entiendo!

—Querida, sólo debes procurar pensar en aguantar estos días aciagos lo mejor posible y recordar lo mucho que Alistair te amaba. Nunca lo vi más feliz que cuando vino a contarnos que le habías dicho que sí. Eso le quitó años de encima: parecía un muchacho otra vez, pescando el pez más grande del estanque de mi padre. —Charles bajó la vista; era palpable su tristeza—. Es algo singular, sin duda alguna —murmuró, y le apretó la mano antes de apartarse.

No la había invitado a visitarlos, ni se había ofrecido a volver si necesitaba compañía. Sin Alistair, Irene dudó de que volviera a verlos más.

Junto a ella pasó una bandeja con copas llenas de clarete e Irene alargó la mano para coger una, dio un trago y sintió el agradable calor que llegaba a su estómago vacío. Luego salió de la habitación lo más discretamente que pudo. No se veía con ánimo de subir al dormitorio: el cuarto donde Alistair había dormido durante tantos años antes de que ella entrara en su vida. Se notaba curiosamente responsable, como si también hubiera empezado a echarse la culpa de su muerte. Recordó las sensaciones de presciencia que la habían acosado más de una vez desde que estaba en Manor Farm. Se devanó los sesos buscando alguna conexión entre todas, alguna señal o advertencia que hubiera pasado por alto. Se acordó de la extraña reacción de Tanner al ver la vieja muñeca y de Ma afirmando que se avecinaba el cambio; recordó la oscuridad que rodeaba a Hilarius y la impávida dureza de sus ojos. Confusa, fue al despacho donde estaban los retratos de la familia Hadleigh y, por un instante, sintió el bendito alivio de estar sola. Cerró la puerta tras de sí mientras soltaba una larga respiración que no sabía que estaba conteniendo, y sólo entonces vio a Nancy, de pie y callada ante el retrato de su hermano gemelo, el padre de Alistair. Lo miraba con una acongojada intensidad, como si esperara que el cuadro fuera a cobrar vida y a brindarle consuelo. De golpe, el peso de

su situación volvió a caer sobre Irene, y se planteaba escabullirse de nuevo, furtiva, justo cuando Nancy dio media vuelta y la vio.

—Irene —dijo, claramente descontenta por la interrupción.

—Perdona, Nancy. No sabía que estabas aquí dentro. Me voy.

—Por mí no —contestó la anciana, volviéndose a mirar a su hermano otra vez—. El ambiente de ahí es horroroso, ¿verdad? Toda esa gente fingiendo pesadumbre mientras se zampaba la comida. —Le lanzó una gélida sonrisa—. No es que no le tuvieran cariño a Alistair. Pero el cariño no equivale al auténtico pesar. ¿No es así?

—Sí— respondió Irene, sabiendo que Nancy la metía a ella también en el mismo saco.

Levantó la mirada hacia el retrato del primer Alistair y de nuevo vio cómo se había parecido su marido a su padre. La misma altura, complexión y porte; el mismo brillo en los ojos, la misma disposición facial que daba la impresión de estar siempre a punto de sonreír.

—¿Era como su padre? —preguntó.

Nancy dio un hondo suspiro.

—Se le parecía muchísimo de aspecto —contestó—. Sobre todo, a medida que se hizo mayor. A veces, en estos últimos años, era tal la sensación de tener otra vez a mi hermano que casi olvidaba que eran dos hombres distintos. Casi. —En su rostro apareció un gesto de angustia—. Pero mi hermano y yo estuvimos juntos en la matriz. Noto su ausencia adonde quiera que voy y haga lo que haga.

—¿Cómo murió? El padre de Alistair, quiero decir.

—Tenía una vena temeraria... mi sobrino la tenía también, pero de un modo mucho más leve, y yo hice todo lo posible por quitársela. Pero mi hermano no conocía el miedo; o, más bien, le *encantaba* el miedo. Le encantaba la emoción del peligro: apuestas imprudentes, tratos comerciales imprudentes, romances imprudentes... Cuando éramos niños, en una excursión a la playa, saltó desde un alto acantilado al que ninguno de los demás se subía siquiera... sólo porque apostaron a que no lo haría. Se partió el condenado tobillo al dar en el agua, chiquillo estúpido, pero no le importó porque había ganado la apuesta. Siempre corriendo, siempre trepando, siempre jugándose el dinero y la vida... y la reputación... Mejoró con los años: su lado más dulce empezó a destacar. Pero, sencillamente, no podía resistirse a una apuesta. Estaba echando una carrera con un amigo desde Chippenham a Lacock cuando ocurrió; una carrera a campo través. El nuevo caballo de caza de Robert

Houlgate, un enorme bicharraco negro, fuerte como un buey, contra la yegua baya de Alistair; era más esbelta, con cuerpo más de purasangre, así que no era tan fuerte en terreno difícil.

Nancy desvió la mirada hacia el pasado unos instantes.

—Fue una locura. No conocían demasiado bien la ruta ni las cercas. Los caballos eran inexpertos, el suelo estaba anegado y era demasiada distancia, demasiado agotador para los animales. Saltaron un seto uno al lado del otro, según contó Robert después, y no vieron la acequia del otro lado hasta que fue demasiado tarde. Los dos caballos se cayeron. Robert salió despedido limpiamente y sólo se partió la clavícula. Alistair quedó debajo de su yegua cuando ella rodó. Y ahí acabó todo. Hubo que pegarle un tiro al animal y Alistair murió aplastado antes de que nadie pudiera intentar ayudarlo siquiera.

Nancy se apartó del retrato como si el narrar la historia hubiera reavivado un antiguo enfado con su hermano.

—Tal vez eso fue todavía peor que lo que le ha pasado ahora a Alistair hijo —comentó Irene; el vino que tenía en la sangre le soltaba la lengua—. En cierto sentido. Porque él pudo elegir no hacerlo, quiero decir.

—¿Él pudo elegir no morir? No, no... ya sé a qué te refieres. Acaso tengas razón, en parte. Estuve enfadada con él mucho tiempo. Tanto que no sabía qué hacer de mi vida. E hice sufrir enormemente al pobre Robert; la carrera fue idea suya, ¿sabes? El maldito. Sabía que mi hermano no se negaría. —Meneó la cabeza y cogió la fotografía enmarcada de Alistair hijo de niño—. Menos mal que tenía a mi sobrino al que cuidar. No sé qué habría hecho, si no. Nada habría tenido mucho sentido. —Se acercó la foto a la cintura y se desplomó sobre ella, despacio, como si le hubieran dado un puñetazo—. Y ahora él también se ha ido. Y nada *tiene* sentido ninguno. —Su voz quedó amortiguada por el dolor. Irene intentó ponerle una mano en el hombro, pero la anciana la apartó con un encogimiento de hombros—. No, por favor. Creo que no soportaría que me tocaras ahora mismo.

—Lo siento mucho, Nancy —dijo Irene, luchando por pensar qué podría añadir—. Yo me marcharé pronto. No tendrás que tenerme por aquí. Y... y no pienso expulsarte de Manor Farm, así que haz el favor de no preocuparte por eso.

—¿Te marchas?

Nancy subió rápidamente la cabeza y miró a Irene fijamente. Irene tragó saliva.

—Bueno... sí. Pensé que te alegrarías.

—¿Alegrarme? —repitió Nancy, como si ese concepto le fuera ajeno—. Pero si eres la última Hadleigh, Irene. Tu sitio está aquí, en Manor Farm, el lugar adonde te trajo Alistair. Somos las dos últimas. A menos que...

Siguió observándola hasta que a Irene le entraron ganas de escaparse corriendo.

—¿A menos que qué? —preguntó, inquieta.

—A menos que haya alguna posibilidad de un... un nuevo comienzo para la familia. —Nancy esperó, luego chasqueó la lengua en señal de desaprobación cuando quedó claro que Irene no la comprendía—. ¿Hay alguna posibilidad, una siquiera, de que estés embarazada, Irene?

La esperanza que apareció en su rostro y en su voz era penosa. Irene sabía que no lo estaba, igual que las criadas de Manor Farm, pues el período le había llegado de repente por la noche, tres días antes, y le había dejado las sábanas hechas un desastre. Le resultaba casi insoportable frustrar esta última ilusión de Nancy y fracasar de nuevo, pero hizo un gesto negativo.

—Lo siento, Nancy, pero no. No hay ninguna posibilidad.

—Ah. Una lástima —respondió Nancy, en voz baja.

—Tú podrías haber tenido hijos, ¿no? Alistair me contó que tuviste pretendientes... hasta estuviste prometida.

Nancy no contestó enseguida. Su mirada se perdió en los rincones oscuros; de la habitación, de su memoria.

—Sí —dijo, tensa.

—¿Qué sucedió? —preguntó Irene, envalentonada por aquel día terrible y extraño.

—Escogí a mi hermano. Y a su hijo. —Nancy se encogió de hombros—. Me fui cuando él se casó. Pensé dejarles a él y a Tabitha algo de espacio aquí. Y además... no aguantaba a aquella mujer, con sus modales americanos y sus supersticiones papistas. Esa fe ciega siempre me ha parecido de tontos. Fui a hacer el *grand tour*; conocí a un muchacho en Roma. A un hombre, supongo. Frank Launceston. Suficientemente guapo; suficientemente listo. Mucho dinero. —Se encogió de hombros—. Pero entonces murió Tabitha al dar a luz a Alistair.

—Tu hermano debió de quedarse consternado.

—Bueno —repuso Nancy, que seguía sin mirar a Irene—, por lo menos estaba absolutamente perdido. Con un bebé, quiero decir, y aquí en Manor Farm solo. No le había pasado nunca, ¿comprendes? Contrató a una niñera, desde luego, pero Alistair necesitaba tener a su alrededor gente que lo

quisiera. Necesitaba mujeres. Me necesitaba a mí.

—Y regresaste.

—Regresé.

—¿Y Frank?

—Frank se casó con una chica insulsa dispuesta a ir detrás de él por el mundo sin la mínima preocupación. Siempre he pensado que fue mejor para todos los interesados.

En el silencio se oía el tictac del reloj y las voces achispadas de los dolientes llegaban como un murmullo inarticulado a través de la pared.

—Eres muy cumplidora, Nancy —comentó Irene; pensó que, en su lugar, y si lo hubiera amado ella se habría casado con Frank y habría sido aquella chica insulsa.

—Soy una Hadleigh y siempre he hecho lo que era preciso hacer en Manor Farm.

Después de que se marcharan todos los dolientes Irene siguió bebiendo. Se había tomado tres copas de vino tinto y se sentía mucho mejor: como si todo aquello le hubiera ocurrido a otra persona, y ella fuera a volver a casa y olvidarlo, igual que la gente que había estado abarrotando Manor Farm toda la tarde. Podría volver junto a Fin, de un modo u otro; cuando la viera él se daría cuenta de cuánto la amaba y encontraría valor para dejar a Serena. A su mente embrollada eso le parecía completamente verosímil, aunque no le produjo el consuelo que le brindaba antes. La horrenda carta de Fin y el dolor de leerla habían roto algo de forma irreparable; habían debilitado la parte de ella que aún le era leal. Se sentó en el alféizar de una ventana del salón y contempló cómo el crepúsculo se cuajaba en los nudosos manzanos, y cómo los murciélagos salían a dar vueltas y lanzarse en picado, y cuando se le acabó el vino fue, con paso vacilante, a la cocina de atrás. Sentada a la mesa, Clara escuchaba la radio mientras bebía jerez y comía, con buen apetito, un gigantesco plato de sobras. Dirigió a Irene una mirada fruncida, medio evaluadora y medio culpable, y le trajo de la despensa una botella de clarete abierta.

—Al señor nunca le gustó ver mujeres borrachas —afirmó, rotunda.

—El señor no está aquí para verlo —replicó Irene.

—No que no está —convino Clara, al tiempo que se concentraba de nuevo en su plato como si buscara prudencia en él. Irene salió a la penumbra.

Se fue por la entrada trasera de la baja tapia del huerto y partió colina

abajo hacia el pueblo. La noche era tibia y silenciosa; el cielo, de un azul intenso, estaba salpicado de estrellas y había salido una brillante tajada de luna. Una bonita noche de verano, tan ajena a los acontecimientos de la jornada como Irene deseaba estar. Los molinos seguían callados y la fábrica de cerveza no funcionaba por la noche. Los animales de la granja dormían; los animales del campo guardaban las distancias. Sin linterna, Irene se sentía completamente invisible para el mundo. Pretendía bajar al río. No estaba segura de por qué: se le había ocurrido la vaga idea de bañarse; en el río, como le había contado Fin que hacían él y sus hermanos de niños en el Tay, pero al pasar por delante de la iglesia oyó un ruido que la hizo detenerse. Sonidos de movimientos y de respiración; sonidos de una persona, justo en el mismo sitio donde acababan de enterrar a Alistair. A Irene se le erizó el vello de los brazos y de repente tuvo frío. Pero aunque el impulso de huir era muy fuerte, no pudo hacerlo. Por un instante la descabellada posibilidad de que Alistair no estuviera muerto se le coló en la mente y la intensidad con que deseó tenerlo de nuevo a su lado la sorprendió. Pero sabía que aquello no iba a suceder y, en vez de eso, se imaginó el muñeco-Alistair —vacío de vida, relleno de otras cosas; un maniquí grotesco, un simulacro de existencia—, sin saber cómo, fuera de la tumba y andando. Era imposible, pero tenía que ver qué sucedía.

Temblando toda, con el vino revolviéndosele agrio en el estómago, Irene cruzó la entrada del cementerio y se acercó al montón de flores que señalaba el lugar. Allí, al lado de la tumba, había una figura sentada en el césped; una figura que estaba claro que no era Alistair. Su siguiente pensamiento descabellado fue que el asesino había vuelto para recrearse en su crimen, hasta que se acordó de que Donny Cartwright estaba en la cárcel y entonces reconoció en la persona que se encontraba junto a la sepultura a su hermana, moqueando bajito. De nuevo deseó poder marcharse sin ser vista, pero al oír sus pasos Pudding dio un grito y se volvió.

—¿Quién anda ahí? —dijo, demasiado fuerte.

—Soy... la señora Hadleigh —contestó Irene, sin acercarse más.

Se preguntó si debía seguir llamándose a sí misma Hadleigh, pues se sentía tan Hadleigh como la chica que se levantaba a duras penas delante de ella.

—¿Ha venido a regodearse? —preguntó Pudding. En su voz había un temblor de congoja que contradecía las atrevidas palabras.

—¿Con qué podría regodearme? —replicó Irene, y eso dejó a la chica perpleja un momento. En la oscuridad las flores blancas de la tumba de

Alistair parecían resplandecer. De pronto Irene notó el sabor de su boca, seca y amarga del vino. Sintió náuseas—. No pensarás sinceramente que tengo algo que ver con... con esto, ¿no?

—¡Sí! Oh, no sé. A lo mejor no —respondió Pudding, frotándose los ojos como una niña—. Lo único que sé es que no fue Donny, pero nadie quiere escucharme.

—Pero... él estaba allí, Pudding. Estaba... con la pala en la mano —dijo Irene, con toda la amabilidad que pudo.

—¡Eso no quiere decir que matara a Alistair! ¡No! Sé que todos ustedes piensan que lo digo sólo porque no quiero que sea verdad, pero es que no es eso. Yo sé que es verdad.

—¿Por eso me acusaste a mí?

Al oírla Pudding agachó la cabeza con desconsuelo y luego se sentó otra vez en la hierba húmeda.

—Yo... lo siento. Estaba muy desconcertada y yo... sabía que usted no lo amaba.

—¡Eso no me convierte precisamente en una asesina!

—Pero ¿cómo podía no amar a Alistair? ¿Y por qué diantres se casó con él, si no lo amaba?

Dando un suspiro, y notando que empezaba a dolerle la cabeza, Irene se sentó junto a Pudding.

—La gente se casa por toda clase de motivos —respondió en voz baja.

—Vaya, eso no es una respuesta. —Pudding escarbó en la manga buscando un pañuelo y se sonó la nariz—. Van a ahorcarlo, ¿sabe? A Donny. Si no llego al fondo de esto, van a ahorcarlo.

—Quizá no... quizá, con lo de su herida...

—Eso no hace más que darles una excusa. —Pudding se encogió de hombros en un gesto de impotencia—. Ya oyó a aquel policía, hablando de él como si fuera un perro rabioso que hay que sacrificar. ¡Y él no es así! ¡Sólo porque ahora es distinto, porque es un poco más lento que antes con las cosas y no se defiende solo, creen que pueden decir lo que quieran de él! ¡Y cargarle cualquier cosa! Bueno, pues no. No hay derecho.

—No. No hay derecho —contestó Irene—. Pero, Pudding, allí no había nadie más... —Volvió a recordar todas las señales extrañas y las sensaciones inconcretas, y se esforzó por centrarse en los hechos.

—No vieron a nadie.

—Bueno, justo de eso se trata, ¿no?

—Lo averiguaré. Tengo que averiguarlo. Estamos en Slaughterford: aquí no hay secretos que valgan. *Alguien* lo sabrá. La persona que lo hizo lo sabe y la siguiente persona que viera después de hacerlo... ésa lo sabe también. Aquí alguien lo sabe *todo*. Sólo tengo que encontrarlo.

—¿Cómo lo harás?

—Yo... Todavía no lo sé —dijo Pudding, y empezó a llorar de nuevo.

Irene notó el calor que emanaba la chica y olió la salada humedad donde las lágrimas se le habían metido en el pelo que le caía en torno a la cara. Pudding rebosaba una especie de vitalidad incontenible, incluso en el triste estado en que se encontraba, que hizo que Irene, en comparación, se sintiera hueca, una cáscara. Le puso una mano en el hombro y le dio un achuchón.

—Ven a la casa un rato. Tomaremos una taza de cacao y hay toneladas de comida.

En la cocina, ya sin Clara Gosling, Irene escudriñó la hornilla con expresión de impotencia, tratando de figurarse cómo hacer que diera más calor, y dónde poner un cazo para calentar leche, y de qué tipo debía ser ese cazo, y qué tamaño debía tener. Abrió la ventanilla en que había visto a Clara echar carbón, pero allí no había nada más que un pequeño foco de sombra que apestaba a tiznajos. Pudding la observó unos momentos con curiosidad.

—No sabe cómo se hace, ¿verdad? —preguntó por fin, incrédula—. No sabe calentar leche.

Irene cruzó los brazos y miró de hito en hito la hornilla. Estaba cansadísima.

—No —respondió—. No lo he hecho nunca.

No tuvo valor para mirar a Pudding, pero la moza de cuadra se levantó y se puso a ello sin más comentarios.

—¿Puede sacar el cacao y el azúcar? —dijo, cuando volvía de la despensa con una enorme jarra de leche con tapadera—. Ahí detrás, en el lado de la derecha, el estante de arriba.

El olor a infancia de la leche caliente no tardó en llenar la cocina, subiendo con los jirones de vapor que salían del cazo, y al suave resplandor de la única lámpara Irene recordó que de niña la hacían salir de la cocina siempre que acudía allí atraída por su calor, y su luz, y sus voces, porque tenía frío, se sentía sola y no podía dormir. «Vuelva arriba que es su sitio, señorita Irene. Si su madre la pilla...». Las criadas procuraban ser amables, pero sabían de sobra cómo eran sus padres.

Pudding e Irene se sentaron a la mesa frente a frente mientras, en el rincón,

el grifo goteaba con ritmo constante en el fregadero de piedra, acrecentando la pequeña estalactita de costra que tenía en el borde.

—Tú querías a Alistair —dijo Irene—, ¿verdad?

—Lo quería todo el mundo. Vaya... casi todo el mundo. —Le echó una ojeada a Irene—. Lo conozco de toda la vida. O sea, lo conocía de toda la vida.

Tras emplear el pasado del verbo Pudding tragó saliva. Para protegerse contra nuevas lágrimas Irene habló.

—El motivo de que no lo amara no es porque yo sea un... un ser despiadado —repuso, vacilante. Pero había cerrado la noche, y no tenía ni idea de qué hora era, y el vino la había vuelto perspicaz y osada—. Sé que no he... llegado a conocerlos a ninguno. Así que, lo mismo que con Donny, los de aquí piensan y dicen de mí lo que les da la gana. No es que no tenga corazón, sino más bien que tengo el... el corazón roto.

Pudding la miró asombrada, como si eso fuera algo increíblemente exótico.

—¿Ah, sí? —contestó.

Irene hizo un gesto afirmativo. Los ojos de la chica eran como faros de coche. Irene se removió en la silla. El júbilo y el terror de haberlo dicho en voz alta eran irresistibles. No había soltado una palabra sobre el asunto desde que salió de Londres.

—El subjefe Blackman dijo que usted había huido de un escándalo. Dijo que era una mujer de personalidad sospechosa.

—Bueno —respondió Irene mientras se le encendía el rostro—, quizá lo sea. Hubo un escándalo. Y fui... fui una idiota.

—¿Qué ocurrió?

—Me... me enamoré de un hombre casado —dijo Irene, y Pudding abrió los ojos todavía más.

—¿Quién era?

—Se llamaba... se llama... Finlay Campbell. Y estaba, está casado con una mujer llamada Serena. Que era amiga mía.

Alzó la vista para ver si Pudding la miraba mal por eso, pero parecía que no.

—¿Y ella se enteró de que usted lo amaba?

—Fue peor aún. Él no era feliz. Me dijo que hacía años que no era feliz. Me dijo que no había sabido lo que era el amor hasta que...

—¿Hasta que la conoció a usted? —Casi sin aliento, Pudding remató la frase, pensativa, e Irene asintió con la cabeza—. Qué *romántico*.

—Serena era amiga mía pero no de verdad. Casi no tiene sentido, ¿eh? Entre nosotras todo indicaba que existía afecto, pero sólo era superficial y por debajo había una especie de rivalidad, una especie de... envidia y de aversión. Yo tenía el dinero, pertenecía a la clase adecuada, poseía el... estilo adecuado. Ella tenía toda la desenvoltura y la simpatía que yo no he tenido nunca. Embrujaaba a la gente; prácticamente los esclavizaba. Esclavizaba a Fin. No digo nada de esto para justificar lo que sucedió.

—¿Qué sucedió?

—Tuvimos... tuvimos una aventura. Yo lo amaba tanto que acepté que nos fugáramos. Consentí en escaparme con él y vivir con él hasta que se liberara de su matrimonio, y después nos casaríamos. Él me lo prometió y yo no dudé de él ni un instante. Y además no era nada malo, porque se trataba de un amor verdadero.

Irene cerró los ojos un momento y se vio de nuevo allí, en la explanada de la estación de King's Cross, con la maleta en la mano y el abrigo abrochado hasta la barbilla, un día demasiado frío para estar a principios de primavera. Toda temblando de nervios contenidos, de ilusión, de amor. Del pánico descontrolado que le provocaba lo que estaba haciendo, unido a la conciencia cierta de que aquello estaba bien: no podía vivir sin él y ya no podía seguir ocultándoles sus sentimientos a Serena, a sus padres, a los amigos. Lo suyo era amor: el amor del que la gente hablaba y leía, pero que nunca parecía experimentar. No como lo sentía ella. Las mujeres envueltas en pieles, vestidas con abrigos y sombreros de fieltro, o con simple paño marrón apagado; los hombres que acudían presurosos a trabajar con sombreros hongo y maletines de cuero; el hedor y el siseo de los calientes trenes que aguardaban, exhalando columnas de hollín y vapor. Tenía los oídos llenos de ecos —voces y pisadas y locomotoras— que rebotaban en el techo de hierro allá muy por encima de su cabeza. Las palomas se pavoneaban por todas partes; un niño pequeño, solo, lloraba, y cuando su madre lo encontró lo cogió en brazos, muy pálida. El reloj de la estación era una pesada presencia, cada sesenta segundos el minuterero se movía con un sonido metálico, desgano y sordo. Irene observó aquel reloj mucho tiempo. Estaba demasiado nerviosa para desayunar y el olor que le llegaba de un carretón que vendía cacahuetes tostados hacía que le sonara el estómago. Pasó un buen rato deseando comprar dos cartuchos, uno para ella, uno para Fin, pero no se atrevió a irse del lugar convenido por miedo a que él no la encontrara en el gentío.

El minuterero del reloj de la estación, negro y ornamentado sobre un fondo

blanco. ¿Cuántas veces lo vio dar la vuelta, cada vez con más frío, cada vez con más hambre, cada vez más asustada? Al menos sesenta veces, hasta que se dio cuenta de que Fin no iba a venir. El tren que iban a coger —a Cambridge— salió de la estación detrás de ella, e Irene se quedó allí, sin más, y lo dejó partir. Se quedó mucho tiempo después también, helada hasta los huesos, por si él, sencillamente, se retrasaba. Y, a pesar del reloj, no tenía ni idea de qué hora era cuando por fin se marchó, y fue andando, aturdida, hasta la casa donde Fin y Serena tenían su piso. Estaba segura de que algo espantoso debía de haberle pasado a Fin, de que lo habían herido de alguna forma terrible; no podía imaginarse que nada más hubiera podido retenerlo. Hasta que vio la expresión de descarado triunfo en la cara de Serena junto a la puerta; hasta que, mientras le dirigía la sonrisa más fría que Irene hubiera visto nunca, la oyó decir: «¿Qué diantres quieres tú?».

—¿Qué dijo ella? —preguntó Pudding, pendiente de cada palabra de Irene.

—No mucho —contestó Irene—. Bajó, cogió mi maleta y la tiró a la calle. Todas mis cosas se desperdigaron por todos lados y salieron volando. Dijo que Fin no quería volver a verme jamás. Que mi intento de robárselo y deshonrarlo había fracasado.

—Pero... ¿no dijo usted que *él* la abordó primero?

—Sí. En realidad, no es que importe. Estábamos metidos en aquello los dos.

—¿No se creería usted lo que ella le dijo! ¿Él no salió a hablar con usted?

—Sí.

Irene retrocedió ante aquel recuerdo. Fin totalmente acobardado, Fin doblegado, Fin demasiado avergonzado como para mirarla a los ojos. Irene seguía sin tener ni idea de qué había salido mal, de cómo lo había averiguado Serena, de cómo lo había hecho cambiar de opinión y dejarla. Quizá sólo fuera aquel extraño poder que tenía sobre él, aquel cerco del que Fin no parecía poder liberarse. Acaso fuera algo más férreo que eso... algo con que ella lo dominaba.

Tragó saliva con dificultad.

—Él me dijo que me fuera. Se quedó... allí, sin más, mientras Serena me llamaba aquellas cosas... palabras que nunca le había oído emplear.

—¿Y él no la defendió? —Pudding estaba indignada. Irene hizo un gesto negativo—. El muy... ¡el muy *gusano* !

—Es que Serena era demasiado fuerte para él. Y además era su esposa... es su esposa. Ella se lo contó a todos nuestros amigos, a mis padres, a todos

nuestros conocidos; su versión de los hechos, por supuesto. Que me había enamorado de su marido y lo había engatusado para que se metiera en mi cama, y que había intentado obligarlo a fugarse conmigo, y que incluso había creído que de verdad él lo *haría*. —Meneó la cabeza otra vez—. Claro que no hay una versión precisamente buena de los hechos.

Pudding se quedó pensando un rato e Irene se terminó lo que le quedaba del cacao.

—Él no la amaba a usted. No la amaba de verdad —afirmó Pudding como conclusión, enfadada—. Romper con usted así y dejarla cargar con toda la culpa...

Si aquellas palabras pretendían ser un consuelo, provocaron el efecto contrario.

—No... no, él me amaba —replicó Irene—. De eso estoy segura. Por lo menos... por lo menos *estaba* segura.

—A lo mejor entonces sí —dijo Pudding, desdiciéndose al ver el sufrimiento de Irene.

—¿Qué importa eso ya, de todos modos? Da exactamente igual. Sea como sea, él ya ha elegido.

Su intento de parecer resignada le sonó falso hasta a ella misma. Pensó en la insensata y vana esperanza que el vino había creado esa misma noche: que ella y Fin se reconciliarían de alguna forma. Y entonces se preguntó si esa esperanza seguía siendo auténtica, o una simple costumbre mental.

—¿Así que se casó usted con Alistair por... venganza?

—¿Venganza? ¡No, en absoluto! Me casé con él porque me lo pidió y... y parecía un hombre amable. Y además me ofrecía un hogar lejos de Londres. Y yo... yo no sabía qué otra cosa hacer. Mis padres no querían saber nada de mí, me dijeron que me casara con Alistair o me quedaría aislada del todo; ninguna de mis amigas... —Hizo un gesto negativo y miró a Pudding—. Probablemente no te parezcan unas razones muy buenas, ¿no?

Pudding bajó la vista y se ruborizó un poco.

—Es que no resulta muy justo para Alistair —respondió en voz baja.

—No lo fue —convino Irene—. Aunque, al menos, no lo cogió de nuevas. Él estaba allí mismo y vio cómo pasaba todo, y, sin embargo, se casó conmigo. Por amabilidad tanto como por amor, quizá.

—Sí. —Pudding suspiró—. Eso suena a Alistair. No me extraña que la señorita H no le tome a usted simpatía. ¿Quedan emparedados? Me muero de hambre.

—Montones, en la despensa. Sírvete.

Pudding volvió a la mesa con una fuente de plata cubierta con un paño bajo el cual había un surtido de emparedados: salmón, pepino, queso... Se lanzó a la tarea con entusiasmo y luego miró a Irene.

—¿No toma ninguno? —preguntó.

Irene encogió un hombro y tomó un emparedado de queso casi por cortesía. Sabía a gloria y, al tragárselo, el estómago se le estremeció de puro deleite, de modo que cogió otro.

—Así que ya ves —dijo—, aunque no amaba a mi marido como él se merecía, no tenía motivo para desear que muriese. Él me rescató. Fue la única oportunidad que tuve.

Pudding asintió con la cabeza.

—El policía piensa que podría usted haber engatusado a Donny para que lo hiciera —replicó.

— ¿Cómo?

—No creo que lo piense de *verdad*. Aunque a lo mejor sí. Me pareció que casi me creía, ¿sabe?, cuando le dije que no había sido Donny. Pero sólo era que se figuraba que quizá no hubiera sido Donny solo.

—Tú no piensas eso, ¿no? Que fuera yo, quiero decir. Yo y Donny.

—No —respondió Pudding, sin dudar—. Usted podría ser la mismísima reina Titania y, aun así, él no le habría hecho daño a Alistair. Yo... siento haberla acusado. Ahora me parece una estupidez. Lo único que quería era que supieran que no había sido Donny. Pero ni siquiera eso me salió; hasta cuando el subjefe Blackman pensaba que podría haber sido usted, siguió pensando también en Donny. Así que fue una pérdida de tiempo.

Las dos alargaron el brazo para coger otro emparedado y durante un rato comieron en silencio, y era tan agradable tener comida dentro que Irene no supo cómo había sobrevivido tanto tiempo sin comer. El grifo goteaba y los pensamientos de cada una eran un misterio para la otra. Irene miró a la chica que estaba sentada enfrente y trató de imaginarse lo difícil que todo aquello debía de ser para ella.

—¿Cuántos años tienes, Pudding? —preguntó.

Pudding esbozó una diminuta sonrisa.

—En realidad hoy he cumplido dieciséis —dijo. Se puso seria—. Mis padres no se han acordado. Y no es que los culpe. A mí casi se me había olvidado también.

—Oh. Qué... —Irene dejó la frase sin terminar; no quería decir «horror» ni

«desastre»—. Lástima —eligió al fin, en tono poco convincente.

—No creo que sea un cumpleaños que me guste recordar —añadió Pudding, bajito. Irene cogió otro emparedado—. Entonces, ¿me ayudará?

Una repentina desesperación iluminaba el rostro de Pudding.

—¿A qué? —preguntó Irene, nerviosa; le parecía que no estaba preparada para ser aliada de aquella chica. Seguía pareciéndole que no estaba preparada para resultarle útil a nadie.

—A descubrir al que de verdad mató a Alistair, desde luego. A demostrar que mi hermano es inocente.

—Pero yo... yo no sé cómo hacerlo —respondió, y de nuevo Pudding se desanimó.

—No —repuso—. Yo tampoco.

Las dos siguieron a la mesa hasta que desaparecieron todos los emparedados, y los *petits fours* también, y hasta que el cansancio fue vencéndolas a ambas. Los pájaros empezaban a cantar y el cielo iba poniéndose vaporoso cuando Pudding se desplomó en una cama de invitados, vestida aún, y se durmió antes de estar tendida del todo, e Irene veló su sueño unos momentos; se fijó en que ahora que estaba inconsciente parecía más joven todavía, con el cutis tan terso y perfecto, los tupidos rizos desparramados a su alrededor y la boca un poco abierta. Entonces vio en Pudding algo angélico y algo animal, una extraña mezcla de arrestos e inocencia. Después subió a la habitación que había compartido brevemente con Alistair, donde las vigas seguían retorciéndose, beodas, por el techo, y en los instantes previos a quedarse dormida se dio cuenta de una cosa: de un modo intangible, estaba un poquitín mejor que antes.

LAS RAÍCES DE LAS COSAS

Hacía tanto que duraba la racha de buen tiempo que la gente empezaba a darla por supuesta: no hacía falta buscar señales la noche antes para saber cómo amanecería la mañana. La lluvia tormentosa que había caído el día del asesinato de Alistair parecía aceptarse como algo antinatural, igual que su muerte; algunos incluso llegaban a decir que había sido la reacción de la naturaleza ante el crimen. Ahora podía volver a contarse con el sol. Cielos azules, altas nubes blancas, el río cada día un poco menos profundo, el agua discurriendo más lenta, como cansada. Todo el valle del By Brook parecía ir más despacio: los pájaros nuevos se habían vestido de plumas y había terminado la cría, así que el coro del amanecer era bastante poco entusiasta; los botones de oro de las orillas habían suavizado su vitalidad inicial hasta adoptar una especie de zanquilarga languidez. Slaughterford se soleaba; sus vecinos se soleaban; ahora que había acabado la época de hacer el heno y la cosecha aún no había empezado en serio, no se hacía nada con prisas. En el pasado la producción del molino papelero se habría resentido por la bajada del agua, pero a Slaughterford Mill, con sus calderas y sus generadores de vapor, eso ya no le afectaba, y la producción volvió a la normalidad apenas unos cuantos días después del paréntesis para el entierro de Alistair. George Turner supervisaba el funcionamiento cotidiano de las cosas, como antes, y cuando se veía ante una decisión que hubiera tomado Alistair consultaba a Nancy, que le decía que hiciera lo que considerara mejor.

Junto al excusado de la trasera de Spring Cottage el ruibarbo le llegaba a Pudding a la cintura, con hojas de más de dos palmos de ancho en algunos sitios. Los tallos eran de un magenta chillón, demasiado gruesos y duros para comerlos, y en la húmeda y oscura sombra de debajo las babosas se atracaban de los empapados restos de las hojas podridas. El jardín estaba surcado de sus rastros plateados... y de rastros de los caracoles también. Las hostas y los

claveles se los habían comido, y habían pasado al olvido. Louise Cartwright ya no tenía ganas de mantener la guerra contra los bichos; en tiempos los recogía en un cubo y los bajaba al valle para echarlos a un seto, sin hacer caso a la sugerencia de Ruth de ponerles encima un ladrillo y sanseacabó. Sobre las tres de la tarde, cuando el sol quemaba con toda su fuerza, las águilas ratoneras cabalgaban las corrientes térmicas por encima de las colinas, tan altas en el cielo que sus apagados gritos triunfales se oían cuando estaban demasiado lejos para poder divisarlas. Era magnífico. Debería haber sido magnífico.

Pudding se sorprendió imaginando el verano como si no hubieran matado a Alistair: como si todavía viviera, y Donny estuviera en casa, y la vida transcurriera como antes. Se recordó que entonces no era perfecta, pero por Dios que sí era mejor que ahora. Los once días transcurridos desde su muerte habían sido como un mal sueño en que lo conocido adoptaba un aspecto equivocado y aterrador. Seguía esperando una vuelta a la realidad, aunque sólo la permanencia de lo sucedido se reafirmaba con deprimente certeza. No soportaba ver que Slaughterford regresaba a la vida normal, que la conmoción del asesinato de Alistair se hundía en su dilatada historia como una piedra arrojada al río; seguía habiendo ondas, pero la superficie se había cerrado y la corriente seguía fluyendo intacta, como siempre. Aún no se hablaba casi de nada más, pero con ello la gente había empezado a convertirlo en algo cotidiano. Se calificaba la implicación de Donny en términos de tragedia: un joven destrozado por la guerra. Algo sobrecogedor, horrible, pero no vergonzoso. La señora Glover de la tienda incluso se lo dijo a Pudding. «Nadie culpa a tu familia, Pudding». Como si Pudding debiera estarles agradecida, o como si eso debiera tranquilizarla. Pagó los chelines que costaban el té y el azúcar, y se marchó sin decir nada. Y decidió —cada vez más, todos los días— impedir que el agua se alisara por completo. La fábrica quizá estuviera funcionando de nuevo, y los hombres, trabajando otra vez, y los cultivos, madurando y pasando de verdes a un palidísimo color dorado; el principal tema de conversación quizá estuviera virando a qué decidiría hacer la señora Hadleigh con el molino y con las tierras, y qué consecuencias tendría eso en los obreros y en los arrendatarios, pero Pudding no tenía intención de dejarlo así. No iba a permitir que el agua se cerrara sobre Donny.

Su incredulidad inicial ante la detención se endureció hasta convertirse en absoluto pavor cuando no arrestaron a nadie más: cuando ni siquiera interrogaron a nadie más. Cuando se hizo más que evidente que la policía

creía tener al culpable. A Pudding le entraron ganas de zarandearlos a todos. La buena disposición que mostraban para aceptar el arresto ilegal de Donny y seguir adelante le resultaba insoportable. No sabía cómo podían pensar eso de él: de Donny, que había sido capitán del equipo de críquet de los chicos tres años seguidos; que una vez se metió corriendo en el cobertizo del carpintero cuando se incendió porque el viejo terrier de éste se encontraba dentro, paralizado por el peligro; que una vez se comió toda una bandeja de pan de manteca por una apuesta y se puso tan malo del estómago que el día siguiente no pudo ir al colegio. Éste era el Donald Cartwright que creían capaz de coger una pala y matar a golpes a un hombre que conocía y apreciaba de toda la vida... Pudding recordó el blanco destello de la sonrisa de Donny al anocheecer, lanzada por encima del hombro cuando salió a hurtadillas para verse con Aoife una noche justo antes de la guerra; seguro de saber que Pudding no lo traicionaría. Seguro de saber que ella lo amaba —lo adoraba— y no le fallaría.

Pudding evitaba todo lo posible hablar con la gente, preocupada por si antes o después soltaba algo; algo enfurecido y desesperado y perjudicial. Iba a trabajar con la cabeza gacha, a buen paso, mirándose los pies. No es que le costara evitar a la gente. En realidad, sus amigos y vecinos parecían alegrarse de que lo hiciera, y se detenían un instante cuando ella pasaba, y se callaban. De no ser por Hilarius, Irene y Nancy, se habría llevado días enteros sin hablar con nadie más que con sus padres. Pero la mañana que llegó un mensaje de la comisaría de Chippenham diciendo que la vista de Donny ante el juez se había fijado para dos semanas después, Pudding descubrió que *tenía* que hablar con alguien. El juez oiría lo ocurrido, y vería las pruebas que había contra Donny, y decidiría por qué lo procesarían exactamente: si por homicidio involuntario —con atenuante de irresponsabilidad, atenuante de incapacidad para comprender las consecuencias de sus actos e improbabilidad de que pretendiera y, desde luego, *planeara* matar a Alistair— o asesinato premeditado, por el que sin duda moriría ahorcado si lo declaraban culpable.

Dos semanas. Pudding leyó la nota mientras el corazón se le subía de golpe al fondo de la garganta y el terror se apoderaba de ella. Sólo tenía dos semanas para descubrir quién estaba de verdad tras el ataque, o, por lo menos, para suscitar suficientes dudas sobre la intervención de otra persona como para que la policía siguiera buscando y no procesaran a Donny por asesinato premeditado. Pese al tímido respaldo de Irene Hadleigh, ahora no tenía ni idea de qué hacer. El día anterior Irene le había preguntado cómo podía ayudarla y

qué haría Pudding a continuación, aunque *ella* era la adulta y tenía ocho años más que Pudding. Y Pudding no supo qué contestarle.

—Bueno, ¿y a *usted* no se le ocurre nada? —le había gritado la última vez, agobiada hasta rebasar los límites de los buenos modales.

Irene había dado un pequeño respingo y se había marchado murmurando una disculpa, y luego Pudding se había sentido fatal. Era 28 de julio, viernes; el viernes 11 de agosto la suerte de su hermano quedaría prácticamente echada.

*

Thomas Hancock daba vueltas al sombrero entre las manos con aire de completa incomodidad. Era un hombre pequeño, de hombros huesudos que se dilataban hasta convertirse en una panza encaramada sobre las flacas piernas. Irene calculó que rondaría los sesenta años, aunque con algunos de los del pueblo nunca se sabía. Se pasaban la vida a la intemperie hiciera el tiempo que hiciera, así que desde muy jóvenes tenían la cara avejentada y arrugada. Thomas llegó con un potente aroma natural que recordaba a las cabras que criaba.

—¿No quiere sentarse, señor Hancock? —dijo ella, y el anciano lanzó una mirada de espanto a los tapizados florales de la sala.

Vestía para las labores de la granja, con un guardapolvo del siglo anterior sobre pantalones de lona y botas cubiertas de barro seco, e Irene supo que se había equivocado de habitación, pero cuando Florence anunció su presencia ella no tenía la menor idea de quién era ni de qué podía desear. Se había figurado a algún otro conocido de Alistair, venido para darle el pésame.

—Con perdón de usía, señorita, mejor que no —respondió él.

Irene carraspeó e intentó pensar en algún modo de tranquilizarlo, labor difícil, dado que ella misma tenía los nervios a flor de piel. Procuró sonreír, pero eso sólo hizo que él se inquietara aún más.

—¿Qué desea?

— *Ar* . No es más que esto, señorita. Esto. —El hombre se calló un momento y se miró las manos, y por unos instantes Irene, angustiada, dudó si decirle que la llamara «señora Hadleigh» en lugar de «señorita». Entre que a nuestro Brandon lo recogió el Señor el invierno pasado, y yo con lo del mal del pulmón del granjero... con lo de todo eso, pues que nos hemos retrasado con la renta. De la choza y la tierra, ¿sabe usía? Pero su esposo, Dios lo acoja

en Su seno, pues que él me dijo que eso no era problema, y que la juntara durante el año como buenamente pudiera, ¿sabe usía? —Thomas le dirigió una mirada culpable y suplicante, y se acobardó al ver el ceño fruncido de Irene, que, en realidad, sólo se debía a la concentración necesaria para entender su acento—. Yo sé que tenemos que pagar, siempre fue mi intención. Pero no lo tenía reunido del todo cuando él... cuando a él lo recogió el Señor. Supongo yo... Supongo yo de verdad que si se vende la propiedad, demandarán el pago de las deudas como la mía. —Volvió a contemplar el sombrero que tenía en las manos: un maltrecho trozo de fieltro, oscurecido de grasa por el ala—. Cualquiera propietario nuevo querría empezar desde el principio, digo yo —masculló.

Por fin, Irene cayó en la cuenta y parpadeó. Se quedó horrorizada al pensar que un anciano creyera que debía acudir a ella —en sentido literal, gorra en mano— pidiendo misericordia. Sintió, con toda claridad, que aquello no le correspondía. Ella no ocupaba el lugar de Alistair; era una situación que nunca se había planteado. «Ha habido un tremendo error...». Tuvo que impedir que las palabras se pronunciaran solas.

—Señor Hancock —dijo, meneando la cabeza y renunciando a cualquier intento de parecer autoritaria. Él la miró y el miedo que reflejaban sus ojos la ofendió—. Puede seguir pagando cualquier atraso según el acuerdo que tuviera con mi marido. No pediré la devolución de esas deudas, se lo garantizo.

Thomas se animó.

—Entonces... ¿no venderá usía, señorita? ¿No va a haber nuevo señor?

—Yo... Yo le aseguro que ni a usted ni a su familia se los echará de su casa —contestó Irene sin querer comprometerse—. Me ocuparé de ello personalmente.

—Vaya, pues... —Thomas Hancock se despidió con una inclinación de cabeza—. Muchísimas gracias en verdad, señorita. Gracias. Qué peso me ha quitado usía de los hombros. Es usía igual de buena y de amable que su difunto marido, Dios lo acoja en Su seno, y ya me encargaré yo de que la gente empiece a saberlo.

—Así que la gente piensa lo contrario, ¿no? —preguntó Irene, y el anciano se quedó avergonzado.

—Disculpe usía, señorita.

—No, no me ha ofendido. Nadie podría ser nunca tan bueno ni tan amable como era Alistair, de todos modos —comentó ella en voz baja.

— *Ar* , y que así es —convino el anciano—. Nunca hubo pérdida mayor por aquí.

Cuando el hombre se marchó Irene se quedó un rato en la sala, absorta en sombríos pensamientos que empezaban a parecer una especie de bloqueo interior; un bloqueo que ella tanteaba, incómoda, sin cesar, procurando desmantelarlo. Nancy la interrumpió, arrugando la nariz desde la puerta.

—Ah, aquí estás... ¿qué es esta peste tan tremenda?

—Oh... Uno de los arrendatarios vino a verme. Thomas Hancock.

—¿Woolly Tom? Eso lo explica. —Nancy gruñó y fue a abrir la ventana—. De verdad que desearía que los campesinos se quedaran fuera. Huelen peor que los *collies* un día de lluvia... ¿por qué diantres lo metiste aquí dentro?

—No sabía quién era —respondió Irene, encogiéndose de hombros.

—Apuesto a que venía pidiendo otra prórroga de la renta que no ha pagado.

—Creí que estaba bien decirle que sí. Parecía de lo más... preocupado.

—Claro que está preocupado, nunca podrá pagarla. Alistair lo sabía también pero dejaba que se quedaran. Blando como la mantequilla —murmuró, sin sentirlo en realidad.

—Tengo la firme intención de cumplir todos los acuerdos de ese estilo que mi marido hizo tanto con arrendatarios como con obreros —afirmó Irene en tono más vehemente de lo que pretendía.

Nancy la miró durante unos instantes.

—Debes hacer lo que creas oportuno —repuso, glacial, al tiempo que iba otra vez hacia la puerta.

—Es lo correcto, ¿no te parece? —le preguntó Irene; no quería reñir.

Nancy la miró y se ablandó.

—Imagino que sí —contestó, y se fue.

Irene se quedó en silencio un rato más y se dio cuenta de que su bloqueo interior era enfado. Se dio cuenta de lo furiosa que estaba.

Estaba enfadada por Alistair, porque le hubieran robado su vida totalmente intachable. Enfadada por toda la gente que dependía de él para vivir. Enfadada con el mundo por dejar que pasara aquello y, de un modo difuso, también consigo misma, por haberse quedado en la cama mientras aquello ocurría. La enfurecía estar sola ahora, cuando durante un instante había parecido que iba a empezar a vivir otra vez. Estaba enfadada con quien lo había matado. Muy enfadada, *enfadadísima* . Y en ese momento se dio cuenta de que no creía que hubiera sido Donald Cartwright. Su enfado no se dirigía contra él sino contra

otra persona desconocida, sin rostro; una figura situada al borde de su campo visual; que se transformaba, que se movía, siempre fuera de su alcance, y se esfumaba cuando ella volvía la cabeza. Resultaba enloquecedor. Cerró fuerte los ojos y procuró comprender; procuró reunir los retazos de pensamientos, sensaciones e impulsos en una especie de imagen completa, pero no tardó en verse obligada a rendirse. Junto con el enfado le llegó un poco de la desesperación de Pudding Cartwright porque le echaran la culpa a su hermano, y porque al verdadero criminal lo dejaran escapar impune. Y, sin embargo, cuando Pudding le pidió ayuda después del entierro, dos noches antes, Irene había contestado con evasivas, y había dado un paso atrás, y no había estado segura y había sentido miedo. Como siempre. Se puso de pie y salió a las caballerizas.

Encontró a Pudding doblada por la mitad con uno de los cascos de Bally Girl entre los muslos; untaba el interior con una especie de pegajoso unguento. Tenía los párpados enrojecidos y sus mejillas parecían agrietadas.

—Hola —dijo Irene, aún a prudencial distancia del caballo—. ¿Qué haces?

—Oh. Siempre se le agrietan los talones cuando el suelo está así de duro. ¿Ve aquí, donde los bulbos se le han puesto muy arrugados?

—Ah, sí —mintió Irene.

—La grasa ayudará a ablandarlo todo. —Pudding soltó el casco y se limpió las manos en un trapo—. ¿Quería ir a montar?

—No. Bueno, quizá, luego. Quería hablar contigo de... de tu hermano.

Al instante Pudding se puso alerta.

—La verdad es que no llegué a contestarte cuando me pediste ayuda la otra noche. Pero es que... es que... —Irene se calló un momento, súbitamente acosada por las dudas. Sus sensaciones de desasosiego y presciencia podrían ser sólo pura invención; lo cierto era que no tenía ni idea. Quizá estuviera animando a Pudding a albergar una esperanza falsa y dañina; metiéndose en algún tipo de juego peligroso. Quizá estuviera a punto de entrometerse en graves asuntos que no eran de su incumbencia y de empeorarlos. Irene reflexionó. Desde luego, estaba muy claro que el asesinato de Alistair sí tenía que ver con ella—. Es que no estoy en absoluto segura de la culpabilidad de tu hermano, la verdad.

Pudding soltó un grito ahogado y dio un paso involuntario hacia Irene. Se limitó a mirarla un rato, como si se hubiera quedado sin palabras.

—Pero... ¿y todo aquello que dijo de que lo habían encontrado con la pala

y todas esas cosas? —contestó, por fin.

—Ya lo sé. Creo que quizá intentaba convencerme a mí misma. Porque, ¿sabes?, tengo una sensación. Queda muy poco claro, ya lo sé. Procuraré explicártelo.

Así que le contó a Pudding lo de su primo Gilbert y cómo había muerto; le habló de las demás veces que había tenido parecidas sensaciones extrañas, con los años.

—Siempre ha sido algo muy esporádico, apenas unas cuantas veces, pero desde que llegué aquí ha habido varias. Y de algún modo... no sé cómo, pero de algún modo es como si estuvieran... conectadas. Conectadas con lo que ha pasado, quiero decir. —Hizo una breve pausa e intentó descifrar la expresión de Pudding. Parecía del todo probable que la chica la tuviera por loca. Irene estaba curiosamente sofocada, el pulso le latía demasiado rápido—. Todo suena muy... inverosímil, ¿no? —añadió—. De lo más extravagante. Tal vez no debería haberte dicho nada.

—Vaya, ¿qué sensaciones ha tenido usted desde que llegó aquí? ¿Sobre qué? —preguntó Pudding con el ceño un poco fruncido.

—La primera fue cuando encontramos aquella muñeca vieja en la chimenea del cuarto de estudio. Ésa fue muy fuerte. Fue casi como si la reconociera: ¿sabes cuando has visto antes un sitio o una persona, pero por más que lo intentas no recuerdas dónde, ni cuándo? Luego... luego, claro, está la forma tan rarísima en que reaccionó Tanner al verla, y que Ma dijera que se avecinaba el cambio... Ésa no fue exactamente igual, pero debía de significar algo, ¿no crees? Desde luego, el cambio ha venido, después de todo.

—Sí. —La voz de Pudding sonó como si fuera una mujer mayor.

Irene siguió hablándole del extraño fuego que había encontrado ardiendo en la casa un día de calor, que nadie reconocía haber encendido.

—¿Quién pudo ser, si no fue Nancy, ni las criadas? —dijo Pudding.

—Bueno —repuso Irene—, ésa es la cuestión. ¿Quién? Y la otra vez que sentí algo extraño fue... —Vaciló—. Bueno, fue al conocer a Hilarius. El mozo de cuadra. Y cada vez que lo veo desde entonces.

—¿Hilarius? —exclamó Pudding—. ¡Vaya, pues *esa* sensación no es correcta! Hilarius es muy bueno... es mi amigo. Más o menos.

—No pretendo hablar mal de él, Pudding. Sólo es que... noté algo raro. Una oscuridad. Es la única manera de expresarlo. Como si proyectara más sombra de la que debería.

Se calló, porque Pudding estaba negando con la cabeza.

—La gente siempre se ha puesto contra él porque es extranjero y no es uno de ellos —aseguró.

—Ése no es el motivo y no le tengo antipatía. Sólo trataba de contártelo todo. Es decir... él podría haber encendido el fuego en la casa; después de todo, está aquí todo el tiempo.

—Sí, ocupándose de los percherones o durmiendo. Estaría dispuesta a apostar a que ni una sola vez ha puesto un pie dentro de la *casa* ...

—Sí que lo ha puesto —la interrumpió Irene, repentina e inexplicablemente segura—. Perdona.

—Vaya —dijo Pudding. Inspiró hondo y soltó el aire despacio—. ¿Una taza de té?

Irene se sentó en un taburete del cuarto de los arreos mientras Pudding ponía agua a hervir en la minúscula estufa. En la pequeña habitación había un fuerte olor a cuero, a jabón para el cuero y a aceite de pata de buey, e Irene se sentía fuera de lugar con su falda y su blusa. Cruzó las piernas, incómoda, y juntó las manos sobre una rodilla mientras Pudding echaba hojas de té con una cuchara en una desportillada tetera marrón.

—La verdad, no pensé que quisiera ayudarme —afirmó Pudding, sin levantar la vista—. Sólo se lo pedí porque... porque todo está muy desesperado. Pero es usted la primera persona que dice que no cree que Donny sea culpable. —Miró a Irene con una mezcla tan intensa de esperanza y temor que Irene rezó en silencio por que ambas estuvieran en lo cierto—. Hasta el viejo Jem, y Nancy... Todos lo sienten mucho pero todos piensan que fue él.

—Como mínimo, no tenía motivo alguno, por lo que tengo entendido —repuso Irene—. Ni siquiera lo tenía para enfadarse.

—¡Exacto! —exclamó Pudding con entusiasmo—. Eso es lo que dijo el subjefe: que a él siempre le gusta saber *por qué*, para estar seguro de que ha cogido al culpable. Ha decidido que Donny no necesita motivo, ¡pero sí que lo necesita! ¡Lo *necesita*! ¡Él nunca lo habría... atacado sin más! Y yo sé que Alistair, quiero decir el señor Hadleigh, no le había comentado nada a Donny de las rosas rotas. Él lo habló conmigo. No es que Donny se hubiera enfadado si él le hubiera dicho algo, sólo se habría puesto triste y...

—Pudding —la interrumpió Irene para detenerla—. Pudding, por favor. No tienes que intentar convencerme.

—Lo siento.

Pudding inspiró hondo e Irene vio cómo se mantenía entera por pura fuerza

de voluntad. Sintió una ráfaga de admiración por la chica y luego se avergonzó al pensar en cómo se había desmoronado ella al verse frente a la adversidad. Se había desmoronado y había dejado que todo aquello le pasara por encima.

—No lo sientas. Creo que el subjefe lleva razón. Si averiguamos quién quería matarlo, y por qué, pues... bueno, pues sin más remedio encontraremos a la persona que lo hizo.

—Pero ¿cómo? ¡No hay nadie que quisiera matarlo! Todo el mundo quería a Alistair.

—Está claro que todo el mundo no —contestó Irene, bajito. Se produjo un breve e incómodo silencio y luego prosiguió—. No puedo evitar pensar en el señor Tanner. Desde luego parecía... alterado por algo cuando lo vimos en su casa aquella vez. Muy alterado. Y, según cuentan, es un individuo violento.

—¡Huy, violentísimo! —subrayó Pudding, machacando ferozmente las hojas de té en la tetera—. Pero tiene una coartada, ¿recuerda?

—Sí, eso oí. Pero el *pub* no está demasiado lejos de Biddestone, ¿verdad? ¿No pudo haber salido entre que lo acostaron, por así decir, y lo echaron por la mañana?

—Habría dado tiempo de sobra. Pero el dueño dijo que Tanner estuvo allí toda la noche; dijo que había perdido el sentido con la bebida.

—Aunque en realidad él no lo *vio* allí toda la noche, ¿no? Es decir, Tanner estuvo solo en el cobertizo. Nadie lo vigiló.

—No. Me figuro que no.

Irene aceptó un humeante tazón de té, oscuro y amargo por la brusca preparación. Le dio un sorbo y recordó la horrible mañana de la muerte de Alistair. El extraño silencio de la casa que le provocó un hormigueo en la piel; el velo gris de la lluvia en el exterior; su decepción, por primera vez desde que se había casado, al no haber visto a su marido antes de que se marchara. Sintió un nudo en la garganta y un nuevo arrebato de enfado.

—Llovió muchísimo la mañana que mataron a Alistair —comentó.

—Sí. ¿Y qué? —preguntó Pudding.

—Bueno, si Tanner tal vez sólo hubiera *fingido* la embriaguez y, de madrugada, hubiera vuelto con sigilo a la fábrica para atacar a Alistair, y luego hubiera regresado al cobertizo para proporcionarse una coartada...

—¡Se habría puesto como una sopa!

—Sí. Las botas por lo menos, aunque tuviera una gabardina de la que se deshiciera en algún sitio.

—Entonces... si estaba mojado cuando Bob Walker lo echó a patadas por

la mañana...

—Pues empiezan a salirle agujeros a su coartada —afirmó Irene.

Pudding se mordió el labio un momento y dejó su tazón bruscamente, derramando el contenido.

—Pues vamos a preguntárselo.

Se puso de pie y se subió los pantalones de montar.

—¿Cómo, ahora? —preguntó Irene, sorprendida.

—Vaya, ¿y cuándo, si no? —replicó Pudding.

Irene pensó unos instantes; después contuvo sus miedos y se levantó también.

En un abrir y cerrar de ojos Pudding enganchó a Dundee, la jaca, al cabriolé y condujo hacia Biddestone con la despreocupación de una dilatada práctica, trotando con brío por el camino de Ham una vez que subieron la empinada colina y salieron de Slaughterford. Irene experimentaba la molesta sensación de estar extralimitándose, de estar haciendo trampa, en cierto modo, pero Pudding miraba el camino entre las orejas del poni con una especie de firme resolución, chasqueando la lengua cada vez que reducían la marcha. Irene escudriñó la entrada a Biddestone Hall cuando pasaron por delante pero no vio ni rastro de los McKinley. Posiblemente se hubieran marchado después del entierro, a algún sitio menos hostigado por la pena. Recordó la entusiasta respuesta de Cora a la vacilante carta que le había mandado por indicación de Alistair; la visita a casa de la prima Amelia, junto al mar, que no se había producido. No había dado tiempo antes de que todo se viniera abajo; quizá, si hubieran ido, podrían haber sido amigas a pesar de lo que pasó después. Claro que tal vez Cora sólo fuera una persona más de las que habían amado a Alistair mejor que Irene; otra persona cuyo dolor era más profundo que el de ella.

El White Horse era un edificio encalado e irregular que el estanque de patos del centro de Biddestone separaba del prado comunal. Faltaba poco para mediodía y unos cuantos hombres del aserradero estaban sentados fuera, bebiendo vasos de oscura cerveza y sacudiéndose el serrín del pelo. Pudding e Irene atrajeron ojeadas de curiosidad, e Irene se preguntó qué aspecto tendrían: ella tan vestidísima y tan fuera de lugar, y Pudding ceñuda y mugrienta, con los botones de la camisa a punto de saltar a la altura del pecho. Irene hizo todo lo posible por actuar con naturalidad. Encontraron a Bob Walker, el dueño, en el patio de detrás de la taberna, llevando un montón de viejos boletines de noticias hacia el retrete. Era gigantesco en altura y

volumen, con manos como paletas de noria, hombros gachos y pelo rubio, escaso en la parte superior pero que le bajaba por la cara en forma de patillas grandes y recias.

— ¿Ar? ¿Las ayudo a ustedes en algo, señoras? —preguntó al verlas.

De dientes salientes, dejaba colgando el labio inferior y eso le daba un aire bobo, aunque parecía bastante simpático. Irene y Pudding se miraron, e Irene comprendió que se contaba con que ella hablara primero.

—Ah, sí. ¿Cómo está? Soy Irene Hadleigh y le presento a... Pudding Cartwright —dijo, dándose cuenta de que aún no sabía el verdadero nombre de Pudding.

—La zagala del médico. —Bob hizo un gesto de asentimiento y eso hizo que le temblara la papada—. Y usía no será la reciente viuda, ¿eh? —Meneó la cabeza—. Espantoso asunto.

—Sí. Ya lo creo. —En ese momento Irene odió su propia voz; odió cómo convertía todas sus palabras en vaciedades. Advirtió que sonaba exactamente igual que su madre. Se apresuró a continuar—. Pensábamos si podríamos hablar con usted un poquito, señor Walker, del... de la vez, hace poco, que estuvo del señor Tanner con usted. La noche anterior al... incidente de la fábrica.

Al oír esto Bob dejó los papeles y cruzó los brazos con aire incómodo.

—¿Vaya, ar? —repuso.

—Sí. El caso es... Es que queríamos preguntarle si está total y completamente seguro de que el señor Tanner estaba tan embriagado como parecía.

—El policía ese, el tío del pelo oscuro, me preguntó lo mismo. Le diré a usía lo mismo que le dije a él: lo que había bebido Tanner bastaría para mandar a la mayoría al otro barrio. La tarde entera se pasó aquí dentro, sí señor, el hombre. Me malicié que andaba triste por algo. Hasta lo vi llorar un rato, sí señor, aunque ni un alma me creería si lo contara.

—Pero está muy acostumbrado a beber, ¿no es así?

—Bien verdad es. Un cliente apreciadísimo —respondió Bob con una amplia sonrisa.

—Pero ¿no bebe normalmente en el White Hart, de Ford? —intervino Pudding.

—Va por turnos con nosotros, con el Hart y conmigo. Bebe aquí cuando no lo dejan entrar allí; bebe allí cuando lo admiten otra vez.

—Señor Walker, quisiera saber si recuerda una cosa; cuando vino a echarlo

por la mañana... ¿él estaba mojado? —preguntó Irene.

De pronto Bob se puso muy tieso y pareció quedarse avergonzado.

—¿Y cuál motivo podría tener usía para querer saber tal cosa? —preguntó, serio—. Si un hombre se ensucia o...

—¡Oh, no! No, de ese modo no —se apresuró a interrumpirlo Irene.

—¡De la lluvia! —intervino al instante Pudding.

—No alcanzo yo a...

—Perdóneme, señor Walker —dijo Irene, aturdida—. Sé que debe de parecerle una pregunta muy rara. Cuando por la mañana vino a echar al señor Tanner, ¿tenía él la ropa, las botas, o quizá el pelo, mojados, como si hubiera salido bajo la lluvia?

—Pero si no estuvo fuera lloviendo. Estaba en el cobertizo, dormido todavía como una criatura, cuando lo planté en la calle.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿se acuerda usted concretamente? ¿De si estaba mojado o seco, me refiero?

—Vaya. —Bob miró con los ojos entornados el tejado de su establecimiento y dio la impresión de pensárselo mucho—. Ahora que lo dice usía, no me recuerdo. Debía de estar seco, entonces, o si no, me habría parecido fuera de lugar y lo recordaría, ¿no? Claro que yo me puse bien empapado con andar un poco hasta el cobertizo y la lluvia además se cuele por debajo de la puerta, así que a lo mejor si estaba mojado él, yo tampoco lo hubiera encontrado fuera de lugar.

Siguió mirando fijamente el tejado y pensando, aunque por lo visto no tenía intención de añadir nada más.

—Entonces... ¿en qué quedamos? —preguntó Pudding.

—No sé yo de cierto —confesó Bob.

Pudding se desanimó un poco.

—Aunque si tuviera que decirlo, diría que seco. Diría que no se había movido ni miaja de donde yo lo solté la noche antes. Me figuro que por eso lo preguntan, ¿no? —Las miró con expresión perspicaz—. ¿Si salió de extranjis e hizo alguna fechoría, y volvió con disimulo para que yo le diera una coartada?

—Bueno... sí. Pero, por favor, no comente por ahí que estamos preguntando —le rogó Irene, con el pulso acelerado. En ese momento comprendió el miedo que le tenía a Tanner; un miedo que le nacía de muy hondo, de las entrañas.

Bob Walker inclinó la cabeza con cautela.

—Hasta donde yo sé, señora Hadleigh, él estuvo aquí todo ese tiempo.

El camino de vuelta tuvo un carácter mucho menos urgente. Pudding dejó ir tan despacio a Dundee que de vez en cuando el poni se detenía un momento a dar rápidos bocados a los setos vivos. Era como si la chica no sintiera el mínimo deseo de regresar a la granja.

—Bueno, me dio la impresión de que el señor Walker decía la verdad — afirmó Irene para romper un largo silencio que iba volviéndose tenso—. No facilitó una coartada falsa.

—Sí —convino Pudding, tristemente—. Tanner no tendría dinero para sobornarlo, de todos modos. Y mal podría amenazarlo. Bob es grande como un almiar.

—Pues... imagino que lo siguiente es: ¿cuándo empezó a llover? — aventuró Irene—. Es decir, si no empezó hasta *después* de que mataran a Alistair, da lo mismo que Tanner estuviera mojado o seco.

—Pero tampoco demostraría nada si hubiera salido del cobertizo.

—Cierto. Aunque si... aunque si no empezó a llover hasta después de que lo mataran, el que Tanner estuviera seco sigue indicando que *pudo* haber salido a hurtadillas.

—Me figuro que sí —respondió Pudding, e Irene se rindió. Eso no bastaba, como Pudding sabía muy bien.

El camino blanco rielaba delante de ellas y se nublaba de polvo detrás; el cielo estaba increíblemente radiante; unas leves volutas de nubes parecían encontrarse a una altura imposible por encima de ellas. A Irene el entornar los ojos estaba provocándole dolor de cabeza y deseó conocer alguna forma de dar ánimos a Pudding, o de alegrarla. Aunque no se le ocurría qué consuelo podía haber para ella hasta que no liberaran a su hermano, y a menos que lo liberaran. La suya sería otra vida arruinada para siempre por el mismo que les había robado a Alistair.

—Bueno, en cualquier caso todavía no hemos llegado al fondo del móvil de Tanner —dijo, a la desesperada—. ¿Por qué no vamos a hablar con el capataz de la fábrica sobre lo del despido?

Al oír sus palabras Pudding se enderezó un poco y la miró.

—¡Buena idea! Oh... pero tengo que volver para meter a Tufty y quitarlo de la hierba, que va a reventar. La verdad es que debería haberlo hecho antes de que nos fuéramos. Y a Dundee habrá que almohazarlo, con este condenado calor...

—Bueno... entonces iré yo —repuso Irene. Pocas cosas le apetecían menos que bajar a la fábrica sola y regresar justo al lugar donde habían matado a

Alistair, pero se negó a ceder ante sí misma—. Iré a ver qué descubro.

—Muy bien. Pues la dejaré en el molino —contestó Pudding.

Se produjo un momento horrible frente a la oficina de la fábrica. Irene se detuvo junto a la puerta de la antigua alquería, atrapada entre las punzantes miradas de los obreros que estaban en el patio, a su espalda, y el recordado espanto de la habitación que tenía delante. Se quedó allí un buen rato, con los ojos bajos y el corazón latiéndole fuerte, absolutamente incapaz de avanzar o retroceder. Las máquinas retumbaban; el aire olía a tizne, a metal y al río. Sabía que todos querían plantearle muchas preguntas: si vendería su lugar de trabajo, sus hogares y su tierra; qué iba a hacer ella; qué sería en adelante de sus vidas y cómo cambiarían. Y, ya fuera algo real o imaginario, sentía que le echaban la culpa de todo. Era como si una ola inmensa estuviera a punto de romper sobre su cabeza y ahogar el enfado que necesitaba para tener fuerzas. Se sobresaltó cuando se abrió la puerta de la alquería. George Turner, el capataz, salió con el rostro lleno de preocupación.

—¿Señora Hadleigh? ¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí. O sea, no, en absoluto —contestó Irene.

George inclinó la cabeza con gesto amable.

—¿No desea entrar y quitarse de este sol? Una de las muchachas acaba de traer de la cantina una jarra de té helado y debo decir que no está nada malo. Lleva mucho pepino.

La tomó por el codo y la hizo pasar.

—Gracias.

Irene no pudo evitar mirar al sitio donde la última vez Alistair yacía todo ensangrentado y muerto. George le dijo algo más, pero las palabras quedaron ahogadas por el golpeteo de sus oídos. Mientras sus ojos se esforzaban por acomodarse, durante un momento pareció que una sombra oscura no se disolvía; una zona de penumbra que podría haber sido el cuerpo de Alistair, inmóvil, o la ennegrecida costra de su sangre. Enseguida, de nuevo, la asaltó la idea del muñeco-Alistair, y de las raíces y los seres que ahora estarían construyendo sus hogares en lo que quedaba de él, enterrado en el suelo. Empezó a marearse.

—Pero siéntese, señora Hadleigh.

George volvió a rozarle el brazo e Irene, obediente, se dejó caer en una silla, respirando hondo.

—Pensamos en cerrar del todo este edificio; quizá hasta derribarlo.

Derribarlo y edificar algo nuevo para alojar las oficinas. Yo no estaba seguro... —Meneó la cabeza—. No estaba seguro de si al señor Hadleigh le hubiera gustado eso. Un gesto tan melodramático y la destrucción de una parte tan tradicional del molino. La señorita Hadleigh ha dicho que ella preferiría verlo arrasado.

—¿Ah, sí? —Irene no había oído que Nancy hiciera semejante petición; en cuanto a ella, ni había vuelto a pensar en la fábrica.

—Oh, sí. De modo muy claro. Aunque quizá esa clase de decisiones sea mejor no tomarlas en un momento de exaltación. Un edificio nuevo sería una inversión considerable. Para la persona que tuviera el control del molino.

—Aún no se ha decidido nada —repuso Irene, en tono más cortante de lo que pretendía.

—Claro que no —dijo George con suavidad—. Pero tome un poco de este té y dígame en qué puedo servirla.

—Gracias. Perdone. Yo... —Irene recuperó la calma—. Es usted muy amable. Quería preguntarle por el señor Tanner.

—¿Tanner? ¿Qué ha tramado ese tipo ahora?

—Oh... no, nada de eso. Bueno. Quería preguntarle: ¿lo despidieron de la fábrica? Me refiero a recientemente. Sé que lo han despedido más veces y luego lo han vuelto a contratar. Pudding me dijo que lo vio embriagado en el trabajo hace muy poco.

—Sí, exacto. Sí que se le despidió. Debe de hacer casi tres semanas ya.

—Entiendo —respondió Irene, procurando no alterar la voz.

—Fue una gran lástima. Llevaba un tiempo considerable sin beber, pero de repente dio la impresión de que algo lo llevaba a empezar otra vez. Y él nunca hace nada a medias, así es Tanner. Con él, un vaso lleva a veinte o treinta. El señor Hadleigh era comprensivo pero no tuvo más remedio que echarlo.

—Supongo que el señor Tanner se enfadaría mucho.

—Ah, sí, todas las bravatas de costumbre. Pero conozco bastante bien a ese hombre y sé que con quien más se enfada es consigo mismo. No es que posea la capacidad de reconocerlo, desde luego. El señor Hadleigh le dijo que volvería a recuperar su puesto si se mantenía sobrio un mes y...

—¿Cómo?

—Él sabía que recuperaría su puesto siempre que se mantuviera sobrio un mes entero. Era un acuerdo que había funcionado bastante bien otras veces; ese hombre debe de tener un buen motivo para no respetarlo, ¿sabe?

—Entonces... ¿no hubo una disputa enconada? —preguntó ella, hundida

por dentro.

George gruñó.

—Oh, con el señor Tanner siempre hay asperezas. Es un tipo que rechaza de plano cualquier muestra de caridad. Pero con los años el señor Hadleigh había descubierto su lado bueno... todo lo bueno que puede tener, claro está. Es mala gente y algunos nacen así, sin más. ¿Qué otro patrón readmitiría, una y otra vez, a un hombre en circunstancias parecidas? Me parece que poquísimos. Eso mismo le dije al subjefe de policía cuando me preguntó. Pero si su marido veía un problema, o a una persona en apuros, se encargaba de aliviar la situación, o por lo menos lo intentaba, en vez de lavarse las manos.

—Sí —contestó Irene, pensando en sí misma. El precipitado matrimonio, la nueva vida que él había procurado darle. Se le llenaron los ojos de lágrimas y el enfado creció en su pecho.

—Si me permite el comentario, señora Hadleigh, ¿por qué lo pregunta? ¿Desea retirar el ofrecimiento?

—¿Cómo? No sé, yo...

—No es que se precise tomar una decisión de forma urgente, hasta ahora Tanner no da señales de recuperar el dominio de sí mismo.

—Me temo que le he quitado demasiado tiempo, señor Turner —replicó Irene, trémula. Estaba pensando en cómo darle la noticia a Pudding; que Tanner no sólo tenía una coartada sólida, sino que carecía de verdadero motivo para hacerle daño a Alistair. Se sentía una fracasada.

—Tonterías. Su visita me ha alegrado el día enormemente —le aseguró George. Sonrió, pero de pronto desapareció la sonrisa y en su cara se pintó un gesto compungido—. Hay una cosa que me pesa en la conciencia, señora Hadleigh, y le ruego que sea indulgente y me permita... revelársela —añadió, sombrío.

Irene lo miró bien; se fijó en sus ojeras y en que había adelgazado desde la primera vez que lo vio.

—Su marido no debería haber estado aquí tan sumamente temprano el día que murió. Me había dado tiempo libre porque mi esposa... Desde que llegó nuestro pequeñín, ella ha... luchado. Contra una lasitud y un ánimo decaído que no termina de vencer. —Fijó la mirada en la mesa—. El señor Hadleigh había sido de lo más comprensivo. Varias mañanas llegué tarde al trabajo por quedarme para ayudar a Elizabeth. Él me dijo que vendría en mi lugar, muy temprano, a supervisar el cambio de turno. —Meneó la cabeza y de repente inspiró hondo, como si luchara por respirar bien—. Si me hubiera ceñido a mi

horario de costumbre, él no habría estado aquí solo a esa hora del día. Y sé que eso nunca me lo perdonaré.

—Señor Turner —dijo Irene mientras, sin pensar, alargaba el brazo para cogerle la mano y se la apretaba—. Por favor, no se atormente. Usted no tiene ninguna culpa.

De nuevo en Manor Farm, Irene vio a Pudding fuera, en el cercado, con uno de los caballos, y se apresuró a entrar sin ir a hablar con ella. Su visita a la fábrica sólo había aumentado aún más las dudas de que Tanner fuese el criminal. Si lo habían despedido y vuelto a contratar más veces, parecía muy improbable que de pronto reaccionara atacando a Alistair. Otra mala noticia, aunque Irene no acababa de comprender por qué era mala, era que la policía ya hubiera interrogado al señor Turner sobre el asunto. Igual que habían ido a hablar con Bob Walker al White Horse. Pudding e Irene se limitaban a ir tras los pasos de la policía y a toparse con la misma falta de pruebas que ellos, sin duda. Encontró a Nancy en su sala-despacho, escribiendo una lista de algo.

—Siento molestarte, Nancy —dijo, con aire distraído—. Me pregunto si te acuerdas de la hora en que empezó a llover la mañana que mataron a Alistair.

—¿Cómo? —le espetó Nancy con brusquedad, e Irene se arrugó por dentro ante la falta de tacto de su pregunta—. ¿Por qué diantres me preguntas eso?

—Lo siento mucho. He hablado sin pensar.

—Pero ¿por qué quieres saberlo?

—Es que estaba... es que estaba recordando esa mañana —contestó Irene, sabiendo de forma instintiva que a Nancy no le haría gracia que intentara demostrar la inocencia de Donald Cartwright.

Milagrosamente, su media respuesta pareció bastar.

—Sí. Mi mente juega conmigo así también —repuso Nancy—. ¿Y si esto, y si aquello...? Creo que es mejor no dejarse llevar por esos pensamientos.

—Tienes mucha razón.

Irene dio media vuelta para irse.

—Empezó bastante después de salir el sol. Hizo un amanecer rojo. — Nancy se calló un instante, sus párpados temblaron y tragó saliva—. Me despierto con los pájaros, como sabes. Había muchas nubes, pero la lluvia no empezó hasta las seis y media más o menos.

—¿Tan tarde? —murmuró Irene.

—Alrededor de la hora en que Alistair solía levantarse y por eso supuse que se quedaría en la cama. Recordarás lo que te conté que era un holgazán tremendo los días lluviosos.

—Sí. Entró temprano porque la esposa de George Turner está enferma y él ha estado quedándose un poco más en su casa.

—Sí. Lo sé.

—Así que estaba allí, en la fábrica, antes de que empezara a llover — continuó Irene, renunciando a toda esperanza de usar el clima para rebatir la coartada de Tanner.

—No sirve de nada, ¿sabes? —replicó Nancy—. Darle vueltas una y otra vez. Preguntarse si podía haberse evitado. Y sí que, por supuesto, se podía. Pero no se evitó, y ya jamás se evitará.

Al final de la jornada los percherones volvieron con ruido de cascos al patio, las macizas patas llenas de polvo hasta la babilla y el codo, la sal del sudor seca en los hombros y las ijadas. Hilarius salió del establo para recibir a sus pupilos de manos de los carreteros, vestido como siempre con su guardapolvo de lona, sin sombrero que le cubriera la calva coronilla. Se movía deprisa, sin titubeos a pesar de su avanzada edad, y los caballos obedecieron hasta la última de sus calladas órdenes y se pusieron en fila junto a la barrera de apoyo que estaba al lado del establo para que les desabrochara las bridas, y luego sacudieron los cuellos con alivio cuando les quitó las pesadas colleras. Irene lo observó desde una pequeña ventana del pasillo de abajo. Pudding se había mostrado firme al asegurar que aquel hombre no tenía nada de siniestro, pero Irene no podía evitar la sensación que experimentaba al mirarlo. Algo flotaba en torno a él, algo grave; algo frío y denso y entumecedor. Una sombra, como le había dicho a Pudding; una sombra más oscura que la que proyectaba su cuerpo enjuto y fuerte en el patio empedrado. Irene no dudaba de que la mañana aquella el viejo se habría levantado antes incluso que Nancy. Y además sabía, *sabía* que él había estado dentro de la alquería. Ignoraba cuándo, o por qué, ni por qué eso tenía importancia siquiera, pero sabía que había entrado. Hilarius podría haber encendido el fuego inexplicable en la sala de Nancy. Irene no tenía la menor idea de por qué lo haría, o de qué significaba eso. O de si significaba maldita la cosa.

Había estado dándole vueltas toda la tarde, e incluso había pasado un rato en su cuarto de escritura tomando algunas notas, tratando de establecer conexiones entre cosas que se negaban a conectarse. De pronto se dijo, con bastante viveza, que sería complicado llevarle la mala noticia a Pudding sin brindarle una buena. Una idea que seguir, un pensamiento nuevo. Y estaba dispuesta a reconocer que no sólo era por Pudding. Esa mañana, cuando había

salido a contarle lo de sus inquietantes sensaciones, por primera vez en su vida le pareció que hacía algo provechoso. Como si tras pasar, sin darse cuenta, de ser responsabilidad de sus padres a la idiota de Fin y luego, la obligación de Alistair, ahora se hiciera cargo de sí misma por primera vez. Fue un momento positivo. Y todavía mejor resultaba la idea de que, al fin, hacía algo bueno y útil por Alistair, cuando él había hecho tantas cosas buenas por ella. Era demasiado tarde, por supuesto, irremisiblemente tarde. Aunque no fuera demasiado tarde para los Cartwright. Pero, pese a sus esfuerzos, lo único que había descubierto era que quizá alguien hubiera pagado a Tanner por matar a Alistair. Tanner era pobre, un borrachín, y lo habían despedido hacía poco; acaso estuviera tan desesperado como para aceptar un encargo semejante. Sin duda aquel hombre tenía bastante agresividad, según había dicho George y ella misma había visto. Pero con eso se encontraban otra vez en la casilla inicial: tenían que buscar un motivo por el que alguien pudiera querer que Alistair muriera. A Irene le dolía muchísimo decírselo a Pudding. Le dolía muchísimo causarle una decepción; le dolía muchísimo, después de haberse ofrecido a hacerlo, no ayudarla.

Se sorprendió al ver sobre la mesa del vestíbulo una carta dirigida a ella, con una letra que le resultó familiar; la primera desde la horrible carta de Fin, que ahora le parecía haber recibido meses o años antes. La abrió apresuradamente allí mismo, asimiló el contenido con un sentimiento que oscilaba entre la felicidad y el pavor, y después fue a hablar con Nancy.

*

Mientras trabajaba, Pudding calculó varias veces cuánto tiempo quedaba hasta la vista de Donny: cuántas horas, minutos, segundos. La necesidad de hacer algo era como un tremendo picor imposible de ignorar, pero, por mucho que lo intentaba, no se le ocurría qué hacer. Como Irene no había tenido más remedio que reconocer, con evasivas, el día después de que fueran a Biddestone, hasta que no descubrieran un móvil estaban empantanadas. A la hora de almorzar aporreó la puerta principal de la casa, aparentemente para pedir un vaso de agua aunque, en realidad, con la esperanza de hablar con Irene, pero no abrió nadie. Rodeó por la parte de atrás hasta la cocina y allí estaban Clara Gosling y Florence almorzando; como se callaron también al verla, Pudding se marchó. En el establo grande, dormido en un haz de sol con el estropeado sombrero sobre la cara, encontró a Hilarius. Dormía allí en verano —tras subirse la

cena, que Clara le daba en un plato cada noche— y si alguna vez había tenido intereses fuera de las puertas de Manor Farm, hacía mucho que los había olvidado. Pudding pensó en la oscuridad que Irene decía que percibía en él, aunque le parecía una ridiculez. Tanto que le hacía dudar de todos sus extraños instintos, aunque no quería; en ese momento ella y Donny no tenían nada más. Pero Hilarius era un anciano inofensivo; de pocas palabras quizá, pero siempre había sido amable con ella y con los caballos, y nunca ganduleaba a pesar de su edad.

Le resultaba violento despertarlo, pero no tenía más remedio. Cogió una horca y se puso a arreglar el heno con mucho ruido, dejando que los dientes metálicos chirriaran contra el empedrado.

—Mira que vas a prender fuego, muchacha —dijo Hilarius con su fuerte acento, sin moverse—. Deja eso. Te he oído venir de la casa.

—Ah, hola. Siento molestarlo —repuso Pudding, al tiempo que se sentaba cerca de él. El anciano desprendía un reconfortante olor a caballos y a la melaza que les mezclaba con el forraje.

—No sé yo —gruñó él, pero se echó atrás el sombrero y la miró sin rencor—. Todavía apurada por eso, ¿eh?

—Sí. —Pudding se sentó sobre las manos para tenerlas quietas y se encogió sobre sí misma. Una costumbre infantil para parecer más pequeña—. Hasta el subjefe Blackman dijo que siempre buscaba el porqué en un caso como éste. Aunque no pareció importarle que Donny no tenga porqué ninguno; como si su... como si su forma de ser fuera motivo suficiente.

—¿Y estás tú segura de que no lo es?

—¡Pues claro!

Se enfureció al instante, pero Hilarius tenía una manera de mirar, con tal fijeza en las arrugadas rendijas de sus ojos, que Pudding incluso se paró a pensar antes de hablar de nuevo. Sondeó su propia convicción y le pareció sólida.

—Estoy completamente segura, Hilarius. Se metió en aquella pelea el año pasado, y sí que perdió la paciencia, y sí que... hirió a aquel otro. Pero había un *porqué* muy bueno: su Aoife casada con aquel tipo y a punto de tener el primer hijo. A lo mejor se ha enfadado o ha perdido los estribos otras veces, y a lo mejor ha sido... alarmante. Pero él nunca, *jamás* ha ido contra nadie.

Se produjo un breve silencio, y luego Hilarius inclinó la cabeza y volvió a taparse los ojos con el sombrero; Pudding no supo si iba a responderle.

— *Ar* —contestó por fin, que significaba que sí—. Yo pienso igual.

—¿De verdad? ¿Sí? ¿Usted no cree que fuera Donny? ¡Ay, Hilarius! Gracias.

Sin causa justificada, las esperanzas de Pudding renacieron.

—No es cuestión de dar las gracias. Y no hay nada que hacer.

—Pero... sí que *hay*. Sólo tengo que averiguar quién mató en realidad a Alistair, ¿comprende? Quería preguntarle si se le ocurre algún motivo, el motivo que sea, para que alguien pudiera guardarle rencor al señor Hadleigh. Usted lleva aquí más tiempo que nadie, ¿verdad?

—Setenta años y seguimos. Algunos días los noto todos, uno por uno.

—Vaya, pues ahí lo tiene: más tiempo que nadie. ¿Se le ocurre algo, Hilarius? ¿Cualquier cosa? Irene sigue pensando que fue el señor Tanner, que a lo mejor alguien lo contrató para que lo hiciera, pero no somos capaces de dar con una razón.

—Qué fácil que la gente le eche la culpa a esa familia —respondió Hilarius con aire desaprobador. —De nuevo se hizo un breve silencio—. Casi nada de lo que pasa por aquí tiene que ver conmigo —añadió—. Y nunca lo ha tenido. —Levantó la cabeza y dirigió a Pudding una mirada lenta y perspicaz—. No tengo respuestas que darté, muchacha, y más vale que te olvides de todo, de eso estoy cierto. Aunque te diré una cosa. De nada sirve tener una fruta en la mano y mirar a lo alto las hojas y el cielo, pensando de dónde es y por qué sabe como sabe.

—¿Una fruta? ¿Qué quiere decir? ¿Adónde debería mirar entonces?

—Mira abajo a las raíces, muchacha. Piensa en las raíces del árbol.

Pudding se lo pensó un rato, rascándose la nariz cuando el polvo del heno le hacía cosquillas. Pero antes de que planteara la siguiente pregunta Hilarius se puso a roncar bajito, de modo que se levantó silenciosamente y lo dejó echar la siesta.

Mientras volvía andando a su casa Pudding se quedó ensimismada al acordarse de su hermano y del día que regresó del hospital militar. Todos se pusieron locos de alegría al verlo, pero se esmeraron en procurar no atosigarlo, no agobiarlo ni montar demasiado jaleo. Los cuatro —incluida Ruth— fueron tras él por la casa al tiempo que Donny la descubría de nuevo con un gesto entre asombrado y perplejo, como si un sueño que hubiera tenido una vez resultara ser verdadero. Iban señalándole las cosas nuevas —un edredón azul en su cama; la altura y el tamaño de Pudding— y las cosas que estaban exactamente igual: todo lo demás. Esperando que dijera, o hiciera, algo que demostrara que seguía siendo su Donny a pesar de los horrores que

había visto y de la violencia a la que había sobrevivido, y a pesar de las advertencias del doctor Cartwright: que ahora Donny no era el mismo, que ya no le gustaba que lo abrazaran, que necesitaba tiempo. Cuatro personas vacilantes, ansiosas y alerta, que contenían la respiración y confiaban en ser pronto felices. Al volver a la cocina Donny frunció un poco el ceño y se miró la puntera de los zapatos. Subió despacio la mano derecha, como a menudo hacía al principio, para tocarse un momento la lesión de la cabeza con gesto nervioso; luego alzó la vista y dijo: «Vaya, ¿no hay una taza de té para un mozo, Ruth?» Y Ruth chasqueó la lengua y comentó que siempre les tocaba trabajar a los mismos, y todos soltaron el aliento, y, efectivamente, empezó la felicidad.

Unas fuertes pisadas dispersaron sus pensamientos y al ver que Pete Dempsey trotaba para alcanzarla, aunque no iba de uniforme, Pudding se asustó. Al instante se le secó la garganta. Desde el regreso de Donny sólo parecía encontrárselo cuando pasaba algo malo. Se acordó del año anterior, en Ford: Pete luchando por sujetar a Donny mientras éste se peleaba y luego, cuando no dejaba que se lo llevaran después de la pelea. No dudó de que Pete se acordaba también. Hacía poco Pudding había estado pensando en aquello. Se preguntó si Pete creía que Alistair seguiría vivo si a Donny lo hubieran encarcelado entonces. En ese momento Pete se le puso delante, colorado de correr con el calor. Pudding sintió el sordo golpeteo de su corazón mientras esperaba a oír qué mala noticia le llevaba esta vez.

—Hola, Pudding —la saludó él, jadeando.

—Hola, agente. ¿Qué pasa?

—Ahora no soy agente de policía, sólo Pete. No estoy de servicio.

Sonrió como si eso debiera ser gracioso, pero la sonrisa desapareció cuando Pudding no cambió de expresión.

—¿Alguna novedad en el caso? ¿Qué me cuentas?

Por lo visto, Pudding no podía hacer nada por cambiar el tono categórico de su voz, ni siquiera para tener de su lado a un policía. De todos modos, parecía inútil disimular; conocía a Pete desde que eran niños. Siempre estaba allí, era uno de su grupo de coetáneos, aunque tenía unos pocos años más que ella. Una vez lo vio vomitarse encima de las botas cuando otro chico lo desafió a comer huevas de rana del estanque de Worthy Pilton y él fue tan tonto como para hacerlo. Pete conocía a Donny de toda la vida, y le tenía respeto debido a su estatura y a su edad; también le despertaba cierto recelo, porque se mostraba muy protector con Pudding. Ahora Pete representaba la ley y eso

resultaba bastante raro; tenía poder sobre Donny y sobre todos ellos, y Pudding no sabía cómo encajar la situación. Se sentía extraña y tremendamente violenta.

Pete se quitó la gorra y se pasó los dedos por el sudoroso pelo con aire incómodo.

—No. Me temo que no hay nada nuevo —contestó.

—Pero ¿seguís buscando al verdadero criminal? —quiso saber ella, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Cómo dices? —respondió él, frunciendo el ceño de desconcierto. Enseguida, al comprenderla, desvió la mirada, azorado.

Se quedaron callados un momento.

—Vaya, más vale que vuelva a casa —comentó ella.

—Pudding, espera. —Pete extendió la mano para detenerla—. He querido decirte, desde que empezó todo esto... He querido decirte cuánto lo siento. O sea... que sé que ya tienes bastante con la enfermedad de tu madre, y ahora esto.

Carraspeó y la cara de Pudding se puso como la grana.

—Sé lo que tu Donny significa para ti, Pudding —hablaba en un tono delicado que ella nunca le había oído emplear—. Ojalá esto no hubiera acabado así. Ojalá, de verdad —repitió.

Pudding seguía sin poder mirarlo y, en vez de eso, clavó la vista en las polvorientas botas de Pete; tenía polvo y barcia en las vueltas de los pantalones. Le entraron ganas de replicar que esto no *había* acabado así y que iba a traer a Donny con su reputación muy limpia, pero pensó que no debía decirle eso a la ley. Dudaba de que a Pete le pareciera bien que ella e Irene hubieran hecho pesquisas por su cuenta. Y sabía que ni haría caso siquiera de las sensaciones clarividentes de Irene; ni a la propia Pudding la convencían del todo.

—Gracias —dijo entre dientes, y esta vez Pete la dejó marchar.

Desde la muerte de Alistair el doctor Cartwright volvía por lo general antes de que Pudding terminara de trabajar. Ahora tenía menos pacientes y en otra época a Pudding eso le habría encantado: le habría encantado que su padre no tuviera que correr tanto de acá para allá y pasara más tiempo con ellos en casa. Pero el sitio de su padre no era el jardín —nunca lo había sido, más allá de sentarse fuera en una silla plegable de vez en cuando a leer el periódico; aquél siempre fue el territorio de Louise—, de modo que el médico se

limitaba a rondar por la casa, ocioso. Y estaba tan apático, parecía tan perdido y tan cansado, que a Pudding casi empezó a darle miedo encontrárselo sentado a la mesa de la cocina al llegar. Casi nunca estaba haciendo nada: no leía el diario o una de sus revistas médicas, ni escribía sus facturas o sus encargos farmacéuticos; no escuchaba la radio; no arreglaba cualquier cosa menor y mecánica, no reponía la mecha de la estufa o bebía té, ni engrasaba la cadena de su bicicleta con las mangas arremangadas y un trapo remetido en los tirantes. Sólo estaba sentado. Igual que hacía Donny. Parecía desanimarse más aún cada día que pasaba y con cada nueva mala noticia que recibían, como la fecha de la vista de Donny. Una parte de Pudding estaba deseando lanzarse a sus brazos y ponerse a sollozar encima de él, pero no podía permitírselo. Su padre, sencillamente, parecía estar quedándose sin fuerzas. De modo que Pudding le preparaba té, le cortaba una porción de una de las tartas de Ruth y le daba palmaditas en el hombro mientras iba por la casa, haciendo lo que pudiera hacer antes de la cena.

Ruth era resuelta y firme. Pese a ser un canal de transmisión sumamente eficaz para los cotilleos, y muy sensible a ellos, mantenía su fidelidad hacia los Cartwright con un orgulloso desafío como blindaje.

—La mayoría de la gente no sabe que ha nacido —respondía, con aire críptico, cuando Pudding le daba las gracias por quedarse.

Ruth abría la puerta a las visitas con los brazos cruzados, un pañuelo de zaraza anudado fuerte en la cabeza y una expresión amenazadora en el poco atractivo rostro que desafiaba a la gente a escudriñar dentro, a expresar su parecer o a quedarse escuchando con disimulo. No es que pasaran por allí muchas personas; llevaban tiempo sin ir, con lo de que Louise Cartwright no se encontraba bien. Pudding sabía que si Ruth los hubiera abandonado, las cosas habrían ido mucho peor. Todos habrían pasado hambre, para empezar, pues aparte de saber preparar pan tostado con huevos revueltos, ella era una pésima cocinera. Y eso que ninguno tenía mucho apetito y Pudding, la que menos. En tiempos el comer le levantaba el ánimo: gruesas rebanadas de pan de fruta untadas de mantequilla; bocadillos de panceta las mañanas frías antes del trabajo; fresas del huerto nadando en nata. Ahora cuando tenía un plato delante sólo pensaba en Donny metido en la celda de la New Bridewell de Devizes, tomando guiso carcelario y deseando estar en casa. Sus padres no parecían notar su inapetencia y las comidas casi siempre transcurrían en silencio. Esa noche su padre estaba incluso más callado que de costumbre.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Ha pasado algo? —preguntó, cuando Ruth se

marchó y su madre ya estaba arriba. La frente del médico era toda arrugas y sus labios estaban pálidos. Él hizo un gesto negativo—. Por favor, dímelo — insistió ella.

—Hoy hablé con un colega, el doctor Whitley, en Devizes. Lo habían... llamado de la cárcel para atender a Donny —contestó su padre.

Pudding dio un grito ahogado.

—¿Por qué? ¿Se encuentra bien? ¿Qué sucedió? ¿Está enfermo?

—¡*Shh* , tu madre no debe enterarse! Ya está bien, pero el doctor Whitley tuvo que darle un sedante para tranquilizarlo, para... darle unos puntos de sutura. —Mientras hablaba el médico había estado mirando hacia abajo, jugueteando con las gafas, pero ahora alzó la vista. Pudding lo miró también, horrorizada—. Lo que le contaron fue que Donny se había peleado con uno de los otros internos. No... no supo decirme por qué fue la pelea...

—¡Pero eso tiene que ser un error! Donny no se pelearía, y...

—Pudding, por favor, escucha. La pelea no fue especialmente grave. Pero a Donny hubo que darle puntos en la mano donde... donde golpeó al otro y hubo que darle puntos en una herida en la cabeza... una herida en la cabeza que... que...

—¿Que qué?

—Que se hizo él mismo. Cuando volvió a la celda. Se... se dio cabezazos contra la pared. Se vieron obligados a contenerlo.

Durante un buen rato a Pudding no se le ocurrió ni una sola palabra que decir. Tragó saliva, con esfuerzo.

—Pobre Donny, pobrecito —susurró, por fin, y su voz sonó temblorosa, medio entrecortada.

—Sí —repuso su padre.

—Debe de odiar estar allí metido. ¡Debe de resultarle absolutamente insoportable! Ellos no lo entienden... ¡no entienden cómo es él! ¡Y tienen que permitirle que haga... que haga las cosas a su ritmo! Y enseñarle cómo se hacen. ¡Apuesto a que ese otro tipo, sea quien sea, apuesto a que se metió con Donny y lo empujó a pelear!

—Pudding...

—¿Por qué iba a darse con la cabeza en la pared? ¿Por qué? ¡Debe de resultarle completamente insoportable aquello! —Se echó a llorar e intentó contener el llanto—. ¡*Tienen* que dejar que vuelva! —murmuró.

—Ojalá. Yo lo deseo más que nada en el mundo, cielo. Está claro que no puede... que no puede sobrellevarlo.

El médico meneó la cabeza con expresión de impotencia.

—¿No podemos dirigirnos al juez para que le permita volver? Una sentencia especial, o algo así... ¡circunstancias especiales! Donny no es igual que los demás...

—Nuestra mejor perspectiva es conseguir que el juez lo acuse de homicidio involuntario; entonces quizá le consintieran salir bajo fianza. Si la fijan en una cantidad que podamos asumir. Pero si se mete en más problemas...

—Ay, no... Lo usarán contra él, ¿verdad?

—Me temo que podrían, Pudding. Me temo que podrían.

—¡Pero eso es muy *injusto* ! ¡Ni siquiera ha hecho nada malo!

—Pudding.

El médico se tapó los ojos con una mano y meneó levemente la cabeza, como si no aguantara oírlo. Pudding inspiró varias veces para calmarse. La conmovía el visible dolor de su padre; aquello lo aplastaba, lo empequeñecía.

—No debes renunciar a todo, papá —le dijo—. Voy a pensar en la manera de traerlo a casa. De verdad que sí. Te lo prometo.

—Cielo —contestó él con una triste sonrisa—, no debes hacer promesas que no puedas cumplir. En particular, no debes hacértelas a ti misma.

—Pero es que la *cumpliré* .

Pudding sintió que algo le subía por dentro, algo muy parecido a la ira. El médico volvió a menear la cabeza.

—Siento muchísimo que haya sucedido todo esto, Pudding, y que tu joven vida vaya a cargar siempre con la marca de esta... época tenebrosa. Me conforta el corazón ver lo leal que eres para con Donald; me conforta el corazón y me lo destroza.

Se levantó y se fue en silencio; debía ayudar a su mujer a prepararse para ir a dormir.

Pudding estuvo toda la noche atrapada en los bajíos de un sueño agitado, atormentada al pensar en Donny hiriéndose y al pensar que, en cualquier momento, podrían provocarlo hasta que hiciera algo que lo tuviera encerrado para siempre. Por la mañana se notó la cabeza embotada, con hormigueos. Le costaba pensar con claridad pero decidió el siguiente paso que iba a dar: Ma Tanner. Una especie de sabia, alguien que conocía Slaughterford y a su gente como la palma de su mano, y que había avisado a Pudding y a Irene del cambio. Nadie estaba más próximo al propio Tanner y, probablemente, nadie

como ella sabría dónde había estado él, y qué había hecho.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Irene cuando Pudding se lo contó—. Es decir... dado que nuestro principal sospechoso es su hijo, y eso.

—Vaya —respondió Pudding frunciendo el ceño—, ¿todavía es nuestro principal sospechoso? De todas formas, no hay por qué decírselo a ella, ¿no? Fingiremos que no tenemos ni idea y a lo mejor se le escapa algo.

—¿Fingiremos? —Irene hizo un gesto negativo—. Perdona, pero ahora no puedo acompañarte, Pudding, tengo que ir a Corsham. Mi madre viene a verme. Al fin. —La voz de Irene tenía un tono extraño que Pudding no supo descifrar—. Aunque nunca fue madrugadora. Si esperas hasta mañana, quizá...

—¡No! —Pudding tomó aliento y se imaginó a Donny dándose cabezazos contra las paredes de su celda. Se planteó si contárselo a Irene pero no quiso que creyera que Donny estaba desquiciado. Que era una persona violenta. Le resultaba casi intolerable pensar en el dolor y la confusión que debía de sentir su hermano—. Es decir, no, está bien; iré sola. Las cosas hay que hacerlas en caliente.

—Bien. Recuerda actuar con tacto, ¿eh? —dijo Irene; parecía no estar muy segura.

Pudding asintió con la cabeza pero no tuvo valor para hablar. El tacto no le servía de nada a Donny. Revisó los caballos deprisa, les dio de comer y les llenó el abrevadero, impaciente por ponerse en marcha colina abajo. Si hacía algo — *cualquier* cosa— para traer de vuelta a su hermano, Pudding iba tirando; le parecía que podía respirar, a pesar de todo el miedo y de lo atroz de la situación, y del inmenso vacío que había quedado en el mundo donde antes estaba Alistair. Cuando no hacía nada era como si se ahogara.

Tras llamar a la puerta de Thatch Cottage oyó apresurados sonidos dentro —el crujir de madera del suelo, pasos en la escalera, susurros amortiguados—; luego abrió Trish Tanner, la esposa de Tanner, y por su cara pasaron rápidamente una serie de expresiones: desde temor hasta absoluto alivio y, por fin, una furtiva incertidumbre que parecía casi culpable.

—Pudding Cartwright —dijo en tono neutro, sin abrir mucho más la puerta.

—Hola, señora Tanner. Siento molestarla. —Pudding esperó un instante a que la señora Tanner contestara que no la molestaba, pero Trish no dijo nada—. Ehh... me pregunto si podría entrar a hablar un momentito de una cosa con su madre.

—Suegra. Ahora no es buen momento.

—Oh. Ah. Vaya, es que creo que es bastante importante —insistió Pudding—. ¿Puedo? No le quitaré mucho tiempo.

—¿Es la chica del médico? —La voz de Ma Tanner llegó desde dentro—. Deja que pase, si tiene algo que decir.

Pudding sonrió, esperanzada, pero de nuevo aquel destello de miedo apareció en los ojos de la señora Tanner y en el piso de arriba sonó un golpetazo que la hizo estremecerse. Con todo, abrió más la puerta y dio un paso atrás.

—Pues más vale que entres.

—Gracias.

Dentro se hizo el silencio y Pudding se sintió incluso más observada que cuando había ido con Irene, aunque ahora había menos niños por allí y el abuelo de la carriola dormía profundamente, con la mandíbula colgando abierta y los globos oculares yendo y viniendo, rápidos, tras los párpados. Las ventanas estaban tapadas con gruesos fieltros y la oscuridad artificial resultaba sofocante, peor que la otra vez. Pudding parpadeó, esforzándose por ver mientras se le acomodaban los ojos, que venían de la radiante luz de fuera; inspiró más hondo, parecía que le faltaba el aire. Ma Tanner no estaba en la butaca al lado de la estufa, sino añadiendo diversas raíces picadas a una olla de caldo, alargando la mano hasta los estantes más altos para coger hierbas aromáticas. Sus movimientos eran rápidos y seguros; Pudding se quedó mirándola y se dio cuenta de que era la primera vez que la veía de pie, y de que siempre había supuesto que Ma no podía andar. Ma le lanzó una maliciosa sonrisa.

—Todavía hay vida en este pobre cuerpo —comentó.

—Sí —contestó Pudding.

—Siéntate. No creí que tardaras mucho en venir llamando otra vez. Me temo que aquí no vas a encontrar alegría, te lo advierto.

—Oh.

—Pero pregunta. —Dejó la gran tajadera y se secó las arrugadas manos en la falda mientras se sentaba, a su vez—. ¿Algo para ayudarte a dormir, quizá? ¿Algo para ayudar al médico a relajarse?

—No, no, nada de eso. Gracias. —Pudding intentó identificar el extraño tono de Ma Tanner. Parecía burlón, aunque sólo en la superficie, sin calar hasta el fondo. Como si escondiera algo más—. Quería preguntarle... —Se calló un momento y se lo pensó bien. Hablar sin revelar sus recelos iba a ser complicado. Por alguna razón, le pareció que sólo contaba con esta única

oportunidad para hacer la pregunta correcta. Desde la mesa Trish Tanner las observaba, escuchando con todo descaro. Su rostro volvía a ser inexpresivo, aparte de la tensión habitual—. Cuando vinimos con aquella muñeca que encontró la señora Hadleigh y usted dijo que venía el cambio... ¿fue la muerte de Alistair lo que vio?

Durante el breve silencio posterior, metida en la agobiante oscuridad, Pudding supo que había acertado. Ma Tanner la observó un buen rato. Sus ojos brillaban a la escasa luz.

—No exactamente —respondió por fin.

—¿Y algo relacionado con ella?

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—Eso no puedo decírtelo, muchacha.

La anciana se echó atrás, aunque sin apartar un segundo la mirada.

—¿Aquello le indicó a usted...? ¿Averiguó algo de Donny por aquello? ¿Supo que lo... lo acusarían de algo y que se lo llevarían?

—No.

Durante unos instantes una progresiva inquietud asomó a los ojos de Ma Tanner y luego su rostro se endureció hasta sofocarla.

—Él no es del todo tu hermano desde la guerra, ¿verdad? No anda acorde del todo —comentó, secamente.

—¡Vaya, pues claro que sigue siendo mi hermano! Está un poco... cambiado, a lo mejor. Un poco menos capaz. Pero, aun así, es Donny, por completo.

—Se lleva todo más fácil ahora, sin él, quizá.

—¡No, en absoluto! ¿Cómo puede decir eso? —A Pudding se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces se dio cuenta de que si la vida era una red con que pescar la felicidad, a la suya el perder a Donny le haría un agujero demasiado grande. No tenía ninguna esperanza de superar lo demás, su madre, y Alistair, sin él—. Nos morimos de ganas de tenerlo en casa. Y no hay nadie más bondadoso que él, de verdad, con independencia de lo que le hiciera la guerra. Que sobreviviera a todo aquello sólo para que lo ahorquen ahora... para que lo tengan ya siempre por un asesino, cuando no lo es ni muchísimo menos... Es insoportable.

Se sonó la nariz en el gurrño de pañuelo que no paraba de usar y Ma Tanner se mantuvo en silencio. Ella y su nuera se miraron fijamente, inmóviles, como si esperaran una señal, como si escucharan.

—Por favor —prosiguió Pudding—. Si sabe cualquier cosa que pudiera ayudarlo, por favor, dígamelo. Aunque sólo sea una corazonada... una idea. *Cualquier* cosa. Hilarius me dijo que buscara las raíces del asunto, pero la verdad es que no sé a qué se refería.

—Ese gitano viejo es más listo de lo que aparenta —comentó Ma Tanner.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Se refería a que todas las vidas de este lugar, aquí en el valle, en Slaughterford, todas las vidas están enmarañadas. Desde hace años. Años y años.

—Entonces... ¿hay alguien que le guarda... que le guardaba rencor a Alistair? ¿Que tenía alguna queja contra él por algo que pasó mucho antes?

—Podría ser. O algo que los de antes de él hicieron, a lo mejor. Tú eres demasiado pequeña todavía para entenderlo, muchacha, pero las raíces de las cosas ahondan mucho. Seguro que a ti te parece que el invierno fue hace mucho tiempo, ¿verdad? —Sonrió—. Seguro que te parece que últimamente han pasado muchas cosas. Pues eso es una gota de agua en el mar. Hay muchas cosas que quedan muy lejos de tu alcance. Cosas que no puedes comprender. Pero hasta el último detalle de la vida pasa por una razón, sobre todo las cosas más terribles.

—Ya está bien —masculló Trish con aspereza.

Pudding la miró y en sus ojos vio un temor que no se compadecía con el tono airado de su voz. Ma Tanner gruñó.

—Supongo que sí; sí.

Se puso de pie.

—Pero espere... ¡no me ha dicho nada! —protestó Pudding.

—Te he dicho todo lo que puedo. Si no puedes soltar al chaval, busca más lejos la causa de todo esto. Ahora, andando. Tú tienes un trabajo al que acudir y yo tengo que acabar este estofado. Ha empezado la siega de la cebada, los chicos volverán con las tripas vacías a mediodía.

Sintiéndose enfadada e inútil, Pudding se levantó y de nuevo fue detrás de Trish Tanner hacia la puerta. Allí la mujer la asió del brazo un momento.

—Déjalo estar, muchacha —murmuró—. Por favor. Ma no puede ayudarte y no harás más que causar problemas.

—Pero... ¡si mi familia ya no puede *tener* más problemas!

—Créeme que sí.

—Lo ahorcarán... ahorcarán a Donny. No puedo dejar que eso pase.

—Inténtalo —contestó la señora Tanner, y trató de cerrar la puerta.

Pudding metió una bota en medio.

—¿Usted sabe quién fue? ¿Usted sabe quién mató al señor Hadleigh? — preguntó en un susurro.

—¡Pues claro que no, maldita sea! ¿De qué nos acusas? Siempre lo mismo, ¿no? Ha habido un crimen, así que tiene que ser un Tanner, ¿eh? Pues no vuelvas a venir más por aquí con esas preguntas, si sabes lo que te conviene.

De una patada, le apartó el pie y cerró dando un portazo.

Convencida de que la casa tenía ojos, Pudding cruzó a toda prisa el árido patio, lleno de barro seco y agrietado, con el olor del excusado más fuerte que nunca y donde sólo crecían ortigas y una hiedra polvorienta. Thatch Cottage siempre había sido un lugar del que no había que fiarse, un lugar que despertaba una fascinación un poco peligrosa. Ahora, por primera vez, Pudding se dijo que era el sitio más triste del valle, aparte de su propia casa, por supuesto. Se quedó unos instantes en el reseco camino, con la única compañía de una gorda e insistente moscarda, mirando la fábrica. Vio la imponente tapia de ladrillo de la nueva nave del generador, construida encima de la primitiva casa del molino; vio la antigua alquería, en cuyos establos ahora se guardaban piezas de repuesto de las máquinas en vez de animales, con las porquerizas transformadas en servicios para los obreros. Vio el By Brook partido en dos, con el agua dividida entre su curso natural y el caz, e incluso en un tercer conducto allá río abajo: el tubo descubierto de las aguas residuales, que se sacaban con un sifón a las balsas del tinte para mantener puro el río más al sur. Capas de vida, trabajo y laboriosidad; raíces que se remontaban a muchísimos años atrás. Pudding deseó que Irene la hubiera acompañado, después de todo. Echaba de menos su opinión, y su forma prudente de escuchar y pensar, pero se figuró que estaba bien que la madre de Irene viniera a verla. No había ido a visitarla nadie más. Repasó lo que le habían contado y la cosa se reducía a que tanto Hilarius como Ma Tanner creían que el *porqué* de la muerte de Alistair se encontraba más atrás en el pasado. Aunque Pudding seguía sin tener ni idea de qué era ni de en qué momento del pasado estaba ese *porqué*.

Había recorrido medio camino de vuelta a Manor Farm cuando volvió a oír en su cabeza algo que Ma había dicho y de pronto aquello le trajo un recuerdo. «Sobre todo las cosas más terribles». Las más terribles. El instante de conexión golpeó a Pudding como una cachiporra. Se detuvo en mitad de la calle, junto al puente, y los dos chavales que cruzaban conduciendo el pequeño camión de media pasta desde Rag Mill tuvieron que dar un volantazo y

rodearla, porque ella hizo caso omiso de sus gritos. La siguiente bocanada de aire que inspiró estaba llena de humo grasiento del motor del camión. El corazón se le había acelerado tanto, y le latía tan fuerte, que notaba cómo le chocaba contra las costillas. Durante unos segundos Pudding se quedó clavada allí, con las piernas temblándole y un escalofrío recorriéndole la piel. Pero cuando pasó aquel momento de parálisis giró sobre sus talones y corrió hacia su casa lo más rápido que pudo.

Las cinco mujeres de Weavern Farm aguardaban a que estallara la tormenta. Como medida de precaución, Rose se había asegurado de que ninguna de las chicas estuviera por allí hasta que ella le contara al padre que Clemmie estaba encinta. Ninguna tenía ni idea de cuál sería su reacción, ni de quién sería el principal objeto de su ira. Durante un día entero el trabajo de la granja se realizó casi en silencio; cualquier comunicación entre las hermanas y la madre se llevaba a cabo mediante elocuentes miradas y gestos disimulados, como si William tuviera el don de la omnipresencia y fuera a caer sobre ellas en cualquier instante. Como si, sólo entonces, fueran tan mudas como la propia Clemmie. Hacía un día abrasador. Las vacas, decaídas, permanecían a la sombra, rumiando con los ojos cerrados; las gallinas, atontadas, no salían de debajo del gallinero; el rumor del río se había calmado, el agua estaba más tranquila y reposada. La piel se cubría de gotas de sudor, en parte, al menos, producto de la insoportable tensión. Cuando, a media tarde, William salió de la casa con un portazo todas se quedaron inmóviles. Pero él se limitó a alejarse dando zancadas por el empinado sendero que iba hacia el camino de Weavern, con los puños cerrados y los hombros erguidos, y dejó que su mujer y sus hijas se miraran una vez más, confusas.

—Bueno, mamá, ¿qué ha dicho? —preguntó Mary mientras se apiñaban en el relativo fresco de la vaquería.

Rose se encogió de hombros, atribulada. Seguía sin perdonar que las chicas no le contaran que Clemmie tenía un novio y, por extensión, que dejaran que se quedase embarazada.

—Casi no dijo ni miaja. Sólo se quedó callado —respondió, lacónica.

—¿Callado de enfadado? ¿O de triste? ¿O de qué? —insistió Josie.

Clemmie, detrás de ella, se sentía rara por ser causa de tanto disgusto, y también porque todo aquello marchara casi sin consultarla. Como si su

embarazo fuera algo aparte, que tenían que manejar las otras. Clemmie no opinaba así. Era como si hablaran sobre su corazón. Como si se preguntaran qué harían con el corazón de Clemmie.

A través de los años habían nacido muchos bebés ilegítimos en Ford y en Slaughterford, y muchas parejas se habían visto forzadas a casarse a toda prisa; por lo general, se consideraba más bien mala suerte que deshonra. Pero con Clemmie parecía ser distinto, porque *Clemmie* era distinta. Como si el que se hubiera metido en un lío sólo pudiera ser consecuencia de una fechoría. Como si la propia Clemmie aún fuera una niña sin entendimiento. Su madre y sus hermanas intentaron, con todos los tonos de voz de que disponían, que las llevara hasta el padre del bebé, y Clemmie se limitó a cerrarse en banda cuando procuraron sacárselo a la fuerza. Al final del segundo día, tras quedar claro que el estallido de William que esperaban todas no iba a producirse, una doble arruga apareció entre las cejas de Rose. Después de la cena, mientras fuera el cielo cambiaba de dorado a gris, hizo salir a las chicas de la cocina; se quedaron en la escalera, tratando de oír las palabras que decían, crispadas y en voz muy queda. «Alguien se ha aprovechado de ella... ¿y tú no vas a hacer maldita la cosa, Will?», —oyeron que decía su madre, al final, con toda claridad.

William respondió demasiado bajo como para entenderlo. Josie cogió la mano de Clemmie y se la apretó, y hasta Liz parecía inquieta... decepcionada, casi. Clemmie deseó poder decirles que no pasaba nada, que no estaba preocupada ni asustada. Eli haría un plan —ya estaba haciendo un plan— y tenía intención de casarse con ella, cuanto antes, y todo saldría bien. Amaba ya al bebé casi tanto como amaba a Eli y en lo más hondo sabía que nada tan amado podía darle problemas.

—Mamá lo arreglará, Clem —le aseguró Mary en tono nada convencido.

«Pero si no hay nada que arreglar», no contestó Clemmie. Más tarde, cuando Clemmie se fue a pasear, Liz frunció el ceño.

—¿No debería quedarse en casa? —preguntó, dirigiéndose a todo el que la quiso escuchar.

—Déjala tranquila, si es feliz. No lo será mucho tiempo. Y no puede pasarle nada mucho peor de lo que ya le ha pasado, ¿no? —replicó Rose. Después meneó la cabeza, hundió la barbilla en el pecho y se tapó fuerte la boca con una mano.

Desde luego, trataron de seguirla. Lo intentaron en más de una ocasión, pero no tenían costumbre de ir calladas, ni capacidad para hacerlo. Una vez

Clemmie las llevó por la pendiente más pina hasta la cantera y luego se escurrió una grieta oculta, donde se escondió hasta que se rindieron. Sonriendo, las oyó esforzarse por recuperar el aliento, a Mary y a Liz.

—No puede desaparecer así sin más, demonios —exclamaba Liz, mirando a todos lados—. ¡Clemmie Matlock! ¡Eres un incordio para todas! —gritaba, enfadada.

Otra vez intentó seguirla Rose, pero su madre hacía todavía más ruido y era todavía menos sutil que sus hermanas, y fue igual de fácil zafarse de ella. Clemmie siempre se aseguraba de que estuvieran bien lejos antes de ir a reunirse con Eli, y cuando por fin logró que entendiera lo del bebé, él se quedó atónito. Abrió la boca de un modo muy gracioso y sus ojos se vaciaron de todo pensamiento, de manera que parecía pasmado, y Clemmie se echó a reír, encantada. No tenía la menor duda de que se pondría contento cuando la idea se asentara dentro de él y arraigara. Estaba en lo cierto: Eli la abrazó muy fuerte, respirando como si hubiera echado una carrera, y algo parecido a un salvaje triunfo iluminó su mirada. Entonces la soltó bruscamente.

—Tendré que tratarte con suavidad ahora, ¿verdad, mi Clem? —comentó—. Aunque no sé cómo lo conseguiré.

Le puso las manos en torno a la cintura, que parecía, si acaso, más pequeña ahora que las caderas y el pecho se le habían desplegado. Clemmie negó con la cabeza, sonriendo. Se sentía lo contrario de frágil. Se sentía fuerte, viva, poderosa. Le parecía que sería capaz de proteger al bebé de cualquier cosa que ocurriera, fuera lo que fuese. Todavía era de lo más diminuto —aún no había notado que se moviera y su tripa no estaba más redondeada que antes—, pero sabía que aquella sensación de vida, aquella sensación de fuerza manaba de él. Se había adueñado de todo su cuerpo, y estaba preparándola para que creciera y lo protegiera, y a Clemmie eso la hacía absolutamente feliz. Eli la besó por toda la cara, y luego tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos, muy serio.

—Yo no seré como mi padre, Clemmie. Te lo juro por mi vida. Este niño nuestro no sentirá nunca un revés de mi mano; y cumpliré con él y contigo. Buscaré un cuarto para nosotros y encontraré trabajo. Vamos a tener una vida buena... los tres. Te lo juro.

Clemmie deseó poder decir que creía en él, que sabía que sería así. En vez de eso hizo un gesto afirmativo.

—No cuentes nada por ahora, porque armarán todos una buena si saben que somos nosotros. Si saben que soy yo —le pidió Eli, y ella sonrió, contenta;

entre los dos todo era tan fácil que a veces él olvidaba que Clemmie no podía decirle nada a nadie.

Esa comodidad escaseaba clamorosamente en Weavern Farm, y muy en especial en Rose, que se irritaba y se impacientaba y no paraba de hacer cábalas sobre quién sería el padre del bebé.

—¿Quieres dejarlo de una puñetera vez? Está claro que no vale de nada tratar de hacer que nos diga quién fue: él la tiene alelada —le espetó un día William, por fin, al tiempo que observaba a su hija con una airada tristeza que era casi repugnancia.

Y como aquélla parecía ser su última palabra sobre el asunto, quedó por cuenta de Rose hacer lo que pensaba que debía hacerse a continuación. La mañana siguiente se puso su mejor vestido y un sombrero de paja con una arrugada cinta azul, que solía reservar para la iglesia, la fiesta de la cosecha y otras ocasiones por el estilo, y ordenó a su hija muda que hiciera lo propio.

—Venga, no me des largas —le dijo a Clemmie, cuyas silenciosas preguntas de adónde iban quedaron sin respuesta.

Clemmie no tenía zapatos de los domingos y, por lo general, en verano iba descalza, pero Rose la obligó a ponerse las botas, sin hacer caso de sus protestas. Luego emprendieron la marcha hasta el camino de Weavern y después hacia Slaughterford, y, aunque andaba dócilmente, Clemmie sintió cada vez más desasosiego. A menudo le resultaba un misterio cómo la gente sabía las cosas que sabía; ella ni advertía muchas de las relaciones que entablaban unos con otros, pues era reservada. Pero Rose dejó atrás a buen paso Thatch Cottage, sin mirarlo siquiera, y Clemmie se relajó sólo un poco. El sudor calaba la espalda del vestido de su madre formando un óvalo por debajo de la cintura y Clemmie le tiró de la mano para procurar que fuera más despacio, pero Rose se la sacudió de encima.

—No, Clem, esto hay que solucionarlo —murmuró, pensando en otra cosa.

Iban a Manor Farm y, al darse cuenta, Clemmie intentó negarse otra vez, pero Rose le lanzó una mirada feroz que la hizo entrar en vereda. Después no paró de moverse, nerviosa, mientras su madre llamaba fuerte a la puerta. La jaca las miró desde su casilla con las orejas erguidas; Hilarius, el mozo de los caballos, cruzó hacia el establo y alzó una huesuda mano en un saludo militar al pasar. Clemmie fue a saludarlo a su vez, pero él ya se había alejado. Entonces la puerta se abrió, y Rose agarró fuerte la mano de Clemmie, y el ama de llaves las hizo pasar a un fresco y añejo salón que estaba al fondo de la casa. En el repentino silencio Rose se sintió incómoda. Tenía la cara

colorada y húmeda de la caminata, e intentó en vano secarse el sudor con los dedos. Mechones de pequeños y apretados rizos, tan indómitos como los de Clemmie, se le habían escapado de debajo de la toca, y cuando se vio en el manchado espejo de encima de la chimenea se quedó boquiabierta de horror. Parecían un par de espantajos y Rose se ruborizó más todavía. Clemmie se encogió de hombros para decir que no importaba, pero en ese momento Nancy Hadleigh entró en el cuarto con su habitual brusquedad, y Clemmie reculó un poco y se puso a mirar el dibujo de retorcidas enredaderas y flores de la alfombra, y sus botas sucias, que la manchaban.

Nancy cerró la puerta y fue a sentarse en una de las butacas. Llevaba un sencillo vestido negro sin adornos ni joyas. Iba peinada hacia atrás, el pelo impecablemente recogido con peinecillos de carey, y su profunda calma presentaba un contraste radical con las visitantes. Clemmie notó que Nancy afilaba la hoja de su antipatía hacia ellas; hacia ella. En ese momento lo que más deseaba era irse de allí y se preguntó qué diantres tenía pensado decir su madre.

—¿Quieren sentarse? La señora Mattock, ¿verdad? —dijo Nancy.

—Matlock, excelencia. Rose Matlock, y ésta es mi hija, Clemmie.

Era evidente que Rose estaba nerviosa; sus ojos, muy abiertos, vagaban por la habitación y Nancy esbozó una leve sonrisa.

—Nada de excelencias —replicó—. Con señorita Hadleigh basta. Sí, conozco a Clemmie. La que ha estado recibiendo clases de hablar, abajo en la fábrica. Y bien, ¿qué las trae a verme?

—Bueno —contestó Rose. Le hizo una seña con la cabeza a Clemmie y se sentaron, incómodas, una al lado de otra en un sofá—. Siento molestarla a usted, pero estoy devanándome los sesos sobre qué hacer. Es aquí mi hija. Está... va a traer familia.

—Ah —repuso Nancy—. Y, sin embargo, no he oído campanas de boda recientemente, ¿verdad?

—No. No, no ha habido boda, todavía.

—No parece... encinta. ¿Está usted segura?

—Huy, sí. O sea, todo lo segura que puedo estar hasta que no empiece a redondearse por la barriga y el seno. Pero bastante segura.

Se produjo un breve silencio y Nancy no se inmutó.

—Continúe, señora Mattock.

Su tono era glacial.

—Sí. Bueno, señorita Hadleigh, aquí mi Clem no puede hablar, como usted

sabe, a pesar de los amables esfuerzos del señor Hadleigh por curarla. Así que no puede decirnos quién fue el que se aprovechó de ella.

—Sí, entiendo la dificultad de que lo haga.

Otro breve silencio y la mirada de acero de Nancy se clavó en Clemmie. Rose tragó saliva, y Clemmie comprendió con súbita claridad lo que las palabras de su madre, y lo que ésta daba a entender, podía parecer que sugerían. A Nancy Hadleigh nunca le habían gustado sus clases y ya una vez había echado a Clemmie con cajas destempladas de la granja. Se levantó para irse, pero Rose volvió a sentarla de un tirón.

—¡Estate quieta, Clemmie! Bueno, exce... señorita Hadleigh, con lo de que Clemmie lleva la leche al molino casi todos los días, no puedo dejar de preguntarme si es ahí donde conoció al tipo, sea quien sea. Y sé que habría sido mejor decírselo al señor Hadleigh, pero como no es posible... Mis otras hijas me dicen que Clemmie tiene un novio, ¿sabe?, pero no quiere decirnos quién es, así que no tengo más forma de descubrir a ese hombre... para obligarlo a casarse con ella, ya sabe, y que cumpla con ella.

—Si él es libre para casarse y quiere —señaló Nancy, con frialdad.

— *Ar* . Eso es —respondió Rose, triste, como si no se hubiera planteado esa posibilidad—. Espero que comprenda usted que sólo la desesperación me trae aquí para presentar semejante cosa sin tapujos. Pero esperaba que usted a lo mejor entendía cómo pudo pasar una cosa así y a lo mejor estaba dispuesta a... a mantenerlo en secreto. No tengo ninguna duda de que el mundo entero se enteraría, y bien rápido, si yo fuera y me pusiera a hacer preguntas por el molino. Pero quería pedirle si podría usted ayudarnos. Si tenía usted alguna idea de quién podría ser el miserable. No vemos nada de lo que pasa, allá en Weavern, pero a lo mejor usted la ha visto salir con un joven, o a lo mejor hablar con uno de sus trabajadores, abajo en el molino...

El silencio de la habitación era atronador. Clemmie no se atrevía a levantar la vista. No soportaba oír hablar en esos términos de su vida, de su amor. No había nada vergonzoso en lo que ella y Eli habían hecho, nada mínimamente humillante. O, al menos, no lo había hasta ese momento. Nancy Hadleigh parecía impasible, si bien irradiaba indignación. Desconcertada, Rose siguió insistiendo, aunque Clemmie le tiraba de la mano para hacerla callar.

—Él sabía, ¿sabe usted?, que ella no podía delatarlo. ¿Comprende usted? Sea quien sea, eso él lo sabía, y pensó que podía hacer lo que le diera la gana con ella, y desgraciarla, y no pechar con las consecuencias.

—¿Qué es exactamente lo que insinúa? —preguntó Nancy.

Rose se quedó mirándola e hizo un pequeño gesto negativo, y cuando contestó parecía tener la boca seca.

—No insinúo, excel... señorita Hadleigh... Yo sólo quería preguntar si la había visto usted por el molino con alguien, o si alguno de los hombres que trabajan para usted en el molino ha hablado de esto...

Terminó callándose bajo el frío foco de la desconfianza de Nancy.

—No —respondió ésta por fin—. No la he visto por ahí con nadie, ni he oído nada de esto. No es que yo tenga costumbre de preocuparme por los tejemanejes más sucios del personal. Toda la gente como usted se ha acostumbrado demasiado a que Alistair sea amable y en exceso indulgente. Tal vez él *hubiera* intentado ayudarla, como parece creer. Pero eso no habría sido apropiado, como tampoco lo es que usted lo pida. Y la verdad es que no entiendo cómo podemos ayudarla. A mí me parece que es un asunto que ha de resolver su familia, tal vez con más discreción de la que hoy ha mostrado usted aquí. Supongo que para la reputación de su familia sería mejor que esto no fuera de dominio público.

Se puso de pie, de modo que lo mismo hicieron Rose y Clemmie.

—Pero ¿qué debo hacer entonces? ¿Con lo de sacar a la luz a ese tipo? — se apresuró a preguntar Rose, en un último y desesperado intento, mientras Nancy abría la puerta para despedirlas.

Nancy miró a Clemmie fijamente y Clemmie se echó hacia atrás, rehuyéndola.

—Tenemos más que suficiente de que ocuparnos aquí en este momento, señora Mattock —contestó Nancy con voz crispada—. Agradeceré a usted que no nos endose sus problemas también.

Volvieron a bajar la colina en silencio, Rose con la misma resolución que antes, tirando de la mano de Clemmie cuando ésta se rezagaba. Clemmie sintió deseos de decir: «Basta . No pasa nada, mamá, no hay por qué formar tanto alboroto». Cuando llegaron al puente Rose se revolvió contra ella.

—¡Ay, pero *venga* , Clem! ¿Por qué tienes que quedarte atrás así? —Tomó una enorme bocanada de aire como para seguir, pero luego pareció desinflarse sin más—. ¿No lo comprendes, Clemmie... el aprieto en que estás metida? — preguntó—. Nadie te querrá ahora, con el bastardo de algún canalla en el cuadril. Te quedarás sola.

Meneó la cabeza y a Clemmie le dolió mucho ver lo agobiada que estaba su madre, lo cansada y asustada que parecía.

—A lo mejor tu padre deja que sigas quedándote con nosotras, pero no lo

sé. Es que no lo sé. Está tan raro desde que murió nuestro Walter que con él ya no sé si va a tronar o va a hacer sol. Nunca lo sé.

Clemmie trató de cogerle las manos para tranquilizarla, pero Rose las apartó, impaciente.

—Tienes que encontrar el modo de decírmelo, Clem. *Tienes* que encontrar el modo, para que podamos casarte o hacer que castiguen a ese hombre. Es la única manera. ¿Tú crees que querrá? ¿Está libre para casarse? Por favor, dime que ese indeseable no tiene esposa ya.

Clemmie negó con la cabeza enseguida y Rose se relajó un poco.

—Vaya, no es mucho pero es algo.

Dio otro suspiro al tiempo que se hundía las puntas de los dedos en las mejillas. Una suave brisa movía ligeramente las plateadas hojas de los sauces de la ribera, llevando el aroma de las flores. Clemmie inspiró hondo y sonrió. No entendía cómo su madre no compartía su sensación de que aquello era lo correcto, a pesar del nulo consuelo de Nancy Hadleigh. Se imaginó su boda con Eli, y a Rose haciendo saltar a su hijo sobre las rodillas, y a William derritiéndose: su primer nieto, que empezaba a llenar el hueco que había dejado la muerte de Walter. Se imaginó los tiempos venideros, cuando todo iría bien, y deseó poder transmitirle sus pensamientos directamente a su madre. Soltando un sonido exasperado, Rose continuó la marcha de nuevo, otra vez hacia Weavern, y ahora dejó que su hija la siguiera a su propio ritmo.

Después llegaron unos cuantos días tranquilos, y más conversaciones en voz baja, escuetas y susurradas, entre Rose y William. Josie, Mary y Liz escuchaban junto a las puertas, y debajo de las ventanas, y desde la escalera, y Clemmie las dejaba hacer. Ella batía la mantequilla y escurría las cuajadas y daba la vuelta a los quesos, y paseaba aquí y allá como siempre, aguardando noticias de Eli. Esperaba que le contara cuál era su plan y cuándo empezarían a vivirlo, y mientras tanto veía bebés por todas partes. La marrana tuvo una camada de doce lechones y al amanecer los pequeños corzos iban tambaleándose detrás de sus madres con las patas como zancos. Un desesperado chillido la despertó una noche y al asomarse vieron que una raposa se llevaba una de las gallinas, con tres bulliciosos cachorros dando saltos a su lado. Después, la cuarta mañana, en el desayuno reinaba un ambiente sombrío.

—¿Qué pasa? —preguntó Mary, pero nadie le contestó.

Rose le puso a su marido el plato delante dando un golpe en la mesa; los huevos tenían los bordes negros mientras que los tomates estaban casi crudos.

Él la miró con el ceño fruncido y ella le devolvió la mirada, feroz, desafiante.

—Vamos, Clemmie —dijo, desatándose el delantal—. Tenemos una cita en un sitio.

Clemmie se levantó, obediente, aunque habría preferido saber adónde iban y a quién iban a ver. Se fijó en que sus hermanas se miraban, serias, y en que Josie había abierto mucho los ojos. Al salir Rose cerró la puerta mucho más fuerte de lo preciso.

Al parecer, para esta visita valía la ropa de diario, igual que los pies descalzos y polvorientos de Clemmie. Rose andaba con los brazos cruzados y la barbilla metida hacia dentro, como si esta vez tuviera tan pocas ganas como su hija de ir adonde quiera que fueran. Cuando llegaron a Thatch Cottage y Rose subió deprisa por la senda, aún cabizbaja, Clemmie se dejó llevar por el pánico. Siguió a su madre, aunque, de pronto, los pies se le habían entumecido y le temblaban las piernas, mientras procuraba desesperadamente pensar cómo se había descubierto su secreto. Eli le había contado que su padre todavía no tenía trabajo y rondaba por allí buena parte del tiempo; ya mostraba aquel aire agobiado que su padre le daba, junto con un cardenal en la mandíbula y los nudillos ensangrentados, de una pelea con su hermano. Hacía un tiempo que se habían acabado las visitas a la señora Tanner, por el riesgo de tropezarse con Isaac; se acabaron las caricias a los pequeñines y las tazas de té de ortigas. Sin querer, Clemmie hizo un ruido en la garganta: un gemido de congoja y temor. No tenía ni idea de qué iba a suceder, ni idea de lo que diría Rose. Sólo sabía que aquello no saldría bien. Si Eli estaba allí, si Rose lo acusaba abiertamente, Clemmie no sabía qué diría, o haría, él. No quiso figurarse lo que pasaría si Isaac se encontraba dentro también. Cerró los ojos e intentó respirar con dificultad; el corazón le martilleaba y la mente le bullía, demasiado confundida como para pensar o reaccionar, para hacer algo que no fuera ir detrás cuando su madre llamó, y se abrió la puerta, y entraron.

Clemmie lanzó un rápido vistazo a la habitación, esforzándose por ver en la oscuridad. La abuela de Eli estaba dormida en su sillón y la madre, sentada a la torcida mesa; por lo demás el cuarto estaba vacío, la casa, silenciosa. Respiró sólo un poquito mejor. La señora Tanner cruzó la mirada con Clemmie, con expresión inquisitiva y pidiéndole tranquilidad. Estremeciéndose, Clemmie procuró no sucumbir al pánico, ni dejar que se le notase en la cara. Deseaba con todas sus fuerzas decir en voz alta, en ese preciso instante, que aquello no era cosa suya, que no le había hablado a nadie de Eli y que no tenía nada que reclamar, salvo que la dejaran tranquila.

Percibió la rigidez del cuerpo de su madre; notó cómo detestaba encontrarse allí. Pero Rose no estaba enfadada. En realidad, por su ademán y por cómo juntaba las manos, y por cómo esperaba a que se dirigieran a ella, casi parecía que estuviera pidiendo disculpas. La señora Tanner, sin levantarse, les hizo un gesto de que se sentaran.

—Señora Matlock —dijo, con cautela. Echó una rápida mirada a Clemmie, que sentía correrle el sudor por la espina dorsal y entre los muslos. Temblaba tanto que estaba segura de que las dos mujeres lo verían—. ¿Puedo ayudarlas en algo?

—Ésta lleva un niño dentro —respondió Rose, sin rodeos.

La señora Tanner dejó que su rostro manifestara sólo un poco de sorpresa. Clemmie contuvo el aliento, convencida de que las siguientes palabras de su madre serían para pronunciar el nombre de Eli, para exigir matrimonio y justo castigo. El breve silencio le retumbó en los oídos, rellenando los huecos que dejaban los fuertes latidos de su corazón. Esperó; sólo podía esperar, sin tener ni idea de cómo acabaría aquello, de qué dirían a continuación la señora Tanner o su madre.

—Hay que deshacerse de él —continuó Rose—. He oído decir que usted conoce formas de hacerlo.

Aquellas palabras tardaron unos momentos en tener sentido para Clemmie. Cuando las comprendió la golpearon con tal fuerza que su cuerpo se levantó bruscamente de la silla y la tiró al suelo. Se apartó dando traspiés hasta chocar con la pared de enfrente; allí se quedó mirando a su madre, horrorizada. Rose le dirigió una ojeada fugaz y entristecida.

—Su padre lo dice y no se puede razonar con ese hombre —comentó, al tiempo que se volvía hacia la señora Tanner.

Clemmie empezó a menear la cabeza, y las lágrimas hicieron que la habitación se bamboleara y diera tumbos. La señora Tanner parecía sorprendida. De momento no dijo nada; luego miró a Clemmie y los ojos de ambas se encontraron durante un segundo. Clemmie vio afecto y algo parecido a la resignación. La señora Tanner carraspeó.

—¿De cuánto está? —preguntó.

—No mucho. —Rose hizo un gesto negativo—. No será más que un gusano, todavía.

«Un gusano no», pensó Clemmie, «un lechoncito. Un bebé. Mío y de Eli». Juntó las manos en un gesto protector sobre la cintura y clavó la mirada en la señora Tanner, aterrada. La señora Tanner negó con la cabeza mínimamente.

—¿Esto es lo que quieres tú, muchacha? —le preguntó, y Clemmie dijo que no con enérgicos movimientos.

—¡Ella no sabe lo que quiere! —exclamó Rose con un temblor en la voz—. ¡No puede saberlo! ¿Qué va a hacer con un bebé? William no quiere quedárselo... ¿adónde irá con él? ¿Cómo vivirá?

—No me parece a mí que quiera deshacerse de él —replicó la señora Tanner—. Yo no lo haré contra su voluntad. Eso no está bien.

—¿Que no está bien? —soltó Rose—. ¡Nada de esto está bien, por Dios!

—A lo mejor podría estarlo, con el tiempo —sugirió la señora Tanner, cautelosa.

—Vaya, pues ande y dígame cómo —repuso Rose meneando la cabeza.

—Mire a su hija, señora Matlock —respondió la señora Tanner.

Rose se mostraba reticente pero al mirar a Clemmie y ver su desconsuelo se hundió en la silla, derrotada.

—Pero ¿qué hará? William dice que va a echarla. ¿Y entonces qué?

Parecía desesperada y Clemmie deseó con todo su corazón poder explicarse. En ese momento casi deseó que la señora Tanner tomara la palabra por ella y le hablara a su madre de Eli, y que aliviara su pena... si es que la noticia de que el bebé era un Tanner tenía alguna posibilidad de conseguir tal cosa.

La señora Tanner se levantó y se acercó a un armario de la pared. Sacó un paquetito de papel y se lo dio a Rose.

—Quizá encuentre usted el modo de que él cambie de opinión —sugirió—. Tome esto. Póngaselo en el té o en la cerveza.

—¿Qué hace esto? —Rose lo cogió, y una especie de extraña y recelosa esperanza asomó a su rostro.

—Pues... le cargará la pipa, por así decir. Entonces la necesitará a usted, y bastante, y esa clase de necesidad, cuando se atiende, hace que un hombre quede agradecido.

La señora Tanner esbozó una leve sonrisa y Rose palpó el paquete con aire pensativo.

—Hace mucho que no necesita eso de mí —comentó, y luego hizo un gesto dubitativo—. Pero estaba tan empecinado, tanto, que no creo que cambie de opinión y la acoja a ella, y al nene. No creo que pueda quedárselo.

—Pero mire a su hija... ¡vea cómo se abraza la tripa! ¡Vea lo asustada que está! Ya quiere a ese niño, lo quiere y mucho. No puede usted hacer que lo mate, ¿verdad?

Rose se volvió a mirar a Clemmie y Clemmie vio que toda la firmeza de su madre se evaporaba.

—¿Tú quieres a ese bebé que tienes, niña mía? —preguntó, y Clemmie asintió con la cabeza enseguida mientras las rodillas se le aflojaban de alivio.

Rose suspiró fuerte, como si estuviera agotada. Se puso de pie con el paquete de papel aún en la mano.

—Ruego a Dios que esto funcione —dijo—. ¿Cuánto se debe?

—Nada. —La señora Tanner agitó una mano para desechar la pregunta—. Llévselo usted con mi buena voluntad, ya que no consiguió lo que venía buscando. Claro que a lo mejor sacó algo mejor.

La idea de marcharse de Weavern Farm no se le había ocurrido nunca a Clemmie. Se le pasó por la mente ahora, cuando volvían andando a casa. Rose llevaba a su hija de la mano, y la apretaba fuerte y no decía nada. Los Tanner podrían acogerlos a ella y a Eli y al bebé después de que se casaran, y Clemmie trató de imaginárselo: vivir allí con todos aquellos niños indiferentes y con aquellas mujeres temerosas, con todos aquellos hombres y muchachos enfurecidos; en aquella oscuridad inhumana, rodeada de terreno yermo. Sólo pensarlo era como un peso que la oprimía sin parar. De una sacudida, soltó la mano de su madre y se metió veloz entre los árboles, alejándose colina abajo hacia el río. «¡Clemmie! ¡Vuelve», oyó que le gritaba Rose, pero ella no se detuvo.

Las ortigas le picaban los tobillos, las zarzas le arañaban la piel; el verde olor a hojas aplastadas y el polvoriento cosquilleo del polen se alzaban a su alrededor; moscas y telarañas, y pájaros vigilantes volando raudos en las ramas de encima. El suelo tenía pendiente y Clemmie corrió a toda velocidad de árbol en árbol para retener el impulso hasta que estuvo en la orilla, donde se sentó, metió los pies heridos en el agua y dejó que el frío los entumeciese. Vivir allí, anulados por Isaac Tanner, sería tapar el sol. Dejar fuera el aire. Clemmie cerró los ojos e intentó creer que bastaría con estar con Eli, con ser su esposa y tener a su hijo. Pero, por mucho que se lo dijo, no se convenció. Ella sabía cómo se ponía Eli cuando su padre andaba por allí: tan enfadado con el mundo que hasta la sangre de las venas parecía endurecersele. Pensó en el barro pisoteado que rodeaba la casa, en la escasez de comida, en la escasez de alegría. Pensó en despertar cada mañana y sentir, antes que nada, terror. Y supo que no podría soportarlo.

Cuando se tranquilizó se dijo que vivir en Thatch Cottage no sería el plan de Eli. No podía ser. Él despreciaba a su padre más que a nadie y, desde luego,

no toleraría que le pusiera la mano encima a Clemmie, como seguro que haría antes o después; nadie que viviera bajo su techo escapaba a su violencia durante mucho tiempo. Eso podría acabar en asesinato; podría acabar con Eli colgado de una cuerda en la cárcel de Cornhill, allá en Shepton Mallet, adonde habían ido los otros Tanner que habían matado antes. Ése no podía ser su plan. Se los imaginó, a ella y a Eli, viviendo en el campo, como él había hecho, bajo los setos, en árboles huecos; asilvestrados, pues los dos eran medio salvajes ya. Pero eso no podría ser con el bebé; no durante el invierno. Nunca hasta entonces había visto y comprendido Clemmie tan claramente que Weavern Farm era un lugar seguro y generoso. Un lugar sin altibajos donde encontrar abrigo y comida, sobre todo en los meses invernales; incluso después de que Walter muriera y una parte del padre se fuera con él. Pensar en marcharse era como pensar en amputarse una parte esencial y vivir sin ella. Mientras regresaba a la granja al final del día, con los pies hinchados y la garganta dolorida de llorar, Clemmie por fin sintió miedo.

Casi toda la familia se había acostado ya y sólo Mary seguía levantada, sentada junto a la estufa con los pies sobre un taburete, zurciendo una camisa del padre. El aire olía agradablemente a heno por las flores de manzanilla que le gustaba añadir al té. Alzó la vista cuando entró Clemmie pero siguió con su tarea.

—Tuvieron una bronca pero de las gordas —dijo cuando Clemmie se sentó frente a ella—. Josie lloró a lágrima viva al oírlos. Más blanda que un gatito es ésa; hasta más blanda que tú, me parece.

«¿Y él va a dejar que yo me quede? ¿Y mi bebé?», preguntó Clemmie sin decir palabra. Mary suspiró.

—No sé, Clem. Se puso colorado, casi negro; nunca vi nada así. Pensé que a lo mejor le daba un ataque. Pensé que a lo mejor se le cuajaba la sangre dentro. Mamá dijo que echarte era lo mismo que matarte, y al nene también, y le echó toda la culpa a él. Eso lo dejó callado un rato. —Se pinchó el dedo con la aguja y chasqueó la lengua, y luego chupó la gota roja—. Se acabó —dijo, dejando a un lado el zurcido—. Es el quinto pinchazo que me doy en media hora. Ya es hora de acostarse. Venga, tardona.

Se levantó, echando hacia atrás los hombros, y cogió la lámpara. Por encima de sus cabezas se oyeron crujidos, y sonidos amortiguados y rítmicos, casi palabras. Mary escuchó un momento, y luego le lanzó una rápida y grosera sonrisa a su hermana.

—Ahí la tenemos, deslomándose por ti, Clem —comentó, y Clemmie le

indicó con una inclinación de cabeza que ya lo sabía.

Subieron la escalera de piedra haciendo el menor ruido posible y Clemmie cruzó fuerte los dedos.

*

William ya estaba en la cocina cuando bajó Clemmie por la mañana temprano. Fue hacia él con cautela. Parecía cansado, pero en su rostro había algo más suave, un poco de tristeza en sus ojos que era dulce y pesarosa pero no vacía, no inexpresiva como había sido durante tanto tiempo. Aun así, Clemmie no acababa de creérsela, y cuando su padre se le acercó y levantó las manos, dio un respingo. William lo vio y ella vio cómo su reacción le dolía. Cómo se acusaba a sí mismo. William le puso las manos en los hombros y se los agarró fuerte, mientras la miraba unos momentos. Clemmie sintió el calor y el peso de sus manos a través de la fina batista de la blusa, y le llegaron sus olores tan familiares a grasa y a ropa blanca y a vaca. Comprendió que se habían convertido prácticamente en dos extraños y lo incompatible que era eso con el amor que quedaba entre ellos, firme como los huesos dentro del cuerpo. Luego William le tomó la mejilla en una mano: los ásperos y manchados dedos, la piel endurecida como el cuero.

—Tú quédate aquí, muchacha —dijo—. Pero no quiero verle el pelo al canalla que ha hecho esto y no se ha presentado a casarse contigo. Y mira lo que te digo: como venga husmeando otra vez le arranco las tripas, pero de verdad.

Después se apartó de ella y se fue sin decir nada más. Clemmie se quedó mirando la puerta por donde se había marchado y notó cómo su breve momento de alegría se helaba.

Trabajó al sol todo el día, sin salir de los campos de la granja, dejando que le doliera la cabeza y que le picara la piel de los hombros mientras se le enrojecía. Se sentía demasiado atada a la granja para andar por ahí; demasiado asustada para ir vagando, por si no la dejaban volver, o por si no podía. Procuró no imaginarse el futuro: dónde terminarían ella, y el bebé, y Eli. La torturaba la imposibilidad de hacer que su familia aceptara alguna vez a Eli cuando no tenía palabras para explicarse; la improbabilidad de que Eli se liberara alguna vez de Isaac Tanner. Éste tenía mucha influencia sobre su hijo... lo había convertido en lo que era con las cosas que lo había obligado a hacer. Clemmie carecía de respuestas y la tarea de encontrarlas era tan

inmensa que apenas se atrevía a afrontarla. Miró cómo las vacas pastaban, aunque no era preciso vigilarlas, mientras escuchaba el arrancar de la hierba entre los dientes, el mojado rizarse de las lenguas y el agitarse de las delgadas colas. Desde donde estaba, en el prado más alto de Weavern por el lado de Biddestone del valle, la alquería y los establos quedaban tapados. La tierra ondulaba con tanta pendiente que ocultaba los edificios en sus pliegues y sólo se veía el río, que se alejaba trazando una curva hacia el sur. Su casa era un rincón del verde suelo, secreto como una madriguera. Su hogar era un escondite, separado de lo demás. Resultaba fácil imaginar que nada malo podría llegar nunca hasta allí. Que Isaac Tanner no los encontraría nunca y no los rozaría. Deseó, fervientemente, que Isaac Tanner abandonara Slaughterford para no volver jamás.

Por la tarde, cuando el sol estaba bajo y cegaba los ojos, Eli apareció buscándola. Ella se apresuró a echar una mirada alrededor mientras él se acercaba, pero por allí no había nadie de su familia. Los pasos de Eli tenían una agilidad, una urgencia nuevas, y cuando la abrazó fuerte olía a sudor y a piel caliente.

—¡Ya tengo nuestro plan, Clem! —exclamó, sonriendo, y entonces Clemmie se dio cuenta de que ella también tenía un plan propio.

Cogió las manos de Eli, entrelazó los dedos de ambos, deseó que él lo viera y lo comprendiera. Pero Eli estaba demasiado ilusionado, demasiado desafiante.

—Si nuestras familias no nos quieren, ¿por qué debemos quedarnos aquí? —preguntó, vehemente—. ¡Pienso decirle de una buena vez «ahí te quedas» a mi padre para siempre, que Dios lo maldiga! Tengo un primo en Swindon que trabaja en una fundición de allí, en las naves de las locomotoras... ¡haciendo *trenes*, Clemmie! Imagínate. A él le da que hay un puesto para mí, esperándome sin más. Poca paga, pero es un trabajo, y me pondrán de aprendiz. Podemos quedarnos con él y su costilla un tiempo, por unos cuantos peniques, hasta que nos acostumbremos y encontremos un cuarto para nosotros. Yo fui a Swindon y es bonito, Clem. Un buen lugar, animado, ¿sabes? Y mucha gente fina por allí. ¿Tú lo conoces?

Tomó aliento y siguió describiéndolo, porque, desde luego, Clemmie no podía decir que jamás había oído hablar de Swindon, que no sabía dónde estaba, que no quería irse, que la familia suya *sí* que los quería. O, al menos, la querían a ella, y ella planeaba hacer que lo aceptaran a él también. Por fin, Eli se dio cuenta de su malestar y frunció el ceño.

—Ésta es nuestra oportunidad, Clemmie. Nuestra oportunidad para estar juntos, y hacer una nueva vida y formar nuestra propia familia. Para que yo empiece otra vez, donde mi apellido no sea tan conocido y no sospeche de mí hasta el último hombre con que me cruce. Borrón y cuenta nueva. Ésta es la oportunidad para hacerlo.

Ella apartó la vista, y él le cogió la barbilla y la volvió para que lo mirara a los ojos. La felicidad de su cara se apagaba, su vivacidad menguaba.

—Tú sigues queriendo irte conmigo, ¿verdad, Clem? —le preguntó, clavando la vista en ella—. ¿Tú sigues queriendo ser mía?

Hilarius e Irene no hablaron mientras él la llevaba en el cabriolé, recorriendo las pocas millas que había hasta la estación de Corsham. Irene, sentada muy derecha a su lado, confiaba en que Pudding no le hubiera contado lo que había dicho de él. La oscuridad que lo rodeaba seguía allí; por mucho que intentaba no hacerle caso, no dejaba de recordar una recargada expresión que había leído en un libro: «*la mancha de la muerte*». El anciano mozo de cuadra vestía su ajado abrigo largo a pesar de la época en que estaban; olía a cera y a animales, y en el suelo de aquella carreta había barro y paja. Irene se sorprendió mirando una y otra vez cómo las nudosas manos de Hilarius manejaban las riendas, y preguntándose si aún tendrían fuerza para causar heridas como las que le habían hecho a Alistair. Corsham era una pequeña ciudad de viejos y torcidos edificios de piedra y calles adoquinadas, no mucho mayor que un pueblo, pero, aun así, la calesa de Manor Farm resultaba muy bucólica en aquel marco. Irene se encogió por dentro al pensar en lo que su madre opinaría de tener que ir en ella de vuelta por los estrechos y polvorientos caminos hasta Slaughterford. Había procurado convencer a Isadora Dalby de que se apeara en Chippenham, pues ésta no era un pueblecito tan rural, pero su madre había puesto reparos, porque, según le había escrito en su nota, Corsham quedaba más cerca de Slaughterford y «ya sabes cómo detesto ir en carruaje en verano, con todos los insectos».

La visita de Isadora llegaba como respuesta a la precipitada carta de Irene, enviada poco después de que muriera Alistair, pidiendo volver cuanto antes a casa de sus padres en Londres. Cuando no contestaron enseguida supo que no conseguiría su deseo, pero eso no le causó una abrumadora decepción; más bien, una especie de sentimiento neutro, desvinculado, que le hizo preguntarse

si, de todos modos, seguía deseándolo. Y ahora el pensar que su madre estuviera en Manor Farm le provocaba una inquietud cada vez mayor; la idea de que estuviera allí, y de que conociera a Nancy, resultaba demasiado rara, demasiado perturbadora. Las dos pertenecían a mundos distintos, y, sin saber por qué, a Irene le parecía que su encuentro produciría inevitablemente algún tipo de cataclismo. Y había muchísimas cosas de las que no podría hablar: el asesinato de Alistair, Donny, Tanner, sus extrañas sensaciones y cómo estaba intentando ayudar a Pudding. Eso la dejaba sin saber muy bien qué decir siquiera.

—Me bajaré a recogerla, si no le importa esperar aquí —le sugirió a Hilarius, cuando llegaron frente a la pequeña estación, con su edificio de chilla pintado de crema y su verde valla de estacas puntiagudas.

Hilarius hizo una inclinación de cabeza e Irene se bajó. En lo más hondo, algo se estremeció al pensar que iba a ver a su madre otra vez. No sabía si era miedo o ilusión, esperanza o pavor.

Isadora Marianne Dalby era más alta que su hija, sin carne de sobra pero corpulenta. Tenía los hombros y las caderas más anchos de lo que le habría gustado, y la mandíbula y la frente, anchas también, de modo que su aspecto resultaba majestuoso más que elegante; sólo usaba zapatos que creía que le empequeñecían los pies, aunque le hicieran callos. Con todo, era bien parecida, y atrajo las miradas de los hombres que, en el muelle de la piedra, empleaban cabrestantes, poleas y sudor para cargar piedra de Bath recién sacada de la cantera en furgones de fondo plano. Vestía un traje de seda color cervato hasta la pantorrilla con cintura a la cadera, zapatos de cabritilla blancos y una chaqueta blanca sin mangas con botones de nácar. Su cabello era más joven que ella: rubio, sin rastro de gris, corto y con permanente, siguiendo la moda. Al verla desde lejos Irene se dio cuenta de que llevaba sin ver a una peluquera el mismo tiempo que llevaba en Slaughterford, casi tres meses. El pelo le crecía despacio, pero subió una mano y se sorprendió apoyándola en el cuello del vestido. Por lo menos su madre no le criticaría la ropa. Después de todo, el luto era el luto.

—Hola, madre —dijo, tendiéndole las manos. Isadora las cogió, cautelosa, sólo con los dedos, y besó a su hija en ambas mejillas. Hasta Irene llegó un aroma muy familiar: polvos faciales, violetas, el olor almidonado de sus prendas. Olores de Londres; olores de una época y un lugar anteriores que evocó al instante, ecos de su solitaria infancia, su solitaria adolescencia, su solitaria llegada a la mayoría de edad. Tragó saliva y procuró sonreír. La

expresión de Isadora era impenetrable, con cierta dureza en la mirada. Claro que eso siempre había estado allí—. Gracias por venir a verme.

—Bien —respondió Isadora, encogiéndose mínimamente de hombros, y luego vaciló—. Quizá ya fuera hora —añadió, sin conceder nada.

—Hilarius tiene el cabriolé justo aquí fuera. ¿Dónde están tus maletas?

—Oh, no voy a quedarme... ¿no te lo dije? Estoy segura de que sí.

—No me lo dijiste.

—Bien. Tu padre y yo decidimos que sería mejor que no abusara de una familia de luto. Y además tenemos que ir a casa de los Duncan-Hooper mañana para su baile de aniversario.

—Tal vez los Duncan-Hooper podrían celebrarlo igual con dos invitados menos y prescindir de vosotros —murmuró Irene, pero su madre le dirigió una mirada severa.

—La invitación se aceptó bastante antes de que llegara la tuya, Irene.

—Bueno, yo no tenía planeado que muriera mi marido. Ni que vinieras tú aquí; había pensado volver a casa.

—No discutamos —replicó Isadora, dando carpetazo al tema y apartando la vista con una tensa sonrisa, como para apaciguar a unos espectadores inexistentes.

Echó una mirada a la pequeña carreta y a Hilarius, con el polvo incrustado en las arrugas de su rostro, y sugirió que mejor se quedaran en Corsham. Había una bonita calle mayor por la que pasear y un parque, aunque al final Isadora se negó a abandonar el suelo pavimentado por la hierba, temiendo estropearse los zapatos.

—Una olvida, viviendo en Londres, que estos sitios tan minúsculos siguen adelante y prosperan, olvidados del mundo —comentó, con aire vagamente decaído.

—Pues eso hacen —contestó Irene, pensando que, tras tantas semanas en Slaughterford, en realidad Corsham resultaba bastante bullicioso, con sus colegiales, sus carniceros y sus zapateros remendones; con los parados de ojos llenos de cansancio que fumaban, pasando el rato, en las esquinas; con las atareadas mujeres que iban y venían a sus recados.

—¿Qué diantres hacéis para entreteneros por aquí?

—Madre, ¿cómo me haces semejante pregunta cuando te he escrito una y otra vez lo infeliz que soy aquí, y cuánto preferiría regresar a la ciudad?

—Bien, discúlpame, Irene. Sólo intentaba ser cortés cuando tú nos has brindado tantas cosas *des* corteses de que hablar. No dudo de que *preferieras*

volver con nosotros. Pero vamos a no fingir que se te mantiene alejada injustamente, o que se te hace infeliz injustamente; después de todo, esto te lo buscaste sola.

—Me casé con Alistair exactamente como tú dijiste que debía hacer. Me vine a este rincón, lejos de todo, exactamente como tú dijiste que debía hacer.

—Mal puedes culparme de tu situación actual, querida. Y sé que seguiste escribiéndole a ese hombre... oh, sí, el rumor corrió. Serena hace todo lo posible para asegurarse de que, dondequiera que se mencione, tu nombre provoque risitas... y el nuestro, por extensión.

Irene notó que la cara y el cuello se le calentaban, y que se le tensaba la garganta ante esta última traición: que Fin no hubiera logrado mantener sus cartas en secreto, que hubiera permitido que siguieran humillándola.

—Bien puedes ruborizarte, Irene —añadió su madre—. Pero tu pobre padre sufre una tortura con su digestión.

—La digestión ha torturado siempre a mi padre.

—Pues siempre ha cargado con las tensiones y disgustos de la vida por nosotras, Irene. Y tú siempre le has dado de sobra —le espetó Isadora.

—Siempre no —objetó Irene, pero en voz baja.

Fueron a tomar café y tarta al Methuen Arms, una posada grande, e Irene pensó en lo que había dicho su madre sobre la infelicidad y lo que era justo. Recordó una cosa que le había comentado Pudding dos días antes cuando salieron a montar, una mera observación; algo que había deducido al oírla hablar, pero que a Irene la había impresionado. Una vez dejaron tranquilo un rato el asunto de la identidad del asesino de Alistair, Pudding le había hecho un montón de ansiosas preguntas sobre Fin y Londres y el amor. Fue un alivio para ambas dedicar unos momentos a cosas lejanas. A estas alturas Irene iba relativamente a gusto cabalgando con Robin, al paso, mientras Pudding, a su lado, montaba a Bally Girl con una mano en las riendas y la otra en el ramal de Robin. A ese ritmo sosegado habían salido de Slaughterford y subido el valle hacia Ford y Castle Combe, perseguidas por una nube de polvo y de moscas que no conseguía estropear el esplendor de finales de verano que dominaba el campo.

Con la edad de Pudding Irene sólo había dirigido sus pensamientos hacia el matrimonio. Con todas sus amigas pasaba lo mismo, aunque el objetivo de Irene se centraba en alejarse de sus padres tanto como en acercarse a cualquier otra persona. Durante la guerra se vivía el dolor de los prometidos que se perdían y resultaban muertos, de los corazones que quedaban rotos; y

para las libres, a medida que las noticias de las pérdidas llovían año tras año, la angustia más sutil de darse cuenta de que no quedarían jóvenes suficientes para que ellas se casaran. Sin embargo, Pudding Cartwright no soñaba con el matrimonio. Soñaba con el amor. Soñaba con el amor como con un prodigio abstracto, como alguien soñaría con volar; como si el amor romántico quedara más allá de la esfera de su realidad y, por tanto, no tuviera sentido soñar con el matrimonio.

—Pero cuando usted se enamoró de Fin, y supo que él la amaba... ¿se sintió *feliz* ? —le había preguntado con entusiasmo, y no por primera vez, como si la respuesta fuera de vital importancia.

—Sí —contestó Irene, dándose cuenta de que Pudding necesitaba que le contestara de ese modo.

Y lo cierto es que así había sido, los breves momentos que estaban solos. Los breves momentos en que podía fingir que otras personas, y el resto del mundo, no existían. Era una sensación de seguridad y bienestar. Por lo demás, aquel amor había aportado una especie de ávido y atormentado temor a todo cuanto hacía. Pudding había fruncido el ceño, percibiendo quizá que Irene vacilaba. Para entonces le había arrancado historias de clubes nocturnos y cenas y bailes; el chismoso torbellino social de Londres; las emociones y los peligros de la moda; las mañanas dedicadas a dormir la borrachera del alcohol y la desesperación de la noche anterior. Y siempre pedía más detalles, más palabras para contarle qué se *sentía* en realidad al vivir esa vida y *cómo* era de verdad. Irene sabía que la chica necesitaba evadirse de sí misma, evadirse de las circunstancias, y procuró proporcionarle distracción. Pero luego, cuando volvían a bajar la colina por Slaughterford, Pudding, con voz apagada, dijo:

—Siempre pensé que Londres suponía toda la diversión y las emociones que una persona podía desear. Pero no parece que estuviera usted mucho más feliz allí que aquí. Espero que no le importe que se lo diga.

Eso era cierto, desde luego; y lo que impresionó a Irene era que no se había dado cuenta. Sencillamente, Londres era lo único que había conocido. Su educación acomodada, su aceptable instrucción y su perfeccionamiento social pasable, y sus padres, que nunca habían mostrado más que un despreocupado interés hacia su hija; tan sólo le exigían siempre que se comportara como debía, que diera el papel y que hiciera una buena boda. Por supuesto, había tenido amigas, con los mismos fines e ideas que ella; había estado en todos los sitios adecuados y conocido a la gente adecuada; y se había enamorado

locamente de Fin, con toda la aterrada alegría que eso le había deparado. Pero, ahora que recordaba, en ningún momento había sido especialmente feliz. Con sobresalto, se descubrió pensando por qué tenía tanta prisa en volver a aquella vida; una vida que seguro que sería mucho peor, y mucho más solitaria, después de cómo había acabado la aventura. Ahora, mientras observaba a su madre, sentada muy tiesa, echando un vistazo a su alrededor al mobiliario y la clientela como si estuviera en un planeta distinto y tuviera mucho interés en elevarse por encima de la rusticidad de los lugareños, Irene vio claramente cómo sería la vida bajo el techo de sus padres otra vez. Los continuos recordatorios de su descrédito, de su criterio anómalo, de sus defectos. La búsqueda de un nuevo marido con quien remitirla a la semirrespetabilidad, que sabía que empezaría nada más regresar. Era una perspectiva extenuante. En eso llegó el café; Isadora tomó un sorbo e inmediatamente levantó de golpe las cejas.

—¿Qué ocurre, madre? ¿El café no está bueno? —preguntó Irene con brusquedad.

Isadora dirigió sus fríos ojos hacia su hija.

—Está absolutamente delicioso —respondió.

—Bien. Me alegra oírlo. Ni una sola vez me has dicho una palabra de consuelo por la muerte de Alistair, ¿sabes? Ni una sola vez has dicho que lo sientes.

—Bien, pues claro que lo siento y estoy segura de que debió de ser una impresión espantosa. Aunque no es que amaras precisamente a ese hombre. Vamos a no fingir, Irene.

—No. Nunca te interesaste por jugar a fingir, ni siquiera cuando yo era pequeña. Y yo no lo amaba, es cierto. Pero... me gustaba. Y lo echo de menos.

—¿Qué quieres dar a entender, querida?

—¿Soy «querida»? Nunca lo he notado. Acaso hubiera llegado a amar a Alistair; después de todo, sólo estuvimos casados cuatro meses. ¿Alguna vez has pensado en eso? ¿En que tal vez habría llegado a amarlo?

—La última vez que hablamos de amor me dijiste sin dejar lugar a dudas que amarías a Finlay Campbell, y a nadie más, hasta el último día de tu vida —señaló Isadora, a lo que Irene no respondió, pues era verdad. Era el hecho de que no le preguntase lo que le molestaba, el hecho de que sus sentimientos ni se tomaran en cuenta siquiera.

—Claro que —murmuró— tú y mi padre siempre os habéis limitado a

ignorar lo que no queríais ver.

—¿Cómo dices? Haz el favor de no mascullar y murmurar. Veo que tus modales no han mejorado, durante tu... temporada fuera, Irene. Aunque, claro —echó una mirada a su alrededor—, me figuro que esto no es París, precisamente.

Se quedaron calladas un rato e Irene recordó todas las veces que había estado en silencio con sus padres. En fiestas, durante las comidas, jugando a las cartas. Sentada bien derecha, vigilando los modales, sin decir casi nada y, en realidad, sin darse cuenta siquiera, porque no tenía *nada* que decir. Pensó en la charla fácil de Pudding y supuso que las horas de comer en Spring Cottage habrían sido muy distintas. Se preguntó cómo habría sido tener un hermano mayor con el que jugar, aunque le tomara el pelo, y padres que dieran abrazos y besos, y que hicieran tartas, y se leyeran el uno al otro. Casi no podía imaginarlo, ni lo maravilloso que habría sido crecer en un sitio así. Antes de que Donny recibiera la herida de guerra, desde luego; antes de que la señora Cartwright comenzara a perder facultades y detuvieran a Donny. De pronto comprendió más claramente aún la necesidad que tenía Pudding de hablar, de actuar. Sintió un arranque de impaciencia por estar perdiendo el tiempo y no ayudándola.

—Aquí ha pasado una cosa horrible, madre —afirmó, al terminarse su pastel de limón.

—No lo bastante horrible como para restringir tu apetito, según veo —replicó Isadora, intentando hacer un comentario frívolo que no tuvo ningún éxito.

—Encuentro que comer me ayuda a dormir, y eso me ayuda a sobrellevarlo —contestó Irene sin alterar el tono.

—Pues encontrar nuevo marido te resultará más difícil, si dejas que te ensanche el tipo.

—No tengo ningún deseo de encontrar nuevo marido.

—Oh, no digas tonterías, Irene. ¿Qué otra cosa vas a hacer, si no?

—En realidad, aquí me necesitan.

—¿Te necesitan? ¿Quién?

—Los que nos ocupamos del espantoso suceso que ha ocurrido, Madre. Nancy Hadleigh y también los Cartwright.

—¿La tía? ¿Y quiénes son los Cartwright... criados? Pensé que te morías por alejarte de aquí, por volver a Londres, con nosotros, y a la buena sociedad.

Su madre parecía encontrarse en una situación inesperada y mostraba un gesto casi de desilusión, como si tuviera toda una serie de argumentos clasificados y dispuestos contra aquello, que ya no tendría ocasión de utilizar.

—No lo había pensado detenidamente —repuso Irene—. Pero ahora lo veo con claridad. Renuncio del todo a Londres.

—¡Bueno! —exclamó Isadora, al tiempo que abría mucho los ojos y mantenía el aire en lo alto del pecho, lista para seguir hablando. Pero, como si no supiera por qué palabra decidirse, no pronunció ninguna—. ¿De veras? —añadió, al final, un tanto débilmente, e Irene comprendió que, por primera vez en su vida, le había bajado los humos a su madre.

—¿A qué hora sale tu tren de vuelta a Londres? Estoy segura de que ya lo has pensado —comentó, y tuvo la triste satisfacción de ver a su madre aún más desconcertada.

Hilarius la llevó de regreso a Manor Farm en silencio, sin mostrar la mínima curiosidad por el cambio de planes. Sólo cuando llegaron otra vez al patio se apeó, con notable agilidad, y le ofreció la mano para bajar. Nunca antes había hecho semejante gesto.

—Gracias, Hilarius —dijo Irene, sorprendida.

El roce de su mano le provocó un extraño dolor en la suya. Él esbozó una inclinación de cabeza.

—Señoría —contestó, y se despidió con un gesto. Luego volvió a concentrarse en el caballo, algo que era más habitual.

Irene escuchó el retumbo, ya familiar, de la fábrica y el chirriar de los vencejos, el pío de los gorriones, el alboroto de las gallinas y los cerdos. Se quedó en el patio y se puso a darle vueltas al sombrero entre las manos, dejando que el sol le secara el húmedo nacimiento del pelo, y se sintió curiosamente libre, casi a gusto. Le pidió a Clara una bebida fría mientras atravesaba la casa y salía a la terraza de atrás para sentarse a pensar. Notó el calor de las tablas de madera del asiento a través de la falda. Vio a Nancy abajo en el cementerio, en el banco desde el que Irene sabía que podía ver el panteón de los Hadleigh; vio a Jem en el huerto, soltando con esfuerzo, y con mimo, a uno de sus hurones de un bramante en el que se había enredado. El hurón se retorció y pataleaba, protestando por la maniobra. Entonces vio que Pudding Cartwright subía con dificultad la colina hacia la puerta de atrás. Llevaba un paso rápido que no acababa de ser carrera y la cara toda colorada; al parecer, sus largas extremidades iban peleándose con ella.

Irene se enderezó y se hizo visera sobre los ojos para ver mejor. En una mano la chica tenía un libro, cuyas páginas eran un blanco aleteo. Para cuando llegó a la entrada del huerto Irene oyó que le costaba respirar. Al reparar en ella Pudding le hizo un saludo con la mano libre y luego agitó el libro también, intentando decir algo.

—¡Pudding! Siéntate... recupera el aliento. ¿Qué pasa? —preguntó Irene; al llegar a la mesa Pudding hizo un gesto negativo, mientras se inclinaba y procuraba coger aire.

—Lo he encontrado... —contestó al fin, aún sin resuello—. Me llegó de golpe... una cosa que dijo Ma Tanner e Hilarius también.

—¿Que has encontrado qué, Pudding? Apenas te entiendo. ¿Qué dijo Ma Tanner? —preguntó Irene, y Pudding negó con la cabeza otra vez.

Le corría el sudor por la cara e Irene la obligó a sentarse y calmarse, y a tomar un sorbo de limonada antes de decir nada más. Pudding obedeció, aunque estaba inquieta y nerviosa de puro impaciente.

—Ahora cuéntame —le pidió Irene, minutos después.

Pudding la miró con expresión enloquecida, una eléctrica mezcla de esperanza y horror.

—Hilarius me dijo que mirara las raíces de las cosas: el *porqué* de la muerte de Alistair, que estaba enterrado muy hondo, pero no se me ocurría nada. Entonces fui a ver a Ma Tanner y ella dijo más o menos lo mismo: que habría un motivo y que sería algo del pasado, o algo así. Me fui y seguía sin que se me ocurriera nada. Pero ella también dijo que hasta las cosas más terribles, o *sobre todo* las cosas más terribles, ocurrían por un motivo, o algo así, ¡y entonces me acordé!

Le tendió el libro que llevaba, e Irene lo cogió y leyó el título. *Los Asesinatos más Terribles: Relatos Verídicos de Acciones Execrables en Wiltshire*. Un escalofrío le recorrió la piel. Alzó la mirada pensando que había cambiado el tiempo, pero no había cambiado.

—Pudding, ¿qué pretendes decirme? —preguntó.

—¡Es «La doncella del molino», otra vez! Vaya a la página 96.

Irene hizo lo que le decía y encontró un capítulo justo con ese título. Pero Pudding no podía esperar a que lo leyera y la interrumpió.

—Yo ya lo había leído, antes de que pasara nada de esto. No puedo creer que no se me ocurriera antes. ¡Qué lerda soy! ¡Hace muchísimos años, el siglo pasado, a una chica llamada Sarah no sé qué la asesinaron aquí mismo, en Slaughterford!

—Pero... Pudding, ¿qué puede tener que ver eso con nada?

—Tiene que leerlo, pero se lo cuento: la asesinaron justo en el mismo sitio que a Alistair, de la misma forma que a él, golpeada con una pala, y... — Pudding se detuvo un instante para asegurarse de que Irene la escuchaba—, ¡eso pasó *exactamente* cincuenta años antes de que a Alistair lo mataran!

—¿Hubo otro asesinato en la fábrica? —dijo Irene con voz débil, y le pareció sentir un progresivo terror en el cogote.

Pudding afirmó con un gesto.

—Una chica no mucho mayor que yo, la mataron el 17 de julio de 1872. ¡Cincuenta años justos antes que Alistair! En el mismo sitio y de la misma manera. No es una coincidencia. ¡No *puede* ser! *Tiene* que ser el mismo asesino, ¿no lo entiende? ¡*Tiene* que ser! ¡Y entonces Donny ni siquiera había nacido!

Pudding remató la frase con aire triunfal, y aunque Irene comprendía su alivio y su emoción desenfundados, lo único que ella experimentó fue el mismo desplazamiento de las cosas —la misma sensación de que había un antes y un después— que cuando cogió la muñeca que se había caído de la chimenea de su cuarto de escritura. Entonces cerró los ojos y trató de ver.

MÁS HONDO AÚN

La comisaría de Ford estaba vacía, de modo que Pudding se puso a preguntar, y en la tienda le dijeron que el guardia Dempsey había salido a los sembrados a ayudar a su padre a agavillar y amontonar lo que quedaba de la avena. Tenía calor de la caminata por las vegas hasta Ford pero, impulsada por su propósito, siguió en dirección norte subiendo un empinado y boscoso camino hacia el campo donde una hilera de hombres se afanaban juntos. Con los cuellos de las camisas abiertos, las mangas arremangadas y unas grandes botas hasta más arriba de las pantorrillas que debían de abrasar. Estaban cubiertos de sudor y de barcia; tenían las manos y los brazos llenos de arañazos, y cuando Pudding se dirigió a Pete Dempsey éste se puso aún más colorado, pillado por sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Pudding? —preguntó.

Pudding tuvo que entornar los ojos para mirarlo y le dio la extraña impresión de que allí había dos Pete: el niño corpulento, de nariz respingona, tres años mayor, que una vez había comido huevas de rana y se había reído de ella cuando se quedó atascada en el pesebre el día de la merienda de la escuela dominical, y aquel hombre adulto de hombros compactos y con un montón de vello castaño en el pecho que le asomaba por el cuello de la camisa. Él echó una ojeada furtiva a sus compañeros, algunos de los cuales dejaron ver una amplia sonrisa, y Pudding se sintió llamativa, objeto de irrisión otra vez. Se sacudió aquella idea, aunque eso hizo que notara lo húmeda que estaba por todas partes y lo pegado a la ropa que llevaba el fuerte olor a caballo.

—Tengo nuevas pruebas para el caso del asesinato de Alistair Hadleigh — aseguró, procurando parecer seria y no una niña demasiado nerviosa.

—¿Que tienes qué? —preguntó Pete.

—Tengo nuevas...

—Sí, ya te he oído, es que... —Meneó la cabeza—. El caso contra tu hermano está casi cerrado, Pudding. El subjefe Blackman ya ni siquiera piensa en la señora Hadleigh.

—Vaya, claro que no: ella no tuvo absolutamente nada que ver. ¡Pero lo que he descubierto es completamente distinto y *demuestra* que mi hermano es inocente!

—¡Pero si fuiste *tú* quien la acusó!

—Ya lo sé, pero me equivocaba. ¿Quieres escucharme, Pete? O sea, agente Demps...

—Puedes llamarme Pete. Siempre que el jefe no esté cerca.

—Bueno. Muy bien. —Sacó laboriosamente del bolso el libro de los asesinatos de Wiltshire—. Lo encontré en este libro; ya lo había leído antes pero lo había olvidado y está todo aquí escrito. El asesinato de Alistair Hadleigh es una repetición exacta de un asesinato que sucedió hace cincuenta años. Una réplica *exacta*. A una chica de aquí que se llamaba Sarah Martock la mataron... Es totalmente imposible que Donny lo hiciera, ¿verdad? Igual que no pudo haber matado a Alistair. ¡Esto lo demuestra!

Pete Dempsey cogió el libro y miró la página con el ceño fruncido mientras Pudding lo observaba, impaciente. Le costaba tener las manos quietas, así que las cerraba y las abría. Le bailoteaban los pensamientos como si en su cerebro hiciera demasiado calor.

—¿Estamos leyendo salmos o recogiendo la avena, zagal? —gritó Cyril, el padre de Pete.

A pie, conducía el tronco de cuatro caballos que tiraba del carro del heno, de tres toneladas, al que los hombres lanzaban las gavillas de avena. Era un carro enorme, reforzado con zunchos, que le había construido a Cyril el padre del actual carretero, y tan sólido ahora como entonces; estaba pintado de azul con las ruedas acabadas en rojo, y a Pudding la habían paseado en él cuando era pequeña. El tronco de dóciles y peludos percherones sudaba sus colleras, y de pronto Pudding se acordó de cuando Donny se montó en uno de ellos, llevando pantalones cortos y las piernas al aire, y se llenó tanto de pelo de caballo que luego se puso a correr detrás de Pudding y sus amigas diciendo que era un hombre lobo —con mucho gruñir y rechinar de dientes— y las hizo escapar entre chillidos por el campo.

—Voy, papá —contestó Pete. Le pasó de nuevo el libro con una mirada de disculpa—. No puedo pararme a leerlo ahora, Pudding. Señorita Cartwright. Pudding. —Apretó los labios—. Estoy todo sudado y sucio, de todas formas.

¿Puedes... quieres que nos veamos después? ¿Y entonces me lo cuentas?

—Vaya, sí, imagino que sí. Pero ¿esto no es un asunto oficial de la policía? Yo preferiría más...

—Nos vemos después —insistió él—. ¿Allá en el *pub*, sobre las seis?

—¿En el *pub*? —Pudding no había ido allí nunca; al menos por la noche, cuando estaba lleno de hombres—. Ehh... No puede ser, tengo que llegar a casa para la cena.

—Bueno, siempre podríamos... A lo mejor... Bueno, de acuerdo. A las ocho entonces —respondió él, inspirando como si el diálogo hubiera sido agotador.

Pudding hizo un gesto afirmativo y se alejó con paso resuelto, sin hacer caso a los confusos comentarios de los que iban detrás. Los dorados rastros pasaban deprisa bajo sus pies y el suelo se quebraba, salpicado de trozos de piedra caliza. Andaba con determinación, aunque se dio cuenta de que no tenía ningún sitio en concreto adonde ir.

Se preguntó si volver para hablar con Irene de nuevo. Había tenido una de sus sensaciones cuando Pudding le contó lo de la historia del libro de crímenes; esta vez Pudding se había dado cuenta, porque estaba allí mismo. Irene puso cara casi de miedo: como la que se te ponía cuando estabas en el campo sola, ya anochecido, y creías ver una figura moviéndose junto a ti, oculta bajo los árboles. Una figura que no distinguías bien. Siguió mirando fijamente el libro de crímenes con aquella expresión en la cara y pareció sentirse aliviada cuando Pudding apuntó que iría enseguida a enseñárselo a Pete. Y, por mucho que lo intentó, Pudding no logró que Irene dijera nada concreto sobre lo que sentía o lo que pensaba; sólo que estaba de acuerdo en que el primer asesinato probablemente fuera importante. Así que al final y empleando mucha fuerza de voluntad, pues le parecía que reventaría como no volviera a hablar pronto del tema, Pudding decidió darle a Irene tiempo para asimilarlo y se fue a su casa.

Pudding le contó a su madre adónde iba aquella noche y Louise sonrió.

—¿Cómo, con el hijo de Cyril Dempsey? Vaya sorpresa. Aunque al menos sé que estás bien segura, me figuro, en brazos de la ley.

Sin embargo, Pudding escribió una nota para su padre; cabía la posibilidad de que a su madre se le olvidara antes de que él volviera de la visita que estaba haciendo. Se bañó y, al no tener ni idea de qué ponerse para ir a un *pub* donde, en cualquier caso, se haría notar una barbaridad, se decidió por una

falda lisa y una camisa limpia, y luego se esforzó por convencer a su pelo para que se dejase peinar de una forma sensata. Además, daba lo mismo: cuando llegara a Ford estaría otra vez colorada y pegajosa. No había más remedio que ir andando, porque el camino tenía demasiada pendiente para hacerlo en bicicleta. Se colgó el bolso en diagonal por encima del hombro y se puso en marcha. A la menguante luz amarillenta el río tenía un aspecto espeso como el jarabe; con aire distraído, una garza real encaramada en sus zancos se arreglaba con el pico las plumas grises y blancas en la orilla de enfrente, y un pequeño mirlo acuático marrón y blanco apenas si agitaba la superficie mientras pescaba. Llegando a Ford el ruido de la fábrica se apagó, y Pudding oyó el lejano sonido de ovejas que se movían y el susurro de la brisa en las hierbas altas; el frufú de éstas cuando le acariciaban las pantorrillas. En el último tramo del prado la centaura menor estaba florida y creaba un mar de ondeantes penachos color rosa, increíblemente bonito. En aquel lugar de aparente inocencia Pudding casi no podía creer que fueran posibles cosas tan horrendas como las que habían sucedido. Se sentía estafada.

El White Hart tenía su sede en un vetusto edificio de piedra que hacía puente sobre el río. El By Brook pasaba rápido por una acequia, debajo de las habitaciones, hasta el molino de al lado, que en tiempos había molido grano y fabricado papel antes de quedar en desuso. El *pub* estaba concurrido; un barullo de voces masculinas dentro y una luz cálida en las ventanas, y el golpeteo de la puerta cuando los bebedores entraban y salían, dejando escapar cada vez un eructo de humo de tabaco. Las mujeres no solían ir por la noche; sólo una o dos de vez en cuando, de dudosa fama. La mayoría compraba una jarra de lo que quisieran tomar en una ventanilla de la pared y se lo llevaba a casa. Pudding se dijo que no había ninguna ley inquebrantable que dijera que no debía entrar. Pero estaban los convencionalismos y las normas familiares —y la muchedumbre de hombres desconocidos—, y le faltó valor. Se sentó en uno de los bancos de fuera y allí esperó a Pete Dempsey. Estaba preocupada, con los nervios a flor de piel; contaba con que su descubrimiento provocara una inmediata ola de revelación como la que ella había experimentado al acordarse del asesinato más antiguo. Contaba con que soltaran a Donny, si no inmediatamente, pronto. Pero, aunque Irene había reaccionado de forma adecuada, eso todavía no se había traducido en ninguna acción; y Nancy Hadleigh no había reaccionado en absoluto, aparte de clavar la mirada en Pudding desde algún lugar muy dentro de sí misma, sin parpadear. Y luego Pete Dempsey se había vuelto sin más a la siega, y como esa noche no

consiguiera convencerlo de que se lo tomara en serio, tendría que llevarle el libro directamente al subjefe Blackman de Chippenham. Una idea aterradora, pero lo haría.

—¿Un penique por tus pensamientos? —preguntó Pete al tiempo que se sentaba a su lado, sonriendo.

Olía a jabón y todavía tenía el pelo húmedo, pulcramente peinado hacia atrás. Se le había pegado el sol en la nariz y en las mejillas, y tenía la piel lustrosa y bronceada. Pudding hurgó en el bolso buscando el libro y se lo dio otra vez.

—Estaba pensando que si no me haces caso, iré a hablar directamente con el subjefe Blackman. Pero antes tienes que acabar de leer esto.

—¿Traigo un par de bebidas primero? —sugirió Pete con aire abatido.

—Por favor, Pete... por favor, léelo.

—De acuerdo.

Miró el libro, ceñudo, y leyó el relato entero; sólo tenía dos páginas, era uno de los más cortos y trataba sobre todo de los detalles de la muerte de la chica. Para entonces Pudding prácticamente se lo sabía de memoria y había pocos datos sobre quién era ella, o quién podría haberla matado. Se creía que Sarah tenía un amante, aunque él nunca se presentó, y se pensaba que el asesinato era consecuencia de una cita de enamorados que había tenido lugar al calor y en la intimidad de la fábrica, y que había acabado muy mal. «El caso», terminaba, «continúa sin resolver; el asesino, suelto».

—¿Y bien? —preguntó Pudding cuando Pete la miró—. *No* puede ser una coincidencia, ¿verdad?

—Bueno... —Pete se encogió un poco de hombros, pero seguía pensando con el ceño fruncido—. Creo que me acuerdo de que mi vieja tía hablaba de esto, ahora que lo dices; trabajaba en el molino pequeño por entonces, separando los trapos. Sí que es bien raro, no te lo niego —concedió.

—Dice que el asesino sigue suelto. —Pudding pasó rápidamente las hojas del libro hasta llegar al final—. Esto se publicó hace nueve años. —«El año antes de que empezara la guerra», se dijo; después todo el mundo perdió las ganas de leer cosas de miedo—. Nos habríamos enterado si se hubiera resuelto desde entonces, ¿no?

—Sí. Lo más probable es que fuera su pareja, si no se presentó.

—Pero queda claro que el asesino está *todavía* suelto: el mismo hombre que mató a Alistair Hadleigh. ¡ *Tiene* que ser el mismo!

Pete seguía ceñudo cuando se levantó y fue adentro para volver con dos

vasos de oscura cerveza. Pudding prefirió no comentar que no había bebido cerveza nunca y probó un sorbo con cautela. Sabía amarga, como a tierra, medio buena y medio mala. Procuró no hacer una mueca al tragar. La notó cálida y difusa en el estómago.

—¿Seguro que no quieres entrar, Pud? A nadie le importaría —dijo Pete.

—Bueno... es más fácil hablar aquí fuera, que se está tranquilo. Y no hace nada de frío, después de todo.

—Eso es verdad.

Él le sonrió de un modo dulce e ilógico que la hizo irritarse, desasosegada.

—Pete. ¡Agente Dempsey! ¿Quieres hacer el *favor* de decirme algo sobre lo que te he contado? —le soltó en un estallido—. ¡No logro entender por qué ninguna de las personas a las que se lo digo *hace* nada!

—Llevo pensando en ello todo el tiempo, Pudding, de verdad. La cuestión —explicó, con aspecto de sentirse incómodo— es que hay dos formas de considerarlo. Una es que al señor Hadleigh lo mató la misma persona que mató a esta chica hace cincuenta años, aunque eso significaría que el asesino al menos tiene más de setenta años ya, es de suponer.

Pudding se quedó callada unos instantes. No había pensado en aquello.

—Mucha gente de setenta años sigue estando bastante sana y fuerte como para... cometer un crimen —aseguró.

—¿Mucha? Me parece que eso es exagerar un poco, Pud. —Levantó una mano apaciguadora cuando ella inspiró para discutir—. Aunque, de acuerdo, es posible. La segunda forma de considerarlo es que alguien que estaba enterado del antiguo asesinato cometió este nuevo de forma deliberada para que *pareciera* que la misma persona había cometido los dos.

—Pero... ¿Por qué iba a hacer eso nadie?

—¿Quién sabe? ¿Quién sabe por qué nadie mataría al señor Hadleigh, o a esta otra chica, para empezar? Sé que al subjefe Blackman le molesta que aún no hayamos dado con un buen motivo. —Dio un gran trago a su cerveza—. La verdad es que no debería contarte nada de esto, Pudding.

—¿Quieres decir que aún no está convencido de que fuera Donny? —preguntó Pudding, entusiasmada.

Pete negó con un gesto.

—No, no, no es eso lo que digo. Está convencido de que fue Donny; todas las pruebas lo indican. Pero él preferiría saber por qué lo hizo. Y es que... —Pete se calló y miró a Pudding unos momentos. A la luz del anochecer los ojos del joven estaban muy abiertos, y en su rostro había una expresión amable que

era casi piedad y que hizo que Pudding se encogiera por dentro—. Es que si vamos a contarle lo de este libro tuyo y que lleva un tiempo rodando por tu casa... él va a decir que muy probablemente tu Donny lo cogió y leyó lo del primer asesinato, y luego siguió su ejemplo. Incluso podría decir que... que eso le dio la idea de matar al señor Hadleigh.

Pudding clavó la mirada en un lugar indefinido, a poca distancia, mientras asimilaba la trascendencia de aquello. Se sentía igual que Casandra, condenada a que nadie la creyera; notaba la terrible carga de no poder ayudar a su hermano. Daba la impresión de que todo estaba perdido y en ese instante la desesperación le resultó un lugar acogedor donde tumbarse a descansar. Pudding se bebió la cerveza de un trago; más calidez, más confusión.

—Todo esto es como una pesadilla —dijo en voz baja—. El libro no ha salido nunca de mi cuarto, de la mesita de noche. A mamá no le gusta que lea cosas de miedo, así que nunca lo dejo rodando por la casa. Donny nunca entra en mi cuarto. Nunca —repitió, apelando a Pete, cuya cara aún mostraba aquella expresión apenada—. No pudo haberlo leído.

—Yo sé que tú lo sabes, Pudding; lo comprendo y te creo. El problema es que no puede demostrarse, ¿no?

—Tú conoces a Donny desde que naciste, Pete. ¿Crees que él mató a Alistair?

—Da exactamente igual lo que yo crea —respondió él, incómodo.

—A mí no me da igual —replicó Pudding—. Tengo que saber quién está de mi parte.

—Yo estoy de tu parte, Pudding... claro que sí. Pero también tengo un trabajo que hacer, cumplir la ley. Y tengo que cumplirla al pie de la letra. No puedo hacer otra cosa.

Pudding pensó un momento, aunque la cerveza y las malas noticias parecían haberle nublado los pensamientos. Se mordió las puntas de los dedos para no distraerse.

—Bueno, tienes que contárselo a Blackman. ¿Lo harás? Si no, se lo cuento yo misma.

—¿Aunque eso le proporcione el «porqué» que busca? No olvides que él no conoce en absoluto a Donny.

—Aun así, eso podría hacerlo pensar... Tú cuéntale mi idea, ¿quieres? Que es el mismo asesino, ¿eh?

—Se lo diré, sí —contestó Pete, con voz resignada.

—Y... ¿rastrearás el primer asesinato?

—¿Rastrearlo? ¿Cómo puñetas voy a hacer eso, Pudding? ¡El caso es de hace cincuenta años!

—Debe de haber archivos... anotaciones sobre quién era ella, de quién se sospechó, ese tipo de cosas. Habrá archivos de eso en la comisaría, ¿no?

—Bueno... imagino que podría haberlos, aunque maldita la idea que tengo de dónde buscar. Eso si me autorizan, claro. No puedo ponerme a revolver así, sin más, de cualquier manera.

—Pero podrías sugerírselo a tus superiores, ¿verdad? Que tal vez fuera buena idea indagarlo, ¿no?

—Lo propondré, sí.

Pete se quedó callado; parecía aguardar lo que se avecinaba después.

—Bien —repuso Pudding—. Llévate el libro y enséñaselo... pero quiero que me lo traigas en cuanto él lo haya visto.

Se puso de pie bruscamente y tuvo que esperar a que la cabeza dejara de darle vueltas. Pete se levantó a sujetarla.

—Tranquila, Pud... no tienes mucho aguante con la cerveza, ¿eh? —Sonrió.

—No sé. Es la primera vez que la pruebo —respondió Pudding, mientras pensaba que el cielo estaba muy lejos y que el suelo se inclinaba, aunque parecía llano.

Pete ladeó la cabeza sin soltarle el brazo.

—Se me olvida que aún eres muy pequeña, Pudding —comentó—. Como estás tan...

Se calló y con vagos gestos señaló su figura, hasta que bajó la mano y la mirada.

—¿Como estoy tan qué?

—No importa. Vamos, más vale que te lleve a casa.

—Vine andando y conozco el camino —replicó Pudding, solemne.

—Vaya, pues andando no vas a volver, te lo aseguro. Vamos hasta la granja y cogeremos el calesín.

—Tardaremos una eternidad; andando será más rápido.

—Bueno, Pudding Cartwright, si lo que dices sobre tu Donny es cierto, hay un asesino que anda suelto por ahí. Aunque sólo fuera por eso, ¿qué clase de policía sería yo si dejara que una señorita volviera a casa sola?

La ruta hasta Spring Cottage practicable para un calesín era larga y empinada: subía hasta la cima de la colina al oeste de Ford y luego volvía a bajar. El poni resoplaba, el calesín se balanceaba con las piedras y las rodadas, y Pudding luchaba contra una somnolencia casi irresistible para

mantenerse despierta. Dos veces despertó de pronto y descubrió que tenía la cabeza apoyada en el hombro de Pete Dempsey, y que el calor de él le llegaba a la mejilla a través de la camisa. Procuró apartarse más en el asiento, pero era un asiento muy estrecho.

—No pasa nada, Pudding, echa la cabeza si quieres —dijo Pete; su voz quedaba medio oculta por el chirrido de las ruedas y el golpeteo de los cascos del caballo.

Pudding negó con un gesto.

—Entonces, ¿lo indagarás y hablarás con Blackman? ¿Me lo prometes? —preguntó, cuando él la dejó frente a su casa.

—Te prometo hablar con Blackman y hacer lo que pueda —matizó Pete.

Pudding asintió con un gesto soñoliento y dio media vuelta para marcharse.

—Apuesto a que te pondrás a indagarlo tú —afirmó Pete en tono de complicidad.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... si es el mismo asesino y tiene más de setenta años, si ha estado en esta zona antes y luego ha vuelto, o si nunca se ha movido de aquí... lo más probable es que alguno de los viejos a lo mejor tenga idea de quién podría ser, ¿no te parece?

—Sí —respondió Pudding con la voz más neutra posible—. Sí... imagino que sí.

—Ten cuidado, Pudding Cartwright. Te diría que se lo dejes a la policía si creyera que ibas a hacerme caso, pero anda y ten cuidado. Y buenas noches —dijo; hizo que el poni diera la vuelta mientras Pudding le decía adiós con la mano.

Hasta la mañana siguiente no reparó en que había olvidado darle las gracias a Pete por la copa y por llevarla a casa. Aunque, en realidad, no importaba; tenía cosas más importantes que hacer. La cerveza la había sumido en un profundo sueño y despertó con la cabeza despejada, más convencida que nunca de que quienquiera que matara a Sarah Martock en 1872 también había matado a Alistair. Y, además, sabía perfectamente adónde iba a ir.

Se alejaron un buen trecho de Slaughterford para coger el ómnibus a Swindon desde Castle Combe con idea de que el conductor no los reconociera. Clemmie se había amarrado un chal sobre el pelo, tan llamativo, y tenía

demasiado calor, y además notó las piernas pesadas todo el camino. Eli andaba deprisa, muy serio, a veces tirándole de la mano igual que había hecho su madre cuando fueron a Manor Farm. Pero no sólo eran las piernas lo que pesaba a Clemmie; la pesadez parecía estar en todos los músculos de su cuerpo y hasta en el último centímetro de su cabeza, era una fatigosa desgana de la que no podía librarse: el deseo casi invencible de sentarse a descansar y volverse atrás luego. Cuando aflojaba el paso, y se detenía para mirar un horizonte de colinas que no le sonaba y sentir la espantosa novedad de aquello, Eli se daba la vuelta, impaciente.

—¡Pero venga, Clemmie! —decía; su deseo de estar lejos era exactamente igual de fuerte que el que ella sentía de quedarse. Clemmie lloriqueaba, y entonces él se mostraba más tierno, y la besaba, y le agarraba las manos entre las suyas, como si rezara—. Anda, vamos ya —insistía—. Es a nuestra nueva vida adonde corremos. Los tres.

Murmuraba y la calmaba hasta que ella continuaba otra vez. Casas que no conocía; rostros que no conocía; campos y barreras y portillas con escalones que no conocía. Senderos, caminos verdes, bosquecillos de árboles; destartalados corrales llenos de gansos y ratas y niños. Perdía los contornos de sí misma en aquella extrañeza; notaba que se desdibujaba, que se extraviaba. Cuando estuvieron en el ómnibus los cambios no hicieron sino volverse más rápidos, más alarmantes, y Clemmie no tenía forma de decir que era como si le hubieran cambiado el propio mundo por otro que no tenía esperanzas de entender. Se agarró a la mano de Eli no por amor, sino por miedo.

El ómnibus iba atestado, y, al parecer, reinaba la alegría cuando salieron del valle a terreno más llano y el tiro de fuertes jacas se puso a trotar a ritmo constante. Hombres con bigote y bombín, algunos con chalecos que habían conocido tiempos mejores, llevando la chaqueta al brazo; peones que iban de granja en granja en mangas de camisa, apestando a sudor, a trabajo y al estiércol que tenían pegado en las botas; dos mujeres, tan parecidas que debían de ser hermanas, chismorreaban contentas camino de la ciudad, con sus tocas de paja y sus vestidos de linón con manchas antiguas lavadas en el bajo, y ofrecían una canastilla de cerezas a los demás pasajeros. Eli miraba a todo el mundo ceñudo y sombrío, así que nadie les hablaba. Clemmie, medrosa, se arrebujaba en su chal, demasiado asustada para mirar a la gente a los ojos, demasiado asustada para no mirar. El sol estaba en lo alto, pero mientras cambiaban de caballos en Great Somerford ella alargó los brazos fuera de la

sombra del curvo techo de lona; llevándolos a la luz del sol, intentando coger cosas que no podía tocar. Más tarde, cuando Eli la sacudió por el hombro para llamar su atención, Clemmie se sobresaltó. Eli señaló los edificios del horizonte, que se acercaban cada vez más: agujas de iglesia, chimeneas de fábrica, altas casas pegadas unas a otras. Su rostro se había animado con una expresión triunfal.

—¡Ya casi estamos allí! Y piensa: tu gente a lo mejor ni se ha dado cuenta todavía de que te has ido —exclamó, alborozado.

Clemmie hizo un gesto afirmativo pero no tuvo valor para sonreír.

—No estés tan acobardada, mi Clem. Yo voy a cuidarte y todo saldrá bien: ya te lo he dicho. Tú me crees, ¿verdad? —preguntó, y ella se obligó a asentir otra vez.

El primo de Eli, Matthew, no tenía mucha pinta de Tanner. Era achaparrado, de nariz chata y ojos castaños, no azules; sus labios eran demasiado gruesos, tenía un aspecto húmedo e hinchado, y su pelo era una grasienta envoltura color ratón que necesitaba un buen corte. Pero su sonrisa era amplia y el aire astuto de sus ojos, más pensativo que malicioso. Su mujer, Polly, estaba tan embarazada que parecía la luna cuando sale. El peso de la tripa forzaba a su espina dorsal a un retorcimiento aparentemente imposible; siempre que podía, ella se encajaba las manos allí, apuntalándola. Debía de tener sólo unos veinte años pero tenía la cara demacrada de agotamiento, y una pequeñina que empezaba a andar colgada de su falda, cuando los hizo pasar.

—No te asustes, nena —le dijo a Clemmie tras sorprenderla mirando de hito en hito, alarmada, el tamaño de la barriga—. Esto tiene que bajar cualquier día de éstos y tengo el pálpito de que ahí dentro hay más de uno; mi *ma* nació trilliza, así Dios me ayude. De modo que es probable que no te pongas ni la mitad de gorda.

Aunque a Matthew y a Polly les habían dicho que Clemmie era muda, se hizo el breve silencio en que debía haber contestado y se produjo un instante un poco embarazoso al tener que continuar cuando no respondió nada.

—¿De cuánto estás? —preguntó Polly, y enseguida se ruborizó al darse cuenta de que Clemmie tampoco podía contestar a eso.

—Sólo lo sabe Clem —intervino Eli, contemplándola como si hubiera obrado un milagro—. Los demás tenemos que esperar a ver.

Polly miró con los ojos entornados a Clemmie, y, después de pedirle permiso con una inclinación de cabeza, le agarró la cintura y apretó con los

dedos.

—Los primeros días —afirmó—. Me da a mí que no más de un par de meses.

—Mucho tiempo para que yo trabaje, entonces, y busque alojamiento para nosotros.

— *Ar* , bueno —repuso Matthew, con voz no demasiado segura—. Podéis quedaros el tiempo que haga falta. La familia es la familia después de todo.

—Pues bueno —dijo Polly—, os enseñaré dónde dormiréis.

Matthew y Polly tenían la planta baja de una pequeña casa urbana: dos cuartos, uno en la parte delantera donde guisaban y lavaban y comían, el otro en la trasera donde dormían con su primogénita, Betsy, de tres años. Frente a la puerta que daba a estas habitaciones, una angosta escalera llevaba a los cuartos de arriba desde un recibidor con un mugriento suelo de madera. Era oscuro y estrecho, y la mayor parte del espacio lo ocupaban cacharros y cajas, escobas, baldes y una vieja lechera en un carretón que Polly usaba para traer agua de la fuente que había al final de la calle. Los olores a cocina tardaban en irse, igual que el húmedo y tiznado aroma a rincones descuidados por todas partes. Bajo la escalera habían puesto un delgado colchón relleno de trapos y cubierto con una manta. Tenía apenas la anchura justa para que dos personas se tendieran una al lado de otra, con los hombros bien juntos. Clemmie pensó en la enorme cama de Weavern Farm que compartía con Josie. Ya estaba allí mucho antes de que sus padres se hicieran cargo de la granja, era más bien parte del edificio que un mueble, y con los años los escarabajos y las avispas habían roído los postes. Pero era blanda y acogedora, y estaba en casa. A salvo. Aquí los pies de la gente pasarían por la calle a menos de tres metros de donde pusiera su cabeza.

—He hablado con la vieja señora Shepherd de arriba y no le importa. Hace años que no puede usar la escalera de todas formas; sólo sale cuando la sacamos. Su hija pasa todos los días a vestirla y darle de comer, y a vaciar el orinal, pero vosotros ya estaréis en pie antes de que llegue, seguro. Lo único que tenemos que vigilar es el casero. Viene a por el alquiler cada mes, normalmente el primer martes, así que no debe de descubrirnos si tenemos cuidado; no es que os echara, sólo querría más dinero por que os quedarais, nada más.

—Te lo agradecemos, Pol —contestó Eli, dejando su saco de lona sobre el colchón.

—Bueno, saldré para el turno de noche —repuso Matthew—. Le diré al

capataz que has venido. Con un poco de suerte, sólo dirá que te lleve conmigo por la mañana; entonces te echará un vistazo como si te pesara en el mercado, pero no te sulfures; es un tío gilipollas, en todos los sentidos.

—Amén —murmuró Polly.

—Así que le gusta fanfarronear. Tú hazle la reverencia, como si él fuera el amo del cotarro, y el trabajo es tuyo, Eli.

Clemmie no podía dormir. El recibidor estaba mal ventilado y hacía calor, y no había ninguna ventana que abrir. Betsy se despertaba chillando casi cada hora, y arriba la señora Shepherd tosía, y tosía, y tosía. Eli luchaba dormido, daba sacudidas y hablaba entre dientes, y en la calle sí que sonaban pasos, y a Clemmie se le erizaba la piel mientras se preguntaba quién sería y qué estaría haciendo a la intemperie, en la oscuridad de la noche. Veía las sombras por el hueco de debajo de la puerta. Echaba de menos el leve ronquido de Mary, regular como el latido de un corazón, y las aves nocturnas fuera de la granja, y el suave murmullo del río. Noche tras noche, aquello no mejoró. Todavía vomitaba por las mañanas a veces, y ya no sabía si era el bebé o el mareado cansancio de la falta de sueño. Cuando Polly la llevó arriba para que conociera a la señora Shepherd, ella y la anciana se miraron fijamente con parecido gesto de incompreensión. La señora Shepherd estaba atrapada en su cama de hierro; atrapada con su cuerpo enfermizo y su tos; atrapada en su grasiento gorro de dormir de encaje hasta que su hija llegara para quitárselo. Sus ojos empañados, que parpadeaban rápido, se asomaban a un mundo que ya no entendía, y Clemmie sabía perfectamente cómo era esa sensación.

Eli se marchaba al rayar el día, con Matthew, al primer turno en las naves de las locomotoras. Volvía cansado, dolorido de echar paletadas de carbón y frotándose los ojos, enrojecidos y llorosos del polvo que llevaba el aire, pero sereno; la paz, afirmaba Matthew, de un hombre que hacía una jornada de trabajo por un salario justo. Matthew manejaba una de las chirriantes máquinas y le pagaban un poco más que a Eli, cuyo trabajo consistía en alimentar los hornos y en levantar y mover todo lo que tuviera que ser levantado o movido. Polly se pasaba los días yendo, lenta y trabajosamente, entre su alojamiento y el mercado, la fuente, la mercería y el alojamiento de sus vecinas; deteniéndose para agarrarse la espalda, para limpiarse el sudor de la cara, para recuperar el aliento.

—Que el Señor me guarde —repetía, una y otra vez; un continuo estribillo, la voz del miedo interior.

Betsy iba con paso inseguro tras ella a todas partes, chupándose el pulgar, la absurda muñeca casera bien pegada a las costillas. Clemmie se hacía cargo de la niña cuanto podía —recogerla cuando se caía; quitarle las porquerías antes de que se las comiera; cambiarle las bragas cuando se las mojaba— para que Polly descansara un poco. También levantaba y vertía, iba y venía, y ayudaba a convertir el escaso alimento que Polly hubiera comprado en el mercado en una cena para los cinco. Empanadas de cubierta grasienta hechas con manteca de cerdo o pringue; potajes de guisantes y cebada; algunas noches, sólo pan con queso. Hasta entonces todo el dinero que había ganado Eli había sido para Matthew y Polly, por la comida y el alojamiento, pero la demanda siempre parecía dejar atrás a la oferta. A mitad del noveno día de Clemmie en Swindon Polly le agarró la mano de repente, mientras mondaban patatas, y le sonrió.

—No sé cómo me las arreglaba antes de que llegaras, Clem —dijo—. No voy a querer que te vayas nunca.

A Clemmie le agradaba Polly y logró esbozar una sonrisa, pero se dio cuenta de que sólo estaba esperando. Esperaba despertar de aquel sueño inquietante en que se encontraba encerrada, por el que tenía que vivir allí en el tumulto de una ciudad, con los edificios alzándose amenazadores y aquel tropel de gente, la multitud, los olores imposibles de evitar, y donde muy pocas cosas eran tranquilas o verdes. Cuando cerraba los ojos volvía a Slaughterford. A la curva del río y a las colinas, a la fábrica y a Weavern Farm. Incluso evocaba la continua tranquilidad de la oficina de Alistair Hadleigh; se veía de pie con los ojos cerrados, de espaldas a la ventana, repitiendo lo más rápido posible las sílabas que él decía, un truco que a veces parecía funcionar, al menos con los sonidos más fáciles. Le parecía oír la corriente de agua de la acequia del molino y el sordo ruido de los mazos, y oler el papel y la alfombra oriental de lana que estaba en el suelo, y el fijador de Alistair y el costoso tejido del paño de su traje, y sentía aquel disminuir del pánico, que en ocasiones la dejaba casi adormilada, si una clase salía bien. Estaba deseando sentirlo ahora, pero el miedo la inmovilizaba cuando abría los ojos, difuminando su ser y lo que ella conocía, y dejándola sin ningún refugio. Nadie notaba cómo huía hacia dentro de sí misma. No lo sabrían ni aunque hubiera podido hablar, porque se habría quedado callada durante días. Abrazaba a Betsy y jugaba con ella: le daba sorbos de té a su muñeca, le trenzaba las pocas hebras de lana que tenía por cabello y procuraba no fijarse en que olía a vómitos. Y esperaba poder marcharse. Esperaba que Eli dijera:

«Vámonos a casa».

Pero no lo decía. Él trabajaba, y comía, y se iba al *pub* por la noche con Matthew, y volvía cuando ya Clemmie y Polly se habían acostado, oliendo a cerveza y a tabaco, para hundir la cara en su cuello y quedarse dormido en un segundo. Ya no olía a hierba ni a tierra ni a los setos vivos; ya no olía como un animal salvaje, sino más bien como una máquina. La ciudad estaba imprimiéndole su sello. Una noche Eli vio el rostro abatido de Clemmie cuando él y Matthew ya se marchaban y la llevó al *pub*. Ella intentó estar contenta, pero allí sólo había ruido y confusión, y hombres que hablaban demasiado alto, y mujeres con pintura roja en los dientes. Los edificios de la calle parecían elevarse demasiado y apiñarse allá en lo alto, peor que durante el día, y a Clemmie le pareció que la aplastaban. Se quedó media hora, aborreciendo aquel sitio; luego le apretó la mano a Eli y se escabulló hacia la cama de debajo de la escalera.

—Debe de resultarte extraño todo esto —le comentó Polly un día que sorprendió a Clemmie mirando la estrecha tira de cielo que se veía sobre la calle—. Con lo de que te criaste en una granja... Y, en verdad, Swindon no es una gran ciudad, ¿sabes? Yo fui una vez a Bristol. Por Dios, vaya sitio bueno. Allí está toda la vida: la gente como... como hormigas en un hormiguero, allá en el puerto. Hasta que no lo ves no te lo crees. Pero desde allí se huele el mar. ¿Tú has visto el mar? —Clemmie negó con la cabeza—. Yo tampoco —repuso Polly en tono triste—. No me lo imagino, pero tiene que ser precioso.

Se quedó callada unos momentos y Clemmie se esforzó por figurarse un lugar más populoso, más ruidoso que Swindon.

—Clemmie es un nombre muy bonito —continuó Polly—. Es de Clemence, ¿no? ¿O de Clemency?

Clemmie hizo un gesto negativo. No era por ninguno de los dos, pero le resultaba imposible explicarle de dónde venía.

—Bueno, es bonito. A lo mejor a uno de esta camada le pongo Clemency, si es niña.

Se pasó las manos por la tripa hasta donde pudo llegar.

El domingo fueron a la iglesia del final de la calle, que tenía delante un bonito cuadrado de hierba con barandillas de hierro alrededor, y arriates llenos de pensamientos y alegrías de la casa. No tenían ropa de los domingos y acudieron con lo que llevaban puesto casi todos los días, añadiendo sombreros para Clemmie y Polly. El sol caía a plomo y se sentaron con unos desconocidos a la sombra de un castaño de Indias lleno de castañas verdes.

—Esto es vida, ¿eh? —dijo Matthew mientras se tumbaba de espaldas y se inclinaba el sombrero sobre los ojos. Eli sonrió un poco, pero Polly ignoró sus palabras. Betsy estaba irritable y tenía una erupción que le producía prurito y la torturaba, y a Clemmie sólo le entraron ganas de decir: «No. No, esto no es lo que la vida debería ser»—. Apuesto a que no echas de menos al viejo Isaac, ahora, ¿verdad, Eli? —añadió Matthew, y al instante Eli se puso muy serio.

Se sentó con las rodillas levantadas, apoyando en ellas los brazos, y miró a lo lejos con los ojos entornados.

—Espero no volver a echarle la vista encima a ese hombre nunca más —contestó, finalmente—. Y si pudiera matarlo, lo mataría.

—No te digo yo que no te comprenda —repuso Matthew, gruñendo—. Nunca se me olvidará la vez que lo vi...

—Basta, Matt. No voy a consentir que su sombra llegue hasta aquí —lo interrumpió Eli, secamente, y Matthew le lanzó una mirada de sorpresa y, prudente, cambió de tema.

Clemmie se dio cuenta de que era Isaac Tanner lo que mantenía a Eli lejos de Slaughterford. Tal vez no le agradara su apellido, ni la reputación de los Tanner, pero quería a su madre, y a su abuela, y a varios de sus hermanos y hermanas; de quien no soportaba estar cerca era de su padre. Si la persona que detuvieron por lo que pasó en el molino —o por el robo, si es que las dos cosas no tenían relación— hubiera sido Isaac, y si Isaac no hubiera vuelto, ella y Eli quizá no habrían tenido que marcharse de Slaughterford nunca. Y comprendió que no había posibilidad alguna de regresar mientras Isaac siguiera allí. Entonces, como caída del cielo, supo cuál era la solución. Apareció con una avalancha de nervios y de esperanzas, y en ese preciso instante Polly se puso pálida y dio un grito ahogado.

El parto duró la tarde entera y luego, toda la la noche. No vino el médico; la comadrona era una vecina que ya había traído al mundo a un centenar de hijos de obreros de Swindon, sin contar los que había metido directamente en pequeños ataúdes. Polly cogió la mano de Clemmie, y a medida que pasaron las horas Clemmie notó que el agarrón se debilitaba, que los férreos dedos se volvían flojos y blandos como la fruta pasada. Cuando empujaba, Polly se quedaba tanto tiempo callada que Clemmie se preguntaba si volvería a respirar alguna vez. El cuarto olía a su sudor y a su orina, a su garganta seca y a su esfuerzo. Cuando amaneció habían llegado dos bebés, un niño y una niña, largos y flacos y estrujados; la niña inspiró una vez y lloró, pero el niño se

quedó sin moverse ni llorar, con la piel de un azul espantoso. Vivió una media hora y luego se fue sin sentir, y Polly estaba demasiado exhausta para reaccionar. La comadrona le pegó la hija recién nacida al pecho y la niña se puso a mamar mientras su madre se quedaba inconsciente.

Clemmie nunca se alegró tanto de que acabara una noche. Toda la sangre y la oscuridad, el dolor y el miedo, la vida y la muerte habían estado allí en el cuarto, cogidos de la mano. Los bebés habían peleado por quedarse en la matriz, no como los bebés de los animales que se escurrían para afuera con bastante impaciencia. Pensó que era por la ciudad. Eran todos aquellos edificios y la suciedad y la aglomeración, el aire que no era bueno, el horizonte demasiado próximo, el mundo demasiado raro. No era como debería ser. Cuando se apartó de la cabecera, agotada, siguió hasta la puerta y fue por la calle, y acaso hubiera seguido andando hasta llegar a su casa si Eli no hubiera salido corriendo tras ella y la hubiera llevado de vuelta. «Quiero irme a casa», le dijo. Deseó que él la oyera, y quizá Eli la oyó, un poco. Había algo en el modo en que frunció el ceño, algo en el silencio que brotó entre ellos. Desesperada, Clemmie cogió un trozo de periódico viejo del retrete que compartían con cuatro vecinos y dibujó un mapa rudimentario, y monigotes de ella y Eli en medio de dos lugares: una gran extensión de caóticos garabatos detrás, y las caras vueltas hacia un sitio con un río que se curvaba, un molino, una granja aislada.

—No podemos volver —dijo Eli, terminante, al comprender de pronto—. No puedo. No pienso estar cerca de él, Clem. Tú lo entiendes, ¿verdad? Ahora ésta es nuestra vida. Éste es nuestro hogar. Yo tengo trabajo, y tenemos un sitio donde vivir, y una familia. Ojalá pudiera hacerte sentir lo que siento yo: no estar debajo de él por primera vez en mi vida. Empezar de nuevo... Es una maravilla. Y no pienso volver a lo de antes. Éste es nuestro hogar ahora.

Pero en plena noche después del entierro del niño, al que Matthew y Polly pusieron Christopher, con la chiquitina, Clemency, llorando y despertando a Betsy, y Polly estremeciéndose cada vez que se movía, y oliendo a leche y a extenuación, Clemmie se decidió. Polly necesitaba ayuda, y eso era una nueva serie de ataduras que la amarraban, pero si se quedaba, creía que se moriría. No físicamente, quizá; no enseguida, sino de otro modo esencial. Pensó en el alma de la que hablaba el párroco; pensó en el espíritu de las cosas, en las aspiraciones, necesidades y recuerdos que las generaciones precedentes engendraban en cada persona; y pensó en la tierra que los alimentaba. La gente tenía su sitio concreto y no otro, y el de ella y Eli —y el del bebé— era

Slaughterford. Y si por culpa de Isaac Tanner si Eli no quería regresar, Clemmie sabía cómo deshacerse de Isaac Tanner.

Sabía lo que había oído; sabía la verdad de lo que había pasado. A menudo su madre decía que la respuesta más sencilla solía ser la buena, y la respuesta más sencilla era que Isaac había planeado robarle a Alistair Hadleigh, había llevado a sus hijos al molino y lo había hecho. No sería fácil; no quería implicar a Eli de ninguna manera. Tenía que encontrar la forma de decir las palabras, o dibujarlas, o escribirlas. Lo resolvería con ayuda de su madre; a lo mejor conseguía que le hiciera las preguntas adecuadas. Incluso podría intentar meterse en el despacho de Alistair para recobrar aquella tranquilidad que le iba tan bien, aunque él no estuviera. Daría con el modo de decir que Isaac Tanner era culpable, un criminal; el que planeó robar el molino, el origen de toda la violencia. Un hombre que había criado una generación de hijos demasiado airados y atemorizados, tanto que no podían abandonarlo. Isaac Tanner era una sombra sobre el mundo y ella le ofrecería a la policía la oportunidad que ésta siempre había buscado de llevárselo para siempre.

Como si percibiera sus intenciones, Eli se tendió pegado a Clemmie al volver a casa; ella sólo veía el centelleo de sus ojos en lo oscuro y él le habló justo al oído.

—No me dejarás, Clem —dijo. Su voz era tensa, como el agarrón de sus manos, y ella no supo si aquello era un ruego o una orden—. No me dejarás.

Pero él se durmió, no pudo evitarlo, y sus manos soltaron poco a poco las de ella a medida que su respiración se hizo más profunda, y ella se apartó de él muy despacio. En el último segundo en que se rozaron sus cuerpos, en el instante de separarse, Clemmie sintió que algo se le desgarraba por dentro y le dolió el corazón. Eli no lo entendería. No sabía su plan, ni que ella les construiría un hogar donde debían estar, en Weavern Farm. Se hizo todo lo fuerte que pudo, sabiendo que a Eli quizá se le partiera el alma al ver que se había ido. En la penumbra, y después de la cerveza, no se había dado cuenta de que estaba vestida. Forzando los ojos, Clemmie entró en el cuarto delantero haciendo el menor ruido posible. Eli dormía profundamente pero si la encontraba antes de que ella lograra desaparecer, Clemmie sabía que no se marcharía nunca. Y además tenía miedo. Sabía cómo el dolor lo sacaba de quicio; cualquier clase de dolor. Fue a por la manzana y la rebanada de pan que había escondido antes, envueltas en un paño en el tarro de las verduras. En el cuarto delantero el resplandor del alumbrado público se colaba por los deshilachados visillos y esbozaba los muebles en un gris mortecino. No tenía

dinero para el ómnibus ni para un tren, y sólo una vaga idea de en qué dirección debía ir: al sur y al oeste. Pero caminaría todo lo que hiciera falta y procuraría que alguien la llevara algún trecho. Notaba cómo tiraba de ella su hogar; sentía que aquel viaje de regreso no le plantearía ningún problema y sería fácil.

Entonces algo se movió a su espalda —una tenue pisada, una respiración—, y se volvió como un rayo, y el corazón le dio un brinco. Las palabras se le atoraron en la garganta y detrás de los dientes. «Sólo me adelantaba para que tú vinieras después. Yo también tengo un plan, Eli, ya verás». Pero no era más que la pequeña Betsy, con la mirada vidriosa y medio dormida en la puerta. Clemmie fue corriendo a arrodillarse delante de ella para que no hablara. Betsy bostezó y a Clemmie le llegó el olor deliciosamente horrible a las caries de la niña.

—Arió, Em—masculló Betsy, y volvió a bostezar y se frotó los ojos.

Clemmie la atrajo hacia sí y la abrazó fuerte. Era increíble que la pequeña supiera que se marchaba; pero así era y no iba a cuestionárselo. La besó en la frente y le puso un dedo en los labios. Betsy, adormilada, asintió con la cabeza y dio media vuelta para irse. Antes de meterse en la penumbra volvió la cara de nuevo, vaciló y le tendió su muñeca. Clemmie no pudo decir «quédatela tú», así que se limitó a hacer un débil gesto negativo, pero, sin hablar, Betsy dijo que sí y le ofreció la muñeca otra vez. Entonces Clemmie la cogió e inclinó la cabeza a un lado para darle las gracias. Luego fue con sigilo por el pasillo y salió a la calle, y sintió que el desgarró de su corazón se ensanchaba y se hacía más hondo al cerrar la puerta tras el inconsciente sueño de Eli. Sabía lo que pensaría cuando despertara, y eso estuvo a punto de amedrentarla y hacer que entrara corriendo una vez más. Casi no pudo soportarlo. Pero tampoco soportaba quedarse y, además, tenía un plan.

Las idas diarias de Nancy a poner flores en la tumba de Alistair ya habían adquirido categoría de ritual, como el que cada semana la llevaba a visitar la tumba de su hermano Alistair. La misma tumba, claro, bajo la misma lápida de piedra. Irene no soportaba pensarlo: el recién muerto yaciendo junto a lo seco, a lo corroído. Se preguntó cuánto tardaría la visita cotidiana en volverse semanal y cómo tomaría Nancy esa decisión. Invariablemente, después de desayunar la anciana se dirigía allá con flores cortadas del jardín para

sumarlas a las aún frescas de la tumba y pasar el tiempo quitando con esmero cualquier hoja mustia, cualquier pétalo marchito. En la rosaleda se acababan las rosas; sólo quedaban ya las que iban dejando caer sus pétalos al suelo. Irene empezaba a arrepentirse de haberle preguntado a Nancy una mañana si podía acompañarla. Se alegró cuando contestó que sí, pero ahora daba la impresión de haber adquirido el compromiso de ir a diario y le parecía que era una farsanta al hacer demostraciones de un dolor que no sentía. Pero Nancy hablaba más con ella a la ida y a la vuelta, y si iba a quedarse en Manor Farm, al menos de momento, Irene necesitaba que la *entente* con Nancy continuara. Regresar al rencor y al desprecio de los primeros tiempos le resultaría insoportable.

—¿Llegó a contarte Alistair aquella vez que se perdió en su propias tierras? —le preguntó Nancy esa mañana—. Sólo tenía unos diez años y, sin embargo... una creería que ya es edad suficiente para saber volver a casa. Cuando llegó la hora del té, y pasó, y él no apareció, salí y me lo encontré sentado en uno de los setos, llorando a lágrima viva. —Soltó un gruñido medio afectuoso, medio incrédulo—. Pero ¿sabes?, lo primero que hizo fue disculparse por haberme preocupado y hacerme salir a buscarlo. Querido chiquillo, tan blando y tan bobo. Me temo que le eché una buena reprimenda. Y ahora, claro, me arrepiento de todas las veces que lo regañé.

—Seguro que él sabía que era con buena intención —respondió Irene—. Yo me escondí de mis padres una vez. Era el medio día libre de Nanny. Me metí debajo de la cama en un cuarto de invitados de arriba; no tendría más de siete años, creo. No vinieron a buscarme. Me quedé dormida y ya era de noche cuando bajé corriendo, convencida de que se habrían preocupado por mí.

—Me da la impresión de que vas a decir que no se habían dado cuenta —señaló Nancy.

—Exactamente —repuso Irene—. Así que eso me dio una lección sobre mi propia importancia. Habría preferido mil veces que me regañaran, te lo aseguro.

Abrió la pequeña cancela de hierro del cementerio y la sujetó para que pasara Nancy.

—Veo que, en realidad, tu madre no llegó a venir aquí, a la granja. Una visita bastante corta.

—Sí. Aunque a mí me resultó bastante larga, al final —contestó Irene.

—Bien por ti —dijo Nancy. Dio un pequeño resoplido—. Que pruebe una dosis de su propia medicina.

Pero entonces llegó el silencio que se adueñaba de ella junto a la tumba e Irene fue a sentarse en el banco; tuvo que resistir el impulso de ladear la cara hacia el sol y dejar que su calor la animara.

A la vuelta, con Nancy decaída y ceñuda, intentó distraerla de nuevo.

—¿Te ha hablado Pudding de ese otro asesinato que ocurrió hace muchísimos años?

Nada más hablar supo que había dicho lo que no debía. Nancy alzó la cabeza, pero sus ojos centelleaban de cólera.

—Sí, y estoy a punto de perder la paciencia con esa chica —afirmó—. ¿Por qué diantres no acepta sin más lo sucedido, como yo he tenido que aceptarlo, y nos deja seguir adelante a todos?

—Imagino que ama demasiado a su hermano —respondió Irene con cautela, contenta de no haberle contado su papel en la investigación secreta de Pudding.

Nancy dio un suspiro.

—Sí. Desde luego que lo ama. —Meneó la cabeza—. Quizá yo haría exactamente lo mismo si mi hermano hubiera hecho algo así de horrible. Pero el hecho es que *nadie* conoce de verdad a un hombre tan estropeado como el joven Donald, ni sabe de lo que podría ser capaz. ¿Quién sabe por qué lo hizo? Tal vez Alistair sí que le habló de aquellos rosales destrozados. Tal vez incluso le comentó que buscara trabajo en otro sitio. Aunque quizá fue, sencillamente, por algo de dentro de su cabeza. Nunca sabremos qué le hizo actuar así.

—Pero ¿no te resulta raro que el... asesinato se parezca tanto a ese otro, el de hace tantos años?

—Todo lo relacionado con lo que ha ocurrido es raro; de la peor manera posible.

—Sí, pero...

—Es que no deseo oír hablar de eso, Irene —le espetó Nancy, e Irene se calló.

Era imposible que Nancy sintiera la injusticia que Irene experimentaba por Alistair; para Nancy quien había matado a su sobrino estaba en la cárcel y recibiría su merecido. Su dolor era excluyente y no dejaba sitio para tomar en cuenta otras emociones, como las de Irene. Mientras andaba Irene echó una mirada a su alrededor, a las inacabables extensiones de praderas, las infinitas margaritas y ranúnculos y tréboles; era como si hubiera sido verano siempre, y como si nunca fuera a terminarse el verano, igual que de niña. Le parecía que

allí en Slaughterford el tiempo se había vuelto más lento; como si aquellos acontecimientos tan extraordinarios los hubieran aislado del resto del mundo. «Como si aquí hubiera que aislarse más todavía...», se dijo.

Pudding llamó a la puerta después del almuerzo y, para sorpresa de Irene, Nancy la invitó a pasar, a sentarse con ellas y a tomar un poco del helado que ella casi ni había tocado siquiera.

—Florence se enfurruñará si vuelve a la cocina, derretido y sin que lo haya querido nadie.

—Oh, gracias —contestó Pudding, pero Irene vio que la comida era lo último en que pensaba.

Pudding probó un poco, obediente, con la mirada vagando por la habitación y el cuerpo tenso. Irene se sorprendió temiendo lo que la chica fuera a decir después y deseando que, fuera lo que fuese, se callara hasta que Nancy se hubiera marchado. Tenía la sensación de que ella y Pudding estaban removiendo una poza muy antigua y muy profunda, y empezaba a inquietarla lo que fueran a sacar a la superficie. Cosas que acaso las horrorizaran; cosas que quizá quemaran. Sabía que aún no podían parar pero no quería que la vieran haciéndolo.

—Y bien, ¿era algo sobre los caballos lo que querías comentar? —preguntó Nancy.

—¿Los caballos? No... o sea, a menos que una de ustedes quiera montar esta tarde... —respondió Pudding, pero Nancy hizo un gesto negativo.

—Yo quizá —intervino Irene, con la esperanza de que Pudding no siguiera, aunque sin conseguirlo.

—Ah. Bueno. Pues es que hablé con P..., con el agente Dempsey de ese otro asesinato. Él va a hablar con el subjefe Blackman y, con un poco de suerte, indagará. —Se hizo el silencio en la mesa. Pudding dejó la cuchara y se apresuró a continuar—. *Él* ... o sea, Pete Dempsey, sugirió que lo indagara yo misma. Ya saben, preguntar a algunos de los más viejos del pueblo que andaban por aquí entonces y ahora, y ver si es que tienen alguna idea de quién fue el responsable de los asesinatos, y...

—Oh, por Dios, Pudding, de verdad que vas demasiado lejos —la interrumpió Nancy. Echó hacia atrás la silla y se levantó—. Si por entonces alguien hubiera tenido la menor idea de quién fue el responsable de la muerte de esa chica, ¿no crees que se lo habría contado a la policía?

—Pues sí... y a lo mejor lo hizo. —Pudding se puso colorada—. Espero que eso esté en los archivos de la policía e iré a preguntar. Si es que los

archivos siguen existiendo... Pero quizá es que no había suficientes *pruebas* que respaldaran...

—¡Nada de esto ayudará a tu hermano, niña! —exclamó Nancy—. Lamento tener que decírtelo pero parece que alguien tendrá que hacerlo. Donald atacó a Alistair y, pretendiera o no matarlo, lo mató; y lo... —Se calló un momento, incapaz de mirar a Pudding—. Lo lógico es que lo hayan detenido.

Horrorizada, Pudding miró a Nancy de hito en hito.

—Pero ¿cómo puede decir eso? —preguntó en tono humilde—. ¿Usted *conoce* a Donny!

—Lo *conocía*. Antes de la guerra. Pudding, sé lo duro que esto es para ti; no olvides que yo también perdí a un hermano al que adoraba. Antes de que nacieses siquiera. De modo que si estás a punto de decirme que no lo entiendo, créeme: sí lo entiendo. Pero una debe... enfrentarse a los hechos, tal como son, de frente.

—¡Pero si intento *averiguar* los hechos! —replicó Pudding, desesperada—. Y luego me enfrentaré a ellos. Donny me dijo que no fue él y que únicamente encontró al señor Hadleigh tendido allí, y yo lo creo. Tengo que hablar con Hilarius otra vez y con Ma Tanner. ¿Y recuerda usted cuándo empezó Jem a trabajar aquí? Y quería preguntarle, Nancy: ¿cuándo llegó su familia a Slaughterford? ¿No estaban los Hadleigh aquí en la época del primer asesinato? ¿Se le ocurre haber visto a alguien, quizá un desconocido, que usted crea que pudo haber...?

Las palabras de Pudding se estrellaron contra el acantilado del silencio de Nancy.

—En un momento como éste, Pudding Cartwright, ¿me preguntas si sé quién mató a una muchacha campesina hace cincuenta años? —dijo Nancy en voz baja—. Vuelve al patio, y cuida de los caballos, y haz el favor de no montar más melodramas sobre la verdadera crisis que ya tenemos.

Cuando Nancy se marchó Irene pudo respirar.

—¡Ay, Pudding! —exclamó—. ¡Tienes que ir con más cuidado con Nancy! Sé que hace mucho que la conoces, pero está soportando muchísima tensión. Podría despedirte si sigues dándole la lata y no la dejas llorar su pena en paz.

—Ya lo sé —respondió Pudding; se le saltaron las lágrimas—. Pero yo también estoy soportando tensión... y mi familia. Y el pobre Donny, encerrado en una celda.

—Ojalá no estuviera allí. ¡Ojalá no hubiera pasado nada de esto! Pero ha pasado, y... —Irene no estaba segura de qué más decir—. Yo quiero que

atrapen a quien de veras le hizo eso a Alistair. Tú sabes que sí. Te ayudaré todo lo que pueda, pero...

—¿Quiere echarles un vistazo a las cosas de Alistair y ver si allí hay algo que pudiera... explicar su muerte?

—¿Que si quiero qué?

—Echar un vistazo... a sus papeles y cosas por el estilo. A lo mejor hay algo que tiene que ver con el negocio que él no le había contado a nadie. Algún tipo de problema...

—Pero eso sería espiar. Espiar a mi marido.

Aquello le parecía un escándalo.

—Pero... Alistair está muerto, Irene —repuso Pudding. Irene parpadeó. En cierto modo, eso lo hacía menos decente aún—. No va a importarle.

—Pero yo... ¿Qué quieres exactamente que busque? Estoy segura de que allí no habrá nada sobre los Tanner...

—¡Olvídese de los Tanner! O sea... a lo mejor no es él después de todo. No sé. O a lo mejor allí hay pistas de quién podría haber contratado a Tanner. ¡Cualquier cosa! Cualquier cosa que... pueda ayudar a explicar *algo*.

Pudding abrió las manos en un gesto de impotencia. Irene la miró inquieta, compasiva, y vio que la chica inspiraba hondo.

—Sólo queda una semana para que Donny comparezca ante el juez. Sólo tengo una semana para encontrar algo que lo ayude y que quizá haga que lo dejen salir bajo fianza. Él... no sabe arreglárselas en la cárcel. Está sufriendo y yo... no *puedo* soportarlo.

—De acuerdo —contestó Irene.

El miedo y la urgencia de Pudding eran como una niebla que le dificultaba la visión, y además se contagiaban.

—De acuerdo. Aunque supongo que casi toda la correspondencia comercial estará abajo en la fábrica.

—Pues podría mirar allí también. —Pudding asintió con la cabeza, como si todo quedara resuelto. Agarró la silla e hizo ademán de echarla hacia atrás pero vaciló—. Irene, se quedó usted... asustada cuando le hablé de ese otro asesinato, el primer asesinato.

—Sí. Bueno... —respondió Irene. Por alguna razón, aquello hizo que se sintiera culpable.

—Parecía como si... casi se lo esperara. O mejor no... Como si ya lo supiera y yo sólo se lo hubiera recordado.

—Más o menos así es.

Irene desvió la mirada, incómoda.

—¿Ha habido algo más? ¿Sabe usted... de qué tenía miedo?

—Pudding, si supiera algo, te lo diría. Las sensaciones que tengo son sólo eso: sensaciones. Intuiciones, en el mejor de los casos. Me preocuparía si pensara que te fías de ellas demasiado, y...

—Pero ¿y si son ciertas? —preguntó Pudding.

—Podrían serlo, pero podrían no serlo. No creo que sea clarividencia ni nada... sobrenatural... —Irene meneó la cabeza—. Sólo es la idea de haber dado con... con algo importante, cada vez. Es más bien como... cuando te ves reflejada en un espejo y de pronto te das cuenta de que hay alguien más al otro lado del cristal. Tienes que cambiar la manera de mirar. Aunque no es tan concreto, ¿sabes?

—Vaya. Pues haga el favor de contármelo, si es que se le ocurre algo, ¿quiere? —le pidió Pudding cuando se levantaba—. O si encuentra algo. Siento disgustar a la señorita H. ¿Quiere decírselo, cuando la vea? ¿Y de verdad quiere usted dar un paseo a caballo?

—Si es de utilidad, sí.

Cabalaron durante una hora y luego Irene pasó el resto de la tarde en el despacho de Alistair, sintiéndose indiscretísima mientras abría los cajones del escritorio uno a uno, subía el contenido al tablero y lo revisaba todo, objeto por objeto. Aunque no encontró nada por lo que nadie quisiera eliminarlo, no tardó en descubrirse atraída, fascinada, al asomarse a una ventana de la vida que él había vivido antes de conocerlo. Encontró una caja de cartas de sus parientes de Norteamérica, pulcramente apiladas y en orden, como fichas de biblioteca; los sobres se hacían más pequeños y más amarillentos cuanto más se remontaban en el tiempo. Cogió el primero, fechado en abril de 1871, dirigida al padre de Alistair por la madre, Tabitha, antes de que se casaran. Llevada por la curiosidad, sacó la carta y la leyó: una carta de amor muy casta donde se hablaba mucho de respeto, estima y unión beneficiosa, y muy poco de amor o pasión. Pero Irene supuso que ése era el espíritu de la época; además Alistair le había contado que su madre era una católica muy devota. Irene se acordó de que Nancy la había llamado «papista alucinada»; claro que, dado cuánto amaba Nancy a su mellizo, Irene dudó de que ninguna mujer hubiera sido lo bastante buena para él.

En otro cajón, en una carpeta rotulada «Varios», estaba su partida de matrimonio y detrás, la de los padres de Alistair, expedida en la ciudad de

Nueva York el 15 de julio de 1872. Lo cual, observó Irene, respondía a la pregunta de dónde se hallaban los Hadleigh en el momento del asesinato de aquella chica en la fábrica. En el exterior el cielo se espesó hasta ponerse gris y a lo lejos retumbaron truenos. Luego empezó a llover. La luz del despacho se volvió mate y débil, e Irene vio que su interés menguaba, y que todas las cartas y los documentos empezaban a parecer lo que eran: restos de vidas pasadas que no tenía por qué mirar, y eso le produjo una sensación sofocante, casi claustrofóbica. Fue hojeando más deprisa, impaciente por terminar la tarea.

Otra cosa le llamó la atención antes de acabar la búsqueda. En el armario donde estaban las armas de Alistair, sus prismáticos, su equipo de pesca y otras cosas por el estilo, encontró un archivador con más documentos, sobre todo papeles antiguos relacionados con actividades al aire libre, cuadernos de viaje, postales y mapas, pero en el fondo —deliberadamente oculto— había un fajo de cartas con letra de Alistair, atadas con un cordón; una nota explicativa las rodeaba. «Estimado señor Hadleigh», decía, con letra elegante y fluida: «Lamento de veras cualquier pesar que le haya causado a usted, pero he de pedirle que deje de escribirme. Comprenda que no nos beneficia a ninguno de los dos. Tuvo usted la amabilidad de liberarme de nuestro compromiso, por lo que siempre le estaré muy agradecida. Sin duda, entiende que por muchas vueltas que le demos y sean cuales sean las circunstancias, no voy a cambiar de opinión tras dar los pasos que he dado». Firmaba la señorita Annabelle Cross y llevaba fecha de 12 de julio de 1914.

Irene notó un estremecimiento al leerla, un extraño sobresalto, como si, creyéndose sola, hubiera alzado la vista para descubrir a alguien más en la habitación. Había olvidado por completo que Alistair había estado prometido con otra antes de pedirle matrimonio... y también, la afirmación de Nancy de que ella lo había sacado de ese compromiso. Si era así, había sido espantando de algún modo a la chica, no disuadiendo a su sobrino, justo como Cora McKinley le había contado. Se preguntó qué diantres habría hecho o dicho Nancy para provocar que la relación fracasara de un modo tan drástico; se preguntó si la señorita Annabelle Cross sabría que iba a declararse la guerra tan poco tiempo después de cortar con Alistair, o que lo mandaría a la batalla con el corazón roto. Porque a Alistair se le había roto el corazón. Irene leyó sólo unas cuantas de sus cartas a Annabelle, primero muy cariñosas y luego desesperadas, pero fue suficiente. Se quedó con el paquete en el regazo, sin querer espiar más su sufrimiento, y se sintió rara por descubrir que él había amado a otra. Tanto como para guardar escondidas las cartas que le había

escrito; Irene se figuró que porque ella las había tocado. Porque tenían rastros de su piel, de su perfume; porque eran vestigios de ella.

Así que tal vez la discreta forma de ser de Alistair no sólo nacía de la guerra, sino de este dolor abrumador; y quizá su simpatía por la difícil situación de Irene se basaba, además de haberse encaprichado de ella, en que entendía qué se experimentaba cuando a uno lo plantaba públicamente una persona a la que adoraba. Se preguntó si Alistair llegó a saber que su tía Nancy había sido el motivo de la huida de Annabelle. Sin saber por qué, lo dudaba. Siguió sentada y procuró decidir cómo se sentía, y si el irritante enfado que notaba en el fondo de su mente era una pizca de celos o no. Absurdo, después de hacer que Alistair viviera durante semanas con su persistente amor hacia Fin y de no darse a sí misma la oportunidad de enamorarse de Alistair. No había ninguna pista respecto a qué habría sido de Annabelle, e Irene confió en que Pudding no creyera que aquello era relevante y quisiera localizarla; no tenía ningún deseo de entrometerse más en la humillación de su marido.

Apartó los papeles que iba a darle a Pudding y volvió a colocarlo todo como lo había encontrado; luego se acercó adonde estaba su fotografía de boda, en la repisa de la chimenea. La cogió y miró fijamente el rostro de Alistair, reproducido en distintos tonos de gris. La felicidad de su mirada era auténtica. A Irene le pareció que veía su alma entera allí, en aquella imagen: su amabilidad, su tolerancia, su capacidad de alegría emanaban de él como una suave y pálida luz. Por contraste, su propio rostro le resultó el de una extraña. Parecía un mero caparazón, ausente de sí misma. Ni siquiera había podido sonreír, sólo esbozaba una expresión neutra como la que se pinta en una muñeca. La vergüenza la invadió. No sabía cómo Alistair pudo soportarlo, casarse con ella cuando estaba en semejante estado. Alistair se merecía que lo amaran, de eso estaba muy segura.

—Si hubiéramos tenido más tiempo, yo lo habría conseguido —le dijo Irene, y se sorprendió al hablar en voz alta—. Lo sé. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

De pronto necesitaba desesperadamente que él la oyera y la creyera, aunque, por supuesto, no podía. Llevada por un impulso, besó la imagen de Alistair y dejó un churrete de sus labios en el cristal. Mientras lo quitaba frotando con el puño de la camisa notó que el ardor de su enfado por él era más luminoso, más limpio. Sentía que no le había servido de mucho cuando estaba vivo. Charles McKinley había dicho que casarse con ella había hecho

feliz a Alistair, pero a Irene no le parecía que eso bastara. Sin embargo, ahora iba a asegurarse de serle útil. Con cuidado, volvió a poner en su sitio la foto de boda, salió sigilosamente del despacho y cerró la puerta haciendo el menor ruido posible para compensar aquella absoluta invasión.

Cuando la luz empezó a apagarse y de la cocina empezaron a llegar olores a comida, Irene se puso las botas, un abrigo de hule y un sombrero, y salió a pasear bajo la lluvia. La claustrofóbica sensación de los papeles antiguos aún persistía, y tras tantas semanas de sol —un tiempo tan estable que había llegado a parecerle que despertaba cada mañana con la maldición de vivir el mismo día una y otra vez— deseaba notar cómo le daba la lluvia en la cabeza y oírla salpicar bajo los pies. En el cielo, bajo, se veían destellos amarillos de vez en cuando, pero los truenos seguían sonando débiles y lejanos: más un retumbo en los huesos que un sonido. Bajó hasta el centro del pueblo, cerca de donde la fábrica humeaba y golpeteaba fuerte, y se quedó unos momentos en el encorvado puente sobre el río, contemplando cómo la lluvia agujereaba el agua. Un par de patos pedaleaban afanosos río arriba. El sonoro estampido de un motor la distrajo y vio que un chaval larguirucho, con el sombrero calado sobre los ojos y gesto llorón, llevaba en la pequeña vagoneta motorizada una carga de media pasta cruzando desde Rag Mill. Tras cobrar ánimo, Irene tomó el sendero que atravesaba justo por la fábrica. Pasó por delante de la antigua alquería donde habían matado a Alistair —y también a aquella chica, Sarah—, y tuvo que obligarse a mirarla. La puerta de madera pintada, cerrada ahora con la lluvia, una luz encendida dentro y George Turner sentado ante su escritorio junto a una ventana de abajo, metiendo con cuidado una hoja de papel en el micrómetro. La visión de aquel lugar aún le secaba la garganta; experimentó un fuerte deseo de estar en otro sitio, en cualquier sitio. Se impuso caminar despacio y luego, seguir por el patio con la alta nave de ladrillo del generador a su derecha y la nave de batir a la izquierda, atravesar el puente y llegar al camino de Germain. Allí dio la vuelta de nuevo hacia el pueblo, porque no quería pasar por delante de la casa de los Tanner. De todas formas, se le hacía tarde; las densas nubes oscurecían el paisaje y parecía más tarde aún.

Más allá de High Bank, la hilera de tres casas con la tienda en un extremo, Irene dejó el camino, pasó por la cancela y entró en el prado donde se encontraba la iglesia, separada por un muro, sola. Éste era el atajo a la granja que Pudding usaba a menudo, aunque era empinado y había que esquivar las boñigas. El agua brillaba en la hierba, el suelo chapoteaba e Irene iba despacio para no resbalarse. Miró por encima del murete del cementerio y vio

cómo la embestida de la lluvia destrozaba las flores de Alistair, arrancando los pétalos y azotando las hojas. Le dolió pensar en cuánto se disgustaría Nancy al verlo, de modo que, aunque empezaba a tener frío y la lluvia se le colaba por las costuras de las hombreras, entró a intentar arreglar aquel desastre. Con la cabeza gacha junto a la tumba, se preguntaba por dónde empezar cuando advirtió que alguien se acercaba y alzó la vista, boquiabierto. Un hombre alto y canoso iba hacia ella desde el otro lado de la iglesia y, con un estremecimiento de temor, reconoció a Tanner. No parecía caminar con paso seguro e Irene se preguntó si la habría visto... o si la vería antes de llevársela por delante. No tenía donde esconderse, y se quedó paralizada hasta que él estuvo a dos zancadas de distancia y siguió sin disminuir la marcha. Entonces, sin querer, dio un grito de miedo.

Al oír su voz Tanner levantó las manos y la agarró por los brazos, escudriñándola a través de la lluvia. No llevaba sombrero y el agua le pegaba el pelo entrecano a la cabeza; Irene olió alcohol en su aliento, caliente y agrio. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, de modo que parecía como si hubiera estado llorando, aunque no era fácil saberlo con el rostro mojado de lluvia y borracho como estaba.

—Usted es su mujer, ¿eh? Vino a la casa con la hija del médico —dijo, con aspereza. Demasiado asustada para hablar, Irene se limitó a hacer un gesto afirmativo—. Usted la encontró. Usted encontró aquella muñeca allá arriba.

Señaló la granja de detrás e Irene volvió a asentir con la cabeza. A Tanner se le arrugó la cara de una forma rara y por un instante Irene se quedó perpleja hasta que se dio cuenta de que *estaba* llorando, y de que estaba furioso consigo mismo por dejar que ella lo viera.

—No tenía que haber pasado aquello —dijo.

Tragando saliva, Irene recuperó la voz.

—¿Qué no tenía que haber pasado? —preguntó.

Tanner le dio un zarandeo.

—¡Nada de aquello! —exclamó.

Sacudió la cabeza como si intentara despejársela, con los dedos todavía clavados en los brazos de Irene.

—Por favor, suélteme —le pidió ella, sin fuerzas.

El corazón le palpitaba pero, al mismo tiempo, no sentía ninguna amenaza concreta hacia ella por parte de Tanner; sólo que la bebida y algo que parecía ser la pena le habían soltado la lengua, y que ella no tenía ni idea de lo que aquel hombre podría hacer.

—Al principio me alegré; ahora una parte de mí desea que no la hubiera encontrado nunca. Porque, ¿de qué sirve? ¿De qué sirve nada de eso?

La zarandéó otra vez; los feroces ojos que se clavaban en los de Irene eran fríos y medio enloquecidos.

—Yo... Yo no lo sé. —Irene se recuperó—. ¿Qué... qué significaba la muñeca para usted? —le preguntó.

Tanner hizo caso omiso de sus palabras y preguntó a su vez.

—¿Qué pasará con el chaval?

—¿Quién? ¿Qué chaval?

—El bobalicón que han acusado. ¿Lo colgarán por eso?

—¿Donald Cartwright? No... no sé. Si lo procesan por asesinato, es muy probable que lo ahorquen. Eso es lo que Pudding teme.

Tanner la miró fijamente un momento. Luego bajó las manos y pasó por su lado dándole un empujón, andando a trompicones hacia la cancela, y dejó a Irene con el siseo de la lluvia sobre la hierba y el susurro de su propia respiración en los oídos.

Vio que Tanner iba tambaleándose colina abajo y desaparecía camino de Thatch Cottage, y sólo entonces empezó a relajarse. Debía contárselo a Pudding. Cerró los puños porque notaba un hormigueo raro en los dedos. Al parecer, su clarividente sensación de que la muñeca tenía importancia y, en cierto modo, lo originaba todo, era muy cierta. Pero no se le ocurría absolutamente nada que los Tanner pudieran tener contra Alistair: nada que supiera Nancy, o George Turner; nada que ella hubiera descubierto en los documentos; además, habían comprobado por sí mismas la coartada de Tanner. Miró la humeante chimenea de la fábrica y supo que tendría que hacer lo que Pudding le había pedido: buscar pistas allí. Después de todo, Tanner no era el único que trabajaba en la fábrica: varios miembros de su familia más próxima tenían empleo allí también. Dos de sus hijos, rondando la veintena, iban con él el día que ella y Pudding llevaron la muñeca para enseñársela a Ma. Irene estaba tan obsesionada con el padre que no se había fijado en la reacción de los hijos al verla. Quizá hubiera otra cosa: alguna enemistad heredada, o alguna disputa que no tuviera que ver con el reciente despido de Tanner por embriaguez.

Irene se movió por fin y rodeó hasta el lateral de la iglesia buscando el lugar de donde había venido Tanner. Por lo general, sólo había una razón para que a una persona la encontraran llorando en un cementerio. En el estrecho espacio entre el muro y la iglesia en sí había cuatro lápidas; los nombres de

dos no le dijeron nada, y los nombres de las otras dos los había borrado el tiempo. En una de ellas —una losa pequeña, sencilla e inclinada hacia delante, hacia el césped— sólo se veía el año y a Irene le llamó la atención: 1872 . Al pie de aquella lápida abandonada alguien había dejado hacía poco un ramo de flores silvestres, nomeolvides azules. Irene se quedó mirándolas y se estremeció bajo la lluvia, y en ese instante sintió que una pequeña y anónima pieza del enigma encajaba en su cabeza.

CALLEJONES SIN SALIDA

—Pero eso no puede ser —dijo Pudding, desplomándose desde la cresta de espuma de una nueva ola de esperanza.

Pete Dempsey se encogió de hombros como pidiendo disculpas. Había ido a la granja en calidad de agente de policía; el alto casco le daba calor y sudaba un poco; de vez en cuando jugueteaba con la correa que se le clavaba en el mentón.

—Me sorprendió que me dejara investigarlo siquiera, Pud. Así que por lo menos... eso es algo —repuso, sin mucho convencimiento.

Pudding clavó la mirada en la hoja de papel donde Pete había escrito un conciso resumen del caso de 1872 y de la búsqueda de quien había matado a la chica, que concluía: «Aunque inicialmente se sospechó de uno o varios miembros de la familia Tanner y se les interrogó, todos tenían coartadas fiables para el momento del crimen. No se identificaron más sospechosos y el caso sigue sin resolver».

—¿Y cómo puede ser eso? —quiso saber Pudding—. O sea... aquí hay un resumen de las heridas y eran exactamente igual de... igual de horribles que las de Alistair. Quienquiera que la matara a ella..., y a Alistair, está claro que es peligroso. Pero ellos sólo... —Hizo un gesto con una mano, frustrada—. ¿No encontraron siquiera a nadie más que interrogar?

—Bueno, igual que con el señor Hadleigh, a nadie se le ocurrió un motivo para el crimen y nadie vio nada. El novio, si existía, no se presentó para identificarse. La pala que acabó con ella la dejaron junto al cuerpo y por entonces no se les daba muy bien recoger huellas digitales. Había algo en su... en la sangre del suelo que al principio creyeron que era una huella de pisada, pero luego decidieron que no.

—¿No era una huella?

—No. Así que no tenían nada en que basarse, ¿comprendes?

Pete volvió a pasarse un dedo por debajo del barboquejo y se frotó el verdugón rojo que le hacía en la piel.

—Ay, quítatelo ya, Pete —exclamó Pudding—. No se lo diré a nadie.

Aliviado, Pete se quitó el casco y se pasó una mano por el húmedo pelo.

—Este calor... —murmuró—. Cuesta pensar con claridad, ¿verdad?

—¿Por qué decidieron que no era una huella?

—¡No lo sé, Pudding! Era demasiado pequeña o algo por el estilo. Mira: Blackman, o sea el subjefe, escuchó lo que le conté y leyó la historia de tu libro, y, vaya, pasó lo que yo pensaba. Me permitió sacar el expediente viejo del sótano... mohoso y medio roído está, además, y lo leyó también. Pero, en su opinión, lo único que relaciona los dos crímenes es la narración del primero en tu libro, que lo más probable es que leyera quien perpetró el segundo.

—¡No es en *absoluto* probable que Donny lo leyera! Vaya... ¿y podría ver yo ese informe?

—No que no puedes, Pudding. Y no es que diga nada digno de mención más que lo que anoté ahí yo —respondió Pete; su nerviosismo hacía que hablara con más acento.

Estaban en el patio ante la casa de la jaca, junto a una carretilla de paja sucia que Pudding acababa de cargar. La chica se apoyó en la horca e inspiró hondo, procurando no sentirse derrotada.

—Pues vaya —dijo, aunque no sabía *vaya qué*. Cada callejón sin salida resultaba agotador, y parecían tener un efecto acumulativo—. Tendré que pensar en otra cosa.

—¿Has hablado con algún viejo?

—Sí. Ninguno sabe nada. Aunque todos lo recuerdan: se acuerdan de la chica, Sarah, sobre todo porque era muy guapa, según dicen. Y porque durante un tiempo todos se asustaron mucho, pensando que había un asesino entre ellos; la gente acompañó a sus hijos a la escuela durante una temporada y cosas así. El viejo Hilarius estaba aquí por entonces, pero cuando le pregunté no hizo más que mirarme de forma rara y me pidió prestado otra vez el libro de crímenes; aunque ya lo había leído y, por lo visto, no le había gustado. —Se encogió de hombros—. Pero si supiera algo, me lo diría. Yo sé que me lo diría.

—¿Ya se lo había leído pero no te dijo nada del parecido entre los dos asesinatos? —preguntó Pete.

—No —contestó Pudding—. No me dijo nada. —Frunció el ceño al pensar

en la curiosa reacción que el mozo de cuadra provocaba en Irene. Recordó la primera vez que Hilarius vio el libro de crímenes que ella había dejado en el cuarto de los arreos: su extraño comportamiento y cómo le advirtió que no lo leyera. Contuvo un asomo de inquietud—. Probablemente ni se le ocurrió, como me pasó a mí. Es muy viejo, después de todo.

—¿Cuántos años tiene, por cierto?

—No sé. ¿Ochenta? A lo mejor más todavía. No estoy segura de si tengo agallas para preguntárselo; de todos modos, ¿qué más da?

Pudding se puso derecha y le devolvió el papel.

—No, quédatelo. Lo apunté para ti —dijo Pete.

—Pero no dice nada mínimamente útil —replicó Pudding.

Pete se desanimó un poco.

—No, me figuro que no. Pero quédatelo, de todas formas.

Durante un rato siguieron en un silencio bastante violento. Tras ellos los nidos de golondrinas estaban ya vacíos y callados; Nancy y el gigantesco administrador de la granja, el señor Lake, cruzaron hasta el prado de los almiarés, enfrascados en una conversación. Pete los señaló con una inclinación de cabeza.

—¿Así que la señorita Hadleigh vuelve a estar en danza otra vez?

—Creo que necesita mantenerse ocupada —contestó Pudding—. Para distraerse de lo terrible que es todo esto.

Mientras hablaba fue consciente de que Pete la observaba con aquella expresión compasiva, comprensiva e irritante que la sacaba de quicio, y de pronto cayó en que todo el mundo pensaba justo lo mismo de ella: que se limitaba a mantenerse ocupada para distraerse. Se ruborizó.

—Vaya, más vale que vuelva al trabajo. Gracias por intentarlo, agente —dijo.

—A mandar. Bueno. Quería preguntarte también, Pudding, si quizá te gustaría... —Empezó a darle vueltas al casco entre las manos—. Tal vez. Otra copa, a lo mejor, una tarde. Para comentar... todo. ¿O un paseo?

Pudding lo miró frunciendo el ceño, perpleja.

—Vaya, ¿tienes algo más que contarme que no me hayas dicho ahora? —preguntó.

—No —confesó Pete.

—Pues eso.

Pudding se encogió de hombros, puso la horca cruzada sobre la paja y empezó a empujar la carretilla hacia el estercolero. Cuando llegó hasta él y se

puso a sacar la porquería, volvió la cara. Pete seguía donde lo había dejado, mirándose los pies. Luego se puso de nuevo el casco y se alejó a la velocidad de un hombre que no tuviera un sitio concreto adonde ir.

Pudding ya se había ido a su casa cuando Irene volvió del cementerio empapado de lluvia; la cena estaba lista para servirse. Nancy le había dirigido una mirada recelosa cuando sugirió buscar a la moza de cuadra a aquella hora, y luego, por la mañana, le pidió que la acompañara a Chippenham, donde tenía que ir a la farmacia, al banco y a la modista. Hizo que Irene llevara el cabriolé por las carreteras más tranquilas.

—No está bien que siempre haya que llevarte, Irene. Eres una Hadleigh y los Hadleigh saben arreglárselas. Si vas a quedarte, tendrás que aprender, y es bastante fácil —afirmó, en aquel tono suyo que hacía casi imposible discutir.

Y, en realidad, resultó ser bastante fácil, aunque Irene apenas si se había acostumbrado a estar a cargo de un caballo en el que fuera sentada y, aún menos, de uno al que sólo iba conectada por dos riendas de cuero y un látigo.

—Usa la voz como te he dicho —la instruyó Nancy—. Mira: ¿ves cómo echa atrás las orejas? Espera tu siguiente orden.

Los recados les llevaron bastante más de una hora y luego se detuvieron a tomar café en el hotel Bear antes de ponerse en marcha de nuevo hacia Manor Farm, así que Irene no tuvo ocasión de hablar con Pudding antes del almuerzo sobre lo que había visto y oído. A esas alturas sabía demasiado bien que no debía decirle nada de aquello a Nancy.

Cuando terminaron de almorzar Irene se puso a mirar por una ventana; desde allí vio cómo Nancy salía con Lake, cómo el agente Dempsey se marchaba con aire desconsolado y cómo Pudding, por fin, se quedaba sola, echando paletadas de estiércol de caballo al montón y poniéndose colorada del esfuerzo.

—¡Pudding! Hola... ¿tenía alguna novedad el agente Dempsey? —le dijo a guisa de saludo.

Pudding se detuvo y se apoyó en la horca con las dos manos, recuperando el aliento.

—No. —Pensó un instante y frunció el ceño—. O a lo mejor... quizá una cosa que no me dice. No deja de proponerme que vayamos a dar un paseo, o a tomar una copa.

Irene se quedó mirándola un momento, pero el gesto de incompreensión de la chica era perfecto.

—¿De verdad? Y... ¿no se te ocurre ninguna otra razón por la que pudiera querer hacerlo?

—No. ¿Por qué? ¿Qué cree usted que quiere?

—Bueno... Por ahora quizá sea mejor no preocuparse de eso —repuso Irene con una leve sonrisa—. Tengo que contarte lo que pasó ayer.

Pudding bajó del montón para escuchar e Irene le contó lo de Tanner, y lo que había dicho sobre la muñeca, y lo de la lápida de 1872 con flores frescas.

—Y luego me preguntó por Donny y qué le ocurriría. Pero dijo: «al que han acusado». Eso significa que no cree que Donny lo hiciera, ¿no te parece? Que la policía lo ha detenido sólo para resolver el caso, ¿no?

—¿Verdad? ¡Sí, creo que lleva usted razón! —Pudding agarró la mano de Irene, ilusionada, e Irene procuró no tener en cuenta lo asquerosa que aquella mano estaba—. Él *tiene* que saber más. La policía *tendrá* que hablar con él otra vez... no le insistieron, ni a sus hijos tampoco, cuando dieron sus coartadas: ¡se limitaron a llevarse a Donny y sanseacabó! Vaya, pues ahora tendrán que hacerlo, ¿verdad? Todavía quedan unos cuantos días para la vista de Donny... ¡no es demasiado tarde, si nos damos prisa!

—Pero si detienen al señor Tanner, sabrá que fui yo quien informó sobre él —objetó Irene, alarmada.

—Lo dudo. —Pudding se encogió de hombros—. Dijo usted que estaba borracho perdido.

—Sí, pero aun así. No me agradaría nada ponerme a malas con él.

—Irene, la verdad es *mucho* más importante. ¡Y, de todas formas, el propio Tanner podría acabar en la cárcel! Entonces ya nadie tendría por qué tenerle miedo.

—Bueno, no nos adelantemos. Pero ¿a que es rarísimo lo de la muñeca? ¿Qué crees tú que podría significar? —preguntó Irene.

—Desde luego, sí que es raro... e igual de raro es que usted *supiera* que era importante. O sea, entonces cuando la encontró, de algún modo lo supo —afirmó Pudding.

—Aunque sigo sin saber *por qué* —repuso Irene, prudente.

—Y las flores de esa tumba... debió de ponerlas él. ¿Cree usted que era esa chica, Sarah, del primer asesinato?

—Bueno, el año sin duda es una coincidencia, por lo menos. ¿Te parece que podríamos averiguarlo?

—Sí, claro. Estará en el libro de la iglesia; tendremos que hablar con el párroco para que nos deje echarle un vistazo. ¿Cree que Tanner la mató y lo atormenta la culpabilidad? ¿Cree que ahora se siente culpable por matar a Alistair? ¿Y porque han detenido a Donny? —preguntó Pudding con avidez. Se calló un momento y se puso a contar bajito—. Tiene suficiente edad. En 1872 sólo sería un chaval, ¡pero pudo haberlo hecho!

—Vamos... espera. No hagas más acusaciones sin buenos motivos —le aconsejó Irene, y durante unos segundos Pudding pareció quedarse cortada. Su necesidad de actuar parecía silbar en torno a ella como una carga de electricidad estática.

—De acuerdo, pero *debemos* que hablar con la policía otra vez; tiene que ir a contárselo al subjefe Blackman, Irene —respondió.

—¿Yo? ¿No puedes ir tú? —replicó Irene. El policía le había resultado extraño, y difícil, antes incluso de que Pudding la acusara de tener que ver con la muerte de Alistair.

—Necesitará oírlo de usted: de primera mano, ¿comprende? Y, de todos modos... no creo que atendiera a nada más que yo tuviera que decirle. —Inspiró hondo y se subió los pantalones de montar—. Se piensa que soy una pesada. Y, además, tengo que ir a hablar con Tanner.

—Pudding, no... ¡déjale eso a la policía!

—Pero a lo mejor desaparece antes de que la policía lo coja; ya lo ha hecho más veces, cuando por aquí pasa algo de lo que podrían querer hablar con él. No; tengo que ir y pillarlo desprevenido.

Pudding tragó saliva; no parecía ni la mitad de segura que sus palabras e Irene vio lo nerviosa que estaba.

—La verdad es que no creo que sea buena idea. Tú... espera un poco. Espera hasta que descubramos algo más... ¿por qué no vienes conmigo a la fábrica, a examinar los papeles que Alistair guardaba allí?

—¿Todavía no ha hecho usted eso?

—No he tenido ocasión. Y no quiero que Nancy lo sepa; no lo aprobaría en absoluto.

—De acuerdo. Pero primero deje que corra detrás de Pete y le diga que la acompañe a ver a Blackman.

Los ojos del subjefe Blackman, tras las redondas gafas, eran tan oscuros e inescrutables como Irene los recordaba. La hizo sentarse delante de su escritorio con unas pocas y ceremoniosas palabras, le ofreció tomar algo de

forma bastante cortés, y luego tomó asiento y la miró mientras agarraba, sin apretar, los brazos del sillón, haciéndola sentirse todo el rato como una colegiala culpable. Acaso fuera la forma en que nunca sonreía y apenas si parpadeaba.

—Tengo entendido que hay algo que quiere decirme —dijo él sin apartar la mirada de su rostro, e Irene se preguntó si aquel hombre creería que había ido a confesarse culpable de algo.

Carraspeó.

—Sí. Me parece... me parece que la señorita Cartwright quizá haya encontrado algo que relaciona el asesinato de mi marido con el asesinato anterior que ella ha descubierto, el de 1872 —respondió con toda la tranquilidad que pudo.

—La investigación sobre la muerte de su esposo está cerrada, señora Hadleigh.

—Bien, pues quizá no debiera estarlo —repuso ella.

El subjefe Blackman siguió mirándola, pero Irene creyó percibir que en él surgía un ligero interés. No dijo nada, así que ella se apresuró a continuar y contó lo sucedido en el cementerio, igual que antes. Cuando llegó al final y ya no se le ocurrió nada más que añadir Blackman aún no se había movido ni dicho una palabra. Irene aguardó, incómoda. De repente Blackman alargó la mano para coger la pluma y ella se sobresaltó.

—¿Se trataría del señor Tanner de Thatch Cottage, camino de Germain, Slaughterford? —preguntó él.

—Bueno, sí. Usted debe de conocerlo, ¿verdad? Creí que la policía...

La propia Irene interrumpió su frase.

—No conviene hacer suposiciones, señora Hadleigh. Por lo que sé, buena parte de la reputación de los Tanner se basa en rumores y... en resentimientos. Una comunidad necesita malvados... chivos expiatorios, si lo prefiere.

Volvió a dirigirle aquella penetrante mirada inexpresiva y el pulso de Irene se aceleró.

—Sólo vine a transmitirle una conversación que me pareció que tal vez fuera relevante. Sin más motivo que el de... bueno, que podría ser relevante —precisó, intentado no parecer nerviosa.

—¿De veras? —repuso el policía, al tiempo que añadía algo a las notas de su cuaderno—. Aunque acaso el que Donald Cartwright quedara exonerado de sospecha también exonerase de sospecha a otras personas conocidas suyas.

—Si él no lo hizo, ¿no deberían absolverlo?

—Desde luego. Sin embargo, no aprecio el menor motivo para suponer que no lo hiciera, señora Hadleigh —le aseguró Blackman—. Hábleme más de esa muñeca, si es tan amable. ¿Dónde se encontró exactamente y cómo llegó a saber de ella el señor Tanner?

De modo que Irene se lo contó tan en detalle como pudo; cuando terminó Blackman se quedó inmóvil, pluma en ristre, la mirada perdida. Al cabo de un rato alzó la vista como si le sorprendiera un poco encontrarla todavía allí.

—¿Había algo más, señora Hadleigh? —preguntó.

—No —respondió Irene—. Bueno, no.

Se puso de pie y Blackman se levantó también, aunque no hizo ademán de salir de detrás de la mesa.

—Así pues, ¿lo indagará usted? ¿Hablará usted con Tanner... el señor Tanner? —dijo, sabiendo que se enfrentaría a esas mismas preguntas hechas por Pudding.

El subjefe Blackman pareció sorprenderse de que se lo preguntara.

—Si lo estimo necesario, señora Hadleigh —contestó.

—Oh —repuso ella, vencida—. Pues que tenga buen día.

Y, dicho esto, se marchó.

La reacción del subjefe dejó a Pudding tan defraudada como Irene, que ya iba acostumbrándose a ver cómo los hombros de la chica se agachaban y el pecho se le hundía cuando se quedaba sin ningún ánimo de lucha, sólo durante un momento.

—Parece que no *quiere* que sea nadie más que Donny —comentó, con gran pesar.

—Sí.

Daba la impresión de que Pudding necesitaba contacto: un abrazo o un tranquilizador apretón de brazo, al menos. Otras personas hacían esas cosas de una manera muy relajada, muy natural. Irene aún estaba preguntándose cuál sería el mejor modo de abordar la maniobra cuando Pudding recobró el ánimo una vez más.

—Vaya. Da igual. Hemos hecho todo lo que podemos con la policía y parece que tendremos que seguir sin su ayuda.

Era la hora del almuerzo y estaban sentadas a la mesa de Spring Cottage mientras Ruth retiraba los platos. Louise Cartwright se encontraba con ellas pero, con aquel aire particular suyo, al mismo tiempo *no* estaba. Se volvía para mirar a quien hablara con gesto de benévola incomprensión, como si

Pudding e Irene fueran niñas y trataran de un juego del que no sabía nada. Sonreía siempre que Irene le echaba una ojeada e Irene le devolvía la sonrisa mientras todo el tiempo la atormentaba la idea de estar siendo espantosamente grosera. Desde el fregadero Ruth chasqueó la lengua.

—Primera vez en la historia que los polis *no* quieren pensar que un Tanner hizo una maldad y vaya si no podían haber elegido momento peor —comentó en tono lúgubre.

—El subjefe dijo que cree que la reputación de los Tanner se basa sobre todo en la envidia —repuso Irene.

—No se lo crea usted, señora Hadleigh. Ese Blackman es nuevo por aquí: es de allá abajo, de Hereford, he oído decir; y es que él no *sabe*. A lo mejor no son malos hasta el tuétano todos ellos, hasta el último, pero casi todos sí. Y en cuanto a Tanner... —Meneó la cabeza—. Bien sabe Dios que no me gustaría encontrármelo en el camino una noche oscura.

—Bueno —le dijo Pudding a Irene—. ¿Vamos a la fábrica?

Se miraron e Irene supo que las mismas imágenes de pesadilla que tenía en la mente seguían también en la de Pudding. Alistair que yacía muerto con Nancy llorando a su lado; su sangre en el suelo; sus heridas tan espantosas, tan amenazadoramente negras y rojas y grises. La idea de entrar en la vieja alquería aún la llenaba de pavor.

—Imagino que debemos hacerlo —contestó, y Pudding afirmó con un gesto.

La puerta de las oficinas estaba abierta, sujeta con un trozo de piedra. Irene sorprendió a Pudding echando un vistazo a la sala del generador y se acordó de que su hermano solía ir allí a mirar la maquinaria. Cuando Pudding desvió la mirada fue con el estremecimiento de alguien a quien de repente le recordaran la muerte de un ser querido. Por su cara pasó un gesto de pena tan grande que a Irene se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Preparada? —preguntó Irene tras tragar saliva.

Pudding la miró con ojos angustiados; era la primera vez que volvía a la fábrica desde el asesinato. El alboroto y el golpeteo de las máquinas llenó el silencio que flotaba entre ellas. En el interior oyeron carraspear a George Turner en su escritorio. Sin decir nada más, Irene llamó suavemente, entró en la relativa oscuridad de dentro y en otro instante de pánico casi tan duro como el primero. El espectro del muñeco-Alistair se alzó ante ella e Irene dio un paso atrás directamente sobre el dedo gordo de Pudding.

—¡Ay! —gritó la chica, al tiempo que se tambaleaba un poco para

apartarse.

Irene se volvió, y la visión del rostro pecoso de Pudding, de sus ojos azul claro y de su obstinado cabello le resultó tan familiar, y tan reconfortante, que inmediatamente el pánico disminuyó.

—Perdona —dijo—. Es que... por un momento pensé...

—No se preocupe —respondió Pudding—. No se ha roto nada: usted casi no pesa. Debería oírme chillar cuando Baron me da un pisotón.

—Señoras —intervino George Turner, que se había puesto de pie—, ¿en qué puedo servirles?

—Hola otra vez, señor Turner. —Los nervios debilitaron la voz de Irene—. ¿Cómo se encuentra?

—Pasablemente bien, gracias, es usted muy amable por preguntar, señora Hadleigh. Aquí en el molino todos nuestros pensamientos siguen con usted.

—Sí —repuso Irene—. Gracias. ¿Y la señora Turner?

—Me parece que últimamente se aprecia una mejoría, gracias.

George sonrió, amable, y luego se quedó esperando con las manos a la espalda. Pudding le dio a Irene un leve codazo.

—Yo iba... íbamos... es que íbamos a subir al despacho de mi marido. A ver... bueno... —explicó Irene, sin saber qué decir, pero George se limitó a asentir con la cabeza.

—Desde luego, señora Hadleigh. La puerta no tiene echada la llave. ¿Desea que le traiga algo?

—No, gracias.

Con un escalofrío, Irene atravesó el lugar donde Alistair había muerto y empezó a subir la escalera con Pudding pisándole los talones. El auxiliar de oficina las miró, aburrido, desde su estrecha mesa, al fondo de la habitación.

El sol se derramaba, benévolo, en el escritorio con tapa de cuero de Alistair, donde no había ni una mota de polvo. Tampoco la había en las estanterías, llenas de carpetas, libros mayores y libros sobre la fabricación de papel; ni en las tablas de olmo que rodeaban la elegante alfombra carmesí; ni en el guardafuego de latón de la chimenea, barrido para el verano.

—Alguien debe de seguir viniendo a limpiar —comentó Irene, y Pudding hizo un gesto afirmativo.

—Todo listo para que entre usted y... eh... haga negocios, me figuro —contestó Pudding. Irene parpadeó—. Ahora todo esto es suyo, no lo olvide. —Pudding fue hacia la ventana y señaló el conjunto de edificios, los almacenes y las zonas de trabajo, y a los atareados empleados—. Todo esto le pertenece.

Recórcholis, debe de ser raro. ¿No?

—Más de lo que puedo explicarte —replicó Irene. Le parecía que aquello no era de verdad.

—Mire eso —dijo, casi sin aliento, Pudding mientras paseaba la mirada por las carpetas puestas en las baldas, pulcramente rotuladas y en orden—. Tenemos una buena faena.

—No insinuarás que lo revisemos *todo* , ¿verdad? —preguntó Irene, incrédula.

—Vaya... ¿Y para qué estamos aquí, si no? —respondió Pudding—. El problema es que no sabemos lo que buscamos.

Irene inspiró hondo y soltó el aire despacio.

—No debemos desordenarlo —dijo—. Tenemos que dejarlo todo igual que lo encontremos.

No sabía por qué eso era importante, tan sólo que lo era. Se sentó en la silla giratoria y pasó las manos por el borde del escritorio, suave a fuerza de apoyarse en él y de encerrarlo una y otra vez. La tapa de cuero estaba caliente del sol, e Irene abrió las manos y observó lo pálidos y débiles que eran sus dedos sobre el verde botella. De nuevo pensó que aquél no era su sitio, así que no conseguiría nada, pero esta vez se defendió contra esa idea. Obtendría justicia para Alistair, aunque ella no se encontrara donde le correspondía.

—¿Está usted bien? —le preguntó Pudding, e Irene asintió mientras se tranquilizaba.

—Sí. Bueno. Más vale que empecemos, supongo.

Abrió el cajón superior del escritorio y encontró tinteros, plumas, lápices, un cortaplumas, clips y un pisapapeles hecho con un trozo de cuarzo. El cajón tenía un olor familiar, a aula de colegio, pero no había ningún papel, de modo que Irene pasó al siguiente y así transcurrió la tarde. De vez en cuando oían a George Turner hablando con su subordinado, o con alguien que había entrado en la alquería; de vez en cuando el capataz salía a hacer un recado en alguna parte de la fábrica. Otras voces, de obreros, resonaron en el patio cuando cambió el turno, pero aparte de eso, y del continuo ruido de las máquinas, la oficina era un lugar tranquilo, casi soporífero. Hasta Pudding, entregada a la tarea, suspiraba cada vez que se ponía de pie, volvía a poner una carpeta en la estantería y buscaba otra. A las cinco George Turner subió con una bandeja de té; su rostro manifestaba una ligera preocupación.

—Si hay algo que quiera saber, señora Hadleigh, tendré muchísimo gusto en complacerla, si es que puedo.

—No, gracias, señor Turner. Es decir, no a menos que... —Irene pensó en su siguiente pregunta—. Estoy segura de que la policía ya ha hablado con usted, señor Turner, pero me interesaría muchísimo saber si aquí en la fábrica, o en los negocios que realizaba mi marido, había alguien, cualquiera, que usted crea que pudiera haber tenido motivo de queja respecto a él.

Se mantuvo firme y le sostuvo la mirada al administrador mientras aguardaba su respuesta. Vio que parecía incómodo y confuso.

—Pues bueno... —respondió él, violento, al tiempo que miraba rápidamente a Pudding, que se sonrojó—. No hay... no hay muchas dudas de lo que le pasó a su marido, señora Hadleigh, ¿no?

—Pero me gustaría saberlo, de todas formas —reiteró Irene.

—Como les dije a las autoridades, todo el que alguna vez hubiera tratado con el señor Hadleigh sabía que era un hombre honrado, justo y franco en todos sus negocios. Ningún conocido comercial suyo puede haberle guardado rencor. Ni siquiera el señor Tanner.

—¿Y los otros chicos Tanner que trabajan en la fábrica? —preguntó Irene—. ¿Se han... metido en algún lío?

—¿Lío? No, en absoluto. El joven Elijah es un revoltoso: sale a su padre, con toda seguridad. Me echó unas cuantas miradas ceñudas cuando volvieron a despedir a Tanner y ahora parece que se ha ido a otro sitio. Pero, por lo general, necesitan el trabajo y trabajan duro. Y es probable que estuvieran más enfadados conmigo que con el señor Hadleigh.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Pudding.

—Yo le aconsejé que esta vez había que despedir al señor Tanner para siempre, pero su marido siempre fue muy tolerante con esa familia. Siempre me pareció que se pasaba de generoso. Pero el señor Hadleigh decía que si él no les daba una oportunidad, ¿qué oportunidad iban a tener?

—Sí —repuso Irene—. Típico de Alistair.

—Pero ¿podría haber discutido el señor Hadleigh con alguno de ellos y no decírselo a usted? —preguntó Pudding.

—No. —George negó con la cabeza—. Él me habría informado.

Irene asintió mientras asimilaba aquello. Se fiaba de su instintivo miedo a Tanner; el recordarlo acercándose a ella en el cementerio le daba escalofríos, igual que el pensar en su visita a Thatch Cottage. Pero si Tanner tenía causa para hacerle daño a Alistair, ese motivo era algo mucho más oscuro, y mucho más siniestro, que una discusión por un puesto de trabajo.

De pronto estuvo absolutamente segura de que perdían el tiempo al revisar

facturas y recibos. Notó un arrebato de impaciencia y la exasperante sensación de que *sabía* la respuesta, aunque no la viera, y estaba a punto de sugerir que dieran fin a aquello cuando la detuvo el súbito sonido de unos pasos rápidos y resueltos en la escalera. Nancy entró en la habitación dando zancadas y lanzando miradas furiosas como si los hubiera sorprendido a todos en su dormitorio, registrando su ropa interior.

—Oí las voces... ¿qué diantres ocurre? —preguntó, aunque no esperó respuesta—. ¡Éste es el despacho de Alistair! *Nadie* debería estar aquí dentro.

—Nancy, Pudding y yo sólo buscábamos una... pista, supongo. Algo que quizá ayude a explicar lo sucedido —contestó Irene.

—Si me disculpan, señoras —dijo George Turner, inquieto—. Tengo unos asuntos que atender.

Nancy ni siquiera miró al capataz. Sus ojos estaban fijos en Irene y en Pudding, y centelleaban.

—No hay ninguna duda respecto a lo que sucedió. —Hablaba con voz baja y trémula—. ¡Es que no comprendo por qué tenéis que seguir... escarbando de este modo en busca de trapos sucios! No hacéis más que empeorar las cosas.

—Las cosas no pueden ir a peor —repuso Pudding dócilmente, pero la mirada feroz de Nancy la hizo callar.

—Qué vergüenza, Irene —continuó Nancy—. Creí que empezabas a mostrar algo de sentido común, en general. Y ahora te encuentro animando de forma imprudente a esta condenada muchacha en sus fantasías; lo único que consigues es ponérselo peor a la larga, ¿sabes? Pudding es una niña y no sabe lo que hace, pero tú deberías saberlo.

—Pudding no es una niña —replicó Irene con el pulso acelerado. En ese instante se dio cuenta de lo cierto que era aquello. Por muy ingenua que fuera Pudding en algunos sentidos, las responsabilidades con que se había visto forzada a cargar la habían obligado a hacerse mayor—. Y tampoco creo que fantasee.

—¿Ah, no? ¿Y cuando te señaló a *ti* como culpable de la muerte de Alistair?

—Bueno, eso no tiene importancia. Yo... he tenido un encuentro con el señor Tanner que me ha hecho pensar que quizá...

—No. —Nancy la interrumpió, glacial—. No quiero oír nada más. Cada vez que sacas el tema es como si estuvieras... ¡como si revolvieras la tumba de Alistair! ¡Es indecente! Quiero que salgáis de aquí, las dos. No tenéis derecho a registrar las cosas de mi hermano como un... como un par de

ladronas . Vamos: insisto en que os marchéis.

—Perdone, señorita H —farfulló Pudding al tiempo que se dirigía hacia la puerta mirando al suelo, pero Irene alargó una mano para detenerla.

—Espera, Pudding. Nancy... perdona, pero todavía no hemos terminado. Éstas son las cosas de mi marido, no las de tu hermano, o, más bien, de tu sobrino. Sé que es difícil para ti, que el ver a alguien aquí dentro debe de resultarte muy difícil. Te aseguro que lo dejaremos todo igual que lo encontramos.

A medida que hablaba, Irene empezó a sentirse más tranquila, más firme.

—Os marcharéis —dijo Nancy, y ella e Irene se miraron un buen rato.

—Nos iremos cuando terminemos —repitió Irene.

El aire que había entre ellas pareció helarse, y al cabo de un momento Nancy giró sobre sus talones y las dejó allí; Pudding exhaló una enorme cantidad de aire.

—¡Caramba, Irene —exclamó—, nunca había visto a nadie plantarle cara a la señorita Hadleigh así!

—No me sorprende —repondió Irene. Se sentó en el borde de la mesa unos segundos y se llevó los dedos a los labios—. Espero no tener que lamentarlo.

*

Clemmie volvió furtivamente a Weavern Farm como un gato descarriado: sin hacer ruido, ya de noche. Se acurrucó bajo las mantas al lado de Josie y se durmió enseguida, sintiendo que aunque muchas cosas seguían estando mal, muchas habían vuelto a arreglarse también. Por la mañana Josie dio un grito ahogado al abrir los ojos y encontrar a su hermana allí, pero luego sonrió.

—Has vuelto —dijo.

Cuando Mary y Liz despertaron se apiñaron en torno a ella, mirándola atentamente, pellizcándola y quitándole cosas del pelo.

—¿Has estado viviendo bajo un seto? Por el olor lo parece.

—Nos diste un buen susto. No era lo mismo sin ti, Clemmie —afirmó Mary—. ¿Dónde diantres has estado?

Pero Clemmie no podía contarles las largas horas que había pasado andando, perdida, por las desconcertantes calles de Swindon y la sensación de empezar a volar cuando dejó atrás la ciudad, ni que la habían llevado dos veces. La primera, en una calesa de ruedas altas, un granjero que volvía de enterrar a su hermano. Tuvo que escapar corriendo cuando él se metió por la

portilla de un campo e intentó agarrarla. La segunda, una pareja de ancianos que no hablaban más que ella; se limitaron a indicarle con una inclinación de cabeza que se montara en la trasera del pequeño carro, donde iba una carga de muebles viejos: una silla de brazos, una cómoda, un lavamanos con la tapa resquebrajada, todo con moho. Clemmie había dormido horas con la cabeza sobre un reclinatorio mordido de ratas. La habían llevado hasta Marshfield y el último tramo lo había hecho a pie; cansada y con miedo, pero impulsada hacia delante, como si tiraran de ella desde su casa.

—Ay, ¿por qué no puedes hablar? —exclamó Mary, sin esperar que le contestara—. ¡Ma! ¡Ha vuelto Clemmie! —gritó desde lo alto de la escalera, y todas oyeron la palabrota que soltó Rose desde abajo.

Su madre la regañó y la abrazó a partes iguales; su padre la miró un instante, ceñudo, y la ignoró; sus hermanas le preguntaron y le hicieron zalamerías. Clemmie fue de un lado a otro y gesticuló, e incluso procuró emitir algunos sonidos: cualquier cosa que los impulsara a plantearle las preguntas adecuadas, pero fue en vano. Sólo Josie estuvo cerca de atinar cuando ordeñaban.

—Clemmie, ¿te marchaste con tu novio? ¿Con el padre del bebé? —preguntó, y Clemmie dijo que sí con entusiastas movimientos de cabeza y esperó a que le preguntara más cosas—. Pero ¿dónde está él ahora? ¿Lo has dejado?

Clemmie asintió y luego hizo un gesto negativo.

—¿Sí y no, Clem? —Josie hizo un gesto de desconcierto—. Pero ¿cómo es eso? —Pensó unos instantes, mordiéndose el labio—. ¿Va a venir aquí, Clem? ¿Es eso? ¿Os casaréis?

La cara de Josie se animó, pero Clemmie se limitó a fruncir el ceño. No podía decir que sí cuando sabía que Eli no volvería allí mientras su padre siguiera en Slaughterford. *Tenía* que hacer que su plan para librarse de Isaac Tanner saliera bien y no podía permitirse imaginar lo que Eli pensaría... o sentiría. Abandonado, desechado; acababan de estafarle su nueva vida, su nueva familia, su flamante comienzo. Estaría sufriendo muchísimo. Esas ideas hacían que se sintiera débil de remordimiento y, también, de algo más, casi insoportable: de algo parecido al terror. Pensaba en Eli y le enviaba sus proyectos, y deseaba que él los escuchara y que supiera lo que había dentro de su corazón. A veces todo lo que le mandaba formaba un clamor tan fuerte en su cabeza que estaba segura de que él debía de oírlo; otras, sabía que no los oía ni los oiría jamás. Se preguntaba si Eli creería que planeaba entregarlo por lo

ocurrido en el molino. Se preguntaba si iría a buscarla y su instinto le decía que sí. Se preguntaba si iba de camino ya, si estaba acercándose, si casi le pisaba los talones. Y cuando pasaron unos cuantos días algo le quedó claro: que, por mucho que les indicara que tenía una cosa que contarles, su familia nunca, jamás, iba a hacerle las preguntas adecuadas. Tendría que decir en voz alta lo que debía decir.

Su necesidad de hablar la mantenía despierta la noche entera, y durante el día la dejaba díscola y llorosa. Su madre, Rose, iba con frecuencia a ver cómo estaba; aparecía dondequiera que se encontrara Clemmie con una expresión preocupada, que se desvanecía al ver a su hija, y luego salía con alguna excusa.

—Ah, estás ahí. Es que me preguntaba si habrías... visto el cuchillo de filetear...

Entonces Clemmie se levantaba de donde estuviera y llevaba a su madre adonde se encontraba el cuchillo de filetear, en el cajón en que solía guardarse. Siempre que estaba sola empezaba a practicar. Necesitaba una frase lo más corta posible, con palabras lo más cortas posibles, y tenía que decidir a quién decírselas. Pensó que debía decírselas directamente a uno de los policías que habían rondado por el molino los primeros días, pero todos se habían ido ya y no sabía cómo encontrarlos. Estaba el guardia de Ford, y el de Corsham, pero los dos eran forasteros y eso no haría más que empeorar las cosas. Pensó en Nancy Hadleigh, que era la persona que se encargaba de tomar decisiones en ausencia de Alistair, pero luego pensó en la profunda pena de Nancy, y en su enfado, y en aquel malentendido, y supo que no podía dirigirse a ella. Estaban su madre y su padre, desde luego, y estaba la señora Tanner, la madre de Eli; pero después, cuando fueran a la policía, a lo mejor parecía sólo una jugada que habían tramado entre ellos para acusar a Isaac. Después estaba el capataz de los bigotes rojizos, que siempre había sido amable y había tratado a Clemmie como a una persona normal. Él podría ser. Pero necesitaba las palabras adecuadas y tenía que poder decirlas.

Si pudiera decir «Isaac» no necesitaría decir «Tanner» y eso estaba bien, porque la letra t era una de las peores para empezar palabra; si pudiera decir «robar» no tendría que decir «atacó»; si pudiera decir «culpable», «venganza», «dinero» y «yo oí», no tendría que decir «Eli», «inocente» ni «amenazó». La frase que se le ocurrió al final, aunque la idea de decírla le resultaba agotadora antes de empezar siquiera, fue: «Yo oí a Isaac decir que robaría al señor Hadleigh; él es el culpable». Si la creían, le harían más preguntas y ella

contestaría que sí o que no; entonces seguro que la policía tendría que llevarse a Isaac, y luego a lo mejor el clan Tanner reunía valor para denunciarlo y lo dejaban encarcelado para siempre. Y la noticia se sabría y volvería Eli, y cuando supiera lo que ella había hecho entendería todo su plan y se casarían, y ella lo traería a Weavern Farm y no los rechazarían. Clemmie cerraba los ojos y planeaba cuidadosamente esta cadena de acontecimientos tantas veces que empezó a parecer menos improbable, menos etérea, y empezó a parecer como si de verdad aquello pudiera suceder. Como si *fuera* a suceder... porque tenía que ser así. A Clemmie no se le ocurría ninguna alternativa, ya que no podía vivir donde estaba Eli y él no podía vivir donde ella estaba. Y además existía la posibilidad —sólo una ligera posibilidad, a la que prefería no darle vueltas— de que Eli no la dejara vivir lejos de él. Se puso a practicar las palabras y empezó con «Isaac».

El subjefe Blackman llegó a Spring Cottage en el coche negro que conducía un joven policía; la capota estaba plegada y los dos iban bien espolvoreados de tierra de los caminos. Blackman se limpiaba los cristales de las gafas cuando Pudding apareció corriendo a enterarse de qué novedad había e invitarlo a entrar, pero Blackman levantó una mano para adelantarse a ella. Se quitó el sombrero y le sacudió el polvo dándole unas palmaditas mientras el doctor Cartwright salía y se ponía junto a su hija.

—Gracias, señorita Cartwright, doctor Cartwright, pero hoy no me detendré el tiempo suficiente como para tomar el té —comentó—. Sólo quería decirles que he vuelto a preguntar al señor Tanner y no sólo posee una sólida coartada para el momento de la muerte del señor Hadleigh, sino que carece de motivo alguno para haberle hecho ningún mal.

—Pero ¿y la muñeca y la tumba donde puso las flores, la del año 1872, el año del primer asesinato?

—El señor Tanner niega ser quien puso esas flores; sostiene no saber a quién puede pertenecer esa tumba en concreto y se quedó perplejo cuando hice mención de la muñeca que la señora Hadleigh encontró en Manor Farm. Y, dado que no hay la más mínima prueba...

—¡Tanner miente!

—Y dado que no hay la más mínima prueba de que estuviera implicado, por favor, deje que esto concluya aquí, señorita Cartwright. Comprendo que

estará decepcionada con el resultado de esta nueva línea de investigación, pero le ruego que no busque ninguna más. No haga más acusaciones, señorita Cartwright.

—¿Pudding? —intervino el doctor Cartwright—. ¿Qué nueva línea de investigación es ésta?

—Pero... ¿y todas las cosas que le dijo a Irene, en el cementerio? —preguntó Pudding a Blackman, haciendo caso omiso de su padre—. Miente en lo de la tumba: sólo tengo que enterarme de quién está enterrado ahí. Debe de haber una relación... Tanner es lo bastante mayor para haberlos matado a los dos. ¡*Tiene* que ser él! —Pudding notó que le faltaba el aliento por la pura necesidad de que la oyeran, de que la creyeran. Sentía que todo se le escurría de las manos: la posibilidad de traer a Donny a casa y la fuerza que eso le había dado. Sin ella no sabía qué iba a hacer. Cómo seguiría adelante—. ¡Los Tanner son ladrones y embusteros y criminales! ¡Lo sabe todo el mundo!

—Pudding, basta —dijo el médico en tono firme, poniéndole la mano en el hombro.

La frustración llenó de lágrimas los ojos de Pudding, pero estaba harta de llorar.

—Lanzar una amplia red de calumnias no ayudará a su hermano, señorita Cartwright —respondió Blackman—. Ya he pasado más tiempo del debido investigando sus teorías.

—Vaya, ¿y qué *ayudará* a Donny entonces? —preguntó Pudding.

El jefe la miró con gesto grave.

—Dirigirse a su propia conciencia, lo mejor que pueda, y mantenerse tranquilo mañana delante de los magistrados —contestó—. He venido a hablar con usted en persona, señorita Cartwright, para decirle que ya es hora de dejar las cosas tranquilas. La investigación está cerrada.

Se puso el sombrero de nuevo y fue a montarse otra vez en el coche.

—No está cerrada —murmuró Pudding mirando fijamente a Blackman mientras el agente hacía avanzar muy despacio el coche y, a tirones, empezaba a dar la vuelta.

En el último momento Blackman abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero al final no lo hizo. Pudding se preguntó si parecía tan absolutamente convencido como daban a entender sus palabras; claro que eso podía ser sólo una ilusión y con las ilusiones todavía no había conseguido nada.

El coche se alejó traqueteando y dejó una nube de tierra que el sol, ya bajo, tiñó de dorado. Pudding se dio cuenta de que el primer verde extravagante de

verano había pasado; era 10 de agosto y la tierra iba secándose, madurando, pudriéndose. Levantó la mano para protegerse los ojos, y bizqueó cuando la brisa arremolinó el polvo alrededor de ella y de su padre. Ambos se quedaron donde estaban hasta que el sonido del motor del coche se desvaneció por completo y únicamente quedó el alegre rumor de la fuente al entrar en el canal. Sin pacientes que atender, el doctor Cartwright parecía no tener ni idea de qué hacer de su vida. Y sin ninguna pista que seguir, Pudding no sabía qué hacer de la *suya* tampoco. Un gato blanco y negro apareció como de la nada y se le enroscó en las espinillas, pero cuando ella alargó la mano para acariciarlo, hurtó el cuerpo y se alejó. Del patatal de detrás de la fábrica subían ecos de risas: la gente joven recogía los tubérculos de los removidos y oscuros surcos.

—Bueno —dijo el doctor Cartwright—. Vamos adentro, Pudding, y pensemos en cenar algo, ¿eh?

—No tengo mucha hambre que digamos, papá.

—No. Bueno. Sin embargo, debes comer. Mañana tenemos un día muy importante.

Pudding miró a su padre y él le dirigió una sonrisa triste. No necesitaba decir que podría ser un día espantoso; uno de los peores. El día de la vista de Donny en Devizes.

—De verdad que no creía que esto terminaría así, papá —contestó ella—. De verdad que creí que averiguaría quién mató de verdad a Alistair y que mañana dejarían que Donny volviera a casa.

—Todavía es posible; todavía es posible. Sé que has hecho cuanto has podido. Todos sabemos que has hecho cuanto has podido. —Se sacó el reloj del bolsillo y, después de mirar la hora, lustró la tapa frotándolo en el chaleco—. Las cinco en punto —dijo, aunque Pudding no le había preguntado—. Un poco de té, por lo menos —añadió, en tono ausente—. Estoy seguro de que a tu madre le encantaría tomar una taza.

Volvió a darle una palmadita en el hombro antes de entrar y Pudding advirtió que su padre se había rendido del todo. Que había renunciado a la idea de que a Donny lo liberaran alguna vez. Se quedó un rato sola, luchando contra la muerte parecida de sus propias esperanzas. Sin ellas, el mundo era un lugar inhóspito y vacío.

Louise Cartwright insistió en acompañarlos a Devizes el día siguiente y no hubo forma de disuadirla. Pudding y su padre se miraron unos momentos. Imaginar su desorientación cuando llegaran a la New Bridewell y viera a

Donny, esposado y con los puntos de sutura en la cabeza, vestido con el traje carcelario y tan pálido como estaba ahora, era horrible. Pero al final no pudieron decirle que no.

—Dadme una buena razón por la que no deba ver a mi hijo —dijo, con mucha firmeza, y ninguno de los dos pudo dársela.

—Yo voy también —intervino Ruth, frunciendo el ceño—. No tengo por qué entrar, pero me quedaré esperando por si se necesita... ayuda con algo.

—Gracias, Ruth —contestó el doctor Cartwright.

Pudding eligió su ropa más elegante con la tenaz sensación de que, de alguna forma, eso podría ayudar al caso de Donny. Se puso una falda azul celeste que le llegaba a media pantorrilla y una blusa blanca de gasa con pequeños bordados. Por lo general, su madre la vigilaba como un halcón siempre que la llevaba, esperando que en cualquier momento se derramase algo encima o se apoyase en algo sucio. Pero el triunfo de llegar a Devizes sin una sola mancha, después de un viaje en autobús a Chippenham y dos trenes, no mereció ninguna celebración. Louise sonrió, cortés, a los carceleros cuando los condujeron a la triste y fría sala donde se autorizaban las visitas, pero ninguno de los guardias le devolvió la sonrisa. Se sentaron a un lado de una larga mesa sin el mínimo adorno y les llevaron a Donny, que parecía apagado, encorvado y abstraído.

—Oh —exclamó Louise, con mirada temerosa.

Pudding le cogió la mano y se la apretó fuerte. Ella había visto a Donny una vez por semana durante el mes que llevaba encarcelado y en cada ocasión le había resultado evidente su continuo deterioro. Para Louise, que lo veía por primera vez desde su detención, quedó claro que el cambio resultaba espantoso. Estaba muchísimo más delgado y en su cara había una palidez amarillenta; tenía una llaga en el labio, con costra y supurante; los moratones que rodeaban la herida de la cabeza se habían intensificado hasta adoptar un alarmante color carmesí; pero lo peor de todo era la expresión de perdido agotamiento de sus ojos.

—Ay, mi niño —añadió Louise—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado? —le preguntó a su marido.

—Vamos, vamos, cielo. Estoy seguro de que lo cuidan. Se dio un buen porrazo en la cabeza, pero lo vio un médico. En realidad, sólo le hacen falta un poco de sol y unas cuantas comodidades caseras.

Las palabras del médico no sonaron nada convincentes.

—Hola, mamá, papá. Hola, Puddy —dijo Donny, mirándolos uno por uno.

—Hola, Donny —respondió Pudding, al tiempo que le cogía la mano y sonreía.

—¡Ay! —exclamó Louise, y empezó a llorar.

—Me gustaría irme a casa ya —prosiguió Donny, y Pudding procuró por todos los medios no romper a llorar también.

Sólo les permitieron estar con él veinte minutos y en ese tiempo el doctor Cartwright hizo cuanto pudo por explicarle lo que iba a ocurrir durante la vista, aunque ya lo había hecho el abogado. Donny se limitó a asentir con la cabeza alguna vez, cuando su padre le insistía, y no pareció interesarse por el asunto. Era como si fuera la mitad de la persona que había sido antes y esa persona sólo era la mitad de la que se había ido a la guerra. Pudding no se atrevió a pensar a cuántas divisiones por la mitad más sobreviviría su hermano. Estaba aturdida; notaba cómo se le acercaba una especie de náusea, insidiosa, que le adensaba la garganta y le dificultaba hablar. Le daba la impresión de que a su corazón le costaba latir, y cuando salió de la cárcel detrás de sus padres y fue al palacio de justicia para esperar en la zona del público sintió como si la mitad de sí misma también hubiera desaparecido. Louise Cartwright se quedó con la mirada perdida y se mareó, y Ruth se marchó con ella para coger un tren de vuelta más temprano.

—Vete también, Pudding. Estás extenuada y no hay necesidad de que te quedes; Donny verá que estoy aquí, y sabrá que tú...

—Yo me quedo, papá —lo interrumpió ella.

El doctor Cartwright hizo un débil gesto de asentimiento y se subió las gafas en la nariz.

—Hemos de prepararnos para ser fuertes frente al... al temor y a la aflicción, Pudding —repuso.

Pudding no creía que fuera capaz de hacerlo y no le gustaba mentir, pero dijo que sí con la cabeza, por su padre. Y después anunciaron el caso de Donny y lo hicieron entrar, y él confirmó su nombre y su dirección, con un poco de insistencia, y un ruido sordo que empezó a zumbear en los oídos de Pudding hizo que ésta apenas si pudiera oírlo.

Donny se declaró inocente de asesinato premeditado e inocente de homicidio involuntario con atenuante de irresponsabilidad. El fiscal habló y la defensa no rebatió ninguna de las declaraciones de sus testigos. El abogado defensor intervino el último y le pidió a Donny que contara qué había visto y hecho la mañana de la muerte de Alistair, pero como a Donny se le daba mejor responder de forma concreta a lo que le preguntaban que ampliar o dar

información, no dijo gran cosa y dio la impresión de estar poco dispuesto a cooperar. Se presentaron más declaraciones que pasaron sin impugnar, la mayoría sobre el buen carácter de Donny y sus heridas de la cabeza, y el juez, que parecía un grajo —todo pico y ojos brillantes—, las examinó cuidadosamente. Y tras expresar su pesar, dado el servicio de Donny en la guerra, lo procesó para que fuera juzgado en la siguiente sesión jurídica de Wiltshire por el cargo de asesinato premeditado. En vista de la naturaleza del delito y de las constantes incidencias violentas producidas mientras había estado detenido, no se fijó fianza. Y Pudding no pudo hacer absolutamente nada.

Más tarde Pudding y el médico esperaban callados en el andén su tren de vuelta a Chippenham. La brisa movía y hacía rodar un viejo boletín de noticias por los raíles; la hierba pulguera, rosa y blanca, llenaba las vías, y los gorriones iban y venían dando saltos, recogiendo migas de los bocadillos de la gente. Uno de los primeros recuerdos de Pudding era estar en un tren cuando no tendría más de cuatro años. No se acordaba de adónde iban; el destino no era ni la mitad de emocionante que el viaje. Recordaba a Donny, con doce o trece años, asomándose por la ventanilla cada vez que tomaban una curva, tratando de vislumbrar la locomotora a todo vapor, y luego volviéndose a mirarlos con manchas de hollín en los dientes, el pelo de punta y una sonrisa de oreja a oreja. Pudding inspiró fuerte y procuró apartar aquella imagen, que sólo parecía empeorar las cosas. Dondequiera que se pusiese daba la impresión de que siempre le llegaba una nube de humo de pipa que surgía de un anciano del andén. Le irritaba los ojos y le daba picor en la garganta, y era tan molesta como una nube de diminutos mosquitos.

—Haz el favor de estarte quieta, Pudding —le espetó su padre lanzándole una mirada agobiada, y luego volvió a clavar la vista en el suelo.

—¿Qué debemos hacer ahora, papá?

—¿Hacer? —El médico la miró como si su hija hubiera perdido la razón—. ¿Hacer? No podemos hacer nada más, Pudding.

—Pero ¿no deberíamos... recurrir porque no haya fianza, por lo menos? Hasta el juicio Donny debería estar en casa, donde podamos cuidarlo. Los otros presos podrían meterse con él... o provocarlo para que haga algo. Tengo hasta el juicio para encontrar un modo de salvarlo, así que...

—¡Basta, Pudding!

Aturdida por el repentino grito de su padre, Pudding guardó silencio. No se acordaba de la última vez que lo había oído alzar la voz. El de la pipa y

varios hombres más les echaron una ojeada.

—Basta... basta ya. Por favor. Deja de hablar de «encontrar algo para salvar a Donny». Deja de intentar pensar en formas de traerlo a casa.

—Pero... ¡no debes rendirte, papá! —A Pudding le dolía la garganta y la voz le salió entrecortada—. No debes. Donny es inocente y yo...

—¡No, Pudding! ¡No! —El doctor Cartwright negó con la cabeza y siguió sin mirarla.

—¿No estarás diciendo... que crees que Donny lo hizo? ¿No querrás decir eso?

—Donald es mi hijo. —El médico habló tan bajo que Pudding apenas lo oía—. Es mi hijo y Dios sabe que lo quiero. Pero él... la guerra lo cambió. Y ahora ha hecho esto. Y no puede deshacerse, Pudding. Por mucho que lo deseemos.

—No, papá, Donny no lo hizo. ¡Yo sé que no...! ¡Irene lo sabe también!

—¿Quién?

—No pienso rendirme. Voy a buscar un modo de traerlo a casa, papá, te lo prometo.

—¡No, Pudding! ¡Tienes que dejarlo ya! Esto... esto no sirve. ¡No sirve de nada! Hemos... hemos perdido a tu hermano. Por dura que sea, ésa es la verdad. Y debemos esforzarnos por... Debemos procurar...

El médico no acabó la frase y se quedó callado, meneando la cabeza. Parecía desfallecido y ausente.

El tren se detuvo chirriando y siseando junto a ellos. El doctor Cartwright subió sin hacer pasar a Pudding delante ni esperar a ver si lo seguía. Como si hubiera olvidado que estaba allí siquiera. Por un momento Pudding se figuró que era cierto. Se figuró que Donny había matado a Alistair y que ahora lo ahorcarían por ello. La idea le hizo sentir escalofríos por todo el cuerpo y la dejó agotada. Fue como haberse extraviado en plena noche, sola, y saber que nunca regresaría a casa. Se estremeció y se negó a pensarlo mientras, en silencio, reiteraba su confianza en la inocencia de Donny. Pero la impresión de estar perdida se empeñó en no irse, porque, de todos modos, iban a ahorcarlo.

Una carta de Fin. Irene la miró fijamente sobre la mesa del desayuno y no supo decidir qué sentía. Al cabo de tantas semanas, después de lo mucho que había sucedido y después de decirle que no le escribiera más, Fin le había escrito.

Cuando entró en la habitación Nancy carraspeó, se dio unos toquecitos de servilleta en las comisuras de los labios y se puso en pie para marcharse sin decir palabra.

—Nancy, por favor —la llamó Irene—. ¿No podemos declarar la paz? Lamento si no... no te hice caso. Pero era importante.

—¿Ah, sí?

El rostro de Nancy estaba tan impasible como siempre pero tenía ojeras, y el blanco de los ojos, enrojecido de sangre.

—Sí. ¿No nos perdonarás por entrar allí?

—Por supuesto, ahora es tuyo. Todo es tuyo. Puedes ir adonde te plazca y hacer lo que te apetezca, sin mi bendición.

—Pero si no pienso hacer lo que me apetezca en absoluto. De verdad que no. Lo mínimo es permitir que Pudding... haga todo lo que pueda para alcanzar conformidad con lo que ha ocurrido. Y para ayudar a su hermano. ¿No estás de acuerdo?

En ese momento la columna vertebral de Nancy se relajó un poquito. Como cada vez que Irene le recordaba que cuanto Pudding hacía era por su hermano.

—Imagino que sí —reconoció con un suspiro—. Desde luego, tú y Pudding sois uña y carne últimamente. Pero una amiga joven es mejor que ninguna, me figuro. ¿No vas a abrirla?

—Sí —contestó Irene—. Aunque, por más que lo intento, no se me ocurre qué tendrá que decir.

—Bueno, si sigues viva después, y te apetece, ven a verme a las pocilgas de arriba. Los nuevos cerdos de pelaje rizado van a nacer.

Nancy dio un último sorbo al café y salió de la habitación.

Irene bebió café y comió pan tostado con mermelada de naranja amarga, todavía sin saber cómo se sentía. Después inspiró hondo y abrió la carta de Fin. No era larga; su letra de patas de araña apenas llenaba una carilla del papel. Se había enterado hacía muy poco de lo de Alistair y le daba el pésame. Habían estado fuera del país. Ahora se encontraba otra vez en Londres en viaje de negocios, aunque Serena aún no había vuelto. Le preguntaba si estaba en la ciudad. Le preguntaba si quería verse con él, discretamente, claro está, quizá en un lugar entre Londres y el oeste; en un hotel, por ejemplo. Irene la leyó otras dos veces hasta cerciorarse por completo de que Fin estaba sugiriéndole lo que ella creía que le sugería. La pena estaba allí, y su amor por él también; seguía allí bajo la superficie, como una magulladura. Pero Irene se dio cuenta de que ahora era eso: como un moratón, más hondo bajo la

superficie y mucho menos parecido a una herida abierta o a un hueso roto. El dolor ya no era incapacitante. Se recordó de pie bajo el reloj de la estación de King's Cross; recordó su ropa volando calle abajo después de que Serena le tirara la maleta desde la escalera... y a Finlay dentro de la casa tras ella, oyendo la escena, sin hacer nada. Se planteó contestar la carta empleando la palabra que Pudding había usado: *gusano*. Pero al final se limitó a rasgarla en dos pulcras mitades, la metió en el cubo de la leña junto a la chimenea y salió a reunirse con Nancy.

Clemmie se arriesgó a hacerle una visita a la señora Tanner. Durante dos horas esperó a la sombra de la capilla cuáquera, a mitad de ladera, sentada en una lápida cubierta de musgo y observando Thatch Cottage para asegurarse de que Isaac Tanner no estuviera dentro. Sólo cuando se quedó convencida bajó con cuidado hacia el patio. Dentro se oían voces que hablaban alto, dos voces femeninas; pero como no reconoció una de ellas, Clemmie se escondió debajo de una ventana y aguardó.

—Vaya, ahora se ha estropeado, pero del todo, ¿no? ¡Por mis cálculos, me debes uno nuevo! —dijo la voz que no conocía.

—Pero ¿cómo que se ha estropeado, Dot? Seguirá resguardándote de la lluvia. Funciona bien, por mis cálculos.

—¡Ésta es la última y definitiva vez que te presto algo, Annie Tanner, pero de verdad!

—Pues entonces será la última vez que dejo que me pagues con favores —contestó la señora Tanner muy tranquila.

Se oyeron nuevos refunfuños, en tono más bajo, y luego una mujer flaca con colas de rata por pelo salió dando zapatazos y se alejó resuelta hacia el camino, con un paraguas blanco y negro. Cautelosa, Clemmie entró deprisa por la puerta abierta.

—¡Clemmie! ¿Qué diablos haces aquí? Pasa, pasa —dijo la señora Tanner; parecía sorprendida y desconcertada al verla—. Hay té que acabo de hacer. Al final Dotty no se ha quedado. —Soltó una risilla y Clemmie ladeó la cabeza en un gesto de curiosidad—. Valiente idiota. Me prestó su paraguas y ahora dice que lo he estropeado. Se lo dimos al viejo de arriba para que se tapara mientras le encalábamos el techo; no puede levantarse, ¿sabes?, y no le gusta que lo muevan. Ahora tiene un estampado de lunares y ella no está contenta. —

Le dio un rápido abrazo a Clemmie y se sentó a la mesa con mirada escrutadora—. Eso da igual. ¿Qué *haces* aquí? ¿Dónde está Eli?

Clemmie soltó un trémulo suspiro y, como no podía decírselo y el peso de sus sentimientos era tan enorme, empezó a llorar. Se figuró a Eli allí con ella, como la última vez; sacando el muñeco especial para su hermanito y acariciando el pelo del niño. La idea de que pensara que no quería estar con él iba volviéndose insoportable. La señora Tanner la observó atentamente un rato.

—Entonces, ¿Eli no ha vuelto contigo? ¿Le pasó algo? —preguntó, y Clemmie negó con la cabeza—. Es una bendición... que esté bien y que esté lejos. Isaac se ha puesto como loco con lo de que se escapara; dice que es una deslealtad y eso él no lo aguanta. —Durante unos instantes el rostro de la señora Tanner se quedó triste y preocupado—. Mejor que Eli no se acerque en mucho tiempo todavía y deje que se asienten las cosas. El bebé... ¿aún lo tienes?

De nuevo Clemmie hizo un gesto de asentimiento y la señora Tanner le dio unas palmaditas en la mano, aliviada.

—¿Y entonces qué? ¿Has dejado a Eli?

Al oírla a Clemmie se le descompuso la cara. Pero tuvo que decir que sí con la cabeza. La señora Tanner lo hizo también y se quedó un rato pensando. Luego se inclinó hacia Clemmie y la miró directamente a los ojos.

—Tú quieres a mi Eli, ¿verdad? —le preguntó, y Clemmie hizo un gesto afirmativo, vehemente, intentando cogerle las manos—. ¿Te levantó la mano? —añadió la señora Tanner en tono perentorio.

Clemmie negó con un gesto y la señora Tanner se quedó pensando un poco más.

—Entonces... ¿echabas de menos demasiado tu casa?

Con expresión triste, Clemmie asintió con la cabeza y la señora Tanner dio un suspiro.

— *Ar*, vaya. No sé en qué estaba pensando Eli, intentando llevarte a vivir en la ciudad. A ti, que eres tan natural y sin malicia como el día que naciste...

Meneó la cabeza.

Estuvieron un rato con el té mientras escuchaban roncar a la abuela de Eli junto a la hornilla. La anciana se movió y murmuró algo entre dientes al oírse una súbita conmoción de ruido cuando un grupo de niños entró corriendo; fueron de acá para allá, peleándose, y salieron corriendo otra vez. Se oyeron airados golpetazos arriba y la señora Tanner hizo un gesto de cansancio.

—No voy a molestarte en contestarle; no tardará en volver a quedarse dormido —comentó, sin dirigirse a nadie en concreto—. Vaya, Clem, hija mía. ¿Qué vamos a hacer?

Clemmie se limpió la moqueante nariz y la mojada barbilla en el dorso de las manos.

—Él sabrá dónde estás, claro, aunque no se lo dijeras. Quiera el cielo que no venga a buscarte todavía. ¿Tenía trabajo? Bien. A lo mejor eso lo sujeta allí un poco. ¿Has pensado en qué vas a hacer?

Clemmie reflexionó un momento e hizo un gesto de asentimiento. La señora Tanner le observó atentamente la cara, que estaba seria.

—Tú preparas algo, ¿verdad? —dijo—. Por Dios que si pudiera darte una hierba que te hiciera hablar, créeme que te la daba.

Suspiró otra vez y apartó la mirada, y Clemmie se sintió agotada con todo lo que llevaba encima y todas las palabras sin pronunciar que habían estado acumulándose; le daba la impresión de ser como un dique al borde de romperse; un puente a punto de resquebrajarse. Cerró los ojos y se concentró, y cuando el corazón empezó a palparle como si martilleara, agarró el borde de la mesa, clavando las uñas en él.

—I —dijo—. I... I... —Inspiró de nuevo y la lengua se pegó al paladar de la reseca boca—. I... Isaac.

La madre de Eli la miró fijamente, atónita.

Cuando Pudding llegó a la caballerizas el día siguiente Irene acudió enseguida a preguntar qué había pasado en la vista, y a continuación quedó claro que no sabía qué más decir. No había nada que decir, supuso Pudding. Hilarius cruzó desde el establo con las manos en los bolsillos al verla amarrando a Bally Girl fuera en el patio. Inclino la cabeza mientras ella se ponía a almohazar a la yegua con una bruza.

—Buena chica —comentó con sequedad—. Es la única manera.

—¿Ah, sí? —repuso Pudding, pero no se sentía con ánimos para empezar a discutir.

No se sentía con ánimos de nada. Hilarius se quedó mirándola un buen rato. Pudding le echó una ojeada y vio que los ojos del anciano seguían hasta el último de sus movimientos, hasta que ya no aguantó más.

—¿Qué pasa, Hilarius?

Él se limitó a apartar la vista y menear la mandíbula con los labios cerrados, dándole vueltas a lo que no decía. Al final se sacó del bolsillo del abrigo el ejemplar de Pudding de *Los Asesinatos más Terribles* y se lo devolvió.

—Muchas verdades hay ahí dentro —afirmó—. Y todas amargas.

—Sí, bueno —contestó Pudding mientras ponía el libro en el alféizar, lleno de telarañas, de la casilla de Bally Girl—. Es un libro sobre crímenes violentos. Tiene que ser amargo.

—No buscas lo bastante hondo, muchacha —murmuró el anciano.

—¡Sí que busco! —le espetó Pudding—. ¡Busqué hondo! Y sé que quien matara a esa chica hace cincuenta años mató a Alistair. Pero no sirve de nada, porque no puedo demostrarlo, y a Donny lo han procesado y no lo dejan venir... ¡y nada de eso sirve de *nada*! —gritó.

Bally Girl volvió la cabeza y, afligida, le soltó un suave soplido.

—No fue la misma persona. No —replicó Hilarius, con un gesto negativo—. Eso lo dudo mucho.

—Pues, a menos que pueda decirme algo más que quien *no* fue, haga el favor... —Inspiró para tranquilizarse—. Haga el favor de dejarme sola.

A la hora del almuerzo Pudding no se vio capaz de entrar en la alquería o irse a su casa. En casa todos se movían de puntillas, esperando a ver quién se desmoronaba primero. Su padre, que desde la detención de Donny había ido metiéndose cada vez más en sí mismo, ahora parecía casi ajeno a todos. Su madre estaba inquieta, aunque no recordaba bien qué la alteraba. Se mostraba desmañada y llorosa, y en esos momentos Pudding carecía de recursos para tranquilizarla. Ruth se había quedado encargada de mantener unida a la familia, algo que hacía frunciendo el ceño, regañándolos por desanimarse y engatusándolos para que mantuvieran sus rutinas diarias. Pudding daba bruscos bandazos entre tomarse a mal su presencia y agradecerle que estuviera allí.

—No todos los días serán como éstos —le había dicho Ruth en el desayuno aquella mañana.

—No. Los habrá peores —le respondió Pudding, pensando en la larga espera hasta el juicio de Donny; en el juicio y en cómo era probable que saliera; en Donny trasladado a la cárcel de Cornhill en Shepton Mallet, donde se decía que Thomas Pierrepoint era capaz de ahorcar a un hombre con tal precisión que la muerte llegaba de forma instantánea e indolora. Pudding sabía que, en cierto modo, eso era algo bueno, aunque no lo pareciera en absoluto.

—Así que lo que quieres es tumbarte y echarte a morir, ¿no? —había preguntado Ruth, sacando la barbilla con gesto belicoso—. Pues deprisita y a ello. O despabila y pásame esos platos. Nada termina hasta que no se acaba.

Tragando saliva y sin poder deshacerse de aquel constante dolor en la garganta, Pudding se alejó de Manor Farm en dirección al cementerio. Echaba de menos a Alistair casi tanto como echaba de menos a Donny, y sabía que si él hubiera estado allí lo habría solucionado todo de una manera u otra, a su estilo, tranquilo y dulce. Pero la idea era absurda, pues de haber estado allí, Donny también lo estaría y no habría nada que arreglar. Hacía mucho que no iba a su tumba y, aunque eso no era, ni de lejos, lo mismo que verlo, no se le ocurrió otro sitio al que acudir. Fue a la lápida de 1872 que Irene había encontrado, pero los nomeolvides estaban secos y esparcidos por el suelo, muy descoloridos, y nadie había puesto otros nuevos. Pasó los dedos por la piedra erosionada, con su dibujo de líquenes plateados y naranjas, pero la inscripción no le resultó más clara que a Irene. Desalentada, se acordó de que no había llegado a averiguar de quién era la tumba. De todos modos, no importaba mucho. Eso no ayudaría a Donny y a ella no le quedaba curiosidad para nada más. Comparada con aquélla, la tumba de Alistair estaba impecable y de lo más fresca. El sol había quemado por los bordes el césped que habían extendido sobre el túmulo y la hierba estaba falta de riego. ¿Una tumba se regaba? Casi no pudo establecer conexión alguna entre lo que veía y el recuerdo del hombre que había querido. Alistair parecía encontrarse a un millón de millas de distancia, en otro lugar distinto por completo. Pasó un rato allí y se planteó contarle en voz alta lo que estaba pasando, pero le dio la impresión de que sería exactamente igual de inútil que todo lo demás. Se marchó del cementerio y bajó al pueblo, y sólo se dio cuenta de adónde iba cuando casi había llegado.

Se detuvo un instante ante la entrada de Thatch Cottage. Le constaba que allí no era bienvenida pero, por alguna razón, ya no tenía miedo. Eso le traía sin cuidado, en realidad. Quería que supieran que sus actos y sus mentiras le habían puesto la soga al cuello a Donny y, aunque no lo lamentaran, al menos confiaba en que eso los consumiera en lo más profundo. Fuera como fuese, quería que lo *supieran*. Sin embargo, se arrepintió en cuanto entró en el patio. Vio movimiento detrás de la casa, cerca del excusado, y el asustado rostro de una mujer que daba media vuelta y se iba corriendo, y luego, al mismísimo Tanner, que la miraba ceñudo y taciturno. Pudding se quedó petrificada del sobresalto. Mientras tanto, con los brazos colgando a los costados y los puños

cerrados, Tanner fue dando zancadas hacia ella.

—¡Tú! —exclamó, señalándola con el dedo e intentando darle con él.

Pudding retrocedió y pensó en echar a correr, pero no podía ser. Estaba allí por Donny, de modo que se puso muy derecha y miró a los ojos a aquel hombre.

—¡ *Tú* trajiste a la policía a mi casa! Tú y esa canija de la granja de arriba.

Estaba tan cerca de ella que Pudding notó el calor de su aliento y el olor animal de su piel, y su pelo, y su ropa sin lavar.

—Sí que la trajimos. Que la traje —contestó. Se le había secado la boca, pero se sentía extrañamente tranquila.

—Aquí no hablamos con la puta policía. Como los mandes otra vez, yo...

—¿Usted qué? ¿Me matará como mató a Alistair Hadleigh? ¿Como mató a Sarah Martock hace cincuenta años?

Rápido como el rayo, Tanner le dio un revés en la mejilla; no fuerte, apenas si le dolió, y Pudding sabía que podía haberla golpeado con mucha más contundencia, pero la sorpresa la dejó sin habla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Cuidado con la puta lengua o te la arranco —respondió Tanner, aunque sus palabras no tenían ningún peso. Parecían una reacción automática, pero había abierto mucho los ojos y había palidecido, y daba la impresión de que algo que Pudding había dicho lo había sobresaltado. Se quedó callado un momento mientras sus ojos miraban los lejanos árboles como si buscaran—. Cuidado con la puta lengua —repitió, ahora en voz baja, casi abstraído.

Pudding se preguntó si estaría borracho de nuevo, aunque por una vez no olía a alcohol.

—Haga lo que quiera —replicó, con voz trémula—. Yo sé que usted mintió... ¡Sé que su coartada era mentira! ¡Yo sé que usted mató a Alistair! ¿Por qué? ¿Porque iba a echarlo de la fábrica para siempre? ¡No era más que lo que se merecía! ¡Yo lo vi a usted dormido en el montón del carbón, abrazado a una botella vacía! ¡Lo vi a usted! ¿Y por *eso* lo mató? ¿O es que él descubrió algo sobre Sarah Martock? Y ahora es usted tres veces criminal, porque van a ahorcar a mi hermano por lo de Alistair, ¿lo sabía? ¡Lo han mandado a que lo juzguen por asesinato premeditado, y el caso está cerrado, y lo ahorcarán por ello! ¡Así que espero que esté usted contento consigo mismo! Espero que viva tranquilo. No: ¡espero que *no* pueda vivir tranquilo! —gritó, y giró sobre sus talones.

Tanner le agarró el brazo; ella miró hacia atrás, asustada, pero, aunque veía

borroso, el gesto de Tanner no era el que se esperaba. Le había descompuesto la cara alguna emoción, pero no era ira ni crueldad; más bien parecía dolor y convertía sus arrugados ojos en dos rendijas por las que sólo asomaba una astilla azul.

—¡Suelte! —chilló Pudding—. ¡Suélteme!

Tanner no aflojó el agarrón y no había ninguna posibilidad de zafarse. Pese a su edad, era todo hueso y músculo; tenía las manos largas y fuertes.

—Yo no... —dijo. Meneó la cabeza pero no terminó la frase y Pudding creyó ver un tenue brillo en sus ojos. Pero tenía que estar equivocada. Tanner no lloraba. Tanner era un monstruo y un borracho, que atemorizaba a su familia y a todo el que se encontraba. Y además era un criminal—. ¿Es verdad eso, muchacha? ¿Lo de tu hermano? —preguntó al fin.

—¡Claro que es verdad! ¿Por qué iba nadie a inventarse algo así? Me sorprende que no se haya enterado: todo el mundo anda chismorreando del asunto; ¡todo el mundo tiene su opinión y a nadie parece importarle un bledo que Donny *no* lo hiciera!

Volvió a tirar con gran esfuerzo del brazo y esta vez Tanner la soltó. Estaba ceñudo y callado, con los ojos bajos.

—Anda y vete —dijo con rudeza—. Y no vuelvas más por aquí.

—¿Por qué iba a querer volver? —replicó Pudding a voces—. ¿Por qué iba yo a querer *acercarme* a usted?

Dicho esto, se alejó, más despacio de lo que le hubiera gustado, pero no veía bien y no podía respirar con los sollozos que se le enganchaban en el pecho. El brazo le daba punzadas donde lo había sujetado Tanner, y le ardía la mejilla donde le había dado la bofetada, y Pudding sabía, sin la menor sombra de duda, que él era el culpable. Era *él* quien merecía ser castigado. Esa idea la hizo estremecerse. Sus pasos se hicieron más lentos y luego se pararon.

De pie ante la ventana de la cocina Irene observó a la mujer del cabello blanco y rebelde, que esperaba junto a la entrada trasera del manzanar. En un momento dado la mujer se fue despacio colina abajo pero a mitad de camino de la iglesia se detuvo, puso los brazos en jarras, sacudió la cabeza y volvió otra vez, aparentemente torturada por la indecisión. Cuando reparó en Irene se miraron las dos e Irene descubrió que no podía apartar la vista. Salió a la terraza de atrás de la casa.

—Hola —gritó, e hizo un pequeño saludo con la mano.

La mujer se limitó a clavar la vista en ella, inmóvil, mientras la brisa tibia le metía rizos del esponjoso pelo en los ojos. Irene se preguntó si debía invitarla a pasar, pero llevaba la ropa hecha un desastre y parecía medio salvaje, de modo que se lo pensó mejor. Justo cuando estaba a punto de acercarse para intentar hablar con ella Nancy se le puso al lado.

—Veo que otra vez está aquí —dijo.

Irene la miró.

—¿La conoces? La he visto ahí fuera más veces también.

—Vive allá en una de las granjas.

Nancy levantó una mano para hacerse visera; debajo su boca era una fina línea sin labios.

—Es como si quisiera decirnos algo —contestó Irene.

—Oh, nunca dice nada. Sólo merodea.

—¿Qué crees que quiere?

—¿Quién sabe?

Nancy bajó la mano y cruzó los brazos, e Irene estaba planteándose si llamar de nuevo a la mujer cuando Nancy salió de la terraza y fue hacia ella. Sin embargo, sólo había dado tres pasos cuando la desconocida se puso rígida, echó una última ojeada a Irene y empezó a andar por el prado en dirección a la iglesia. Nancy se paró y la miró un momento; luego volvió a la terraza dando un gruñido.

—¿Ves? Una criatura rara —comentó, y entró de nuevo.

Irene esperó por si la mujer regresaba otra vez, pero no tardó en desaparecer detrás de St Nicholas.

El día estaba resultándole extraño desde el instante en que despertó de un sueño aterrador que se había disipado en un segundo; como si, de nuevo, el mundo contuviera el aliento esperando algo; como si el mundo se hubiera cortado y aguardara el dolor. Irene fue de habitación en habitación sin ver nada malo, y luego se retiró al fresco y húmedo silencio de su cuarto de escritura. Aún no había escrito nada en él, aparte de cartas; en cada tecla de la máquina de escribir había una capa de polvo, pues a Florence le preocupaba demasiado averiarla y no la limpiaba. Tensa, se sentó en el borde de la silla y miró fijamente la chimenea con su flamante marco de mármol. Después echó un vistazo al cuarto, despacio, recordando cómo Alistair había querido que lo hiciera suyo. En vez de eso, había reproducido un rincón de la casa de sus padres. Nada estaba bien: todos los objetos caros que había elegido, juntos en

esta única habitación, quedaban estridentes y relamidos. Lo contrario de cómodos. Le preguntaría a Nancy si le permitía cambiar unas cuantas cosas suyas por otras de la casa. Sus ojos volvieron a posarse en la chimenea, que dejaba pasar una continua corriente de aire, quizá templado cuando entrara en el sombrerete de lo alto pero frío y apestando a tizne al llegar abajo. Justo como Nancy había advertido. Recordó el día en que la abrieron: el día que Verney Blunt y el chiquillo Tanner partieron las tablas y dejaron que el montón de hollín y porquería metiera una muñeca perdida y manchada en el cuarto.

En ese momento se le antojó ir a por la muñeca adonde la había guardado; quería verla y, acaso, volver a provocar la sensación que le había producido, por si era más clara esta vez. Pero no estaba en el cajón. Abrió unos cuantos cajones más, aunque sabía que no se había confundido, pero la muñeca no apareció en ninguno. Fue a preguntarle al ama de llaves.

—Yo no me ocupo de sacar cosas de los cajones en los cuartos de la familia, señora Hadleigh —le respondió Clara, en tono gélido.

—No, si no la acuso de nada, señora Gosling. Sólo pensé...

—Ni Florence tampoco. Es una buena chica —la interrumpió el ama de llaves, cruzando los brazos.

—Sí que lo es —convino Irene al tiempo que se marchaba.

Encontró a Nancy hojeando facturas de poción purgante para ovejas y píldoras para cerdos en la esquina de la sala trasera donde tenía su escritorio.

—Siento molestarte, Nancy, es que he perdido aquella muñeca vieja que encontramos en la chimenea del cuarto de estudio. Quería saber si la habías visto por algún lado.

—¿Que has qué?

Nancy la miró por encima de sus gafas de lectura e Irene se asombró al ver que, después de tantas semanas bajo el mismo techo y con el torbellino de emociones al que habían sobrevivido, seguía sin descifrar el rostro de Nancy.

—La muñeca que encontramos en la chimenea. La metí en un cajón, arriba en nuestro cuarto, y ahora no doy con ella.

—Vaya —contestó Nancy, y parpadeó—. Espero que Clara la sacara con la basura, que era donde debía estar.

—Ella dice que no... de forma absolutamente rotunda.

—Dios bendito, Irene, me temo que no tengo ni idea —repuso Nancy con cierta aspereza—. ¿Importa muchísimo?

—Me figuro que no. Sólo es... extraño, nada más.

—De todas formas, no sé por qué quisiste conservarla. Era repulsiva.

Nancy se puso bien las gafas y volvió a las facturas, con una indiferencia tan perfecta que el indescriptible desasosiego de Irene aumentó.

Iba por la mitad del patio para ver a Pudding cuando se detuvo. El viejo Hilarius barría la casa de la jaca, que era una de las tareas de Pudding, y enseguida Irene comprendió que lo que iba mal aquella mañana era que Pudding no estaba allí. Ni siquiera el día de la muerte de Alistair —el día que detuvieron a su hermano— había dejado de acudir al trabajo. Dio media vuelta y examinó el patio, y después miró los cercados; allí estaban todos los caballos, pastando, sacudiendo la cola, sin que los montara Pudding. Inquieta, contuvo sus pocas ganas de acercarse y fue hacia Hilarius, que había dejado de barrer y la observaba con sus ojos remotos. El verano le había dado un intenso brillo carmesí al pico de halcón de su nariz y hasta el último trozo de piel de su cara tenía el color de la talabartería.

—Hilarius, ¿no ha venido Pudding hoy? —preguntó Irene.

El viejo negó con un gesto pero no respondió. Irene volvió a mirar a su alrededor.

—Bueno, es raro, ¿no? Esto no me gusta. No hay un teléfono en ningún lugar del pueblo, ¿verdad? Tendré que subir a su casa. ¿Está Dundee aquí? —dijo.

—No, no está. ¿Problemas, piensa usted? Más rápido es ir andando —repuso Hilarius—. ¿Conoce el sendero a Spring Cottage, al otro lado del río?

—Sí —contestó Irene—. Voy ahora mismo.

—La acompaño. —Hilarius apoyó la escoba en la pared—. Tenía que ir con cuidado —musitó—. No se lo dije y debí decírselo. Tenía que ir con *cuidado* .

—¿Pudding debía tener cuidado? ¿Cuidado con qué? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Irene, recelosa, mientras el anciano salía del patio con ella.

Antes de que él pudiera responder el chirrido de una cadena de bicicleta y el sonido de un fatigoso resollar hizo que se pararan; el agente Pete Dempsey pedaleaba colina arriba hacia ellos.

—Señora Hadleigh —dijo jadeante, tragando saliva, respirando con mucha dificultad—. Busco a Pudding. ¿Está aquí?

—No... precisamente íbamos a ir a buscarla. ¿Se encuentra bien? ¿Qué ha pasado?

—No sé... ¡No sé dónde está, pero tenemos que encontrarla! ¡Ha sucedido una cosa de lo más *increíble* !

Clemmie despertó antes del amanecer. Salió de debajo de las mantas con sigilo y se metió la muñeca de Betsy bajo el brazo. De un modo extraño, le recordaba a Eli: era lo único, aparte de ella misma, que había estado en el lugar donde aún se lo imaginaba. En la silenciosa penumbra se pasó una mano por la cintura donde ahora, definitivamente, había una hinchazón, una tirantez de la piel, y donde la carne de debajo cedía menos. El bebé crecía seguro, bien; venía de camino. Clemmie decidió que la muñeca de Betsy sería su primer regalo y al pensar en ese día —el día en que por fin tendría en brazos al lechoncito— se figuró un fuego bien caliente en la alquería de Weavern; sería invierno, y su madre tendría la cara colorada y pegajosa del calor, y ella también tendría la cara colorada y estaría serena; se imaginó los primeros llantos del bebé haciéndose más tenues a medida que lo vencía el sueño; sus hermanas rondando por allí y Eli arriba con su padre, esperando, quizá bebiendo; o en el campo trabajando la tierra, si el bebé llegaba de día. Deseó que se cumpliera este futuro mientras subía deprisa la senda entre los campos y seguía por Weavern hacia el camino de Germain.

Había conseguido decir «Isaac» delante de la señora Tanner. A la mayoría eso le parecería una pequeñez, pero para Clemmie era una inmensidad. Aunque le preocupaba que hasta esa única palabra hubiera revelado demasiado; más bien le preocupaba haberle dicho esa palabra en concreto a la madre de Eli, que amaba a su hijo pero estaba casada con Isaac, un hombre que no toleraba la deslealtad. La señora Tanner le había hecho muchas preguntas después de que lograra decirla, pero ninguna había sido la adecuada y Clemmie no había podido decir nada más. Siempre le pasaba eso cuando estaba nerviosa o asustada; necesitaba concentrarse y estar lo más tranquila posible, aislarse, y en vez de eso la acosaba la sensación de que, sin saber por qué, el tiempo se agotaba. Rose aún la vigilaba a diario, y sus hermanas la importunaban con sus teorías y sus ideas, y con todas sus preguntas incorrectas, y ella sabía que necesitaba un sitio sosegado. De modo que se dirigía al molino, a la oficina vacía de Alistair Hadleigh, a buscar ese sitio.

La fábrica estaba en silencio; el primer turno no había empezado todavía y casi no había nadie por allí. Dos hombres atravesaron el patio y sus pasos resonaron en el silencio del día que comenzaba, pero estaban acostumbrados a ver a Clemmie y no le prestaron atención. El aire estaba tan en calma y tan sereno como el agua profunda; delicadamente gris, ni frío ni cálido. Esperó

frente a la vieja alquería hasta asegurarse de que el capataz, con sus pelirrojos bigotes, no se encontrara dentro. Por muy amable que fuera, estaba convencida de que no le permitiría subir a la oficina de Alistair sola. Una vez satisfecha, atravesó desde el abrigo de un almacén y se coló. Arriba en el cuarto del señor Hadleigh cerró la puerta sin hacer ruido.

La oficina estaba fresca, plácida y silenciosa. Enseguida Clemmie se sintió también más tranquila. Se apoyó en la puerta y dejó salir el aliento de sus pulmones. El escritorio, los libros y papeles, el pesado sillón de madera, los instrumentos de latón que empleaba para comprobar el papel... la ausencia de Alistair no había alterado nada. Todo resultaba ligeramente distinto sin él, como si hubieran quitado un mueble de su sitio habitual, y Clemmie no acababa de ver dónde estaba el cambio. Alguien había subido un cubo de carbón y lo había dejado, junto con una pala mugrienta, apoyado al lado del hogar, algo que nunca habría ocurrido de estar allí el señor Hadleigh. Pero seguía siendo la habitación donde, bajo la tutela de Alistair, ella había logrado decir más palabras que en ningún otro lugar. De pronto empezó a recordar algunas de las cosas que él le hacía probar: romper una palabra en sus partes integrantes y decir cada parte sola —incluso en el orden que no era— en vez de tratar de manejar todos los sonidos juntos; comenzar una palabra concreta por el segundo sonido en vez de por el primero, si el primero no salía; usar un ritmo, como en una cantinela de las de dar palmadas, y convertir la palabra casi en una canción. Se volvió de espaldas a la ventana, cerró los ojos, se imaginó al señor Hadleigh allí y se puso a trabajar.

Poco a poco el sol subió más, inundando de color el cielo, pero Clemmie no se dio cuenta. Algunos sonidos los tarareaba, y otros los cantaba, y pronunciaba los que podía. Repasó mentalmente las dos frases de su declaración hasta que se las supo del derecho y del revés, y pudo atacarlas de costado y sorprender a su lengua con ellas. Unas eran más fáciles que otras. «Isaac» la decía con relativa soltura, pero «robaría » se negaba a adoptar ninguna clase de forma. Le salía bastante bien «señor Hadleigh», siempre que no pusiera la H; y «él es el» lo decía casi con soltura, si se saltaba «culpable». Otras partes de su frase le hacían un regate y corrían hasta situarse fuera de su alcance, o la inmovilizaban en largos minutos de silencio angustioso, pero perseveró y procuró no dejarse llevar por el enfado o la impaciencia, y no ponerse nerviosa. Era agotador; notaba la sangre palpitándole, caliente, en la cara. En un momento dado reparó en que tenía cogida la muñeca de Betsy tan fuerte como si quisiera asfixiarla, y que estaba

abriendo agujeros con los dedos en la tela y desfigurándole el rostro. Cuando sentía que el desaliento se le acercaba, furtivo, y que todo se le escapaba de las manos, volvía a las palabras que ya dominaba. *Señor Hadleigh. Él es .* Una y otra vez. Absorta en los sonidos y en la tarea de pronunciarlos, se olvidó de donde estaba y no se fijó en que pasaba el tiempo. Y de improviso la puerta del despacho se abrió de golpe y Clemmie, sobresalada, se quedó sin respiración.

DOS CONFESIONES

Pudding fue hasta los calabozos situados en las traseras de la comisaría de Chippenham sintiendo algo que no sabía definir. El pulso le palpitaba en las puntas de los dedos y parecía que no tuviera la cabeza bien sujeta al cuerpo. Sólo semanas antes —las semanas más largas de su vida— había ido allí a visitar a Donny; ahora iba a ver al verdadero asesino de Alistair Hadleigh. En el estrecho banco, igual que antes estaba Donny, había un hombre alto, casi anciano aunque sin serlo del todo, con los hombros encorvados. Alzó la vista cuando Pudding se puso ante los barrotes de hierro que iban de suelo a techo y lo enjaulaban, y a la chica aquel hombre le resultó, a la vez, conocido e imposible de conocer. Durante unos segundos por su rostro pasó un gesto extraño, como si unas nubes cruzaran delante del sol; un gesto para el que su cara no parecía adecuada: como si la falta de práctica la hubiera inutilizado para mostrar algo tan tierno. Pero volvió a desaparecer en cuanto él se puso de pie, oculto por el resentimiento y las líneas de expresión de siempre, que traslucían un gesto de cólera. Pudding retrocedió cuando Eli Tanner se acercó a los barrotes.

—¿Has venido a pavonearte? —preguntó.

Tenía el aliento maloliente, el canoso pelo, sucio, y el mentón cubierto con un sarro de barba. Pudding tragó saliva y negó con la cabeza.

—A darle las gracias —respondió. Tanner se quedó callado, esperando—. Han... han soltado a mi hermano —añadió, todavía casi incapaz de creérselo—. Ya está en casa; el subjefe Blackman lo llevó en el automóvil. A Donny le pareció lo más divertido del mundo; llevaba una sonrisa enorme en la cara cuando llegaron... —Dejó la frase sin terminar al darse cuenta de que hablaba atropelladamente—. ¿Por qué lo hizo usted?

—No estaba bien lo de que colgaran al chaval cuando ni había rozado a Hadleigh. ¿Por qué tuvo que ir y coger aquella pala, y llevársela? ¿Por qué

tuvo que ir y hacer eso, el hijo de puta tonto? Yo me había apañado bien mi coartada en el *pub* ... Los convencí de que estaba fuera de combate, así que me escabullí y volví al amanecer sin que me vieran. Los polis no habrían sabido ni por dónde empezar, hasta que entró él y cogió la puta pala. Creí que podría dejar que lo colgaran por ello, con lo de que estaba lelo y medio chiflado. Pero no pude. Ella no habría querido que hiciera eso. Era como lo del gazapo que solté por ella cuando nos conocimos... habría sido una maldad. Un crimen malo. Lo supe entonces y lo sé ahora.

—No, o sea, comprendo por qué ha confesado usted, y... y me alegro mucho de eso. Pero me refería a por qué mató usted al señor Hadleigh.

Tanner la miró fijamente, severo e inescrutable. Pudding esperó un buen rato, pero él no contestó.

—Por favor, yo... tengo que saberlo —continuó ella, mientras se le tensaba la garganta—. O sea, él era un... un hombre tan bueno. Tan amable. Estoy segura de que no había hecho sufrir a nadie en toda su vida... ¿Fue porque lo despidieron a usted de la fábrica? ¿Estaba usted... bebido cuando lo hizo?

—Eso es lo que dice la gente, ¿no? —Eli agarró los barrotes, furioso, y pegó la cara a ellos—. ¿Que un Tanner mataría por un desaire tan pequeño? ¿Que *yo* ... mataría a un hombre que mostró más respeto por mí y por mi familia que nadie, porque había tomado demasiada cerveza? Y tú te lo crees, ¿verdad?

—Pero entonces, ¿por qué?

—¡Yo te diré por qué! —Tanner dio un tirón a los barrotes pero éstos ni se movieron, así que se sacudió él mismo—. ¡Él mató a la única persona que yo quería más que a nadie! ¡Él mató a una niña inocente como un recién nacido!

—¿Cómo? ¿A qué niña? —Pudding hizo un gesto negativo—. ¡Alistair nunca mató a nadie!

—Le hice lo mismo que él le hizo a ella. En esa misma vieja alquería, matada con una pala.

—No se referirá... —La mente de Pudding se apresuró a comprender—. ¿No se referirá a Sarah Martock, la «doncella del molino»?

—Matlock. Su apellido era Matlock, no Martock. Aquel zorro del periódico lo apuntó mal y luego todo el mundo copió el error. Sarah era su nombre de pila pero nunca la llamaron así —explicó Eli, con la voz apagada de dolor—. Ella se llamaba Clemmie.

—¡Pero si eso fue hace *cincuenta* años! —exclamó Pudding—. ¡Alistair ni siquiera había nacido!

—Mi Clemmie. Íbamos a casarnos.

Eli no escuchaba a Pudding; estaba en el pasado, mirando un rostro que ella no veía.

—Sólo me enteré de su nombre de verdad cuando murió; su madre me lo dijo. Para mí ella era Clemmie, de clemátide; un apodo por aquel alocado pelo suyo; y sí que era igual que un seto vivo en invierno, con aquella melena blanca como la nieve. Así de preciosa era. —El viejo meneó la cabeza—. Era tan preciosa que te cortaba la respiración. Yo tenía que haberme venido derecho tras ella desde Swindon. Pero quise conservar el trabajo y dar con algún modo de llevármela otra vez. Si me hubiera venido detrás enseguida, no habría pasado nunca aquello.

Pudding le rozó los nudillos con cautela para atraer su atención. Eli volvió a mirarla de golpe y Pudding se estremeció.

—Señor Tanner —dijo—, ella murió hace cincuenta años... ¿cómo iba a *poder* matarla Alistair Hadleigh? ¡Es una locura!

—¡Pues entonces, su padre! ¡El otro Alistair Hadleigh! ¿Cómo, si no, terminó la muñeca de Betsy escondida en casa de los señores estos cincuenta años? ¿Cómo, si no? Yo llevaba esperado una pista medio siglo... algo que demostrara quién acabó con ella. Su gente me dijo que llevaba encima a todos lados esa muñeca desde que volvió de Swindon. Hasta la mataron en el cuarto de él en la fábrica, pero esa familia estaba por encima de toda sospecha. ¡Por encima de todo! Ella iba a verlo para que le diera clases de hablar, porque era muda. Entraba y salía de allí todo el rato. Ojalá lo hubiera sabido yo entonces; no lo habría consentido. Pero su familia y yo no nos hablamos hasta después.

Cerró los puños sobre los barrotes y los nudillos se le pusieron blancos de lo fuerte que los agarraba.

—Usted... ¿usted mató a Alistair para castigar a su *padre* ?

—¿Cómo, si no, podía quitarle algo a aquel hombre? ¿Cuando él me lo quitó a mí *todo* ? —Eli volvió a agitarse contra los barrotes; le brillaban los ojos, y en sus lágrimas había cólera y dolor—. Llevaba a nuestro bebé en la tripa cuando él la mató.

—Ay, no —dijo Pudding en voz baja.

—Sólo lo sabían los Hadleigh, aparte de nuestras familias. Rose Matlock fue y se lo contó, como si fueran a ayudarla. Pero no fue culpa de ella: no supo lo de Clem y yo hasta después. No se lo contamos a la policía; sólo la habrían llamado ramera. Pero era mi bebé. Mi familia.

—Señor Tanner... es horrible de veras. Es muy triste. —Con las lágrimas,

a Pudding empezó a picarle la nariz y a calentársele la cara, aunque lloraba por Alistair, por su Alistair—. Pero no debió hacerlo. ¡No debió hacerlo! Nuestro Alistair era el mejor de los hombres. No era culpa suya, si su padre hizo... lo que dice usted que hizo.

—¡Pues claro que lo hizo! —exclamó Eli con vehemencia—. En cuanto tú y la recién casada trajisteis la muñeca a la choza, lo supe. Todo este tiempo esperé... largos años de pesares, sólo esperando enterarme de quién me quitó a aquella niña, y ahí que entráis las dos llevando la muñeca de Betsy, y entonces supe que por fin tenía la respuesta. Y por fin pude castigar al hombre que le había hecho daño. Cuando quieres así... cuando te quieren así, eso no se olvida nunca.

—¡Pero si Alistair era inocente! —Pudding se sonó la nariz y se apartó de los barrotes. Meneó la cabeza—. No estuvo bien. ¡Hiciera lo que hiciese su padre, eso no estuvo bien!

La cara de Tanner se crispó de ira.

—Vaya, la ley estará de acuerdo contigo, supongo, así que no te apures. Muy pronto me colgarán por ello. Y no me importa demasiado. No, ahora que sé que he hecho lo que podía por Clemmie. —Soltó los barrotes con los hombros hundidos y el rostro demacrado—. Lo mejor de mí murió con ella, de todos modos. Más o menos dará lo mismo.

Irene supo que algo iba mal tan pronto como Pudding le transmitió todo lo que Eli Tanner había dicho. La chica experimentó un nuevo arrebató de llanto al terminar de hablar, aunque fue menos amargo que antes; menos asustado, más triste. Estaban sentadas, una a cada lado de una tetera, a la mesa de cocina de Manor Farm y Pudding se sonó la nariz ruidosamente en el pañuelo que le pasó Irene.

—¿Por qué frunce el ceño así? —preguntó.

Irene meneó la cabeza.

—Me parece... que algo no está bien. Creo... creo que el señor Tanner se ha equivocado. Bueno, tiene que haberse equivocado —contestó Irene.

Pudding abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿Por qué? Él fue muy claro: la muñeca que encontró usted pertenecía a Sarah Martock. Matlock, quiero decir. El Alistair viejo intentaba enseñarla a hablar en su despacho, era muda, ¿sabe?, y allí es donde la mató...

—Sí, pero, Pudding... ¡el padre de Alistair estaba en América cuando la mataron! Estaba casándose con la madre de Alistair. He visto la partida de matrimonio. No hay forma humana de que pudiera viajar entre aquí y allí tan rápido. Es imposible —afirmó Irene.

Pudding se quedó mirando al frente, desconcertada, mientras asimilaba aquello.

—Oh, caray —repuso—. Entonces sí que se *ha* equivocado. Ha matado a Alistair sin ningún motivo. ¡Ay, Irene ! ¡Es que es demasiado horrible, puñetas! —gritó. Irene asintió con la cabeza y Pudding se cubrió la cara con las manos un instante—. Sé que debía estar feliz porque ahora saben que Donny no lo hizo... ¡y estoy feliz! Y sé que nada podría devolver a la vida a Alistair. Pero... ¿que aquello ocurriera sin motivo alguno? ¿Cómo puede ser justo?

—No es justo —convino Irene. Se levantó y rodeó la mesa para ir junto a ella; le pasó un brazo por los hombros y la achuchó—. La vida no es justa, como le gusta decir a mi madre. Por desgracia, es cierto.

—Y quienquiera que *sí* mató a Sarah... a Clemmie, porque Tanner dice que la conocían por ese nombre, se ha ido de rositas.

—Eso parece. Pero ¿sabes?, la mataron hace *cincuenta* años. Descubrir la verdad ahora sería extraordinario.

—Pero también... ¿cómo diantres se metió la muñeca de Clemmie en la chimenea de aquí, de la granja?

—No lo sé... —Irene reflexionó—. Quizá alguien que trabajara aquí... o me figuro que alguien pudo entrar a hurtadillas. —Pensó en el viejo Hilarius y sintió un estremecimiento por toda la espina dorsal. Pero se puso a buscar cosas positivas que decir—. Al menos Donny está en casa. Tus padres deben de estar contentísimos.

—Casi ni se lo creen. Es decir, papá —respondió Pudding, sonándose la nariz otra vez—. Mamá sigue igual que antes, como si Donny nunca se hubiera movido de allí. Papá tiene un gesto de... de asombro en la cara. No para de comprobar dónde está Donny adondequiera que va, como si fuera a desaparecer sin más otra vez.

—Y deben de estarte agradecidísimos todos —añadió Irene, sonriéndole—. Al fin y al cabo, si no te hubieras empeñado en ahondar en ello, la verdad muy bien podría haber seguido oculta para siempre.

—No sé —objetó Pudding—. Quizá el señor Tanner hubiera confesado de todas maneras.

—No estoy tan segura.

—Cielos, qué sorpresa —contestó Nancy cuando Irene le dio la noticia.

Tenía un aire extraño, como siempre que trataba de algo relacionado con la muerte de su sobrino: un aire tenso, distante, casi como si aguardara algo. Irene se preguntó si una parte de ella no esperaba oír que todo había sido un error y que no lo habían matado siquiera. Por un momento Nancy se llevó una mano a los labios y luego la dejó caer de nuevo en el regazo, donde sus marchitos dedos asieron la otra, como una garra.

—Así que... le daremos trabajo de nuevo al joven Donny, por supuesto, ¿no? —preguntó Irene.

—¿Cómo? Sí. Sí, desde luego —respondió Nancy.

—Bien. Se lo diré a Pudding —dijo Irene.

Pensó si tocar a Nancy, pues había algo lastimoso en su actitud, en cómo estaba sentada, tan derecha y rígida que parecía frágil como el cristal. Pero aún no estaba lo bastante segura de sí misma, ni de Nancy.

—¿Tenemos alguna idea de *por qué* Tanner mató a mi niño? —preguntó Nancy, con un hilo de voz, cuando Irene se disponía a irse.

Irene se quedó callada un instante.

—Por lo visto él... fue una venganza. Servida muy fría. Está convencido de que tu hermano, el padre de Alistair, mató a Sarah Matlock, que era su novia. Su prometida, en realidad, aunque era un secreto. Tenían previsto casarse y ella estaba embarazada de su hijo cuando murió.

—¿De *su* hijo? —preguntó Nancy. Parecía desconcertada; sus ojos buscaban algo en las esquinas del cuarto sin encontrarlo—. No —añadió, bajito.

—Figúrate. Y no pudo ser él: estabais todos en Nueva York para la boda —contestó Irene.

Nancy parpadeó e hizo un gesto afirmativo. Abrió la boca pero al principio no habló.

—Necio —dijo, al fin.

—Bueno —repuso Irene—. ¿Te traigo té, Nancy?

—Oh, no —respondió Nancy, con la mirada tan lejana aún que Irene no supo si rechazaba el té u otra cosa completamente distinta.

Entró en la cocina a poner agua al fuego, más por hacer alguna tarea que porque le apeteciera en realidad. Algo seguía fastidiando los rincones de su cerebro y le impedía sentir la mínima satisfacción porque hubieran sacado a la luz al verdadero asesino; por haber obtenido justicia para su marido. Sabía

que aquello no había acabado todavía. Faltaban piezas. Miraba por la ventana los campos de margaritas y dientes de león, inundados de sol, cuando vio una figura familiar junto a la entrada del huerto: la misma mujer que ya había visto varias veces, vestida como una campesina, rodeada de una larga melena de pelo ensortijado que la edad había vuelto blanco. Irene apartó el hervidor de la hornilla y salió derecha hacia ella; se encontraron a la sombra de un manzano más viejo que las dos juntas.

—Hola, soy Irene Hadleigh —dijo. La anciana asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Yo soy Rose Matlock —contestó, con una voz débil como el sol de invierno.

—¿Matlock?

Irene se sorprendió al oír el apellido. Rose hizo un gesto afirmativo.

—La *ma* de Clemmie.

—Lleva tiempo intentando venir a hablar conmigo, ¿verdad? ¿Sabía usted que... que Eli Tanner había matado a mi marido? —preguntó.

Rose dijo que sí con la cabeza. Por entre el pelo asomaba el rosado cuero cabelludo; tan rosa como los bordes de sus ojerosos ojos y los huecos de sus encías cuando hablaba.

—No censuro a Eli, lo confieso, y estaba dispuesta a dejarlo estar hasta que cogieron a ese muchacho.

—¿Habría dejado que Eli Tanner quedara sin castigo? —exclamó Irene.

El rostro de Rose se endureció.

—Ya era hora de que se le hiciera justicia a mi hija. Ojo por ojo.

—¡Pero si mi marido no la mató!

—La sangre es la sangre —repuso Rose en tono enigmático.

—Ni el padre de él tampoco. El señor Tanner se equivocó: Alistair padre estaba en América cuando pasó aquello, casándose. Todos los Hadleigh estaban allí. Él no pudo haber matado a su hija.

—Ya veremos —contestó la anciana, e Irene se preguntó si la mujer estaba del todo en su juicio—. ¿Qué otra cosa iba a hacer Eli? Desde que usted le enseñó aquella muñeca ha empezado a venirse abajo otra vez.

—Era la tumba de ella la que visitaba cuando lo vi en el cementerio, ¿verdad? Lo vi llorando y había llevado flores.

—Él quería a mi Clem como al aire que respira, aunque yo no me enteré hasta después de que la mataran.

—¿Y eso por qué?

—Vaya, ella no nos lo dijo... no habría podido ni aunque quisiera. Los dos

creían que no lo aceptaríamos nunca, a Eli, sobre todo el padre de Clemmie, con lo de que era un Tanner. —Meneó la cabeza con pesadumbre—. A lo mejor en eso llevaban razón, pero sólo con que hubiera llegado a casarse con ella los habríamos recogido, y al bebé, a los tres. William se habría dejado convencer al final. Pero hubo otro lío con los Tanner ese verano: un robo en el molino, y al mandadero casi lo mataron a cachiporrazos cuando se topó con aquello. Después se quedó aletargado semanas y la policía detuvo a un buhonero que dio la casualidad de que pasaba por aquí. Tuvieron que soltarlo, claro, pues no tuvo la culpa. Isaac se había comprado una coartada, pero la gente sabía quién era el culpable; se les da casi tan bien zafarse de la ley como violarla, a los de esa familia. El viejo Isaac era el diablo en persona y acababan de echarlo del molino otra vez. Y sospecho que había obligado a Eli a acompañarlo. Eli intentó llevarse a Clem a Swindon para volver a empezar, pero ella tenía sus raíces en esta tierra y se volvió sin él. —Rose se quedó callada unos instantes—. La gente acusó a los Tanner de asesinarla, pero diecisiete peones vieron a Isaac durmiendo la mona en el pajar de Obby Hancock a esa hora y Eli estaba en Swindon. Y no es que él le hubiera tocado ni un pelo de la cabeza. Nunca supimos quién lo había hecho hasta que encontró usted la muñeca que Betsy le dio a Clemmie. Nunca iba sin ella desde que volvió de Swindon. Suponíamos que la tenía cuando murió pero no la encontramos. Hasta ahora.

Irene percibió el olor de la anciana, que flotaba a su alrededor. A leche y estiércol de vaca, a ropa sin lavar y jabón de brea. Sus manos, aunque nudosas, estaban inmaculadas.

—Vive usted en una de las granjas, me contó Nancy, ¿no? —preguntó. Rose hizo un gesto afirmativo.

—En Weavern. Mi mayor, Mary, la tiene ahora con su marido, Norman. Mi William lleva mucho tiempo muerto: un ataque se lo llevó no mucho después de que Clemmie muriera. Su muerte le rompió lo que le quedaba de corazón, el poco que le quedó cuando se fue nuestro pequeño Walter. Lo mató la explosión de la caldera de Rag Mill —explicó—. Muchos se han ido antes que yo, pero aún resisto. No muchos de mi edad pueden seguir subiendo estas colinas y todavía ayudo con el ordeño —afirmó, con un asomo de adusto orgullo—. Llevo en esa granja desde que era una muchacha de diecisiete años y saldré de ella con los pies por delante, cuando sea que llegue el día. Aunque me la han dejado muy triste, mi Walter, y mi Clemmie, y Will.

—¿Por qué quería hablar conmigo entonces, si no tenía intención de delatar

a Tanner? —preguntó Irene. Rose pensó antes de contestar. El aleteo de la brisa le pegó la gastada blusa a las costillas, e Irene vio lo delgada y frágil que era—. ¿Quiere entrar y sentarse? —dijo, pero inmediatamente Rose negó con la cabeza.

—No volveré a poner un pie en esa casa —respondió—. Sin ánimo de ofender, desde luego, señorita. Es el caso que la gente decía que mi Clemmie estaba tocada. Pensaban que era corta de luces porque no hablaba, y algunos la trataban como si valiera menos por eso. Y cierto que sólo nos pertenecía a medias: la mitad de nosotros, la mitad de los pájaros y las abejas. Pero estaba la mar de cuerda, en verdad, sólo que era distinta de los demás... igual que el hijo del médico. Se dieron buena prisa en creer que lo había hecho él, porque es distinto de todos ellos. La gente es malvada como las ratas en una madriguera, que se comen a los más débiles. —Sacudió la cabeza—. A mi Clemmie la habría consumido esa injusticia. Yo subía aquí porque quería decir que no era ese chico. Pero no podía decir quién no era sin decir quién *era*, ¿me comprende? Así que... —Se encogió de hombros—. Eli vino a verme cuando encontró usted esa muñeca. Me dijo lo que significaba y lo que él haría. Desde que se llevaron al hijo del médico he estado trabajando con su conciencia para que lo confesara todo.

—¿Usted... usted *sabía* que Tanner planeaba matar a Alistair? ¿Y no se lo dijo a nadie?

Irene sintió escalofríos.

— *Ar*. Cuénteles eso a la policía y al momento verá usted cómo se me va del todo la cabeza con mi avanzadísima edad —replicó Rose, bruscamente—. Sangre por sangre. Muchas cosas se rompieron el día que murió ella y el corazón de Eli Tanner no fue la menos importante. Ya había esperado mucho para hacer que alguien lo pagara.

—Pero el alguien *equivocado*. El hombre *equivocado*. ¡Un hombre bueno e intachable! —gritó Irene. Notó que los ojos le ardían, llenos de lágrimas de indignación, y se las quitó con los dedos—. ¿Por qué viene ahora a contarme nada de esto? Después de todo, no cambia nada.

Rose Matlock inclinó despacio la cabeza.

—Quería que lo comprendiera usted. Siento su pérdida. Todo es una lástima y un negro borrón sobre cada uno de nosotros. En alguna gente la pena es como un veneno lento; espero que no sea así para usted. Pero quería que entendiera que Eli no tuvo otro remedio. Alguien tenía que pagar por aquello.

—¡Sí! Pero debía de ser la persona *correcta*.

De pronto Irene se enfadó con la mujer, toda huesos y pellejo, que tenía delante, con su lógica errónea y su mirada a la defensiva. La muerte de Alistair había sido tan completamente inútil como había asegurado Pudding; era una injusticia pasmosa.

—Siento su pérdida —repitió Rose, y asintió con la cabeza como si Irene hubiera estado de acuerdo con cuanto le había dicho—. Pero el crimen de verdad pasó antes de que naciera usted siquiera, señorita. Más adelante a lo mejor llega usted a comprenderlo.

Ma Tanner estaba en su silla con las manos cogiendo los reposabrazos. Miraba al viejo que dormía en su carriola, pegada a la pared de enfrente. Pudding, violenta, estaba sentada y agarraba entre las manos una taza de té que tenía muy poca intención de beberse. Olía a heno enmohecido y la taza tenía una costra de mugre por el borde.

—Isaac Tanner, eres la fuente de muchísimo dolor —dijo Ma por fin. Pudding siguió su mirada hasta el viejo, cuya cara, dormido, era tan floja y gris que parecía un cadáver—. Ese hombre de ahí. ¿Sabes por qué me casé con él? —Pudding negó con la cabeza—. Porque le tenía *miedo*. Vaya manera de iniciar una vida juntos. ¡Vaya manera de traer al mundo una nidada de bebés! Yo le gusté y a mí me daba demasiado miedo para decirle que no. —Hizo un gesto negativo—. Nos casamos cuando me quedé embarazada. Me imaginé que a lo mejor cambiaría. ¡Ja! Qué idiota. Me imaginé que tener nenes por aquí lo ablandaría, eso me imaginé.

—Oh —repuso Pudding, incómoda.

—Pues no hizo sino empeorar. No por culpa suya, ¿comprendes? —Rápidamente, Ma volvió a dirigir la severa mirada hacia Pudding—. Su padre lo trataba brutalmente y lo mandó al mundo pensando que ésa era la única manera de ser. Por qué debería sorprenderme que luego él tratara con brutalidad a los suyos, no lo sé. Por qué debería sorprenderme que Eli... —Se calló un momento y cerró los ojos—. Por qué debería sorprenderme que mi dulce Eli tenga que acabar colgado por asesinato, no lo sé. —Abrió los ojos de golpe—. ¡Él tuvo una *oportunidad*, sí que la tuvo! ¡Él *amaba* a aquella niña de Weavern! Se había escapado de Isaac... Tuvieron una oportunidad, los dos.

Pudding tomó un sorbo del té por hacer algo y, en efecto, deseó no haberlo

hecho. Trató de pensar en Eli Tanner como una persona *dulce*, pero no pudo. Era una figura legendaria del mal y le había dado miedo toda la vida. No estaba segura de por qué había vuelto a Thatch Cottage, aparte de la vaga sensación de que, en cierto modo, ella había contribuido a la cadena de acontecimientos que llevó a que Ma Tanner perdiera a su hijo, y de la angustiada idea de que había sido por nada.

—Eli fue... fue muy valiente al entregarse —comentó, y se maldijo en silencio por recordarle a Ma lo que a su hijo no tardaría en ocurrirle.

La anciana suspiró con gesto afligido.

—La lealtad —murmuró—. En una familia como ésta, si no cuentas con que los demás sean leales contigo, ¿con qué puedes contar? Yo nunca habría dicho una palabra contra mi hijo, pasara lo que pasara.

—Lo comprendo —contestó Pudding, conteniendo su enfado por lo que había tenido que pasar Donny.

Pero Ma Tanner lo vio.

—Como tú te sientes por tu hermano, niña, es como yo me sentía por mi Eli —repuso, con intención.

Pudding se abstuvo de decir que Donny no había matado a nadie. La guerra no contaba; ella se negaba a pensar en la guerra.

—Aunque usted sabe que está equivocado en lo de que el padre de Alistair fue el que mató a Clemmie, ¿verdad? —preguntó con cautela.

Ma Tanner volvía a mirar fijamente la apocada figura de Isaac.

—Él hizo el robo del molino ese verano y nunca lo acusaron por ello. No mucho antes de que mataran a Clem. Obligó a Eli y a John a ir con él; los hizo culpables también.

—¿Hubo un robo?

—Lo habían echado del molino; había vuelto a beber otra vez. Estábamos muy mal, sin dinero, ese año... yo creí que nos moriríamos de hambre cuando llegara el invierno, así lo creí, y los chiquilines con nosotros. Él se llevó a los chicos y bajó a robar las pagas del molino, y sí que las robaron, pero uno de los recaderos estaba allí, trabajando hasta tarde. Isaac le dio tal golpe en la cabeza que por poco si no mata al crío. Se quedó amortecido muchísimo tiempo y yo contuve el aliento todo el rato, esperando, por si se moría. Por si Isaac había convertido a mis niños en asesinos. —Volvió a suspirar—. Recobró el sentido, finalmente, gracias a Dios, pero me parece que para Eli ésa fue la gota que colmó el vaso. Aquella violencia; la sombra de la soga. Por fin eso le dio fuerzas para escapar de su padre. Eso y la oportunidad que

le dio Clemmie. Una oportunidad de algo mejor.

—¿Y por qué no se casaron sin más y se fueron? —preguntó Pudding.
Ma encogió un hombro.

—Me imagino que no podían sin decírselo a la gente de ella. No tenían un chavo entre los dos. Y Clemmie no era como los demás: ella necesitaba estar aquí. Necesitaba su granja y a su familia. Además, tú no sabes el... el *dominio* que una persona puede tener sobre ti, si le tienes miedo. Cuando alguien te amedrenta de verdad, te domina de una forma que es difícilísima de romper. Pero Eli estaba haciéndolo... podría haberlo conseguido para siempre, si no hubieran matado a Clemmie. Después de aquello cada día fue volviéndose más y más como Isaac. Después de aquello se quedó hecho una ruina.

Estuvieron calladas un rato, y Pudding se llevó la taza a los labios y, justo a tiempo, se acordó de no beber. La injusticia y la falta de sentido de la muerte de Alistair eran como un terrible dolor que no pudiera ignorar. Sabía que no debía decir nada más, pero no tenía valor para marcharse hasta que no lo dijera.

—Sin embargo... —repuso—, el pobre señor Hadleigh...

—Pobre señor Hadleigh, ya lo creo —la interrumpió Ma Tanner—. Bien sabe el Señor que era buena persona. Pero se vio envuelto en algo más grande y más antiguo que él.

—¡Pero si no estaba envuelto en absoluto! ¡Aquello no tenía nada que ver con él, si su padre no fue el que cometió el primer crimen!

—¿De veras? —comentó Ma en tono enigmático.

En ese momento la esposa de Eli, Trish, entró cargada con un pesado saco que dejó caer de golpe al suelo al lado de la puerta. Se enderezó para estirar la espalda. Con el ruido Isaac Tanner abrió los pitañosos ojos azules y le lanzó una mirada asesina. Con el rostro crispado, ella le devolvió la misma mirada.

—Bueno, Annie —le dijo a Ma como saludo, con aire cansado—. Conseguí un buen precio por ellas.

Cuando sus ojos se acomodaron y vio a Pudding, Trish Tanner se calló y se quedó mirándola. Su expresión era francamente hostil y Pudding se encogió un poco.

—Bien hecho. Anda y ve a ver que la marrana no se haya dado la vuelta y aplastado a alguno más de los pequeños, ¿quieres? —contestó Ma.

Trish cruzó los brazos y frunció la boca, pero obedeció sin rechistar.

—No le gusta ni que se hable de Clemmie —explicó Ma, una vez que su

nuera se fue—. Así Dios la ayude, pero esa mujer fue y se enamoró de Eli. Pero él se casó con ella por casarse y ella lo sabe. Él nunca dejó de querer a Clem y eso también lo sabe ella.

—Ma, ¿qué quiso decir con lo de «¿de veras?»? No hay ninguna duda de dónde estaba el padre de Alistair en ese momento.

—No, no la hay —convino Ma.

—¿Y entonces? —insistió Pudding.

Ma la observó atentamente, despacio, como si sopesara qué decir y qué no decir. Igual que siempre había hecho.

—Tú has hablado con ese gitano viejo, Hilarius, ¿verdad? —contestó por fin.

—Sí. Bueno, no... no sé. ¿Y qué?

—Le debe la vida entera a los Hadleigh, ¿sabes? Lo recogieron cuando era un renacuajo y su gente había muerto; eran gitanos, gente nómada, y se murieron de frío en la nieve una noche que nadie de por aquí quiso acogerlos. Fue un invierno crudo con ganas. No es que los Hadleigh lo criaran como propio, pero le dieron de comer y abrigo, y le dieron trabajo. Tenía unos cinco años cuando vino aquí, me parece, y ya no se marchó.

—No estará diciendo... —Pudding se quedó estupefacta—. ¿No estará diciendo que él es el «hijo de la nieve» de mi libro de crímenes?

Se sentía como si acabara de ver que una pajarita de papel batía las alas y emprendía el vuelo. Ma Tanner se encogió de hombros.

—En mi libro *Los Asesinatos más Terribles*, en la historia de «El hijo de la nieve»... dice que la familia fue de puerta en puerta pidiendo refugio y que todos los que la rechazaron, en parte, eran culpables de asesinato. Su padre y su madre murieron cada uno a un lado de él y de su hermana. Murieron procurando darles calor a los niños.

—Lo más terrible que se ha conocido por aquí, y todo el pueblo carga con la culpa de aquello desde entonces. La gente nunca le ha tomado simpatía, ¿verdad? Esperan que él los odie, ¿entiendes? Esperan que de alguna forma se tome venganza de ellos. Como si pensarán que es lo que se merecen. —Ma meneó la cabeza—. Yo tenía seis años el año que ocurrió, pero me acuerdo. Vinieron aquí, ¿sabes? Nosotros los rechazamos, igual que todos. No teníamos sitio, ni comida, ni leña que quemar. Mi abuela murió ese mismo invierno por falta de comida caliente. Los oímos llamar y ni siquiera abrimos la puerta; no queríamos que entrara el aire frío. Así que somos tan culpables como todos los demás.

—Pero debieron de probar en Manor Farm también. Y debieron de rechazarlos. ¿Se sintieron culpables los Hadleigh? ¿Por eso recogieron al niño después?

—¿Quién sabe? Pero le es fiel a esa familia, no tengas ninguna duda. Les debe la vida que tiene, no dirá de buen grado lo que piensa. A menos que se le hagan las preguntas apropiadas. Pero no mentirá, ¿te has fijado en eso? No dice mucho pero lo que dice lo dice en serio y siempre es la verdad.

—¿Qué preguntas? ¿Qué debo preguntarle? —dijo Pudding, aturdida aún por la increíble noticia que le habían contado.

Annie Tanner se arrellanó en la silla, mirando con resentimiento a su marido postrado en la cama, y Pudding se quedó pensando.

—Irene nunca le ha tomado simpatía, ¿sabe? A Hilarius —comentó al fin—. Dice que ve una oscuridad a su alrededor o algo así. Una sombra... algo anormal. —Al oírla los ojos de Annie volvieron rápidamente a mostrarse atentos—. Él leyó lo de la muerte de Clemmie en mi libro de crímenes cuando lo dejé allá en el cuarto de los arreos y me pidió leerlo por segunda vez, y, sin embargo, no me dijo ni palabra de que los dos asesinatos fueran iguales. Aunque debió de darse cuenta, ¿no? Él estaba aquí en Slaughterford cuando pasaron ambos, después de todo.

—Me da la impresión de que esa muchacha de la ciudad alcanza más de lo que ve —observó Ma, y luego ya no volvió a decir nada del asunto.

Encontraron a Hilarius aplicando una cataplasma a uno de los percherones. Una piedra afilada le había agujereado la base del casco; en el empedrado había un fétido charco de pus negro que Hilarius había sacado del absceso, y al caballo le temblaba la piel y le sudaban los hombros. Irene vaciló cuando le llegó el olor y se tapó la nariz. Cogió aire para hablar pero Pudding la tomó del brazo e hizo un gesto negativo. Esperaron hasta que el pegajoso vendaje — con arcilla de caolín, ceniza y ciertas hierbas aromáticas— quedó puesto en el casco bien fuerte, e Hilarius soltó la pata del caballo y se enderezó. El percherón apoyó delicadamente la punta del casco en el suelo y dio la impresión de estar abatido.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Pudding mientras Hilarius se limpiaba las manos en un trapo y, a patadas, cubría de paja el pus donde las moscas intentaban aterrizar.

El anciano hizo un encogimiento de cejas.

—Si para mañana baja la fiebre, lo sabremos.

—¿Podríamos salir, quizá? —propuso Irene, todavía luchando contra el hedor.

Una vez al sol y al aire relativamente fresco, Irene miró a Pudding y Pudding miró a Irene, y el viejo las miró a las dos.

—Adelante —dijo con voz ronca.

—Hilarius —empezó Pudding—, fui a ver a Ma Tanner.

—Ar . ¿Y cómo se encuentra la bruja? —preguntó, sin rencor.

—Bastante bien. Disgustada por su hijo, claro —respondió Pudding—. Enfadada con su marido.

Hilarius asintió con la cabeza.

—Isaac Tanner era una plaga cuando tenía fuerzas para serlo.

—Sí. Vaya. Ella me contó... me contó cómo llegó usted a estar aquí en Manor Farm, Hilarius. La historia de usted está en mi libro de crímenes, ¿verdad? ¿A eso se refería cuando me dijo que había muchas verdades en él?

Hilarius, ceñudo, jugueteó con un poco de arcilla que tenía en los dedos, la vista fija en ellos, e Irene comprendió que la oscuridad que siempre había notado en torno a él era, de hecho, la sombra de la muerte: las muertes de sus padres y su hermana, que murieron con los brazos sujetándolo muy fuerte al tiempo que sus cuerpos lo apretaban y se endurecían al congelarse. ¿Cómo no iba a dejar una sombra algo así? Además, él sí que había estado dentro de Manor Farm: la mañana siguiente cuando lo encontraron y lo metieron al calor.

—Usted... ¿usted se acuerda de sus padres? —preguntó Pudding, superada por la fascinación que la historia despertaba en ella.

—Pudding. —Irene la frenó. Percibía claramente que el dolor del anciano no debía abordarse.

—No mucho —contestó Hilarius, sin mirarla aún—. Mi hermana se llamaba Ilsa y tenía el pelo del color de una olla de cobre. Recuerdo la noche que murieron todos. El viento era un chillido, y cortante como mil cuchillos, pero yo estaba abrigado.

Se quedó callado, aunque Pudding tenía un gesto de embeleso en la cara y era evidente que le habría encantado oír más detalles.

—Debe de ser terrible recordarlo —intervino Irene para atajar a Pudding—. En realidad Ma Tanner dijo algo más —añadió, y Pudding hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Me contó... lo fiel a los Hadleigh que es usted —aseguró, ante lo

cual Hilarius levantó la cabeza y la inquietud llenó sus entornados ojos—. Me contó cómo lo acogieron a usted, y que usted les debía muchísimo, y que no los traicionaría por su propia voluntad.

En el breve momento de silencio que vino después las gallinas se amenazaron con bravatas y la fábrica retumbó. Cuando se hizo evidente que Hilarius no iba a aclarar nada, Irene inspiró hondo.

—Sigue habiendo un misterio, ¿sabe?, respecto a cómo acabó escondida aquí en la granja la muñeca de aquella chica; la muñeca de Sarah Matlock. Su familia está segura de que la tenía consigo cuando la mataron y Eli Tanner la reconoció enseguida al verla. *Alguien* la metió en la chimenea del cuarto de estudio, pero no pudo ser Alistair padre, piense Eli lo que piense. Todos los Hadleigh estaban fuera, en la boda de él, cuando aquello sucedió.

Irene se quedó esperando y Pudding no dejó de moverse, pero Hilarius siguió sin decir nada.

—Hilarius, ¿lo sabe usted? —exclamó Pudding—. Ma dijo que tendría que hacerle las preguntas adecuadas... ¿Sabe quién la escondió en la chimenea?

—No. No lo sé —respondió el viejo, y Pudding se vino abajo.

—Pero ¿lo sospecha? —insistió Irene, y no recibió contestación—. ¿Fue usted?

Sólo se oyó el silencio. Pudding se mordió el labio e Irene percibió los irritantes cabos sueltos de algo, justo fuera de su alcance.

—El día que Alistair murió usted me dijo que él había hecho mucho por iluminar la oscuridad de aquí, o algo parecido —comentó Pudding. Dirigió una mirada a Irene como si se disculpara—. Acabo de acordarme —añadió—. ¿A qué se refería, Hilarius?

El viejo tardó bastante en hablar.

—Hay que estar seguro de lo que uno cree que es verdad —contestó por fin. Meneó la cabeza y dio media vuelta para marcharse.

—¿Qué significa eso? —preguntó Pudding.

—¿En qué parte nos hemos equivocado? —preguntó Irene, cayendo en la cuenta.

Hilarius miró hacia atrás e inclinó la cabeza con gesto sagaz.

—Repase usted la historia entera.

Pudding soltó un suspiro de frustración, pero Irene levantó una mano para indicarle silencio. Revisó concienzudamente todo lo que acababan de decir buscando un dato que pudiera ser incorrecto. Y entonces pensó en el intempestivo fuego que había encontrado, los humeantes rescoldos en la

chimenea de la sala de atrás, hacía unas semanas, antes de que muriera Alistair: el tufo recalentado del cuarto y, entre las cenizas, los retazos azules que le sonaban de algo. Azules como el vestido que llevaba la muñeca de Clemmie. El cajón vacío donde sabía que la había guardado. Le lanzó a Pudding una mirada sorprendida, e inmediatamente dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

—¿Qué pasa, Irene? —gritó Pudding corriendo tras ella.

Irene fue derecha al despacho, donde la foto de boda de los padres Alistair colgaba en la pared con su marco de ébano, empequeñecida por los enormes retratos familiares. Clavó la mirada en ella, luego la descolgó y la acercó a la ventana buscando más luz.

—¿Qué pasa? —repitió Pudding, pero Irene no contestó hasta que no estuvo segura.

Le dio la fotografía.

—Mira. Es de la fiesta de boda de los padres de Alistair. La fiesta de boda de Alistair y Tabitha. El grupo entero en Nueva York, en julio de 1872.

Pudding miró la foto unos instantes: los anticuados peinados grandes y esponjosos, los fraques y las faldas con miriñaque, y los corsés.

—¿Y qué? ¿Qué debería ver? —preguntó.

—¿Dónde está Nancy? —repuso Irene.

Pudding frunció el ceño y volvió a mirar. Incluyó la foto hacia la luz. La pausa se prolongó, el aire pareció adensarse. Entonces alzó la vista hacia Irene, desconcertada.

—No está ahí.

—No está ahí —repitió Irene—. Vamos.

Salieron de nuevo al patio y encontraron a Hilarius de pie en el establo, como esperando a que regresaran. Sus brazos caían a los costados, su rostro tenía un gesto de tristeza y parecía incómodo, como si no supiera qué hacer ni cómo comportarse. Las saludó con una inclinación de cabeza cuando se le acercaron.

—Hilarius... ¿fue Nancy a la boda de su hermano en 1872? —preguntó Irene.

Hilarius inspiró hondo y despacio, y después soltó el aire e Irene creyó ver alivio en sus ojos.

—No lo soportaba —respondió, con sequedad—. Dijo que alguien tenía que quedarse aquí a dirigir esto, pero la verdad era que no aguantaba verlo.

Irene se acordó de las indirectas que Cora McKinley había soltado sobre

que Nancy estaba *demasiado* unida a su mellizo.

—¿Recuerda cuándo se cerró la chimenea del antiguo cuarto de estudio? ¿Fue ese verano? —preguntó.

Hilarius inclinó la cabeza una sola vez, su tristeza y sus pocas ganas de hablar resultaban de lo más evidentes. Pudding se había quedado callada y quieta, e Irene tuvo que recordarse que la chica había conocido —y respetado — a Nancy Hadleigh toda su vida. Se preparó, con la boca seca y retrocediendo ya ante lo que sabía que se avecinaba.

—Hilarius, ¿pidió Nancy que se cerrara la chimenea? —dijo.

—¿Y quién si no? —replicó él.

—Usted la... ¿La vio usted, el día que mataron a Clemmie Matlock? ¿Vio usted algo... impropio?

Hilarius se quedó mirando a Irene un buen rato, hasta que ella comprendió cuánto tiempo hacía que él lo sabía y lo penoso que habría sido el saberlo, y, sin embargo, lo reacio que se mostraba a decirlo ahora. Entonces el anciano afirmó con la cabeza.

La puerta de la oficina de Alistair Hadleigh dio un golpe contra los paneles al abrirse y Clemmie se volvió con un respingo, asustada. El rostro de Nancy Hadleigh era de un blanco ceniciento y, por comparación, las manchas rojas de sus mejillas destacaban demasiado; su pelo oscuro brillaba recogido en complicadas trenzas. Cerró de un portazo, entró de tres briosos pasos en la habitación, levantando mucho el bajo de la falda, y se detuvo delante de Clemmie con los puños a los costados. Clemmie se quedó inmóvil, paralizada por la sorpresa.

—So... ¡so *ladrona* ! —le soltó Nancy. Clemmie negó con la cabeza, desconcertada por la acusación—. Te he oído... ¡He *oído* lo que intentas decir! Todo este tiempo él ha estado enseñándote a hablar, por pura bondad, y, sin embargo, usarás tus primeras palabras para difamarlo, ¿no? ¿Ésa es tu gratitud, so sinvergüenza? —Observó despacio a Clemmie, con una mueca de repugnancia al percatarse de la curva de su cintura y de la muñeca que tenía apretada en las manos—. ¿Cómo te atreves? —preguntó con esfuerzo, los dientes apretados—. So putilla, ¿cómo te *atreves* ?

Clemmie no comprendía de qué la acusaba; no tenía palabras para defenderse. Intentó esquivar a Nancy y rodearla para escapar, pero la hermana

de Alistair se le puso delante otra vez. Era menuda, pero la cólera le endurecía el cuerpo. Al hablar le acercó demasiado la cara.

—Él se ha... se ha acostado contigo, lo sé. No eres la única... ¡no te hagas ilusiones de que te quiere!

Clemmie hizo un gesto negativo.

—No vas a sacar nada de nosotros para ese bastardo que llevas en la barriga. No pienso permitir que le arruines esto. Que nos arruines. No pienso *permitírtelo*, ¿entiendes? Quiero tu palabra de que no lo nombrarás. ¡Quiero tu palabra! —le espetó.

Inmóvil, horrorizada por la inexplicable furia de Nancy, Clemmie gimió, retorciéndose las manos. Luego echó a correr, apartó a Nancy de un empujón que la hizo retroceder tambaleándose y se dirigió a la puerta. Nancy emitió un incoherente sonido de rabia. Clemmie había agarrado el pomo de la puerta. Las manos le temblaban tanto que no podía darle la vuelta bien; le dio un tirón, pero la puerta no se abrió. En ese instante el brillo de un relámpago cruzó por su cabeza y el mundo se puso al revés; notó el sabor de la alfombra de lana en los labios, el olor a hierro en la nariz y un punzante dolor dentro que hizo que se asustara más de lo que se había asustado nunca. «¡Eli, ven a por mí!», pensó, espantada, desesperada. Después se hundió en la oscuridad.

Irene pidió a Clara que les preparase una bandeja de té y llevó a Pudding a su cuarto de escritura —el antiguo cuarto de estudio— para pensar antes de actuar. Habló mucho, pero Pudding comprendió muy poco. Las pajaritas de papel alzaban el vuelo otra vez: los relatos de los libros cobraban vida; el suelo estaba hecho de nubes y el cielo, de piedra. No sabía qué hacer, ni qué decir, ni qué pensar; ya no se fiaba de sus propios recuerdos, ni de ninguna de las cosas que creía saber. Era como si alguien hubiera cogido su cerebro y lo hubiera sacudido hasta que nada quedara en su sitio. Estaba sumamente agradecida por tener allí a Irene, que parecía haberse calmado mucho... aunque eso podría ser fruto de la impresión. Pudding confió en que al final le dijera qué debían hacer, pues, por su parte, ella no tenía ni idea.

—Y bien, ¿qué opinas? —preguntó Irene, mirándola directamente con aquellos ojerosos ojos oscuros.

—¿Cómo? —contestó Pudding con expresión de impotencia.

Irene parpadeó.

—Bueno. Pudding, creo que deberías irte a casa. Vete a casa, y yo... yo misma hablaré con Nancy —repuso—. La verdad es que no tienes por qué... implicarte.

—No —respondió Pudding, despertando. Una parte de ella sólo quería irse a su casa y que la abrazara su padre, ver la vaga sonrisa de su madre y a Donny que esperaba, paciente, su té sentado a la mesa. Pero, a pesar de todo, sabía que no podía marcharse hasta que las cosas estuvieran terminadas—. Me quedo —afirmó, tras reflexionar unos momentos—. Podría usted... podría usted necesitarme.

Irene asintió con un gesto.

—La huella de un pie que encontraron en la sangre, en 1872, la huella en la sangre de Clemmie —añadió Pudding, con voz confusa.

—¿Sí?

—La descartaron como indicio. Pete me dijo que decidieron que no podía ser una huella porque era demasiado pequeña.

Ambas se quedaron calladas un rato, imaginándose los diminutos pies de Nancy.

No había ni rastro de Nancy en la casa, y, sin pensárselo, Irene sacó a Pudding de la granja y bajó con ella por el prado hasta el cementerio. Allí la encontraron, sentada en el banco, vestida de negro riguroso, con la mirada clavada en la sepultura que contenía a sus padres, su hermano y su sobrino. No alzó la mirada cuando se acercaron y ellas, incómodas, se quedaron delante, tapándole la vista. En la cara de Nancy había un gesto impenetrable; su boca era una raya recta, tenía las mejillas hundidas, las manos juntas en el regazo.

—De verdad que no hay nada que podáis decirme que no sepa ya —dijo con frialdad.

Pudding la miró de hito en hito y procuró creerse lo que iba a tener que creer: que Nancy había matado a Clemmie Matlock cincuenta años antes. Era una idea irreal. Desquiciada.

—Desquiciada —murmuró, y se mordió la lengua para callarse.

—Sí —repuso Nancy—. Me figuro que aquel verano yo lo estaba, un poco. —Dirigió a Pudding una transparente mirada—. Precisamente tú deberías comprenderlo, Pudding —añadió.

—¿Yo? —preguntó Pudding, estupefacta—. ¿Por qué yo?

—Tú harías cualquier cosa por ese hermano tuyo. Bueno, yo también lo haría. —Desvió la mirada—. También lo hice —precisó en voz más baja.

—Pero ¿por qué, Nancy? ¿Por qué diantres hiciste semejante cosa? —quiso

saber Irene.

Durante un buen rato Nancy no contestó. Sus ojos, su rostro, eran inexpresivos.

—Ella iba a echarlo todo a perder. Tabitha era muy piadosa. Todo dependía de aquel casamiento: nuestra vida entera aquí dependía del casamiento. ¡Todo!

—¿Creíste que el bebé de Clemmie era de tu hermano? ¿Y que pondría en peligro su matrimonio? —preguntó Irene.

—¡Pero si no lo era! —gritó Pudding—. ¡Era el bebé de Eli Tanner! Iban a casarse.

De nuevo Nancy permaneció callada. Irene meneó la cabeza.

—No comprendo —dijo—. La boda ya estaba en marcha... ya estaba en marcha dos días antes. Tabitha no podía descubrir previamente ninguna... indiscreción... y cancelarla.

—Habría dificultado las cosas —respondió Nancy en tono mate—. Hice lo que tenía que hacer para mantener unida a mi familia. Para conservar nuestro buen nombre. Como he hecho siempre.

—No te referirás a la dichosa norma Hadleigh, ¿no? —Irene volvió a menear la cabeza mientras seguía dándole vueltas—. No. No fue eso, ¿verdad? ¿Qué pudo hacer que te enfadaras con ella tanto como para matarla?

Una suave brisa tiraba de ellas y hacía que las flores de la tumba de Alistair inclinaran las corolas con elegancia. Nancy apretó los dientes, moviendo los músculos de los extremos de la mandíbula bajo la piel. Por lo demás, no reaccionó. Pudding no tenía ni idea de qué hacer.

—No —repitió Irene con los ojos clavados en Nancy, el rostro tenso mientras reflexionaba detenidamente sobre aquello e intentaba entenderlo—. Era con Alistair con quien estabas enfadada, ¿verdad? Era con *él*, no con ella. Estabas enfadada con tu hermano por casarse y abandonarte.

—No tuvo más remedio —afirmó Nancy, en tono glacial—. El dinero de Tabitha era lo único que podía mantenernos aquí.

—¡Porque *él* lo había perdido todo en el juego! —exclamó Irene—. Todo fue culpa suya. Pero no podías desquitarte con él. Lo amabas demasiado. Tuviste que irte cuando Tabitha vino aquí, ¿verdad? ¿Fue una de sus condiciones o es que no soportabas estar con ellos... con ella?

Nancy no dio muestras de haberla oído. Irene se quedó callada un rato; su gesto de concentración le marcaba un pliegue entre las cejas.

—¿Estabas... estabas *celosa* de Clemmie? Cuando creíste que ella y tu

hermano habían...

Al oírla Nancy volvió bruscamente la cabeza.

—¡No seas *asquerosa* ! —exclamó.

—¿Por eso cogiste la muñeca? No me explico por qué hiciste eso: llevarte algo tan decisivo para acusarte. Aunque quizá fuera un símbolo de... de... no sé. —Irene pensó de nuevo—. ¿Un símbolo del niño que Clemmie llevaba dentro? ¿O, más bien, del que creías que llevaba? ¿Un símbolo del hijo de tu hermano?

Irene se mostraba implacable y Pudding empezó a sentirse agotada. Tan cansada que en aquel momento podría vomitar, o, sencillamente, tumbarse allí, en la hierba. Aunque no: no quería estar cerca de Nancy. No quería estar cerca de ella ni mucho menos.

—Ande, vámonos, Irene —masculló, pero Irene parecía no oírla.

—Aquella muda miserable —respondió Nancy en voz baja—. ¿Por qué debía tener nada de él?

En ese momento se estremeció, como si de repente la cálida brisa se hubiera vuelto fría. Después, por algún motivo, dio la impresión de que era... más pequeña que antes, y menos enérgica.

Pudding cogió a Irene del brazo y trató de apartarla tirando.

—Vámonos —repitió.

Irene la miró e hizo un gesto afirmativo. Se volvieron para marcharse, pero la voz de Nancy hizo que dieran la vuelta.

—Bueno —dijo, mientras sus afilados bordes de cristal empezaban a romperse, dejándoles vislumbrar el miedo que había en su interior—. ¿Qué piensas hacer?

—Hilarius te vio volver de la fábrica llevando la muñeca y con la ropa toda ensangrentada. Te oyó contarle a la lavandera que los perros habían matado una oveja. Recuerda que pediste que entablaran la chimenea del cuarto de estudio, con la muñeca dentro —le contestó Irene.

—¿Qué muñeca?

—Yo la vi antes de que la quemaras. Varios Tanner la vieron también; Verney Blunt y aquí Pudding. Y vi lo que quedó de ella en la chimenea.

—Hilarius no declarará contra mí. Sería una crueldad que se lo pidieras —replicó Nancy, y su voz sonó distinta, como si no fuera de ella. Pudding nunca la había oído vacilante; ni una sola vez—. Y nadie creería nada de lo que dijera un Tanner.

—No estoy segura de eso. El subjefe Blackman no está tan dispuesto como

los demás a denunciar a los Tanner.

—No hablarás en serio, Irene, ¿verdad? —respondió Nancy. Pudding supuso que intentaba parecer mordaz, pero sólo parecía aterrada—. ¿Al cabo de cincuenta años? No digas *sandeces* .

—¿No crees que deberías recibir castigo, Nancy? ¿Por matar a una chica inocente? —preguntó Irene.

Nancy cerró fuerte los labios y apartó la mirada para entregarse de nuevo a la silenciosa contemplación de la tumba de Alistair.

—Claro que... —prosiguió Irene—. Lo que hiciste entonces ha provocado *directamente* que ahora maten a tu sobrino. Espero que te des cuenta de eso. La sangre es la sangre, como me dijo Rose Matlock. Pienso que ella tal vez adivinara la verdad; y Ma Tanner también. Así que quizá Eli Tanner haya conseguido su venganza por Clemmie después de todo, al hacerte responsable de la muerte de la persona que más querías del mundo entero.

Antes de dar media vuelta y marcharse Pudding vio que, de pronto, Nancy Hadleigh tomaba conciencia de esta verdad. Se hundió desmadejada cuando le falló su rígida postura; bajó la barbilla hasta el pecho y subió las manos para taparse la cara. Su actitud era tan poco propia de ella que a Pudding no le costó mucho imaginarse que estaba viendo a una persona totalmente distinta de la que había conocido hasta entonces.

LOS COMIENZOS

Con el frío de la mañana temprano Pudding puso a hervir el agua. *Hacia* frío; la temperatura del aire nocturno había bajado varios grados en los últimos días. Se acercaba septiembre y por fin el largo verano iba quedándose sin fuerzas. Bajo sus pies descalzos las losetas de la cocina casi estaban frías. Pudding fue a la puerta trasera de Spring Cottage y miró al otro lado del valle, donde Manor Farm aparecía por entre una ligera niebla en la colina de enfrente. Los campos ya se habían dorado, hasta los pastos. Los cardos se habían vuelto marrones y rizados; los dientes de león eran todo vilanos; los corderos tenían casi el mismo tamaño que sus padres y parecían demasiado ocupados comiendo como para retozar ya. En las hojas del castaño de Indias se veían quebradizos bordes marrones. El hervidor siseó; el doctor Cartwright salió del excusado, al fondo del jardín, y miró su reloj de pulsera. Pudding oyó que su madre se movía arriba, vistiéndose. Y Donny estaba quitando las malas hierbas de la pequeña huerta, donde las últimas habas iban poniéndose gruesas y fibrosas y las lechugas habían florecido y tenían semillas antes de tiempo. Desde que volvió de la New Bridewell había estado ayudando más a Louise allí. Ya no le gustaba ir a la fábrica y pasaba más tiempo en la casa.

—Pudding, ¿cómo has dormido? —preguntó su padre, dándole un beso en la mejilla.

—Bien, gracias —contestó ella—. ¿Una taza de té?

—Me temo que no tengo tiempo. Dije que pasaría a ver al señor Long a primera hora y es muy madrugador. —Desde que habían absuelto a Donny y lo habían dejado regresar el médico volvía a tener más pacientes. Como si le hubieran quitado una mancha de corrupción y la gente se sintiera avergonzada por haber creído en la culpabilidad de su hijo. Recogió su maletín del sitio donde solía estar, junto a la puerta, se dio unas palmaditas en un bolsillo para confirmar que llevaba las gafas y sonrió a su hija—. Hasta luego; volveré para

almorzar.

Cuando Louise bajó, toqueteando con gesto inquieto los botones de su chaqueta de punto, Pudding tenía el desayuno en la mesa, y ella y Donny comían con apetito.

—Siento muchísimo llegar tarde —dijo Louise.

—No importa nada, mamá —respondió Pudding.

Donny tenía las uñas llenas de barro y se quitaba de ellas a lametones un poco de mermelada de naranja amarga; la abolladura de su cabeza era tan espantosa como siempre y otra vez sufría pesadillas, pero estaba en casa. Había más días en que Louise estaba confusa, hasta cierto punto, que días en que no. La terrible idea de que cada vez iba metiéndose más dentro de sí, fuera del alcance de su familia, estaba siempre allí. Pero volvían a estar juntos los cuatro y juntos iban a permanecer. Pudding descubrió que el hecho de saberlo hacía que todo lo demás pareciera superable. Cuando emprendió la bajada por la colina hacia el trabajo, con Donny andando tranquilamente a su lado, se preguntó cuántas veces más haría ese recorrido. Irene Hadleigh había puesto en venta los caballos de Nancy y Alistair, Bally Girl y Baron, y era poco probable que el viejísimo Tufty durara otro invierno, con lo que sólo quedaban Dundee y Robin; trabajo apenas suficiente para una moza de cuadra a jornada completa.

—¿Qué tienes que hacer hoy, Donny? —preguntó.

Su hermano frunció el ceño, intentando acordarse.

—Cortar la hierba del huerto —contestó por fin, y Pudding sonrió.

—Tu tarea preferida —repuso ella.

Donny asintió con la cabeza. Le gustaban los resultados visibles, las ordenadas líneas que creaba empujando el cortacésped arriba y abajo, haciendo rayas. Irene había dicho que Donny tenía un puesto para toda la vida en la granja, pero si ella no se quedaba allí, ¿qué pasaría? Y si Pudding tampoco se quedaba, ¿a qué otro lugar iría? Ahora las cosas eran muy distintas. La fábrica estaba igual; Manor Farm estaba igual, como el pueblo y el patio y Spring Cottage. Pero no eran los mismos. Todo había cambiado, y Pudding no sabía si podría seguir allí, donde a cada paso encontraría recuerdos y ecos de su vida anterior, y más inocente. Echó hacia atrás los hombros y subió la barbilla. Desde luego, no pensaba ir a ninguna escuela de secretariado ni dejar a su familia, de modo que, viniera lo que viniese ahora, tendría que seguir adelante, sin más.

Cuando los caballos estuvieron arreglados y las caballerizas limpias

Pudding engancho a Dundee al cabriolé e Irene cruzó desde la casa, poniéndose deprisa los guantes de cuero, aunque todavía demasiado elegante con una camisa de tela muy fina y zapatos de tacón grueso.

—¿Preparada? —preguntó, con aire francamente preocupado.

—Sí, si lo está usted. —Pudding hizo un gesto afirmativo.

Subieron e Irene cogió las riendas y le chasqueó la lengua a Dundee.

—Eso es —dijo Pudding—. Y si está perezoso y no se mueve, usted tan sólo dígale «*up*» en tono más severo.

Con mucho cuidado, Irene dirigió la jaca —que, de todas formas, sabía perfectamente adónde debía ir— para que saliera del patio y luego colina abajo. Atravesaron con paso reposado Slaughterford; dejaron atrás la minúscula tienda, el puente y la fábrica; pasaron por delante de Thatch Cottage, que ninguna de las dos miró con mucho detalle. No estaban seguras de qué pensar sobre los Tanner después de todo lo ocurrido. No había rencor, pero tampoco podía haber perdón... ni olvido, por supuesto. El collarón de cuero crujió cuando Dundee lo empujó al subir la escarpada colina del camino de Germain. Donde el sendero describía una curva hacia Biddestone giraron a la derecha por el camino de Weavern. Iban a ver a Rose Matlock y a Mary Black, la madre y la hermana de Clemmie. Había sido idea de Irene y le había pedido a Pudding que la acompañara, y ésta sospechaba que, además de por la visita en sí, era para que le diera ánimo y apoyo mientras conducía. Pero aceptó encantada. Había estado una vez en Honeybrook Farm cuando invitaron a toda su familia a cenar después de que el doctor Cartwright atendiera al hijo más pequeño, Daniel, durante la tosferina, pero a Weavern nunca había ido. Para Pudding, Clemmie Matlock era otra pajarita de papel que había levantado el vuelo; la idea de ver su hogar y conocer a su madre tenía el interés compulsivo de una peregrinación.

El sendero bajaba con muchas curvas hasta el boscoso valle, empinado y abrupto.

—¿Cómo diantres se las apañan en invierno, cuando esté embarrado? —preguntó Irene; la pequeña calesa chirriaba y daba sacudidas con los baches, y los cascós de Dundee matraqueaban en los trozos de piedra caliza.

—Andando, me parece —contestó Pudding—. O yendo por el otro camino, quizá; creo que hay un camino mejor hacia el sur, subiendo por la carretera de Bath.

Una vez cruzado un riachuelo, el sendero volvió a subir con mucha pendiente a través del bosque y luego, por fin, coronó una loma desde la que

se veía Weavern Farm, acurrucada al pie de las redondas colinas verdes. El By Brook pasaba por delante de ella serpenteando en una serie de amplios meandros, dorados al sol, y un pequeño rebaño de vacas de leche pacía en el pastizal, entre el patio y el agua; las viejas dependencias de la granja se disponían ordenadamente en tres lados de un patio cuadrado.

—Caramba, ¿a que es bonito? —exclamó Pudding.

—Parece un cuadro victoriano del campo inglés —respondió Irene, y Pudding no estuvo segura de si eso era bueno o no.

A medida que se acercaban vieron que faltaban tejas en el tejado; los marcos de las ventanas estaban descascarillados y algunas no tenían cristal. El patio era de tierra cuarteada, salpicada de ortigas, acederas y excrementos de aves de corral; un lilo de verano crecía en el canalón y otro, arriba junto a la chimenea; la hierba seca susurraba junto a los cimientos de la alquería; la linaria y el ombligo de Venus habían invadido la pared que rodeaba el pozo. Un cerdo solitario las miró fijamente tras los barrotes de su puerta, pero el resto de la larga serie de pocilgas descubiertas estaba vacío. Weavern Farm vivía sus últimos años. La barrera del patio colgaba torcida de las bisagras y unas cuerdas la mantenían cerrada. Pudding bajó de un salto para abrirla e Irene hizo pasar el cabriolé con la ceñuda concentración de quien anduviera por la cuerda floja.

—¿Dónde aparco? —le preguntó a voces a Pudding, que procuró no sonreír.

—¿Aparcar? Oh, pues... por allí junto al establo. Mire: hay un poste al que podemos amarrar a Dundee.

Una mujer alta les abrió la puerta. Tenía la cara rubicunda y severa, tensa en los pómulos y la mandíbula, el pelo gris oscuro y la postura encorvada de un cuerpo rendido por decenios de trabajo. Pudding se quedó un poco sorprendida. Desde luego, sabía que la hermana de Clemmie tendría más o menos la misma edad que Eli Tanner —unos setenta años— pero por alguna razón, como Clemmie estaba congelada en el tiempo, se había imaginado igual a su hermana Mary. Aún joven, una chica todavía. Una lozana lechera. Mary las llevó a una gran cocina y las sentó a la mesa al tiempo que apartaba bruscamente una gallina con el brazo. La gallina cloqueó indignada mientras salía y entonces llegó Rose Matlock desde un cuarto de la trasera de la casa, con su pelo de vilanos de cardo remetido bajo un anticuado gorro de algodón para el sol y el cuerpo engullido por un informe delantal. Se sentó a la mesa con las visitas y durante unos momentos se hizo un extraño silencio, ni

embarazoso ni cómodo, mientras Mary preparaba el té; luego se reunió con ellas.

—Primera vez en todos estos años que nos visita alguien de Manor Farm —comentó Rose—. Hasta cuando el primer Alistair Hadleigh nos pidió permiso para intentar enseñar a hablar a nuestra Clemmie fue con una nota. —Carraspeó, tosió y después gruñó—. Claro que nunca consiguió que hablara. Yo me preguntaba... durante un tiempo sí que me pregunté, después de que ocurrió aquello, si era él el que la había dejado embarazada. —Meneó la cabeza—. Aunque ni por un instante se me pasó por la imaginación que le hubiera hecho daño. Hasta que Eli vino el mes pasado y me contó que usted había encontrado la muñeca de Betsy. E incluso entonces, tuve dudas. Unas dudas que no me supe explicar.

Miró fijamente a Irene.

—Lo ha averiguado usted, ¿no? —repuso Irene—. A eso se refería cuando me dijo «la sangre es la sangre». Eli le echó la culpa al Hadleigh que no era.

—Le echó la culpa al que no era pero castigó al que había sido. —La anciana hizo un gesto afirmativo.

—Si no había sido Alistair Hadleigh el que se llevó la muñeca y la escondió, tuvo que ser su hermana —intervino Mary—. Y Nancy siempre fue una bruja medio loca.

Sus palabras hicieron que Pudding se estremeciera y luego se sintió rara, como si fuera a llorar. Nancy había sido una de las piedras angulares de su vida. No tan adorable como Alistair, no era tan fácil tomarle aprecio, pero sí una presencia continua; a Pudding estaba costándole renunciar al afecto que aún sentía por ella.

—Quise venir a contárselo. Quise asegurarme de que supieran quién había matado de verdad a Clemmie, porque yo... pensé que debían saberlo. Nancy también creyó que el bebé era de Alistair, ¿saben? —contestó Irene.

—Yo me acordé. Demasiado tarde para su esposo, señora Hadleigh... Pero me acordé de que el padre de él estaba fuera en su boda cuando pasó. Eli se ha adobado el cerebro en cerveza y ginebra con los años; me sorprende que le salga su propio nombre algunos días... pero al final yo me acordé. Alistair se fue a casarse y su hermana se quedó. Yo había intentado hablar con ella del bebé, ¿sabe? Así fue como se enteró, aunque todos lo habrían visto a no tardar. Eso es lo que me digo cuando me pongo a echarme la culpa de lo que pasó.

Rose meneó la cabeza, entristecida, y Mary le dirigió una mirada dura.

—La culpa no la tiene nadie más que esa arpía de Manor Farm, mamá —

afirmó.

—Ya no está allí —replicó Irene con firmeza—. Nancy se ha marchado y no volverá.

De nuevo reinó el silencio y Pudding echó una ojeada a las atestadas repisas con lazadas de telarañas; a la vetusta y mugrienta hornilla, negra de tizne y grasa incrustada; al esquelético gato dormido en el alféizar de la ventana. El viento entraba empujando por la puerta abierta y movía las despegadas etiquetas de las hileras de polvorientos botes y latas. Aquel lugar tenía algo espectral e indescriptiblemente triste. Por lo que Rose le había contado a Irene, y por lo que ellas dos habían averiguado a través de Ma Tanner, Pudding sabía que Clemmie tenía tres hermanas y que todas vivían en aquella casa en el momento en que murió. Sabía que el hermano pequeño, Walter, había fallecido de niño en el accidente de Rag Mill, cuando estalló la caldera. Sabía que las hermanas se habían casado y marchado una por una, y que Mary y su marido, Bert Black, habían vuelto cuando el padre, William, murió. Josie había muerto con cuarenta años, de la gripe; Liz, antes de cumplir los treinta al dar a luz a su tercer hijo. No era de extrañar que pareciera como si a la granja se le hubiera parado el corazón.

—¿Tienen un retrato de Clemmie? —preguntó Pudding—. Me encantaría verlo. Supe de ella hace ya una eternidad, por un libro que tengo, ¿saben? Nunca me imaginé que fuera una persona de verdad, ya saben a lo que me refiero. Nunca me imaginé que me sentaría alguna vez a la mesa donde ella creció... y donde cenaba...

Pudding se calló, preguntándose si no estaba siendo indiscretísima. Pero el dolor de aquellas mujeres era antiguo, no reciente, y Mary se limitó a negar con un gesto.

—Nunca tuvimos un retrato de ella, ni de Walter. Por entonces no se hacían fotografías así, sin más. Costaba dinero ir a la ciudad y hacerse una, y ese dinero estaba mucho mejor gastado en otra cosa. Pero aún veo su cara como si la hubiera visto ayer. Era la más bonita de todas nosotras y nosotras tuvimos bastantes admiradores. Pero ¿cómo se cuenta eso? Tenía los ojos azules y el pelo muy rizado del color de la nata, como mamá; mejillas, frente y barbilla igual que las de cualquiera de nosotras, las tenía, aunque en ella se juntaban muchísimo mejor, no sé por qué. Y una mirada soñadora en los ojos; como si supiera más que todos los demás y, a la vez, nada en absoluto. —Mary volvió a menear la cabeza—. Algunas veces nos volvía locas, sí señor. Mirando a las musarañas y no haciendo la parte que le tocaba, y además se lo consentían,

hasta papá. Ninguna sabíamos lo que era para nosotras hasta que murió. Después de eso el mundo ya no pareció estar bien. Inocente como un recién nacido, era ella. Después de lo que le pasó el mundo me pareció distinto.

Rose asintió con la cabeza tristemente, pero durante un rato no dijo nada. Pudding observó que Irene daba un sorbo al té y contenía un estremecimiento. El té lograba estar flojo y demasiado reposado al mismo tiempo.

—Yo habría aceptado a Eli Tanner como hijo, sí señor —comentó Rose al fin—. Él no era como los otros. Por lo menos, entonces no. Ahora... —se encogió de hombros—, ahora es un borrachín y un criminal. Pero ¿qué lo convirtió en un criminal? No el ser un Tanner. No algo con lo que él naciera. *Nancy Hadleigh* hizo de él un criminal.

—Pero usted no lo conocía antes de que muriera Clemmie, ¿verdad? —repuso Irene.

—Lo conocimos después. Nos enteramos de los planes que tenía para los dos y de cómo la quería. De cómo despreciaba al viejo Isaac y no quería tener nada que ver con aquel miserable. Todo eso murió con ella. Eli se quedó en el pueblo, al principio procurando enterarse de quién la había matado pero después siguiendo los pasos de su padre, sin más. Aquello lo recomía de ira y se dio a la bebida, y se volvió tan malo por dentro que la gente empezó a temerlo igual que temían a Isaac. El chaval que yo vislumbré justo después de que ella muriera... el chaval que tenía todos aquellos planes y el deseo de llevar una vida mejor... a ese chaval lo asesinaron tan cierto como asesinaron a Clemmie.

Al oírla Irene clavó la mirada en su taza y no dijo nada. Pudding supuso que estaba pensando en el Eli Tanner que había matado de un modo tan horriblemente violento al Alistair de ellas. Intentar figurárselo como un chaval locamente enamorado y lleno de planes para una vida nueva, con una joven esposa y un hijo, resultaba difícil.

—No le importará que lo cuelguen —afirmó Rose, rotunda—. No le importará nada.

—No —respondió Pudding—. Eso me dijo cuando fui a verlo.

No se quedaron mucho tiempo más. No había demasiado que decir y Pudding vio que la misma tristeza claustrofóbica que poco a poco iba invadiéndola se adueñaba, asimismo, de Irene. Sintió alivio cuando ésta se levantó y dio las gracias a las dos ancianas por el té. No tenían palabras para consolarse mutuamente; los dos errores que se habían cometido no podían dar un resultado correcto. Pudding sintió lástima de las dos y, de un modo extraño,

lástima de la granja. Estaba segura de que en tiempos había sido un lugar alegre: vibrante de vida y de las risas de sus jóvenes moradoras. Ahora parecía olvidada; estaba descuidada, sin el cariño del puñado de habitantes que le quedaba, y envuelta en el aire irremediable de todas las cosas abandonadas. La pena por Alistair aguardaba a Pudding cada mañana en Manor Farm, y sabía que seguiría sintiendo su ausencia y que siempre pensaría en él, pero por lo menos la *casa* aún estaba viva y tenía una posibilidad de ir tirando gracias a Irene y a las criadas y a la inexorable sensación de que la vida no se detenía. Weavern Farm parecía más bien el cadáver de una casa que se descomponía sin parar. Pudding e Irene no hablaron mientras Dundee las llevaba de vuelta colina arriba, por entre los árboles y hasta el camino de Germain. Cada una absorta en sus pensamientos, miraban al frente hasta que, ante la tienda, Irene detuvo al poni de un tirón.

—Vamos a comprarle galletas para el té a la señora Glover —propuso, siguiendo un impulso.

—¿Galletas *compradas* ? Pero... la señora Gosling se indignará —contestó Pudding.

—Ya lo sé —repuso Irene, sonriendo—. ¿A que es horrible?

*

Pudding dio una tímida vuelta delante del espejo. Estaban arriba en el vestidor de Irene, y la luz de media tarde doraba los muebles y sus rostros.

—¿Y bien? —preguntó Irene—. ¿Qué te parece?

Había ensanchado un vestido que le había encontrado en un mercadillo de Chippenham; la altura —y el busto— de Pudding hacían que le quedara más corto: justo por debajo de la rodilla, algo que estaba poniéndose de moda en Londres pero que, decididamente, provocaría mucha sorpresa en Wiltshire. El vestido era color cerceta, de una tela con muy buena caída que favorecía sus curvas más exuberantes y resaltaba el azul de sus ojos.

—¿Está *segura* de que no parezco un barco a toda vela?

Pudding, preocupada, se alisó la tela sobre las caderas.

—Creo que estás maravillosa —la tranquilizó Irene—. Muy sofisticada. Y estoy *absolutamente* segura de que el agente Dempsey compartirá mi opinión.

Al oír su nombre Pudding se ruborizó. Todavía no sabía bien cómo reaccionar ante la evidente estima que Pete Dempsey le demostraba, aunque la imagen que le ofrecía el espejo era la de una joven alta y buena moza con un

busto espectacular, y no la de una chiquilla mofletuda. Su pelo seguía siendo un montón de tupidas greñas, pero Irene se lo había arreglado y se lo había sujetado con horquillas a la cabeza todo lo pegado que se dejó pegar. Pete iba a llevarla a ver *La cabalgada de Dick Turpin a York* en el cine: su primera excursión oficial juntos.

—De veras: estás de lo más elegante. Y nadie debería llamarte ya Pudding —afirmó Irene—. ¿Cuál es tu nombre de verdad? Una vez se lo pregunté a Alistair, pero no me lo dijo.

—Laetitia —contestó Pudding con gesto consternado—. Laetitia Marie Cartwright. Ay, Dios mío —añadió, e Irene le dirigió una sonrisa.

—¿Laetitia? Es... muy adulto. Es un nombre precioso —dijo, aunque no pudo evitar que se le ensanchara la sonrisa cuando Pudding cruzó la mirada con ella—. Pero me temo que quizá sea difícil que se te quede, después de tanto tiempo.

—Es que no se me quedará —respondió Pudding, desengañada.

—¿Y Tish? Creo que podría acostumbrarme a Tish. Tal vez Pete también.

—¿Pete? Oh, de eso sí que no hay posibilidad. Me conoce desde que no levantábamos dos palmos del suelo; estoy segura de que para él siempre seré Pudding.

—Ah, bueno.

Irene se quitó una hebra de la falda y se puso de pie, mientras metía un pulgar bajo la cinturilla para recolocársela. Quizá pronto tuviera que ensanchar alguna ropa suya, si seguía comiendo como hasta ahora. Esa idea le provocó un leve pellizco de inquietud hasta que recordó que ya no estaba en Londres, y ni mucho menos cerca de su madre, y que no tenía que preocuparse por estar tan flaca que casi se quedara sin fuerzas para sostenerse.

—Estaba pensando, Pudding, en si tendrás tarea suficiente cuando nos queden sólo dos caballos y Tufty —comentó, y por la expresión preocupada de Pudding advirtió que la chica también había estado pensando en eso—. Tengo varias ideas —añadió—. Aunque, claro está, dependerá exclusivamente de ti. ¿Te parece que podríamos alquilar algunas cuerdas y parte del pasto a las personas que necesiten más?

—¡Huy, sí! Eso se llama servicio de alquiler; es bastante corriente.

—No tengo ni idea de si existe demanda por aquí —prosiguió Irene—. Puesto que hay muchísima hierba por todas partes. Pero podríamos probar. Y, ¿sabes?, a Hilarius probablemente le gustaría tener algo más de ayuda con los percherones cuando llegue el invierno. Al fin y al cabo, no es que vaya para

joven.

—Entonces, ¿tiene usted intención de quedarse? —preguntó Pudding con gesto esperanzado.

—Yo... no lo he decidido todavía. Pero te aseguro que no liquidaré sin más y os dejaré a todos en la estacada. —Irene se apresuró a continuar para anticiparse a la expresión cariacontecida de la chica—. Incluso podrías comprarte tu propio caballo, Pudding, y tenerlo aquí si quisieras.

—¿De verdad? ¡Oh! ¡Sería estupendo! —gritó Pudding. Pero enseguida se desanimó—. Aunque no podría permitirme el alquiler y la manutención.

—Tal vez podamos hablar del asunto —replicó Irene, sonriente.

La casa se quedó muy silenciosa cuando se marchó Pudding: camino arriba con Pete en el calesín de dos ruedas del padre de él. El joven se había puesto como un tomate, como debía, cuando Pudding apareció con el vestido color cerceta y había dicho a trompicones el jovial «buenas noches» que era evidente que había estado ensayando. Irene se preguntó si contratar a más criadas con que llenar aquel espacio, pero, en realidad, apenas había suficientes quehaceres para Clara y Florence sólo con Irene viviendo allí. Cogió un libro y salió a la terraza. La casa parecía ligeramente descentrada en cierto modo, e Irene sospechó que era porque Nancy se había ido y ninguna de ellas se había acostumbrado todavía a su ausencia. Por primera vez desde el paréntesis entre que el padre de Alistair se casara y luego se quedara viudo, Nancy Hadleigh no residía en la casa. Y no volvería a hacerlo nunca más.

Irene lo había pensado en detalle al menos veinte veces antes de decidir que no se ganaba nada denunciando a Nancy a la policía. La muñeca era un testimonio bastante poco sólido y ni siquiera la tenían ya. Viera lo que viera Hilarius, había sido hacía cincuenta años y su declaración sola no bastaría como prueba, si Nancy lo negaba todo. Además, ya estaba recibiendo un buen castigo con la muerte de Alistair y con su propio papel a la hora de provocarla; de eso Irene estaba convencida. Durante el resto de su vida llevaría a todas partes la pena y la culpa. Un veneno lento, según la definición de Rose Matlock. Como señora de Manor Farm, Irene le había dicho que se marchara y no volviera jamás. Nancy le había dirigido una mirada dura que no ocultó del todo su miedo y su cólera, como ella pretendía, e Irene la acompañó a la estación de Chippenham para asegurarse de que tomaba el tren de Londres. Los Hadleigh seguían teniendo su piso de Mayfair pero, por lo que Irene sabía —gracias a una carta de Cora McKinley—, Nancy había partido

hacia Italia con billete de ida. La de Cora era una carta tímida, una rama de olivo llena de justificaciones por su ausencia y de curiosidad respecto a los acontecimientos de Manor Farm.

Irene se quedó un rato al sol poniente, absorbiendo su último calor. En mitad del prado de abajo la iglesia de St Nicholas hacía exactamente lo mismo. Desde la marcha de Nancy había menos flores en la tumba de los Hadleigh, pero Irene había decidido acudir allí una vez por semana a renovar un pequeño ramo mientras aún hubiera flores que cortar en el jardín. El molino humeaba en el valle y la fábrica de cerveza soltaba su olor a lúpulo, e Irene se fijó en que los tejados de tejas de piedra tenían musgo en las grietas de las vertientes que daban al norte. Los altos árboles de los lados del valle eran de un verde más oscuro y estaban polvorientos. No podía quedarse en Manor Farm. Sencillamente, aquél no era su sitio, aunque no tenía ni idea de qué otro lugar lo sería. Para empezar, allí se encontraría demasiado sola. Tenía una amiga, Pudding, pero nada más. De algún modo debería encontrar la forma de hacer más amigos. Aún había un vacío donde debería haber estado Alistair; aquélla seguía siendo su casa, el hogar de *él*, no el de ella. Alistair quería que la hiciera suya también, pero, sin él, Irene no sabía si alguna vez eso se haría realidad. Sin embargo, debía reconocer que las vistas del valle habían llegado a parecerle hermosas, que los olores del corral ahora le resultaban familiares en vez de ofensivos y que le gustaba el paseo colina abajo hasta el puente que cruzaba el By Brook. Incluso le agradaba salir a montar con Pudding, aunque aún no estuviera preparada para prescindir del ramal y le molestara que el olor a caballo tardara horas en desaparecer, incluso después de haberse frotado bien los brazos hasta el codo. Inspiró despacio y trató de oír a su espalda los pasos de Alistair en la terraza, acercándose desde la casa con una sonrisa y una tónica con ginebra. Deseó poder oírlo; deseó ver su sonrisa una vez más y caer en la red de seguridad que él le había ofrecido.

Estrechamente relacionada con la soledad que sabía que se avecinaba estaba la certeza del aburrimiento, pues en ese preciso instante era evidente que no tenía nada de que escribir... a menos que fuera una crónica de su nueva vida: algo de cariz cómico, del tipo pez fuera del agua. Esa idea despertó en ella apenas un atisbo de interés. O bien, claro está, la historia de la breve vida de Clemmie Matlock; cómo terminó y cómo eso había llevado a la muerte de Alistair Hadleigh. Una historia de mentiras, dolor secreto y celos ocultos; un relato de vidas arruinadas y ocasiones perdidas. Un súbito convencimiento se adueñó de ella, una repentina seguridad. La escribiría y ése sería su último

acto de gratitud hacia Alistair: la verdad de su muerte. Y, en cierto sentido, sería un acto de justicia hacia Eli Tanner, puesto que le habían destrozado la vida durante muchos años. Por muy gravemente que ahora hubiera infringido la ley, a él también le habían causado un gravísimo perjuicio. Un poco de justicia para Clemmie y para Eli y para Alistair. Un poco de justicia, de distinta clase, para Nancy. Esperaría a que terminase el juicio de Eli. Seguro que la verdad causaba una conmoción; incluso tal vez hiciera que la policía interrogase a Nancy... si es que la encontraba. Cualquier dinero que produjera el libro sería para los Tanner y los Matlock, y, por muy descontenta que pudiera sentirse alguna gente por lo que ella escribiera, sería la verdad. Así que no había más que hablar. No demasiado tiempo atrás a Irene le habría dado miedo causar algún tipo de problema y hacerse notar de algún modo. Pero eso ya no la asustaba como antes. Sencillamente, algunas cosas importaban más.

Tendría que encontrar la forma de implicarse en la granja, y en la fábrica, y en el pueblo; algo que ahora tal vez le resultara aún más difícil, pues estaba segura de que la culparían de la súbita partida de Nancy. Al principio no podría contarle a la gente el verdadero motivo, y tendría que limitarse a confiar en que Clara o Florence hubieran estado escuchando tras las puertas como de costumbre y en que se propagara el rumor. Ruth, la asistente de los Cartwright, tal vez fuera muy útil en ese sentido también. La feria benéfica de la iglesia y las cenas; la partida de caza y las excursiones de la escuela dominical. Le era totalmente imposible enfrentarse a todo aquello. Pensar en ir llamando a las puertas y presentándose, en mandar invitaciones y celebrar fiestas para personas a las que apenas conocía... estas cosas aún la llenaban de pavor. Pero si se quedaba, tendría que ponerse a ello. Quizá pudiera comenzar a pequeña escala: haciendo las paces con Cora McKinley, por ejemplo. Incluso podría invitar, a su debido tiempo, a algunas de sus antiguas amigas del colegio a que vinieran de Londres. Unas cuantas acaso ya se hubieran aburrido lo suficiente del escándalo de Londres y sintieran la suficiente curiosidad por el escándalo de Slaughterford como para aceptar. Entró en la despensa a buscar un vaso de limonada, fue a por lápiz y papel, y después volvió a la terraza y siguió haciendo sus planes. Porque se dio cuenta de que eso era lo que hacía mientras el sol bajaba con sigilo hacia las colinas del oeste. Planes para quedarse.

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Si bien Slaughterford y sus molinos, su marco geográfico y sus edificios destacados sí que existen, y en esta novela se han recreado con cierto rigor histórico, todas las personas y acontecimientos que reflejo son absolutamente ficticios salvo la explosión de la caldera de Rag Mill: un accidente en el que murieron tres personas, entre ellas Vincent Watt, de diez años. Este trágico suceso tuvo lugar en noviembre de 1867.

Doy las gracias a Michael Woodman por hablarme sobre su vida y su trabajo en Chapps Mill, y por prestarme sus libros; a Angus Thompson y Karin Crawford, actuales propietarios de Chapps Mill, en Slaughterford, por enseñarme la zona, y a Janet y John Jones de Manor Farm por compartir sus recuerdos y permitirme ver su hogar.

Un enorme «gracias» para mi brillante editora, Laura Gerrard; para mi maravillosa agente, Nicola Barr, y para todas las talentosas personas de Orion Books, que trabajan tan duro entre bastidores.

Título original: *The Hiding Places*
First published in Great Britain in 2017 by
The Orion Publishing Group, London.
An Hachette UK Company

Todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas son pura coincidencia.

Edición en formato digital: 2018

© Katherine Webb, 2017
© traducción: Valentina Reyes, 2018
© de esta edición: Bóveda, 2018
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-16691-83-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com